



Molly Night

UN AMOR
OSCURO Y
PELIGROSO

Almas
mortales

1

MOLLY NIGHT

UN AMOR OSCURO
Y PELIGROSO.
ALMAS MORTALES

Traducción de
Patricia Valero

 Planeta

CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)
[Capítulo 75](#)
[Capítulo 76](#)
[Capítulo 77](#)
[Capítulo 78](#)
[Capítulo 79](#)
[Capítulo 80](#)
[Capítulo 81](#)
[Capítulo 82](#)
[Capítulo 83](#)

[Acerca del autor](#)

[Créditos](#)

*Para los lectores
que han estado conmigo
desde el principio*

PRÓLOGO

Año 2440

Con mucho cuidado, Evelyn consiguió abrir una de las pesadas puertas metálicas dobles de su habitación. Se preguntaba si Atticus las habría instalado allí a propósito para que resultara más difícil merodear por el palacio de noche. Después de todo, no había nada que le gustara más que tenerla pendiente de él. Un bonito adorno colgado de su brazo.

Suspiró aliviada y cerró la puerta con cuidado. Su pulso se había calmado: creía estar a salvo. No obstante, cuando oyó la voz que la atormentaba en sus pesadillas —la voz del hombre que se lo había arrebatado todo—, soltó un grito ahogado. El corazón empezó a latirle con fuerza y las manos comenzaron a temblarle a causa del miedo. Al igual que una cerilla que alguien arrojara a un pozo de gasolina, el corazón se le volvió a acelerar, veloz como un fuego descontrolado. Las manos le temblaban, sacudidas de miedo y frías como el hielo. Se las llevó a la espalda para que él no lo viera.

—¿Dónde has estado? —preguntó Atticus con expresión neutra, aunque fría.

Evelyn levantó la vista, horrorizada por lo que estaba a punto de suceder y sin saber cómo ofrecerle una respuesta plausible y satisfactoria. Escudriñó su rostro en busca de una expresión reveladora. Ira o decepción, pero no la encontró. Tenía el ceño ligeramente fruncido, ocultando algo que ella no era capaz de interpretar. Incluso al cabo de todo ese tiempo seguía siendo un misterio para ella. Entre ellos se alzaba un muro que era incapaz de derribar.

Respiró hondo, consiguió reunir el coraje para levantar la vista y mirarlo a los ojos. Dejó que la puerta se cerrara tras ella y entró en la oscuridad de su dormitorio, iluminado únicamente por la luz de una luna creciente.

Se dio cuenta de lo mucho que la escena se parecía a la de una película de terror. Atticus estaba de pie al otro lado de la habitación, junto a los grandes ventanales. La luz de la luna iluminaba su figura y proyectaba una larga silueta sobre el suelo negro y brillante. Todavía no habían encendido las luces, por lo que su cara quedaba medio oculta tras las sombras, pero, aun así, ella notó que tenía el ceño fruncido.

—Yo... —Su voz era un susurro.

—No mientas. Dime la verdad, Evelyn.

La chica apoyó la espalda contra la pared, tentada a salir corriendo, pero la parte lógica de su cerebro le recomendó lo contrario. No sólo no podría superar nunca la velocidad de un vampiro, sino que, además, ahora que todo su cuerpo

temblaba tanto, ni siquiera tendría fuerza para abrir de nuevo las pesadas puertas metálicas.

Hubo una larga pausa y, cuando Atticus decidió que Evelyn no iba a darle la respuesta que de todos modos ya conocía, cruzó de dos zancadas la estancia para colocarse frente a ella. Con delicadeza, le recorrió las mejillas con el dedo índice.

—Estás fría.

—He salido a dar un paseo por los jardines. Para aclararme las ideas.

Atticus rio. Era una risa tierna, y hasta habría resultado agradable de provenir de los labios de cualquier otra persona que no fueran los suyos.

—Te he dicho que no mientas —rugió de repente.

Tomó la mandíbula de Evelyn con una mano. Por puro instinto, ella se apartó, pero la fuerza de un humano no se podía comparar con la de un vampiro. El arrollador deseo de salir de allí crecía más y más a cada segundo que pasaba.

—Sé dónde has estado y también con quién —le susurró él al oído con severidad —, ¿acaso me tomas por tonto?

No hizo ningún esfuerzo por ocultar la rabia que empezaba a hervirle la sangre mientras presionaba su cuerpo contra el de ella.

Evelyn casi pudo sentir cómo la Oscuridad se apoderaba del cuerpo del vampiro y tomaba el control de su mente; el veneno que iba unido a su inmortalidad. Cuando se convirtió en vampiro, abrió su alma a poderes inimaginables, pero también se volvió débil a los males que acechaban en las sombras, buscando la manera de entrar. Y después de milenios, daba la impresión de que había cobrado vida propia.

Había dos Atticus: el que le había mostrado bondad y compasión y el que la aterrorizaba hasta lo impensable.

«Estar con Atticus es como estar con un león hambriento. Debes calcular muy bien cada uno de tus movimientos, porque sería capaz de destruir todo lo que amas simplemente con chasquear los dedos.» Las palabras de su querido Hansel resonaban en la cabeza de Evelyn. Se mordió la lengua para resistir el impulso de discutir.

Sabía que combatir a Atticus con fuego sólo tendría como resultado un fuego aún mayor. Un peligro al que no quería volver a enfrentarse. En otro momento no le habría importado, pero en éste en concreto sabía que tenía mucho que perder. Si sus palabras eran ciertas y sabía realmente dónde y con quién había estado, entonces también estaría enterado de lo que estaban tramando. Había muchas vidas en juego, Evelyn era consciente de ello. Y, por el bien de la gente a la que amaba, la joven humana combatió sus ganas de defenderse y le permitió apoyar la cabeza contra su cuello.

Atticus inhaló el perfume que emanaba de su cuerpo mientras respiraba agitadamente.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te está permitido tocarlo, ni siquiera pensar en él? Eres mía, Evelyn, acéptalo. Eres mía y sólo mía.

Ella se estremeció. No quería ser suya.

Evelyn Blackburn provenía de una familia respetable. Los Blackburn no habían sido un clan especialmente rico ni poderoso, ni siquiera antes del Apocalipsis de 2020, el año en que los vampiros se descubrieron finalmente ante el mundo y retaron a los humanos por el control de la Tierra. Con anterioridad al Apocalipsis, eran humanos normales y corrientes. Oficinistas. Empleos estables. De los que celebraban la Navidad comiendo pavo y brindaban con champán para celebrar una buena noticia.

Y, como muchos otros humanos, los Blackburn habían sido víctimas de la violencia y los baños de sangre acontecidos durante la década que duró la guerra entre humanos y vampiros. Sus vidas fueron destruidas y se vieron expuestos al frío, a vivir en la calle, sin cobijo ni dinero, sobreviviendo gracias a los restos de comida que encontraban rebuscando en la basura o a los cadáveres de cualquier ser mínimamente comestible. El período comprendido entre los años 2020 y 2031 había sido el más oscuro que el pequeño planeta azul había tenido que soportar.

Los líderes humanos, corruptos y egoístas, se habían visto forzados a unirse como raza para poder proteger a su gente. Pero en realidad no les importaba el sufrimiento de la mayoría, sólo estaban interesados en salvar sus propias vidas y en hacer lo que fuera posible para sobrevivir a la ira de los vampiros.

Ésta es la historia de cómo una chica humana se sacrificó por el bien de la humanidad...

Evelyn Blackburn nació el 1 de septiembre de 2420, cuatrocientos años después del inicio del reinado de los vampiros sobre la Tierra. Era muy afortunada — siempre lo había sabido, y se sentía agradecida por ello— al haber nacido en el seno de una familia respetable, con un pasado de cierta abundancia, aunque venida a menos. La casa Blackburn formaba parte de la minoría de humanos — apenas un 0.01 por ciento de una población de cinco mil millones de humanos del siglo XXV— no esclavizados por sus superiores vampíricos. Su padre nunca explicó por qué ellos eran diferentes; por qué eran tan afortunados en comparación con el resto de los de su raza. Evelyn quería preguntar, pero una parte de ella tenía miedo de saber la verdad.

Estos últimos controlaban la economía y cada rincón del planeta con mano dura, o eso proclamaban. Todo les pertenecía: cada gran empresa, cada escuela, cada hospital, cada fábrica, cada organización..., absolutamente todo estaba en su poder. Controlaban el mundo porque controlaban lo que hacía que el mundo funcionara: el dinero. Era una realidad desagradable, pero cierta.

El dinero hacía funcionar el mundo, y todos los vampiros, todos los humanos y el resto de las especies oprimidas por los primeros lo sabían. Pero además permitían que el dinero y la esperanza de acceder a una vida suntuosa controlara su voluntad, diera forma a su realidad y ocultara las cosas que de verdad importaban.

Mientras Evelyn crecía, su padre había atravesado ciertos apuros económicos para financiar su estilo de vida, pero nunca habían pasado hambre ni habían sufrido tanto como muchos otros de su misma especie. A pesar de que la madre de Evelyn y su hermana Nora eran capaces de vivir ajenas a todo el sufrimiento a su alrededor, en el que se basaba su sociedad, Evelyn era como su padre. Había heredado su conciencia y simpatía. Veía lo que ocurría y no podía mirar hacia otro lado. El mundo le rompía el corazón. Los vampiros y su crueldad hacían sangrar su corazón y los odiaba por ello.

Los odiaba con cada átomo de su cuerpo por hacer que tanta gente en todo el mundo tuviera un ineludible destino marcado por la pobreza y la injusticia. Los odiaba por hacer que la humanidad fuera tan impotente.

Mientras crecían, su padre intentó protegerlas educándolas en casa. No quería que sus hijas vieran la cruel realidad. Quería tenerlas al margen de todo en su burbuja. Sin embargo, no podía mantenerlas ajenas a todo.

Evelyn también era consciente de que, con independencia del estatus de su familia, en un mundo en que los humanos no eran más que buffets ambulantes, resultaba difícil tratar de seguir siendo respetables y mantener su estilo de vida sin enfrentarse a las restricciones y a los obstáculos impuestos por el gobierno vampírico.

En eso era en lo que se había convertido el mundo: un lugar lleno de jerarquías, miedos y prejuicios. Los humanos no tenían ningún tipo de control sobre sus vidas o sus destinos, aunque ¿quién lo tenía?

Los Blackburn aprendieron a la fuerza el poco margen de poder y libertad que tenían realmente cuando Marcus Valerio, uno de los miembros más poderosos de la realeza vampírica del siglo xxv, pidió en matrimonio a Alice Blackburn (sobrina de Jonathan y prima de Nora y de Evelyn). Ella no quería, pero como humana no tuvo elección.

Como los cuentos de hadas, esta historia empieza con una invitación real.

La mayoría de los seres humanos habrían vendido su alma por asistir a un acontecimiento sobrenatural. Lo habrían dado todo —lo poco que poseyeran— por tener la oportunidad de vivir de cerca el glamour y los vampiros, de llamar la atención de uno de los miembros de la realeza, capaces no sólo de liberarlos a ellos de su mortalidad, sino también a toda su familia.

Evelyn Blackburn no era como la mayoría de los seres humanos. A ella no le interesaban los vampiros.

Las invitaciones reales no eran algo habitual en su familia, pero desde que Alice se había casado con Marcus, su estatus social había escalado. Eran los parientes vivos más cercanos a uno de los lores más poderosos de la nación. Uno que poseía la capacidad de borrar del mapa ciudades si quería. Así que estaban no sólo invitados, sino obligados a asistir.

Naturalmente, ello no impidió que sus padres discutieran al respecto. «Deberíamos sentirnos honrados de estar en la lista de invitados», opinó su madre. Evelyn sospechaba que en el fondo le entusiasmaba recibir esas invitaciones. No era tanto que le cautivaran los vampiros como que le gustaba darse importancia.

A diferencia de lo que pensaba su padre. «No puedo creer que estés obligando a Nora y Eve a asistir a esto —espetó. Y al ver que la madre no decía nada, añadió —: ¿Sabes cuántos chupasangres de alto rango estarán presentes esta noche?».

El miedo teñía las palabras de su padre, y las manos le temblaban ligeramente. Evelyn sabía que estaba asustado, aunque no sufría por él. Tenía miedo por sus hijas. Por Evelyn y Nora. Le aterrorizaba que pudieran correr la misma suerte que había corrido Alice, una suerte terrible. Temía que los monstruos de la noche reclamaran a una de sus hijas. Ya había perdido a una sobrina. No podía perder también a una hija.

Lo que Evelyn no sabía era que su padre hacía bien temiendo tales cosas. «¿Acaso tenemos elección?», decía su madre mientras seguía rizando el oscuro cabello de Nora.

«¡Es el cumpleaños del rey! No me parece que podamos rechazar su invitación, así que no me echas a mí toda la culpa.» Su marido suspiró y apartó la vista de la pared de cristal del famoso hotel Shangri-La. Bajo las calles de la Ciudadela Real, la capital de la Nación Vampírica y el ajetreo que reinaba, ese día la actividad de la multitud y los coches era más frenética incluso que de costumbre; el mundo entero celebraba el cumpleaños de su rey, Atticus Lamia.

Globos y pancartas decoraban cada rincón de cada calle y, pese a su altura, desde

la habitación que los Blackburn tenían en la planta 56, podían oír a lo lejos la música festiva.

—¿Y si...? —Sacudió la cabeza, a todas luces incapaz de expresar su mayor temor—. Ya rompí la promesa que le hice a mi hermana cuando Marcus puso la mira en Alice. No sé lo que será de mí si...

—Cálmate, papá. —Nora le sonrió—. Eve y yo estaremos bien; tengo veinte años y ella pronto cumplirá también los veinte. Ya somos mayorcitas, así que ni tú ni mamá tienen nada de que preocuparse. Además, no veo qué tendría de malo llamar la atención de alguno de esos vampiros robustos...

Jonathan suspiró.

—Nora, ya sé que puede parecer muy atractivo enamorarse de un ser tan poderoso y extraordinario, pero esto no es ningún juego. Los vampiros son peligrosos, muy peligrosos.

—Tu padre tiene razón, Nora —la avisó Lynette mientras rizaba otro mechón de la melena negra de su hija—. Los vampiros son peligrosos y unos amantes extremadamente controladores, ¿o acaso debo recordarte lo que le pasó a Alice el verano pasado? ¡Marcus mató a un chico sólo porque la piropeó!

La chica puso los ojos en blanco.

—Mamá, ¡eso fue una conspiración! Aun así, Alice es la mujer de un lord, y de uno de los más poderosos del mundo para ser exactos. Eso no es mala suerte, ¡es como si te tocara la lotería!

Evelyn apretó la mandíbula al oír las palabras de Nora.

—Un matrimonio sin amor no es ninguna suerte; es una tragedia. Alice se merece algo mejor. Se merece al menos poder opinar a ese respecto.

Jonathan sacudió la cabeza.

—Entre ellos no hay amor. Es posible que lord Marcus albergue algún sentimiento por Alice, pero si la mantiene a su lado es por pura posesividad. No es amor, y no es lo que quiero para ti.

—Pero...

Antes de que Nora pudiera terminar su argumento, Evelyn cambió de tema.

—Hablemos de otra cosa —propuso, y se aproximó y se situó delante del tocador, junto a su madre. Contempló la imagen de su hermana reflejada en el espejo—: Vas a estar preciosa, Nora.

La mayor de las hijas Blackburn sonrió:

—Eso espero, sin duda. Quizá esta noche se fije en mí algún miembro de la realeza, puede que incluso el rey...

Se ruborizó al mencionar la posibilidad de conocer al celeberrimo rey de los vampiros.

Habían crecido oyendo todo tipo de leyendas acerca de él, su belleza y su valentía, acerca de cómo él solito había construido el mayor imperio que la Tierra había conocido. Para Nora, la idea de conocerlo, quizá incluso de arrodillarse ante él, mostrarle el placer que podía ofrecerle su cuerpo tierno, humano, era demasiado emocionante para que la mirada de desaprobación que le lanzó su padre pudiera desanimarla.

—Yo también lo espero —mintió Evelyn.

Prefería que su hermana se enamorara de un humano y no de un vampiro. Ya le quitaba el sueño lo suficiente la seguridad de su prima Alice, por lo que no creía

ser capaz de soportar tener que añadir a Nora a la lista de preocupaciones. Como su hermana, ella también había crecido oyendo historias terribles sobre lo crueles y despiadados que podían llegar a ser los vampiros. Pero, a diferencia de Nora, Evelyn no encontraba esa peligrosidad atractiva.

—Me resultará muy fácil llamar la atención de cualquier vampiro de la realeza... Eso, si no te interpones en mi camino, claro —dijo Nora medio en broma, aunque su falsa sonrisa escondía verdadera preocupación.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

Evelyn sonrió, y no pudo ocultar el placer que le deparaba pensar en la mirada que confiaba en captar esa noche.

—Sé en quién estás pensando —aseguró su madre, la voz risueña, y Evelyn se ruborizó, pero su sonrisa se ensanchó incluso más.

—No consigo entender por qué estás tan encaprichada con el hijo de los Redfern. Es posible que sea apuesto, sí, pero te mereces algo mejor —afirmó Nora—. No tienes que conformarte con un humano, ¿sabes?

Su padre levantó las manos, exasperado. Pese a que Evelyn y Nora habían recibido la misma educación, no podían ser más distintas.

Nora y Evelyn habían crecido con Ethan y Natalia Redfern, y Evelyn estaba enamorada de Ethan desde que eran pequeños. Ni siquiera ahora era capaz de recordar algún momento en que hubieran estado separados.

—Deberías alegrarte de que tu hermana haya encontrado el verdadero amor —observó Jonathan, regañando a Nora.

Evelyn sonrió a su padre y se acercó a él para disfrutar de las magníficas vistas de Utopía.

Sabía que algunos de sus antepasados habían vivido en la magnífica urbe antes que él, antes de la Gran Guerra entre vampiros y humanos; también había visto fotografías de Utopía en el año 2015, el punto álgido de la civilización humana, cinco años antes de la invasión del mundo por parte de los vampiros y de las fuerzas de la Oscuridad. Habían pasado muchos años desde 2015, y Jonathan pudo comprobar cuánto había cambiado en comparación con lo que había visto en las fotos antiguas.

La Utopía de 2439 era bella: estaba menos poblada que antaño y era más civilizada y más limpia, y todo gracias a la labor del rey Atticus Lamia; Evelyn estaba dispuesta a concederle eso. Pero el nuevo orden y la paz tenían un precio, y miles de millones de humanos se veían obligados a vivir forzosamente como meras bolsas de sangre subterráneas en ciudades amuralladas a las que llamaban granjas.

La raza humana había perdido todos sus derechos y sus privilegios. En el siglo xxv, menos del tres por ciento de los cinco mil millones de humanos del mundo recibían una educación, y sólo una fracción de ellos conseguía un empleo con un sueldo digno que les permitiera no trabajar para las criaturas de la noche, evitando así tener que arrodillarse siempre ante sus señores.

—¿Estará Ethan en la fiesta esta noche? —preguntó Jonathan después de un rato.

—Pues claro —respondió Nora poniendo los ojos en blanco antes de que Evelyn pudiera abrir la boca—. Es un Redfern, y los Redfern van a todas partes. Dudo que se lo pierda y quiera arriesgarse a competir por el afecto de Eve. —Nora le

guiñó un ojo a su hermana pequeña, que puso los ojos en blanco.
Su padre sonrió.

—Me alegro —asintió con la cabeza complacido. Como si alguien pudiera tener alguna posibilidad frente a Ethan.

Ethan era un muchacho muy apuesto, heredero de una familia próspera con una fortuna que no tenía nada que envidiar a la de cualquier vampiro. Además, quería a Evelyn con todo su corazón, igual que Evelyn lo quería a él. El suyo era un amor puro y eterno, de un tipo poco frecuente.

Evelyn miró a su hermana y experimentó una repentina sensación de preocupación. Nora era bellísima y estaba obsesionada con el poder y la riqueza. Desde pequeña siempre había querido lo mejor y no le había importado hacer lo que fuera para conseguirlo.

Su determinación era a la vez su mejor y su peor cualidad.

Evelyn no podía dejar de preocuparse por la clase de hombre —o vampiro— al que atraería Nora y lo que ello significaría. Los vampiros podían ofrecer riqueza y posesiones materiales, pero a menudo había que pagar un precio por ello. No quería ver a su hermana involucrada en una relación abusiva y controladora como la de su prima.

Sin embargo, Evelyn no era consciente de que debería estar preocupada por ella misma.

Libertad.

Algo que todo el mundo desea, pero que solamente unos pocos elegidos tienen la bendición de disfrutar.

La libertad es poder hacer lo que quieras cuando quieras sin temer las consecuencias. La libertad es tener el control sobre tu propia vida y poder expresar tu opinión. Evelyn disfrutó de esa libertad hasta el momento en que pisó el grandioso salón de baile del Shangri-La con su familia. Y Atticus la vio.

—Esto es increíble —le susurró Nora a su hermana, la voz rebosante de entusiasmo, cuando ambas entraron en la gran sala de baile del Shangri-La unos pasos por detrás de sus padres. Evelyn alzó la vista al imponente techo dorado. El salón de baile estaba cuajado de oro y piedras preciosas, el brillo resplandeciente y cegador como el interior del sol. Mirara donde mirara había hombres trajeados y mujeres con vestidos de todos los colores habidos y por haber. La sala era la corona; y los vampiros, las joyas. Cada uno el centro de su propio universo, rodeado de una órbita de fervientes admiradores humanos.

—¡No puedo creer que estemos aquí! —exclamó Nora.

—Ajá... —murmuró Evelyn mientras con la mirada buscaba a Ethan por toda la estancia.

Al contrario que su hermana, Evelyn odiaba ese tipo de eventos, llenos de monstruos sedientos de sangre que revoloteaban a su alrededor.

Todo el mundo en ese salón quería algo de alguien. Pero lo único que le interesaba a Evelyn era desaparecer del punto de mira de esos vampiros que la contemplaban con ojos lujuriosos. Se moría por encontrar a Ethan, por estar cerca de él y notar el calor de su cuerpo, por sentirse segura y tranquila en su presencia, ver su sonrisa radiante, oír su risa contagiosa y sus comentarios siempre ocurrentes.

—¿Sabes? No entiendo qué le ves. Podrías aspirar a algo mucho mejor que alguien tan corriente —señaló Nora. Bajó la vista para apreciar su vestido entallado, que mostraba una parte considerable de su escote; el atrevido modelo contrastaba con el sencillo vestido blanco de Evelyn—. Eres preciosa. Además, eres mi hermana.

El semblante de Evelyn se volvió severo. La irritación asomaba a sus ojos. Estaba cansada de esa discusión, de esas palabras. No había nada corriente en Ethan. Era sereno, prudente y formal. Tal vez no fuera lo que Nora quería, pero sí lo que quería Evelyn. ¿Por qué su hermana no podía aceptar eso, aunque no lo entendiera?

—Amo a Ethan, y eso es algo que nada podría cambiar —aseguró Evelyn, la voz un susurro grave, pero firme. Las hermanas se abrían paso entre la multitud tras sus progenitores, mientras el padre saludaba a viejos amigos—. ¿Por qué no puedes alegrarte por mí?

Sus miradas se cruzaron por un breve segundo antes de que Nora apartara la vista, negando con la cabeza en señal de desaprobación.

—Eres demasiado buena para un humano —espetó con frialdad, y luego se alejó por su cuenta.

La ira que sentía Evelyn se desinfló, hasta que todo cuanto quedó fue el mismo dolor y la misma sensación de culpa que la hacían sentir vacía y que la asaltaban siempre que Nora y ella se peleaban. Una pequeña parte de ella quería decirle a Nora que ellas también eran humanas; que, en su opinión, era Ethan quien, de hecho, era demasiado bueno para ella.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó su madre.

—No lo sé... Disculpa, ¿me perdonas un segundo? —le pidió la chica a su madre, alejándose antes de que ésta pudiera siquiera abrir la boca para responder. Tenía que salir de ese sitio. Acalorada, necesitaba que le diera el aire, y estar un momento a solas, sin esa multitud que amenazaba con asfixiarla.

Echó a andar en la dirección contraria a la que tomó Nora.

Cuando llegó a los balcones, los ojos le ardían debido a las lágrimas, que amenazaban con derramarse y echarle a perder el maquillaje. Su madre se enojaría si volvía al salón con el rímel y el delineador cayéndole por la cara como una muñeca de cera que se estuviera derritiendo, de modo que se tragó la pena, como hacía siempre. Un gesto familiar en el que tenía práctica.

Quería a Nora; eran hermanas. Pero Nora tenía la costumbre de herir a las personas, sin querer, aunque a menudo queriendo. Todos los días, como si fuera un pasatiempo que practicara, Nora sin falta decía algo de Ethan que hacía que a Evelyn le rechinaran los dientes. De su boca salían insultos y críticas que obligaban a Evelyn a hacer uso de toda la fuerza de voluntad que tenía para que la ira no la cargase como si de electricidad y determinación se tratara. Sin embargo, bajo esa ira había una suerte de pesar. La cruda tristeza de que su hermana, su mejor amiga, no pudiera alegrarse por ella. Ethan y ella se conocían de toda la vida, y lo que sentían no era algo que pudieran arruinar las palabras. Lo suyo era amor verdadero, algo que rara vez ocurría en la vida.

El modo en que él se preocupaba por todos a su alrededor y la gentileza y la dulzura que demostraba siempre hacia ella hacían que Evelyn deseara ser mejor persona. Ethan conseguía que quisiera ser tan amable y apasionada como él.

Respiró hondo y salió del salón abarrotado de vampiros y humanos para ir al espacioso balcón. Cerró los ojos y se apoyó en la barandilla. Se puso a escuchar la ruidosa canción que componía la incesante actividad de Utopía, algo a lo que no estaba acostumbrada. Se había pasado casi toda la vida alejada de las grandes ciudades y de los asuntos que concernían al mundo, como la política y la economía. De hecho, el único miembro de su familia avezado en lidiar con grandes y ajetreadas ciudades como Utopía era su padre, quien debía tratar con

un gran número tanto de humanos como de vampiros por motivos laborales. A Evelyn le desagradaban el ruido y la agresividad de la ciudad, pero agradeció el cambio de escenario respecto de su pacífica vida diaria. Estar allí le parecía toda una aventura.

—Una chica humana tan preciosa como tú no debería estar sola en un lugar tan peligroso como éste.

La voz detrás de ella interrumpió sus pensamientos, y Evelyn dio un respingo. Al volverse se encontró con los ojos castaños de un hombre a apenas unos centímetros de ella.

—¡Oh! —musitó sorprendida ante su proximidad—. Lo siento, no me había dado cuenta de que tenía compañía.

Él chasqueó la lengua y se apoyó en la barandilla, muy cerca de la joven.

—Yo tampoco —susurró—. Francamente, al principio me molestó bastante que hayas osado adentrarte. Los balcones suelen ser los únicos sitios a los que puedo huir en estas escandalosas fiestas.

Evelyn sonrió mientras observaba con atención al hombre que tenía a su lado. Llevaba un traje elegante, no demasiado fastuoso, pero algo en él exudaba dinero y poder. Era alto y de constitución musculosa, con la mandíbula fuerte y los pómulos más perfectos que había visto nunca, la piel morena y bronceada. Parecía joven, quizá en la veintena, aunque en un mundo en el que existía la inmortalidad, las apariencias podían ser engañosas.

—Lamento haberte interrumpido. Me iré inmediatamente —propuso Evelyn, dando ya media vuelta. Estaba claro que era vampiro. Aunque no la hubiera llamado humana, ella lo habría sabido por su forma de comportarse. Los vampiros destilaban cierta quietud.

Y ella lo había molestado: a muchos humanos los mataban por menos de eso. Lo mejor sería irse mientras aún podía hacerlo, en lugar de arriesgarse a ofenderlo y meter en un lío serio no sólo a ella, sino también a su familia.

—No, he dicho «al principio» —repuso—. Quédate.

Evelyn titubeó. Quería irse, pese a la salvedad que había hecho él, pero esa última palabra se parecía demasiado a una orden.

—Estos acontecimientos pueden llegar a ser de lo más aburrido —afirmó mientras señalaba con un gesto la fiesta—. Si bien es cierto que todo acaba siendo aburrido después de un par de miles de años. —Su voz era grave.

Con aire vacilante, Evelyn dio marcha atrás y se apoyó en la barandilla, adoptando la postura de antes. Un par de miles de años: esas palabras no escaparon a su atención. Una edad que hizo que se le erizara el vello de la nuca. Ni siquiera era capaz de imaginar cómo sería llevar viviendo y existiendo tantísimo tiempo. Lo que ese hombre debía de haber experimentado... Lo que debía de haber visto... Evelyn casi se estremeció al pensar en todas las cosas que podía haber hecho en los milenios que llevaba vivo.

Se sumieron en el silencio, y Evelyn sopesó si decir algo o seguir como estaba, callada. Él había salido al balcón porque quería estar solo, pero le había ordenado que se quedara, como si quisiera hablar con alguien. Evelyn hizo una

mueca de desaprobación. Ése era el motivo de que no le gustara estar con vampiros: era imposible saber lo que estaban pensando, lo que querían. Y poder predecir los deseos de un vampiro era una habilidad crucial para sobrevivir.

Ella era humana. Un paso en falso y podía estar muerta antes incluso de que se diera cuenta de que se había equivocado.

—¿A cuántos eventos como éstos has acudido? —quiso saber, vacilante.

—A setecientos mil cuarenta y dos —respondió.

Evelyn se quedó boquiabierta. Era un número muy concreto, y sin embargo ¿de verdad había contado todos los eventos? Entonces vio la sonrisa en sus labios.

—No, no lo recuerdo. Perdí la cuenta hace mucho tiempo —admitió.

Era una broma. Le estaba tomando el pelo. Lo absurdo de la respuesta y el hecho de que ella casi lo hubiera creído hicieron que también sonriera. Puso los ojos en blanco.

Atticus vio cómo se movían los músculos de su rostro, cómo se teñían de rubor sus mejillas, cómo la risa se apoderaba de todo su cuerpo.

Se fijó detenidamente en sus rasgos: la piel blanca como la porcelana, el cabello oscuro y los ojos azules como un cielo de verano. Su elegancia natural y esa aura de luz tan poco común.

Algo se encendió en su interior, algo que hacía mucho que no sentía.

—Debe de ser estupendo vivir tanto tiempo, haber visto tanto mundo —comentó.

Fue como si esa chispa se apagara con un agua helada.

—Estupendo no es la palabra. —Se miró el rubí que lucía en la mano y acarició la piedra con suavidad. *Tortura* era una palabra mejor. Después de tantos milenios, para Atticus la inmortalidad era más una maldición que el regalo que pensó que sería en su día. La eternidad era mucho tiempo, y vivir eternamente con el corazón roto y solo tal vez fuera más un castigo que otra cosa. Una suerte de tormento que se merecía—. Cuando se ha vivido tanto como yo, se pierden la satisfacción y la emoción que se siente por la vida. Todos los días acaban siendo iguales. —Estuvo a punto de admitir que era prácticamente imposible encontrar dicha, que lo único que sentía era entumecimiento. O quizá vacío lo definiera mejor. Sin embargo, se contuvo. Por algún motivo, no quería que ella supiera esa particularidad de él. En su lugar contestó—: Después de tantos años, uno acaba perdiendo esa razón de vivir que va más allá de las obligaciones.

Ella escuchaba y él la observaba mientras rumiaba sus palabras, digiriéndolas. Al cabo de un minuto se volvió hacia él.

—Sientes que vivir ya no es un lujo, sino un castigo, porque no tienes nada que te haga ilusión, nada por lo que seguir adelante. —Evelyn se volvió para poder mirarlo directamente a los ojos—. ¿Es eso?

Le dedicó una sonrisa sincera, una sonrisa tan dulce, inocente y llena de luz que él notó en la boca del estómago algo que no había sentido en siglos.

—Sí, es eso —respondió despacio, pasmado al ver lo bien que lo había entendido tras mantener únicamente una breve conversación. Había logrado expresar con palabras sus sentimientos, saber lo que sentía mejor incluso que él mismo.

—Necesitas algo por lo que vivir —opinó ella—. Una pasión o un proyecto, o incluso alguien a quien amar.

Desvió la mirada y profirió un leve suspiro que despertó en él la necesidad de extender el brazo y tocarla.

Quizá fuera una criatura inferior, una humana, pero Atticus no pudo evitar sentirse atraído por ella. A la luz de la blanquecina luna, su tez brillaba, era como si esa muchacha irradiara luz.

Tenía luz en su interior, una luz que podía redimirlo o hacerle caer en el abismo de la Oscuridad.

—Me estás poniendo nerviosa... —dijo, al ver que la miraba fijamente, y Atticus cayó en la cuenta de que no había respondido.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él de pronto.

—Diecinueve.

—Tan joven...

—¿Cuántos tienes tú? —preguntó ella a su vez por pura curiosidad.

Él se limitó a sonreír, sosteniéndole la mirada. Eso no se lo iba a decir, desde luego. Sólo la asustaría.

Sin embargo, ya era demasiado tarde.

—Debería irme —dijo Evelyn dando la vuelta para volver a la fiesta.

Esta vez alargó el brazo y le puso la mano en el hombro. Lo hizo con suavidad, pero aún así ella se quedó helada.

—No te he dado permiso para irte —dijo él, y casi inmediatamente lamentó la elección de sus palabras.

Echó los hombros hacia delante y se miró los pies. Sabía de sobra que más le valía no desobedecer, desde luego, pero si hacía un instante se sentía cómoda y era ella misma, ahora percibía algo completamente distinto.

Él siguió observándola, pero esta vez los ojos de ella no se encontraron con los del vampiro.

—Eres un alma vieja —declaró él.

Le tocó la mejilla, instándola a que levantara la cabeza y lo mirara, pero ella se acobardó y retrocedió. Atticus vio reflejado en sus ojos el terror que le inspiraba.

—No voy a hacerte daño —le prometió, y bajó las manos para demostrárselo. Permanecieron en silencio. Entre ellos sólo se percibía el miedo de la muchacha, como el calor de una llama temblorosa. Miró al estrellado cielo—. ¿Te gustaría dar un paseo por la azotea? Utopía puede verse preciosa desde allí. Me encantaría enseñártela.

Ella lo miró a los ojos, el terror sustituido por el asombro. Atticus no estaba seguro de a qué se debía ese asombro, si al hecho de que quisiera enseñarle la azotea o a que sintiera interés por ella. O sencillamente a lo que había preguntado.

—Me gustaría conocerte mejor —añadió el vampiro—. Eres interesante... Y ya no hay muchas cosas que me parezcan interesantes.

Al ver que volvía a moverse con nerviosismo, Atticus se dio cuenta de que buscaba alguna excusa, algún motivo para rechazarlo. Y aunque no la quería asustar, no pudo evitar decir:

—No soy de los que aceptan un no por respuesta.

Vio que tragaba saliva.

—De verdad que me tengo que ir —insistió—. Lo siento, me preocupa que mi familia me esté buscando. Mi hermana y yo discutimos, ésa fue la razón de que

viniera aquí, pero ha pasado ya un buen rato, y nadie sabe dónde estoy.

Hizo una pausa y miró hacia otro lado.

Y me das miedo. No lo dijo, pero tampoco hizo falta: lo tenía escrito en la cara.

Se volvió:

—¿En otro momento, tal vez? —Su voz sonaba esperanzada.

Atticus no sabía a ciencia cierta si tenía esperanza de que hubiera una próxima vez o si la esperanza residía en el hecho de que la dejara ir. Sin embargo, le daba lo mismo. Sabía que habría otra vez, muchas otras veces, porque cuando sus ojos se clavaron en los de ella, se vio compartiendo una vida de dicha, risas y felicidad en uno de ellos. Pero también vio una vida de dolor, pena, lágrimas y derramamiento de sangre en el otro.

Dos caminos.

Dos posibilidades.

Dos destinos completamente distintos.

Ambos eran posibles, pero los dados de la fortuna ya habían sido lanzados, y el futuro estaba decidido.

El futuro de ambos estaba entrelazado.

—Muy bien —contestó dando un paso atrás y, de hecho, permitiendo que se fuera.

—Gracias. Que pases una agradable velada.

Evelyn no se atrevió a preguntarle su nombre. Conocía su lugar como humana demasiado bien para cometer un error así de grave.

En cambio, a diferencia de ella, él estaba por encima de cualquier clase de convencionalismo social.

—¿Cómo te llamas?

Casi a regañadientes, ella se volvió y respondió:

—Evelyn Blackburn —contestó, y desapareció.

Reacio: contrario a algo, que muestra resistencia a hacer algo. Una suerte de reticencia, odio, aversión y oposición. Una sensación a la que los humanos del siglo XXV estaban demasiado acostumbrados, viviendo en un mundo en el que gozaban de tan pocos derechos como los perros y otras especies que habían sido sus animales de compañía. Un mundo en el que eran vistos como meros objetos en lugar de seres vivos. Un mundo en el que los vampiros poseían toda la autoridad y el poder, y donde, cada día, los humanos se veían forzados a hacer cosas que no querían. Incluso los pocos elegidos a los que les quedaba un ápice de control sobre sus vidas y no eran esclavos de sus superiores debían a veces realizar tareas que eran reacios a realizar, dar cosas que eran reacios a dar.

Dos semanas.

Habían pasado dos semanas desde la noche del baile del cumpleaños del rey. En esas dos semanas, todo había transcurrido con normalidad. Nada drástico había sucedido.

La celebración había proseguido con normalidad y sin ningún contratiempo para los Blackburn. Inmediatamente después de que el extraño vampiro dejara ir a Evelyn, ésta había encontrado a Ethan. La chica se planteó contarle lo sucedido, pero no lo hizo; no quería preocuparlo.

Nora había pasado la noche bailando con varios vampiros de alto rango en la jerarquía de la ciudad. Todos le habían ofrecido la atención que ella tanto deseaba, pero su interés no iba más allá de la piel y la carne, y quizá la sangre que le corría por las venas.

Evelyn pasó la velada con Ethan. Bailaron, pero la mayoría del tiempo estuvieron solos. A lo largo de la noche, le contó en voz baja cosas de distintos asistentes al baile: los humanos y vampiros a los que conocía. También hablaron de la vida que construirían juntos, de cosas que harían, lugares a los que irían.

Ahora que estaba en casa, Evelyn casi había olvidado la extraña conversación que había mantenido con el vampiro en el balcón cuando el ruidoso timbre resonó en la mansión de los Blackburn.

Evelyn alzó la vista del piano; estaba practicando. Sus padres se miraron y acto seguido miraron a Nora. En sus caras se reflejaba la confusión.

—Margret, ¿te importaría ir a abrir? —pidió Lynette Blackburn a la doncella. Llovía. El agua salpicaba los abrigos y las botas de los vampiros a los que la

doncella acompañó a la sala de estar.

Los padres y la hermana de Evelyn se pusieron en pie de un salto inmediatamente. Aunque Jonathan Blackburn era uno de los pocos humanos que gozaban de respeto que quedaban en el mundo, a su hogar rara vez acudían de visita vampiros, menos de la corte...

—Bueno, bueno, bueno..., parece que volvemos a encontrarnos, Jonathan Blackburn. —El primer hombre que cruzó la sala de estar era alguien a quien ninguno de ellos habría imaginado ver. Al menos no en su casa. No después de que Jonathan intentara hallar argumentos para dar con la manera de impedir que su sobrina contrajera matrimonio—. Parece que tu ego ha crecido en este tiempo en el que hemos estado separados —añadió el hombre: habría esperado otra clase de acogida por parte de su familia ante la visita de un lord vampiro, y no ser recibido por una insignificante criada humana. Miró con desdén a la mujer de alrededor de cincuenta años que estaba de pie frente a él, cabizbaja en mitad de la sala.

—¿Lord Marcus? —preguntó Jonathan sin aliento. No lo había visto desde hacía varios meses, no desde la última vez que Alice había intentado escapar de él—. No lo esperábamos, de lo contrario habríamos salido a recibirlo en la puerta. ¿Qué hace usted aquí? —inquirió preocupado ante la repentina presencia del vampiro en su casa—. ¿Va todo bien con Alice?

Marcus chasqueó la lengua.

—Sí, mi querida Alice está perfectamente, somos muy felices juntos.

Fue un golpe al hecho de que los Blackburn se opusieran firmemente a que Alice se casara con Marcus. Incluso ayudaron a sabotear la boda colaborando en la huida de Alice. Mejor dicho, la huida frustrada de Alice.

—Entonces, sin intención de ofenderlo, ¿podría decirme qué le trae por aquí, milord? Y ¿por qué lo acompañan tantos amigos?

Su padre señaló a los otros cuatro vampiros que iban con él, todos ataviados con elegantes trajes y colocados detrás de Marcus formando un triángulo perfecto.

Evelyn se percató de que los cuatro vampiros no eran de la zona: todos lucían una insignia en sus trajes —una luna creciente— que mostraba su pertenencia a la corte suprema del rey.

Marcus sonrió con malicia.

—Qué curioso que me hagas esta pregunta.

Inclinó ligeramente la cabeza, una señal para que el vampiro de su izquierda avanzara un paso.

De inmediato, éste se adelantó y desenrolló con orgullo un pergamino dorado. Los pergaminos dorados eran especiales: se elaboraban únicamente para anunciar las leyes y órdenes directas del rey. Y de inmediato todos, los humanos por lo menos, se arrodillaron en señal de respeto. Evelyn fue la más lenta, pero así y todo se obligó a hacer lo que dictaban las normas.

—«Por orden de su majestad el rey, Atticus Nocturne Lamia —leyó el vampiro en voz alta y arrogante—, Evelyn Maria Blackburn, hija de Jonathan Henry Blackburn y Lynette Helen Blackburn, al llegar a la mayoría de veinte años de

edad, recibirá el honor de entrar en el palacio real para formar parte del Consejo Real Vampírico en calidad de asociada humana del rey y asesorarlo así en temas de derechos humanos.»

—¿Qué? —preguntó Evelyn sorprendida, levantándose de un salto y acercándose al vampiro para leer con sus propios ojos lo que decía el pergamino —. ¿Evelyn Blackburn? ¿Yo? ¿Entrar en el palacio real como asociada humana? Marcus se echó a reír.

—¡Jonathan! Si ésta es la hija que vas a enviar al palacio real, será mejor que le enseñes modales primero. Si se comporta de este modo allí, dudo que sobreviva mucho tiempo.

Jonathan apretó la mandíbula furioso, ignorando la advertencia de Marcus.

—¿Evelyn? —Nora frunció el ceño—. ¿Por qué quiere el rey que sea Evelyn precisamente la que vaya a palacio?

—Debe de tratarse de un error —apuntó Evelyn.

No creía en modo alguno que eso se debiera a la conversación que había mantenido en el balcón. Era consciente de que un vampiro tan viejo probablemente fuera importante, pero seguro que no la había recomendado al rey.

El vampiro que sostenía el pergamino dorado repitió el anuncio, y esta vez Evelyn leyó las palabras por detrás de él: eso era, en efecto, lo que había escrito.

—Pero ¿por qué Evelyn? —insistió Nora.

Y esta vez Evelyn no pudo evitar notar la envidia que destilaban sus palabras. Era como si su hermana preguntara: ¿por qué no yo?

Marcus la ignoró y pidió que le dieran el pergamino dorado.

—«Jonathan Blackburn, como cabeza de familia y en nombre de Evelyn Blackburn, ¿aceptas recibir este trato de favor como muestra de compasión y amor del rey a tu familia y otorgar el futuro de tu hija a tu rey?» —Marcus formuló la pregunta con petulancia y observó a Jonathan, todavía arrodillado en el suelo, cabizbajo.

—No —espetó Evelyn, y a continuación se tapó la boca con las manos.

Su padre no la miró, y en ese momento, mientras el silencio envolvía la sala, tampoco habría querido ella que lo hiciera, pues podría haber cometido alguna estupidez. Con los ojos clavados en el suelo, su padre replicó, apretando los dientes:

—Sí, acepto.

Se veía con claridad lo mucho que le costaba pronunciar esas palabras, decidir para siempre el destino de su hija poniéndola en manos de un monstruo...

—Muy bien —asintió Marcus sonriendo burlón. Tomó el pergamino y se lo dio a su padre, pero antes de que éste lo tomara Evelyn dio un paso al frente y se lo arrebató para arrojarlo al suelo de mármol de la sala.

—¡Pues yo no acepto! —gritó con la cara roja de ira. Sentía una cantidad ilimitada de energía hirviendo en su interior, luchando por salir. Tenía otros planes. No iría al palacio para ser propiedad de nadie—. ¡No quiero ser asociada y no tengo ni idea de política, y además... —Antes de que pudiera proseguir con su queja, se vio interrumpida por el contacto de una mano grande y fuerte contra su mejilla.

—¡Sandeces! —rugió tan fuerte Jonathan que la chica cayó con fuerza al suelo

—. ¡No te comportarás así ante un noble como lord Marcus ni tirarás un pergamino dorado del rey al suelo como si fuera basura, y mucho menos te quejarás de los favores que el rey escoja para nuestra familia! ¡Entrar a formar parte del palacio real es un honor por el que millones de personas harían cualquier cosa!

—¡Pues por mí que se lo queden! —gritó Evelyn mientras se incorporaba con las lágrimas agolpándose en sus ojos y cayendo como cascadas—. ¡No quiero nada de esto! ¡Y no voy a ir a ese palacio! —chilló antes de desaparecer por la puerta. Nora nunca había estado más conmocionada. Sabía que tenía la boca abierta, y sabía que no era así como mejor estaba, pero, aunque se le fuera la vida en ello, no podía hacer nada para evitarlo. Su padre, ese padre siempre cariñoso y sensato, que adoraba a su hermana, acababa de abofetear a su hija favorita.

—Pido disculpas por mi falta de disciplina con mi hija. Me aseguraré de eliminar cualquier atisbo de desobediencia antes de su entrada en palacio —prometió Jonathan mientras se inclinaba para recoger el pergamino.

Marcus se limitó a asentir con la cabeza antes de volverse hacia los cuatro vampiros del Consejo Real.

—Esperen afuera —ordenó, y los cuatro salieron de la sala de inmediato como perros amaestrados y dejaron solo a Marcus con los tres miembros de la familia Blackburn que quedaban—. Has jugado bien tus cartas, Jonathan —dijo el vampiro tras unos instantes de silencio, cerciorándose antes de que los otros vampiros se habían ido—. Me aseguraré personalmente de que esos cuatro juren guardar el secreto del episodio de resistencia de Evelyn para que no llegue a oídos del rey si tú me prometes que tu hija será más obediente cuando llegue el momento.

Ahora sí que lo entendía Nora. Su padre seguía actuando por el bien de Evelyn. A saber cómo reaccionaría el rey si supiera que su hermana lo había rechazado de manera tan violenta. Nora no conocía al rey, pero, desde luego, si se creían las historias que se contaban, mataba a los humanos que lo desobedecían.

—Lo que acabo de hacer no ha sido teatro, milord. De verdad que lamento el comportamiento de mi hija, es demasiado ignorante como para darse cuenta de que ser llamada al palacio real es una bendición con la que millones de personas sueñan.

Lord Marcus sonrió mientras se acercaba a los desgastados asientos colocados junto al piano.

—Sin duda se trata de una bendición, sí, cientos de miles de humanos matarían por conseguir que sus hijas fueran escogidas personalmente por el rey para entrar en palacio, pero tú no eres uno de ellos, ¿verdad?

Jonathan se puso tenso y Marcus se dio cuenta de que había puesto el dedo en la llaga.

—Yo..., yo... —Lord Marcus soltó una risita—. No hace falta que te justifiques, Jonathan. Puede que yo no te guste, pero sigues siendo el tío favorito de Alice, su único tío. Tu familia son los únicos parientes que le quedan en este mundo. Y si alguna vez te denunciara ante el rey por seguir con la vieja tradición de odiar la superioridad de mi raza, sé que ella jamás me lo perdonaría. Así que no te preocupes, mi buen humano, tus secretos están a salvo conmigo. —Marcus sonrió a Jonathan y luego a Nora y su madre, quienes seguían arrodillados sobre

el frío y duro suelo sin atreverse a mover un dedo sin su permiso. Acto seguido, hizo una señal para que ambas mujeres se levantaran—. Sé lo que les enseñas a tus hijas y lo que le enseñaste a Alice, todas esas historias de terror sobre mi especie y la Gran Guerra de 2020. Sé que existe un motivo por el que tú y tu mujer mantienen a Evelyn y a Nora alejadas de eventos como el que tuvo lugar en la vieja Manhattan hace dos semanas: porque no quieren que ningún vampiro las vea y se interese por ellas, sobre todo, ningún noble, ¿no es así, Jonathan? — Le ofreció una media sonrisa y, como el humano permanecía callado, prosiguió —: Sé que, antes de conocerla, los padres de Alice habían intentado casarla con un hijo de los Grayson, otra célebre familia humana...

—Evelyn está enamorada de Ethan Redfern —dijo Jonathan al cabo de un momento al darse cuenta de a qué se refería el vampiro—. No están saliendo juntos porque nosotros, sus padres, lo deseamos, sino porque alberga sentimientos verdaderos hacia él.

—Entonces encárgate de que esos sentimientos desaparezcan —contestó Marcus con brusquedad. Su cara se había ensombrecido de repente—. Evelyn es la primera humana que el rey ha pedido que entre en palacio en siglos. Es obvio que el rey requiere su presencia en el palacio real por su propio placer, no para hablar de derechos humanos.

Nora asimiló lo que acababa de oír. Evelyn no sólo había sido nombrada para ocupar un cargo de poder en el palacio, sino que el rey había puesto la mira en ella. Pero ¿cuándo?

Los puños de su padre se tensaron, la única señal de la rabia que ella sabía que estaba sintiendo. Quizá él también imaginó al rey y a su hija favorita solos en la oscuridad y a la luz de la luna. Quizá le entraron náuseas y se sintió avergonzado como padre por no ser lo suficientemente fuerte como para evitar que eso sucediera.

—¿Quiere que aparte a Ethan Redfern del lado de mi hija para que el rey tenga menos competencia? —preguntó Jonathan con expresión impasible pese a los fuertes sentimientos de rechazo, rabia y odio que lo carcomían por dentro.

Marcus se echó a reír.

—Oh, no, no se trata de eso, haz lo que quieras. Sólo ten en cuenta que si el rey descubre que el corazón de Evelyn pertenece a otro hombre, ordenará sin inmutarse que lo maten y se lo arrojen a los perros... y por supuesto quién sabe lo que le hará a Evelyn...

Lynette frunció el ceño.

—¿Por qué se preocupa usted por Evelyn? Pensaba que odiaba a nuestra familia...

—Por la relación de Evelyn con mi Alice. Créanme cuando les digo que sé lo que se siente al comprobar que el corazón de la mujer que amas pertenece a otro hombre. —Desvió la vista un instante y después admitió—: Los celos son sentimientos muy poderosos, y un vampiro controlado por los celos puede llegar a hacer cosas horribles, incluso a la mujer a la que ama por encima de todo...

—¿No hay alguna forma de evitar que Evelyn acuda a palacio, lord Marcus? —suplicó Lynette; estaba a punto de romper a llorar—. Hágalo por Alice, por favor.

—Podría ir yo en su lugar —propuso Nora de pronto.

Parecía la solución más sencilla al problema: Evelyn no quería ir; Nora, sí. Seguro que el rey había escogido a su hermana porque no la había visto a ella. Marcus suspiró.

—Lo siento, de verdad, pero estamos hablando del rey, y si ha enviado a los tres miembros de la realeza en los que más confía, y a mí a traer el mensaje, creo que entenderán que está bastante decidido con respecto a Evelyn, quiere que sea ella en concreto.

Pero ¿por qué? ¿Qué podía haber sucedido y cuándo para que Evelyn llamara la atención del rey y hacer que éste estuviera tan decidido? Más aún, Nora era incapaz de entender por qué su hermana no había dicho nada.

Lynette y Jonathan intercambiaron una mirada.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada —afirmó Marcus encogiéndose de hombros—. Tan sólo asegúrense de que Evelyn es educada y disciplinada como debe, y ayuden a que poco a poco se vaya haciendo a la idea de que ahora pertenece al rey. No importa lo que ella desee: si el rey quiere tenerla, será suya. Cuanto más pronto lo asimile, mejor. Resistirse sería una pérdida de tiempo, porque acabará teniéndola de un modo u otro.

Durante los cinco meses que siguieron, la vida de los Blackburn y de Evelyn había cambiado drásticamente.

Cinco meses habían sido suficientes para que las noticias sobre el destino de la muchacha corrieran como la pólvora. Muy pronto, todo el mundo que la conocía sabía de su suerte. Algunos amigos la miraban con condescendencia y con pena, otros con miedo, algunos con envidia, pero la mayoría de ellos con repulsión.

Evelyn Blackburn era una chica lista: sabía exactamente lo que le había pasado por la cabeza a la gente cuando se había enterado de que el rey había exigido su presencia en palacio una vez que cumpliera veinte años. Sabían lo que sucedería una vez allí. Su imaginación podía crear todo tipo de imágenes de lo que el rey le haría a Evelyn en sus aposentos, en la oscuridad de la noche... Ella sería su juguete, su esclava, víctima de su dominación y su lujuria. Su virtud y el resto de su vida estarían muy pronto en manos del monarca, y no había nada que ella pudiera hacer al respecto para evitarlo.

La mayoría de los amigos de la familia Blackburn eran humanos y compartían la misma visión sobre los vampiros que Jonathan: eran las criaturas más despreciables que habían poblado la faz de la Tierra. Evelyn sabía que todos los que la habían visto crecer se sentían asqueados al conocer su sino.

Algunos incluso estaban indignados con ella. Como si su destino fuera culpa suya, como si hubiera hecho algo para atraerlo. Pero algunos de esos amigos eran tan osados como para atreverse a preguntar qué argucias había utilizado la menor de los Blackburn para conseguir seducir al rey.

No ayudaba que su madre pareciera orgullosa por el hecho de que su hija hubiera sido elegida por el rey. Muchos pensaron que debía de tratarse de un plan elaborado para ganarse el respeto del rey y acumular así más poder.

Mientras tanto, cada semana, el rey Atticus enviaba presentes a casa de los Blackburn en forma de joyas, vestidos, piezas de arte e incluso dinero, lo cual no ayudaba mucho a aclarar la controversia.

Los paquetes nunca llegaban con una nota. Sin embargo, el 1 de septiembre, el día del cumpleaños de Evelyn, llegó una serie aún más extravagante de regalos que incluían un collar de oro con una luna creciente hecha de rubíes —la «Luna Real», el símbolo que marcaba a quien la llevara como posesión del rey y como alguien que debía, por tanto, ser respetado a toda costa—, un vestido blanco y una carta.

Feliz decimonoveno cumpleaños, mi dulce Evelyn. Es mi deseo que disfrutes de la fiesta que tus padres han organizado para ti. Espero también que te gusten mis regalos y, por favor, lleva el collar a la fiesta de esta noche. La Luna Real es un símbolo conocido tanto por los humanos como por los vampiros. Con él puesto, todo el mundo sabrá que me perteneces y que debes ser tratada con el mismo respeto que me otorgan a mí. Ya no queda mucho. Anhelo que llegue el día que vengas a palacio.
Siempre tuyo,

Atticus

—¡He dicho que no quiero ir esta noche! —gritó Evelyn al tiempo que tomaba un jarrón de cristal con agua y flores y se lo lanzaba a una de las criadas—. ¡Déjenme en paz!

—Señorita Blackburn, debe ir a esa fiesta, ¡se organiza con motivo de la celebración de su propio cumpleaños! —argumentó una de ellas temblorosa, intentando convencer a la terca muchacha de que la escuchara y le permitiera vestirla para la ocasión.

Poco a poco, la atención de Evelyn se fue desviando hacia el precioso día que hacía fuera, soleado y con el cielo azul totalmente despejado. Un par de golondrinas pasaron volando por delante de la ventana de su habitación, sin ninguna preocupación en el mundo.

La chica envidió a las golondrinas su libertad, que les permitía revolotear por donde quisieran y hacer lo que les antoje en cada momento, al contrario que ella, que había sido desprovista de su libre albedrío y condenada a un cruel destino que la acechaba cada vez más cercano.

—¿Celebración? —replicó con una mueca—. Y ¿qué se celebra exactamente? ¿Que cumpla diecinueve años o que me quedan 365 días de libertad antes de verme forzada a dejar atrás a todos aquellos a quienes quiero para servir a ese monstruo?

—Señorita... —La otra criada empezó a balbucear, pero la hermana de Evelyn la cortó tajante.

—¡Salgan de aquí! —ordenó Nora de forma tan brusca como había entrado.

Las criadas se miraron sin saber qué hacer, conscientes de lo mucho que habían empeorado en los últimos tiempos las relaciones entre las dos hermanas a causa de los celos que Nora tenía de Evelyn.

—¡Fuera! —repitió la joven, esta vez con mayor énfasis—. ¿No me oyeron? Quiero hablar con mi hermana en privado, así que les sugiero que vayan a hacer otra cosa, ¡si no quieren que las ponga de patitas en la calle a ambas!

Las criadas intercambiaron miradas de nuevo antes de salir apresuradamente por la puerta.

—Diecinueve años y todavía pagas tus frustraciones con las pobres criadas, ya veo —comentó Nora con sarcasmo mientras atravesaba la estancia despacio hasta el lugar donde estaba su hermana, junto a la ventana.

—No hay nadie más con quien pueda pagar mis frustraciones: tú te niegas a hablar conmigo, mamá no puede mirarme ni un segundo sin echarse a llorar y papá me evita a toda costa... En otras ocasiones podría haber compartido mis

preocupaciones con mis amigos o con Ethan, pero... —Evelyn se interrumpió al notar cómo el peso de la soledad y el desamparo le llenaban de nuevo los ojos de lágrimas, pero fue capaz de tragárselas.

—¡Oh, pobrecita...! —Nora habló sin ningún atisbo de emoción más allá del odio—. ¿Todavía te duele que tus amigos se hayan enterado de que te tiraste al rey para poder entrar en palacio?

—¡Yo no hice nada con el rey! ¡Si ni siquiera lo vi! —se defendió Evelyn—. ¿Por qué no te entra en la cabeza que no quiero nada de esto? No quiero vivir en el palacio y pertenecer a Atticus Lamia. ¡No quiero perder mi virginidad con alguien a quien ni siquiera conozco!

—En serio, Evelyn, ¡déjalo ya! —gruñó Nora, y dio un paso adelante en dirección a su hermana—. ¡Debes de haberle hecho algo para que te desee con tal desespero y te envíe todos estos regalos cada semana! Todos sabemos para qué te quiere, y no tiene nada que ver con discutir sobre los derechos de la raza humana.

Finalmente, Evelyn explotó:

—Nora, ¿por qué te comportas así conmigo? —La más joven de los Blackburn expresó su frustración al fin al tiempo que sus emociones la traicionaban y lágrimas y más lágrimas empezaban a brotar de sus ojos—. Eres mi hermana, ¡se supone que tendrías que intentar ayudarme a pasar por todo esto, y no hundirme y hacerme sentir aún peor! ¿Por qué me tratas como si me odiaras justo cuando más te necesito? ¡Ya sabes que yo nunca pedí que esto ocurriera! ¡Me siento como si viviera en el infierno un día sí y otro también!

Nora sonrió con superioridad mientras se dirigía hacia la mesilla de noche de Evelyn, donde estaban el collar y la carta de amor que había enviado el rey, tirados de cualquier manera.

Nora chasqueó la lengua tras leer parte de la carta, su cara una mueca de asco.

—Dices que no te lo cogiste. Entonces ¿qué? ¿Te parece que será amable o brusco contigo? ¿Te entregarás a él dócilmente con las piernas bien abiertas o lo obligarás a tomarte por la fuerza?

—¡Para! —Evelyn no quería imaginar lo que le pasaría una vez que cumpliera los veinte y se convirtiera en propiedad del rey—. Nora, por favor, no sigas... —suplicó.

—¿Te lo imaginas? Atticus haciéndote suya cada noche, robando tu inocencia y tu pureza...

—¡Déjalo ya! —chilló Evelyn al fin con la cara cubierta de lágrimas y cayendo de rodillas, deseando en vano que todo lo que su hermana acababa de decirle desapareciera.

Como una campanilla, las palabras de Nora tintineaban sin cesar en su cabeza. No podía hacerlas desaparecer porque sabía, como todo el mundo, que eso era exactamente lo que sucedería.

Quizá Evelyn nunca se casaría con su amor de la infancia, como soñó. Quizá nunca tendría hijos con él ni envejecerían juntos. Todos los sueños y las esperanzas que había albergado con respecto a Ethan se desvanecerían en el mismo momento en que cumpliera veinte años.

Nora observó a su hermana pequeña acurrucarse en el suelo hecha un mar de lágrimas.

—Tendría que haber sido yo —susurró con odio antes de salir de la habitación.

La fiesta fue preciosa, por supuesto: Jonathan y Lynette no escatimaron recursos en el último cumpleaños que su hija celebraría como un ser humano libre. La espaciosa sala de baile de los Blackburn estaba llena a rebosar tanto de humanos como de criaturas de la noche, incluidos muchos miembros de la nobleza que habían traído regalos espléndidos para la joven Evelyn.

No estaban allí porque fueran amigos de la familia, era evidente: el único motivo por el que dichos nobles habían acudido a la fiesta era para ver de cerca a la belleza arrebatadora que había conquistado a su rey.

Durante la noche, Evelyn sonrió y bailó con todos los invitados que demandaron su atención, pero por dentro odió cada segundo de la fiesta organizada en su honor. ¿Por qué? Porque ninguno de sus amigos se hallaba allí. La sala estaba llena de extraños que no conocía y que sabía que sólo habían ido a complacer al rey.

Cuando apenas había transcurrido una hora, ya estaba lista para retirarse, subir a su habitación y llorar hasta caer dormida. «Con tanta gente, seguro que no se dan ni cuenta de que me he ido, aunque sea mi propia fiesta de cumpleaños...», pensaba mientras se dirigía con cautela hacia la salida, deseando que nadie se percatara de sus movimientos.

—¡Evelyn! —Una voz femenina vagamente familiar la llamó justo cuando casi había conseguido salir por las pesadas puertas de madera.

Apesadumbrada, se volvió esperando encontrar a alguien que quería hablar con ella sobre el rey o pedirle favores para cuando entrara en palacio. No obstante, al volverse vio a una chica a quien conocía desde la infancia, posiblemente la única amiga que se había presentado en la fiesta.

—¡Natalia! —exclamó Evelyn. Salió corriendo en dirección a la muchacha rubia y la abrazó—. ¿Qué haces aquí?

De pronto, al ver la cara de Natalia Redfern, la hermana mayor de Ethan, la noche no le pareció tan terrible como hacía unos segundos. Sin embargo, su repentina felicidad pronto se vio truncada al notar que Natalia no le devolvía el abrazo.

Con brusquedad, la chica le entregó una nota.

—Francamente, no sé por qué sigue molestándose... —murmuró con amargura, y se fue sin decir más.

¿Él? Sólo con una palabra se emocionó mientras abría la nota. Sabía que debía ser de Ethan... Gracias a Dios; casi no había podido hablar con él los últimos meses. Leyó la nota:

Te espero bajo nuestro cerezo.

El mensaje era así de simple y sin indicaciones, pero Evelyn sabía por la caligrafía que se trataba de Ethan. Sonrió de oreja a oreja y se apresuró a salir de la casa sin detenerse ante las miradas de curiosidad de los invitados.

«Nuestro cerezo», pensó. Sabía exactamente a cuál se refería.

Algo alejado de la mansión Blackburn, de las luces y de la música, había un cerezo. A esas alturas del año, sus flores ya se habían marchitado y sus ramas estaban casi despobladas por completo.

En verano, Evelyn y Ethan pasaban mucho tiempo en el claro que había bajo el cerezo, disfrutando de la vista y de la compañía del otro; pero ese año no habían tenido tanta suerte, al verse obligados a mantenerse alejados por orden del padre de la chica.

—¡Ethan! —exclamó Evelyn mientras se lanzaba a sus brazos.

—¡Evelyn! —Él la rodeó con fuerza saboreando el abrazo—. Pensaba que no vendrías...

—¿Estás loco? —Se apartó un poco de él para poder mirarlo a los ojos—. ¿Cómo no iba a venir? ¡Siempre vendría, Ethan! ¡Te quiero!

—Yo también te quiero. —El corazón de Evelyn latió con fuerza al oír sus palabras y, antes de darse cuenta, ambos se estaban besando con alocada pasión. Hacía mucho desde la última vez que Evelyn había podido sentir los dulces labios de Ethan; él la abrazó más fuerte aún y la apoyó contra el árbol, su árbol. Su mano recorrió el cuerpo de la joven, tocando sitios que sabía que no debería tocar.

—Te he echado tanto de menos... —dijo sin aliento mientras se apartaba un instante para, acto seguido, volver a besarla.

Poco a poco, sus manos se inmiscuyeron bajo el vestido largo de Evelyn y empezaron a acariciar sus suaves muslos, mientras las manos de ella se enredaban en su pelo rubio. Ella le rodeó la cintura con las piernas, acercándolo hacia sí.

Lo que hacía no estaba bien, y lo sabía. Si el rey o cualquier vampiro se enteraba de que había estado con Ethan, tanto ella como el joven Redfern caerían en desgracia, pero en ese preciso instante no podían importarle menos el rey y su corte de vampiros. En todo cuanto podía pensar era en Ethan, en sus besos y en sus manos sobre su cuerpo.

Se besaron durante lo que pareció una eternidad, aunque podrían haber sido tanto horas como minutos, antes de ser interrumpidos.

Sin previo aviso, la pareja fue separada salvajemente por un par de manos inusualmente fuertes, y antes de que Evelyn entendiera lo que pasaba, Ethan volaba por los aires y caía con gran estruendo contra el suelo.

Dos ojos marrones, casi rojos, la observaban con furia, poseídos por los celos. El cerebro de Evelyn tardó unos momentos en identificar la cara del agresor, una cara que no había visto desde el día que se conocieron.

—¡T-t-tú! —balbuceó casi en estado de *shock*, intentando apartarlo. Pero era inútil—. ¡Eres el tipo que conocí en la fiesta de cumpleaños del rey! ¡Tú debes ser el que le ha hablado de mí!

El vampiro sonrió.

—Me alegro de que me recuerdes, mi dulce Evelyn —susurró acercándose más.

Por fin, la chica ató cabos:

—Tú... tú eres Atticus Lamia..., ¿eres el rey!
Él sonrió con malicia.
—Tardaste un poco...

Las palabras de Atticus hicieron que un escalofrío recorriera el cuerpo de Evelyn. Tampoco ayudaba la imponente presencia del vampiro que tenía delante. Un rostro de planos lisos y líneas esculpidas, ojos castaños grandes y rizos del color de la obsidiana. La primera y última vez que se habían visto había sido en un balcón poco iluminado, bajo la luz de la luna y los destellos lejanos de la ciudad de Utopía. Ahora Evelyn veía cómo era en realidad.

Evelyn no entendía cómo podía no haberse dado cuenta de que el vampiro con el que había estado hablando era el rey, alguien de quien habría tenido que mantenerse alejada a toda costa.

Temerosa, miró en dirección al lugar adonde Atticus había enviado volando a Ethan hacía tan sólo unos instantes. Sintió una punzada de ira nacerle en el estómago al ver el cuerpo del chico, todavía inmóvil e inconsciente sobre la fría hierba. Todo era culpa suya. No debería haberlo besado. Era lo bastante egoísta para aferrarse a él y a su amor cuando podía ponerlo en un peligro como ése. Podría haberlo matado.

Iba a acercarse a Ethan, para asegurarse de que no estaba herido de gravedad, cuando de pronto Atticus la tomó del brazo, estrechó su cuerpo contra el suyo... y la besó. Sus labios rozaron los de ella, y eran fríos, nada que ver con el calor que desprendían los besos de Ethan. El estómago se le revolvió al pensar que tenía los labios de un vampiro contra los suyos.

Entonces, por puro acto reflejo, hizo algo que no debería haber hecho, algo que podría haber provocado que la mataran allí mismo, en ese mismo instante.

Sin pensar, levantó la mano y abofeteó a Atticus con todas sus fuerzas. Sin embargo, cuando su mano tocó la cara fría del no muerto, la cabeza de Atticus no se desplazó hacia un lado, como ella esperaba que sucediera, sino que no se movió ni un milímetro.

No obstante, al menos consiguió que se separara de ella. Y, cuando lo hizo, Evelyn pudo ver que diferentes expresiones se adueñaban de su rostro: primero incredulidad; luego asombro, rechazo y, por último, dolor. Sin embargo, no esperó a que el dolor se convirtiera en furia. En su lugar, aprovechó el momento para escapar deslizándose por debajo de su brazo y salir corriendo hacia donde estaba el cuerpo inmóvil de su amado, pero antes de que pudiera acercarse siquiera, un par de brazos fuertes la rodearon y la llevaron hacia el torso más duro que había tocado en su vida.

—¿Te gusta? —La cruel y fría voz de Atticus la hizo estremecer.

Tenía un brazo alrededor de su cintura y el otro en la garganta, amenazando con

partirle el cuello en cualquier momento.

Evelyn no respondió. No se atrevía. Necesitaba controlar sus emociones y ser lista. No quería que hiriera a Ethan más de lo que lo había hecho ya.

—Te he hecho una pregunta... ¿Te gusta?! —repitió Atticus, esta vez en un tono más alto y autoritario—. ¡Responde a tu rey, Evelyn!

Evelyn no necesitaba volverse a mirar su expresión para intuirlo. Tenía la cara desfigurada debido a la ira que le había provocado su desobediencia al ser superior que era.

—No me gusta..., ¡lo quiero! —las palabras salieron antes de que pudiera sopesar las consecuencias, y lamentó haberlas pronunciado en el acto.

A veces las palabras pueden herir más que los cuchillos, y no había nada que importara más a los vampiros que su ego. Quizá ése fuera el motivo de que las dijera. Sea cual sea la razón por la que se había obsesionado con ella, quería poseerla y no estaba dispuesto a que ella quisiera a otro, y ella quiso hacerle daño.

Por supuesto, insultarlo y herirlo deliberadamente era estúpido, sobre todo porque tenía el poder de matarlos a ella y a Ethan sin pestañear.

Peró no le importó. Al pensar que en el plazo de un año la obligarían a vivir en el palacio con ese vampiro de sangre fría, donde se vería obligada a divertirlo y complacerlo durante el tiempo que él quisiera, se preguntó si no sería mejor que le ahorrara el sufrimiento y la matara en ese mismo instante.

Evelyn prefería estar muerta antes que encerrada en el palacio real durante el resto de su existencia, llevando una vida que nunca había querido. No obstante, estaba preocupada por su familia.

—Humana, ¿es él el motivo por el que has rechazado mi beso?

Evelyn notó su presencia y su voz a escasos milímetros de ella. Las manos de Atticus descendieron por sus antebrazos.

No hizo falta que Evelyn contestara, pues ambos conocían la respuesta. Pero para herirlo más aún, y para intentar salvar a Ethan, dijo:

—No. He rechazado tu beso porque eres un monstruo sin corazón que no valora la vida humana.

La soltó de golpe, y Evelyn se tambaleó hacia delante. Se habría caído, de no ser por la mano que le tendió para impedirlo. Pero ella no quería su ayuda. Habría preferido caer de bruces, así que cuando hubo recuperado el equilibrio, se separó de él.

—Eres mía —afirmó Atticus, la voz áspera, como un gruñido grave—. Tienes razón. Soy un monstruo sin corazón. Si fuera un hombre mejor, renunciaría a ti, pero no lo soy. Así que serás mía, tanto si te gusta como si no.

La ira de Evelyn se desvaneció, y fue sustituida por una suerte de tristeza y desesperación, porque sabía que era cierto. Si él la deseaba, ella no podía hacer nada en contra. Ningún poder de este mundo le permitiría impedir que él la tomara.

Señaló con la cabeza a Ethan.

—Te prohíbo que beses, toques o veas a ese tipo, incluso que hables con él.

A continuación, Evelyn dio un respingo al notar cómo Atticus le besaba el cuello.

—¡No eres nadie!

Él sonrió.

—Estás equivocada, mi dulce Evelyn. Tengo todo el derecho del mundo a decir lo que puedes y no puedes hacer: soy tu rey, y tú, simplemente, una de mis súbditas humanas... —Acto seguido, la abrazó todavía más fuerte, tanto que notó cómo empezaba a costarle respirar.

Y entonces Evelyn lo sintió. Algo duro y abultado bajo su cintura, ejerciendo presión contra sus nalgas.

—Podría tomarte aquí mismo. Si quisiera, podría llevarte ahora a palacio y atarte a mi cama, tenerte allí para siempre y no dejarte ir. Serías mía durante toda la eternidad. —Sus palabras le helaron la sangre.

—Entonces ¿por qué no acabamos con esto? —lloriqueó ella, aunque en realidad no lo pensaba. Aprovecharía cada segundo de libertad con el que pudiera hacerse, pero así y todo quería resistirse a sus burlas.

—Porque no quiero forzarte, quiero que seas tú quien se ofrezca a mí. Así que esperaré otro año si es lo que hace falta —susurró Atticus. Sus labios seguían comiéndose a besos el cuello, las clavículas y los hombros de la chica.

Era tan ridículo que casi se echó a reír. Sabía que Atticus era viejo y que los vampiros tenían un sentido de la realidad trastocado, pero esto era demasiado.

—Y ¿crees que me puedes ganar enviándome regalos caros, amenazándome y haciendo daño a las personas que quiero?

Tras ella, Atticus se quedó inmóvil.

—Me puedes obligar a ir a tu palacio —añadió, forzándose a insuflar a sus palabras una fuerza mayor de la que sentía—. Me puedes obligar incluso a meterme en tu cama, pero sólo conseguirás que te odie.

La soltó, y Evelyn se apartó, volviéndose para mirarlo. De no haber estado tan segura como lo estaba, quizá lo hubiera considerado apuesto. Esos ojos oscuros y esas pestañas espesas. Esas cejas sombrías y esas líneas esculpidas. Pero estaba segura: era un monstruo.

—Hagas lo que hagas, nunca te querré —espetó.

En el preciso instante en que lo dijo, Evelyn habría jurado que la temperatura ambiente había descendido varios grados de golpe. Una especie de halo helado los envolvió. Incluso la luz de la luna llena se apagó un poco. Tembló, y no pudo evitar preguntarse si él la mataría en ese instante.

—Estar en la cama de un rey es un honor —dijo con una voz que sonó un poco extraña—, millones de mujeres matarían porque las deseara como te deseo a ti. Podría darte más placer del que puedas llegar a imaginar, regalarte cosas maravillosas y llevarte a sitios a los que ningún humano tiene acceso.

—No quiero placer —aseguró. Quería su libertad, pero eso él nunca lo entendería. Nunca entendería nada que no fuera a sí mismo. De manera que añadió—: No de ti.

Atticus desvió la mirada.

—Confío en que cambies de parecer, Evelyn —contestó—, porque yo siempre consigo lo que me propongo. Sin excepción.

Y, con estas últimas palabras, Atticus desapareció en la noche, dejando atrás a

Evelyn junto a un maltrecho Ethan Redfern.

Palacio real

—Deberías dejar de teletransportarte sólo para acosar a una humana —una voz familiar saludó a Atticus con esas palabras cuando su cuerpo se materializó en medio de su iluminado despacho.

—Era su cumpleaños, quería verla —adujo Atticus. Aunque no podía por menos de coincidir con su amigo: estaba claro que acudir esa noche a la mansión de los Blackburn había sido mala idea. Le pasó por la cabeza sorprenderla con un regalo y demostrarle lo que significaba para él. No se le ocurrió que ella no sabía quién era cuando se conocieron, hacía meses. Había permanecido al margen porque la deseaba con todo su ser y pensó que le daría espacio para que se acostumbrara a la idea. Todos los regalos que enviaba tenían por objeto demostrarle lo que le podía dar.

Acto seguido, se dirigió hacia su gran escritorio de caoba, sacó un pergamino dorado de uno de los cajones y empezó a escribir otra de sus órdenes.

Hansel sonrió con suficiencia y se encaminó hacia el lugar donde se encontraba su amigo para fisgonear por encima de su hombro lo que escribía.

—¿Qué mosca te ha picado? Normalmente, cuando sales por ahí a acosar a alguna chica, vuelves contento y feliz, ¿qué ha pasado esta vez?

Atticus no respondió, sino que siguió escribiendo la orden real en el pergamino.

Ya le estaba costando bastante repasar mentalmente lo que acababa de suceder: que Evelyn pensaba que estaba enamorada de un humano, que ese animal la estaba tocando y que ella había jurado que nunca lo querría a él. Y, naturalmente, que había perdido el control y se había comportado de un modo nefasto, amenazándola. Si no podía controlarse cuando ella estaba presente, era evidente que se ganaría su odio.

—Llévale esto a Marcus mañana por la mañana y dile que ejecute la orden de inmediato —dictaminó una vez que acabó de enrollar el pergamino y lo lanzó contra el pecho de Hansel.

Hansel no dijo nada y por pura frustración Atticus golpeó con los puños el escritorio, rompiendo la madera. Todo lo que había encima, la computadora, la lámpara y otros objetos, voló por los aires y chocó contra los restos de la mesa o contra el suelo alfombrado.

A su lado, su mejor amigo durante los últimos mil años frunció el ceño y se pasó una mano por el rizado cabello. Se conocían desde hacía prácticamente toda su vida de vampiros, y Hansel había sido uno de sus asesores y amigos más cercanos durante siglos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Algo te pasa, hace mucho tiempo que no te veía así.

—Quiere a otro, a un humano —confesó el rey con la mandíbula tensa y los

puños apretados. Estaba tan molesto que tenía los nudillos blancos—. No lo puedo creer... La primera chica que me gusta en siglos y resulta que está enamorada de otro. Genial.

No fue de gran ayuda que no hubiera logrado mantenerse apartado de ella. La había estado observando desde la distancia durante los últimos cinco meses. La había visto en los jardines, dando de comer a los pájaros, leyendo y contemplando el cielo. Cosas sencillas, y sin embargo su corazón se había despertado más si cabía. Evelyn lo había hecho sentir casi vivo de nuevo, y no había visto señal alguna de que sintiera afecto por otro.

—Así que... ¿vas a ejecutar a toda la familia del tipo? —preguntó Hansel después de leer el pergamino dorado, sin rastro de sorpresa en la voz.

Atticus sabía que su amigo no le juzgaba. Aunque era conocido por ser un rey benevolente y justo, podía llegar a ser despiadado cuando quería conseguir algo. En los siglos que había ostentado el poder, había mandado ejecutar a millones de humanos, vampiros y otras criaturas de la noche sin distinción. Naturalmente, el propio Atticus empezaba a dudar de su decisión. ¿Ejecutar a un hombre sólo por amar a la muchacha que él había elegido?

Sin embargo, no podía permitir que un humano le impidiera conseguir lo que deseaba, no lo que necesitaba.

—¿Bajo qué cargo? —preguntó tras unos instantes de silencio.

—Alta traición.

—Sabes que enamorarse no es traición, es la vida misma. ¿Y su familia? ¿Cuál es su traición? No puedes ejecutarlo a él y a los suyos por eso.

—No soy tan estúpido como para organizar una ejecución sólo por eso. Si lo hiciera, Evelyn me odiaría para siempre. —Sonrió con malicia—. Los Redfern, al igual que muchas otras familias humanas de clase alta, han estado adiestrando a su descendencia en las antiguas enseñanzas, los días antes de la Gran Guerra. No hacen que sus hijos respeten, amen y honren como deberían. En su lugar, les enseñan a temer a los vampiros.

Hansel sonrió.

—Ya... De ese modo, no sólo eliminas a tu oponente, sino que además envías un aviso a los Blackburn y a otros haciéndoles saber que conoces perfectamente sus pecados. —Atticus asintió. Quizá todo el mundo necesitaba que le recordara que ir contra la Sociedad de la Noche tiene sus consecuencias.

Evelyn cerró los ojos y dio un pequeño paso hacia el borde del precipicio. Notaba el corazón latiéndole con fuerza en la garganta y que le temblaban las manos y las piernas. Poco a poco, se fue acercando al despeñadero; estaba a apenas unos centímetros del filo y de la horrible caída. No había árboles debajo. Era al menos un kilómetro y medio de espacio abierto y después piedras, así que sabía que no habría forma de sobrevivir a la caída. Si se tiraba, moriría. La brisa típica del incipiente otoño rodeó a la chica humana, haciéndola más inestable con sus temblorosas piernas. Lágrimas calientes y saladas se agolparon en los ojos de Evelyn mientras intentaba hacerse a la idea de lo que significaba dar otro paso más.

Moriría.

Moriría, dejaría de existir, desaparecería del mundo para siempre. No podría ser feliz con Ethan. No se casaría, no tendría hijos, no vería mundo.

Por supuesto, eso también pondría punto final al continuo sentimiento de odio hacia sí misma que la martirizaba.

Estaba más que harta de los comentarios mezquinos a su alrededor y las miradas de asombro. No habían pasado ni veinticuatro horas de la celebración de su decimonoveno cumpleaños, pero eso significaba que tan sólo le quedaban 364 días antes de tener que dejar atrás todo lo que amaba.

No hacía ni veinticuatro horas que Atticus había atacado a Ethan, y la gente ya había empezado a murmurar.

El afecto que Evelyn profesaba al joven Redfern no era ningún secreto en el pueblo. Antes de que se extendiera el rumor de que el rey le otorgaba el honor de entrar en palacio como su asesora de derechos humanos del rey, Ethan y ella podían caminar por la calle de la mano, tan tranquilos. Eran felices y todo el mundo lo sabía.

La noticia de lo sucedido se extendió como la pólvora. Todos sabían ya que Ethan, un mero humano, había sufrido un ataque por parte del rey. Pero nadie conocía la verdad. Nadie salvo Evelyn.

Cuando se habían despertado esa mañana, el ataque aparecía ya en las portadas de todos los periódicos sensacionalistas del país, y posiblemente del mundo entero. Hablaban con desprecio de Evelyn y proponían toda suerte de teorías por las que el rey había llegado a comportarse de un modo tan irracional como para atacar a un humano.

En todos los titulares el rey Atticus desempeñaba el papel del héroe. En la mayoría, Evelyn era la malvada y habría jugado con los sentimientos de ambos,

viviendo un romance con Ethan a espaldas del amoroso y compasivo rey. Atticus se había visto forzado a atacar al joven para defender su amor. Aunque otros argumentaban que Evelyn se veía con el rey en secreto, a espaldas de Ethan, para seducirlo, ganarse su afecto y conseguir así acceso a una vida acomodada como miembro de la corte.

Otra teoría era que Evelyn y el rey mantenían algún tipo de relación clandestina. Ethan, como el humano egoísta e imprudente que era, no creía que el rey fuera mejor que él para Evelyn, y quería a la joven para sí. Por tanto, había tratado de acosar a Evelyn, pero el vampiro lo descubrió en el momento justo y había intentado defender a su amada...

Ninguno de los artículos consideraba que su infalible rey, incapaz de romper un plato, era quien acosaba a Evelyn y la había obligado a abandonar todo cuanto amaba en la vida.

Lo que había leído en la prensa había vuelto loca a la muchacha, que odiaba no poder exponer lo que había sucedido realmente la noche anterior porque, si lo hacía, eso conllevaría la masacre no sólo de su familia, sino también de los Redfern.

—Esto es por el bien de todos —se dijo Evelyn, en el borde del precipicio. Podría haber vivido con los rumores, de no ser por su obsesión con la cuenta atrás. Parecía no ser capaz de dejar de contar las horas, los minutos y los segundos, que iban pasando, que la acercaban cada vez más a su horrible destino.

Las cosas que echaría de menos si moría —su futuro con Ethan— las perdería de todas formas si vivía. Ése era el motivo de que se encontrara en ese sitio, intentando convencerse de que sacrificar su propia vida traería un futuro más pacífico y feliz a quienes apreciaba.

No veía ninguna razón por la que seguir viviendo. Lo que antaño había considerado un futuro brillante y dichoso se había visto arruinado por un destino oscuro. Si seguía con vida, sabía que nunca sería feliz: viviendo en el palacio real, encerrada como un pájaro en una jaula... No valía la pena. Prefería morir.

—Por la libertad —se dijo secándose las lágrimas y dando un paso al frente.

No hay forma de describir lo que sintió cuando abandonó el suelo firme y se lanzó al vacío. Su cuerpo descendía con rapidez precipicio abajo. Se sintió rodeada por una carcasa de aire mientras caía de cabeza, viendo pasar a gran velocidad la pared del acantilado, y el suelo y su propia muerte acercándose...

Durante los primeros instantes de la caída, notó un golpe de adrenalina y de euforia: no podía creer que hubiera sido tan valiente como para saltar. Pero, tras esos cinco segundos de felicidad, su vida entera empezó a desfilar frente a sus ojos.

Recuerdos felices de su padre jugando al escondite con ella.

De Nora y ella aprendiendo a tocar el piano.

De las veces que había horneado un pastel con su hermana y su madre.

De su primer día de escuela.

De la primera vez que sus padres las habían llevado de campamento.

De la primera vez que Ethan le había dicho que la quería.

De la primera vez que había usado maquillaje.

Del verano en que Nora se puso tan enferma que ella creyó que iba a morir, y el momento en el que se recuperó.

De todas las veces en las que Nora le había cepillado el pelo y le había dicho lo guapa que era y lo orgullosa que estaba de ser su hermana mayor.

Evelyn vio una existencia feliz ante sí, y por primera vez se dio cuenta de lo mucho que apreciaba su vida y de cuánto la querían los que la rodeaban. Puede que no siempre lo demostraran, era cierto, pero seguía siendo verdad.

Ahora, Nora se comportaba como si la odiara, pero la joven Blackburn sabía que su hermana mayor la adoraba, y nunca se perdonaría a sí misma si ella moría.

Sus padres tampoco se lo perdonarían.

Y Ethan... Si Ethan se enteraba de que se había suicidado..., ¡eso lo destrozaría!

Más aún, Evelyn no se había planteado la furia a la que se enfrentarían su familia y la de Ethan cuando llegara a oídos del rey que estaba muerta.

Todas las amigas de Evelyn hablaban de ella a sus espaldas y se tragaban las asquerosas historias que los periódicos les vendían. La veían como a una oportunista que intentaba seducir al rey a toda costa para poder conseguir una posición mejor. Pero Evelyn sabía que, en el fondo, si se enteraban de su muerte, cada una de esas chicas se arrepentiría de lo que había dicho.

Las personas podían decir cosas horribles cuando sentían celos, y Evelyn sabía que esas chicas envidiaban el futuro que le esperaba a ella. Aunque habría estado más que dispuesta a intercambiar su lugar con el de cualquiera de ellas, el destino la había escogido y sabía que debía superar cualquier obstáculo y vivir su vida.

Aún había esperanza para Evelyn. Cabía la posibilidad de que Atticus se aburriera de ella al cabo de unos años, unas semanas o incluso ¡unos días! A lo mejor ya no querría tenerla a su lado después de la escena con Ethan que había presenciado la noche anterior.

Siempre quedaba un resquicio de esperanza y, por pequeña que fuera, había que aferrarse a ella y seguir luchando. Si tiraba la toalla, nunca podría experimentar la felicidad que merecía tener junto a Ethan.

Quería vivir, quería seguir luchando por su felicidad. Pero era demasiado tarde para que Evelyn aprendiera esa lección mientras caía en picada por el precipicio. Estaba a apenas unos metros de la muerte cuando se dio cuenta por primera vez de que había motivos para seguir luchando. Tenía que seguir haciéndolo, no sólo por todos, sino por ella misma. Merecía ser feliz como todo el mundo, y quería ir en pos de esa felicidad por todos los medios...

No obstante, era demasiado tarde. Había saltado y ya no había ningún modo de rebobinar; por mucho que quisiera, no podía deshacer lo que había hecho. La vida real no era ningún juego, no le quedaban vidas extras. No se podía volver a empezar. Su pesar no tenía nada que hacer frente a la dura realidad.

A cámara lenta, Evelyn vio el suelo acercarse cada vez más.

Soltó un grito escalofriante mientras cerraba los ojos y se puso a rezar y a

suplicar un milagro, aunque ese milagro fuera que Atticus la estuviera espiando y bajara del cielo para salvarla. Pero no ocurrió nada.

Evelyn siguió cayendo, acelerándose hacia una violenta colisión con el sólido suelo. Era el fin.

Sin embargo, cuando parecía que toda esperanza estaba perdida, un par de fuertes brazos la cazaron en pleno descenso, a apenas unos pocos metros del rocoso fondo del precipicio.

La chica notó cómo su cuerpo chocaba contra un torso musculoso, y acto seguido se encontró volando hacia arriba a una velocidad inhumana. La sangre se le subió a la cabeza debido al repentino cambio de velocidad y de sentido. Hacía un minuto caía hacia el suelo y ahora se apresuraba hacia el cielo. Era demasiado para una pobre criatura humana.

Unos puntos negros empezaron a nublarle la visión. Sólo pudo echar un vistazo a su salvador antes de desmayarse. No obstante, esa imagen sería algo que nunca olvidaría, porque su cerebro, aún falto de oxígeno, la grabó para siempre en su memoria.

No era Atticus.

Un par de ojos verdes y brillantes, el ceño algo fruncido en una expresión preocupada y maravillada a la vez, y esos rizos de color castaño oscuro...

Era un ángel.

El viejo vampiro había depositado el cuerpo inconsciente de Evelyn en lo alto del rocoso precipicio. Era tan bella que casi extendió el brazo para tocar su rostro, pero se detuvo justo antes de que su piel entrara en contacto con la de ella.

Acababa de llevarle a lord Marcus la orden del rey de ejecutar a toda la familia Redfern, y había pensado en dar una vuelta para volver al palacio cuando oyó el grito.

No sabía lo que lo había poseído, pero había salido en dirección al grito como si una fuerza magnética lo atrajera hacia él y se había puesto a correr como un loco hasta el peñasco. Esa energía lo había ayudado a moverse aún más rápido, porque, aunque era un vampiro y su velocidad era sobrehumana, de otro modo no habría llegado a tiempo de salvar a la chica antes de que ésta se precipitara contra el suelo.

Era imposible describir lo que había sucedido. En el momento en que el sonido había penetrado en los oídos de Hansel, había tenido la impresión de que un cuchillo le atravesaba el corazón y se le formaba un nudo en la garganta. Antes de darse cuenta, ya estaba al galope, como si le fuera la vida en ello, para salvar a aquella chica. Hansel nunca había sentido nada igual, y dudaba que volviera a hacerlo en el futuro.

La muchacha estaba pálida, pero su corazón latía con fuerza. El vampiro era capaz de oír cada latido con claridad. Por suerte, la había interceptado antes de que su frágil cuerpo humano colisionara con las rocas del fondo. Pero le había faltado poco. Hansel se estremeció al pensar qué habría sucedido si no hubiera llegado a tiempo. La imagen mental de la chica chocando de cabeza contra el suelo hizo que le entraran náuseas. Escudriñó la zona en busca de la persona que podía haberla empujado, pero estaban completamente solos.

Mientras esperaba a que la belleza de pelo oscuro recobrar el conocimiento, no pudo evitar sentirse atraído no sólo por su atractivo, sino también por esa especie de aura que brillaba a su alrededor. No recordaba la última vez que se había tomado tanto tiempo en contemplar las facciones de una mujer.

La chica que tenía delante era delgada, aunque no tanto como una modelo. Tenía los pechos bien formados, pero no eran muy grandes. Poseía lo que se considerarían muchas imperfecciones, pero precisamente eso era lo que la hacía

interesante. A Hansel le gustaban los defectos, porque esas pequeñas cosas la hacían humana, especial y única. Y ¿qué podía ser más bello que alguien tan lleno de vida?

Seguía sentado en el suelo a escasos centímetros de ella, observándola en trance, cuando ésta dejó escapar un leve gruñido. Sus dedos empezaron a temblar levemente a medida que volvía en sí.

Evelyn se quejó y trató de incorporarse sobre los codos sin conseguirlo debido al mareo.

De inmediato, Hansel se le acercó, la rodeó con el brazo y la acomodó en su regazo para que se apoyara sobre su pecho.

—No intentes levantarte tan deprisa —le aconsejó—. No has sufrido ningún daño físico, pero perdiste el conocimiento durante un minuto, seguramente debido a la concentración de sangre en tu cerebro. —Se aclaró la garganta—: Es culpa mía, a decir verdad, aunque lo cierto es que no había ninguna forma de evitarlo.

Evelyn miró a su alrededor algo aletargada. Todavía veía un poco borroso.

—¿Estoy en el cielo? —preguntó al ver al apuesto hombre que la sostenía contra su pecho.

—No, no estás en el cielo. Y tampoco estás muerta, y... —Hansel chasqueó la lengua— antes de que vuelvas a preguntármelo, no, no soy ningún ángel. De hecho, soy todo lo opuesto: soy un vampiro.

Evelyn se quedó sin aliento. Los recuerdos de lo acaecido minutos antes empezaron a agolpársele como un torrente. Miró la atractiva cara de Hansel y sus facciones le resultaron ligeramente familiares. Recordaba haber visto esos ojos verdes y brillantes y ese pelo rizado justo antes de desmayarse.

—¡Me has salvado! —exclamó separándose un poco de él al tomar conciencia de que se trataba de un vampiro, criaturas que la habían aterrorizado desde su más tierna infancia.

—Sí, lo he hecho. —Él le sonrió y Evelyn pudo ver sus simpáticos hoyuelos.

—¿Por qué?

—Gritaste —adujo, como si eso lo explicara todo. Y lo cierto es que debería. ¿Qué clase de hombre sería si dejara que una mujer fuera directo a su muerte cuando podía hacer algo para impedirlo? Naturalmente, él no era un hombre, sino un vampiro. Así que añadió—: Quise ayudar. —Luego lo pensó un poco más y le dedicó una sonrisa irónica—. ¿Sabes? La mayoría de la gente le daría las gracias a su salvador en lugar de hostigarlo con preguntas sobre por qué ha decidido salvarlo.

Al principio, Evelyn no respondió, sino que se limitó a observarlo anonadada, intentando descifrar su motivación. Sin embargo, tampoco luchó por librarse de su abrazo, en parte porque no tenía energía y se sentía mareada, pero no sólo por eso.

Sabía que, si fuera Atticus quien la tuviera entre sus brazos, estaría luchando para deshacerse de ellos. La sola idea de que ese monstruo la tocara la ponía enferma. Pero no le sucedía lo mismo con el hombre que tenía delante. Por

razones que la joven no podía explicar, no odiaba estar junto a aquel vampiro de pelo rizado, ni que éste la tocara; de hecho, se sentía extrañamente a gusto y segura a su lado. Debía de ser por la diferencia que existía entre ambos: Atticus amenazaba con poner fin a su libertad y, después de todo, ese vampiro le había salvado la vida y no esperaba nada de ella.

Se hizo un silencio, durante el cual ni el vampiro ni la humana osaron decir nada. No era un silencio incómodo, al menos, no para Hansel. Para Evelyn, en cambio, sí que era algo extraño, teniendo en cuenta el miedo que le daban los poderes sobrenaturales de él.

—Los vampiros creen que son mejores que nosotros, los humanos, así que no suelen salvarnos sin esperar nada a cambio... —dijo confiando en no ofenderle

—. ¿Qué quieres de mí?

El vampiro de pelo rizado sonrió antes de levantarse y ayudar a Evelyn a hacerlo.

—No quiero nada. Te he salvado porque sí, no hay ningún motivo oculto —admitió—. Y ahora, preciosa, ha llegado la hora de llevarte a tu casa.

—No me llames preciosa —dijo ella mientras emprendía el camino de vuelta.

—¡No me lo puedo creer! —rugió Jonathan Blackburn lanzando el vaso de whisky que tenía en la mano contra la pared de blanco inmaculado de su despacho—. ¡Ese salvaje...!

—¡Papá, cálmate! —le pidió Nora corriendo hacia él—. ¡Alguien podría oírte! Si el rey ha decidido dar captura a las familias que siguen enseñando las viejas creencias y temiendo a los vampiros en lugar de venerarlos, estamos en el punto de mira.

—Tío, no te estreses por esto. En mi opinión, como Evelyn es el centro de atención del rey en estos momentos, estamos a salvo, a no ser que le demos un motivo claro para matarnos —añadió Alice.

Lynette suspiró y se levantó de la silla junto al escritorio de su marido.

—Gracias por traernos esta información, Alice, te lo agradecemos de veras.

La chica sonrió con timidez.

—No es nada, estoy contenta de poder hacer algo por esta familia, por poco que sea.

—¿Marcus no te ha prohibido venir? —le preguntó Nora a su prima—. Pensaba que te mantenía retenida en su castillo a todas horas. Hace tanto que no te veo...

—En realidad, ha sido idea suya que viniera hoy aquí —sonrió Alice con tristeza—. Quiere que pase más tiempo con Evelyn antes de su vigésimo cumpleaños, para intentar domar su cabezonería y hacerla entrar en razón antes de que se mude al palacio real.

Jonathan replicó muy molesto antes de golpear con el puño la mesa de roble de su despacho.

—¿Qué clase de padre soy cuando ni siquiera puedo proteger a mi hija de ese monstruo?

—No te tortures, papá —dijo Nora a modo de consuelo mientras daba una palmada a su padre en la espalda—. A lo mejor todo esto no es más que una

pantomima. Quizá fue la propia Evelyn quien sedujo al rey y le pidió ir a vivir a palacio.

La chica se quedó a media frase porque en ese punto su padre le cruzó la cara de una bofetada.

—¡Ni se te ocurra hablar así de tu hermana! —gritó Jonathan.

La frustración de no poder defender a su hija y su orgullo herido al saber que lo único que mantenía a salvo a su familia era la obsesión del rey por ella y no sus propias capacidades, además de empujarlo a beber una cantidad considerable de whisky, lo habían hecho reaccionar con más violencia de la que había utilizado en toda su vida.

—Evelyn sacrificará su felicidad y su futuro para que mantengamos nuestro estatus y nuestras posesiones. Un estatus y unas posesiones de los que tú disfrutarás cuando tu madre y yo ya no estemos aquí. —Jonathan miraba a su hija mayor, sin entender cómo había podido criar a una persona tan egoísta—. Ya sé que estás celosa de que tu hermana haya captado la atención del rey, pero deberías darte cuenta de lo afortunada que eres. Deja ya de hacer todos esos comentarios odiosos y de atormentarla, porque tu falta de compasión hará que pierdas a tu única hermana...

Tras unos instantes en los que Nora no dejó de mirar a su padre con incredulidad y odio, Alice intervino:

—¿Dónde está Evelyn?

—No tienes por qué seguirme hasta casa, ¿sabes? —dijo Evelyn mientras caminaba por el sendero del bosque tan rápido como podía, tratando de mantener la distancia entre ella y Hansel.

—Ya, pero quiero asegurarme de que llegas sana y salva. Es posible que sufras algún tipo de mareo después de tu intento de suicidio —repuso él haciendo referencia al suceso como si nada, andando al ritmo de la chica sin la menor dificultad.

—No quiero tu ayuda —respondió ella con frialdad.

Normalmente habría odiado estar sola en el bosque con un vampiro, la criatura más peligrosa de la Tierra. Pero, a la vez, no temía por su vida de la forma en que lo hacía cuando Atticus estaba cerca. Había algo extrañamente pacífico en el vampiro de pelo rizado que caminaba a su lado, pero aun así no necesitaba una niñera.

—Me llamo Hansel, ¿y tú?

Evelyn no respondió y siguió caminando en silencio. Hansel tenía razón, se sentía algo mareada y todo cuanto deseaba en ese momento era irse a casa a descansar.

—Oye..., ¿por qué lo has hecho? —preguntó él al cabo de unos minutos.

—¿Hacer qué?

—Intentar suicidarte —contestó Hansel con dulzura, la voz llena de preocupación y simpatía, como si de verdad le interesara su bienestar.

Evelyn no respondió. A los vampiros no les importaban los humanos. Continuó caminando y apartó la vista de él, utilizando su melena como un escudo entre

ambos.

Él tocó con delicadeza su brazo e hizo que lo mirara.

—Te he salvado la vida, y me siento responsable de que llegues sana y salva a tu casa. Si quieres que te deje sola, tendrás que contarme lo que sucedió, de manera que no me preocupe que vayas otra vez directa al precipicio.

Los ojos verdes del vampiro penetraron en los ojos azules de ella, haciendo que una corriente de sensaciones extrañas atravesara el cuerpo de Evelyn. Había algo en la forma que Hansel tenía de mirarla que la hacía sentirse importante. Era bondadoso.

—Puedes confiar en mí.

—Nunca había conocido a un vampiro como tú, ¿por qué te preocupas tanto? — Evelyn sonrió y echó a andar de nuevo—. Vivir en un mundo en el que los humanos somos considerados basura o meras bolsas de sangre para alimentarlos es bastante duro, ¿lo sabías? Apenas tenemos control sobre nuestras vidas, no tenemos libertad ni derechos...

—¿Es por eso por lo que querías poner fin a tu vida, porque eres humana? —le preguntó Hansel sin creerlo.

Claro que la vida humana era dura, pero no le parecía motivo suficiente para ponerle fin. Además, a juzgar por el bonito vestido que llevaba la chica, dudaba que perteneciera a una de las clases humanas más desfavorecidas. Seguro que era de buena familia.

—En parte, sí —admitió Evelyn—. Como no tengo control sobre mi vida, tampoco lo tengo sobre mi futuro. Vivo en un mundo en el que debo obedecer las injustas reglas de la sociedad. Si le gusto a un vampiro, entonces tengo que convertirme en su posesión sin rechistar... —La voz de Evelyn se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando Atticus apareció en su mente. Sintió náuseas al pensar que no podría rechazar o posponer su oferta, y lo que sucedería cuando viviera en el palacio. Era su deber concederle todo lo que él le pidiera.

—¿Es por eso? ¿Porque algún vampiro te ha obligado a que seas suya?

Hansel quiso sonreír ante la preocupación de la chica. Si ésta era la fuente de todos sus males, entonces era un problema que él podía resolver. Estaba dispuesto a ayudarla y a obligar a ese vampiro a que se olvidara siquiera de soñar con poseerla. Se había pasado la vida entera granjeándose la amistad de las personas adecuadas, y había acumulado mucha riqueza y poder. Además, había sido convertido por el mismísimo rey, así que su estatus dentro del reino superaba al de muchos otros lores. Incluso el importante lord Marcus debía arrodillarse ante él.

—No se trata de cualquier vampiro... —dijo Evelyn intentando contener el llanto.

Él la rodeó con el brazo mientras proseguían su camino por el cada vez más despoblado bosque.

—No llores. Me harás llorar a mí también —le dijo cariñosamente apretándole el hombro para animarla.

Con cautela, Evelyn lo miró. Viendo la sonrisa en su cara se dio cuenta de que estaba bromeando. Había algo en la forma en que le sonreía, algo en él... Aunque se trataba de un vampiro, se sentía segura a su lado, mucho más que cuando Atticus se hallaba cerca. De algún modo se sentía más segura que cuando estaba

con Ethan, era como una presencia que la calmaba.

—A ver, ¿cómo se llama el vampiro que quiere destrozar tu felicidad y tu libertad? —inquirió Hansel tomándola del brazo mientras caminaban, como si la acompañara a un baile como un caballero—. Le daré una buena lección para que te deje en paz.

—Lo dudó... —dijo Evelyn—. En cuanto oigas su nombre echarás a correr y no querrás estar a un radio de diez kilómetros de mí en tu vida.

—Ponme a prueba —la provocó él, confiado. Y le hizo una promesa. No la pronunció en voz alta, pero sí se la hizo a ella y a él mismo para sus adentros—. No dejaré que renuncies a tu felicidad sólo porque ese vampiro te desee —prometió.

Aunque únicamente conocía a la chica que tenía delante desde hacía menos de una hora (¡ni siquiera sabía su nombre!), notaba un extraño instinto de protección hacia ella. A lo mejor se debía al hecho de que acababa de salvarle la vida, pero el vampiro notaba una conexión especial con la muchacha de pelo oscuro. Había intentado quitarse la vida, sin embargo pareció aliviada cuando él la salvó.

—El vampiro que quiere que sea suya es Atticus —admitió Evelyn despacio, sin querer establecer contacto visual con él. Le parecía que el hecho de que el rey la deseara era algo de lo que avergonzarse.

Tal y como esperaba, Hansel se apartó, conmocionado con la respuesta.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Quién eres? —preguntó, aunque era una pregunta absurda, porque ahora ya sabía quién era ella.

—Evelyn. Evelyn Blackburn.

—¡Evelyn! —Alice fue la primera en saludar a su prima cuando la joven entró por la puerta principal de la mansión de los Blackburn con lord Hansel tras ella, a una distancia prudencial.

Desde que la chica le había revelado al vampiro su identidad, él había permanecido callado, perdido en sus pensamientos. Fruncía el entrecejo y de vez en cuando la miraba de reojo con aire pensativo.

—¡Alice! —Evelyn sonrió y echó a correr hacia su prima para fundirse con ella en un gran abrazo—. ¡Hacia mucho que no te veía! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Marcus?

—Evelyn, yo...

Pero antes de que Alice tuviera tiempo de responder a la pregunta de su prima, su conversación se vio interrumpida.

—¡Oh, mi niña! ¡Estábamos preocupadísimos! —Lynette fue la segunda en aparecer en el amplio vestíbulo para acoger a su hija menor con los brazos abiertos—. Hemos estado buscándote toda la mañana, ¿dónde has estado?

—P-p-pues... —tartamudeó ella sin dar con una excusa para que su familia no sospechara nada. No quería contarles nada acerca de los verdaderos motivos de su desaparición—. He salido a dar un paseo temprano para aclararme las ideas... Lynette frunció el ceño. Evelyn Blackburn nunca había sido buena mintiendo, y nadie era más capaz de notar cuándo lo hacía y cuándo decía la verdad que su madre.

—Hija, es casi mediodía, ¿qué te ha entretenido tanto rato?

Ella abrió la boca sin saber qué decir, pero antes de volver a tropezar con sus propias palabras y quedar como una tonta, Hansel dio un paso adelante y la rescató por segunda vez en ese día.

—Señora Blackburn, me temo que yo soy la causa del retraso de su hija. Verá, estaba por la zona tras una visita a lord Marcus y, por casualidad, me topé con Evelyn. Tenía curiosidad por conocer más detalles acerca de lo acaecido anoche, y supongo que perdí la noción del tiempo mientras le preguntaba...

La chica notó la presencia de Hansel tras ella mientras éste se dirigía a su madre en tono firme pero amable.

—Disculpe, pero ¿quién es usted? —intervino Alice observando a Hansel con mirada inquisitiva en el momento en que éste mencionó a su marido.

Justo entonces, Jonathan apareció por la puerta. Casi toda la familia estaba presente, aunque Evelyn se percató de que no había ni rastro de Nora.

—Soy lord Hansel Alexander —dijo el vampiro sonriendo educadamente a la

muchacha humana—. Creo que nos han presentado en alguna ocasión, en una de las fiestas que organiza su marido, lady Alice.

Ella ahogó una expresión de sorpresa cuando el hombre que tenía delante reveló su identidad. ¡Claro! Desde que la joven humana se había casado con lord Marcus, conocer su mundo y la gente que lo poblaba se había convertido en parte de su día a día. Alice había oído muchas historias sobre la criatura que tenía ante sí, y sólo algunas de ellas eran positivas.

—Bueno, supongo que, ahora que ya estás en casa, será mejor que me vaya. — Hansel sonrió a Evelyn, revelando sus encantadores hoyuelos.

—¡Espera! ¿Volveremos a vernos pronto? —preguntó ella.

Era una estupidez. Sabía que lo más probable era que él no quisiera volver a saber más de ella, ahora que sabía quién era, pero así y todo no pudo evitar preguntarse si ese vampiro sería su salvador en más de un sentido. Quizá pudiera ser una suerte de amigo cuando ella estuviera en su nuevo hogar, en el palacio. La idea la hizo estremecer.

El vampiro no respondió. En lugar de ello, hizo una pequeña reverencia con la cabeza dirigida al resto de la familia.

—Ha sido un placer conocerlos —dijo antes de abandonar la estancia.

—¡Evelyn! —La poderosa voz de Jonathan retumbó en el amplio vestíbulo segundos después de que Hansel se hubiera ido.

Su expresión era severa. Era la primera vez que se dirigía a su hija directamente desde que lord Marcus había visitado la mansión hacía unos días.

Evelyn miró a su prima y a su madre en busca de apoyo, pero las caras de ambas estaban igual de serias que la del cabeza de familia. Alice le dio un apretón en el brazo, instándola a que acudiera junto a Jonathan. Sabía exactamente para qué requería el patriarca su presencia.

Temerosa, la menor de los Blackburn siguió a su padre a su despacho.

—¿Qué estás diciendo? —Los gritos de Atticus retumbaban al otro lado de la línea mientras Hansel se masajeaba las sienes con los dedos pulgar e índice para intentar paliar la migraña que empezaba a manifestarse.

—Digo que deberías revocar la ejecución de la familia Redfern, Atticus. —El vampiro hablaba por teléfono con voz calmada desde el asiento trasero de la limusina.

Desde que había dejado la mansión de los Blackburn, en lo único en lo que era capaz de pensar era en Evelyn, en lo desesperada que se veía por recuperar algún tipo de libertad y de control sobre su propia vida. Era una buena chica; había podido darse cuenta de ello en el breve espacio de tiempo que habían pasado juntos.

También sabía que una muchacha de buen corazón como ella nunca soportaría que hicieran daño a la gente a la que apreciaba. Y la ejecución de la familia Redfern la destrozaría por completo.

Era cierto que Atticus tenía una excusa válida y creíble para seguir adelante con su orden: quería dar ejemplo para que el resto de las familias humanas del mundo se dieran cuenta de que el rey no toleraría que continuaran transmitiendo

a sus hijos las viejas enseñanzas y enfrentándose a la Nación Vampírica. Pero eso no quería decir que había escogido precisamente a los Redfern por esa razón. Evelyn y su familia eran personas ilustradas, y seguro que entenderían el motivo que se ocultaba tras la decisión del rey. Atticus estaba celoso del afecto que la menor de los Blackburn profesaba al joven Redfern.

—¡Por favor, Hansel! —El rey rio al otro lado de la línea—. No me tomes el pelo. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque, si de verdad te importara Evelyn, querrías protegerla del dolor de perder a la gente por quien se preocupa. ¿Te has parado a considerar cómo la ejecución la destrozará no sólo a ella, sino también a toda su familia? —Hansel exponía su teoría despacio y de forma razonable, consciente de que, pese a que Atticus podía ser cruel y despiadado, también era capaz de sentir compasión—. Los Blackburn y los Redfern llevan siglos siendo amigos y aliados. Eliminar a toda la familia Redfern no es nada inteligente por tu parte.

—Y ¿por qué no?

—Porque hará que Evelyn y todos sus parientes te odien. Incluso puede que los amigos de la chica acaben odiándola a ella al señalarla como culpable de la muerte de Ethan y de sus familiares. —Hansel razonaba con su amigo de forma lógica—. Seguir adelante con tu plan no sólo te hará un flaco favor a la hora de intentar ganarte el corazón de Evelyn, sino que provocará que te odie para siempre. Puede que nunca te perdone, ¿has pensado en ello?

Hubo una larga pausa antes de que Atticus respondiera, pero Hansel podía notar la respiración pesada y ansiosa de su amigo y sabía que había puesto el dedo en la llaga.

—Me ganaré el corazón de Evelyn de un modo u otro —dijo el rey con determinación—, y eliminar a Ethan hará que el amor que ella siente por él desaparezca también. Puede que me odie algunos años, pero le olvidará. A la larga, será beneficioso para mí.

Hansel suspiró. Sabía que, cuando a Atticus se le metía algo en la cabeza, había que batallar largo y tendido para hacerle cambiar de parecer.

Evelyn había esperado que su padre la interrogara acerca de lo sucedido la noche anterior, durante su fiesta de cumpleaños, o que le preguntara de qué había estado hablando con Hansel. Pero éste no hizo ninguna de las dos cosas.

En su lugar, la llevó a su despacho para revelar la terrible noticia sobre la familia Redfern que Alice les había dado esa misma mañana.

—¡No lo entiendo! —exclamó Evelyn mientras luchaba por contener las lágrimas.

—No hay nada que entender. Ethan y su familia serán ejecutados antes de Año Nuevo. Supongo que el rey hará un seguimiento televisado de los interrogatorios, al ser los Redfern sospechosos de haber cometido alta traición. Así dará ejemplo al resto de las familias humanas.

—Todo por mi culpa...

Jonathan vio a su hija clavar las uñas en el sillón de piel en el que estaba sentada. Temblaba a causa del odio y el desprecio por sí misma que sentía en esos

momentos. Lo destrozó verla así, sabiendo que el corazón de su pequeña se había roto al comprender cómo de cruel podía ser la vida, y se lamentó de nuevo por su incapacidad de hacer nada para protegerla a ella, al resto de su familia o a sus amigos de las despiadadas garras del rey. Se sentía del todo impotente mientras paseaba la mirada por los caros objetos decorativos del despacho. «¿Qué sentido tiene poseer todos estos lujos inútiles cuando no puedo proteger a mi propia hija de un monstruo?», pensó.

—Todo por mi culpa... —repitió Evelyn sollozando—. Si me hubiera mantenido alejada de Ethan como sabía que debía hacer, nada de esto habría pasado. ¡Ahora, no sólo él sino toda su familia tienen que pagar por mi error!

Jonathan observó, abatido, cómo su hija se deshacía en sollozos. Todo cuanto deseaba hacer en esos momentos era abrazarla y decirle que todo iría bien, que él lo arreglaría.

Pero no podía.

Porque no había nada que él pudiera hacer.

La única que podía hacer algo para interceder de algún modo por los Redfern era Evelyn. Sabía que si ella se presentaba ante el rey y le suplicaba que mostrara un poco de compasión por ellos, debido a la fascinación y al afecto que el monarca sentía por su hija, había muchas más posibilidades de que Atticus la escuchara.

No obstante, Jonathan no podía dejar que hiciera eso. Antes prefería morir que enviar a su pequeña a las puertas del infierno... Se odió por su egoísmo al intentar proteger a Evelyn todo el tiempo que pudiera antes de que cayera en las garras del mal, un egoísmo que podría causar la muerte de toda una familia muy cercana a la suya.

—Lo siento.

El último año de libertad de Evelyn transcurría con rapidez. Antes de que pudiera darse cuenta ya estaban en diciembre, y la primera nevada había hecho su aparición.

Habían pasado casi cuatro meses desde que había estallado el escándalo Redfern. El padre de la joven tenía razón cuando dijo que el rey querría publicitarlo por todo lo alto para demostrar que llevaba a cabo la ejecución en pro de la justicia en lugar de por su propio beneficio.

Casi cuatro meses desde que los Redfern, Ethan incluido, pese a su débil estado de salud en ese momento, habían sido arrestados. Se habían emitido muchas entrevistas a la familia por televisión, y la prensa no hablaba de otra cosa. Por lo que parecía, el caso estaba teniendo una repercusión mucho mayor de lo que nadie podría haber imaginado. Estaba siendo el juicio más televisado y seguido por la población en siglos.

Casi cuatro meses desde que Hansel había salvado la vida de Evelyn el día después de su décimonoveno cumpleaños. Y ella no había vuelto a verlo desde entonces.

Además, hacía casi cuatro meses también desde la última vez que Evelyn había visto al rey. Aunque seguía enviando preciosos regalos a su casa, no había intentado ponerse en contacto con ella ni le había escrito ninguna carta.

Para la chica, la falta de comunicación era en realidad una bendición, y gracias a ello podía dormir por las noches. Deseaba con todo su corazón que el monarca perdiera interés y acabara por no querer que acudiera al palacio real una vez cumplida la mayoría de edad. Rezaba cada noche para que Atticus no se hubiera enamorado realmente de ella y que el escándalo Redfern no fuera culpa suya. Aunque todo el mundo, ella incluida, sabía que sí lo era.

Los Redfern estaban presos en las mazmorras de lord Marcus, y, gracias a la relación de parentesco entre Alice y ella, la chica pudo visitar a Ethan y a su familia en alguna ocasión, llevando consigo comida y ropa limpia cada vez que lo hacía. Lord Marcus sabía de sus visitas, pero las monitorizaba por alto sin informar de ellas.

Nora continuaba enojada con su hermana pequeña, pero desde su cumpleaños y su posterior desaparición, se esforzaba por comportarse mejor con ella. Seguía mostrándose fría y distante, pero al menos no aprovechaba cada ocasión para herirla. Y Evelyn apreciaba cada pequeña muestra de cariño de su hermana mayor, por ínfima que ésta fuera.

La vida casi parecía haber vuelto a la normalidad. No a la normalidad pre-

Atticus, pero sí a una especie de tranquilidad apacible. El miedo y las preocupaciones por su vigésimo cumpleaños y por el rey empezaban a desvanecerse tras tantas semanas sin oír nada de él.

No obstante, cuando el primer copo de nieve cayó sobre la mansión de los Blackburn, marcando el inicio de la estación invernal, cuando la familia justo empezaba a notar la alegría que solía invadirlos ante las inminentes fiestas navideñas, cuando todo el mundo parecía feliz y contento de disfrutar de la compañía de los demás, sucedió lo inevitable y los vampiros volvieron a visitarlos.

Y esta vez no se trató de una comisión encabezada por ningún emisario, sino del rey Atticus en persona. El 1 de diciembre, lord Marcus le entregó a Jonathan la carta que anunciaba la visita del monarca. Se suponía que el rey debía acudir a la zona a encargarse del juicio final a los Redfern.

Y Atticus, junto a sus asesores, había decidido alojarse en la mansión Blackburn.

—Te equivocas viniendo aquí. No sé lo que andas tramando, pero no funcionará —le dijo Hansel al monarca cuando la limusina negra en la que viajaban enfilaba el camino de entrada a la casa de los Blackburn—. Y ten cuidado con lo que le dices. A veces, cuando una chica parece más fuerte es precisamente cuando resulta más vulnerable, lo que pasa es que nadie se da cuenta.

Atticus sonrió mientras miraba a través de los vidrios polarizados del vehículo. Su corazón aleteaba en el pecho ante la idea de tener de nuevo a Evelyn cerca después de tantos meses. Aunque no se había puesto en contacto con ella por ningún medio, la tenía siempre en mente desde la noche en que la conoció.

—No te preocupes, Hansel. La protegeré a toda costa, incluso de sí misma.

Su amigo puso los ojos en blanco ante el desconocimiento de Atticus de la psique femenina. Se había pasado los últimos cuatro días tratando de convencerlo de que la mejor forma de ganarse el afecto y la confianza de Evelyn sería liberar a Ethan Redfern y a su familia. El monarca debía mostrarle a la humana que era capaz de ser compasivo y que no era el monstruo terrible que ella creía que era.

Pero los celos enloquecían al rey, y aunque Atticus sabía que era lo correcto, no acababa de decidirse a concederles la libertad a Ethan y a su familia. Aunque sus dudas no eran lo único que seguía manteniendo a los Redfern con vida.

—Es un honor verlo de nuevo, majestad —dijo Jonathan con gran respeto y solemnidad.

Tanto él como toda su familia se arrodillaron ante el vampiro cuando éste entró por la puerta de roble con su séquito, Hansel incluido.

Atticus sonrió.

—El placer es mío, señor Blackburn. —Sus palabras iban dirigidas a Jonathan, el cabeza de familia, pero las pronunció con los ojos fijos en su hija Evelyn. Hacía mucho tiempo desde la última vez que la había visto, y tan pronto posar sus ojos en ella volvió a invadirlo la misma sensación de extática felicidad que en las ocasiones anteriores.

—Le agradecemos mucho que nos permita alojarnos en su mansión. —Hansel

sonrió a Jonathan con educación—. La de lord Marcus no habría sido lo bastante grande para acomodar a todo el equipo desplazado para el juicio, y pensamos que, por esta vez, sería más beneficioso para nosotros quedarnos en una casa de humanos en lugar de en una de los de nuestra especie. Así podremos ponernos en su lugar y trataremos de entender su punto de vista para poder ofrecer a los Redfern un juicio lo más justo posible. Ha sido un viaje muy largo. Ahora, ¿sería posible ver nuestras habitaciones y tomar algún refrigerio?

Jonathan asintió.

—Lord Marcus nos ha enviado un lote de sangre. Lo llevaremos a sus aposentos enseguida —dijo, y, acto seguido, se volvió hacia los sirvientes—. Acompañen al rey y a los lores a sus habitaciones.

Los criados obedecieron de inmediato, pero antes de que Atticus abandonara el vestíbulo de la mansión, le susurró al oído a Jonathan:

—Que sea Evelyn quien me traiga mi refrigerio.

La petición hizo que un escalofrío recorriera al hombre de pies a cabeza, y necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para esconder la ira que hervía en su interior. Sin embargo, al fin y al cabo, se trataba de su rey y no podía más que obedecer sus órdenes.

—Por supuesto, majestad.

Evelyn observó cómo una de las nuevas sirvientas contratadas para la visita del rey vertía la sangre caliente en una botella delicadamente tallada. La chica apretaba con fuerza la mandíbula y tenía cara de querer matar a alguien. Odiaba la idea de tener que vivir días, o incluso semanas, bajo el mismo techo que el vampiro que había arruinado su vida.

En realidad, la asqueaba tener que vivir bajo el mismo techo que cualquier vampiro. Todavía no podía creer que su padre hubiera accedido a semejante petición. ¿Permitir que toda su familia compartiera su casa con vampiros sedientos de sangre?

Evelyn cerró los ojos para tratar de detener las lágrimas de rabia que empezaban a asomar por ellos.

Odiaba sentirse impotente.

Odiaba no tener control sobre su propia vida.

Odiaba que Ethan y toda su familia estuvieran sufriendo en una mazmorra por culpa de una mala decisión suya.

Pero, por encima de todo, odiaba a Atticus.

—Sonríe un poco. El mundo no ha acabado todavía —dijo una voz detrás de ella en tono juguetón.

Evelyn no respondió. Siguió de pie junto a la gran encimera sin mediar palabra. Como si alguien les hubiera hecho un gesto para que se esfumaran, todos los sirvientes que trabajaban en la cocina desaparecieron de inmediato.

—Evelyn, si le muestras al rey lo agradecida que te sientes por su afecto traerá prosperidad y buena fortuna a toda tu familia —le susurró Hansel con delicadeza mientras daba otro paso hacia ella. Tal vez incluso contribuyera a ablandar a

Atticus y hacer que Evelyn consiguiera lo que quería: que se revocara la ejecución de los Redfern.

No le gustaba ver llorar a las chicas. Sobre todo, no le gustaba ver a Evelyn hacerlo. Quizá fuera porque le había salvado la vida, porque él era la única razón por la que ella seguía en el mundo de los vivos, pero Hansel sentía un extraño instinto de protección hacia ella. Más del que había sentido por nadie en toda su larga vida. Quería ayudarla, sólo debía encontrar el modo.

—Lo odio. —Evelyn pronunció las palabras entre dientes justo cuando las primeras lágrimas empezaban a caer.

En un segundo, él ya estaba delante de ella, rodeándola con los brazos.

—No llores, por favor.

Con dulzura, le frotó los brazos con las manos para intentar calmarla.

—¿Por qué no me deja en paz?

Hansel soltó un suspiro.

—Sé que no lo parece, pero Atticus no es malo —defendió a su mejor amigo con el ceño fruncido—. Puede que lo veas como un monstruo, pero en el fondo es amable, compasivo e increíblemente cariñoso. Atticus tiene un carácter difícil de entender. Hace siglos que lo conozco, y créeme si te digo que se siente muy solo desde hace tiempo y tú le hiciste feliz por primera vez.

—Deja de intentar que me apiade de él.

—No lo hago, sólo te digo que Atticus es un tipo complicado y que no deberías juzgarlo hasta que lo conozcas mejor. Puede que sea el rey, un reconocido seductor, confiado hasta la arrogancia y muy dominante, pero, por dentro, se siente solo. Únicamente es posesivo y protector contigo porque le importas, y cuando se enteró de que tu corazón pertenecía a otro, el suyo se partió en dos.

—¡Si ni siquiera me conoce! —gritó Evelyn librándose de su abrazo—. ¡Hablamos unos minutos en su baile de cumpleaños y ya está! ¿Por qué le importo tanto si apenas me ha visto?

Hansel sonrió y le entregó la bandeja que habían preparado especialmente para Atticus. Había dos botellas de sangre del grupo O⁺, una botella de vino y unos *cupcakes* de chocolate, sus favoritos.

—¿Por qué no vas y se lo preguntas tú misma?

Evelyn puso cara de asco.

—¿Me pides que me meta en la boca del lobo? ¿Es que quieres verme muerta?

Él chasqueó la lengua y le mostró su irresistible sonrisa y sus adorables hoyuelos.

—Ve, te prometo que no te hará daño. Nunca lo haría.

Evelyn se lo quedó mirando como si tuviera tres cabezas, pero tomó la bandeja que él le ofrecía de todos modos. Por alguna razón, ya no se sentía molesta con Atticus. Hablar con Hansel había conseguido que se relajara.

—Okey —concedió, sabiendo que igualmente tendría que llevarle al rey su tentempié quisiera o no—. Pero si me mata o me chupa la sangre hasta que me quede seca, ¡quiero que te entierren conmigo!

Hansel sonrió.

—Te prometo que, si te pasa algo malo, seré tu compañero de tumba.

Con un suspiro, Evelyn salió de la cocina y empezó a subir la escalera hacia la habitación de Atticus.

—Evelyn. —Una sonrisa cruzó el rostro de Atticus al ver a Evelyn entrar por la puerta de su habitación con una bandeja provista de un recipiente de cristal lleno de sangre caliente y algo de comida.

De nuevo, notó su corazón acelerarse a mil por hora, la adrenalina recorriendo su cuerpo y un sentimiento de felicidad que lo invadía, como el día que la conoció. No sabía qué era exactamente lo que tenía Evelyn para hacer que el infame Atticus Lamia se sintiera como un niño la mañana de Navidad.

Cuando ella estaba cerca le parecía que su vida cobraba sentido, que había algo más en ella que sexo y alcohol, que el placer sádico que a menudo obtenía de torturar y asesinar a almas inocentes, o la dulce sensación que recorría su cuerpo al beber sangre humana.

Le hacía sentir algo que no había sentido en siglos.

Le aportaba una calidez y una luz que hacía mucho tiempo que había olvidado.

Todo en ella le resultaba apetitoso. Aunque Evelyn estaba lejos de ser tan perfecta, inteligente o fuerte como otras mujeres que había conocido en su vida, había algo especial en la joven humana. Algo que hacía que Atticus se volviera loco de deseo y que se despertara en él un instinto de protección y posesión.

—Majestad. —La chica hizo una graciosa reverencia antes de cruzar la espaciosa habitación en la que se alojaría Atticus durante su estancia.

A cada paso que daba hacia el monstruo que no sólo había cambiado su vida a peor, sino que además podría matarla en cualquier momento, a ella o a cualquiera a quien amara, Evelyn tenía la sensación de estar adentrándose en la guarida de un león hambriento. Pero, por el bien de sus seres queridos, sabía que debía comportarse adecuadamente en su presencia.

Su habitación era la contigua a la suya, y la idea de dormir con tan sólo un fino muro de separación entre ella y el mismo demonio la aterraba. Sintió un escalofrío al imaginárselo entrando en su cuarto en plena noche.

No se atrevía siquiera a pensar en las cosas que podría llegar a hacerle.

Evelyn había notado su mirada de lujuria cada vez que ella estaba cerca, y se sentía incómoda. Parecía que la desnudara con los ojos, y casi podía leer en su mente todas las cosas sucias que quería hacerle. Necesitaba toda la valentía que podía reunir para no salir corriendo cada vez que lo veía.

La noche que se conocieron le había parecido un tipo normal, incluso dulce, amable y educado. Pensó que era un buen chico, alguien con quien mantener una conversación entretenida. Pero cuando supo que quería apartarla de su familia, de su vida, entendió que sus intenciones no tenían nada de inocentes.

—No debes tener miedo —la voz profunda y poderosa del hombre interrumpió los pensamientos de Evelyn, y de repente ella se dio cuenta de que él le había tomado las manos y la estaba arrastrando hacia sí—, al menos, no de mí.

Por un instante, su tono de voz había sonado tan cálido y afectuoso que Evelyn casi lo creyó. Hasta que recordó que era un monstruo. Un vampiro.

Sin apartar los ojos de ella, Atticus la acercó más hacia sí y la sentó en su regazo.

—Eres tan hermosa... —suspiró mientras la rodeaba con sus brazos tonificados en un gesto protector.

Por primera vez en mucho tiempo, el monarca se sintió en paz, feliz y relajado. Con Evelyn entre sus brazos, nunca se había sentido mejor.

La chica no pudo evitar dar un respingo cuando él le plantó un tierno beso en el cuello. Tener los labios de un vampiro tan cerca era algo que la había aterrorizado desde su más tierna infancia. Y quizá fue ese miedo tan interiorizado lo que le proporcionó la valentía para hacer lo que hizo a continuación.

Al instante, puso la mano en el pecho de Atticus y lo empujó para liberarse de su abrazo.

—¡No puedo! —gritó llena de odio mientras se levantaba.

Y, acto seguido, corrió hacia la puerta, creyendo que podría ganarle la carrera al vampiro. No obstante, se equivocaba. Antes de que se hubiera apartado un par de metros, un cuerpo hecho de puro músculo le cortó el paso.

Sin poder evitarlo, levantó la vista para encontrarse con los ojos furiosos del rey. Aunque se veía enojado, un pequeño destello de afecto inundó su cara cuando los ojos de ella se encontraron con los suyos.

—Deja que me vaya —le pidió Evelyn mientras intentaba esquivarlo, pero fracasó estrepitosamente cuando él extendió el brazo derecho para interceptar su avance.

—Iba en serio cuando te he dicho que no debías tenerme miedo. No quiero hacerte ningún daño. —Atticus la miró.

Si con una simple mirada se pudiera matar a un vampiro, la que Evelyn le devolvió podría haberlo fulminado allí mismo.

—¿Que no quieres hacerme daño? —repitió ella—. Entonces ¿por qué has enviado a Ethan y al resto de su familia al corredor de la muerte? ¿Es que no sabes que si los ejecutas me dolerá más que si me condenaras a mí?

Atticus tuvo que hacer un gran esfuerzo de contención para enmascarar la irritación, los celos y el odio que le provocaron esas palabras, pronunciadas en boca de la chica que tanto le importaba.

—Los Redfern han estado transmitiendo las viejas enseñanzas que datan de antes de la fundación de la Nación Vampírica, y eso va contra mis leyes. La sentencia de muerte es el inevitable castigo que tal crimen merece.

Evelyn rio sin atisbo de humor.

—Haces que parezca que tu decisión no tiene nada que ver con lo que siento por Ethan. Como si no supieras que la gran mayoría de la raza humana ha estado impartiendo esas mismas enseñanzas durante siglos, incluida mi familia. Como si no lo estuvieras castigando, y a todo el mundo a quien aprecia, debido al amor que siento por él.

Evelyn vio a Atticus apretar los puños hasta que los nudillos se le volvieron blancos en el mismo momento en que pronunciaba la palabra *amor*. De inmediato se dio cuenta de que estaba tensando demasiado la cuerda, pero no le importó. Su ira y su frustración acallaban la parte racional de su mente, que no paraba de enviarle señales de peligro.

—¿Por qué estás tan obsesionado conmigo?—añadió—. Sólo nos hemos visto dos veces y apenas hemos hablado. ¿Por qué eres tan posesivo con una chica a la que apenas conoces, una chica que lo único que siente por ti es odio? ¿Por qué...?

Pero antes de que pudiera terminar la frase, se vio forzada a detenerse a causa de la mano que la había tomado por el cuello, la sostenía en alto y le apoyaba la cabeza contra la pared de detrás, impidiendo la entrada de aire en sus pulmones.

—No quiero hacerte daño, pero no voy a permitir que me insultes así. —La voz de Atticus era fría e inexpresiva. Se acercó más a ella y con su cuerpo la aplastó contra el muro.

Evelyn intentaba liberarse, quería gritar en su cara, pero su instinto de supervivencia hizo que esta vez fuera el miedo el que acallara la ira. Había un destello de furia en los ojos del vampiro, y de forma inconsciente la joven supo que, si quería, podía acabar con ella allí mismo.

—Déjame ir —suplicó—. No quiero ir al palacio real y ser tu asesora de derechos humanos; sólo quiero quedarme aquí y vivir el resto de mi vida como una simple humana.

Atticus no dijo nada al principio, sólo se apretó más contra ella y, con el aura de peligro todavía en el aire, apoyó con delicadeza su mejilla en la cabeza de Evelyn. La tensión fue sustituida por un silencio sepulcral. Cuando volvió a hablar, la voz del rey era sorprendentemente dulce.

—No puedo dejarte ir. Créeme, he intentado ignorar mis sentimientos, pero es imposible. Desde que te vi hace unos meses, fue como si me hubieras robado el corazón. No he podido dejar de pensar en ti. He vivido cientos de años, pero nunca había sentido nada parecido... —Atticus notó una punzada de dolor al venirle un recuerdo a la cabeza que intentó reprimir de inmediato.

—Quiero a Ethan —declaró Evelyn.

Esas tres palabras tan simples no significaban mucho para Atticus por separado, pero combinadas para formar esa frase, y pronunciadas por los labios de ella, fueron suficientes para partirle el corazón en dos.

Parecía mentira que una chica a la que apenas conocía pudiera herirlo así, tan fácilmente y sin querer.

De inmediato, volvieron a poseerlo la ira y los celos. Su lado oscuro tomó el control y, un momento después, antes de que ella pudiera darse cuenta de qué sucedía, el rey tenía a la joven Blackburn inmovilizada sobre la cama al otro lado de la habitación.

Tenía una pierna a cada lado de las caderas de ella y le apretaba el pecho con una de sus enormes manos, dejando su cuerpo totalmente vulnerable. Contempló su cuerpo, sus ojos avanzando por ella centímetro a centímetro de un modo que para Evelyn fue como si la estuviera tocando, aunque no era así. Atticus dejó escapar un gemido. Evelyn notó su erección contra su vientre.

—Tengo tantas ganas de tenerte... ¿Eres consciente del efecto que causas en mí?

—Se inclinó para besarle el cuello—. ¿Por qué te importa tanto un humano que nunca podrá protegerte como yo, que nunca podrá darte ni una ínfima parte de lo que yo puedo ofrecerte? Abre los ojos, Evelyn. Soy el rey, el vampiro más poderoso del mundo. Abre los ojos y date cuenta de una vez de que soy un millón de veces mejor que el chico Redfern. ¡No es nada comparado conmigo! ¿Qué tiene él que no tenga yo?

—Compasión. Amor. Bondad. Alma. Y, sobre todo, humanidad. Él nunca me tiraría en una cama y me inmovilizaría como haría un monstruo.

Atticus sonrió.

—¿Un monstruo? Te he dado tiempo para que te adaptes a nuestra situación. Te he dado regalos, le he dado a tu familia regalos. Pretendo esperar y hacer que me quieras antes de tomarte sobre un lecho de rosas y convertirte en inmortal, liberarte de las penas humanas.

—Nunca te querré —aseguró Evelyn.

—Bueno, pues si crees que soy un monstruo, entonces voy a enseñarte cómo de monstruoso puedo llegar a ser... Así y todo, esperaré para tomarte enteramente. Pero eso no significa que no pueda obtener placer de tu cuerpo de otras formas mientras llega el momento.

Los ojos de Evelyn se agrandaron cuando los labios de él, ásperos, exigentes y enojados, entraron en contacto con los suyos. Oyó cómo el vampiro se bajaba la cremallera del pantalón.

—Eres mía —gruñó él antes de rasgarle la parte delantera del vestido, exponiéndola; tan sólo llevaba un brasier blanco de encaje. Sus ojos se oscurecieron por la lujuria.

Con inocencia, Evelyn miró hacia abajo y se quedó sin aliento. De inmediato, luchó desesperadamente bajo el rey para liberarse mientras él simplemente sonreía y miraba fascinado cómo sus senos se bamboleaban.

Atticus liberó una de las manos de la chica y la dirigió a su miembro desnudo.

—Haz lo que te digo o Redfern lo pagará.

La quería allí y ahora.

Pero también quería esperar.

—¡No! ¡Por favor! ¡No! —gritó Evelyn tratando de librarse de su agarre—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

—Grita cuanto quieras, nadie te salvará —dijo él con una oscura sonrisa—. Puede que ésta sea tu casa, pero yo soy tu rey. Tengo derecho a hacer lo que quiera contigo. Quiero que me toques y que me satisfagas..., es por ti por lo que se me ha puesto tan dura. No sé cuánto sabes sobre los hombres y sus necesidades, pero ahora te necesito tanto que incluso me duele...

Desgarró la tela de su brasier con los dientes y besó sus abultados senos.

—Tócame —le ordenó—, tócame o el chico Redfern morirá antes de que anochezca.

Sin más opción, Evelyn obedeció.

Había tocado a Ethan antes, así que sabía lo que debía hacer. Pero eso no lo convertía en menos asqueroso.

Le envolvió el miembro con su pequeña mano. Con los dedos apenas conseguía rodearlo del todo.

Con cada movimiento de la mano, notaba la entrepierna de él apretarse contra su bajo vientre, tan cerca de su sexo que se preocupó por las consecuencias de no ser capaz de satisfacerlo simplemente con la mano, en caso de que se decidiera a buscar el clímax por otros medios. Él jadeó.

—No puedo esperar a tenerte. Tengo tantas ganas... Quiero que en tu cuerpo y tu mente no haya nadie más que yo.

—Por favor, no...

—Tengo tantas ganas, Evelyn... Di que eres mía, di que me perteneces, que me quieres...

Pero ella no dijo nada, sólo siguió concentrándose en lo que debía hacer para que todo acabara cuanto antes. Esperaba que eso fuera todo y que se sintiera satisfecho antes de que la situación desembocara en algo para lo que no hubiera vuelta atrás.

Aceleró el ritmo, y Atticus dejó escapar un jadeo.

De repente, Evelyn notó una de las manos de él cubriendo la suya. Con sus dedos anchos y alargados, hizo que aumentara la velocidad todavía más, guiándola para darle exactamente lo que deseaba.

—Di que eres mía, Eve, ¡di que eres mía! —rugió Atticus temblando.

—S-soy t-tuya —murmuró la chica con un hilo de voz.

La mentira le supo amarga.

El vampiro sonrió y pasó un brazo por debajo del cuerpo de ella. Apretó su cuerpo contra el suyo. Lo único que los separaba de la penetración era la tela del vestido de la chica.

Cada vez que él la empujaba con la cadera, Evelyn notaba cómo su pene se acercaba más y más, haciendo que su cuerpo diera un respingo.

«No, por favor...», pensó con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

Una imagen de él forzándola hizo que el miedo se apoderara de su cuerpo. Más allá de los besos de Ethan y de los toqueteos patosos de ambos en la oscuridad, nunca había pensado que perdería la virginidad tan pronto, y menos en esas condiciones.

—Me perteneces —gimió Atticus antes de alcanzar por fin el clímax y mancharle todo el vestido—. Desde hoy, ningún hombre puede tocarte sin mi permiso, Evelyn.

Virtud: estado de castidad, pura e inmaculada.

Desde siempre, desde que era una niña, Evelyn sabía que nunca tendría un control completo sobre su vida, pero su virtud era algo a lo que sí se había aferrado. Sobre todo, después de que Atticus le hubiera arrebatado su futuro y su derecho a la libertad.

Siempre había creído que podría decidir con quién perder la virginidad. En su mente, había imaginado que lo haría con alguien a quien quisiera, en un lugar ideal y en el momento adecuado. Siempre había imaginado ese instante como algo... perfecto.

Atticus ya se había apropiado de demasiadas cosas, así que Evelyn deseaba proteger su honra a toda costa. Prefería morir a dejar que se saliera con la suya.

Tras el clímax, la mente del rey estaba demasiado consumida por el deseo de obtener más y más de ella. Lo que le había dado no era suficiente; quería a Evelyn, allí y entonces, y estaba listo para tomarla, para arrebatarle también su virginidad.

—¿Qué me haces? —murmuró, la mente aún en un estado de euforia tras el orgasmo.

De forma salvaje, manoseaba el cuerpo de la chica para saciar su voraz apetito, centímetro a centímetro. Estaba totalmente perdido en la lujuria que sentía por ella, y también en una especie de furia. Ansiaba tanto poseerla que el deseo se había convertido en una especie de necesidad abrumadora.

Sabía que ella lo odiaba y que tenía pocas posibilidades de hacerla suya a no ser que empleara la fuerza. A lo mejor era eso lo que hacía que actuara de forma tan irracional; a lo mejor por eso había dejado su moral a un lado para forzar a una reticente Evelyn, para probarse a sí mismo que de verdad era suya. Necesitaba esa pequeña sensación de control para evitar que su ya maltrecho corazón se rompiera aún más.

—Al principio te dolerá un poco, cariño —le susurró seductoramente al oído, y luego le dio una serie de besos descendentes por el cuello—. Pero iré con cuidado, te lo prometo.

Una sonrisa cruzó la cara de Atticus cuando ella dejó de luchar y su cuerpo se relajó bajo el de él. Para el rey, era una señal inequívoca de sumisión. Pensaba que por fin ella había decidido entregarse a él voluntariamente. Pero estaba del todo equivocado.

Las palabras que salieron de los labios de Evelyn instantes más tarde podrían haberlo matado de puro dolor si, en lugar de un no muerto, hubiera sido mortal.

—Me estás matando. —El tono de Evelyn era tranquilo y frágil, como si hubiera consumido toda esperanza. Tenía la mirada perdida y su cuerpo seguía inmóvil bajo el de él, como sin vida.

No tenía sentido luchar. Al final, Atticus conseguiría lo que quería. Después de todo, era un vampiro, y no cualquier vampiro: un vampiro con la potestad de matar a cualquiera a quien ella hubiera querido o apreciado alguna vez. Un vampiro que tenía poder sobre todo el mundo.

Un vampiro que podía matar a Evelyn allí mismo y en ese preciso instante si quería.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Por un momento, el despiadado rey pareció frágil al percatarse del pensamiento que había cruzado la mente de la chica.

—Que más valdría que me mataras —repitió ella. Su voz sonó clara y decidida mientras sus ojos azules, llenos de furia, miraban los ojos castaños de él—. Prefiero morir antes que perder la virginidad de este modo.

El rey no respondió nada, tan sólo la contempló atónito.

—¡Mátame! —volvió a decir ella, y esta vez su voz retumbó poderosa por toda la estancia mientras le gritaba al rey de los vampiros.

Atticus no tardó ni un segundo en reaccionar a la acción deliberada de Evelyn para hacerlo enojar. Con el dorso de la mano, golpeó con fuerza su delicada mejilla, y ella pronto notó un dolor atroz y un sabor metálico como el que había percibido alguna vez cuando se había mordido la lengua.

Cuando volvió a mirarlo, Evelyn sonrió.

La furia en sus ojos era inequívoca. Su plan para hacerle perder la cabeza estaba funcionando.

La fuerza de un vampiro era inimaginable, y un simple golpe suyo podía partir con facilidad el cuello de cualquier humano. De hecho, Evelyn se extrañaba de seguir consciente después de su primer golpe.

—¡Mátame! —repitió de nuevo, esta vez en un tono mucho más alto y agresivo, intentando llevarlo al límite.

Sabía lo indefensa que estaba entre los brazos de un monstruo sin alma que nunca podría querer a nadie salvo a sí mismo. Empujarlo a que acabara con su vida era la única forma que tenía de escapar a su cruel destino sin arrastrar a su familia consigo. Evelyn esperaba que, si Atticus perdía el control y acababa matándola, al menos dejaría a su familia en paz.

Pero, para su sorpresa, la expresión del vampiro no se transformó en una de furia, sino que, en su lugar, se dulcificó. Una mueca de dolor cruzó su cara y derribó sus barreras de tal forma que casi pareció vulnerable.

—Evelyn... —susurró. Su voz denotaba un dolor inimaginable, tanto que la joven pensó que iba a echarse a llorar.

Dio la impresión de que el rey quería decir algo, pero antes de que las palabras pudieran salir de sus labios, la puerta de la habitación se abrió de golpe y en la estancia entró Hansel con expresión alarmada. De inmediato, se tensó aún más al ver la comprometida posición de ambos sobre la cama.

En cuestión de segundos, se plantó junto a su amigo y posó la mano sobre su hombro, apartándolo de Evelyn.

—He oído gritos...

El rey ignoró a Hansel mientras apartaba las manos de Evelyn.

—¿Tanto asco te da que sea un vampiro? —Su voz traslucía verdadero dolor.

—Eso, y el hecho de que vayas a enviar a toda la familia Redfern a un juicio que desembocará en su ejecución. Si quieres castigar a alguien por lo que siento por Ethan y por mi incapacidad para amarte, entonces castígame a mí. Te ofrezco mi vida para que la sacrifiques. —Evelyn habló con decisión y sin apartar sus ojos llenos de odio de los de Atticus.

Él le ofreció una sonrisa distraída y, acto seguido, abandonó la habitación a velocidad vampírica. Antes de que Hansel y la chica se dieran cuenta, estaban solos en la suite principal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él una vez que Atticus hubo desaparecido.

—¿A ti qué te parece? —respondió ella sin mirarlo a los ojos al tiempo que intentaba cubrirse con lo que le quedaba de vestido—. Le he dicho lo mucho que lo desprecio, se enojó, ha tenido un berrinche monumental y ha querido forzarme. Le he pedido que me matara porque preferiría estar muerta antes que entregarle mi virginidad.

—¿Que le has pedido qué?! —preguntó Hansel con unos ojos como platos. Sabía que la muchacha tenía genio. Era algo que le gustaba de ella, y aunque él sabía mejor que nadie que preferiría morir a estar con Atticus, pensaba que se andaría con pies de plomo—. Evelyn, puede que el rey sienta algo por ti, pero no es alguien a quien puedas o debas insultar. He visto a Atticus matar a mucha, mucha gente sin pestañear por menos que eso. Entiendo tus sentimientos y de veras lamento que estés en esta situación.

Lamentaba más incluso no poder hacer nada para remediarlo. Puede que fuera el mejor amigo de Atticus y el más viejo, pero sabía que el rey no vacilaría en matarlo incluso a él si lo contrariaba.

—Si me quitara la vida, no cabe duda de que Atticus castigaría a mi familia por mis pecados —respondió ella con frialdad evitando cruzar su mirada con la del único vampiro en el que confiaba. Luego se levantó de la cama y se dirigió a la puerta—. Pero si me mata él..., no tendrá derecho a hacerles daño.

Hansel intentó detenerla para que no se fuera.

—Tu vida vale mucho más que eso. —Con delicadeza, apoyó una mano sobre la mejilla de la chica para asegurarse de que contaba con toda su atención—. Conozco a Atticus mejor que nadie. Por favor, confía en mí. Atticus podría ser bueno contigo si se lo permitieras... —le suplicó después de haber visto en la mirada de Atticus lo destrozado que se había quedado.

»Hay un antiguo refrán que dice que se cazan más moscas con miel que con vinagre. Sé buena con él, y conseguirás lo que quieras. —Odiaba tener que decirle eso, pero se trataba de algo que no podía resolver por ella, lo que significaba que sólo podría ayudarla a conseguir la mayor parte de las cosas que quería. Si Evelyn convencía a Atticus de que lo amaba, al menos podría recuperar parte de su libertad.

Hansel tragó saliva mientras observaba con ternura la bonita cara de Evelyn y, sin poder evitarlo, por un momento bajó la vista hasta su pecho casi desnudo. Una oleada de calor lo invadió. De repente, una imagen del cuerpo desnudo de Evelyn bajo el suyo se formó en su mente, pero de inmediato la apartó lo más

lejos que pudo.

«Es la chica de Atticus, pertenece a Atticus —se dijo—. De todos modos, odia a los vampiros. Si tiene que querer a uno, tiene que ser Atticus.»

Evelyn miró hacia otro lado. Todavía tenía la cabeza y el cuerpo acelerados debido al odio y a la furia causados por el monarca hacía unos instantes.

—Eve, ¿qué te parece si hacemos esto: yo lo convengo de que anule la condena a muerte de los Redfern y tú le das una oportunidad? —Hansel forzó una sonrisa—. Lo destrozas cada día al negarte siquiera a intentar conocerlo. Como te he dicho ya, él puede protegerte, y tú podrías controlarlo a tu antojo. Si juegas bien tus cartas, hará lo que sea por ti y te concederá todo lo que le pidas.

—No, no lo hará. Nunca podrá concederme la libertad.

—No, no del todo, pero seguro que puedes sacrificar ese pequeño lujo por las vidas de la familia Redfern... —dijo Hansel.

De inmediato, los ojos de Evelyn se iluminaron.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que puedes convencer a Atticus de que libere a los Redfern?

Él sonrió de nuevo.

—Tal vez yo no pueda hacerlo solo, pero sí con tu ayuda.

Sin pensar, Hansel pasó los dedos por el cabello de la joven y se sorprendió al ver que ella no se apartaba, al contrario que hacía con Atticus.

—¿A qué te refieres?

—Por si no te has dado cuenta, le has roto el corazón cuando le pediste que te matara. Él valora tu vida, así que podríamos utilizar eso en nuestro favor.

Atticus Nocturne Lamia había sido testigo de tres milenios diferentes.

Era uno de los vampiros más antiguos que existían.

Era uno de los Siete.

También era el hombre más poderoso del siglo xxv.

En los más de dos mil años que llevaba con vida —o no muerto—, había sufrido cada tipo de dolor conocido por los habitantes de la Tierra. Físicos o anímicos, Atticus los había experimentado todos, pero ninguno era comparable con el de un corazón roto. Solamente se lo habían destrozado una vez antes, pero de eso hacía ya mucho tiempo...

Era algo indescriptible. Que la persona a la que más querías te arrancara el corazón del pecho era una de las peores cosas que alguien podía experimentar en la vida. Además, dicha experiencia había traumatizado a Atticus y lo había perseguido durante siglos, algo que había acabado por alterar drásticamente su carácter.

Había sido siempre uno de los vampiros más poderosos del mundo.

Dinero, influencia y un físico espectacular.

Los hombres querían ser como él y las mujeres querían estar con él. Había muy pocos motivos por los que una mujer habría rechazado al popular Atticus Nocturne Lamia.

Que las féminas se arrojaran a sus pies era sólo una de las recompensas que acompañaban al título de rey del mundo.

Tenía el planeta en la palma de la mano y sería capaz de entregárselo a Evelyn en bandeja si ella lo aceptara. No había nada que no fuera capaz de hacer por ella.

Atticus albergaba sentimientos tan profundos por la chica que iban más allá de su entendimiento. Y hacía muchos siglos que no sentía algo igual.

Quizá fuera porque no se mordía la lengua, por su honestidad, por su belleza o por esa aura cautivadora. O tal vez por su naturaleza compasiva, por su energía, tan vital y llena de luz.

Era como si ella sola pudiera iluminar todo su oscuro mundo de soledad. Y a cada día que pasaba, Atticus se enamoraba más y más de ella.

Con un gran suspiro, echó la cabeza atrás y tomó un largo trago de la botella de whisky que se había llevado de la mansión.

La hija de Jonathan Blackburn le había robado el corazón, y él a cambio había robado una botella de la bodega de su padre. No era una venganza tan terrible,

¿no?

—Qué ironía... —murmuró para sí mientras las palabras de Evelyn retumbaban en sus oídos: «¡Mátame!». La mirada de asco y de ira en los inocentes ojos de la chica lo perseguiría hasta el fin de sus días—. ¿Es que no te das cuenta de lo mucho que significas para mí? —susurró antes de dar otro trago al licor.

Mientras el líquido bajaba por su garganta y le quemaba el estómago, notó el poder del alcohol surtiendo efecto en todo su cuerpo, embotando sus sentidos y librándolo de las heridas intangibles que Evelyn le había infligido.

Quería llorar, gritar, salir corriendo y matar a todos los humanos que encontrara a su paso. Su cuerpo tenía ganas del dulce sabor de sangre humana fresca y de tener en sus manos la vida o la muerte de alguien.

Desde la cima de los acantilados, Atticus veía el sol del atardecer desplegar sus rayos anaranjados sobre las luces del pequeño pueblo en el que Evelyn había crecido. Con sus poderes vampíricos, casi podía oír las risas de los cientos de personas que habitaban esa localidad humana.

Sabía que ella había pasado toda su vida allí. Jonathan Blackburn era un padre protector que valoraba la seguridad de sus hijas por encima de todo. Llevaba escondiéndolas de los vampiros y otras criaturas sobrenaturales desde que Nora y Evelyn nacieron.

Justo allí, en ese mismo pueblo, vivía todo el mundo que Evelyn había conocido y apreciado alguna vez. Una ráfaga de furia recorrió el cuerpo de Atticus al pensar que los humanos inútiles de ese estúpido lugar poseían la única cosa que deseaba de veras y no podía obtener: el amor de la chica.

Hizo un gesto de maldad antes de acabarse la botella de whisky del tirón. Deseaba con todas sus fuerzas la muerte de toda esa gente que no merecía poseer el amor de Evelyn. Quería su sangre, notar la dulce sensación que le proporcionaría la venganza.

Deseaba herir a Evelyn Blackburn, castigarla por el dolor que le había causado, pero sabía que no podía. Ni siquiera era capaz de imaginar cómo sería hierirla físicamente.

La chica que tenía su corazón.

La chica por la que tanto sentía.

—Si no puedo tener tu amor, entonces me conformaré con la sangre y las vidas de los que sí lo tienen.

Atticus pronunció las oscuras palabras en voz alta y se levantó del suelo embarrado, listo para abalanzarse sobre el pueblo y masacrar a todos los seres que ella había apreciado alguna vez.

—No lo hagas —le advirtió una voz decidida y familiar a sus espaldas en el preciso instante en que se disponía a emprender la marcha hacia el pueblo.

—No es momento para discusiones filosóficas, Hansel —dijo Atticus. Ya había tenido bastantes de un tiempo a esa parte—. No estoy de humor para oír tus patéticos motivos para convencerme de que les perdone la vida.

Utilizó su voz autoritaria para dirigirse a su amigo. Se conocían desde hacía mucho tiempo, y Hansel era el único que podía salir bien librado si le hablaba así, pero aun así había límites.

—O me acompañas en este baño de sangre o quédate a un lado a observar, pero todos los habitantes de ese pueblo estarán muertos antes de que acabe de ponerse

el sol.

Hansel caminó en dirección a su amigo.

—No es que quiera que les perdones la vida. Si quieres matarlos, por mí, adelante, viven bajo tus normas y es tu reino, después de todo. Por ley, sus vidas te pertenecen... —Atticus miró a su protegido y asesor legal—. Pero me gustaría que fueras feliz, y sé a ciencia cierta que arrasar un pueblo entero no te hará feliz. —Hansel hizo una pausa y luego prosiguió—: Sí, puede que te conceda unos momentos de alivio y de éxtasis, pero a la larga te causará aún más dolor.

—¿Por qué?

—Porque no hará que Evelyn te odie menos que ahora. En realidad, la hará odiarte mucho más. ¿En serio crees que todos los habitantes de su pueblo la hará temerte y odiarte menos? —Hansel miraba a Atticus con preocupación. El rey no respondió ni miró a su amigo a los ojos. En su lugar, esperó a que prosiguiera con su discurso—. No sólo eres mi rey, también eres quien me convirtió y mi amigo... Sé que te duele que Evelyn no sea capaz de quererte, pero nunca conseguirás su amor a la fuerza. —Dejó escapar un largo suspiro y puso una mano amistosa sobre el hombro de Atticus para prepararse ante la reacción que sabía que acompañaría a sus siguientes palabras—: Evelyn intentó suicidarse el día después de su cumpleaños, después de que atacaras a Ethan Redfern...

—¿¡QUÉ!?! —jadeó Atticus, y se volvió para encararse con su amigo—. ¿Cómo? ¿Por qué?

Hansel sonrió.

—¿Cómo? Pues se arrojó desde este mismo peñasco en el que nos encontramos. ¿Por qué? ¿Tú qué crees? —suspiró—. Se sentía atrapada e indefensa ante ti. Evelyn Blackburn valora su libertad por encima de todo, y sabe que nunca podrá tener control sobre su propia vida mientras tú tengas el ojo puesto en ella...

—No quiere estar conmigo —lo interrumpió Atticus—, prefiere morir a vivir junto a mí... —Desvió la mirada—. No sabía que le provocaba tanta repulsión, que se mataría antes que aceptar mi afecto por ella.

Hansel dio una palmadita en la espalda de su creador.

—Sí, pero también podrías intentar hacer que cambiara de opinión. Muéstrale tu lado compasivo, Atticus, demuéstrale que no tiene por qué temerte. En lugar de decírselo, actúa. Sé bueno y paciente con ella. Deja que te vea bajo una luz nueva y suspende la ejecución de los Redfern.

Esa noche, en la cama, Evelyn no conseguía conciliar el sueño. Aunque estaba más que exhausta tras el largo día que había tenido, la joven no podía deshacerse del miedo que le inspiraba la criatura que dormía en la habitación contigua.

Tras el incidente de esa mañana, no había vuelto a ver a Hansel o a Atticus. Esperaba que este último hubiera cambiado de parecer y se hubiera quedado en la mansión de lord Marcus. Sin embargo, dudaba de tener tanta suerte.

Se envolvió con la colcha y se quedó escuchando el viento golpear las ventanas de su cuarto.

No quería dormirse. No quería mostrarse vulnerable. Después de lo que había pasado, Evelyn dudaba de que Atticus tuviera cualquier clase de reparo en

continuar con el trabajo que había dejado a medias. Lo veía capaz de forzarla en plena noche con sus padres a apenas unas puertas más allá en el mismo pasillo. Se rodeó el torso con los brazos e intentó contener las lágrimas. Tras dos horas de frotarse la piel hasta casi hacerla sangrar, todavía podía sentir su olor y sus manos lujuriosas tocándola, estrujándola.

Sus padres sabían el peligro que corrían teniendo a Atticus y sus enfermizas necesidades bajo su techo, pero no había nada que pudieran hacer en realidad. De ninguna manera podían pedirle al rey y a sus hombres que abandonaran la mansión, simplemente no era posible. Que un humano se negara a concederle cualquier cosa que deseara a un vampiro miembro de la realeza podía ser visto como alta traición.

Incluso si Atticus forzaba a Evelyn cien veces, tendría que aceptarlo. No le quedaba otra. Porque, si no lo hacía, significaría el fin para toda su familia. Incluso tras haberlos ejecutado a todos, el rey podía inventarse alguna excusa para exculparla a ella, salvarla y llevársela al palacio real, donde podría hacer lo que quisiera con ella de todos modos, porque su cuerpo le pertenecía.

De repente, sus pensamientos se vieron interrumpidos por la misma voz que llevaba meses acosándola en sueños.

—¿Estás dormida? —La voz susurrante de Atticus provenía de un lado de su cama.

Evelyn no necesitó abrir los ojos para saber lo cerca que estaba.

—¿Qué quieres?

El colchón se hundió ligeramente cuando el vampiro se sentó sobre él.

—Estás llorando... —dijo consternado. Ella no contestó, sino que se limitó a abrir los ojos y a mirarlo. No entendía cómo podía anunciar a bombo y platillo lo mucho que le importaba y a continuación rasgarle el vestido. Notó cómo su mano le colocaba un mechón en su sitio con dulzura—. Sé lo que pasó el día después de tu cumpleaños, Evelyn. Sé lo que hiciste. Hansel me lo ha contado todo. —Parecía distinto. La joven Blackburn percibía el dolor que dejaban traslucir las palabras de Atticus—. ¿Tanto me odias que preferirías morir a intentar quererme?

—Sí —fue su respuesta, simple, cortante y verdadera—. Y ya lo habría hecho si no fuera por mi familia. Sé que los castigarías por mi culpa, igual que haces con Ethan y los suyos por mi culpa también.

—¿Sabes? Podría hacerte tan feliz, darte tantas cosas... Evelyn, sea lo que sea lo que quieras, te lo daré, sólo tienes que pedírmelo. Podría comprarte la ropa más bonita y elegante, las joyas más caras, llevarte a recorrer el planeta entero. Te enseñaría la belleza del mundo en el que vives, te protegería y te amaría con todo mi ser... Podría darte eso y mucho más si me prometes que al menos intentarás aceptarme y sentir algo por mí.

Poco a poco, Evelyn abrió más los ojos para encontrarse con la mirada de Atticus, llena de esperanza y expectación. En ese momento parecía tan inocente y optimista como un niño rogándole a su madre que le comprara un juguete que siempre había querido. Parecía distinto del hombre que había estado a punto de violarla.

—No sólo te concedería a ti, sino a todos los tuyos, dinero, poder y títulos. Si fueras mía, ningún miembro de la familia Blackburn debería temer a ningún

vampiro nunca más, ¡serían intocables! —Atticus tomó la mano de la muchacha —. Sólo di que sí...

—Pero no seríamos intocables en lo que a ti respecta... —Evelyn apartó la vista —. ¿Dices que puedes darme lo que quiera? Bien, quiero mi libertad, quiero a Ethan, quiero poder decidir a quién me entrego, quiero control sobre mi vida, quiero tener niños, mi propia familia, quiero... —Se interrumpió a media frase al notar la mano del vampiro en su cuello. No intentaba ahogarla ni hierla, pero era firme.

—Nunca dejaré que otro hombre te toque, te prohíbo que te entregues a nadie que no sea yo. ¡Eres mía, Evelyn, mía!

Como esa misma mañana, la furia invadía los ojos de Atticus, pero ahora ésta no lo controlaba a él, al menos no como antes.

La Oscuridad ensombreció su rostro. Bajo esa belleza acechaba un monstruo. Otra manifestación de Atticus, que prácticamente no tenía nada que ver con el hombre al que conoció en el balcón de Utopía hacía tantas lunas.

Ella sonrió.

—¿Ves? Me prometes todas esas cosas si intento quererte, pero no serán gratis. Te cobrarás el precio de todos esos lujos forzando mi cuerpo para tu propio placer. Incluso si te rechazo y me niego, seguirás haciéndolo porque sabes que no tengo poder para luchar contra ti. Dices que no quieres herirme, pero me hieres de la peor forma posible condenando a los mejores amigos de mi familia a la pena de muerte porque siento algo por su hijo. Es por todo eso por lo que quise poner fin a mi vida.

El rey dejó escapar un largo suspiro antes de secar las lágrimas que Evelyn había derramado sin darse cuenta. Se apartó. La Oscuridad desapareció. La sombra, el demonio que habitaba en su interior se desvaneció con sus palabras.

Atticus desvió la mirada y propuso:

—¿Y si hacemos un trato? Yo te prometo que dejaré vivir a Ethan Redfern y a su familia si tú me prometes que vendrás a vivir a palacio cuando cumplas los veinte y que nunca volverás a intentar poner fin a tu vida.

—¿Dejarás vivir a Ethan? —preguntó.

Atticus asintió. Evelyn no se lo podía creer. De algún modo, Hansel se las había arreglado para que se obrara un milagro. No sabía qué había hecho, pero sí que algo tenía que ver, y en cierto sentido ello le dio más energía. Podía con eso. Podía soportar al rey y sus afectos si con ello su familia seguía con vida. Si ello significaba que Ethan viviría.

Sonrió lenta, tímidamente.

Era la sonrisa más maravillosa que Atticus había visto en su larga vida. Una sonrisa de pura felicidad. Él era el único presente para ser testigo de ella, pero a la vez sabía que no era su causante: era Ethan Redfern. Aun así, había conseguido que su corazón se acelerara y que su cuerpo se excitara de deseo.

—Pero necesito asegurarme de que no me arrepentiré de esto. Y eso me lleva a mi segundo trato.

Se acercó más a ella y la agarró por la nuca para que lo mirara a los ojos.

—Mi segundo trato consiste en que prometo que te concederé libertad cuando vengas a palacio al cumplir los veinte y que no haré daño a nadie a quien quieras si tú me prometes que no me herirás al ofrecerte a ningún otro hombre. Nunca. Y que te quedarás a mi lado hasta que yo quiera. Sólo aceptaré el primer trato si tú aceptas el segundo.

Evelyn siempre fue consciente de las oscuras intenciones del rey, pero no pudo evitar estremecerse al ver al monstruo que estaba sentado en su cama. Básicamente le estaba pidiendo que diera su vida por la vida de los Redfern. Y ella iba a acceder. ¿En qué la convertiría eso? En su prostituta personal, si tuviera que contestar.

Atticus se acercó más a su preciada humana, tanto que sus labios casi se rozaban.

—Haré de ti mi amante, o tal vez incluso mi reina, si tú quieres.

¿Su reina?

El horror debió de reflejarse en su cara; nunca se le había dado bien mentir, ni siquiera cuando no había palabras por medio. Tendría que trabajar en ello.

La sonrisa desapareció al instante de la cara de Atticus.

—Te doy una semana para pensarlo. Tu vida a cambio de las de los Redfern. Si no aceptas estos dos tratos, no sólo tendrás las manos manchadas de la sangre de Ethan, sino de la de todos sus parientes.

Antes de que ella pudiera decir nada más, el rey salió de la habitación, dejando tras de sí a una Evelyn totalmente muda.

Habían pasado cuatro días desde que Atticus le había propuesto a Evelyn el trato que podría salvar las vidas de la familia Redfern, unas cuarenta personas en total, todas ellas inocentes y no merecedoras del destino cruel que tenían ante sí. El rey le había concedido a la chica una semana para decidirse, y al ponerse el sol de ese cuarto día, a ésta empezaba a quedarle poco tiempo de maniobra. Como una campana, las palabras de Atticus volvían a resonar en la mente de Evelyn. «No sólo tendrás las manos manchadas de la sangre de Ethan, sino de la de todos sus parientes.»

Sin duda, la joven sabía lo que debía hacer, sabía cuál era la opción correcta, compasiva y generosa. Debía salvar a la familia Redfern y acceder a lo que Atticus le pedía a cambio. Porque, si no lo hacía, entonces cargaría con el peso de haber ocasionado la muerte de más de cuarenta personas. Y lo más probable era que Atticus la tomara igualmente.

No obstante, pese a ser consciente de que ésa era la decisión correcta, todavía parecía reacia a acceder. Aunque todo el mundo sabía que Evelyn era una persona generosa, también tenía el suficiente orgullo como para que no le resultara tan sencillo sacrificarse. No era egoísta, pero tenía el ego necesario como para no querer entregarle su cuerpo al rey tan fácilmente. Confiaba en que quizá pudiera ganar tiempo con la promesa de que intentaría amarlo. Tiempo ¿para qué? No estaba segura, pero cuanto más sopesaba su oferta, más parecía debatirse en lo que debía hacer. Seguía tratando de dar con una tercera opción.

Cada vez que se convencía de que debía aceptar los tratos y prometerle al monarca que él sería el único que poseería su cuerpo, las imágenes aterradoras de Atticus forzándola a tener sexo con él volvían a desfilar por su mente.

—¿Todavía dudando sobre si prefieres que los Redfern mueran o convertirte en la putita del rey? —La voz amarga y rencorosa de Nora interrumpió los pensamientos de Evelyn cuando entró en su habitación. Sus padres le habían ordenado que le llevara una bandeja con comida.

—No estoy de humor para tus insultos —murmuró ella desde la cama sin mirar a su hermana.

Acto seguido, se envolvió con fuerza con la colcha y se hizo un ovillo debajo de ella.

Sus padres eran plenamente conscientes de cómo había empeorado la relación entre ambas, y habían intentado que Nora entrara en razón en incontables ocasiones, tratando de convencerla de que fuera menos severa con su hermana. Pero Nora no podía evitar que los celos sacaran lo peor de ella.

Aunque la mayor de las Blackburn quería a su hermana con locura, no podía evitar escuchar la vocecita interior que no paraba de repetirle que debería haber sido ella la elegida por el rey y no Evelyn. Ella jamás habría puesto en peligro a los amigos de su familia. Habría disfrutado de sus regalos y lo habría hecho sentir deseado y respetado. El rey malgastaba su dinero y su poder en Evelyn.

—No has tocado la comida —dijo Nora al dejar la bandeja con comida caliente junto a la del mediodía, con alimentos ahora fríos, que una de las doncellas le había llevado a su hermana.

—No tengo hambre —replicó esta última.

Era cierto. No tenía apetito. Ni por asomo. Con todo lo que tenía en la cabeza, lo último en lo que podía pensar era en comer. Le había contado a su familia los tratos que le había ofrecido Atticus, y sus padres le habían prometido que entenderían su decisión, fuera cual fuera. No obstante, Evelyn sabía que cualquiera de las dos opciones posibles tendría consecuencias devastadoras. Era sólo cuestión de decidir quién sería castigado: ¿ella o la familia Redfern?

—Morirte de hambre no te va a ayudar —suspiró Nora, y por un momento a Evelyn le pareció distinguir en la voz de su hermana una nota de preocupación—. Tanto Atticus como el resto de los vampiros se fueron la noche en que te propuso los tratos. Podrías disfrutar de estos días en los que no tienes que preocuparte por él en vez de quedarte escondida en tu habitación torturándote.

Evelyn no dijo nada.

Nora distinguió el dolor en la expresión de su hermana. En condiciones normales se habría quedado a consolarla, pero todavía sentía odio y resentimiento hacia ella. Así que, sin decir nada más, tomó la bandeja llena de comida fría e intacta y la dejó de nuevo sola con sus pensamientos. Sin embargo, en secreto rezaba porque su hermana hiciera lo correcto y a la vez consiguiera mantener las cabezas de los Redfern unidas a sus cuerpos.

—Tu hermana tiene razón, ¿sabes? —Una voz familiar interrumpió el silencio de la habitación al que Evelyn se había acostumbrado—. Si éstos han de ser tus últimos días de libertad, deberías estar fuera, disfrutando de ellos. —Hansel suspiró y añadió—: Y tienes que comer algo. Si Atticus se entera de que te has estado saltando comidas, se preocupará.

La chica rio al oír las palabras de Hansel.

—No sé si te preocupas por mí o por tu rey...

—Por ambos; me preocupo por ambos —aseguró, y le sorprendió la facilidad con que mentía. Atticus había sobrevivido a lo peor que el mundo tenía que ofrecerle. Por eso era quien era. Y seguiría sobreviviendo. Hansel no tenía que preocuparse por él.

No, se preocupaba por Evelyn. Sabía que no podía hacer nada para ayudarla de verdad, pero quería contribuir a que la pérdida de su libertad fuera menos terrible para ella.

Evelyn notó la cama moverse cuando Hansel se sentó cerca de la almohada.

—No te ofendas, pero ¿cuándo fue la última vez que te lavaste el pelo?

El vampiro chasqueó la lengua al tiempo que sostenía un mechón grasiento de la melena oscura de Evelyn, que en esos momentos parecía un arbusto silvestre.

—Si intentas utilizar el sentido del olfato de Atticus en su contra, aplaudo tu creatividad, pero no estoy muy seguro de que te vaya a servir de algo.

Se suponía que el comentario tenía que aligerar el ambiente mediante el humor y conseguir animarla, y lo consiguió.

—Hace ya un poco de mi último baño, sí —concedió ella riendo y volviéndose para mirar al vampiro de pelo rizado.

Él sonrió también, contento de haberla hecho reír. Los dos permanecieron así un momento, mirándose el uno al otro en un silencio agradable. Nunca había tensión entre ellos, sólo comodidad y un ambiente distendido.

—¿Sabes lo que me ha propuesto Atticus?

Hansel asintió.

—Y ¿qué opinas? —preguntó ella mientras intentaba incorporarse en la cama.

La falta de nutrientes estaba haciendo mella en el frágil cuerpo de la chica humana. Con cuidado, Hansel trató de ayudarla a sentarse junto a él. Pensó en pasar el brazo por sus hombros para proporcionarle más apoyo, pero al final decidió no hacerlo.

—Creo que deberías aceptar.

—¿Por qué?

—Porque, si no lo haces, es más que probable que no te lo perdones nunca —se limitó a decir. Evelyn asintió. Tenía razón, desde luego. Si podía salvar a Ethan y a toda su familia y no lo hacía, jamás se lo perdonaría—. Sé lo mucho que te costará. Sé lo que es perder la libertad —aseveró Hansel. Su pasado tampoco había sido un cuento de hadas—. Le importas. Lo veo en sus ojos. Conozco a Atticus desde hace cientos de años y nunca lo había visto mirar a nadie como te mira a ti.

Hansel sonrió. Sus palabras parecían sinceras.

—Si se preocupa tanto por mí y me aprecia tanto, ¿por qué me está haciendo esto? —preguntó ella intentando contener las lágrimas.

Estaba cansada y asqueada de todo el estrés que Atticus le estaba causando. Antes de que él apareciera, la vida era apacible, normal, feliz. Echaba de menos cómo eran las cosas antes.

—Evelyn... —empezó a decir Hansel despacio—, Atticus no es humano. No lo ha sido por miles de años ya y ahora es el rey, es la persona viva más poderosa del mundo en estos momentos. La Nación Vampírica es internacional, tenemos a todos los continentes bajo nuestro control. Los vampiros controlamos a toda la humanidad. Y Atticus es dueño de todos y cada uno de ellos. —Hizo una pausa para asegurarse de que Evelyn lo escuchaba con atención antes de continuar—. Y llegó hasta allí atemorizando a las personas —añadió Hansel. Odiaba que sus palabras sirvieran básicamente para disculpar los actos de Atticus, pero creía de verdad que Evelyn sólo tendría su ansiada libertad si renunciaba a ella ahora. Seguía pensando en dar con la manera de sacarla de aquélla. No estaba seguro de cómo lo haría, pero sabía que necesitaba tiempo para dar con la respuesta y que no murieran todos—. Procura verlo de este modo: el hecho de que te esté

permitiendo escoger es más de lo que muchos podrían soñar. Debes entender que no está obligado a darte nada de nada. Es el rey, Evelyn. Tiene todo el mundo a sus pies y puede ordenar que ejecuten a la familia Redfern y asegurarse de ser el único que te ponga la mano encima jamás, pero te está permitiendo escoger entre ambas opciones. Quiere que sientas que tienes algo que decir en todo esto. —El tono de Hansel era casi suplicante.

—Esta elección es imposible —suspiró la joven—. Si quiere que parezca que yo tengo algo que decir en todo esto, entonces ¿por qué no me deja decidir si quiero o no vivir en palacio? ¿Por qué no me deja decidir a quién quiero amar y con quién quiero hablar? No lo está haciendo. Controla mi vida, tiene mi futuro en la palma de su mano: no soy más que una marioneta y él mueve los hilos a su antojo.

Evelyn bajó la vista. Las lágrimas se precipitaron a sus ojos, pero se obligó a detenerlas y se prometió que no lloraría, no delante de Hansel.

Sin pensar, él acercó la mano al pelo de la chica y se lo acarició con ternura.

—Evelyn, puede que Atticus haya perdido la cabeza por ti, pero no es tonto. Sabe que si te diera la opción de escoger entre ir y no ir al palacio real el año que viene, nunca irías. Lo temes demasiado como para intentar darle una oportunidad siquiera. Es egoísta —afirmó Hansel—. Eso ya lo sabes. Tiene mal genio, es egoísta y domina el mundo. —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Acaso no crees que sabe que la única manera de tenerte al alcance de la mano es por la fuerza? Te desea demasiado para que le importe el cómo. Sé que no está bien, pero así son las cosas. ¿Acaso no crees que sabe que lo abandonarás en cuanto se te presente la primera oportunidad? Si de verdad quieres escapar de él, tendrás que hacerle pensar que no tiene nada que temer.

Evelyn estaba atónita. Hansel no estaba diciendo exactamente que esa tercera opción que ella buscaba existiera, pero a todas luces parecía ponerse de su lado. Podía ser un truco, desde luego, podía haberlo enviado Atticus, pero ella no lo creía. Creía de verdad que podía ayudarla.

—Podrías tener al vampiro más poderoso del mundo comiendo de tu mano como un cachorro. Puede que sea todopoderoso, pero sigue siendo un romántico empedernido. Y se preocupa por ti, a su manera, eso lo sé.

Evelyn eligió las palabras con cautela.

—¿Por qué te preocupas tanto por su felicidad? —quiso saber ella—. ¿Cómo pueden ser amigos? Parecen tan distintos...

—No es sólo mi rey, también es quien me convirtió en vampiro. Le debo mi vida, mi estatus y todo lo que tengo. Sin Atticus, yo no sería más que polvo y huesos. Se lo debo todo. —Hansel sonrió y se puso en pie—. Piensa en lo que te he dicho. No tiene por qué hacer un trato contigo para conseguir que seas suya. Podría matar a cualquiera que intentara acercarse a ti de todos modos...

Y podía desdecirse de su promesa y tomarla por la fuerza de todas formas, y entonces Ethan y su familia estarían igualmente muertos, pensó Evelyn.

Acto seguido, con una pequeña reverencia para despedirse, saltó por la ventana abierta y dejó sola de nuevo a Evelyn en su habitación.

La mansión de lord Marcus era bonita y extravagante. Era tan lujosa como la de los Blackburn, o incluso más. Sin embargo, la recepción que se le brindó al rey y a su séquito cuando éste decidió trasladarse a su casa fue mucho más entusiasta. Todo el mundo veía la elección como un motivo de orgullo. Incluso para los sirvientes humanos era un honor hospedar al monarca.

Lo era para todos menos para lady Alice. Aunque se había acostumbrado a vivir en la casa con varios vampiros de rangos diferentes y otras criaturas sobrenaturales entrando y saliendo de allí a diario, despreciaba la presencia del rey en su casa. Sobre todo, porque sabía de sus intenciones para hacer con su prima lo mismo que su propio marido había hecho con ella: arrebatarle su libertad y convertirla en su esclava, su rehén, su posesión.

Fuera lo que ella fuera para Marcus, Alice sabía que nunca había sido su legítima esposa y que lo que tenían no era un matrimonio de verdad, porque para ser la mujer de alguien se requería un acuerdo por ambas partes y un vínculo de amor entre dos iguales.

Marcus dijo que la quería con locura y así se lo había demostrado a diario desde su boda, pero la suya no era una relación de igual a igual. Y ella no podía olvidar que la habían obligado a casarse con él. Que no tenía elección, ni voz ni voto. Igual que Evelyn no tenía elección ahora.

Para Atticus, no importaba lo acogedora que resultara su mansión ni lo buen anfitrión que fuera lord Marcus. No importaba que Alice fuera educada. En el fondo, Atticus habría preferido seguir alojado en la mansión de los Blackburn por una sola razón: Evelyn.

Podría haberse quedado allí, incluso tras el incidente en el que casi había desvirgado a la chica. Al fin y al cabo, era el rey, dueño y señor de todo y de todos, y tenía derecho a llevar a cabo cualquier acto que lo hiciera feliz. Y si era Evelyn quien lo hacía dichoso, entonces tenía que ser suya sin discusión.

No obstante, no se fiaba de que, si permanecía bajo el mismo techo que ella, no acabara perdiendo la cabeza y haciendo algo malo y forzándola a hacer cosas que estaba claro que ella no quería hacer, al menos, no con él.

Atticus suspiró y dio un trago al vaso de whisky que tenía en la mano. Para conseguir su afecto y su amor, debía concederle tiempo y espacio.

No quería construir su relación sobre el miedo y la incapacidad de ella para negarse a su presencia. Pero eso no quería decir que no fuera una opción. Simplemente, era la última de todas.

La habitación en la que lord Marcus había alojado al rey era la mejor de la casa.

Era increíblemente espaciosa, y habría superado a la mayoría de las suites presidenciales de los hoteles más lujosos de la Nación Vampírica.

El dormitorio estaba dividido en tres: al entrar, se accedía a una gloriosa sala de estar de suelos alfombrados en rojo con una lámpara de araña colgando del techo. Grandes ventanales cubrían las paredes por completo y daban a los frondosos jardines de la mansión, y ante ellos se había colocado una amplia mesa de caoba con una computadora último modelo, artículos de papelería de lo más lujoso y pilas y pilas de documentos que Atticus debía supervisar.

Que estuviera lejos de palacio no quería decir que pudiera olvidar sus obligaciones y dedicarse a turistar durante varias semanas. Ser el rey de casi todo el mundo era una ardua tarea.

Aunque la población había mermado drásticamente desde la tercera guerra mundial, cuando los vampiros arrebataron el poder a los humanos, todavía era bastante elevada. Al igual que en cualquier nación próspera, había disidentes. En todos sus años de reinado siempre había algunos humanos descontentos que insistían en desempeñar el papel de rebeldes con el objeto de dificultar la vida. Eran más una molestia que una amenaza real: provocaban disturbios y causaban problemas al gobierno local. Aunque era muy difícil para un humano matar a un vampiro, no era imposible, y algunos lo habían logrado.

Hansel le advirtió que se tomara más en serio a los rebeldes; los humanos del siglo xxv estaban dispuestos a cualquier cosa por intentar vencerlos. Sobre todo, porque no les quedaba ya casi nada que perder... pero Atticus sabía que los aplastaría igual que había aplastado a todos los demás.

Los informes del caso Redfern estaban dispuestos sobre la mesa de la suite junto con los de otras familias humanas que habían seguido predicando las viejas enseñanzas de los días de antes de la llegada al poder de los vampiros. Todavía soñaban con los días en los que los humanos dominaban el mundo con su tecnología y sus bombas nucleares y los vampiros no eran más que un mito que únicamente existía en las series de televisión, las películas y las novelas. Seguían negándose a reconocer la verdad.

El rey tomó una fotografía de Ethan Redfern. Era bastante guapo, pero nada extraordinario. Estaba claro que no podía superarlo a él en cuanto a poder, estatus, recursos económicos o belleza física. Pero, aun así, el chico poseía algo que el monarca no tenía y deseaba enormemente: el amor de Evelyn, su afecto y su confianza. Atticus habría dado cualquier cosa por conseguirlos.

Es por eso por lo que hizo que él y su séquito se trasladaran de la mansión de los Blackburn a la de lord Marcus. Para concederle a ella algo de espacio y evitar acabar haciendo algo que sabotearía sus planes de conquistarla para siempre.

El rey echó un último vistazo a la foto de Ethan antes de arrugarla. Deseaba asesinarlo más de lo que había deseado matar a nadie antes; la sed que sentía de su sangre era innegable, pero después del «incidente», las advertencias de Hansel sobre matar al hijo de los Redfern seguían importunándole.

Evelyn quería a ese humano más que a él, era un hecho incuestionable. Atticus siempre había odiado la competencia, incluso cuando era humano; estaba acostumbrado a conseguir lo que deseaba. Nunca había perdido una partida ante nadie hasta la fecha. Y sabía que no iba a perder a Evelyn frente a un insignificante chico humano que estaba claro que no merecía el afecto de la

joven.

Evelyn Blackburn no debía vivir una vida humana.

Se merecía tener una vida de glamur y juventud eterna: que su belleza fuera conservada para siempre gracias a la magia de la inmortalidad que conllevaba ser un vampiro. Atticus se lo demostraría. Le enseñaría las ventajas de ser una criatura de la noche, y de ser suya. Lograría que se enamorara de él.

Pensó que matar a Ethan Redfern era el mejor modo de asegurarse la victoria, y quizá aún lo fuera. Una vez muerto, Evelyn podría olvidarlo. Pero tal vez Hansel tuviera razón y todavía no hubiera llegado el momento de matarlo. Y que no fuera algo tan público. A esas alturas, tenía claro que Evelyn era testaruda, y lo odiaría eternamente si sabía que él había matado a ese humano a propósito...

Pero de un modo u otro, Ethan Redfern debía morir.

Atticus borraría poco a poco las razones por las que Evelyn quería seguir siendo humana y mantener lazos con las personas a las que apreciaba; lo haría hasta que él fuera el único que le quedara. Hasta que amarle fuera la única cosa que pudiera hacer.

Si ella sabía lo que le convenía, aceptaría sus avances y se enamoraría de Atticus, porque ése era el único modo de mantener a salvo a la gente que de verdad le importaba.

Al mirar hacia el cielo oscuro, bañado de naranja por los rayos del sol poniente, el monarca se preguntó qué estaría haciendo Evelyn en esos momentos. ¿Estaría pensando en él también? Y, si lo hacía, ¿sería con afecto o con asco?

—¿Mi rey? —El mayordomo llamó a la puerta de roble de la habitación con los nudillos—. Tiene una visita.

Atticus gruñó. No estaba de humor para entretener a nadie, así que enviaría a paseo a cualquiera que hubiera tenido la osadía de visitarlo... Hasta que notó los latidos rítmicos y tenues de un corazón humano.

El embriagador perfume de la sangre de Evelyn invadió la habitación de inmediato y una sonrisa cruzó el rostro del vampiro.

—Hazla pasar —ordenó fríamente.

Unos segundos más tarde, oyó los pasos de ella entrando en la estancia alfombrada. El mayordomo salió casi de inmediato y con un gesto se despidió de los guardias que esperaban fuera de la habitación del monarca. El rey nunca debía separarse de sus guardaespaldas: había demasiada gente en el mundo que quería derrocarlo, y la mayoría de ellos eran humanos.

—No te esperaba tan pronto. Sólo han pasado cuatro días... —Atticus sonrió al volverse hacia ella, esperando ver a Evelyn tan preciosa como siempre, con alguno de sus sencillos vestidos de día.

En cambio, sus ojos se encontraron con algo que no esperaba.

Necesitó hacer acopio de todo su poder para no soltar una exclamación al contemplar el suave vestido de noche de seda que se ceñía delicadamente al cuerpo de la chica, como si estuviera a punto de caer sobre la alfombra para invitar al rey a explorar el territorio desconocido tras la fina tela.

El vestido era corto, hasta la mitad del muslo, y tenía un escote en «V» que dejaba entrever el inicio de los blancos y sensuales pechos que suplicaban por emerger. La pequeña prenda era de un blanco inmaculado, un color que hacía parecer a Evelyn inocente, dulce y pura, como un ángel. Si cualquiera de las

mujeres que tenía en el palacio a su servicio se hubiera puesto algo así, no habría conseguido excitarlo lo más mínimo.

Pero con Evelyn funcionaba.

El rey hizo un gesto lascivo al notar cómo su miembro se endurecía. Sabía que, aunque se entrenara miles de años, nunca lograría controlarse ante Evelyn. Quizá tuviera que convencerla de que le dejara salirse con la suya con ella... Ya era suficientemente difícil no saltarle encima a cada momento.

—Déjenos solos —ordenó a sus guardias mientras se dirigía a su mesa sin quitarle los ojos de encima a Evelyn ni un segundo.

Hubo una pausa hasta que Jonah, el capitán de su guardia y una de las pocas personas a las que Atticus consideraba amigas, miró con sospecha a Evelyn.

—Señor —empezó—, no creo que sea seguro...

—¿No crees que sea seguro el qué? ¿Dejarme solo con una chica humana a medio vestir como lady Blackburn? —replicó el rey con desdén antes de repetir su orden—: ¡He dicho que nos dejen solos! Y ni se les ocurra interrumpirnos a no ser que se trate de una cuestión de vida o muerte.

Jonah abrió la boca para objetar, pero decidió no hacerlo al ver la mirada de Atticus.

Como una ráfaga de viento, todos los guardias abandonaron la habitación y cerraron la puerta tras de sí, dejando a Evelyn sola con Atticus.

Atticus intentó recordar sus modales.

—Por favor, siéntate —le ofreció él señalando el sillón de cuero que había al otro lado de su mesa.

Ella forzó una sonrisa educada mientras se dirigía hacia el asiento. Sabía que tenía que mostrarse dócil ante él para que su plan funcionara.

Había tardado cinco segundos en darse cuenta de que Hansel tenía razón después de que él la dejara sola en su cuarto. No importaba lo que ella quisiera, Atticus no permitiría que ningún otro hombre la tocara nunca más. En su mente, ya era su mujer y mataría a cualquiera que intentara arrebatársela. Por eso mismo tenía a Ethan en una celda junto a toda su familia.

Pero Atticus era un hombre, y los hombres sólo querían una cosa... Si Evelyn le daba lo que quería, las posibilidades de que dejara libre a Ethan aumentarían significativamente. Su vida y la de todos sus familiares estaba en sus manos. En tal situación, lo único que podía hacer era utilizar el amor que el rey le profesaba para intentar conseguir su libertad.

—¿Te has decidido ya? —le preguntó Atticus echándose hacia atrás en su butaca, esperando que hubiera tomado la decisión acertada—. ¿Vas a acceder a nuestro pequeño pacto o no?

Evelyn se miró las manos, entrelazadas con fuerza sobre su regazo, y se dio ánimos.

—Antes de revelarte mi decisión, necesito preguntarte algo. —Alzó la vista para ver el gesto de aprobación del rey y luego tragó saliva nerviosa—. Dices que quieres verme feliz, ¿no? —Esta vez no miró al rey a los ojos.

Sabía que eso no era lo que él quería oír, pero necesitaba saber si quedaba alguna posibilidad de que él le permitiera vivir otra vida distinta de la que había planeado para ella. Lo oyó chasquear la lengua.

—Evelyn, ya deberías saberlo, te daría cualquier cosa, cualquier cosa, todo lo

que puedas desear, si me das una oportunidad. Tu felicidad es todo cuanto deseo. Antes de que ella pudiera darse cuenta, Atticus estaba a su lado, sus ojos llenos de afecto y súplica. Con dulzura, colocó la mano junto a la de Evelyn en el descanso del sillón, tan cerca que la chica podía notar el vello de la de él acariciar el dorso de la suya.

El vampiro quería sostener sus diminutas y cálidas manos humanas entre las suyas, pero le daba miedo tocarla por si eso le hacía desearla aún más de lo que ya la deseaba en esos momentos. Empezaba a notar su entrepierna demasiado abultada y lo único en lo que podía pensar era en colocar a Evelyn sobre la mesa, y hacerla suya durante toda la noche.

Pero entonces ella hizo algo totalmente inesperado.

Despacio y con torpeza, se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Sabes qué me haría la chica más feliz del mundo? —Evelyn entornó los ojos mientras hablaba. Tenía los puños apretados e intentaba hacer lo posible porque el asco que sentía no se reflejara en su cara. Como estaba demasiado cerca, no apreció la mirada de puro amor y esperanza en los ojos de Atticus.

—Haría lo que fuera por verte feliz —aseguró él.

—Ser libre y vivir una vida sin vampiros me haría feliz —dijo ella al cabo de unos instantes—. Te propongo otro trato: Me entregaré a ti voluntariamente esta noche; desde ahora hasta el amanecer seré tuya y podrás hacer conmigo lo que quieras —la cara de Atticus se encogió de dolor al darse cuenta de que Evelyn no iba a expresar su amor por él, sino que se trataba tan sólo de un señuelo para conseguir un trato—, pero sólo si me prometes que después saldrás de mi vida para siempre. Una vez que me hayas hecho tuya, ve en pos de tu siguiente conquista, deja libres a Ethan y a su familia y olvídate.

La muchacha no estaba segura de cómo reaccionaría Atticus al escuchar su oferta. Había esperado que se quedara mudo, la empujara contra la mesa y empezara a forzarla allí mismo, o que comenzara a besarla, o que hablara con ella antes... No sabía qué haría él, pero desde luego no había previsto que hiciera lo que hizo.

Con gran violencia, la agarró del cuello y la sujetó contra el respaldo de la butaca roja en la que estaba sentada.

—¿Conquista? —rugió con furia—. ¿Es eso lo que crees que eres para mí? ¿Crees que todo cuanto quiero de ti es una noche de sexo y que luego iré por otra chica cualquiera?

Evelyn intentó hablar, pero no le llegaba aire a los pulmones a causa de la fuerza con la que el vampiro apretaba su cuello. Su instinto le hizo intentar apartarle las manos, pero sabía que si Atticus ejercía tan sólo un poco más de presión, podría partirle la nuca y matarla.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que eres tú? ¡Tú eres la mujer que quiero! Te quiero a ti, quiero tu amor, no quiero que te me ofrezcas antes de estar preparada para ello y no quiero forzarte... Sólo quiero que me devuelvas una fracción del amor que yo siento por ti...

Evelyn notó cómo se le nublaba la vista y la cabeza empezaba a darle vueltas mientras el rey seguía confesándole sus sentimientos.

—Jamás podría mantenerme alejado de ti, ni aunque me lo propusiera. Eres la primera chica por la que he sentido algo en siglos, y mataré a todo aquel que

intente interponerse en mi camino. Antes de que aparecieras, siempre había vivido por mi pueblo y mi deber, pero ¿ahora? Ahora sólo vivo por ti, y me aseguraré de que...

Evelyn perdió el conocimiento antes de que Atticus hubiera acabado su discurso.

—¡Podrías haberla matado esta noche! —suspiró Hansel mientras limpiaba unas pocas gotas de su propia sangre que manchaban la comisura de los labios de Evelyn—. Es humana, no vampira. No puedes perder los estribos y atacarla.

—Menos mal que nosotros sí somos vampiros, ¿eh? —respondió el rey sombrío y sin mirar a su amigo desde el otro extremo de la enorme cama cubierta por un edredón rojo en la que estaba tendida Evelyn.

Tenía razón: la sangre de los vampiros poseía excepcionales poderes curativos para los humanos. Atticus estaba seguro de que, si no le hubieran dado sangre, Evelyn habría sufrido daños irreparables que la habrían afectado el resto de su vida. La falta de oxígeno en el cerebro podría haberle causado lesiones neuronales si él no se hubiera dado cuenta a tiempo de lo que estaba haciendo.

—¿Por qué me has llamado? —quiso saber Hansel—. ¿No podrías haberle dado un poco de tu propia sangre? Eres un vampiro más antiguo que yo, seguro que la tuya la curaría más deprisa que la mía.

El rey sonrió ante la curiosidad y la inocencia del vampiro de pelo rizado.

—¿No ves lo mucho que me odia? Por la forma en que se comporta cuando estoy cerca y por cómo me mira, está claro que detesta la idea de estar a mi lado. Le parecería repulsivo llevar mi sangre.

—Y ¿por qué me has pedido que le dé yo de la mía?

—Porque a ti no te odia, Hansel; le salvaste la vida una vez y sé que te lo agradece.

Hansel chasqueó la lengua mientras inspeccionaba el cuello de Evelyn. Como esperaba, las marcas oscuras que habían dejado los dedos de Atticus estaban desapareciendo.

—Te preocupas mucho por ella. No recuerdo la última vez que te vi ser tan considerado con nadie o con nada que no fuera el bienestar de la nación...

Con disimulo, miró a su rey y vio la forma en que Atticus contemplaba embelesado a Evelyn, con una mirada llena de afecto y consideración. Como si no supiera lo que acababa de pasar, podría incluso decir alguien. Era enternecedor comprobar lo mucho que la frágil muchacha humana le importaba.

Pero, aunque Atticus era su creador y la naturaleza de Hansel lo impulsaba a ser respetuoso y leal hacia él y desear su felicidad, a veces no podía evitar sentir un dolor agudo en el pecho al pensar que Evelyn estaba obligada a vivir con Atticus. Aunque sacara el mayor partido de ello y aprendiera a controlar su carácter, aunque llegara a amarlo algún día...

Eran unas ideas desleales, pero no lo podía evitar.

—No eres lo suficientemente viejo como para saber la última vez que me sentí así por una chica —repuso Atticus tras una larga pausa—. Ella y yo terminamos antes de que tú nacieras.

—Se llamaba Venecia, ¿verdad?

Hansel sonrió al recordar las preciosas historias que había oído de los tiempos en los que su amigo estaba enamorado... antes de la tragedia.

Aun así, incluso después de tantos años, Atticus seguía amando a Venecia tanto como antes. Según la leyenda, Venecia, la ciudad italiana del amor, había sido construida por el propio rey Atticus y bautizada con el nombre de su amada en honor a su belleza. Pero si esto era o no verdad no se había contrastado con él: nadie se atrevía a preguntarle para no remover el pasado y hacerle recordar lo mucho que había sufrido. Atticus sólo hablaba de su primer amor cuando él lo decidía; nadie se atrevía a sacar el tema o presionarlo para obtener información.

En silencio, Hansel vio al monarca sonreír mientras imágenes del pasado pasaban por su mente.

—Sí, se llamaba Venecia. —La expresión del rostro de Atticus al hablar de ella era a la vez de amor y de dolor eternos, como si estuviera reviviendo un recuerdo dulce y amargo.

—¿La echas de menos? —preguntó Hansel, temeroso de la reacción que la pregunta podría causar.

—A veces no importa el tiempo que pase, no eres capaz de olvidar a tu primer amor y los recuerdos que te deja... Pero basta ya de hablar de Venecia. Pertenece a mi pasado, mientras que Evelyn es mi futuro. —Con delicadeza, acarició la mejilla de la pequeña de los Blackburn.

Una mirada de amor y felicidad volvió a instalarse en los ojos de Atticus cuando su piel entró en contacto con la de ella. Y fue esa mirada la que sacó el lado leal de Hansel. No podía enfrentarse al rey directamente: así sólo conseguiría acabar muerto. Si quería que tanto Evelyn como Atticus fueran felices, tendría que esforzarse más para ayudarlos a encontrar intereses comunes.

—Parece que todo el mundo sabe cuánto la quieres menos ella misma —afirmó Hansel con un suspiro—. Si conociera tus verdaderos sentimientos no te vería como un monstruo terrible.

El rey se encogió de hombros.

—En parte es culpa mía. Supongo que, tras tantos años siendo rey y obteniendo cualquier cosa que quiera al instante, he olvidado lo que significa tener que luchar por algo para que las cosas funcionen. Los sentimientos de Evelyn son intangibles, no puedo obligarla a que me quiera, debo ganarme su aprecio, sin importar lo que tarde.

Exacto, pensó Hansel. Ahora sólo necesitaba que su rey lo recordara la próxima vez que ella le hiciera sacar el genio.

—¿Qué ha pasado hace un rato? ¿Qué te ha hecho esta vez para que perdieras el control de tal modo que casi la matas?

—Ha intentado hacer un pacto conmigo: se me ofrecía por esta noche con la condición de que la dejara en paz a partir de mañana y no me metiera en su vida nunca más. Supongo que ha herido mi orgullo al pensar que todo lo que quería era una noche de sexo, y mi lado oscuro ha sacado lo peor de mí.

Atticus clavó las uñas furioso en las sábanas de seda. No era la primera vez que

ponía la vida de Evelyn en peligro a causa de su incapacidad para controlar al monstruo que vivía dentro de él, y sabía que no sería la última.

«Después de tantos siglos de vida pensaba que había aprendido a actuar con paciencia y contención, ¿por qué soy incapaz de controlarme cuando la tengo cerca? ¿Qué clase de poder tiene sobre mí?», se dijo mientras observaba a la chica inconsciente que tenía al lado.

Hansel se levantó. La forma en que Atticus miraba a Evelyn le pareció algo tan íntimo que sintió que debía salir de la habitación. Una parte de él quería concederle a su rey algo de privacidad con la mujer a la que amaba, pero, aun así, otra parte quería quedarse porque no se fiaba de dejarlo solo con Evelyn de nuevo. Al final, decidió luchar contra sus sentimientos más egoístas y salió de la estancia. En momentos así era cuando más a salvo estaba Evelyn con el rey. Los remordimientos eran un arma poderosa para mantener a raya su carácter.

Naturalmente, existía otro motivo por el que debía irse.

«No te involucres demasiado —se dijo—, no es tu chica. No lo es ni lo será jamás.»

Minutos después de que Hansel dejara la habitación esa noche, Atticus se levantó, se dirigió a su mesa y sacó un pergamino dorado. Con expresión abatida, se dispuso a redactar un pacto entre él y Evelyn.

Cuando el sol se puso tras el ajetreado día, todo se volvió silencioso a medida que, uno por uno, los invitados y los sirvientes de la mansión de lord Marcus se retiraban a sus habitaciones a descansar. Con el juicio a los Redfern a la vuelta de la esquina, las siguientes semanas serían duras para todos mientras recababan información sobre otras familias humanas que seguían manteniendo tradiciones contrarias a las leyes de la Nación Vampírica.

Atticus pretendía cambiar el mundo utilizando a los Redfern como ejemplo, pero si Evelyn decidía que quería salvarles la vida, necesitaría otra familia humana a la que utilizar como chivo expiatorio.

—Quiero ver a Evelyn —le dijo Alice a su marido, rotunda, mientras él bloqueaba la puerta de la habitación de ambos, impidiéndole salir.

—Alice, Atticus está con ella ahora, no permitirá que le pase nada malo, confía en mí. Le importa demasiado como para dejar que cualquier amenaza ponga en peligro su bienestar —le aseguró Marcus, colocando ambas manos sobre los hombros de ella—. Ahora, vuelve a la cama. Últimamente no paras de preocuparte por esa chica, Al, no es bueno para tu salud.

La voz de lord Marcus denotaba una preocupación y un cariño sinceros. Alice sabía que sólo pensaba en ella: para su marido siempre sería lo primero, su posesión más preciada. Nada era comparable con ella. La amaba como si fuera el centro del mundo, pero Alice no podía evitar sentirse angustiada por sus palabras.

—¡Resulta que esa chica es mi prima, Marcus! Ha sido una de mis mejores amigas desde la infancia. ¿Cómo podría no preocuparme sabiendo que está en la misma habitación que un vampiro demente totalmente obsesionado con ella? ¡Si hoy casi la mata! ¡No quiero que se quede a solas con él! —gritó Alice. Tras las

últimas semanas intentando esconder su ira y su frustración porque Marcus no quería hacer enojar al rey, estaba a punto de explotar.

Le dolía en el alma ver a su prima más querida pasar por lo mismo por lo que había pasado ella tiempo atrás. Igual que Alice cuando conoció a Marcus, Evelyn no sentía nada por Atticus. Estaba tan claro que incluso un ciego lo habría visto. Amaba su libertad y su humanidad demasiado como para dejarlas de lado y correr a ser la amante de un vampiro, aunque éste fuera el rey.

Alice y Evelyn habían sido amigas desde la niñez, y Alice conocía a su prima como la palma de su mano. Sabía que las posibilidades de que rechazara la libertad y acabara por aprender a querer a Atticus eran prácticamente nulas. Puede que aprendiera a comportarse y a forzarse a que éste le importara algo, como había hecho Alice con Marcus, pero nunca le profesaría amor verdadero. Y, por el modo en que Atticus miraba a Evelyn, dudaba que se diera por satisfecho con otra cosa que no fuera su amor incondicional. Eso la hizo darse cuenta de lo afortunada que era con Marcus.

Alice siempre había pensado que Marcus era la persona más controladora que había conocido..., hasta que conoció al rey. Atticus era mucho más posesivo y exigente que lord Marcus. Además, tenía muchos problemas para mantener a raya su genio. Por primera vez en su vida, Alice se sentía agradecida por haber tenido que casarse con Marcus, un hombre paciente y honorable, y no con alguien poseído por oscuros demonios como el rey.

—Tengo que hacer algo. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras Eve se va adentrando más y más en este embrollo. No está hecha para esta clase de vida. Marcus, no hay nada que mi prima valore más que su libertad y su humanidad. ¡Esto acabará en tragedia! Por favor, haz algo por ayudarla, ¡por favor! —le suplicó Alice a su esposo.

Él se quedó de pie mirándola con expresión pensativa y luego suspiró.

—¿Me estás pidiendo que traicione a mi rey? ¿Por qué no son capaces los humanos de ver que los vampiros no somos esas criaturas monstruosas que sus padres y tutores les contaron que somos? Atticus ama a Evelyn, la protegerá y la amará durante toda la vida. El rey nunca le haría daño a... —Marcus fue interrumpido por su esposa antes de poder acabar la frase.

—¡Pero si ya le ha hecho daño! —El tono en que pronunció la frase fue más agresivo de lo que había calculado. Gritarle a un vampiro no era nunca una buena idea, pero en ese momento a Alice no le importó—. Evelyn jamás renunciará a su libertad y a su humanidad por él, y ambos sabemos cómo es el rey. ¡Ese monstruo no estará satisfecho hasta que Evelyn sienta lo mismo que él siente por ella, y eso no va a suceder! ¡Nunca!

—¡Calla! ¡Como alguno de los hombres de Atticus te oiga, te vas a meter en un buen lío! —Marcus lo dijo sin verdadera preocupación: en realidad, le encantaba que su mujer fuera tan valiente y desafiante. Era uno de los motivos por los que la quería tanto. Además, sabía que el rey no era tan cruel como para condenar a Alice por insultarlo, menos aún encontrándose bajo su propio techo y siendo como era la prima de Evelyn—. Anda, vete a la cama. Todavía tengo que acabar un montón de papeleo.

Alice abrió la boca para protestar, pero cambió de idea porque en el fondo sabía que nunca ganaría esa batalla.

—Okey —respondió apesadumbrada antes de dirigirse a la cama con dosel situada en el centro de la habitación.

Marcus caminó hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo.

—A Atticus le importa mucho Evelyn, de veras. Si pudieras convencerla de que le diera una oportunidad... Es el rey, y si de verdad la desea tanto, es imposible que escape a la vida que él ha escogido para ella. ¿Por qué no intentas explicárselo para que lo entienda?

Al oír aquello, Alice se limitó a reír. Cuando se fue, su paso era pesado y sus ojos destilaban odio.

A la mañana siguiente, cuando Evelyn recuperó la conciencia, notó algo diferente desde el mismo momento en que abrió los ojos. El beige del techo sobre su cabeza le pareció demasiado nítido; el canto de los pájaros al otro lado de la ventana le llegó con una claridad inaudita, y la seda de las sábanas que cubrían su cuerpo le pareció mucho más suave al tacto que nunca.

—¿Cómo te encuentras? —La preocupada voz de Atticus retumbó en los oídos de la chica cuando se incorporó en la cama.

—No lo sé... Me siento... rara —respondió sin mirar al rey. Por suerte, él no se tomó a mal la habitual frialdad con la que lo trataba.

—¿Recuerdas lo que pasó anoche?

Evelyn dudó antes de hablar.

—Me acuerdo de todo lo que pasó antes de que decidieras estrangularme.

Hastada, levantó las sábanas y vio que seguía llevando el vestido de la noche anterior.

—No pasó nada. —La voz de Atticus era firme y reconfortante—. Y siento lo que hice. No debería haber vuelto a perder el control, pero debo admitir que me hirió que pensaras que podía caer tan bajo. Te guste o no, siento algo genuino por ti y quiero tu amor.

La muchacha humana dejó escapar una risa sarcástica.

—Bueno, después de la forma en que te comportaste durante tu breve estancia en mi casa no puedes culparme por no fiarme de tus intenciones.

Sus palabras sonaron amargas, y Atticus notó la misma aura de odio que ella siempre desprendía cuando estaba cerca de él. Suspiró al darse cuenta del montón de trabajo que tendría que hacer para que Evelyn lo perdonara por sus acciones pasadas.

—Volviendo a lo que has dicho antes, te sientes rara porque a tu cerebro le faltó oxígeno después de que yo... perdiera el control. Le pedí a Hansel que te diera un poco de su sangre para reparar el daño celular que tendría lugar en tu cuerpo. Te sentirás algo diferente en las próximas veinticuatro horas como máximo, hasta que la sangre de vampiro de tu cuerpo se desnaturalice.

Lo miró por primera vez desde que se despertara.

—¿Le pediste a Hansel que me diera su sangre?

—Sí. Pensé que preferirías que fuera la suya la que corriera por tus venas en lugar de la mía. Creo que ambos somos conscientes de lo mucho que te disgusta.

—Atticus pronunció las palabras con cierta ironía y dolor, y Evelyn casi no pudo

evitar sentir un poco de pena por él.

No obstante, ese momento de empatía se desvaneció en el mismo instante en que recordó todo lo que había sucedido esa noche, por no mencionar todo lo malo que el rey le había hecho, y que podía hacerle a ella y a la gente que quería.

«Atticus no merece tu simpatía, Evelyn —se dijo—. No es un hombre, es un demonio con apariencia casi humana. No te fíes de él, y ¡ni se te ocurra compadecerlo!».

Como si hubiera leído sus pensamientos, el rey prosiguió:

—Ya sé que mi comportamiento hasta la fecha te ha llevado a creer que soy un ser despreciable y maligno, pero te aseguro que sólo soy un hombre —aseguró Atticus—. No soy perfecto y tengo mis defectos, pero hago lo que puedo. Siento el modo en que me he comportado contigo hasta el momento, pero te prometo que, si me das la oportunidad de quererte, y dejas de ser tan testaruda, seré bueno contigo, y aprenderás a quererme; no me importa el tiempo que me lleve. — Atticus hablaba con dulzura mientras aproximaba sus pasos a la cama.

—No me contestaste el día en que estuviste a punto de violarme en mi propia casa: ¿por qué yo? —Volvió a formular la misma pregunta mientras intentaba por todos los medios no rendirse ante el deseo de perdonarlo—. No soy más que una chica humana, hay cientos de miles como yo, o incluso mejores, ahí afuera... ¿Por qué te importo tanto? No soy nada del otro mundo. Y no quiero ser especial. No para ti.

—La verdad es que no sé cómo responder a tu pregunta —declaró Atticus—. Nunca me había enamorado de nadie tan deprisa como de ti. Desde que los vampiros ganamos la guerra y fui escogido rey, confiar en alguien siempre me ha costado mucho, porque nunca sé si me aprecian por mí mismo o por el poder que tengo sobre el mundo. Pero tú..., no sé, puede que sea que no me reconociste. O puede que seas tú. Hay algo en ti... en el aura y el aire que te rodean que me relaja y me tranquiliza.

Alzó la vista para mirar a la chica, dedicándole una sonrisa sincera. Ella se mordió la lengua y no le recordó que no parecía muy relajado y tranquilo cuando estuvo a punto de matarla.

—¿Crees en las almas gemelas, Evelyn? —preguntó a continuación con cautela, sin querer asustarla.

—¿Almas gemelas?

—Sí, cuando dos personas son perfectas la una para la otra y están conectadas por un vínculo eterno que nunca se desgasta o se diluye. Hay una posibilidad entre un millón de que alguien consiga encontrar a su alma gemela en este mundo tan poblado, pero yo creo que tú eres la mía y que ambos estamos hechos el uno para el otro. Por eso me tienes tan hipnotizado.

—Ya sé lo que significa ser almas gemelas, pero ¿no se supone que el amor de dos almas gemelas es recíproco? —dijo casi en un murmullo—. Yo... yo no siento nada por ti.

Una vez pronunciada la última frase, Evelyn se dio cuenta de lo que acababa de decir y del peligro que podría conllevar ser tan sincera con Atticus, pero tampoco quería fingir que eran el uno para el otro cuando no era cierto. Ya estaba siendo suficientemente duro intentar conseguir que la dejara en paz: si creía que eran almas gemelas, le costaría más.

Atticus guardó silencio un momento, tratando de disimular el dolor que le había causado la confesión de Evelyn. Luego la miró con confianza.

—Las almas gemelas son perfectas la una para la otra en todos los aspectos, pero no siempre sienten amor romántico entre ellas. A lo largo de la historia, ha habido incontables casos de almas gemelas que se han encontrado, pero no se han dado cuenta de que lo eran. En mi vida he visto montones de personas que nunca se dieron cuenta de que eran almas gemelas en realidad.

—A mí no me parece que tú y yo lo seamos, lo siento. —Evelyn no sabía si era la sangre de vampiro en su cuerpo o la inusual tranquilidad con la que Atticus se dirigía a ella, pero se sentía culpable de no corresponderle.

—No pasa nada. No esperaba que de repente pasaras de odiarme a quererme tras intercambiar unas palabras. —Atticus forzó una sonrisa—. Me toca a mí preguntarte algo. Anoche, cuando me abalancé sobre ti y empecé a ahogarte, no intentaste defenderte... ¿Por qué?

La pregunta tomó por sorpresa a la chica, que se quedó sin habla un momento. No sabía si contestar o no la verdad: según su experiencia previa con el monarca, la verdad siempre conducía a un final violento.

—Puedes decirme la verdad —le aseguró él—. ¿Fue porque querías que acabara con tu vida y así terminar con todo y, de paso, proteger a tu familia?

La joven Blackburn tragó saliva nerviosa antes de asentir con la cabeza.

—He esperado milenios a encontrarte, Evelyn, y anoche experimenté el terror más absoluto al pensar que podía haber acabado con tu vida. Por favor, no me hagas pasar por ello de nuevo —le suplicó Atticus con un suspiro.

Se agachó para recoger el pergamino dorado que había en el suelo y lo puso sobre la cama.

—¿Recuerdas el trato que te ofrecí hace unos días? —Evelyn asintió—. He cambiado algunos detalles y añadido otras cosas; espero que esto te convenza de que no soy tan malo... —Atticus colocó el pergamino en el regazo de la chica con una sonrisa—. Léelo.

Dicen que el tiempo vuela cuando lo estás pasando bien.

Para Evelyn Blackburn, felicidad era igual a libertad, pero su libertad era limitada. Quizá eso pudiera explicar la incapacidad de la joven humana para darse cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo.

Antes de que pudiera darse cuenta, habían transcurrido nueve meses y ya era la víspera de su vigésimo cumpleaños.

—Voy a echar mucho de menos todo esto —le dijo en confianza a su prima Alice mientras ambas estaban sentadas en la vieja hamaca junto al lago de la finca de los Blackburn.

—¿Echar de menos el qué? —murmuró ella con los ojos cerrados, disfrutando de los últimos calores del verano antes de que el otoño hiciera llegar los vientos fríos y las mañanas heladas.

—El sol, el aire fresco, el canto de los pájaros a mi alrededor..., todo —respondió Evelyn despacio con la mirada fija en el seductor verde del lago que tenía delante.

Alice soltó una risita y abrió los ojos para mirar a su prima.

—Sabes que las leyendas sobre vampiros que dicen que se desintegran a la luz del sol casi siempre son falsas, ¿no? Seguro que el rey te dejará recorrer los jardines de palacio si se lo pides. Haría cualquier cosa por ti —añadió con un gesto de preocupación.

Alice notaba el pavor en la mirada de su prima. Los últimos meses habían pasado demasiado rápido para su gusto y, por el modo en que Evelyn se había estado comportando en los últimos días, parecía que no era la única que lo sentía así.

—No sólo la luz del sol, el aire fresco y los alrededores —explicó ella intentando contener las lágrimas—, sino también esta casa y a mi madre, a mi padre, ¡incluso a Nora! Quién sabe cuándo me dejará Atticus venir a verlos, si es que lo hace.

Alice suspiró estresada. Después de semanas persuadiéndola, Marcus finalmente la había convencido de que, cuanto antes aceptara Evelyn el amor de Atticus, mejor para todos. Cuanto más se resistiera, más lo haría enojar.

Él era el rey de la mayor parte del mundo. No toleraba cualquier cosa. Aunque no era un monarca violento o despiadado, seguía teniendo el poder de castigar, incluso de matar, a cualquiera que se atreviera a traicionarlo. Si Evelyn no le importara tanto como lo hacía, ya haría tiempo que habría pasado a mejor vida. Enfrentarse a un rey podía ser más peligroso que enfrentarse a cien tigres.

Alice había intentado convencer a Evelyn de ello, pero no había manera. Evelyn seguía deseando por encima de todo la única cosa que Atticus nunca le permitiría tener: libertad.

Además, echaba de menos a Ethan. No se atrevía a decirlo en voz alta, pero así era. Ambos habían crecido juntos, y desde que eran pequeños Evelyn siempre había creído que se casarían y formarían una familia. Pero ahora todo había cambiado.

—¿Has sabido algo de Ethan desde que su familia fue proclamada inocente y liberada? —se atrevió a preguntar sin mirar a su prima a los ojos.

Intentó mantener un tono de voz lo más neutro que pudo, pero Alice consiguió leer en su expresión lo mucho que se moría por conocer la respuesta.

Alice no sabía cómo ni por qué el rey había decidido liberar a la familia Redfern justo una semana antes del juicio, pero tenía la corazonada de que Evelyn había tomado cartas en el asunto. Nadie se atrevía a preguntárselo directamente, pero todos lo intuían.

—Oí que casi toda la familia había sido puesta en libertad y les habían devuelto sus mansiones, pudiendo conservar sus títulos, sus tierras y su fortuna. Pero no he sabido nada de Ethan —confesó Alice—. No creo que Atticus le permita volver por aquí hasta que estés viviendo en el palacio real. Es muy celoso, ya lo sabes. Dudo que les diera la oportunidad de volver a verse estando él lejos de aquí, ocupado con los problemas de la nación.

Evelyn asintió, pero no dijo nada, pues no se atrevía a preguntar más. La única forma que había encontrado para conseguir lidiar con el dolor de estar separada de Ethan era fingir que no existía y distraerse con otras actividades con la esperanza de no pensar en él.

«Ethan y tú nunca volverán a estar juntos —le dijo una vocecilla en su interior —, así que no te molestes en averiguar qué ha sido de él. Al final sólo te haría más daño. Él está a salvo, su familia está a salvo, y, mientras te comportes como es debido, la tuya también lo estará. Sólo pórtate bien y reza para que Atticus se canse pronto de ti.»

La esperanza de que el afecto de Atticus fuera algo pasajero era la única motivación que había permitido a Evelyn levantarse cada mañana y mantener la cordura en los últimos meses. Eso, y el contrato. Después de todo, no había vuelto a ver al rey desde la visita que le había hecho a principios de diciembre.

Durante nueve meses había desaparecido de la vida de Evelyn. Tanto era así que, si lo intentaba con suficiente ahínco, la chica casi podía convencerse de que todo el asunto había sido una pesadilla y había vuelto a su vida de siempre.

Pero los frecuentes regalos y las cartas en las que le decía lo mucho que la echaba de menos eran un recordatorio constante y terrorífico de que él todavía se acordaba de ella y la seguía deseando.

La joven respiró hondo antes de levantarse y caminar en dirección a su casa.

—Voy a comprobar que no me haya olvidado nada al hacer el equipaje. Te veo en la cena, ¿está bien?

—Okey —respondió Alice.

No había muchas cosas que Evelyn quisiera llevarse al palacio. Atticus ya le había dicho que le proporcionaría todo cuanto necesitaba, así que sólo empaquetó las joyas que su familia le había ido regalando por sus cumpleaños o por Navidad y varios de sus *jeans*, camisetas y vestidos favoritos, ninguno de ellos regalo del rey.

Nunca había tocado ni lucido ninguno de sus extravagantes regalos; se los había dado todos a Nora, quien los había aceptado de buen grado. Su hermana seguía mostrándose igual de fría hacia ella y no exhibía ninguna pena ante su inminente marcha, pero, en cambio, la mayor de las Blackburn no tenía ningún reparo en quedarse con todas las lujosas prendas y las joyas que ella le ofrecía.

Evelyn suspiró antes de sacar el pergamino dorado en el que constaba el pacto entre ella y Atticus, escrito en elegante tinta negra, de debajo de las varias pilas de ropa que había dentro de su armario, un lugar que nadie se atrevería a revolver. La joven se lo quedó mirando unos segundos antes de sentarse en la cama y desenrollarlo del todo para volver a leerlo una vez más:

El acuerdo suscrito mediante el presente contrato tendrá validez para toda la eternidad. Las partes contratantes son el rey Atticus Nocturne Lamia y Evelyn Blackburn. Para que este pacto sea válido, ambas partes deberán cumplir con las respectivas obligaciones acordadas en el mismo. Si cualquiera de las dos partes incumple el acuerdo, la otra podrá infligirle cualquier tipo de castigo, incluso si dicho castigo es contrario a alguno de los puntos especificados en el mismo contrato.

Evelyn:

- 1) Evelyn Blackburn está obligada por el presente contrato a mantenerse con vida tanto tiempo como Atticus Nocturne Lamia así lo requiera.*
- 2) Evelyn Blackburn permanecerá junto a Atticus Nocturne Lamia tanto tiempo como él lo requiera.*
- 3) Evelyn Blackburn no mantendrá ningún tipo de relación física o emocional con ningún otro hombre que no sea Atticus Nocturne Lamia hasta que éste así lo desee.*
- 4) Evelyn Blackburn nunca rechazará las peticiones de Atticus Nocturne Lamia de proporcionarle placer de la forma que éste decida, a no ser que dicha forma ponga en peligro su virginidad.*
- 5) Evelyn Blackburn permitirá a Atticus Nocturne Lamia que éste beba su sangre.*
- 6) Si Atticus Nocturne Lamia desea la presencia de Evelyn Blackburn a cualquier hora y en cualquier lugar, incluida su cama, ella nunca podrá negarse a comparecer ni retirarse sin su permiso.*
- 7) Evelyn Blackburn deberá desempeñar la función de asesora personal sobre derechos humanos de Atticus Nocturne Lamia.*
- 8) Evelyn Blackburn nunca podrá rechazar las caricias, los besos o los abrazos de Atticus Nocturne Lamia.*

Atticus:

1) *Atticus Nocturne Lamia nunca forzará a Evelyn Blackburn a mantener relaciones sexuales con él. Ella sólo perderá su virginidad con él si ella así lo desea.*

2) *Atticus Nocturne Lamia no matará a Ethan Redfern por haber mantenido una relación con Evelyn en el pasado.*

3) *Atticus Nocturne Lamia nunca hará daño a ningún miembro de la familia de Evelyn Blackburn.*

Evelyn tragó saliva nerviosa al leer el contrato por segunda vez. Lo odiaba profundamente. Sólo verlo la ponía enferma porque significaba que Atticus tendría control sobre ella para siempre. La mayoría de las cláusulas que incluía eran en beneficio de él y no suyo. Una vez que se mudara al palacio real tendría muy poca libertad, por no decir ninguna. Sería suya hasta que él decidiera, y la única posesión que le quedaría sería su virginidad. Era lo único que el contrato le negaba a Atticus.

Con un suspiro, enrolló el pergamino de nuevo y lo metió en la maleta que se llevaría consigo.

Al día siguiente partiría.

Al día siguiente se despediría de su humanidad y de su libertad.

Mazmorras del palacio real

Atticus sonreía sádicamente al humano medio desnudo que tenía delante, suspendido de unas gruesas cadenas de acero a un metro del suelo. Tenía el cuerpo cubierto de heridas abiertas, cardenales y sangre seca.

—¿Es así como tratas a todos tus invitados? —preguntó Ethan intentando sonar como un tipo duro, aunque ambos sabían que no lo era.

Tras casi nueve meses de torturas en las mazmorras reales, había resistido mucho más que cualquier otro humano. De hecho, había sido torturado con tal brutalidad que los guardias habían tenido que darle de beber sangre de vampiro a menudo para mantenerlo con vida.

—Sólo a los que odio —respondió Atticus mientras tomaba el látigo de uno de sus guardias y le propinaba un latigazo al prisionero, que apenas se movió cuando éste entró en contacto con su piel.

Después de tantos días de maltrato, Ethan ya era prácticamente inmune al dolor. Llevaba colgado de esas cadenas hacía tanto que casi había perdido toda la sensibilidad en los brazos y en la mayor parte del cuerpo.

—Si se te ocurre tratar así a Evelyn, juro que te mataré —susurró entre dientes. Ethan tomó aire, la voz apenas audible.

—¡No mereces ni pronunciar su nombre! —rugió el rey antes de darle un segundo latigazo, esta vez con mucha más violencia.

El humano sonrió ante la reacción de Atticus.

—¿Te molesta saber que siempre me querrá más que a ti? ¿Es por eso por lo que estoy aquí? ¿Para que te desquites conmigo?

El vampiro le dedicó una oscura sonrisa.

—Así es, me molesta que Evelyn sienta algo por ti, pero mañana es su vigésimo cumpleaños y a partir de entonces vivirá aquí, conmigo. Pasará conmigo casi cada minuto que esté despierta. Créeme cuando te digo que se enamorará de mí antes de que llegue el invierno.

Ethan se echó a reír.

—Buena suerte, amigo. Conozco a mi Evelyn y jamás se enamoraría de alguien tan despiadado como tú. —Con gran esfuerzo, levantó la cabeza para poder mirar a Atticus a los ojos—. Sólo prométeme una cosa: nunca le hagas daño. Si quieres descargar tu ira sobre alguien, hazlo conmigo... No soportaría saber que le pones tus sucias manos encima.

—Pero le pondré mis sucias manos encima, ¿sabes? La tocaré en sitios a los que tú nunca has llegado. Le haré cosas con las que tú sólo habrás podido soñar mientras te masturbabas... Es mía, Ethan Redfern, sólo mía.

De repente, algo se rompió dentro de Ethan y, antes de que Atticus pudiera reaccionar, se puso a patalear y a agitar con fuerza las cadenas, dirigiéndose al rey a voz en grito:

—¡Te mataré!

Atticus sonrió antes de ordenar a sus guardias:

—Rompan cada hueso de su cuerpo y déjenlo ahí hasta que esté casi muerto. Luego usen su sangre para curarlo. Repitan todo el proceso al menos diez veces antes de darle cualquier clase de alimento.

*Mansión de los Blackburn, nueve años antes,
1 de septiembre*

La dulce y melodiosa risa de una niña llenaba el aire del prado que rodeaba a la finca Blackburn. Iba saltando entre las flores y la hierba alta en dirección al centro del claro. Un niño algo mayor ataviado con traje oscuro la seguía, más sosegado que ella.

—Te vas a ensuciar el vestido nuevo —dijo el chico, dirigiéndole a la muchacha risueña una sonrisa de afecto y adoración.

—Es mi décimo cumpleaños, ¡no seas aguafiestas, Ethan! —lo provocó ella mientras daba vueltas en el prado de flores salvajes que le golpeaban las caderas estrechas y aún sin desarrollar.

Ethan chasqueó la lengua ante el tono juguetón de ella.

—Tu madre te matará cuando vea las manchas de hierba y de suciedad en el vestido nuevo.

Pero ella decidió ignorar el comentario.

—¡Yo, Evelyn Blackburn, tengo diez años! —gritó a pleno pulmón antes de tirarse sobre las flores sin aliento.

Ethan sonrió y se colocó junto a la pequeña. Tenía dos años más que ella, y ya a los doce era increíblemente alto y maduro. Sabía más de lo que le convenía, como solían decir sus padres. Siempre valiente, siempre líder, firme e inflexible una vez que se decidía a conseguir lo que quería.

En un mundo dirigido por vampiros en el que los humanos eran tratados como ciudadanos de segunda, sentir pasión por lo que uno creía y mostrarse decidido podía ser a la vez una bendición y una maldición.

Una sonrisa cruzó de inmediato el rostro preadolescente de Ethan Redfern al echar la cabeza hacia atrás para contemplar a Evelyn, que miraba fijamente el cielo con los ojos azules maravillados y llenos de felicidad. Verla así de emocionada y libre de cualquier preocupación hizo que el corazón del chico diera un salto en su pecho. Verla sonreír de ese modo le proporcionaba más alegría que todo el dinero y el poder del mundo juntos. Chasqueó la lengua antes de mirar el cielo él también.

—¿Qué tiene de especial cumplir diez años? Seguirás siendo un patito feo a cualquier edad. Lo sabes, ¿no?

La pequeña Evelyn resopló y luego empezó a propinar golpes cariñosos al largo

y esbelto brazo de Ethan.

—¡Retíralo ahora mismo!

—¡Ja, ja, ja! ¿Por qué? ¡Si es verdad!

Ella hizo puchero e inmediatamente se incorporó un poco para ver la cara divertida de Ethan.

—Es mentira. Un día seré un precioso cisne. ¡Mi madre me ha dicho que cuando cumpla veinte seré la chica más guapa de toda la Nación Vampírica y que los chicos harán fila de aquí a los Hamptons para pedir mi mano!

—Los Hamptons no están tan lejos —replicó él con una sonrisa—, sólo a unas horas en coche. Y dudo que se vayan a poner a hacer la fila por allí, porque ahí es precisamente donde está el palacio real, en el que viven la mayoría de los vampiros, una zona que los humanos deben evitar a toda costa.

—¡A lo mejor seré tan guapa que los nobles vampiros querrán casarse conmigo!

—rió Evelyn, y sus mejillas se encendieron de inmediato—. ¿Te imaginas? ¿No sería maravilloso?

De repente, el buen humor de Ethan desapareció y adoptó una expresión sombría.

—Evelyn, no vuelvas a decir eso nunca más. ¡Que un vampiro se enamorara de ti sería cualquier cosa menos maravilloso!

—¿Por qué lo dices? ¿Qué hay de no maravilloso en casarse con un vampiro? ¡Son bellos, inmortales y poderosos! —La voz de la niña denotaba confusión, y Ethan sabía de dónde provenía.

Cuando estalló la tercera guerra mundial y los vampiros salieron de sus escondrijos para derrocar los gobiernos humanos y hacerse con el control de todo el planeta, deteniendo todo desarrollo tecnológico y convirtiendo a los humanos en esclavos, su aparato de propaganda intentó convencer a la humanidad de que eran seres extraordinarios.

Se elaboraron y emitieron cientos de programas de televisión y películas sobre la guerra, y todos ellos mostraban a los vampiros como los héroes que habían rescatado a la humanidad de una autodestrucción causada por sus armas nucleares y las hambrunas provocadas por el imparable aumento de la población.

—Evelyn, no te creas la basura que sale en la tele; no importa cómo de maravillosos parezcan los vampiros en esos programas, créeme: ¡no lo son! ¡Son criaturas violentas, arrogantes, controladoras, egoístas y mortíferas! Que un vampiro se enamorara de ti sería lo peor que podría pasarte. —El tono de Ethan era solemne, y había conseguido cautivar a Evelyn con cada palabra de su discurso.

—¿Y tú cómo estás tan seguro? —replicó la pequeña, aunque sonó más a pregunta genuina que a desafío.

El se sentó.

—Porque lo sé. Mi padre y mis tutores me han enseñado de lo que son capaces los vampiros en realidad. Es probable que acabe heredando los títulos de mi familia y que tenga que hacer negocios con esas viles criaturas en el futuro, por lo que necesito conocer todos los secretos que no se nos permite saber sobre ellos para protegerme.

—¿Qué secretos?

—Me temo que no te los puedo contar, por tu propia seguridad. Parece ser que el

rey odia que los humanos sepamos más de lo que debemos, y va contra la ley enseñar estas cosas o incluso hablar de ellas.

Evelyn asintió, tomándose la advertencia de Ethan muy a pecho. Confiaba ciegamente en él y sabía que nunca le mentiría, y menos acerca de algo tan importante como la información que le acababa de revelar.

Con delicadeza, él acarició la suave melena de la chiquilla con una mezcla de preocupación y afecto en la mirada.

—Prométeme que nunca te enamorarás de uno de ellos ni permitirás que se enamoren de ti. No quiero que te hagan daño.

Evelyn sonrió y entrelazó su dedo meñique con el de él.

—¡Te lo prometo!

*Mansión de los Blackburn, en la actualidad,
1 de septiembre de 2440*

Evelyn estaba sola, sentada en el mismo prado en el que había mantenido aquella conversación con Ethan tantos años antes. Vio salir el sol anunciando el que sería su último día de libertad.

Su padre le había dicho que los hombres del rey irían a por ella para llevarla a palacio a mediodía. Miró su reloj de pulsera: las 6.00 de la mañana. Le quedaban exactamente seis horas antes de despedirse de la gente que más le importaba y de la vida que tanto apreciaba. Para siempre.

Durante mucho tiempo, Evelyn había creído que cuando viera salir el sol el día de su vigésimo cumpleaños, el día que marcaba el inicio de su nueva vida como prisionera del rey, no podría evitar llorar desconsoladamente, o incluso que se escaparía muerta de miedo. No obstante, ahora que el momento había llegado, no sentía ninguna motivación que la incitara a salir corriendo.

Ni siquiera derramó una sola lágrima.

No sintió pena ni miedo ante lo que la esperaba una vez llegara al palacio; sólo se sintió vacía e insensible. Sabía que debía cumplir con su parte del trato que había acordado con el rey; no le quedaba otra opción más que obedecer sus órdenes y esperar que algún día no muy lejano se olvidara de ella y la dejara volver a vivir con su familia.

Si no lo hacía, sabía que no sería la única en pagar por ello: también sufriría la gente a la que más apreciaba. Le dolía en el alma imaginar a Atticus cometiendo todo tipo de atrocidades contra sus familiares y contra Ethan.

Evelyn era consciente de que mientras sus padres, su hermana y Ethan estuvieran a salvo, todo saldría bien. Con un poco de suerte, al convertirse en la nueva asesora del rey en temas de derechos humanos, podría provocar un cambio positivo para toda la humanidad.

Jonathan Blackburn había mantenido a sus hijas apartadas de las injusticias y de la pobreza de sus congéneres durante casi toda su vida. No quería que vieran cómo los vampiros trataban a los de su especie simplemente para que no engrosaran las filas de los muchos rebeldes que acababan sacrificando sus vidas por sus ideales.

Quizá fuera por ello por lo que Nora estuviera tan hipnotizada y enamorada de la

idea de tener un romance con un vampiro. Su padre había evitado mencionarles a sus hijas todas las cosas horribles que los vampiros les hacían a los humanos, y a Nora ya le iba bien que fuera así.

Al contrario que Evelyn, Nora era una de los millones de víctimas del lavado de cerebro causado por la propaganda que la Nación Vampírica había utilizado para hacer creer a los humanos que los vampiros eran superiores y tenían poder absoluto sobre su raza. Y, de igual modo que Dios velaba por el bienestar de sus hijos, los vampiros hacían lo propio con los humanos y querían un mundo en paz y en completa armonía.

En cambio, Evelyn sabía la verdad.

Aunque era más joven que Nora, no era ni la mitad de ingenua que su hermana mayor cuando se trataba de darse cuenta del trato recibido por parte de sus superiores. A ojos de los vampiros, los humanos no eran más que bolsas de sangre andantes, y aunque había muchas familias humanas (como la suya propia) que disfrutaban de una vida sin preocupaciones, la mayoría vivían en condiciones de extrema pobreza y eran castigadas un día tras otro. Se hacinaban en granjas rodeadas por altos muros patrullados por guardias que les impedían escapar y facilitaban la entrada de vampiros hambrientos siempre que quisieran alimentarse. Había ciudades así en todo el mundo, en cada continente y distrito del planeta, excepto en Oceanía y una pequeña parte de la Antártida, donde humanos salvajes habían conseguido seguir viviendo al margen de las leyes de la Nación Vampírica. O, al menos, eso era lo que Ethan le había dicho.

Le había contado que Australia y las islas que la rodeaban eran el último reducto del mundo que los vampiros no habían conseguido conquistar, aunque seguían intentándolo. Según ellos, cualquier territorio que no siguiera las leyes dictadas por la Nación Vampírica suponía una amenaza a su poder.

La existencia de Australia y de la Antártida era uno de los secretos mejor guardados del mundo. Según la leyenda, esos vastos territorios, sagrados para los humanos, estaban en medio del océano. Muchos humanos habían intentado llegar hasta allí y habían fracasado. Los únicos capaces de confirmar la existencia de dichos continentes eran aquellos que habían vivido durante la Era de los Humanos y todavía seguían haciéndolo, es decir, los vampiros.

Evelyn suspiró.

Quería..., no, *necesitaba* ayudar a su gente. Sólo pensar en todas esas personas inocentes, sin derecho a la libertad ni a la felicidad simplemente porque habían nacido en el seno de una familia sin posibles, la ponía enferma. Ella había perdido su libertad por culpa de Atticus y sabía lo que se sentía.

Sin su libertad, Evelyn ya no tenía casi nada que perder, y estaba lista para aprovechar al máximo la posición que el rey le había ofrecido para luchar por su gente. Fuera como fuera, haría lo que estuviera en su mano para ayudar a aquellos esclavos, mantenidos como meras bolsas de sangre para los vampiros, atrapados entre los altos muros de las granjas, que nunca habían tenido ocasión de ver la belleza que encerraba el mundo ni habían podido vivir felices y en libertad.

«Ayudaré a esa gente aunque se me vaya la vida en ello», se prometió.

El corazón le ardía, lleno de odio, al pensar en la persona que había dictado las leyes que mantenían a todos aquellos humanos en cautividad; el mismo hombre

que le había arrebatado todo lo que valoraba.

Atticus Lamia.

Pensar que estaba forzada a pasar el resto de sus días con aquel monstruo le retorció las tripas.

—¿Nerviosa ante tu inminente viaje al palacio real? —oyó Evelyn que decía una voz masculina detrás de ella.

—¿A ti qué te parece? —respondió cortante.

Hansel le sonrió divertido al tiempo que se sentaba sobre la hierba a su lado.

—No será tan malo, en serio. En realidad, el palacio real es un sitio bastante divertido una vez que conoces a todo el mundo. Hay tantos nobles viviendo dentro de los muros de los Hamptons, tanto dramatismo y tanta diversión que no te aburrirás jamás... —Hansel chocó su hombro con el de ella, esperando conseguir que sonriera.

Pero Evelyn no dijo nada.

«No quiero dejar a mi familia y pasar el resto de mi vida encerrada en una jaula», pensó para sus adentros.

Levantó la vista para seguir el vuelo de una golondrina que hacía piruetas en lo alto, sin ningún tipo de preocupación. Golondrinas, esos pájaros de libertad...

Acto seguido, suspiró al ver a la golondrina alejarse en el cielo. Ojalá fuera una de ellas y tuviera pequeñas alas con plumas que pudieran llevarla a donde quisiera. Ojalá Ethan y ella pudieran volar para dejar las tierras controladas por vampiros y viajar hasta Australia, donde los humanos seguían manteniendo el control sobre sus vidas.

Hansel vio la expresión de melancolía en la cara de la chica mientras seguía a la golondrina con los ojos y supo de inmediato lo que estaba pensando. Evidentemente, no se había creído que Evelyn hubiera cambiado por completo en esos nueve meses: la chica que tenía al lado valoraba la libertad de hacer lo que quería más que nadie que hubiera conocido antes en sus cientos de años de vida, y él admiraba su testarudez y el fuego que siempre parecía arder en su interior.

—No vivirás encerrada. Si se lo permites, Atticus te tratará como a una princesa —aseguró tras unos instantes de silencio—. Quizá pienses que soy como el resto, intentando convencerte de que le des una oportunidad, pero lo digo en serio. Nunca lo había visto tan fascinado por nadie como lo está por ti. Puede que a ti te parezca que para él no eres más que un reto, otra de tantas conquistas, pero te lo aseguro: le importas, y mucho.

Evelyn ignoró sus intentos por animarla.

—Pensaba que nos iríamos a mediodía, ¿qué haces aquí tan pronto?

Hansel sonrió consciente de que no era un buen momento para intentar ponerla de buen humor.

—La guardia real llegará a mediodía, pero como estaba en la zona para ver a Marcus y discutir unos asuntos, he pensado que estaría bien hacerle una visita a mi humana preferida.

Evelyn puso los ojos en blanco, pero al final sonrió.

—¿Es ésa tu forma de decir que querías verme?

—Bueno, te salvé la vida, así que técnicamente me la debes... Pensé que no estaría mal asegurarme de que todo iba bien. —Hansel se encogió de hombros y

le dio un golpecito en la frente.

—Lo que quieres decir es que has venido a asegurarte de que no intentaba matarme de nuevo o escapar... —replicó ella en un tono lleno de amargura, aunque seguía respirándose algo de humor en el ambiente y se le escapó una sonrisa al final.

—Te gustará el palacio real, te lo prometo. Ya sé que no ocupa el número uno de tu lista de lugares en los que vivirías, pero si no provocas al rey, seguro que encontrarás que la vida allí puede ser muy placentera. —Hansel chasqueó la lengua—. Con el interés de Atticus en ti y mi amistad, dudo que el resto de las chicas de palacio se atrevan a meterse contigo. Serás bastante popular.

—Gracias por ser siempre tan amable conmigo, Hansel.

—Es mi deber. Te salvé la vida en ese peñasco. Si no lo hubiera hecho, ahora no estarías pasando por todo esto.

—No te culpes, Hansel. Me alegra seguir con vida; al menos, mientras esté viva mantendré la esperanza de conseguir la felicidad alguna vez. Si hubiera muerto, habría malgastado mi tiempo al negarme a vivir. Al menos ahora tengo un futuro ante mí, así que te agradezco que me salvaras. —Despacio, Evelyn se inclinó para darle a Hansel un beso en la mejilla—. Muchas gracias.

Para ella sólo fue un sencillo gesto de gratitud, un casto beso amistoso en la mejilla.

Pero consiguió provocar en él un sentimiento mucho más fuerte que la amistad. Un sentimiento que estaba prohibido.

—Señor, deberíamos irnos ya —le susurró uno de los guardias reales a Hansel mientras el vampiro de pelo rizado observaba a Evelyn abrazar a cada uno de los miembros de su familia con ojos llorosos.

Él asintió.

—Concédanle unos minutos más; puede que sea una de las últimas veces que vea a su familia.

—Pero, señor, ya hemos retrasado nuestra salida una hora, ¿cuánto más debemos esperar?

La sonrisa que había aparecido esa mañana después de que Evelyn le besara la mejilla seguía inmutable en el rostro de Hansel.

—Lo que haga falta. El rey quiere que los últimos momentos de Evelyn con su familia sean perfectos.

El guardia hizo una mueca y abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor y volvió a cerrarla. Aunque Hansel era uno de los lores más agradables para los que trabajar, también podía ponerse de muy malhumor cuando lo irritaban.

—Te voy a echar tanto de menos, madre... —le dijo Evelyn al oído a Lynette al deshacerse de su abrazo.

—Yo también, Eve —respondió ella tratando de ahogar un sollozo—. Prométeme que nos llamarás o que nos escribirás al menos cada semana... Por favor, necesitare saber que mi niña está bien.

—Lo intentaré, madre —dijo Evelyn con una sonrisa triste.

Poco a poco, se apartó de su madre y sonrió con educación a su todavía distante padre. Las lágrimas empezaron a nublarle la visión, pero se las secó con rapidez.

Quería retener en la memoria las caras de sus padres y de Nora antes de partir.

Vacilante, le dio a su padre un último abrazo incómodo mientras intentaba calmarse ante la idea de separarse de la gente que más quería. La familia Blackburn era extensa, pero, aunque Jonathan y Lynette habían enviado invitaciones a todos para que acudieran a la mansión a despedir a su hija, ninguno de sus parientes se había presentado.

No había sido ninguna sorpresa. La mayoría de los miembros de la familia habían sido educados en los antiguos valores tradicionales humanos y odiaban a los vampiros con todas sus fuerzas. Por la forma en que los medios de comunicación habían retratado el incidente entre Ethan, Evelyn y Atticus del último cumpleaños de la chica, la mayoría de sus familiares seguramente creían que ella había traicionado a su familia y había seducido al rey, aunque fuera del todo falso.

—Te echaré de menos, padre —sollozó Evelyn.

Esa mañana había creído que podría despedirse de todos sin derramar una sola lágrima, pero se equivocaba. En cuanto vio a su madre, a su padre, a Nora y a los sirvientes que la habían visto crecer de pie en el gran vestíbulo, listos para despedirla, la chica se derrumbó. Al fin fue del todo consciente de lo que estaba a punto de ocurrir, y se dio cuenta de lo poco preparada que estaba para decir adiós.

—Yo también te echaré de menos, hija —respondió Jonathan con un hilo de voz. Aunque intentaba mantener un semblante relajado y hacer ver que estaba orgulloso de que su hija fuera a ocupar un puesto importante en el palacio real, por dentro estaba destrozado. Se odiaba a sí mismo por no ser capaz de oponerse a las peticiones del rey.

Se odiaba por no poder proteger a su hija menor, la niña de sus ojos.

Despacio, Evelyn se separó de los brazos de su padre y, acto seguido, se despidió de su hermana.

—Adiós, Nora; te echaré de menos.

—Será mejor que te vayas, te están esperando —respondió ella con voz fría y cortante.

Aunque seguía sin dirigirle la palabra a su hermana pequeña, resultaba evidente que estaba apenada ante su marcha.

Nora la quería, ésa era una verdad incontestable, pero también era una muchacha muy envidiosa y odiaba que su hermana tuviera la oportunidad de vivir la vida que ella siempre había deseado. Su amor por Evelyn no era lo suficientemente fuerte como para hacer desaparecer los celos y el odio.

—Adiós... —Evelyn abrazó a su madre una última vez antes de disponerse a partir.

Hansel la rodeó con el brazo en un gesto protector y la guio fuera de la casa hacia el coche que les esperaba, ofreciéndole su hombro para que llorara.

—Volverás a verlos, te lo prometo —oyó ella que le decía al oído, pero su voz quedó sepultada por sus propios sollozos y al final pensó que simplemente lo había imaginado.

Mientras se alejaban en coche, la joven humana no pudo evitar quedarse mirando a sus padres, que seguían llorando, y la casa en la que siempre había vivido, que se iba haciendo cada vez más pequeña por la distancia. Notaba una punzada en el pecho y los ojos doloridos de tanto llorar.

—Toma. —Hansel le tendió un pañuelo de seda para que se secara las lágrimas.

—Gracias.

—Esto no es para siempre. Atticus te dejará que vuelvas a visitarlos —afirmó él mientras le daba a Evelyn unas palmaditas en la espalda sin saber qué más decir.

Hansel era un vampiro, un guerrero que había participado en miles de batallas durante su larga vida, y prácticamente inmortal, pero aun así no soportaba ver a una chica llorar.

—Aunque me deje venir a verlos, no será lo mismo —dijo ella entre sollozos—. Nada volverá a ser lo mismo. Mi vida no será la misma. Desde el momento en que ponga un pie en palacio, la gente siempre me verá como a su... su... —La joven humana no se atrevió a acabar la frase de lo repulsivo que le parecía todo.

—Será bondadoso contigo, y aunque no llegues aamarlo, con él hallarás paz,

Evelyn. Podrás servirte de tu posición —insistió Hansel—. Atticus es muy persuasivo y tiene poderes especiales, no en vano es uno de los Primigenios, no es como el resto de los vampiros.

Despacio y algo vacilante, se acercó más a ella y la abrazó. No sabía por qué, pero se odiaba por defender a su creador ante Evelyn, pese a que estaba en su naturaleza protegerlo siempre.

—¿Poderes? —preguntó ella frunciendo el ceño—. ¿Qué clase de poderes?

Hansel se echó a reír.

—No sabes mucho sobre vampiros, ¿no? Pensaba que tu padre habría contratado a tutores para que te enseñaran cómo somos en realidad ahora que vas a vivir entre nosotros.

Ella tragó saliva, nerviosa, y, de pronto, su mente se vio invadida por el miedo. A los humanos les estaba prohibido impartir las viejas enseñanzas acerca de los vampiros y hablar de sus verdaderos poderes, pero, aun así, a ella y a Nora les habían contado la verdad. Aunque quisiera protegerlas, su padre no quería que fueran del todo ajenas a lo que realmente sucedía en el mundo.

Sus tutores no les explicaron mucho, sin embargo. Tras cientos de años de tener vetado transmitir información acerca de los verdaderos poderes de los vampiros, la que había quedado sobre el tema era escasa, y la mayoría eran leyendas que Evelyn nunca se había creído del todo.

Rápidamente recuperó la compostura antes de responder, ya que tenía que intentar hacer su mentira tan creíble como pudiera para que su familia no fuera castigada.

—Contratar a tutores para que impartan las viejas enseñanzas está...

No obstante, no pudo terminar la frase, puesto que Hansel la interrumpió.

—No te molestes en mentirme, Evelyn —le dijo guiñándole un ojo—, ya sé que te han enseñado de lo que somos capaces.

—¿Disculpa?

—Rechazaste a Atticus. La mayoría de las chicas, humanas o vampiras, pero sobre todo las chicas humanas, darían un brazo o una pierna porque un vampiro miembro de la nobleza se fijara en ellas. Así que, por lógica, tú tendrías que haberte puesto contentísima cuando el rey anunció que sentía algo por ti. Pero no lo hiciste. —Hansel sonrió y le pellizcó la nariz—. Atticus te ha vigilado de cerca e investigado a fondo, ¿cómo no iba a enterarse de que tus tutores te habían transmitido información prohibida?

Evelyn rio nerviosa sin saber si se trataba de una trampa o si le estaba tomando el pelo. En la actualidad, lo único que sabía la gente era que los vampiros poseían una velocidad y una fuerza sobrenaturales, así como unos sentidos increíblemente agudizados, y que eran casi imposibles de matar. Eso era todo lo que había ido pasando de generación en generación, incluso antes de la tercera guerra mundial: era todo lo que Atticus quería que se conociera sobre su especie. Si alguien sabía algo más sobre la raza superior que gobernaba la Tierra, podía ser considerado un traidor y ser ejecutado.

Como si Hansel le hubiera leído la mente, puso los ojos en blanco y comentó:

—Evelyn, Atticus te quiere, y desde el momento en que lo rechazaste se dio cuenta de que sabías más de lo que debías, pero no te hará daño ni a ti ni a tu familia por enseñarte cosas que no debían. Y ¿sabes por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Porque, aunque no lo creas, te quiere con todo su corazón y preferiría morir antes que verte llorar o hacerte daño. Porque hacerte daño sería como hacérselo a sí mismo, sólo que mil veces más doloroso.

La joven humana compuso una mueca de asco.

—¿Cómo puede decir que me quiere cuando me obliga a abandonar al único chico al que he querido y a mi familia, la gente más importante para mí? ¿Es que no sabe el daño que me hace al forzarme a vivir en el palacio real, bajo su techo y sus normas?

Hansel no respondió de inmediato. En su lugar, miró hacia otro lado unos instantes. El único ruido que se oía era la fricción de los neumáticos del coche, que corría sobre el asfalto en dirección al palacio.

—Evelyn, te ama de la única manera que sabe hacerlo. No estoy diciendo que esté bien, o que sea el amor que mereces. Merecer que lo odies, sí, pero Atticus ha pasado por muchas a lo largo de su vida y ha sufrido mucho dolor, muchas traiciones y desengaños. El... mal se introdujo en él cuando lo crearon. Una Oscuridad que la mayoría de nosotros ni siquiera es capaz de entender. Ten cuidado, Evelyn. No es a Atticus a quien deberías temer, sino a la Oscuridad que reside en su interior, que lo utiliza de portal entre su dimensión y la nuestra.

Hansel habló con dulzura, confiando en hacer entrar en razón a Evelyn. La muchacha le importaba, y quería que fuera feliz. Seguía queriendo dar con la manera que pudiera evitar el futuro que le esperaba. Seguía queriendo salvarla de algún modo, pero sabía que necesitaba más tiempo, y no podía protegerla de ella misma.

Y sabía que el único modo de que Evelyn encontrara la felicidad, era logrando entender a Atticus y aprendiendo a vivir en paz con él. Lo ideal era que pudiera llegar a quererlo, pero si no era así, al menos podría entenderlo. Esperaba que sus últimas palabras le hubieran llegado y logran hacerle ver que el afecto que el rey sentía por ella era el único medio que tenía para cambiar su destino y conseguir volver a ver a su familia. Si se ganaba la confianza de Atticus y le aseguraba que lo quería, recuperaría un poco de su libertad.

—Hizo las cosas que hizo porque tenía miedo de perderte, Eve. Le importas mucho más de lo que crees, y ha sido mucho más indulgente contigo de lo que lo ha sido nunca con nadie.

Ella frunció el ceño, confundida por sus últimas palabras. «¿Indulgente? La única vez que se mostró indulgente conmigo fue cuando liberó a Ethan y a su familia, y ni siquiera lo hizo de forma voluntaria, ¡sino porque firmamos un pacto!», pensó. Que Hansel la estuviera persuadiendo para que le diera una oportunidad le estaba molestando mucho más de lo que debería.

—¿A qué te refieres con indulgente? —le preguntó con curiosidad tras unos instantes de silencio.

Él le dedicó una débil sonrisa y respondió:

—Será mejor dejar que Atticus te lo explique él mismo.

Evelyn puso los ojos en blanco y se secó las últimas lágrimas.

—¿Ahora quieres que haya secretos entre nosotros?

Hansel le dio una palmadita en la espalda y una sonrisa traviesa iluminó su bello rostro. Se sentía más relajado ahora que ella había parado de llorar.

—Yo te lo contaría todo, Evelyn, pero hay algunos secretos que no son míos y, por tanto, no me corresponde a mí revelarlos. Lo siento.

Ella se enojó.

Por algún extraño motivo, odiaba que Hansel fuera tan leal a Atticus y que lo defendiera siempre. Odiaba el modo en que anteponía los deseos del rey a los suyos propios.

A lo mejor era porque pensaba que Hansel sería su único amigo en el palacio, o simplemente porque odiaba que cualquiera hablara bien de Atticus, o... ¿Podría tratarse de algo más?

—Te importa mucho Atticus, ¿no? —le preguntó vacilante.

—Sí, claro. Es mi creador, y forma parte de mi naturaleza respetarlo y mostrarle mi lealtad porque su sangre corre por mis venas. Sin él, estaría muerto —respondió él con expresión inocente y cariñosa, lo que hizo que a Evelyn se le encogiera el estómago.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al darse cuenta de lo que sus palabras significaban.

—¿Creador? —La palabra le provocaba tanta repulsión que se puso tensa—. ¿Quieres decir q-q-que Atticus te convirtió en vampiro?

—Claro. Todos los vampiros fueron creados por otro vampiro en un momento u otro. —Hansel habló como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Y, como el protegido lleva sangre de su creador en las venas, ambos están unidos mediante un vínculo especial, algo así como el vínculo amoroso entre una madre y su criatura. Un vampiro siempre será leal a su creador y lo amará con todo su ser.

—¿Es por eso por lo que eres leal a Atticus, porque es tu creador? —insistió Evelyn.

Se le había helado la sangre. Se moría de miedo al pensar que quizá Atticus quisiera convertirla para poder ejercer un control absoluto sobre ella.

—¿C-c-cómo se convierte a un humano en vampiro? —preguntó temblando.

Como si le hubiera leído la mente de nuevo, la expresión inocente y despreocupada de Hansel se tornó sombría al intuir lo que ella sospechaba.

—Evelyn, dudo que Atticus te convierta en...

Pero ella lo interrumpió.

—¡¿Cómo?! —repitió, su tono más alto y exigente esta vez, con los ojos azules mirándolo fijamente.

—Existen varias formas de convertir a un humano en vampiro. —Hansel hablaba despacio y sin perder el contacto visual con ella al hacerlo, para intentar calmarla—. Una es beberse la sangre del humano hasta tal punto que casi no le quede y esté a punto de morir, y entonces darle de la tuya. Esto funciona casi siempre y cualquiera puede hacerlo, aunque tanto creador como protegido quedan muy debilitados. Otra es dar a un humano un poco de tu... —Hansel se detuvo.

Se volvió para mirar por la ventanilla de su lado y, de repente, una expresión de alarma se formó en su cara.

Evelyn se preocupó al verla.

—¿Qué pasa?

Pero, antes de que él pudiera responder, se oyó un gran estruendo parecido a un trueno, y el coche frenó bruscamente. La velocidad a la que circulaba era

demasiada para un frenazo tan violento y el vehículo volcó.

—¡Evelyn!

A velocidad vampírica, Hansel rodeó la cabeza de la chica con los brazos y la protegió del impacto. Dio gracias porque el coche llevara cristales a prueba de balas y que ninguno se hubiera roto y la hubiera herido. Sin embargo, su corazón sí se rompió un poco al pensar en lo que podría haberle pasado.

Todo había sucedido demasiado deprisa como para que Evelyn entendiera nada. La cabeza le daba vueltas a causa de la velocidad del coche y la posición en la que había acabado, y se sentía mareada por la falta de riego sanguíneo en el cerebro. Notó el cuerpo de Hansel junto al suyo, abrazándola para mantenerla a salvo.

—Estarás bien —le aseguró él en un susurro—. Yo te protegeré.

Pero algo en los disparos que se oían en el exterior la hizo dudar de sus palabras.

—¡Maten a todos los guardias! —oyó decir Evelyn—. ¡Protegan a la humana, no quiero que resulte herida! ¡Intenten capturar al lord!

—Es una emboscada —le explicó Hansel mientras fuera brillaban luces azules y rojas y no paraban de oírse más explosiones.

—¿Quién nos ha tendido una emboscada? —preguntó ella.

El corazón le latía a mil por hora y tenía un nudo en el estómago a causa del pánico. Iba camino de palacio, a vivir con el rey. Había renunciado a su libertad y había hecho lo que él había dicho. Pensaba que eso era lo peor. En sus veinte años de vida nunca se había encontrado en una situación tan aterradora. Ahora había un nuevo enemigo desconocido que intentaba matarla. Se oían pasos acercándose al vehículo volcado y no sabía si eran de los guardias que debían protegerlos o de los enemigos...

Hansel vio su expresión de miedo absoluto y supo lo que tenía que hacer.

—Por Dios —le susurró poniéndole una mano en la frente—, tenemos mucho que enseñarte... Lo siento, Evelyn, pero te prometo que todo saldrá bien.

Y, tras esas palabras, Evelyn notó que empezaban a pesarle los párpados y que estaba a punto de perder el conocimiento.

—¿Qué haces, Hansel? —preguntó con la lengua trabada.

—¿Te acuerdas de lo que te he dicho acerca de que los vampiros tenemos poderes especiales? Pues éste es uno de los míos... Ah, y para responder a tu pregunta, la emboscada es obra de la Resistencia Human...

Pero Evelyn se desmayó antes de oír a Hansel terminar la frase.

—¿Dónde estoy? —fue lo primero que preguntó Evelyn al abrir los ojos. Tenía la voz ronca y un ligero dolor de cabeza.

La joven miró a su alrededor, intentando identificar cuanto la rodeaba, y tuvo que contenerse para no soltar un grito. Estaba en una de las habitaciones más grandes que había visto nunca: era del tamaño de la suya propia, la de su hermana y la de sus padres juntas y multiplicadas por dos. Era tan enorme que a Evelyn le pareció que cabría toda una casa dentro.

Y no sólo era grande, sino que además estaba maravillosamente decorada. Tenía las paredes pintadas de un blanco inmaculado y los elegantes muebles eran de color marfil. Una lámpara de araña colgaba en medio del techo. La chica no pudo evitar pensar en la pureza y la inocencia que destilaba la estancia a través de sus colores y su decoración.

—Estás en palacio —le respondió de inmediato una voz familiar.

Su cuerpo se tensó por completo. El dueño de esa voz era el mismo que aparecía cada noche en sus pesadillas, el hombre al que odiaba con todas sus fuerzas.

Se volvió para localizarlo y vio a Atticus aparecer misteriosamente junto a la puerta. Estaba apoyado en el marco, con una sonrisa de oreja a oreja iluminándole la cara.

—¡Por fin estás despierta! —dijo entusiasmado, y en menos de un segundo recorrió la distancia que lo separaba de la cama donde ella estaba tendida—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, supongo —respondió nerviosa, y sin pensar se apartó de él. Su instinto la hacía querer estar lo más lejos posible del vampiro. Por supuesto, Atticus se dio cuenta del rechazo en el lenguaje corporal de ella, pero no dijo nada—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cuánto recuerdas? ¿O lo tienes todo borroso?

Evelyn intentó pensar en lo que había vivido hasta que se desmayó. Se acordó de las explosiones y de los gritos... De Hansel protegiéndola mientras el coche se zarandeaba por culpa de las detonaciones... Era una emboscada... Se oyeron disparos... Hansel le dijo que lo sentía y luego hizo que perdiera el conocimiento. Lo recordaba todo a la perfección hasta ese momento.

—¿Hansel está bien? —preguntó casi de inmediato.

—Está perfectamente, no te preocupes por él. Lo hirieron, pero es un vampiro: sus heridas se curaron antes de llegar aquí. —Atticus sonrió; su voz era dulce y amable—. ¿Qué recuerdas?

—Recuerdo que nos atacaron, que el coche volcó, disparos, explosiones...

—Los atacaron.

—¿Por qué?

Hubo una pausa y, por un momento, el vampiro permaneció inmerso en sus pensamientos, como si estuviera sopesando si valía o no la pena contárselo todo a Evelyn. La indecisión de Atticus la puso todavía más nerviosa.

Fuera lo que fuera lo que había pasado, no podía ser nada bueno.

—Hansel y tú fueron atacados por un grupo rebelde armado llamado Resistencia Humana.

—¿Resistencia Humana? ¿Quiénes son? —El nombre le sonaba vagamente, pero no conseguía acordarse de dónde lo había oído.

—Oh, nadie en realidad —respondió Atticus chasqueando la lengua—, un puñado de humanos idiotas que creen que pueden derrocar a la Nación Vampírica. Pretenden volver al pasado y que las cosas sean como eran antes de la guerra.

«Resistencia Humana...», repitió Evelyn para sus adentros, y al instante recordó quién le había mencionado a dicho grupo con anterioridad.

Había sido Ethan.

Cuando eran pequeños, él solía contarle historias sobre las rebeliones y los disturbios que habían tenido lugar en China y Filipinas, lugares cercanos a la legendaria Oceanía, y los protagonistas de las mismas eran miembros de la Resistencia Humana. Aunque el gobierno vampírico había hecho lo posible por borrar del mapa toda información acerca de la existencia de Oceanía y la Antártida, mucha gente afirmaba que había estado allí y había sido testigo de la libertad con la que contaban sus habitantes humanos.

A los miembros de la Resistencia Humana también se los conocía como Luchadores por la Libertad. Combatían por conseguir libertad para todos los humanos con la esperanza de que dejaran de ser meras bolsas de sangre para alimentar a los vampiros, la raza superior que los mantenía esclavizados.

—¿Habías oído hablar de ellos antes? —le preguntó Atticus levantándole la barbilla con suavidad para que lo mirara a los ojos. Intentó mantener una expresión neutra, pero Evelyn distinguió preocupación en su rostro.

Estaba sentado muy cerca de ella, demasiado para su gusto, pero no lo suficiente para el de él. Lo tenía tan encima que la chica podía oler su embriagador perfume, que le recordaba a la vez a la vainilla y al océano. Una combinación bastante peculiar, pero que lo hacía irresistible. Un aroma que provocaba que la cabeza le diera vueltas y enviaba a su cerebro órdenes de aproximarse más a él.

Y, antes de darse cuenta, Evelyn Blackburn se encontró inclinándose hacia Atticus para inhalar más de aquella deliciosa esencia. Involuntariamente, una parte de ella estaba siendo arrastrada hacia el vampiro como una polilla atraída por la luz.

No fue hasta que estuvieron tan cerca como para besarse y Atticus le tomó la cara entre las manos que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Al instante, retrocedió con brusquedad intentando apartarse de él, pero el rey la agarró con fuerza de la cadera y volvió a acercarla hacia él.

—Me gustaba cómo estabas sentada hasta hace un momento —le susurró con voz ronca mientras se inclinaba en busca de un beso, pero Evelyn lo empujó de nuevo y mantuvo algo de distancia entre ella y el peligroso vampiro.

—Pues a mí no —replicó resentida—. Y, para responder a tu pregunta, no sé nada de la Resistencia Humana; ¿por qué me atacaron?

Atticus sonrió mientras estudiaba el miedo y el resentimiento que mostraban las facciones de la chica.

—No te atacaron, intentaban secuestrarte, obviamente. Hansel los oyó decir que te querían viva.

Evelyn tragó saliva nerviosa y se quedó mirando al monarca con una expresión entre horrorizada y sorprendida.

«¿Secuestrarme? ¿A mí? ¿Por qué? Soy una simple humana. No soy nada del otro mundo...», pensó.

—Te quieren porque saben que siento algo por ti. Quieren usarte en mi contra —respondió Atticus como si leyese sus pensamientos de nuevo.

—Y ¿cómo me usarían contra ti? No podría atacarte, matarte ni hacerte daño sin morir en el intento, para ellos sería una rehén totalmente inútil.

—Cierto, de ningún modo podrías herirme físicamente, pero eres la única persona que podría causarme daños psicológicos. Eres la persona más importante para mí en todo el mundo, la única capaz de partirme el corazón —respondió él. Hablaba despacio, y Evelyn notó genuina honestidad en sus ojos.

El modo en que sostenía su mano al hablar y aquella expresión desesperada hicieron que el pulso de la muchacha se acelerara con un sentimiento al que no estaba acostumbrada, algo que no parecía normal.

—¿Qué quieren? —inquirió.

—Quieren lo que quieren todos los rebeldes: derrocar me, ocasionar una revuelta en el reino y que las razas vampírica y humana vuelvan a enfrentarse en otra guerra. Quieren el poder para ellos. Ya te he dicho: no sólo saben que siento algo por ti, sino también que serás mi asesora de derechos humanos.

—He oído que seré la primera asesora de derechos humanos desde que se fundó la Nación Vampírica.

—Así es, y los humanos están bastante emocionados de saber que uno de los suyos trabajará codo con codo con su rey; los destrozaría enterarse de que te ha sucedido alguna desgracia antes siquiera de poder ayudarme a crear algún cambio positivo para la humanidad.

—¿Creen que yo te voy a ayudar a hacer del mundo un lugar mejor para ellos?

—preguntó Evelyn, el rostro resplandeciente al notar una punzada de orgullo en el pecho.

«¿La gente cree en mí y cree que podría ayudar a cambiar las cosas? ¿Tienen sus esperanzas depositadas en mí?». La idea la hizo estremecerse. Sabía que el verdadero motivo por el que Atticus le había concedido ese puesto en realidad no tenía nada que ver con los derechos humanos ni con mejorar las condiciones de vida de éstos, claro estaba. Si de verdad el rey hubiera querido hacer algún cambio, ya lo habría hecho hace años.

A juzgar por todo lo que se había publicado en la prensa amarilla desde su anterior cumpleaños, Evelyn estaba segura de que mucha gente lo intuía también, así que la idea de que hubiera alguien que confiaba en que ella podría ayudar a cambiar las cosas la tomó del todo por sorpresa.

—Claro que creen en ti —afirmó Atticus leyendo sus pensamientos—. Ésta es la primera oportunidad en siglos que los de tu raza han tenido de recuperar algo de

su pasada dignidad. Lo sabes, ¿no? —Había algo en su expresión que le hizo pensar a Evelyn que no lo decía como un cumplido; su tono era claramente sarcástico y encerraba una especie de amenaza velada.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabrás muy pronto —dijo Atticus levantándose de la cama de un salto—. Pero ahora mismo tengo un montón de asuntos de seguridad que atender y papeleo que revisar, así que debo irme.

Se dirigió a la puerta de la habitación.

—¿Asuntos de seguridad? ¿Es que crees que la Resistencia intentará entrar en el palacio para secuestrarme? —preguntó ella. Había demasiada felicidad y esperanza en su voz, como si se muriera de ganas de que ocurriera.

Evelyn se dio cuenta de ello tarde, y Atticus también lo notó.

Esta vez, el rey no iba a dejar pasar el comentario. Poco a poco se volvió para mirar a la muchacha humana.

—No lo intentarán si saben lo que les conviene. Mataré con mis propias manos a cualquiera que trate de alejarte de mí. Y yo no me emocionaría tanto ante la idea, querida. No sabes cómo son esos hombres: son salvajes, seres inferiores. Ni te imaginas lo que te harían una vez que te pusieran sus sucias manos encima. Esos humanos no tienen dignidad.

«Esos humanos...». Evelyn notó el insulto oculto en sus palabras. «Son salvajes, seres inferiores...».

No sabía por qué, pero la hería y le molestaba oírlo hablar así de su propia gente. Le recordaba demasiado a cómo funcionaba el mundo en realidad: los vampiros eran superiores y los humanos inferiores, y ella no valía mucho más que el barro en la suela de los zapatos de Atticus; de hecho, seguramente los zapatos de Atticus tuvieran mucho más valor que ella...

«Yo también soy humana», quiso decir Evelyn, pero no consiguió pronunciar las palabras.

La humana no reparó en la sonrisa de satisfacción que iluminaba el rostro de Atticus cuando éste dio media vuelta para irse.

Evelyn se sumergió en el agua caliente con aroma de vainilla, el calor aliviaba el dolor de sus extremidades.

Si le hubieran preguntado qué le gustaba de su vida en palacio, habría tenido que reconocer que le encantaba su baño. Como todo lo demás en aquel lugar, era extravagante y de un tamaño fuera de lo común. Tenía motivos romanos blancos y dorados que lo hacían parecer gloriosamente lujoso, pero lo que de verdad la dejaba sin aliento era la bañera cuadrada de mármol en el centro de la estancia. Era tan grande que Evelyn pensó que bien podría clasificarse como una piscina pequeña.

—¿Cómo encuentra la temperatura del agua, señora? —le preguntó con sonrisa temerosa una de las tres chicas que le habían asignado como doncellas, como si Evelyn fuera a decirle que estaba mal y a hacerle todo tipo de peticiones imposibles.

—Está bien —respondió con una sonrisa genuina. Miró a las tres chicas alrededor de la bañera y les pidió—: No me llamen señora, por favor; llámame Evelyn, lo prefiero.

Las sirvientas intercambiaron miradas de estupor.

—Pero, señora —la más madura de las tres se dirigió a ella con expresión confundida—, se supone que no podemos llamarla por su nombre, sólo podemos llamarla señora o lady; ésas son las normas.

Las tres chicas que Atticus había escogido para ella tenían tres aspectos y personalidades bien diferenciadas; no sabía con qué clase de persona se sentiría más cómoda, y por deferencia hacia ella, había seleccionado a tres doncellas de diversos orígenes y con distintas aficiones para servir a su amada.

Una era rubia, alegre, de ojos verdes, con la sonrisa más amplia que Evelyn había visto nunca. Siempre había un aura de felicidad a su alrededor, y cuando ella la miraba, no podía evitar sonreír.

La segunda chica era de pelo castaño y se mostraba siempre muy seria; su expresión denotaba una personalidad elegante y muy profesional. Durante los apenas diez minutos que Evelyn la había visto, no había sonreído ninguna vez, a diferencia de la animada muchacha rubia.

La tercera era la más desconcertante. Como Evelyn, tenía los ojos azules, pero lucía una melena pelirroja, no negra. De las tres era la que la tenía más confundida. No sabía qué esperar de ella: al revés que la de pelo castaño, ella sí sonreía, pero por unos motivos que parecían mucho más oscuros que los demostrados por la chica rubia. Tenía un aura de peligro, pero Evelyn prefirió no

alarmarse por ello.

Desde que era pequeña se le había dado muy mal juzgar a la gente; por eso, aunque su instinto la había avisado de que se mantuviera todo lo alejada posible de la pelirroja, decidió no hacer caso.

Evelyn chasqueó la lengua y notó cómo sus mejillas empezaban a sonrojarse.

—Por favor, llámenme Evelyn, no me gusta ser la señora ni la lady de nadie...

La rubia y la pelirroja intercambiaron una mirada furtiva sin que ella las viera. La morena, por otro lado, mantuvo una expresión serena y profesional.

—Lo sentimos, señora, pero así son las normas, y si el rey se enterara de que nos dirigimos a usted por su nombre de pila podría considerarlo una falta de respeto hacia su autoridad e ir contra lo que él ha establecido.

—Oh, por favor, si me voy a pasar el resto de la vida encerrada en palacio y en esta habitación y voy a compartir un montón de tiempo con ustedes, no quiero que me estén llamando señora y lady todo el rato.

—Estamos obligadas a cumplir sus órdenes de todos modos —dijo la pelirroja, hablando por primera vez. Su voz era tan hipnótica que al momento Evelyn volvió automáticamente la vista hacia ella—, así que, si de verdad tiene tantas ganas de que la llamemos Evelyn, siempre puede ordenarnos que lo hagamos.

La morena dio un respingo.

—¡Scarlet! ¿Te has vuelto loca? ¡No puedes decirle esas cosas a nuestra señora!

—No seas tan estricta, Bree. Sólo estoy ofreciendo una solución. El rey nos exigió seguir sus órdenes. Si quiere que la llamemos por su nombre, y nos manda hacerlo, ¡llamémosla por su nombre! —insistió la pelirroja con expresión divertida.

—Así que tú eres Bree —dijo Evelyn mirando a la de pelo castaño—, tú eres Scarlet —añadió al volverse hacia la pelirroja—, ¿y tú, cómo te llamas? —le preguntó a la rubia.

—Aqua —respondió la pequeña muchacha de pelo claro y, por arte de magia, la ya enorme sonrisa de su rostro pareció crecer aún más.

—Aqua..., precioso nombre.

Scarlet y Aqua, ambos nombres se referían a colores: escarlata y aguamarina. Desde que los vampiros ostentaban el poder, se había obligado a las familias humanas de las clases más bajas a usar colores como nombres para recordarles constantemente que no merecían nombres reales y que no eran iguales que los seres sobrenaturales ni que las familias pertenecientes a las élites humanas.

Evelyn dedicó a Aqua y a Scarlet una sonrisa educada antes de dirigir su mirada hacia Bree, la guapa morena de exquisitos ojos verdes.

—Bree...

La chica no sonrió al notar su mirada sobre ella. En vez de eso, simplemente asintió con expresión neutra. Algo en la forma de actuar y en su porte le dijo a Evelyn que había recibido una buena educación y que debía de pertenecer a alguna familia de clase alta. Incluso podría haberlo deducido de su nombre, que no era de ningún color. La diferencia entre Bree y las otras dos chicas era extrema.

La joven Blackburn se quedó mirando a las tres bellas mujeres vestidas de blanco que tenía delante, de pie al borde del baño de vapor, cada una con las manos cruzadas sobre el abdomen, y no pudo reprimir la risa.

—¿Qué le parece tan divertido? —le preguntó Aqua, sus ojos verdes brillando llenos de curiosidad, algo a lo que, Evelyn estaba segura, tendría que acostumbrarse.

—¡Aqua! ¡No puedes hacerle ese tipo de preguntas a nuestra señora! —le espetó Bree a la pequeña chica rubia, que no podía tener más de dieciséis años, e instantáneamente ésta bajó la vista avergonzada, como si fuera un cachorrillo al que hubieran atrapado mordisqueando la pantufla favorita de su dueña.

—No pasa nada, Bree —dijo Evelyn, y nadó hacia el lugar donde se encontraba Aqua—. ¿Quieres saber qué me ha hecho tanta gracia?
Aqua asintió expectante.

—Me reía de lo diferentes que son entre ustedes. Aunque sólo las conozco desde hace unos minutos, las tres tienen una personalidad tan marcada y distinta que ya puedo hacerme una idea de la clase de personas que son. Supongo que Atticus ha querido que así fuera.

Bree abrió la boca para protestar en el momento en que Evelyn llamó al rey por su nombre, como para regañarla, pero lo pensó dos veces.

—El rey la aprecia mucho y quiere que sea feliz, es por eso por lo que nos ha escogido a las tres para servirla. Todas somos diferentes de un modo único, y creo que la razón es que encuentre usted la personalidad que más le guste, para que así tal vez...

—¡Scarlet! —la interrumpió Bree—. ¡Basta ya!

—¡No, déjala! Quiero oír el final de la frase.

—Señora, no se crea nada de lo que diga Scarlet. Solía trabajar muy... muy *cerca* de su majestad y ahora cree que lo conoce como la palma de su mano —explicó la morena mientras se agachaba para echar un poco de champú en el pelo de Evelyn.

—¿Cuántas veces debo pedirles que no me llamen señora ni lady? —protestó ella—. Y no tienes que lavarme el pelo, puedo hacerlo yo misma.

—Pero, señora...

—Bree, no soy una niña pequeña, sé bañarme sola y no he necesitado que nadie me ayude a lavarme el pelo desde que tenía cinco años. En serio, está bien así. No tienen que hacerlo todo por mí y tratarme como a un bebé, y tienen que llamarme por mi nombre, ¿de acuerdo, Bree?

—¡Por favor, señora! ¡Esto nos causará problemas!

—Se supone que las tres tienen que hacer todo lo que les pida, ¿no?

—Sí...

—Bien, entonces les ordeno que me llamen por mi nombre y me dejen ser independiente, y si alguien les causa problemas por eso, que venga a hablar conmigo. —Evelyn le dedicó una sonrisa a cada una—. Desde este momento, son mis amigas. Voy a necesitar a todos los amigos que pueda encontrar en este lugar para no volverme loca.

—Es bueno saberlo... —susurró Scarlet casi para sí, tan bajito que ninguna de las demás la oyó.

—De acuerdo, pero señ..., digo, Evelyn, tenemos que bañarte, vestirme y prepararte para tu cena con el rey dentro de... —Bree miró el reloj de la pared— tres horas.

—¡Eso es mucho tiempo!

—Según Bree, no lo es...

En el hospital, situado en el otro extremo del palacio, el propio rey efectuaba una visita inesperada a uno de los guardias.

—¿Qué tal te encuentras, amigo?

—Oh, genial, no me duele nada —respondió Jonah en tono sarcástico, sentado al borde de la cama, cuando Atticus entró en la habitación y señaló la enorme herida abierta que tenía en la parte inferior izquierda del abdomen.

En cuanto Jonah movió el brazo para señalarla, se quejó por el dolor, y la enfermera que la estaba vendando dio un suspiro de impaciencia.

—¿Sabes? Todavía no lo entiendo. Hansel y yo estábamos en el mismo bando, luchando contra los mismos hombres y las mismas armas, así que ¿cómo es que él ha salido ileso y yo tengo este enorme, feo y sangriento agujero atravesándome el costado?

Atticus se echó a reír.

—No te lo tomes como algo personal, amigo mío. Hansel es mi protegido y, sin ánimo de ofender, es mejor guerrero que tú. —Le guiñó un ojo y se sentó en la silla que un criado acababa de traerle.

—Eso no es justo. ¿Por qué él tiene sangre tuya y yo tengo la de Venecia?

En cuanto Jonah pronunció ese nombre se arrepintió al instante. Aunque él y otros de los guardias hablaban de la más bella de los Primigenios de vez en cuando como si tal cosa, sabía que a Atticus le afectaba oír comentarios sobre ella. No obstante, esta vez, la respuesta del rey lo sorprendió.

—Al contrario que yo, a Venecia nunca le interesó entrenarse para ser más fuerte y poderosa. Siempre prefirió la poesía y el arte. A lo mejor es por eso por lo que los descendientes de su sangre son más débiles que los míos y que el resto de los de los demás Primigenios. —Atticus hablaba de su antigua amada con una sonrisa—. Si hubiera querido, habría acabado siendo igual de poderosa que nosotros. Supongo que era la clase de vida que deseaba: paz y armonía.

Jonah tragó saliva, sorprendido ante la ligereza con la que el rey trataba el asunto. Había un tono de comprensión en su voz que nunca le había oído en referencia a ese tema. Sin embargo, el cambio de tono le dio miedo, porque sabía exactamente qué lo causaba.

—Tú también creaste paz y armonía: mira la nación que has levantado y cómo ha mejorado respecto a cómo eran las cosas cuando los patéticos humanos dirigían el mundo...

El monarca ignoró el comentario y se puso a mirar al resto de los heridos de la misma habitación, algunos de gravedad y otros mucho menos; pero Atticus quería tener siempre a sus guardias en plena forma, así que ninguna herida era pequeña.

—Se están volviendo más listos. Recuerdo los días en los que me clavaban cinco estacas en el corazón a la vez y sanaba en segundos.

—Sí, pero eres uno de los Primigenios, tu sangre es distinta de la de la mayoría y sanas antes que ningún otro vampiro que haya conocido. Eres prácticamente

indestructible. Tendrían que lanzarte diez bombas atómicas a la vez para hacerte un rasguño.

—No, no necesito diez bombas atómicas: unas simples palabras pronunciadas por unos labios en particular serían suficientes para destruirme en cuestión de segundos.

Jonah puso los ojos en blanco y dejó escapar un largo suspiro, pero al segundo se arrepintió. Los drásticos movimientos de su caja torácica hicieron que su herida se abriera de nuevo.

—Deje de moverse —le ordenó la enfermera, pero Jonah le sonrió.

—¿La chica humana te lleva por el camino de la amargura de nuevo?

—No sabes cuánto...

—De verdad, nunca he entendido qué es lo que te atrae tanto de ella. No es nada del otro mundo ni nadie por quien merezca la pena sufrir tanto.

—Esto no tiene que ver con su aspecto físico —respondió Atticus—. Tampoco tiene que ver con el tipo de persona que es. Es por cómo me hace sentir y por esa aura luminosa que desprende. Estamos hechos el uno para el otro, lo sé.

—Atticus, no te cuelgues mucho de esa chica. Ya sé que crees en todas esas cosas del amor a primera vista y blablablá, pero debes tener cuidado, porque no me gustaría verte con el corazón roto otra vez.

—Me temo que ya es un poco tarde para eso.

Evelyn seguía a Scarlet por los infinitos recovecos de los pasillos de palacio. Los corredores eran preciosos, pintados de beige y de blanco y decorados con miles de pinturas con marcos dorados y antigüedades de precio incalculable extraídas de museos de todo el mundo. Evelyn recordó una revuelta acontecida unos años antes, dirigida por un grupo de humanos increíblemente extenso y bien organizado, que acabó en la primera página de todos los diarios.

El motivo fue que se había descubierto una copa que se creía que podía ser el Santo Grial y Atticus quería conservarla en el palacio real, mientras que los hombres opinaban que debía preservarse en un museo humano para que todos los de su raza tuvieran oportunidad de contemplarla. Argumentaban que Jesús, el hijo de Dios, había sido humano y, por tanto, el Grial era propiedad de la humanidad, pero Atticus y la mayoría de los vampiros pensaban que era su derecho poseerlo como raza superior.

Finalmente, como era habitual, los vampiros se salieron con la suya y, así, una pieza de increíble valor para la historia de la humanidad acabó en su poder, guardada y apartada de la vista de todos hasta que Atticus lo creyese oportuno.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos, recordando el aspecto destrozado de su padre al enterarse de que algo tan precioso y de un valor sentimental tan elevado como el Grial se hubiera perdido para siempre a manos de los vampiros, que casi no se dio cuenta de la agradable brisa que entraba por la puerta de cristal que había abierto Scarlet de entre las muchas que daban al jardín.

De inmediato, se detuvo ante la puerta, custodiada por dos guardias enormes y de mirada intimidatoria, pero ninguno de ellos prestó atención a Evelyn.

—¿Adónde vamos? —preguntó a la pelirroja, alarmada al ver que se dirigían al exterior—. Pensaba que me llevabas a ver a Atticus, ¿por qué salimos de palacio?

—Relájate, cariño, no te traigo aquí fuera para matarte ni nada parecido —replicó la doncella—. Atticus quiere cenar fuera.

—¿Fuera? ¿Por qué?

Scarlet miró a Evelyn con cara de «¿tú eres tonta o qué te pasa?».

—No sé, supongo que quería cenar contigo en el jardín, bajo la luz de la luna y las estrellas. No soy el rey y no sé lo que le pasa por la cabeza, ¿por qué no se lo preguntas tú misma?

Evelyn frunció el ceño. Aunque les había dejado claro a sus doncellas que quería que fueran amigas, seguían estando a su servicio, y el tono con el que Scarlet se había dirigido a ella no era el de respeto que un sirviente debía utilizar con su

señora. ¿Y si alguien la había oído?

Se mordió la lengua para no soltarle una reprimenda. Había algo en esa chica que no le cuadraba. Le faltaba la disciplina que resultaba tan obvia en Bree y en Aqua y, en su lugar, Evelyn notaba una especie de sensación de odio y burla constante por su parte cada vez que le daba la espalda.

Evelyn suspiró y se levantó despacio las faldas de su vestido azul marino, que le llegaba hasta el suelo, antes de salir a los jardines, para que no se le mancharan de hierba y tierra.

—Estás preciosa con ese vestido, ¿sabes? —le dijo Scarlet tras unos minutos en silencio mientras caminaban por el sendero pavimentado que cruzaba los frondosos y exuberantes jardines del palacio.

El sol se estaba poniendo y no tardaría en desaparecer bajo el horizonte, dejando que la luz de la luna les guiara.

—Gracias, a mí también me gusta mucho. —Evelyn sonrió agradecida.

Aunque la joven odiaba admitirlo, le encantaban los vestidos que Atticus había escogido para ella. Todo lo que había en su vestidor era precioso, hecho a mano con los materiales más nobles, y le sentaba como un guante. De hecho, le quedaba todo tan bien que casi le daba miedo pensar en cómo habría conseguido Atticus sus medidas y qué otra clase de información sobre ella tendría.

—Seguro que las modistas podrán hacerte otro igual después de que Atticus te lo haga trizas... —replicó la pelirroja, y un escalofrío recorrió la espalda de Evelyn. Tragó el nudo que tenía en la garganta. El miedo se había apoderado de ella. Estaba medio decidida a darse la vuelta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. Una vez que abres las piernas...

—¡No me voy a abrir de piernas para Atticus! ¡Ni esta noche ni nunca! —gritó ella furiosa, pronunciando su negativa más alto de lo que debía, pero no le importaba. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie había oído su estallido. Por suerte, estaban solas en el sendero.

Scarlet sonrió y dio un paso para acercarse más a su señora.

—¿Estás segura de eso? Quiero decir que, ¿no es por eso por lo que estás...?

La pelirroja no consiguió acabar la frase porque Evelyn la abofeteó con todas sus fuerzas. Ya se había hartado de sus provocaciones.

—Ten cuidado con lo que dices —le advirtió con voz fría y cortante. Por fuera parecía enojada e incluso intimidante, pero en su interior no podía dejar de llorar de dolor y de rabia.

Pese al contrato que habían firmado, Evelyn dudaba que Atticus fuera capaz de cumplir su parte del trato y no forzarla como un animal. Aunque el acuerdo decía que la violación iba en contra de dicho pacto, él seguía siendo el rey y podía hacer y deshacer a su antojo.

—Lo que digo es cierto... —insistió Scarlet—. Te guste o no, estás aquí por una sola razón. Cuando era más joven siempre oía a las demás doncellas suspirar y confesar cuánto les gustaría que el rey se fijara y quisiera acostarse con ellas, aunque las utilizara. Todo el mundo sabe que eres la única de todo el palacio que lo rechazaría.

Evelyn no dijo nada. Lo único que quería era que esa conversación terminara.

—Puede que seamos sirvientas, pero leemos los periódicos y la gente de la corte

habla... Todos sabemos lo de tu cumpleaños del año pasado, con el rey y aquel chico humano. —La expresión de Scarlet cambió y, por una fracción de segundo, Evelyn estuvo segura de haber visto pena en sus ojos—. Te atrapó en brazos de otro hombre, ¿no?

Ella no supo qué decir; llevaba un año intentando no pensar en aquella fatídica noche, y ahora el recuerdo le resultó excesivamente doloroso. Encerraba demasiada culpa, demasiado dolor y tormento emocional para poder lidiar con ello en ese instante.

—¿Te hizo daño?

—No, pero casi mató al chico con el que estaba.

—Tienes suerte. Podría haberlos matado a los dos, y la gente de esta nación seguiría viéndolo como el rey incapaz de hacer daño a una mosca. —Scarlet soltó una risa maliciosa—. Puedes ver el hecho de que le importas demasiado como para matarte como algo bueno y algo malo. Le importas demasiado para matarte, pero no es lo suficientemente abnegado para dejarte ir y ser libre, por eso estás aquí. Sin embargo, recuerda: que no sea capaz de matarte no quiere decir que no pueda hacerte daño. A veces es mejor estar muerta que viva.

—No tienes ni idea de lo mucho que lo entiendo.

Aunque a Evelyn le costara admitirlo, Scarlet tenía toda la razón. Puede que Atticus sintiera algo por ella, pero seguía siendo un hombre y tenía deseos y necesidades que debían ser satisfechos. Además, ya había podido experimentar la brutalidad, el genio y la violencia del rey en sus propias carnes, y la amenaza de siempre aparecía cada vez que lo tenía cerca. Un hombre que siempre conseguía todo lo que quería no aceptaba el rechazo fácilmente.

Sería muy sencillo para él tomar a Evelyn contra su voluntad cada noche hasta el fin de sus días. Siempre tendría su vida y la de sus familiares en sus manos, y ambos sabían que no había nada que ella no haría por salvaguardar su seguridad, incluso si significaba acceder a algo que abominaba y que rechazaba con cada célula de su cuerpo.

—Vamos —la animó Scarlet—. No queremos hacer esperar al rey, ¿verdad?

—¿Qué tal nos encontramos hoy? —preguntó Atticus con una sonrisa siniestra y satisfecha al muchacho casi sin vida y cubierto de sangre que estaba tendido ante él.

—Vete al infierno —respondió Ethan con un hilo de voz.

En los últimos meses, el antaño apuesto y musculado Ethan Redfern había perdido una cantidad significativa de peso. Su cuerpo se había vuelto débil e increíblemente delgado y pálido. Parecía al borde de la muerte.

Atticus rio ante su respuesta y recogió del suelo una espada que los guardias habían dejado allí para él. Aunque al rey no le agradaba mancharse las manos de sangre, a veces le gustaba hacerse cargo de las torturas él mismo.

Cada vez que contemplaba al hombre al que Evelyn quería con locura, el odio y los celos lo invadían por completo.

—Ella ya está aquí, ¿sabes? —comentó en tono casual mientras recorría con el

filo de la espada la parte superior del brazo de Ethan, perforando la piel y dejando caer un hilo de sangre encarnada a través de la fina herida.

Ethan se mordió los labios para no gritar, negándose a darle a Atticus la satisfacción que tanto ansiaba.

—Si se te ocurre tocarla, juro que yo... —No pudo acabar la frase antes de que el vampiro le rodeara el cuello con una mano y lo empujara contra el muro de la mazmorra.

—¿Que tú qué? —siseó—. Evelyn me pertenece, no tienes poder sobre lo que puedo y no puedo hacer con ella. Es mía, ahora y para siempre. Mírate, ¡mira lo patético que eres! —Atticus señaló el maltrecho cuerpo de Ethan—. No sé lo que pudo ver en ti, pero fue muy estúpida al preferirte antes que a mí.

El chico sonrió.

—¿Todavía estás rabioso porque me quiera a mí y no a ti? —Le costó pronunciar la frase por el poco oxígeno que le llegaba a los pulmones con Atticus casi asfixiándolo.

—Podría matarte aquí y ahora para asegurarme de que nunca más le pondrás los ojos encima a Evelyn. ¡Sería tan fácil...! Como robarle los caramelos a un niño.

—Pero no puedes matarme. Si lo haces, Evelyn te odiará para siempre.

—No tiene por qué enterarse. Podría inventarme que has caído en una emboscada tendida por vampiros hambrientos, o que has sido devorado por una manada de lobos, o que saliste corriendo acobardado cuando te perseguía. —El rey hizo una mueca—. ¿Sabes qué? Te voy a dejar vivir y te voy a permitir que te vayas ahora mismo.

—¿Qué? —preguntó Ethan con los ojos desorbitados.

—Pero tienes que renunciar a tu amor por Evelyn y jurarme que nunca, bajo ningún concepto, intentarás acercarte de nuevo a ella. Déjalos en paz a ella y a su familia, vete a algún lugar lejano en el que nadie te conozca y no pienses en ella nunca más. Te daré algo de dinero por la distracción que me has proporcionado estos últimos meses dejándome torturarte. ¿Qué me dices?

—¿Quieres que renuncie a la única chica a la que he amado y la deje en manos de un monstruo como tú? Pues lo que te digo es: ¡vete al infierno! —Ethan escupió a Atticus a la cara—. ¡Moriré antes de abandonarla y dejar que te aproveches de ella! ¡Nunca te querrá!

El vampiro gruñó y dejó caer con fuerza a Ethan al frío suelo de piedra.

—¡Guardias! —llamó—. Golpéenlo hasta que esté inconsciente y luego cúrenlo, despiértenlo y repitan todo hasta que yo baje a ordenarles que paren.

—¡Sí, majestad!

—Oh, Ethan, me encantaría poder quedarme a torturarte yo mismo, pero, verás, tengo una cita para cenar con el amor de tu vida, y, ¿sabes?, a lo mejor te dejo ver cómo duerme esta noche en mis brazos. Puede que te quiera ahora, pero me amaré a mí tarde o temprano. Y cuando me coja su dulce cuerpo virgen por primera vez, me aseguraré de que estés ahí para presenciar lo que ocurre a cada segundo.

—¡Eres el mismísimo demonio!

—No, simplemente me gusta castigar a aquellos que lo merecen.

La cena con Atticus no estaba siendo ni de lejos tan desagradable como Evelyn había previsto. De hecho, en otras circunstancias, y si él no fuera el líder de una raza que esclavizaba la suya, podría haberlo encontrado atractivo y encantador. Pero las cosas eran como eran, y no había nada que ninguno de los dos pudiera hacer para cambiar el pasado y el presente en el que vivían. El miedo inevitable y el odio que Evelyn sentía por Atticus seguían ahí mientras lo contemplaba desde el lado opuesto de la mesa redonda a la que estaban sentados, y seguiría ahí por siempre más.

Sabía que tenía que esforzarse para sentir algo por Atticus, hacer lo posible por darle una oportunidad a su relación, pero no podía. La gente a menudo decía que no se podía forzar el amor, y era cierto. Éste debía aparecer de forma natural, y con sus sentimientos hacia Ethan todavía en su mente, era incapaz de forzarse a que Atticus le gustara mínimamente siquiera.

Aun así, la cena que el rey le había preparado era una de las cosas más románticas que había vivido. Era obvio que él se había esforzado mucho en planearla para que fuera perfecta en todos los sentidos.

Atticus había organizado el pequeño banquete en las profundidades de los extensos jardines reales, en un bosque frondoso de verde jade alejado del palacio y del resto de la civilización.

Era bastante tarde y estaba muy oscuro, pero Atticus había ordenado a los criados que decoraran cada árbol en un radio de cien metros con miles de pequeñas luces led de todos los colores imaginables. El resultado era una escena de tal belleza que quitaba el aliento.

Y en medio de todo aquello estaba la mesa en la que el monarca y Evelyn cenaban, colocada en el suelo, entre la hierba alta que les llegaba por los tobillos. Los millones de estrellas que tenían sobre sus cabezas eran los únicos testigos de la íntima cena que el rey de los vampiros había planeado para la inocente e indefensa chica humana.

—¿Te gusta la comida? —preguntó Atticus con una sonrisa llena de excitación.

—Sí, está todo exquisito —respondió ella sin pensar mientras daba vueltas al jugoso filete de ternera de su plato. Casi no lo había tocado, y Atticus se había percatado de ello.

Aunque estaba en una posición privilegiada, sentada frente al vampiro más poderoso del planeta, el tipo que todos los hombres querían ser y con el que todas las mujeres querían estar, Evelyn no lograba sentirse cómoda.

Tras el intercambio de palabras con Scarlet, se sentía inquieta, temerosa,

nerviosa y paranoica por todo lo que sucedía a su alrededor. Pero sobre todo se había quedado muy triste después de que la doncella pelirroja sacara a Ethan a colación.

«Te atrapó en brazos de otro hombre, ¿no?». La frase de Scarlet le retumbaba en los oídos y no podía dejar de pensar en él.

Las heridas todavía sin curar de su corazón roto habían vuelto a abrirse, y Evelyn tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para que los recuerdos de los momentos preciosos que habían compartido no volvieran a destruirla. Cerró los ojos e intentó apartar de su mente todas aquellas emociones.

«No tiene sentido que sigas pensando en él —se dijo—. Ahora estás aquí, con Atticus, y nada de lo que hagas podrá cambiar tu destino. No importa cuánto lo eches de menos o cuánto lo ames: no volverás a verlo jamás. Acepta tu vida presente y transfiere tu amor de Ethan a Atticus.»

Pero no podía hacerlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo la chica sin levantar la vista del plato. Su voz era fría, reflejaba a la perfección cómo se sentía estando allí.

—Claro, pregúntame todo lo que quieras —respondió él expectante.

—Ahora que estoy aquí y no tienes que preocuparte de que vea a Ethan a tus espaldas, ¿lo dejarás ir para que se reúna con su familia?

La pregunta tomó a Atticus por sorpresa, y el silencio antes de su respuesta fue más largo de lo normal. La expresión del vampiro era neutra cuando por fin habló, pero la ira que le había provocado era visible en sus nudillos, totalmente blancos a causa de lo mucho que estaba apretando los puños, aunque Evelyn no se dio ni cuenta, inmersa como estaba en sus propios pensamientos.

—¿Sigues pensando en él?

Ella tragó saliva nerviosa, sus palabras atragantadas en la garganta, sin saber qué más decir; el pánico la asaltó.

De su experiencia previa había aprendido que Ethan era siempre un tema peliagudo entre ella y el rey, y que los terribles celos que Atticus le tenía a su amante humano siempre acababan por despertar su lado oscuro.

No obstante, esta vez el monarca hizo algo sorprendente: en lugar de convertirse en un monstruo dominado por el odio y la ira, simplemente sonrió.

—No te preocupes, he cumplido con mi parte del trato y he liberado al chico esta mañana, cuando Hansel ha ido a recogerte —respondió en tono amable. A continuación, cortó un pedazo de su filete y se lo metió en la boca—. Ahora, ¿por qué no comes algo? Sé que los poderes hipnóticos de Hansel son algo fuera de serie, pero pueden dejar muy debilitadas a las personas con quienes los usa. Necesitas comer para recuperar toda tu energía.

Evelyn le dedicó una débil sonrisa y se llevó el tenedor lleno de verduras a la boca. Aunque hizo todo lo que pudo por ocultarla, su mirada de alivio no pasó desapercibida a los vigilantes ojos de Atticus.

—Majestad, yo... —empezó al tiempo que él decía:

—Evelyn, ¿puedo preguntarte...?

Ambos se detuvieron a la vez al ver que el otro había comenzado a hablar.

—Por favor, continúa —dijeron ambos al unísono de nuevo. Y, por primera vez, hubo un silencio agradable antes de que los dos rieran.

—Las damas primero. —Atticus hizo un gesto para que ella siguiera su frase.

—Majestad...

—Llámame Atticus, por favor —dijo interrumpiéndola sin querer otra vez.

—¿Podría hablar sin interrupciones? —pidió Evelyn intentando sonar divertida.

«Trata de ser agradable con él», se dijo.

—Claro, claro, disculpa.

—Yo... pensaba que los vampiros sólo debían beber sangre para vivir. ¿Por qué comes comida humana? —preguntó ella por pura curiosidad señalando su plato lleno de jugosa carne y deliciosas verduras.

Atticus intentó forzar sus labios temblorosos para que formaran una sonrisa, sin éxito. Aunque era una pregunta muy simple, estaba demasiado emocionado al ver que por fin Evelyn mostraba algún tipo de interés en él. Era todo un logro respecto a las otras veces que se habían visto, en las que la muchacha humana no había soportado estar en la misma habitación que él y parecía que le habría clavado una estaca en el corazón en cualquier momento de haber podido.

—Tienes razón, la sangre es un componente vital para nuestra existencia. Sin beber sangre, un vampiro se deteriora hasta ser poco más que un cadáver y sufre lo indecible hasta que vuelve a recibir la energía reparadora de las células humanas. Su comida es innecesaria para nosotros y podríamos vivir sin ella por toda la eternidad, pero eso no quiere decir que no podamos comerla y disfrutar de su sabor. —Le dedicó una sonrisa afectuosa—. Los humanos tampoco necesitan comer mucha de la comida basura que consumen, pero lo hacen simplemente por cómo sabe, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, supongo que sí. —Evelyn le sonrió tímidamente también—. ¿Qué ibas a decir antes?

—Quería preguntarte algo, ¿puedo?

—Supongo...

—¿Estás aquí solamente por lo que establece nuestro contrato? Quiero decir..., si descubrieras que el contrato te permite irte ahora mismo, ¿lo harías o te quedarías?

—¿A qué te refieres?

Atticus respiró hondo para calmarse. Resultaba irónico pensar que era capaz de encabezar ejércitos de miles de soldados sin ningún tipo de temor, pero cuando estaba con Evelyn se sentía ansioso y lo aterrizzaban montones de cosas: que quisiera escapar, que lo destrozara con unas simples palabras, pero, sobre todo, lo aterrizzaba su propia reacción ante todo ello. Vivía cada día con miedo a perder el control sobre sí mismo de nuevo y acabar con la vida de la chica sin querer.

—Lo que quiero decir es si hay algo que te mantenga aquí aparte de nuestro acuerdo. Si te diera la oportunidad de irte, ¿te quedarías por mí? —Hablaba despacio y su voz era toda amabilidad, pero a Evelyn le pareció terrorífica.

Hubo una larga pausa hasta que ella habló; se tomó bastante tiempo para medir bien sus palabras. No quería mentirle y darle falsas esperanzas, pero tampoco quería hacerlo enojar y que la volviera a tomar con ella.

—¿Quieres la verdad o...? —Su voz era temerosa, y él lo notó.

—¿Es la verdad tan mala que crees que debes mentirme?

—Lo siento...

—Quiero que seas sincera —dijo él terco, pero Evelyn no respondió.

No sabía si debía decirle la verdad. Intuía que en el fondo él ya la conocía, pero

no podía evitar pensar que todo sería más fácil si fingía que ambos tenían una oportunidad de estar juntos.

—¿Me dejarías ir de verdad?

—Puede que un día te devuelva tu libertad; el acuerdo no dice que debas quedarte aquí eternamente, sino sólo hasta que yo quiera.

Pero ella prefirió evitar el tema.

—Estamos pasando una velada muy agradable, ¿por qué no hablamos de eso en otro momento?

—Yo he respondido a tu pregunta, ahora te toca a ti responder a la mía. Dime, ¿lo único que te mantiene aquí es el contrato que firmaste para salvar a ese humano? —Atticus no pudo reprimir el asco en su voz al pronunciar la palabra *humano*, como si fuera una especie de insulto, y Evelyn lo notó.

Al instante, todo deseo de proteger los sentimientos de Atticus desapareció y la chica volvió a sentir la punzada de odio que había parecido diluirse durante la cena.

—Yo también soy humana —repuso.

—Evelyn, ya sabes que no quería insultarte. Y, de todos modos, tu estatus es sólo temporal, hasta que pronto te conviertas en un miembro de mi raza.

Por el modo en que lo dijo, a Evelyn le pareció que Atticus asumía que el hecho de convertirse en vampiro era lo más natural del mundo.

—¿Qué? —preguntó sobresaltada, la ira inundando todo su ser—. ¿Qué te ha hecho pensar que por alguna clase de milagro voy a convertirme en un vampiro?

—Evelyn pronunció la palabra *vampiro* con el mismo desdén con el que él había dicho *humano*.

—Es la única solución para que estemos juntos y seamos felices para siempre —repuso él como si fuera obvio.

—¡No! —saltó ella—. Es la única solución para que *tú* seas feliz para siempre. Si me convirtiera en vampiro y tuviera que pasar toda la eternidad contigo, no sería feliz: sería como estar en el infierno. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que no puedes decidir por mí? ¡Eso no es amor! ¿Qué pasa si cuando llegue el momento no quiero convertirme en uno de ustedes? —Su tono se elevaba más con cada pregunta—. ¿Me forzarías como cada vez que he intentado resistirme a tu voluntad?

Su voz era cruel. Estaba llevando a Atticus al límite, y era plenamente consciente de ello.

Se hallaba en mitad de un bosque, en la residencia del rey, y si la mataba allí mismo a nadie le importaría. Ni siquiera Hansel sería capaz de llegar a tiempo para salvarla esa vez. Su familia y sus seres queridos estaban a kilómetros de distancia, y nunca se enterarían de lo que le había sucedido en realidad.

Pero le daba lo mismo.

La rabia y la frustración se habían apoderado de ella y su vida le importaba demasiado poco como para preocuparse de si Atticus la quería o no. De todos modos, su existencia estaba en manos de él desde que lo conociera el año anterior, así que qué más le daba cuándo o cómo morir.

—Oh, y, sí, para responder a tu pregunta, las únicas razones por las que estoy aquí son el contrato y mi amor por Ethan.

En menos de un segundo, Atticus se levantó, fue hasta donde estaba sentada

Evelyn y le rodeó el cuello con una mano. La presión no era suficiente como para ahogarla, pero sí para recordarle de lo que era capaz y hacerle ver que se la estaba jugando.

—Podría matarte aquí y ahora. Ni te imaginas lo fácil que sería para mí partirte el cuello, beberme cada gota de sangre de tu cuerpo, romperte todos los huesos y hacer todo lo que quisiera contigo... —Le agarró la barbilla con brusquedad.

—No me harás nada —dijo ella con la cabeza bien alta, pero Atticus percibió el miedo.

—No tienes ni idea de lo que me cuesta contenerme cada vez que te veo —gruñó, y levantó a Evelyn de su silla para arrojarla sobre la hierba.

—¡No lo harás! —gritó ella golpeando el pecho de Atticus con sus minúsculos puños en un intento desesperado e inútil de apartarlo—. ¡El contrato dice que no puedes forzarme!

Atticus aumentó la presión de su mano sobre el cuello de Evelyn y el marrón de sus ojos desapareció para dar paso a un negro intenso. En ese momento no parecía él, sino un animal salvaje.

—Tus ojos... —murmuró ella.

—El contrato también dice que tienes prohibido mantener una relación sentimental con otro hombre, aunque sea en tu mente, pero ¡sigues igual de enamorada de ese asqueroso humano! —Despacio, la mano del vampiro bajó por el cuerpo de ella hasta que llegó a sus muslos y la forzó a rodearle la cintura con ellos—. ¿Cómo estás tan segura de que lo quieres si no conoces nada más de lo que hay ahí afuera esperándote? ¡Soy mucho mejor para ti que él, Evelyn! ¡Soy el rey! ¡Puedo darte todo lo que quieras!

Y, con esas palabras, juntó sus labios con los de ella y empezó a besarla con desesperación, como si su vida dependiera de ello. Mientras tanto, le acariciaba la cara interna del muslo e iba subiendo y subiendo hacia la zona de peligro, segundo a segundo.

—¡Para! —gritó ella, pero el sonido quedó atrapado en los labios de Atticus, que aprovechó la oportunidad para meterle la lengua en la boca y profundizar en el beso.

—Estás preciosa con este vestido —le susurró—. ¡Pero lo estarás aún más sin él! Al decirlo, apartó la mano de su muslo para agarrar la sedosa tela del vestido y rasgarla como un niño abriendo un regalo la mañana de Navidad.

—¡No, por favor! —protestó ella, pero no le sirvió de nada.

Muy pronto, el bonito vestido quedó hecho trizas. Al verse debajo de él casi desnuda, Evelyn se dio cuenta de la inevitabilidad de la situación. No importaba si lo hacía enojar o no, Atticus iba a conseguir lo que quería de todos modos, porque no había nada que lo impidiera. Y si el propio objeto de su afecto se oponía, usaría la fuerza para imponer su voluntad. Así era cómo funcionaba su mente, cómo funcionaba la mente de cualquier vampiro.

La violencia era la respuesta a cada pregunta.

Eso era lo que había conducido a la Gran Guerra entre vampiros y humanos.

Evelyn respiró hondo y destensó su cuerpo sobre la hierba fría. Si lo que quería Atticus era sexo, no había nada que ella pudiera hacer para detenerlo. Cerró los ojos, dejó de luchar y aceptó su destino.

Una a una, las lágrimas empezaron a descender por sus mejillas y la joven

intentó imaginar que estaba en otro sitio mientras él le besaba los pechos y sus manos recorrían cada centímetro de su cuerpo.

Notaba el enorme bulto de su entrepierna presionando su muslo. Ni siquiera pestañeó cuando él empezó a explorar su cuerpo aún virgen.

—Te quiero tanto, oh..., tanto... —susurró Atticus—. Te necesito, desde el día que te conocí supe que necesitaba tenerte.

Evelyn no replicó. Se estaba preparando para que le arrebataran su primera vez cuando él la besó en la mejilla y notó el sabor salado de sus lágrimas.

Se detuvo y sacó el dedo de su interior.

—Evelyn... —Le secó la lágrima con el pulgar, aunque no se apartó de ella.

Pero, de repente, la conciencia de lo que estaba haciendo lo golpeó como un tsunami, y el vampiro se levantó del suelo de inmediato. Retrocedió unos pasos y dijo:

—Yo... lo... lo siento.

Evelyn no respondió.

Él tomó su saco y la cubrió con ella.

—Evelyn, yo...

—¡Vete! —gritó ella por fin—. ¡Apártate de mí!

Y, haciendo caso de la orden de la mujer a la que amaba, Atticus se fue.

Con los ojos llorosos y cara de verdadera repulsión, Evelyn vio cómo Atticus se alejaba a velocidad vampírica y salía de su ángulo de visión en apenas segundos.

Miró el saco con el que él había cubierto su cuerpo casi desnudo. Quería lanzarlo lo más lejos de ella que pudiera, pero no lo hizo porque la prenda era lo único que la protegía del severo viento otoñal que le cortaba la piel como un cuchillo. En lugar de eso, se envolvió con él, se colocó en posición fetal y cerró los ojos para intentar dejar de pensar en lo sucedido.

Poco después, se levantó del suelo embarrado, se quitó los zapatos de tacón con pedrería incrustada y empezó a caminar para alejarse de aquel sitio.

Quería salir de allí, irse a su casa, ver a su madre, a su padre, incluso a Nora. Quería estar en algún lugar que le resultara familiar, en el que se sintiera a salvo, donde no tuviera que preocuparse por las reacciones violentas de Atticus, por su enrevesada forma de actuar y su absoluto poder sobre todo lo que lo rodeaba.

El palacio real estaba fuertemente custodiado, y salir de él sin permiso era tan difícil como intentar ganar acceso al mismo. Evelyn sabía que no tenía ningún sentido tratar de escapar porque jamás resultaría, pero deseaba con todas sus fuerzas estar lo más lejos posible de donde había tenido lugar la desafortunada cena.

Las palabras de Scarlet le retumbaban en la cabeza: «Te guste o no, estás aquí por una sola razón: para convertirte en su juguete personal».

La chica tenía razón. Evelyn era el juguete personal de Atticus y, aunque él no se cansaba de repetir que la quería, lo único que sentía por ella era puro deseo. El rey únicamente se quería a sí mismo, y sólo podía pensar en su propia felicidad. Si la amara tanto como decía, querría lo mejor para ella y la dejaría vivir la vida como quisiera, con su familia y con Ethan.

Vivir su vida como un ser humano, eso era lo único que Evelyn deseaba, lo que siempre había deseado. Una vida tranquila y pacífica, sin dramas, sin vampiros; una vida en la que pudiera hacer lo que quisiera, cuando quisiera. Una vida llena de libertad y de opciones entre las que escoger.

Pero sabía que no podía culpar sólo a Atticus de lo que había sucedido esa noche, porque, por mucho que lo negara, había causado en parte la reacción violenta que había acabado con la que estaba siendo hasta entonces la cita perfecta.

Debería haberse mordido la lengua cuando Atticus le había hablado de devolverle su libertad, y no debería haberlo provocado mencionando a Ethan y

cómo seguía queriendo a su amor de la infancia. Estaba claro que ése era un tema tabú entre ella y Atticus, y no debía volver a mencionarlo jamás.

La facilidad con la que el rey se ponía celoso era pasmosa, y siempre resultaba en un arranque de violencia extrema que Evelyn haría mejor en evitar. Pero, del mismo modo que él no podía controlar sus prontos, ella tampoco conseguía evitar enojarse y acabar diciendo cosas que no debía de puro odio para herir a Atticus. Sus palabras eran lo único que lograba tener impacto en él. No había forma física de herirlo.

Recordó las palabras de Hansel. La Oscuridad que se había apoderado de Atticus cuando éste se convirtió en vampiro...

La muchacha humana se abrazó más fuerte al saco que la cubría y siguió caminando entumecida, sin tener la menor idea de adónde se dirigía. No le importaba. Sólo quería mantenerse en movimiento, seguir alejándose de donde estaba.

Seguro que Atticus enviaría gente a buscarla en el momento en que llegara a palacio para que volvieran a encerrarla en su habitación, pero ella no podría soportarlo.

Necesitaba permanecer en el exterior, notar el aire fresco y el oxígeno que la naturaleza le proporcionaba, e imaginar que aún era libre. Quería sentir que seguía teniendo el control sobre su propia vida. Continuó caminando y adentrándose en el bosque para convencerse de que al menos tenía poder sobre su propio cuerpo.

Tras lo que le pareció una eternidad, se volvió a ver cuánto había recorrido. Ya no podía distinguir las lucecitas que rodeaban el lugar en el que habían cenado.

Se quedó de pie en la oscuridad del denso bosque. Ni a la luz de la luna era capaz de vislumbrar el suelo por donde pisaba, pero incluso sin poder ver nada notaba que tenía un montón de cortes en los pies desnudos. Había sentido pequeños dolores agudos en las plantas de los pies desde el momento en que había emprendido la marcha; le habían parecido soportables al principio, pero ahora las heridas causadas por piedras y ramas estaban haciendo mella en sus extremidades, y un dolor agobiante la había forzado a detenerse.

Poco a poco se tumbó sobre el suelo, se acurrucó para que el saco de Atticus la tapara por completo y la protegiera del frío y cerró los ojos. Imaginó que estaba en la legendaria tierra de Australia de la que tanto le había hablado Ethan, un lugar prohibido a los vampiros, pero en el que los humanos vivían en libertad...

—¿Todavía no la encuentran? —le gritó Atticus a Hansel por teléfono mientras éste buscaba a Evelyn con Jonah y el resto de los guardias en los jardines del palacio.

—No, no la encontramos donde dijiste que la habías dejado, pero no puede estar muy lejos. Es casi imposible que haya salido de palacio, así que no te preocupes. Daremos con ella muy pronto —le aseguró Hansel a su creador mientras recorría el bosque a velocidad humana en busca de cualquier rastro que lo condujese hasta Evelyn—. Nadie le haría daño; todo el mundo sabe que está bajo tu protección y que le cortarías la cabeza a cualquiera que le hiciera un rasguño.

Estará bien, ya lo verás.

En la distancia podían oírse a los guardias del rey gritando el nombre de Evelyn. Hansel vio a Jonah delante de él, examinando cada palmo del bosque en busca de huellas.

—No me preocupa lo que pueda hacerle nadie, lo que me preocupa es lo que podría hacerse a sí misma —suspiró Atticus—. No tendría que haberla dejado sola, debería haberla traído conmigo.

—Atticus, hiciste lo correcto. Lo que Evelyn necesita ahora mismo es un poco de tiempo en soledad. No creo que, después de lo que ha pasado, ninguno de los dos estén lo suficientemente estables como para estar juntos. Lo que más me preocupa es el trauma emocional que todo esto puede haberle causado y cómo habrá afectado a la opinión que tiene de ti.

—Nunca volverá a confiar en mí, ¿verdad?

¿Lo había hecho alguna vez? Hansel sabía que era mejor no formular esa pregunta.

—No digas eso. No sabremos nada hasta que la encontremos, pero la verdad es que la has jodido otra vez, Atticus. ¿Qué ha hecho para que te comportaras con ella de una forma tan violenta? —siseó Hansel intentando contener la ira que sentía hacia su amigo por el modo en que había tratado a Evelyn, aunque por otro lado no pudo evitar sentir una cierta alegría al pensar que lo acontecido disminuía todavía más las opciones del rey de ganarse el corazón de la chica.

Hansel no entendía por qué sentía tanto alivio cuando en realidad no debería. No debería bajo ningún concepto. Sabía que, a pesar de su amistad, el rey no dudaría en separarle la cabeza del cuerpo si se enteraba de que sentía algo por ella.

En realidad, ni él mismo sabía por qué sentía algo hacia ella, pero estaba claro que entre los dos había un vínculo especial. Puede que no fuera más que deseo —era preciosa—, o quizá fuera algo más, no estaba seguro; todo cuanto sabía era que no lograba librarse de ello por mucho que lo intentara.

—¿Que por qué me comporté así? ¿Cuál es la razón detrás de cada una de las reacciones violentas que me ha provocado? Los celos —oyó decir Hansel al monarca con ironía—. Soy el rey, amo y señor de este planeta, podría tener a todas las mujeres que quisiera, y voy y me enamoro de la única que no quiere saber nada de mí. A lo mejor Venecia tenía razón: soy un monstruo al que es imposible amar.

Hansel permaneció en silencio. Atticus no solía hablar de Venecia, ése era un tema espinoso, y cuando lo hacía sólo quería decir una cosa: estaba muy arrepentido de lo que había hecho y pagaba el precio de sus actos con un gran sentimiento de culpa.

Jonah se volvió a escuchar a Hansel consolando a Atticus por teléfono, convenciéndolo de que a la chica humana no le habría pasado nada y pronto la encontrarían.

—Increíble... —dijo Jonah para sí.

Atticus era el vampiro más poderoso de entre los Primigenios: al contrario que Hansel o Jonah, Atticus no había sido convertido por otro vampiro, sino creado gracias a la magia, y la magia seguía corriendo por sus venas. Por eso, los vampiros de primera generación como él podían convertir a cualquiera en vampiro sin que nada saliera mal.

Como miembro de la primera generación, Atticus era más veloz y más fuerte que cualquiera fruto de una conversión, por no hablar de todos los poderes especiales que la magia le proporcionaba y del hecho de que tenía poder sobre todos aquellos a los que había convertido en vampiros él mismo.

Ésa era una de las razones por las que Atticus seguía siendo rey: nadie podía derrocarlo a causa del gran número de leales servidores que lo defenderían hasta la muerte. Por eso los vampiros habían ganado la guerra tan fácilmente: porque eran un equipo inseparable. En cambio, los humanos de aquella época habían sido egoístas y cada país había luchado por sus propios intereses. La humanidad, al contrario que los vampiros, nunca se había unido como raza.

—Eve, ¿ves todas esas estrellas? —le preguntó Ethan con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Claro, no estoy ciega —se burló la chica acercándose más a él.

—¿Crees que hay dioses viviendo en ellas?

—¿Qué? ¿Dioses? Ya has estado leyendo demasiada mitología otra vez, Ethan Redfern: los dioses no existen.

Él puso los ojos en blanco.

—Pues claro que existen, Eve. Incluso si no hay dioses-dioses, seguro que hay criaturas divinas en algún rincón del vasto espacio al que llamamos universo. No puede ser que los vampiros sean los únicos seres superiores, tiene que haber otras razas igual o más poderosas, y éstas serían dioses... —Ethan le pellizcó la nariz—. Si alguna vez te encuentras en un momento de necesidad, mira las estrellas y grita con todas tus fuerzas; si estás lo suficientemente desesperada, y si tus palabras son verdaderas, los dioses las oirán y acudirán en tu ayuda.

—Anda ya... —replicó Evelyn con un suspiro incrédulo.

De repente, Evelyn se vio forzada a salir de su ensoñación al notar que algo punzante le golpeaba los brazos entumecidos.

—Au... —murmuró abriendo los ojos.

Pero en cuanto vio lo que estaba clavándole las zarpas en el brazo, se le paró el corazón.

Ante ella tenía un gigantesco lobo con los ojos más azules que había visto en su vida, tanto que le pareció que ninguna criatura de este mundo podía tener unos ojos tan brillantes.

«Mierda —se dijo, e instintivamente trató de apartarse del animal, pero no pudo—. Voy a morir —fue el pensamiento que cruzó su mente al ver al lobo mostrarle los colmillos y proferir un aullido aterrador—. Voy a morir sin despedirme de Hansel, de mis padres, de Ethan, de Nora, de Alice...».

Por un segundo, no pudo evitar pensar en lo irónico que resultaba que hubiera sobrevivido a varios ataques del mismísimo rey de los vampiros para acabar siendo devorada por un lobo gigante.

—¡Evelyn! —gritó entonces alguien en la distancia, y el lobo volvió a aullar y a enseñar los afilados colmillos al oírlo.

—¡Ayuda! —intentó decir ella, pero tenía la garganta seca y ronca y no emitió sonido alguno.

«¿Por qué pides ayuda? —le preguntó una voz en su interior—. El lobo va a matarte, ¿no era eso lo que querías?».

El animal gruñó y Evelyn no pudo contener las lágrimas. Sí, había pensado en poner fin a su vida muchas veces porque era la forma más fácil de escapar de sus problemas y de Atticus, pero en ese momento, al verse cara a cara con la muerte, se dio cuenta de algo.

No quería morir, quería vivir.

Porque sin vida no había esperanza, y entonces nunca sabría si las cosas iban a mejorar.

Dirigió la vista hacia las estrellas, que brillaban con fuerza en la oscura bóveda celeste.

«¡Ayuda! —rezó en silencio—. Por favor, ayúdenme, no quiero morir, todavía no...».

—¡Evelyn! —oyó gritar a una voz conocida.

Justo entonces, como un ladrón al que hubieran atrapado *in fraganti*, el lobo echó a correr alejándose de ella.

—¿Hansel?

—Evelyn, no debería estar aquí fuera —le advirtió Bree nerviosa, mirando en todas direcciones del jardín vacío.

Aunque no había ni un guardia a la vista, la doncella temía que alguien las descubriera allí, cuando el rey había dado órdenes expresas de que la joven debía permanecer bajo arresto en su habitación al menos durante una semana para recuperarse de la grave hipotermia que había sufrido la semana anterior.

—No te preocupes; si alguien nos ve, di que te he obligado a acompañarme. Me haré responsable de haber contradicho las órdenes del rey, te lo prometo.

Estaban en el mismo bosque en el que Evelyn se había perdido hacía unos días. La chica dio un largo suspiro al recordar el lobo que había visto y cuyos ojos, de un profundo azul, no había logrado olvidar desde entonces.

«No hay lobos en los jardines de palacio —le había respondido Bree cuando por fin había reunido la confianza suficiente como para contarle el terrible encuentro tres días más tarde—, pero sí hay perros... A lo mejor fue eso lo que vio.»

«No, no era un perro, era un lobo —se recordó ella a sí misma—. Los colmillos de los perros no son tan afilados ni sus ojos tan brillantes. Definitivamente, era un lobo.»

—¿Sigues pensando en ese lobo, Evelyn? —le preguntó Bree.

Su señora asintió, pero se llevó el dedo a los labios para indicarle que guardara silencio.

—No lo digas demasiado alto, eres la única persona a quien se lo he contado. Nadie aparte de ti lo sabe, y espero que mantengas el secreto. —Evelyn habló con severidad, clavando sus asustados ojos en la muchacha.

—Debería habérselo contado a lord Hansel o a Jonah. Si realmente hay un lobo merodeando por los jardines de palacio, todos los humanos que vivimos en él corremos peligro.

Bree tenía razón. Al guardarse la información para sí, Evelyn podía no sólo estar poniéndose a sí misma en peligro, sino a todos los demás miembros de la corte incapaces de defenderse de una criatura semejante. Sin embargo, algo en su interior la impelía a no decir nada al respecto.

Había algo en aquel lobo, algo extraño... Le había hecho pensar en una historia que le había contado Ethan sobre el papel que los lobos habían desempeñado en la Gran Guerra entre humanos y vampiros, algo importante que, sin embargo, no era capaz de recordar con claridad.

—¿No se supone que tendrías que estar en la cama descansando? —preguntó de pronto una voz a sus espaldas.

Bree se tensó, temiendo las consecuencias que le acarrearía haber desobedecido las órdenes del rey de asegurarse de que Evelyn permanecía en su habitación descansando a toda costa, pero su señora sonrió.

—¿No tienes cosas más importantes que hacer que merodear por los jardines? —preguntó ésta a su vez en tono travieso.

Contenta, se volvió para ver a Hansel, sonriente como siempre.

—Hola, peligro.

—Hola, vampiro.

Ambos rieron ante la broma compartida.

—No deberías estar aquí. —Él señaló a su alrededor—. El viento otoñal no ayudará en nada a tu hipotermia.

—Ya, pero es que si me quedo otro día en ese cuarto me moriré de aburrimiento o asfixiada por las atenciones de Bree —lo dijo mirándola— y de Aqua, no tanto de Scarlet.

—Sabes que nada de esto sería un problema si hubieras aceptado beber un poco de mi sangre cuando te encontré, ¿verdad?

—Sí, lo sé, pero no quiero beber de tu sangre cada vez que me pasa algo; necesito sufrir las consecuencias de mis actos de vez en cuando.

—Sabias palabras. —Hansel miró a Bree y sonrió—. ¿Por qué no vuelves a palacio? Yo me ocupo de la señorita Blackburn.

—Sí, señor —respondió la doncella al instante antes de correr en dirección a las puertas de cristal que daban acceso al castillo.

—Parecía muy asustada —comentó Hansel antes de ayudar a Evelyn a levantarse.

—Le daba miedo que la castigaras por desobedecer las órdenes de Atticus de mantenerme encerrada en mi habitación.

Él suspiró y le ofreció el brazo para que se apoyara, al que ella enlazó el suyo sin dudar.

—Y supongo que, como tú, esa humana odia a los miembros de mi raza.

—No es que odie a los vampiros, es que le da miedo meterse en algún lío por desobedecer al rey. Y, para tu información, yo no odio a todos los miembros de tu raza, tú me caes bastante bien —respondió Evelyn con una sonrisa de oreja a oreja mientras él empezaba a andar por los jardines a paso lento.

Aunque no deberían, sus palabras inspiraron a Hansel una intensa emoción que le costaba explicar.

—¿Qué me hace tan distinto del resto de los vampiros?

—Me salvaste la vida —dijo risueña, después sacudió la cabeza—. Pero no es sólo eso: eres el único que me ha demostrado algo de amabilidad, al contrario que Atticus o que el marido de Alice, lord Marcus.

—Marcus es un buen tipo. Es considerado, cariñoso y probablemente uno de los pocos vampiros que todavía muestra algo de compasión hacia la raza humana. En cuanto a Atticus —Hansel estaba en desacuerdo con la forma en que su creador trataba a Evelyn, pero no podía evitar defenderlo—, ya sé que lo ves como a un monstruo, pero, créeme, no lo es. Es un gran monarca y salvó este planeta y a tu gente de la destrucción. No sabes cómo eran las cosas antes del advenimiento de la Nación Vampírica, ni te imaginas el nivel de codicia al que había llegado la raza humana. Sus líderes se habrían matado unos a otros y

aniquilado el mundo de no ser por nuestra intervención. Y en cuanto a la forma en la que se comporta contigo, te aseguro que lo hace todo porque te quiere.

«No es amor.» Evelyn miró hacia otro lado.

—Todavía no entiendo qué es lo que ve alguien tan poderoso en una simple humana como yo que ni siquiera siente lo mismo por él.

Hansel se encogió de hombros.

—El amor puede resultar inexplicable a veces. Lo que dice siempre es que contigo fue amor a primera vista. A lo mejor tiene que ver con la naturaleza intentando cambiar la actual situación entre vampiros y humanos.

Ella lo miró confundida, pero antes de que pudiera decir nada, él siguió con la conversación.

—Y en lo que respecta al rey..., ¿has hablado con él últimamente?

Evelyn se echó a reír.

—¿Tú crees que quiero verlo y mucho menos hablar con él después de lo del otro día?

—Eve, Atticus no estaba siendo él mismo, no lo culpes por todo.

—No lo hago, cada acción tiene una reacción igual y opuesta, y su reacción fue provocada por mis acciones, lo sé, pero estuvo a punto de violarme. Lo siento, ya sé que es tu creador, que te importa y que quieres que sea feliz. También sé que ahora ésta es mi vida y que al menos debería darle una oportunidad, pero no puedo. ¡Nunca podría querer a alguien así, Hansel! No puedo pasar por alto su violencia, sus ataques de ira, su naturaleza celosa... Dice que me quiere, y sin embargo no le importan mis sentimientos lo más mínimo.

Hansel no sabía qué decir. Bajó la cabeza como si estuviera avergonzado y la sacudió en señal de indignación. Evelyn se dio cuenta de que quería defender a Atticus, pero no sabía cómo.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Una parte de mí cree que te agasaja porque se preocupa por ti, Evelyn. Eres humana, y aunque no lo creas o no te des cuenta, los humanos son increíblemente frágiles y delicados comparados con nosotros. Lo que ha hecho es imperdonable, pero en realidad está intentando protegerte. Si yo estuviera en su lugar, admito que... —Hansel se interrumpió antes de acabar la frase.

—¿Qué?

«Si yo estuviera en su lugar y pudiera expresar lo que siento por ti sin que me mataran, admito que haría lo mismo: asegurarme de que estás a salvo a toda costa», pensó él.

Evelyn lo miraba con unos ojos como platos.

—¿Qué es lo que admites?

—Yo, yo... —Hansel tartamudeó buscando un modo de salir del jardín en el que se estaba metiendo.

Por suerte, ambos fueron interrumpidos por una voz profunda y severa.

—¡Hansel! —gritó la voz, y él se volvió inmediatamente para ver a Jonah, el capitán de la guardia personal de Atticus, andando hacia ellos con expresión consternada.

Al instante, apartó su brazo del de Evelyn como si lo hubieran atrapado haciendo algo malo.

—Jonah —lo saludó—, ¿me necesitas para algo?

—Sí, ha habido un problema con uno de los... *invitados* de Atticus... Vaya, con el humano. No está en su... *habitación*. —El tono de Jonah denotaba que se trataba de un asunto muy serio—. Necesito que me ayudes a buscarlo.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Evelyn expectante, contenta de poder hacer algo que no fuera permanecer sentada en su habitación hablando de vestidos y peinados con sus doncellas.

—No —respondió Jonah fríamente sin mirarla.

—Bien —dijo Hansel—, escoltaré a Evelyn hasta su cuarto y luego bajaré a las *habitaciones de invitados* para comprobar que todo esté en orden, ¿de acuerdo?

—Está bien —contestó Jonah con brusquedad antes de desaparecer a una velocidad sobrenatural.

—Vamos, peligro, de vuelta a tu habitación. —Hansel sonrió y arrastró a la chica hacia palacio.

—Pero yo no quiero volver a mi habitación, ¡quiero ayudarte a buscar a ese invitado! —se quejó ella, pero lo siguió porque sabía que de ningún modo podría librarse del fuerte brazo que la sujetaba.

—Créeme, Evelyn, no quieres ayudarme a encontrar a ese invitado...

—Pero es humano, me gustaría conocerlo.

—Si alguna vez pusieras los ojos sobre él, Atticus seguramente lo mataría —respondió Hansel en tono irónico, pero Evelyn no lo captó.

La muchacha no creía que Atticus fuera capaz de matar a alguien sólo porque ella lo mirara, pero, por si acaso, prefirió no poner la teoría a prueba.

—¿No puedo quedarme un rato más en el jardín? ¡Me encanta el aire fresco!

—No, Evelyn, lo siento. Si pudiera, te dejaría, pero no puedo.

Ella frunció el ceño y estudió los tensos hombros de Hansel mientras éste prácticamente la llevaba a rastras al interior del palacio y hasta el elevador. Tenía esa expresión de alarma en su rostro que ya le había visto anteriormente, más propia del campo de batalla que de alguien que acompaña a una dama a sus aposentos.

—Creo que a ese Jonah no le caigo muy bien —comentó ella en el elevador que llevaba a la planta en la que estaba su habitación.

—No te lo tomes como algo personal. Jonah es un tipo serio. Supongo que es lo que pasa cuando vives más de un milenio —le susurró él mientras la dirigía rápidamente por el pasillo, comprobando cada rincón a su paso.

Pensó que ella no se daría cuenta, pero lo hizo.

Evelyn iba a preguntarle qué estaba pasando justo cuando llegaron frente a su puerta, pero al ver algo diferente se distrajo. Había un guardia apostado junto a ésta. Nunca había tenido un guardia vigilando la puerta de su habitación...

—Se suponía que debería estar dentro —se quejó el tipo musculado.

—Lo siento, me la llevé a dar un paseo —respondió Hansel—. Cuida de ella, ¿okey?

El guardia la escoltó al interior, y Hansel se alejó a velocidad vampírica sin despedirse. Estaba escondiéndole algo, Evelyn lo sabía.

—No deberías haber salido de la habitación —le espetó Scarlet en cuanto entró por la puerta y el guardia la cerró tras ella.

—¿Por qué?

—Porque Atticus vino al poco tiempo de que te fueras, y no parecía muy contento al ver que no estabas aquí.

—¿No estaba contento? Genial —dijo ella con frialdad.

Su mente estaba demasiado consternada por el extraño comportamiento de Hansel como para preocuparse por Atticus.

—No vino con las manos vacías —añadió Aqua, y se dirigió hacia Evelyn con una sonrisa de oreja a oreja y una cajita en la mano.

—¿Qué es eso?

—¡Ábrelo! —le pidió Aqua entusiasmada.

Evelyn levantó la tapa y vio un extraño objeto negro rectangular y una nota.

No prestó ninguna atención al brillante rectángulo, pero tomó de inmediato el papel para leerlo.

Sé que lo que hice en tu cumpleaños estuvo mal, pero, por favor, acepta este teléfono celular en señal de disculpa. He grabado el número de tu familia en él, puedes llamarlos cuando quieras, diez minutos al día. Espero que aceptes este regalo, y te ruego que vengas a cenar conmigo a mi habitación esta noche.

Pedirle a Evelyn que cenara en su habitación había sido un paso atrevido y estúpido, Atticus lo sabía, pero no tenía otra opción. Quería darle a la chica un poco de espacio después de lo que había sucedido durante la anterior cena con ella porque pensaba que era lo que necesitaba, pero ya no podía seguir alejado de ella por más tiempo. Y menos tras el incidente de esa mañana.

Dejar a Evelyn en su habitación era demasiado arriesgado; incluso con todos los guardias y las doncellas custodiándola, el rey estaba seguro de que sucedería algo. Esa misma mañana había ocurrido lo inimaginable.

De algún modo, Ethan Redfern se había escapado de su celda situada en las mazmorras del castillo y andaba ahora a sus anchas quién sabía dónde. El monarca estaba seguro de que Evelyn ocupaba el número uno de la lista de pendientes del humano: jamás abandonaría el palacio sin ella. Además, como el rey le había dicho a la joven que había enviado a Ethan a casa el día de su llegada, si ella se enteraba de que le había mentado, lo odiaría más aún.

Las mazmorras estaban situadas en el extremo del palacio opuesto al lugar donde residían Evelyn y Atticus, Ethan no tenía ni idea de dónde estaban, y todos los guardias lo estaban buscando, así que el rey, en realidad, no tenía por qué preocuparse por aquel patético chiquillo. La mayoría de la gente en su lugar no se habría preocupado tanto de encontrarlo y volver a meterlo entre rejas, puesto que no parecía que fuera una amenaza tan grande.

No obstante, Atticus no se había convertido en monarca por dejar pasar las cosas y asumir que todo saldría bien porque sí. No, tenía una inteligencia fuera de lo común y era buen observador y cauteloso hasta extremos insospechables. Por eso era un buen rey y un buen líder, porque nunca se la jugaba; al contrario, siempre usaba lo que tenía a su alcance para asegurarse de que todo saldría bien.

Además, en las mazmorras había encerrados prisioneros con todo tipo de influencias y contactos; algunos de los criminales más peligrosos y poderosos del mundo estaban presos allí. Y ¿por qué? Porque la seguridad en el palacio real era mayor que la de cualquier otro centro penitenciario del planeta. Ésa era una de las razones por las que todos esos criminales estaban encerrados en el mismo lugar.

Las mazmorras disponían de treinta y seis plantas diferentes, todas ellas llenas de celdas, y estaban diseñadas como un laberinto inextricable. Su compleja estructura era uno de los mejores mecanismos de seguridad. No importaba quién fueras, si no tenías a alguien que pudiera guiarte por aquel laberinto imposible, tus oportunidades de escapar eran casi nulas.

Atticus dudaba que alguien tan insignificante como Ethan Redfern fuera capaz de huir de las mazmorras. Alguien debía de haberle ayudado, pero ¿quién y por qué? ¿Habría algún traidor entre los muros del palacio? ¿Traicionaría alguien a su rey para salvar a un muchacho humano? No estaba seguro.

No sabía qué había hecho el chico Redfern para haber conseguido escapar, y en ese momento prefirió no dedicarle demasiado esfuerzo a pensarlo. Lo que lo preocupaba era asegurarse de que Evelyn no se enterara de lo que le había hecho a Ethan en los últimos meses porque, si lo hacía, la ya tensa relación entre ellos se volvería más insostenible aún.

Atticus suspiró. Quería a Evelyn, eso era indudable, pero cada vez que tenía la impresión de que las cosas entre ellos iban por buen camino o parecían mejorar, ahí estaba él para estropearlo.

«Esta vez me comportaré», se prometió. Pasara lo que pasara, mantendría la calma e impediría a su lado oscuro tomar el control. Si no lo hacía, sería el final para él y para Evelyn; su relación podría deteriorarse tanto que ya no importaría cuánto lo intentara, pues nunca podría reparar el daño causado. Si es que no habían llegado aún a ese punto...

Mientras Atticus se agobiaba pensando en formas de mantener su ira bajo control, en la planta inferior a la suya, Evelyn también estaba agobiada.

—Vamos, ¿por qué no llamas a tus padres? ¿No los echas de menos? —preguntó Aqua tendiéndole el celular con una sonrisa amable a la joven, que estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y expresión sombría.

Aqua y Bree le cepillaban el pelo para la cena de aquella noche con Atticus, y Scarlet estaba junto a la cama escogiendo las joyas que debía llevar.

—¡Claro! Es todo un honor que el rey te haya concedido la libertad de hablar con tu familia cada día, aunque sean diez minutos, ¡no puedes dejar escapar esta oportunidad! Cada segundo cuenta, y si no los llamas ahora, ¡puede que sea demasiado tarde cuando vuelvas después de cenar!

—Si es que vuelve, quieres decir... —intervino Scarlet, y, por suerte para ella, la mente de Evelyn estaba tan ocupada que no oyó su comentario malintencionado.

La joven jugueteaba con el celular que Atticus le había dado y tragaba saliva nerviosa. Quería llamar a sus padres, obviamente. En ese momento no se le ocurría nada más reconfortante que oír la voz de su madre o la de su padre, o incluso la de Nora..., aparte de la de Ethan, claro, aunque dudaba que pudiera volver a oír esta última alguna vez.

Quería hablar con su familia, pero tenía miedo. A Evelyn no le parecía que Atticus fuera el tipo de persona que haría eso por ella sin esperar nada a cambio. Volvió a tomar la nota que iba con el teléfono. ¿Cenar en su habitación? Cerró los puños con fuerza. Intuía cuáles serían sus intenciones... Aun así, era el rey y sus peticiones eran órdenes; desobedecerlas podía ser considerado traición.

Así pues, media hora más tarde, Evelyn estaba en la severamente custodiada puerta de la habitación de Atticus. Los guardias la miraron con desdén antes de abrir.

—El rey se encuentra en su sala de estar.

Vacilante, Evelyn asintió con la cabeza y entró.

—¡Guau! —No pudo evitar proferir una exclamación al ver el tamaño de dicha «sala», que más bien parecía una pequeña mansión.

Vio una lámpara de araña brillante sobre su cabeza y sofás de cuero negro en el centro de la estancia, además de un televisor de plasma enorme colgado en una de las paredes. Había varias puertas que daban a la sala, y asumió que debían de ser otras estancias privadas del rey.

Una de las puertas de la izquierda se abrió y de ella salió Atticus. Lucía tan apuesto e impresionante como siempre, con uno de sus elegantes trajes oscuros.

—Hola —la saludó con una sonrisa.

—Hola —respondió ella a su vez algo incómoda.

En un segundo, Atticus cruzó la habitación para colocarse a su lado.

—Estás muy guapa —dijo señalando su vestido negro hasta la rodilla. Era sencillo, pero en ella parecía la prenda más increíble que hubiera visto.

—Tú también —respondió Evelyn, aunque su voz sonó agitada y nerviosa. Atticus notó el miedo que irradiaba su piel y lo aterrada que estaba.

«Sé amable, sé cortés, sé agradable y, pase lo que pase, no te enfurezcas y la ataques de nuevo», se recordó mientras la guiaba hacia la habitación donde iban a cenar.

Cuando entraron, ninguno de los dos dijo nada.

Cuando se sentaron, ninguno de los dos dijo nada.

Y, cuando un mesero apareció para servir el primer plato, ninguno de los dos dijo nada.

Ninguno de los dos sabía qué decir, y el silencio era mejor que los gritos que habían intercambiado la última vez que se habían encontrado en las mismas condiciones.

Atticus levantó la vista del plato. Quería romper el silencio, pero no sabía cómo, así que dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Te gusta la comida?

—Sí, está buena —respondió Evelyn sin mirarlo, llevándose el tenedor lleno de algas a la boca.

—Me enteré de que las algas son una de tus comidas favoritas —comentó él intentando mantener una conversación, pero Evelyn no tenía ganas de hablar y simplemente asintió con la cabeza, poniendo punto final a la misma.

Dándose por aludido, él se mantuvo en silencio, dando a la chica tiempo para que se relajara y se acostumbrara a su presencia.

En silencio, la observó comer despacio y de forma elegante y refinada. Un mechón de ella le cayó sobre la cara e interceptó la vista de Atticus un momento; le entraron unas enormes ganas de volver a colocárselo en su sitio, pero se contuvo. Quería que ella se sintiera cómoda, y un movimiento brusco podría acabar con el ambiente de tranquilidad.

Una vez que terminaron los entrantes, apareció un criado para servirles el plato principal.

—Pato asado con glaseado de frambuesa —anunció Atticus, y vio los ojos de Evelyn iluminarse al descubrir su plato favorito—. He estado indagando... He oído que éste era uno de tus platos favoritos cuando eras pequeña.

—Mi abuela solía preparármelo siempre de niña... —Evelyn sonrió incómoda—.

Hace años que no lo pruebo.

—Me alegro de que lo degustes conmigo después de tanto tiempo. —Atticus le dedicó la mejor de sus sonrisas—. Por favor, Pruébalo y dime si es tan bueno como el que te hacía tu abuela.

Evelyn miró a Atticus y, por primera vez en toda la velada, su expresión se dulcificó. Todo el esfuerzo que estaba haciendo por complacerla y para que la cena transcurriera de la mejor forma posible la enterneció.

—Gracias.

Evelyn comió un bocado de pato; el delicioso sabor llenó su boca y una oleada de calidez invadió todo su cuerpo, recordándole muchos momentos felices de su infancia.

—¿Está bueno?

—Está delicioso.

—Me alegro. —Atticus asintió satisfecho—. ¿Has llamado a tu familia ya?

La joven se tensó.

—Yo... —empezó a decir Evelyn asustada, con un hilo de voz.

No sabía qué responder porque la velada estaba siendo tan agradable que prefería poder disfrutar del ambiente y, por una vez, irse sin discutir con Atticus.

—¿Ocurre algo? —preguntó él con expresión alarmada.

—No, nada, yo... No los he llamado todavía.

—¿En serio? —Atticus sonrió y miró el reloj que había sobre la chimenea—. A lo mejor si los llamas ahora todavía los encuentras despiertos. Si lo dejas para mucho más tarde se habrán ido ya a la cama —añadió guiñándole un ojo, inusitadamente afable.

Acto seguido, se levantó de la silla y cruzó la habitación a la velocidad del rayo y, antes de que Evelyn pudiera pestañear, ya estaba de vuelta a su lado.

—Toma —le entregó otro objeto rectangular negro igual de brillante y elegante que el que había recibido Evelyn un rato antes—. Éste es mi teléfono personal, pero puedes usarlo por esta vez. ¿Quieres que marque el número por ti?

—¡Sí! O, bueno, mejor n-n-no... —tartamudeó ella mirándolo aterrada.

El vampiro la miraba fijamente, inocente y confundido, sin entender su repentino cambio de actitud.

«No hagas cosas raras, Evelyn», se recordó la chica a sí misma sin apartar la vista de los ojos castaños de él, que lucían más claros que nunca. Parecía una persona muy distinta de la que se había abalanzado sobre ella y había estado a punto de violarla días antes en el bosque. Este Atticus era dulce, amable, tierno. No tenía nada que ver con el monstruo agresivo y violento que había visto en otras ocasiones.

Hubo una larga pausa en la que ambos permanecieron mirándose. Atticus esperaba que Evelyn hablara, y ella estaba intentando encontrar la forma de expresar lo que quería decir sin ofenderlo y enfurecerlo como las veces anteriores.

—¿Dónde está la trampa? —se atrevió a decir por fin tras lo que pareció una eternidad.

—¿Qué?

Evelyn respiró hondo y decidió ir directa al grano.

—¿Qué tendré que hacer a cambio de que me dejes ponerme en contacto con mis padres?

Las primeras lágrimas empezaban a amenazar con caer.

—¿Qué te hace pensar que hay una trampa?

—Siempre que haces algo por mí significa que yo tengo que hacer algo por ti.

Por ejemplo, he intercambiado mi libertad por la de Ethan, y mi vida por la de mi familia. —Evelyn no pudo contenerse más y se echó a llorar, pero no fue hasta que notó su voz ronca al final de la frase que se dio cuenta de que lo hacía.

—Bueno, supongo que es inevitable que pienses así.

Atticus se arrodilló junto a la silla en la que ella estaba sentada y le tomó la mano. Para su sorpresa, la joven no se movió ni la apartó, aunque eso no quería decir que se la dejara tomar por gusto. Era consciente del miedo que le tenía Evelyn por la velocidad a la que le latía el corazón y la gran cantidad de sangre que éste bombeaba a todo su cuerpo.

—Siento lo de Ethan y todo el daño que te he hecho, de verdad —repuso—. Pero, por favor, entiendo que me importas, significas mucho para mí, por eso no puedo soportar la idea de no tenerte cerca. Puedes llamarme egoísta u obseso del control, llámame lo que quieras si eso te hace sentir mejor acerca de todo por lo que estás pasando. Supongo que a estas alturas me odias profundamente, ¿no? —Miró a Evelyn a los ojos, expectante, pero ella no le dio ninguna respuesta y mantuvo sus labios sellados por miedo a hacerlo enojar—. No debes tenerme miedo, esta noche tengo mi lado oscuro bajo control, pero me tomaré tu silencio como un sí... —Respiró hondo antes de continuar—. Siento haberte apartado de tu familia y separado de ese chico humano. Ya sé que lo apreciabas y que echas de menos a tus seres queridos. De todas las cosas malas que he hecho en la vida, lo que más me duele es haberte herido. Te quiero, Evelyn, deseo que seas feliz, pero no soy tan abnegado como para verte ser feliz con otro. Lo siento.

Entonces ella hizo algo que Atticus no esperaba. Por primera vez desde la noche en que se habían conocido, voluntariamente se acercó a él sin necesidad de amenazas ni exigencias y tomó su mano para ponerla entre las suyas, intentando contener las lágrimas antes de hablar.

—Atticus, yo...

No obstante, antes de que pudiera seguir, Atticus la interrumpió:

—No, por favor, déjame acabar. Espero que sepas que lamento mucho lo que sucedió el otro día en el bosque y todas las demás veces en las que he sido agresivo contigo. Evelyn, tienes que entender que yo no soy como los demás: a mí no me convirtieron en vampiro como a Hansel o a Jonah, yo evolucioné hasta serlo.

—¿Cómo? —exclamó ella y se apartó de él—. ¿Qué quieres decir con que «evolucionaste»? Si no te convirtió otro, ¿cómo te transformaste de humano en vampiro?

—Piensa. Los humanos necesitan sangre de vampiro para convertirse en uno de ellos, por lo que su linaje tuvo que empezar en algún momento, tuvo que haber un primer vampiro creado hace mucho tiempo resultado de otro método que no fuera la transfusión de sangre...

—Y ¿tú eres ese primer vampiro?

—No, bueno, eh... Más o menos...

Atticus se levantó despacio y le dio la espalda para que ella no pudiera ver su expresión. La historia —o parte de ella— que estaba a punto de contarle nunca había sido un tema fácil para él, sobre todo porque la gente que aparecía en la misma era gente a la que había querido mucho. Eran el motivo de que se hubiera vuelto tan frío, tan apartado del mundo y tan solitario. Atticus había sufrido

grandes desengaños en su vida, y la mayoría databan de la época posterior a su evolución a vampiro.

—Lo que voy a contarte es uno de los secretos mejor guardados de la historia vampírica; sólo unos pocos elegidos lo conocen, y espero que sepas reservarte esta información para ti. —Su tono pasó de ser dulce y amable a irradiar autoridad y poder: era la voz que utilizaba cuando quería recordar a la gente que era el rey.

—No tienes que contármelo si no quieres, no me importa no saberlo —replicó Evelyn—. Si es tan importante mantenerlo en secreto, entonces, que siga siéndolo. Si el resto de la humanidad lo ignora, no me importa ser igual que el resto.

Él sonrió.

—Creo que eres la primera persona que ha declinado el ofrecimiento de conocer cómo se originó la raza vampírica; la mayoría de la gente me suplicaría que se lo contara.

—No quiero que hagas algo si vas a sentirte incómodo —mintió ella. En realidad, no quería conocer la historia de una raza que tenía esclavizada a la suya propia, no le interesaba lo más mínimo—. Creía que la historia vampírica era una asignatura obligatoria en las escuelas, ¿cómo puede ser un secreto si está impresa en cada libro de texto del mundo?

—¿Has leído esos libros?

—Sí, claro, pero no recuerdo mucho, nunca me interesó demasiado esa materia. «Me interesaba más la historia humana, la de antes de que salieran de las sombras y dominaran el mundo», le faltó decir.

—Todo lo escrito en esos libros no es más que un montón de mentiras: nos describen como dioses y dicen que todas las demás especies deben adorarnos y seguir nuestras órdenes. Pero no dicen nada de las muchas adversidades a las que los Primigenios tuvimos que enfrentarnos para poder sobrevivir y llegar tan lejos. —Atticus apretó los puños con fuerza sin darse cuenta y notó una punzada de rabia al haber permitido que se imprimieran esas mentiras que no daban cuenta de todo por lo que habían pasado él y sus amigos.

—Si no quieres hablar de ello, no hace falta que lo hagamos, en serio.

—No, quiero que conozcas la historia, pero a juzgar por tu tono de voz creo que quizá no estás preparada...

—Es una historia desoladora, ¿no?

Atticus asintió.

—Pues entonces prefiero no oírla.

—Muy bien, sólo te contaré lo esencial, lo que necesitas saber. Hace mucho tiempo, en un lugar olvidado del mundo llamado Atlántida, los primeros seis vampiros fueron creados por un tipo de magia tan antigua, tan oscura y tan peligrosa que los atlantes y los dioses a los que adoraban la prohibieron. En esa época, la humanidad era joven y estúpida, no sabían lo que tenían entre manos. Pensaban que estaban haciendo un favor a su especie utilizando dicha magia, pero en realidad era todo lo contrario. —Los ojos de Atticus empezaron a arderle por las lágrimas que intentaba reprimir, pero consiguió retenerlas. Tenía mucha práctica tras siglos y siglos de esconder sus sentimientos.

Evelyn no perdía detalle de cada uno de sus movimientos. Por cómo se

expresaba, intuyó que le estaba revelando algo que era muy personal y especial para él, algo que lo avergonzaba y de lo que estaba arrepentido.

—Yo soy uno de esos seis humanos que evolucionaron hasta transformarse en vampiros: soy uno de los primeros vampiros que existieron. Verás, en ese momento no nos dimos cuenta de cómo... —hizo una pausa para dar con la palabra adecuada—, de cómo de poderosa era la magia que usábamos y cómo podría afectarnos y cambiarnos a peor. Hansel, Jonah, Marcus y todos los demás vampiros del mundo son muy afortunados de no haber tenido que soportar todo lo que tuvimos que hacer ni pasar por algo tan difícil como acostumbrarnos a nuestras nuevas realidades. Pagamos un precio muy alto por lo que hicimos. Todavía sufro las consecuencias hoy en día.

—¿A qué te refieres? —preguntó Evelyn sin entender muy bien qué quería decirle.

—Cuando los Ancianos de la Atlántida se enteraron de lo que habíamos hecho, nos castigaron: nos condenaron y juraron que sufriríamos durante toda nuestra existencia, que harían de nuestras vidas un infierno para que prefiriésemos estar muertos.

—¿Qué les hicieron?

—Primero, nos maldijeron y se aseguraron de que dicha maldición pasara a todos los vampiros a los que convertíamos: el deseo constante y la necesidad de sangre humana para sobrevivir. Luego utilizaron otra maldición distinta para cada uno de nosotros, algo que magnificara nuestro lado oscuro y nuestros deseos más malignos. —Miró a Evelyn con ternura y tomó su mano de nuevo—. Te quiero y quiero que seas feliz, pero no puedo. Lo que los Ancianos magnificaron en mí fue mi mal genio, mi necesidad constante de controlarlo todo, mi posesividad, no poder ser segundo ante nadie ni soportar que alguien sea feliz con algo que yo no puedo tener. Si yo no lo tengo siempre, me aseguraré de que nadie más lo tiene.

Sus palabras sonaban a advertencia, e hicieron sonar todas las alarmas en la mente de Evelyn. Por un instante, pensó que la historia iba a repetirse de nuevo y que Atticus se convertiría en el monstruo que había visto hacía unos días en el bosque, el que no soportaba saber que todavía quería a Ethan.

Esperó que se convirtiera en ese animal violento y que se le echara encima en cualquier instante, le destrozara el vestido y acabara lo que había empezado el día de su cumpleaños. Pero no ocurrió.

En su lugar, Atticus hizo algo del todo inesperado.

Se hincó de rodillas con las lágrimas cayéndole de los ojos como dos riachuelos. Suavemente, pero con firmeza, la acercó hacia sí. Incluso estando ella sentada y él de rodillas, seguía siendo más alto. La besó en la frente y la rodeó con los brazos como si ella fuera la única cosa que lo mantenía con vida.

—No me dejes, por favor, por favor, por favor. No me dejes, estoy cansado de estar solo. No puedo perderte... No puedo.

Por primera vez, Evelyn vio cómo era Atticus en realidad, lo roto que estaba por dentro.

Toda esa fachada de arrogancia, de no aceptar un no por respuesta, era falsa porque, de hecho, estaba solo y asustado y lo aterraba en lo que se convertía cuando perdía el control.

Él dudó un momento, pero al final se atrevió a dar un paso y juntó sus labios con los de Evelyn. Y ella no los apartó.
Fue su primer beso. Su primer beso de verdad.
—Te quiero.

—¡Espere, señor, por favor! El rey ha pedido que no se le moleste —protestó el guardia al ver a Hansel dirigirse hacia los aposentos de Atticus con paso decidido.

—¡Esto es importante! Me hago totalmente responsable —gruñó el lord antes de abrir de par en par la puerta de la habitación del rey con tanta fuerza que los papeles que llevaba en la mano salieron volando—. ¡Atticus! ¡Tenemos que registrar los pasadizos secretos ahora mismo, la guardia se ha pasado la noche buscando por toda la Ciudadela Real sin encontrar ni rastro de Eth...! —Hansel se detuvo en seco.

¿Alguna vez han deseado no haber visto algo?

¿Alguna vez se han enterado de algo que los ha destrozado por dentro pero han tenido que hacer ver que no les importaba o incluso que se alegraban de ello?

Siempre es duro sentir algo por alguien a quien no puedes tener, sobre todo cuando ese alguien pertenece al rey, tu mejor amigo y tu creador.

Hansel sabía que existía la posibilidad de que Evelyn acabara queriendo a Atticus. Sobre todo, porque él era el único hombre al que ella podría amar sin que acabara condenado a muerte. Pero aun así no lograba controlar sus sentimientos hacia ella. Por mucho que lo intentaba, no se la quitaba de la cabeza. Por mucho que lo intentaba, Hansel sentía algo especial por Evelyn. Y si le quedaba alguna duda al respecto, acabó de quedarle claro en el momento en que entró en la habitación del rey a la mañana siguiente de que Ethan se escapara.

—E-Evelyn... —Pronunció su nombre presa del pánico al ver la escena que tenía delante.

La joven estaba plácidamente dormida, tan preciosa como siempre, bajo las sábanas de la cama de Atticus.

—Shhh, no la despiertes —oyó que susurraba una voz que provenía del extremo opuesto de la habitación.

Atticus apareció con tan sólo una toalla alrededor de la cintura, con su cuerpo musculoso y bronceado cubierto de gotas de agua por la ducha que acababa de darse.

—¿Q-q-qué ha pasado? —preguntó Hansel en voz baja.

—Nada. —Su amigo sonrió dándole una palmadita en el hombro. Luego miró los papeles que llevaba—. ¿Qué es eso?

—Es el plano del palacio; hemos comprobado todo el perímetro de los jardines y cada edificio dentro de los muros del mismo, pero no hemos encontrado nada, ni

una pista dejada por Ethan. Creo que o bien se ha escapado y está en algún lugar de la Ciudadela Real o bien sigue escondido en uno de los pasadizos secretos. El rey frunció el ceño.

—Pero eso es imposible, nadie entra o sale del palacio sin mi permiso. Ethan no podría haber escapado aunque pudiera volar. Debe de estar en el palacio, será que no han buscado bien.

Hansel miró el cuerpo de Evelyn tendido sobre la cama antes de volver la vista hacia el rey de nuevo. Habló en un tono de voz tan bajo que sabía que era imposible que el oído humano lo captara.

—Jonah y yo hemos tenido a los guardias buscando a ese humano toda la noche y no hemos encontrado nada. Ni huellas ni ninguna otra traza. Es como si se hubiera esfumado. Nuestro mejor rastreador intentó dar con él ayer y ni siquiera pudo descifrar hacia dónde había escapado.

—¿Qué quieres decir?

—Hay pasadizos secretos bajo las mazmorras, ¿no? ¿Y si...?

—No. —Atticus lo interrumpió antes de que pudiera seguir con su hipótesis—. Eso es imposible: aparte de mí, sólo unas cuantas personas conocen la existencia de esos pasadizos, y sólo yo sé su ubicación.

—Pero no había indicios de que nadie hubiera entrado o salido de su celda. Todo esto es muy raro. No sabemos ni cómo salió...

—Alguien lo ayudó, estoy seguro; de lo contrario, no habría sido capaz de pasar el primer control de guardias. —Atticus dio un suspiro—. Si quieres un trabajo exhaustivo, hazlo tú mismo... Parece que tendré que bajar yo a las mazmorras. Cuida de Evelyn, ¿está bien? Tengo la corazonada de que lo primero que querrá hacer Ethan es venir a buscarla. Y no pienso permitir que la vea.

—Cuidaré de ella y me aseguraré de que no le pasa nada, te lo prometo.

—Gracias. —Atticus le dedicó una breve sonrisa antes de desaparecer a toda velocidad, levantando una ráfaga de viento en la habitación.

Evelyn se despertó al sentir el repentino aire fresco, gruñó y se envolvió con la colcha de terciopelo para protegerse del frío de septiembre, pero notó la luz a través de los párpados cerrados y supuso que ya debía de ser de día. De repente, la claridad le estaba causando un ligero dolor de cabeza.

Abrió los ojos esperando encontrar su cuarto, pero éstos se sorprendieron ante una visión del todo inesperada. Se hallaba en otra habitación, distinta y mucho mayor. Tres paredes blancas estaban abarrotadas de lienzos, probablemente muy antiguos; la cuarta, completamente cubierta por una ventana que iba del suelo al techo, dejando que entrara la luz natural; había una lámpara de araña frente a la cama con dosel. También había una enorme mesa de madera delante del ventanal cubierta con pilas de papeles, una *laptop* último modelo y otros artilugios que Evelyn nunca había visto. Reconoció, en cambio, la televisión plana que había enfrente de la cama.

Quiso fijarse en más detalles, pero no pudo. Las sienes le latían como si alguien se las martillara, y podía oír el ruido de la circulación sanguínea en su propia cabeza. Intentó recordar qué había pasado exactamente la noche anterior.

—Así que estás despierta —murmuró Hansel al verla incorporarse.

—¿H-Hansel? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde estoy?

—¿Qué hago yo aquí? Bueno, iba a preguntarte lo mismo, Evelyn. Y, por si no recuerdas dónde estás, se trata de la habitación de Atticus, y estás en su cama. No tengo claro cómo has llegado hasta ahí.

Cuando su cerebro procesó las palabras de Hansel, su cuerpo se puso en modo de combate.

—¿Ésta es la habitación de Atticus? —jadeó, y luego miró a su alrededor.

Las paredes blancas, la decoración moderna, la normalidad de todo... No había cadenas colgando del techo, ni manchas de sangre cubriendo cada centímetro de la estancia, tampoco calaveras ni ataúdes, nada. La habitación de Atticus se parecía bastante a la que tenía Ethan en la mansión de los Redfern, sólo que era más grande y todo en ella parecía más caro.

Hansel vio su expresión confusa.

—¿Esperabas algo más, no sé..., gótico y oscuro? —la provocó.

Evelyn asintió.

—Mucho mucho mucho más oscuro y terrorífico.

Él se echó a reír.

—No te preocupes, le pasa a mucha gente. Considerando lo violento y siniestro que puede ser a veces, mucha gente se cree que vive en una mazmorra llena de humanos a los que torturar... Pero Atticus no es tan malo una vez que pasas la primera capa endurecida.

«Atticus no es tan malo...».

De pronto, Evelyn empezó a recordar la noche anterior.

Te quiero y quiero que seas feliz, pero no puedo. Lo que los Ancianos magnificaron en mí fue mi mal genio, mi necesidad constante de controlarlo todo, mi posesividad, no poder ser segundo ante nadie ni soportar que alguien sea feliz con algo que yo no puedo tener. Si yo no lo tengo siempre, me aseguraré de que nadie más lo tiene.

Se hincó de rodillas con las lágrimas cayéndole de los ojos como dos riachuelos. Suavemente, pero con firmeza, la acercó hacia sí. Incluso estando ella sentada y él de rodillas, seguía siendo más alto. La besó en la frente y la rodeó con los brazos como si ella fuera la única cosa que lo mantenía con vida.

—No me dejes, por favor, por favor, por favor. No me dejes, estoy cansado de estar solo. No puedo perderte... No puedo.

Él dudó un momento, pero al final se atrevió a dar un paso y juntó sus labios con los de Evelyn. Y ella no los apartó.

Fue su primer beso. Su primer beso de verdad.

Ésas eran las únicas cosas que recordaba de la noche anterior; todo cuanto vino después estaba desdibujado. Recordaba haber bebido esa noche, pero no recordaba haber bebido demasiado... Maldita sea, el alcohol era fuerte, pensó. Luego se dio cuenta de algo.

Miró de nuevo a su alrededor. Estaba en la habitación de Atticus, en su cama...

«Oh, no.»

Temerosa, levantó la colcha y las sábanas y se sintió aliviada al ver un bóxer bajo la enorme camisa que llevaba.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó nerviosa.
No recordaba haberse cambiado de ropa y tampoco por qué se había quedado a dormir en la habitación de Atticus.
—No sé, esperaba que pudieras contármelo tú —dijo Hansel señalando su ropa.
—¿Dónde está Atticus?
—Se ha ido antes de que te despertaras para ocuparse de un asunto —respondió él disimulando. Luego se dirigió hacia la cama para sentarse junto a Evelyn—. ¿No te acuerdas de nada de lo que pasó ayer?
—No... Bueno, recuerdo una cosa, pero... —Frustrada, la joven se apretaba la frente con las manos; el dolor de cabeza no la estaba ayudando a concentrarse para recordar la noche anterior.
—¿Qué recuerdas?
—Recuerdo que me contó que lo habían maldecido magnificando su mal genio, y luego me besó, y entonces...
—¿Que hizo qué?
—Me besó y yo lo dejé, y luego..., a partir de ahí lo tengo todo borroso...
—¿Y has pasado la noche aquí? —suspiró Hansel.
—Sí, eso creo, pero me parece que no hicimos nada...
—No hace falta; para él, que estés aquí ya es motivo de esperanza.

—¿Qué intentas decir, Hansel? —preguntó Evelyn con ojos de cervatillo asustado ante el repentino cambio de actitud del lord.

No sabía cómo ni por qué, pero acababa de dar un giro de ciento ochenta grados en un momento. El dulce y amable Hansel se había esfumado y, en su lugar, una versión brusca y desconsiderada no paraba de hacerle comentarios acusadores.

La asustó notar lo cambiado que estaba. Desde que había llegado al palacio real apenas había podido salir de su habitación, y consideraba a Hansel su único amigo, la única persona con quien podía hablar más allá de sus doncellas; no podría soportar que estuviera enojado con ella. Lo necesitaba para poder sobrevivir allí; era la única prueba de que no todos los vampiros eran despiadados y unos completos egoístas como Atticus; necesitaba la calidez que notaba cuando estaba cerca de él.

—Ya lo sabes —respondió el lord tras mirarla largo rato—. Me has dicho un millón de veces que no querías estar aquí, que no quieres a Atticus y que nada te gustaría más que él dejara de quererte, pero ¿es que no te das cuenta de lo que has hecho pasando la noche aquí, con él?

—¿De qué hablas, Hansel? —preguntó ella alterada.

Él se le acercó con la furia dibujada en la mirada.

—Al dejar que te besara anoche has sellado de forma irreversible tu destino. Has abierto un resquicio de luz en la mente de Atticus y a partir de ahora siempre creerá que tiene una oportunidad contigo. Siempre creerá que su amor por ti es correspondido gracias a ese único beso. —Su expresión pasó del asco al dolor—. Nunca te dejará ir. Serás su preciosa mascota eternamente.

—H-Hansel, lo siento, yo no sabía...

—¿Lo sientes? —rio él—. ¿Crees que sintiéndolo vas a arreglar algo? ¿Crees que arrepentirte hará que Atticus deje de sentir lo que siente por ti? ¿Que te dejará volver a ser libre para que ames a quien tú quieras? —Agitó la cabeza incrédulo y le dio la espalda para que ella no viera su expresión de dolor—. Decir «lo siento» ahora es como romper un plato en mil pedazos y luego disculparse esperando a que vuelva a arreglarse y a quedar como era antes. «Lo siento» no significa nada una vez que ya está hecho.

—Hansel... ¿Por qué te afecta tanto todo esto? —preguntó ella preocupada. No comprendía por qué se lo veía tan afectado.

Atticus era el rey y el creador de Hansel. Si finalmente creía que tenía posibilidades con Evelyn, se sentiría feliz, y entonces él debería sentirse feliz a su vez. Además, que Evelyn hubiera permitido que Atticus la besara la noche

anterior significaba que estaba aprendiendo que enfrentarse a él no la llevaba a ningún sitio, y que el único modo de poder sobrevivir era dejar a un lado su testarudez y su orgullo y controlar su comportamiento cuando estaba cerca de Atticus.

Tras cientos de años a su lado, Hansel no había visto a su rey comportarse de forma tan protectora y posesiva con ninguna otra chica. Evelyn significaba algo especial para él, y, siendo como éste era, sabía que no había forma posible de que la dejara ir nunca, así que, ¿qué sentido tenía molestarse porque ahora Atticus pudiera aferrarse a un atisbo de esperanza?

«Porque te gusta —le dijo su subconsciente—. Porque la quieres para ti.»

—Hansel, por favor, no te enojas conmigo —le pidió ella con un hilo de voz, poniéndole la mano en el hombro en actitud amistosa—. Por favor, lo siento mucho, no sabía que complicaría tanto las cosas...

Él la miró y vio aquellos preciosos ojos azules, tan claros, tan puros, tan inocentes.

Eran los ojos de una chica que no sabía nada de la vida.

Una chica que no podía imaginar siquiera la gravedad del peligro que corría.

Una chica que no se había dado cuenta todavía de todo lo que sería capaz de hacer Atticus para que ella fuera feliz.

Una chica que no tenía ni idea de quién era ni de quién quería ser.

Evelyn sólo tenía veinte años. ¡Era tan joven comparada con él y con Atticus! No había visto el mundo como ellos dos, ni había experimentado todo lo dulce y lo amargo que la vida podía ofrecer. El único hombre al que había querido era Ethan, y su amor había sido correspondido. Así que, durante casi veinte años, Evelyn se había convencido de que Ethan y ella estaban hechos el uno para el otro y que él sería su futuro, su todo. La Ciudadela Real, los vampiros y Atticus nunca habían formado parte de sus planes.

Hansel echó un vistazo a la habitación en la que estaban. Toda la riqueza, el poder, el lujo y los beneficios de ser la chica de Atticus no le decían nada a Evelyn. La vida que el rey le había obligado a aceptar era completamente distinta de la sencilla existencia que ella había experimentado junto a sus padres y su hermana. Era un gran cambio pasar de ser una simple humana a la amante del ser más poderoso de la Tierra.

—Hansel, por favor, no me odies por esto, háblame, te lo ruego —le suplicó ella a punto de llorar, temiendo que el único amigo que tenía en palacio la ignorara de esa forma.

Cuando el lord se volvió para mirarla, notó el miedo y la desesperación en sus ojos y la abrazó.

—No te odio —murmuró contra su pelo. Ella dejó caer las lágrimas que había estado reteniendo—. Sólo estoy enojado conmigo mismo, y estoy siendo un idiota. Soy yo quien debería pedir disculpas. Lo siento, Evelyn.

—¿Por qué?

«Estoy enojado conmigo mismo porque no puedo ayudarte ni protegerte. Atticus te ha separado de todo lo que has querido alguna vez y te obliga a estar aquí. Estoy enojado por no poder cambiar tu destino», admitió Hansel para sus adentros. En su cabeza resonaban las palabras que nunca podría pronunciar en voz alta: «Me odio por no ser capaz de defender a la chica que me importa».

—Olvídalo —dijo tras unos instantes de silencio, y continuó abrazándola, oliendo su perfume y notando esa calidez que notaba cuando estaba cerca de ella —. ¿Crees que llegarás a ser feliz alguna vez aquí, con Atticus?

—No lo sé —contestó ella con sinceridad—. Dijo que me esperaría y que no me obligaría a hacer nada que no quisiera, pero tengo mucho miedo, de verdad. ¿Y si nunca estoy lista y se le acaba la paciencia? ¿Y si su presencia no deja jamás de intimidarme y no consigo dejar de odiarlo?

Hansel la apartó ligeramente para mirarla a los ojos.

—Dime la verdad, Evelyn, ¿qué pasó anoche?

—Nada malo, que yo recuerde. Atticus me abrió su corazón y me contó el origen de los primeros vampiros y lo de la maldición que le habían echado...

—Espera, ¿te contó la historia de la creación de los vampiros? —preguntó él asombrado—. ¿Cuánto te contó?

—No mucho. Se ofreció a contarme toda la historia, pero noté que era algo que le afectaba sobremanera, así que le dije que no quería que se sintiera incómodo y sólo me hizo un resumen —explicó ella—. ¿Pasa algo?

—Atticus no suele hablar de su pasado —reveló Hansel—. Ni siquiera yo conozco la historia completa de lo que les sucedió a los demás Primigenios ni cómo fueron creados —confesó pensativo—. ¿Qué más pasó?

—Lloró... —Evelyn hizo una pausa esperando ver la reacción de su amigo, pero al notar que no se inmutaba, continuó—: y entonces me besó.

—¿Por qué dejaste que lo hiciera?

—Me dio pena —admitió ella avergonzada—. Pensé que quizá no fuera sólo frío y cruel, que a lo mejor había algo más profundo, que se comportaba así porque lo habían herido o porque las experiencias pasadas lo torturaban. Sentí que se lo debía; al fin y al cabo, dejó ir a Ethan y a su familia.

En el mismo momento en que Evelyn pronunció esas últimas palabras, Hansel se puso tenso y fue presa de sentimientos encontrados.

«Si supieras lo que Atticus le ha estado haciendo a Ethan a tus espaldas...».

Notó la habitual sonrisa de afecto que adornaba los labios de ella y el brillo en sus ojos cada vez que hablaba del chico. Lo adoraba, lo amaba, y si llegaba a enterarse de lo que Atticus le había hecho pasar en el último año...

Todo ese tiempo, Hansel había mantenido la reclusión de Ethan en secreto por lealtad al rey. Pero ahora, al ver lo mucho que ella quería al muchacho, se sintió culpable por primera vez en su vida. Evelyn se merecía conocer la verdad, se merecía saber que la noche anterior había dormido con un monstruo de aspecto humano. Necesitaba enterarse de lo que era capaz Atticus, de las cosas que podía llegar a hacer.

En efecto, Hansel seguía siéndole leal a su creador, pero Evelyn era inocente. No tenía ni idea de nada, y su corazón compasivo la hacía ver bondad en todas partes. La gente como ella no podía sobrevivir al lado de alguien como Atticus, en un lugar como la Ciudadela Real y con gente tan siniestra y despiadada como los vampiros que la poblaban.

—Evelyn, hay algo que deberías saber... —Hansel abrió la boca para decirle lo que le había pasado a Ethan ese último año y también el día anterior.

Pero antes de que nada significativo pudiera salir de ella, lo interrumpió el estruendo de las puertas de entrada a la habitación abriéndose con fuerza.

Ethan Redfern nunca había sido un cobarde y nunca lo sería. Pero no podía evitar sentirse como si lo fuera al tener que permanecer escondido de Atticus y de su ejército de guardianes y seguidores, ocultándose del hombre que se lo había arrebatado todo, que le había hecho sufrir lo indecible en el último año y resultaba una amenaza no sólo para él mismo, sino también para su familia y para la chica a la que amaba.

Con un suspiro, colocó el brazo herido y vendado detrás de su cabeza, entre el pelo rubio y la basta sábana que le hacía las veces de cama improvisada sobre el suelo de mármol de una de las estancias secretas bajo la Ciudadela Real. Contempló el techo de piedra sobre él; la única luz provenía de una vieja lámpara eléctrica.

Evelyn estaba allí arriba, en algún lugar sobre los túneles secretos, en una de las muchas habitaciones que conformaban el palacio real. Ella era la razón por la que Ethan había soportado un año de torturas y de dolor inimaginable. La razón por la que no se había dejado morir. La razón por la que todavía no había huido de aquel horrible lugar.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No a causa del aire frío que inundaba el submundo en el que estaba, sino al pensar en la clase de torturas que Evelyn debía de estar teniendo que soportar.

Puede que el rey afirmara que amaba a Evelyn, pero Ethan sabía que ella no le correspondía, y eso debía de estar volviéndolo loco. Atticus era el rey de los vampiros, de la raza humana y de cualquier otra especie sobrenatural del planeta. Dominaba gran parte del mundo, con excepción de Oceanía y la Antártida, que eran salvaguardadas por la raza de los hombres lobos junto con algunos humanos libres y brujas que quedaban en la Tierra.

—Maldito bastardo —pronunció entre dientes—. Podrías tener a cualquier mujer del mundo, todas las que quisieras, y todas ellas se abrirían de piernas para ti. ¿Por qué has tenido que hacer que Evelyn pase por todo esto sólo porque la deseas y ella a ti no? —Rio sin ganas y agarró con fuerza la gruesa manta de lana que Aaran le había dado—. Te lo juro, Atticus, te haré pagar por lo que nos has hecho a mí y a Evelyn. Aunque me cueste la muerte, me vengaré de ti...

—¿Todavía sigues maldiciendo a ese estúpido rey? —Una figura familiar cubierta por una capa chasqueó la lengua al entrar en la estancia—. Será mejor que no te hagas muchas ilusiones. Créeme, si fuera fácil matar a Atticus, la Resistencia ya lo habría hecho. Querido primo, puede que seas un humano bastante inteligente, pero sigues siendo humano. Déjanos la lucha a los lobos.

—Aaran, sólo eres mitad hombre, mitad lobo.

—Eso me hace mucho más lobo de lo que tú llegarás a ser jamás. —Aaran le dedicó una sonrisa traviesa a su primo más joven.

Ethan puso los ojos en blanco.

—No deberías decírmelo a mí, díselo a mi padre. Recuérdale que es como yo, un humano indefenso sin ninguna clase de poder en el mundo sobrenatural.

—Tu padre sólo quiere lo mejor para ti, para tu futuro y el de tu raza —le dijo la figura encapuchada con voz amable y, acto seguido, se quitó la capa de terciopelo negro para revelar un atractivo rostro.

Un par de ojos azul claro con destellos dorados alrededor de las pupilas, coronados por largas y gruesas pestañas; la piel pálida, blanca como la porcelana, y el pelo rubio de un tono más claro que el de Ethan. En su cara se plantaba una nariz larga, fina y perfectamente formada que nadie que no lo conociera podría haber intuido que había sido rota decenas de veces. Si no hubiera sido por la poderosa magia que corría por sus venas, la cara de Aaran no se habría parecido en nada a la que hacía suspirar incluso a nobles y a princesas. Entre su cuerpo bien formado y su atractivo rostro, Aaran Einar era capaz de enamorar a cualquier mujer que le pusiera los ojos encima.

—Ya sé que mi padre se preocupa por mí. —La expresión de Ethan era de culpabilidad por haber mencionado a su padre—. Siempre ha querido lo mejor para mí, pero, como has dicho, somos humanos y no siempre somos capaces de conseguir lo que queremos. Por mucho que lo intente, nunca estaré seguro en el reino de Atticus.

Ethan volvió a reír con tristeza para intentar reprimir la ira que lo embargaba.

Odiaba a Atticus con cada célula de su cuerpo. Lo odiaba por haberlo separado de Evelyn. Por arruinar la vida de la chica a la que quería. Por condenar a los miembros de la raza humana a una vida de pobreza e infelicidad desde el momento en que nacían. Por ser cruel y despiadado mientras la mayoría de los ciudadanos de la Nación Vampírica, humanos y criaturas sobrenaturales por igual, besaban el suelo por donde pisaba. No había nada que Ethan deseara más que matar a aquel maldito vampiro a la primera ocasión que tuviera. Si sólo supiera cómo...

Cansado, volvió a prestar su atención al gran guerrero que tenía delante. Aaran caminó hacia él y le dio una bolsa de pasas.

—Tu padre me ha dicho lo mucho que te gustan las pasas. Me ha pedido que te trajese un puñado antes de nuestra partida a Australia.

—¿Australia? —preguntó Ethan sorprendido.

Por un momento olvidó todas sus heridas y se levantó alarmado. Una mala decisión, porque el movimiento brusco fue demasiado para su cuerpo todavía débil, pero no le importó.

—Sí, Australia —confirmó Aaran—. Tu familia ha decidido que quedarte en la Nación Vampírica es demasiado arriesgado para ti y han insistido en que te lleve a Australia para que puedas empezar una nueva vida allí, alejado de todo este dolor.

—Australia... —rio Ethan—. ¿Ésa es la solución de mi padre para todo?

—Por favor, no le eches la culpa a tu padre. Nunca te haría ir si hubiera otra opción. Él te quiere, y lo sabes; ésta es la única forma de mantenerte a salvo.

Australia es el único lugar en el que estarás seguro.

—¿De verdad esperas que me vaya así y que deje a Evelyn en manos de ese monstruo? No lo haré. Dejarla a ella atrás para que se las arregle como pueda es algo que no haré jamás. —Ethan fue firme al confirmarle su decisión a su primo. Su voz irradiaba poder, autoridad y una extraña atracción que obligaba a escucharlo y a obedecerlo.

Aaran era un guerrero, un superviviente, alguien siempre capaz de separar lo que había que hacer de lo que querría hacer, un lobo solitario que nunca había seguido órdenes; jamás. En ese momento, sin embargo, le habría gustado seguir las instrucciones de su primo. Escapar no era lo que se suponía que un guerrero haría en un momento crucial como aquél, y Aaran respetaba la fuerza, el coraje y el tesón de Ethan.

Sin embargo, no podía cumplir sus deseos.

¿Por qué?

Porque Aaran sabía que, si Ethan no abandonaba la Nación Vampírica cuanto antes, Atticus descubriría lo que había sucedido y enviaría más tropas a por él para capturarlo. Lo único que lo mantenía con vida eran las palabras de su maestro: «El lugar más seguro es siempre el más peligroso». Eso, y los propios demonios de Atticus, que por algún motivo le impedían descender hasta los túneles.

Aaran y su primo estaban escondidos justo debajo del mismísimo palacio real, en el que dormía Atticus, en los pasadizos secretos que el monarca creía que nadie más conocía.

Vacilante, Aaran miró las paredes rocosas a su alrededor y se preguntó por las cosas que debían de haber sucedido en aquellos interminables pasadizos. Le habían contado que ese submundo escondía grandes secretos y que había un motivo por el que casi nadie conocía de su existencia y por el que Atticus jamás bajaría a él a no ser que supiera a ciencia cierta que Ethan estaba allí.

Como siempre, la vista de halcón de Ethan Redfern notó la expresión pensativa de su primo.

—¿Otra vez pensando en ese gurú tuyo tan raro?

—Vivika no es mi gurú, es mi maestro y mi profesor. Me ha enseñado todo lo que sé, toda la información que me ha ayudado a mantenerte con vida.

Ethan puso los ojos en blanco.

—Si es tan poderoso y tan genial, ¿por qué no le pides que venga aquí y rescate a Evelyn? Tan pronto vuelva a tenerla a mi lado, me iré a Australia con ella y tu misión para mi padre habrá concluido.

—Si me llevo a Evelyn a Australia, sabes lo que pasará, ¿no? Causará la guerra más sangrienta que este planeta haya visto en siglos. Sabes que no puedo hacer eso. A las brujas ya les cuesta bastante mantener alejados a los vampiros para que no invadan y destrocen su país, no le demos a Atticus otra razón para querer borrar de la faz de la Tierra los dos únicos lugares sobre los que no tiene poder, ¿de acuerdo?

En un primer momento, Ethan no dijo nada. Como un niño testarudo, apartó enojado la vista de Aaran.

—Debe haber un modo de hacerlo. Tengo que salvar a Evelyn, no puedo irme de aquí sin intentarlo.

—Ethan —gruñó su primo—, Evelyn no es más que una chica. Puede que sea una chica guapa, pero no merece que pierdas tu vida por ella. Por favor, olvídala y deja que te lleve a Australia. Si Atticus no quiere renunciar a ella, no lo hará. Jamás. Ese monstruo es la criatura más posesiva que ha existido: si quiere algo, matará a quien sea y destruirá lo que se interponga en su camino hasta conseguirlo. Nunca la dejará ir.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ethan curioso.

Por el tono en el que Aaran hablaba de Atticus, tuvo la impresión de que lo conocía personalmente. Era como si lo conociera de toda la vida.

—Porque lo sé —respondió él tajante.

Pero Ethan intuyó en su mirada sombría que le estaba ocultando algo.

—Evelyn, hay algo que deberías saber... —Hansel abrió la boca para decirle lo que le había pasado a Ethan ese último año y también el día anterior.

Pero antes de que nada significativo pudiera salir de ella, lo interrumpió el estruendo de las puertas de entrada a la habitación abriéndose con fuerza.

—Dejen la comida en aquella mesa. —La voz familiar e imponente de Jonah retumbó en la estancia y, casi de inmediato, Hansel se apartó de Evelyn como si hubieran estado haciendo algo que no debían.

—Jonah, ¿qué es todo esto? —preguntó señalando la bandeja de plata cubierta y el vaso de jugo de naranja colocados en la mesa junto a la cama de Atticus.

—El rey me ha ordenado que le traiga a Evelyn algo para desayunar; estaba preocupado de que al levantarse le diera miedo pedir algo de comer. —El tono de Jonah y su mirada denotaban repulsión al hablar de la chica, como si fuera una especie de animal que su rey le hubiera obligado a cuidar.

Evelyn casi pudo notar el sabor amargo de la actitud de Jonah.

—Vamos, come —le ordenó él señalando la bandeja y el jugo—. Cuanto antes te acabes el desayuno, antes puedo hacer que alguien se lleve la bandeja. No nos hagas perder el tiempo. —A continuación, se volvió hacia Hansel y le preguntó —: ¿Puedo hablar contigo fuera un minuto?

—¿Puedo hablar contigo fuera un minuto?

Hansel asintió y Jonah giró sobre sus talones con rapidez para dirigirse hacia la puerta, no sin antes echarle una mirada al lord de pelo rizado para que lo siguiera. Éste fue tras él de inmediato, aunque Evelyn notó que lo hacía con cierta reticencia.

Antes de irse, Hansel le dedicó a la muchacha una amable sonrisa, casi angelical, que pretendía ser a la vez de disculpa y de confirmación de que todo iría bien. Al instante, ella entendió su significado: era una despedida, como si Hansel supiera que no volverían a verse.

Apartó los ojos de él y se fijó en Jonah, que con la cabeza ladeada observaba disimuladamente la despedida de ambos. «¿Puedo hablar contigo fuera un minuto?». La voz de Jonah retumbaba en los oídos de Evelyn, y en ella pudo discernir una nota de autoridad y de furia.

No sabía qué estaba pasando, pero la expresión amenazadora con la que Jonah los había mirado —la que usaba siempre con ella pero que nunca le había visto utilizar con Hansel: a él siempre lo miraba con respeto e incluso con adoración— le hizo intuir que algo no iba bien. Además, Hansel se había comportado de una forma muy rara con ella esa mañana. Cuando Jonah había entrado en la habitación, se había apartado de ella como si los hubiera atrapado en una actitud comprometedoras. Incluso había visto cómo le temblaban las manos.

—No puedes llevártelo —se atrevió a decir en voz alta justo cuando Hansel salía de la habitación. Intentó que su voz sonara fuerte y autoritaria, como sonaba siempre la de Atticus, pero no lo consiguió. Sonó débil, quebradiza, como la de una niña aterrorizada; lo que era en realidad, al menos ante Jonah.

—Y ¿por qué no? —oyó que contestaba el vampiro en un tono brusco y frío que hizo que se le helara la sangre.

Le pareció que se estaba burlando de ella, y aunque no podía verle la cara, sabía que estaría haciendo una mueca de desdén al pensar en lo estúpida que era por intentar evitar que hiciera lo que quisiera.

—Estábamos hablando, ¿tu madre nunca te dijo que no se puede interrumpir a dos personas cuando están hablando? —replicó Evelyn, esta vez algo más alto, pero pareciendo aún una niña indefensa. No había el menor atisbo de autoridad en su voz, nada que recordara a la de Atticus. Aun así, estaba muy orgullosa de sí misma por haberse atrevido a plantarle cara a Jonah y no permitirle ningunear a Hansel impunemente—. Es de mala educación.

En lo poco que llevaba en la Ciudadela Real, nunca había hablado con Jonah. Él

sólo era un guardia de alto rango que se aseguraba de que ella estuviera bien, además de ser amigo del rey. Siempre la miraba como si fuera basura, una rata. En más de un aspecto, Evelyn veía algunas características de Atticus en él: ambos mostraban la misma mirada despiadada cuando se enojaban, y la misma expresión de falsa calma cuando en el fondo estaban realmente furiosos.

No podía dejar que Jonah se llevara a Hansel así como así; le daba miedo que éste hiciera daño al único amigo que tenía dentro de los muros del palacio, el único en quien podía confiar.

—¿Qué es de mala educación? —repitió Jonah en voz baja y con ironía antes de volverse y cruzar la habitación a velocidad sobrehumana y plantarse delante de ella en una fracción de segundo con aire impaciente. Sus colmillos y su furia animal le recordaron a Evelyn a los de un tigre que había visto en un documental con Ethan—. Y ¿tu madre no te ha dicho que coquetear con todos los tipos con los que te cruzas es propio de una puta?

Evelyn dejó escapar un grito, boquiabierta ante la vulgaridad de las palabras que había escogido Jonah. No sabía si era por el vino que había bebido la noche anterior o por el estrés acumulado en los últimos días, pero, sin pensar, le dio un puñetazo a la pared con todas sus fuerzas. Un fuerte «pum» resonó en la habitación, y Hansel soltó un grito ahogado.

—¡Maldita perra! —gruñó Jonah, y se abalanzó sobre ella para agarrarla del cuello.

Sin embargo, antes de que su mano entrara en contacto con la piel de Evelyn, Hansel corrió a interponerse entre ambos y cazó el brazo de Jonah al vuelo.

—¿Quieres que Atticus te mate? —le susurró a su amigo, arrastrándolo lejos de Evelyn—. Si se entera de que le has puesto la mano encima, ¡te arrancará las tripas!

—¡Yo quería preguntarte a ti exactamente lo mismo, amigo! ¿Es que tienes ganas de morir? ¿Sabes qué es lo que te hará Atticus cuando se dé cuenta de que sientes algo por la chica?

—¡Yo no siento nada por Evelyn! Atticus sabe que ella confía en mí y que está a gusto conmigo, por eso me ordenó que me hiciera amigo suyo, para hacer su estancia aquí más agradable. ¡Sólo obedezco órdenes!

Jonah suspiró.

—Sí, ya, ¡excusas! Ambos sabemos lo que te pasa por la cabeza, y si la valoras más que el vínculo que te une a tu creador, tú sabras, pero yo no lloraré por ti cuando Atticus te despelleje —dijo con una sonrisa siniestra—. Sé lo que estabas a punto de decirle antes de que interrumpiera su escenita de amor. Hansel, tú y yo hemos sido amigos durante siglos; sólo por eso me guardaré de decirle a Atticus lo que ha pasado hoy, pero será la última vez. Mi lealtad pertenece a mi rey.

—Nunca he dudado de tu lealtad hacia nuestro rey —repuso él.

—Bien. —Y, con una nueva mirada de asco dirigida a Evelyn, Jonah salió disparado de la habitación.

Hansel observó al guardia alejarse y escuchó sus pasos hasta que estuvieron lo suficientemente lejos como para que no oyera lo que iba a decirle a la chica. Entonces se volvió hacia ella con expresión consternada para interesarse por el estado de la mano con la que había golpeado la pared.

—¿Estás bien? —preguntó afectuoso, los ojos llenos de genuina preocupación. Sabía que la piel y los huesos humanos eran mucho más frágiles que los de los vampiros—. Evelyn, ¿te duele?

La miró a la cara y descubrió que estaba llorando: un mar de lágrimas fluía de sus ojos azules, tenía los labios entreabiertos y respiraba con dificultad. Por su expresión de agonía, cualquiera habría dicho que habían asesinado a sus padres delante de ella.

—Evelyn, ¿qué sucede? —Hansel pasó el dedo índice con delicadeza por la mano de la chica—. No parece que tengas nada roto... Dime dónde... —empezó a decir, pero ella se apartó antes de que pudiera acabar la frase.

—«Te ordenó que te hicieras amigo mío... ¡Sólo obedezco órdenes!...» —Evelyn repitió sus palabras exactas con voz ronca y agitada, como su respiración. Las manos le temblaban de rabia y de pena—. ¡Me has utilizado! ¡Me utilizas para complacer a Atticus! Nunca te he importado lo más mínimo, ¿verdad? ¡Sólo obedecías órdenes! —lloriqueó.

—Evelyn... —Hansel alargó la mano hacia ella para intentar calmarla y explicárselo todo, pero su reacción fue mucho más violenta de lo que nunca habría esperado de alguien tan inocente como ella.

—¡NO ME TOQUES! —chilló con los ojos y las mejillas al rojo vivo por el llanto y la falta de oxígeno.

—¡Eve! —exclamó él cazando al vuelo a Evelyn a velocidad vampírica cuando la chica empezó a sacudirse sin dejar de llorar.

—¡Vete! —gritó, y golpeó el pecho de Hansel con todas sus fuerzas. Él no intentó detenerla, sino que tan sólo la sostuvo para asegurarse de que no se caía—. Te odio... —murmuró ella—. ¡Los odio a todos!

—Evelyn, lo que le dije a Jonah no era en serio, ¡te lo prometo! Claro que me importas, ¡nunca te he utilizado! —intentó explicarse Hansel, pero ella no lo escuchaba.

—¡Te odio! ¡Los odio a todos! —repetía ella una y otra vez como si recitara un mantra.

Había un número limitado de veces en el que el corazón de una persona podía romperse, y, tras todos los traumas vividos, tras ser tratada como un objeto, la una vez fuerte Evelyn Blackburn notó cómo se rompía por dentro.

—Te odio, Hansel.

Hansel observó el cielo nocturno a través de las pequeñas ventanas enmarcadas que había al final del pasillo de la habitación de Evelyn. Un silencio sepulcral reinaba en el corredor. El único sonido que se oía era la respiración tranquila de los muchos guardias apostados junto a las paredes blancas.

Cada uno de ellos era alto y de constitución fuerte, y algunos eran los mejores guerreros de toda la Nación Vampírica. Su presencia era tan imponente que hacían que los techos de seis metros de alto parecieran bajos. Su aura era observada con respeto. Era irónico que estuvieran allí para proteger a una chica humana como Evelyn. Desde que Ethan había escapado, Atticus temía que lo primero que haría sería ir a verla.

«Ésta es la clase de protección que hace que te tenga miedo, Atticus —pensaba Hansel—. Si pretendes que alguien te quiera, debes dejarlo respirar, dejar que se relaje. Tu pánico constante a que se escape es precisamente el motivo por el que quiere escapar, ¿es que no lo ves?».

No sabía si era sólo una impresión suya o si el palacio estaba más tranquilo esa noche que de costumbre. Probablemente lo segundo, ya que más de tres cuartas partes de los guardias estaban fuera, buscando cualquier pista que los condujese a Ethan Redfern.

«Increíble —se dijo—. Hay más de mil de los mejores guerreros y rastreadores buscando a ese chico humano desde hace más de cuarenta y ocho horas y no hay ni rastro de él. —Negó con la cabeza sin dar crédito—. Debe de tener a alguien poderoso ayudándolo; un simple humano jamás podría haber huido solo de las mazmorras y de Jonah, el vampiro más paranoico y quisquilloso con el que me he encontrado a lo largo de la historia.»

Dejó escapar un suspiro agobiado e intentó apartar de su mente todo lo que tenía que ver con Ethan Redfern. En ese instante no era ésa su máxima preocupación, sino Evelyn.

Vacilante, apretó los dedos contra la pared en la que estaba apoyado, la que separaba el cuarto de la chica del pasillo en el que se encontraba. Hizo lo posible por atravesar la invisible barrera de magia y forzar su presencia en la habitación para poder escuchar lo que Atticus le decía.

Pero no pudo.

La barrera protectora la había levantado el propio Atticus; formaba parte de sus poderes especiales como Primigenio utilizar hechizos que sólo las brujas podían deshacer. A veces, cuando era absolutamente necesario, Atticus podía conectar con su magia interior y lograr cosas que ni siquiera los brujos más poderosos

podían contrarrestar.

Esa era una de las razones que lo convertían en alguien tan temible, en alguien a quien le resultaba muy fácil gobernar. Nadie sabía a ciencia cierta de lo que era capaz. Sus poderes parecían no tener límites, y eso disuadía a cualquiera que intentara urdir un complot contra él.

Hansel apretó los dientes frustrado. Evelyn se había encerrado en su habitación desde esa mañana, cuando él había revelado de forma totalmente desconsiderada que Atticus le había ordenado ganarse su amistad para que su estancia en palacio fuera más agradable. Aquello no era del todo correcto: sí que era cierto que el rey se lo había ordenado, y era el deber de Hansel obedecer las órdenes del monarca le gustara o no. Pero no era el único motivo por el que le gustaba pasar tiempo con Evelyn y mostrarse amable con ella.

Hacía tiempo que se había dado cuenta de que sentía algo por la chica humana. Había algo en ella que lo atraía irremediablemente. Por primera vez en su larga vida como vampiro había empezado a preocuparse por alguien, alguien que no fuera ni su creador ni sus amigos. Cuando Evelyn había aparecido en su vida, había saltado una pequeña chispa en su interior que se había convertido ahora en una llama que ardía con fuerza.

Despacio, apoyó la frente en la pared blanca y lisa y deseó tener suficiente poder para oír la conversación que se desarrollaba al otro lado.

«Por favor, sé amable con ella, Atticus. Es muy vulnerable en estos momentos. Hagas lo que hagas, no pierdas los nervios», rezó en silencio.

—Tienes que comer algo —le dijo el monarca a Evelyn acercándole con cuidado un plato de porcelana.

El olor a fideos con pato que impregnaba la habitación era tan delicioso que incluso él quería comérselos.

—No tengo hambre —murmuró ella.

Tenía la cara pálida, sin expresión, como alguien en estado de *shock* después de haber presenciado la muerte de un ser querido.

El rey estaba sentado al borde de la cama con dosel, sobre la colcha de terciopelo, con Bree, Aqua y Scarlet a su lado, cada una con una bandeja que contenía los platos favoritos de Evelyn.

No había comido nada desde la noche anterior. Una vez que se había enterado de que Hansel le había mentado, había entrado en un estado de histeria incontrolable y se había negado a comer o a beber nada.

«Podrías haber esperado a que desayunara antes de dejar que se enterara de la verdad, Hansel», pensó Atticus.

—No hagas esto, Evelyn, por favor. Ya te he dicho que sentía haberle pedido a Hansel que fuera tu amigo, pero es que de verdad creí que te haría la vida más fácil una vez aquí porque parece que es el único vampiro a quien conoces además de a mí —explicó el rey con dulzura, los ojos fijos en ella como los de un halcón, sin perder detalle del más mínimo movimiento—. Pensaba que disfrutarías más tu vida aquí si tenías amigos, gente en quien confiar.

Evelyn rio, pero sonó como si se ahogara.

—Sí, confiaba en él, veía a Hansel como mi amigo, mi único amigo. Pensaba que le importaba de verdad mi bienestar, que me apreciaba... Pero supongo que me equivoqué.

—Evelyn, por favor, no seas así. Lo siento, de verdad que lo siento, pero debes entender que sólo porque Hansel iniciara su amistad siguiendo mis órdenes no quiere decir que no le importes. Él es una persona muy compasiva, siempre se ha preocupado por mí, y ahora también se preocupa por ti. De verdad, sé que realmente le importas mucho.

—No sigas —murmuró ella, y se acurrucó en posición fetal.

—Y, aunque él no se preocupara por ti, yo sí lo hago. A mí sí que me importas, Evelyn. Ya sé que a veces parece que no tengo corazón, pero ahora mismo estoy muy preocupado por ti. —Con cuidado, le colocó un mechón de vuelta a su sitio —. Come algo, por favor.

—Quiero estar sola. Déjame sola, por favor —respondió tan bajo que Atticus dudó que pudiera haberla oído si no fuera un vampiro.

El rey notó su desesperación y su fragilidad, lo único que quedaba de la preciosa chica llena de vida que había conocido la noche del baile por su cumpleaños. Las manos de Evelyn temblaban y volvían a asomar lágrimas a sus ojos.

Le había hecho tanto daño, le había hecho pasar por tantas cosas que ya no quedaba apenas luz en su interior. La había apartado de su familia y de todos a cuantos quería, y ahora se estaba consumiendo poco a poco.

Y él era la causa de todo.

Era la única fuente de miseria de la chica a la que había querido hacer feliz. Sentía asco de sí mismo.

—Déjame sola —repitió Evelyn mirándolo con el rabillo del ojo—. Te lo suplico.

Al contrario que otras veces, sus ojos ya no denotaban odio y miedo al mirarlo; en ellos sólo había un vacío.

Eran los ojos de alguien que había perdido toda esperanza de ser feliz.

Una voz familiar resonó en la mente de Atticus: «Si quieres a alguien no puedes sólo tomar, también tienes que dar. El amor se basa en el sacrificio, y en ofrecer además de recibir». «Amar es dar —se recordó—, por mucho que quieras quedarte, necesitas darle espacio; eres la última persona a la que quiere ver.»

—No me iré hasta que comas algo.

Evelyn miró la comida sin mostrar el más mínimo interés en ella.

—Si como algo, ¿me dejarás sola?

Él asintió.

Con un suspiro, la joven extendió el brazo para tomar los fideos y un tenedor y empezó a engullir la comida. Lo hizo como un robot, con la mirada perdida. Parecía cansada y aburrida, tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Atticus miró entonces a las tres doncellas.

—Asegúrense de que se termina todo el plato, y, si quiere algo, cualquier cosa, no pidan permiso, sólo tráiganselo —ordenó antes de levantarse de la cama y dirigirse a la puerta. Cuando estaba a punto de abrir, miró a Bree y añadió—: Que no salga de la habitación.

La doncella asintió.

Con un último vistazo a la chica frágil y agotada sentada en la cama,

terminándose el plato de fideos bocado a bocado, Atticus se retiró.

—¿Qué tal ha ido? —quiso saber Hansel en el momento en que vio aparecer al monarca.

—No sabría decir si bien o mal, pero al menos está comiendo algo. —Atticus dejó escapar un suspiro—. En menudo lío me han metido tú y Jonah... Evelyn es una zombi ahora mismo, deberías haber visto su cara. Nada de luz, nada de alegría. Parece una muñeca rota. —Agitó la cabeza, apenado.

—Debería haber tenido más cuidado esta mañana, lo siento —explicó Hansel mientras lo seguía por el pasillo.

Los guardias miraban al rey mientras se preguntaban si debían seguirlo o no, pero Atticus señaló con la cabeza la puerta para que se quedaran custodiando la habitación de Evelyn. Saber que estaba a salvo y protegerla de Ethan era mucho más importante que su propia seguridad en esos momentos.

—No lo sientas, Hansel, no es culpa tuya. Jonah se ha comportado de forma irracional, ¡creía que los dos me estaban traicionando, imagina! —El rey chasqueó la lengua aparentemente divertido. Mantenía los ojos fijos en el suelo del pasillo, y por eso no vio la expresión avergonzada que cruzó la cara de su amigo—. Debería haberle hablado de todo esto antes para que no se confundiera.

—No, yo debería haber tenido más cuidado, es todo culpa mía. Si hubiera salido con Jonah y se lo hubiera explicado fuera sin que Evelyn me oyera, nada de esto estaría ocurriendo.

—Bueno —Atticus suspiró—, lo pasado pasado está. ¿Alguna noticia de Ethan?

—No.

—¿Cómo puede un simple humano esconderse tan bien de los rastreadores más experimentados del mundo? Es como si se hubiera desvanecido.

—Todavía creo que deberías registrar los pasadizos secretos, ahora mismo parecen la única posibilidad.

—No, no puede estar ahí: esos pasajes llevan sellados siglos y no voy a abrirlos por ese chico; además, es imposible que los haya encontrado. Sólo un puñado de gente sabe de su existencia, y sólo yo sé dónde están y cómo entrar. Ethan Redfern es un simple humano, no puede estar enterado.

—Pero ¿y si alguien lo ha ayudado?

—¿Quién? —replicó Atticus, de repente molesto. Una punzada de ira se reflejó en su mirada, pero luego desapareció y volvió a adoptar la expresión calmada de antes—. ¿De verdad crees que mi gente arriesgaría su vida por un humano? —preguntó—. Tú dile a Jonah que siga buscando.

Atticus abrió las puertas de su habitación y las dejó abiertas para que Hansel entrara tras él. Éste abrió la boca para discutirle su última orden, pero lo pensó dos veces y la cerró de nuevo. Los pasadizos secretos eran un tema sentimental para Atticus, un tema casi tabú; Hansel no sabía por qué, pero podía imaginárselo. Seguramente debían de tener algo que ver con los demás Primigenios.

—Hay algo que quería preguntarte —dijo Hansel tras unos instantes de silencio mientras seguía al monarca hacia su despacho—. ¿Qué pasó anoche entre Evelyn y tú?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él haciéndose el inocente, la atención puesta en el montón de papeles sobre la mesa.

—Cuando entré esta mañana, estaba en tu cama...

—No pasó nada, si es eso lo que te estás preguntando. No está acostumbrada a beber alcohol y se desmayó tras la primera botella de vino, así que simplemente la dejé dormir en la cama conmigo, nada más. Tengo más de dos mil años, ¿acaso crees que no puedo controlarme? —replicó Atticus, mirando a su amigo con una sonrisa.

Hansel se la devolvió. Se había quitado un gran peso de encima.

—¿Puedes llamar a Marcus? —le pidió el rey a continuación—. Necesito hablar con él.

—Claro, ¿de qué?

—Necesito su ayuda.

—¡Yo no siento nada por Evelyn! Atticus sabe que ella confía en mí y que está a gusto conmigo, por eso me ordenó que me hiciera amigo suyo, para hacer su estancia aquí más agradable. ¡Sólo obedezco órdenes!

Sólo obedezco órdenes...

Sólo obedezco órdenes...

Obedezco órdenes...

La voz de Hansel retumbaba en la mente de Evelyn mientras seguía acurrucada en la cama con las rodillas apretadas contra la barbilla.

«Sólo obedecía órdenes... Obedecía órdenes. Todo este tiempo se ha mostrado afectuoso conmigo porque Atticus le pidió que lo hiciera, era parte de su trabajo. Era lo que le habían ordenado. ¿Quiere eso decir que no le importo lo más mínimo? ¿Mi único amigo en este horrible lugar ni siquiera lo es?», se martirizaba.

De repente, cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas.

—Basta de llorar —se dijo en voz alta—. No llores más, Evelyn, no puedes echarte a llorar desconsoladamente cada vez que te enfrentes a un problema. Llorar no es la respuesta. Si lloras, quiere decir que te compadeces, y lo que tienes que hacer es ser fuerte. Porque ser fuerte es la única forma de salir de ésta. No obstante, era más fácil decirlo que hacerlo. Sólo porque Evelyn quería ser fuerte no significaba que fuera capaz de serlo. Contra su voluntad, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos hinchados y enrojecidos. Notaba que estaba a punto de desmoronarse otra vez; le temblaban las manos y le ardían los párpados.

—No llores, no llores... —se repitió.

Pero no pudo parar. Una a una, las lágrimas seguían fluyendo.

Casi sin darse cuenta, dejó escapar un quejido de desesperación cuando la realidad de su situación la golpeó. Creía que lo que le esperaba era un futuro desolador, pero se equivocaba: su presente ya lo era.

Sin su familia.

Sin Ethan.

Sin libertad.

Sin nada.

Atticus estaba en lo cierto: su amistad con Hansel era la única cosa que había hecho su estancia en palacio soportable. Su presencia allí era lo único que la

mantenía cuerda.

Pero ahora ya no le quedaba nada.

Nada a lo que aferrarse, ninguna esperanza.

Viviría allí cada día durante el resto de su vida, y cada día sería igual de desdichada.

Entretanto, en algún momento, Atticus la convertiría en vampiro para que pudiera ser uno de ellos, transformarse en un monstruo inmortal como él y Hansel.

Evelyn deseaba irse, escapar a su cruel destino, incluso si eso significaba perder la vida, pero no podía. No podía irse ni dejarse morir porque sabía que, si lo hacía, Atticus se ensañaría con su familia y con Ethan.

Aunque no valoraba demasiado su propia existencia, sabía que el hecho de que su corazón continuara latiendo era lo único que mantenía a salvo a toda la gente a la que amaba, por lo que debía sacrificarse por ellos.

Evelyn sorbió por la nariz y se dispuso a levantarse de la cama. Los pies descalzos pisaron el suelo de madera y notó frío. Sin la protección de las mantas, estaba expuesta al fresco que reinaba en la habitación.

Cruzó el suelo de pulidos listones de madera oscura hasta la ventana y descorrió despacio las gruesas cortinas de terciopelo que impedían la entrada de los rayos del sol, tratando de acostumbrarse a la luz de la mañana. Como siempre, el sol iniciaba su descenso desde el horizonte, sus gloriosos rayos inundando ya parte del territorio. Era temprano, tan temprano que Evelyn pudo oír los cantos matinales de los pájaros desde la ventana y ver la neblina de primera hora, que todavía no se había dispersado, cubriendo el jardín.

—No va a ser fácil —susurró—. Pero tengo que intentarlo. —Apoyó la frente contra el frío cristal y añadió—: Por Ethan, por mamá, por papá, por Nora...

En silencio, rezó porque el amor que sentía por todos ellos fuera lo suficientemente fuerte como para poder resistir todo lo que le esperaba allí.

Justo en ese instante, la puerta de la habitación se abrió despacio, tanto que ni siquiera se dio cuenta. No fue hasta que el intruso tosió que Evelyn se percató de que no estaba sola. Se quedó petrificada, se le heló la sangre y todo el vello de su cuerpo se erizó.

«Es demasiado temprano para enfrentarme a Atticus.»

Pero no se trataba de Atticus.

Cuando la persona que acababa de entrar abrió la boca, fue como si Dios hubiera decidido enviarle un rayo de esperanza.

—¿Interrumpo algo? —preguntó la voz, dulce y afectuosa.

La joven dejó escapar un grito ahogado y se volvió para encontrarse con el primer rostro familiar que veía en mucho tiempo.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. ¿Alice?

—¡Hola, cariño!

Le pareció que había viajado del infierno al cielo en cuestión de segundos, y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, cruzó la estancia a la carrera para abalanzarse sobre su prima. Pero Alice hizo algo inesperado. En vez de abrir los brazos para recibirla, se apartó. Eso habría acabado con Evelyn cayendo de bruces si no hubiera sido porque su prima consiguió cazarla por el brazo para parar su trayectoria.

Miró a Evelyn con expresión de terror, pero enseguida le dedicó una sonrisa y la ayudó a incorporarse para fundirse con ella en un largo abrazo antes de que ésta pudiera sospechar nada.

—Te he echado de menos —le susurró al oído.

—Y yo —respondió Evelyn riendo y llorando al mismo tiempo, aunque esta vez sus lágrimas eran de pura alegría—. ¿Q-q-qué... estás haciendo... aquí? —tartamudeó contemplando a Alice maravillada—. ¡Pensaba que no te vería nunca más!

—Eve, estoy casada con uno de los consejeros en los que Atticus más confía, vengo a menudo a palacio para acompañar a Marcus, ¡claro que nos íbamos a ver tarde o temprano!

—¿Así que estás aquí acompañando a Marcus?

Alice estaba como siempre, tan grácil, amable y serena. Incluso en ese momento de reunión después de muchos días sin verse, allí estaba, manteniendo la calma, mientras que Evelyn parecía boba, agarrándole las manos con fuerza, temerosa de que, si la soltaba, volvería a desaparecer de su lado.

—No, esta vez no he venido con él —dijo Alice—. Tranquila, no me voy a ir a ninguna parte, así que no hace falta que te aferres a mí como si te fuera la vida en ello.

—No sabes lo mucho que te equivocas en eso —se quejó Evelyn, la voz llena de tristeza, pero en un instante su cara se iluminó, soltó las manos de su prima y le preguntó—: Si no has venido con Marcus, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Evelyn, antes de decirte cómo he venido, me gustaría contarte por qué estoy aquí.

—¿No has venido para verme?

—Sí, claro, pero ésa sólo es una de las razones... Tengo que pedirte un favor —dijo Alice muy despacio, la voz temblorosa y llena de preocupación. Sus ojos verdes reflejaban terror.

—¿Qué clase de favor? —rio Evelyn—. Sea lo que sea, si está en mi mano, cuenta con ello, ¡claro!

—Por favor, no prometas nada de antemano, no antes de saber lo que voy a pedirte. Toma una decisión después de escuchar toda la historia, ¿de acuerdo? Y espero que sepas que no te metería en este lío si tuviera otra opción.

—Alice, me estás asustando... —La chica frunció el ceño—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te comportas como si me fueras a pedir que muriera por ti?

—Porque puede que acabe sucediendo... —Su prima dejó escapar un suspiro—. Para ayudarme deberás mentirle a toda la gente que conoces, Evelyn, incluso a Atticus.

—Por favor, ¡dime qué pasa! Si quieres que le mienta a Atticus, lo haré. Sabes que haré lo que sea por ti: eres mi prima, ¡sangre de mi sangre! ¡Pero, por el amor de Dios, cuéntame de una vez qué te ocurre!

—Supongo que tendré que decirte la verdad si estás dispuesta a jugarte el cuello por mí... —Muy despacio, Alice guio la mano de Evelyn hacia su propia tripa—. Estoy embarazada.

—Estoy embarazada.

Las palabras de su prima resonaron en los oídos de Evelyn como el eco de una campana. Notó cómo se le aceleraba el corazón y, por tanto, la circulación sanguínea en todo su cuerpo. «¡Embarazada! ¡Está embarazada! ¡Alice espera un bebé!». Le costó procesar la información más tiempo del necesario, pero, en cuanto lo hizo, dejó escapar un grito de emoción que pronto fue ahogado por la mano de Alice, que le tapó la boca alarmada.

—Shhh... —le rogó—. Es un secreto, ¡nadie puede saberlo!

—Lo siento —dijo ella con una risita, y se puso a mirar el abdomen de su prima—. No puedo creer que haya una vida creciendo ahí dentro. ¿Puedo tocarla?

—Claro —respondió Alice con una sonrisa beatífica—. Pero con cuidado; no estoy de mucho, pero no puedo arriesgarme a que le pase nada.

—¡Es un Blackburn! ¿Cómo no iba a tener cuidado?

Fascinada, Evelyn pasó la palma de la mano por el vientre casi plano de Alice, pero su cara se iluminó de alegría al imaginarse la vida que apenas empezaba a florecer en su interior.

—Estás embarazada... Vas a ser madre... —murmuraba anonadada.

Estaba tan fascinada por la noticia que ni siquiera se dio cuenta de la expresión sombría de su prima.

—Por favor, tienes que prometerme que no le contarás a nadie que estoy embarazada. ¡Nadie puede saber que espero un bebé!

—¿Por qué? —preguntó ella sorprendida—. ¿Pasa algo? ¿Por qué no estás contenta? ¿Todavía no se lo has contado a la tía Lu? ¡Se alegrará tanto cuando se entere!

Alice tragó saliva, nerviosa.

—Por favor, Evelyn, cuanto menos sepas de este bebé, mejor. Prométeme que no se lo contarás a nadie, por favor. Nadie puede saber que estoy embarazada, ¡nadie!

—Pero ¿por qué? —inquirió la chica de nuevo. Alice no parecía ella, se comportaba de forma muy rara. A su voz le faltaba la compasión y la amabilidad habituales. En su lugar, el tono que usaba era casi de amenaza—. ¿Sabe Marcus que estás en estado?

—Déjalo, te he dicho que, cuanto menos sepas, mejor. No me pidas información que te pondrá en un peligro aún mayor. No quiero que te hagan daño, Eve —afirmó Alice testaruda.

No era ningún juego. Evelyn sabía que algo iba mal, muy mal. Aunque su prima

nunca le había dicho que quería ser madre, siempre se le habían dado muy bien los niños. Al saber que se había quedado embarazada, lo normal habría sido que estuviera contenta, que lo celebrara con gritos de alegría, que se lo dijera a todo el mundo. No era normal que estuviera tan preocupada y atemorizada.

—¡Dios! —saltó Evelyn—. Alice..., el bebé es de Marcus, ¿verdad?

—Ya te he dicho que es mejor que no sepas lo que no debes saber. Por favor, no quiero involucrarte aún más en este embrollo, no quiero que las cosas sean aún peores entre Atticus y tú.

—¿A qué te refieres? —rio Evelyn—. Las cosas ya van todo lo mal que pueden ir. Le ordenó a Hansel que me mintiera y que se hiciera pasar por mi amigo sólo porque quería que tuviera un motivo para quedarme aquí, ¡para hacer mi estancia menos desdichada! —Antes de que pudiera darse cuenta, toda la furia contenida en las últimas horas se destapó y salió como un tsunami—. Sabía que odiaría estar aquí en contra de mi voluntad, y ¿creyó que ponerme un amigo ficticio que me espía y que le cuenta todos mis movimientos me iba a hacer más feliz? En serio, ¿es que de verdad quiere hacerme feliz? No para de decir lo mucho que me quiere y que me dará todo lo que le pida, pero no me da lo único que quiero: ¡mi libertad!

Para cuando Evelyn hubo acabado de expresar sus frustraciones, volvía a llorar. Por mucho que odiara admitirlo, estaba muy enojada con Hansel por fingir que era su amigo, pero lo que de verdad la frustraba era no ser libre. No tener ningún derecho. No tener control sobre su propia vida y su propio cuerpo.

—Evelyn, ya sé lo que ha pasado —suspiró Alice—, Atticus me lo ha contado. Sabe por lo que estás pasando. —En un gesto cariñoso, puso la mano sobre la de su prima—. Es difícil amar a un vampiro, y aún lo es más ser amada por uno. Pero éste es el destino que nos ha tocado, no hay forma de cambiarlo, Evelyn.

—Al menos, tú tienes un bebé en camino, ¿no es eso maravilloso? Un pequeño ser que te hará seguir adelante, un motivo para seguir viviendo. —Evelyn sonrió.

—Supongo —admitió Alice apesadumbrada.

—¿Qué es lo que necesitas que haga por ti? Si no quieres que te pregunte nada más acerca del bebé, no lo haré, pero al menos dime cómo quieres que te ayude.

—Gracias por entenderme. —Alice le dio un abrazo de agradecimiento—. Y, sobre todo, recuerda que no tienes que hacerlo si no quieres. No sólo mi vida estará en peligro, sino la tuya también.

—Es por el bebé, ¿no? —preguntó Evelyn, aunque ya sabía la respuesta.

Su prima asintió y rompió a llorar.

—Tienes que entender que no puedes decirle a nadie que estoy embarazada. ¡Si Marcus o Atticus se enteraran...! —Su voz se rompió en un sollozo.

—¿Creen que por ser humana no eres digna de ser madre de un vampiro o algo por el estilo?

—No, Evelyn: los vampiros no pueden concebir. Ni con humanos ni entre ellos. El bebé no es de Marcus —admitió Alice tras una larga pausa.

Sabía que no era justo mantenerlo en secreto cuando su prima se había mostrado dispuesta a poner su vida en juego por ella y el bebé. No podía confesarle quién era el padre, pero sí decirle que no era Marcus.

La joven dejó escapar un grito ahogado y se quedó mirando a Alice petrificada.

—¿Engañaste a Marcus con un humano?

—Sí, Evelyn. No quiero a Marcus, nunca lo he querido y nunca lo querré. Es tan sólo el vampiro que me mantiene cautiva entre sus garras. Aunque es bueno conmigo, soy incapaz de obligarme a quererlo.

—La verdad es que te entiendo mucho más de lo que me gustaría. —Evelyn le dedicó a su prima una sonrisa triste—. Dime qué quieres que haga y lo haré.

—Necesito que me ayudes a salvar a este bebé.

—¿Cómo?

—Intentaré que Marcus no se entere durante todo el tiempo que pueda, y por eso necesito quedarme en palacio hasta que llegue el momento de dar a luz. Atticus te quiere y haría cualquier cosa por ti, y Marcus obedece sus órdenes como un cachorro, así que necesito que le pidas a Atticus que me deje quedarme aquí todo el tiempo necesario.

—¿Y si no funciona y Marcus se entera?

—Entonces tengo un plan B.

Había muchas cosas que a Evelyn le habría gustado cambiar de su propia existencia, aunque no tenía el poder de hacerlo.

Pero, pese a que su vida parecía una rueda que giraba a toda velocidad, fuera de control, había algunas cosas que podía hacer para ayudar a la gente a la que quería. Y el destino de Alice era una de ellas.

Evelyn y Alice Blackburn. Primas hermanas que compartían linaje y habían acabado involucradas con hombres a quienes no amaban y que les habían arrebatado su felicidad.

El aire fresco y otoñal acariciaba las mejillas de Evelyn mientras se cerraba el abrigo para protegerse. Su cuerpo seguía bastante débil después del incidente de su cumpleaños, pero estaba mejorando. No quería volver a enfermar.

Sus ojos observaron a Atticus, sentado en un banco de mármol a unos cincuenta metros de donde ella estaba, con un abrigo marinero azul oscuro sobre un traje negro, camisa blanca y corbata granate. Entretanto, su mente volvió atrás, a la conversación mantenida con su prima Alice.

—¿Cuál es tu plan B? —preguntó Evelyn, notando un nudo de miedo formarse en la boca de su estómago.

Tenía un mal presagio. Lo de «plan B» no sonaba muy prometedor: era el plan alternativo, por si el primero no funcionaba, y cuando se trataba de cuestiones de vida o muerte, no solía haber posibilidad de alternativas.

—Eso es algo que sólo sé yo y que espero que nunca acabes por saber también.

—Alice intentó quitar un poco de hierro al asunto utilizando un tono humorístico, pero no funcionó.

En lugar de eso, puso más nerviosa a Evelyn, que tomó a su prima de la mano, los ojos llenos de lágrimas y el cuerpo temblando de miedo, y le suplicó:

—Alice, no hagas ninguna estupidez, por favor.

—No lo haré —prometió ella, y llevó las manos de Evelyn a su vientre. Sus ojos brillaron con la misma intensidad con la que la chica los había visto brillar toda la vida, aunque no en los últimos tiempos. La misma que los suyos propios solían reflejar antes de perderse para siempre—. No voy a hacer ninguna estupidez ahora que tengo a este angelito dentro. No haré nada que pueda ponerlo en peligro.

—¿«Angelito»? ¿Ya sabes el sexo del bebé?

—No, pero tengo el presentimiento de que es un chico, un chico de pelo dorado,

piel blanca como la porcelana y ojos tan azules como los tuyos, pero con unas motitas doradas alrededor de las pupilas.

«Pelo dorado...». Esas palabras alarmaron a Evelyn. Como ella, Alice tenía el pelo negro azabache. El amante de Alice debía de ser rubio entonces. Intentó recordar todos los chicos de pelo claro que conocían y que potencialmente podrían ser el padre del bebé, pero no se le ocurrió nadie. El rubio natural no era muy común en la humanidad del siglo ^{xxv}, y sólo había conocido a unos pocos chicos con ese tono, Ethan entre ellos, pero su pelo no podía describirse como dorado, era más bien un rubio oscuro, casi ceniza.

¿Quién podía ser? Mientras Evelyn pensaba en los posibles papás del bebé de su prima, vio la mirada de amor y afecto en la cara de ésta mientras se pasaba la mano por el vientre apenas abultado. Reconoció esa mirada. Era una mirada de puro amor.

—¿Atticus? —dijo en voz baja acercándose a él por detrás del banco de mármol. Aunque había sido apenas un susurro, él lo oyó de todos modos. Como presa de una descarga eléctrica repentina, se volvió a velocidad inhumana con expresión expectante y feliz.

—¿Evelyn? —murmuró con admiración—. N-n-o esperaba..., yo... Pensaba que no querías verme después de... —Se detuvo antes de volver a mencionar que le había pedido a Hansel que se convirtiera en su amigo y confidente para hacer su estancia en palacio más fácil, y mucho menos el incidente en el que casi la había forzado a perder la virginidad con él.

—Yo tampoco pensé que querría verte tan pronto —respondió ella en un tono irónico, pero él pareció no captarlo—. No obstante, quería agradecerte que hayas invitado a Alice a palacio. Lo valoro mucho. Desde que se casó con Marcus, casi no he tenido oportunidad de hablar con ella, y verla hoy de nuevo ha sido toda una sorpresa, gracias. —Sonrió al rey con dulzura, y aunque su sonrisa no era sincera del todo, al menos lo era en parte al recordar la presencia de su prima.

—No es nada —respondió Atticus—. Me hace feliz verte feliz. Después de lo que pasó ayer, pensé que te perdería...

Que Evelyn hubiera querido verlo voluntariamente le parecía casi un milagro, así que no quería tentar a la suerte.

«No puedes perderme porque nunca he sido tuya y nunca lo seré», pensó ella. Por mucho que le hubiera gustado decirlo en voz alta, sabía que no podía, por ella, por Alice y por el bebé de ésta. Dio un largo suspiro y se preparó mentalmente antes de rodear el banco para sentarse junto a él.

—No digas eso. No me perderás nunca... —Aunque se estremeció al pronunciar cada palabra, el sentimiento pareció genuino. Había ensayado mucho hasta conseguir sonar así.

Y, como Alice había predicho, la expresión de Atticus se iluminó de felicidad y apareció en ella una sonrisa de oreja a oreja. Durante un segundo, Evelyn se sintió mal por jugar así con sus sentimientos: lo estaba engañando y dándole falsas esperanzas prometiéndole un futuro que jamás tendría lugar. Nunca lo amaría; era tan imposible como que ella y Ethan volvieran a estar juntos, y, por mucho que lo odiara, no se sentía cómoda hiriéndolo. Después de todo, no podía

culparlo por quererla y por querer dejar de sentirse solo.

Sin embargo, tenía que hacerlo, debía convencerlo de que algún día sería capaz de sentir por él lo mismo que él sentía por ella, hacer que esa realidad fuera ya palpable y creíble. Tenía que conseguir que él la amara aún más, que hiciera cualquier cosa por complacerla. Era la única forma de salvarle la vida a Alice. Necesitaba obtener todo su amor y su devoción.

—¿Quiere eso decir que tengo alguna posibilidad de ganarme tu corazón? —preguntó con frialdad. La expectación y la alegría iniciales se habían escondido bajo su habitual semblante frío y calculador, pero un rastro de felicidad seguía permeando su voz.

—Sí, supongo que la hay: puesto que no parece que vaya a irme de aquí en un futuro próximo, quizá sea mejor que aprenda a disfrutar de tu compañía —suspiró ella agobiada—. Es un fastidio que estés tan ocupado y que Alice deba irse, no sé cómo voy a soportar estar aquí sin ella. Aunque sólo hemos pasado juntas unas horas, han sido las mejores desde que llegué a esta prisión. No sé qué haré cuando, además, tú estés demasiado ocupado para verme.

Hubo una pausa en la que, de repente, una bandada de pájaros apareció del frondoso bosque que tenían cerca, levantando un eco de graznidos a su paso y provocando que Evelyn saltara del susto.

Atticus se quedó sentado, sonriendo siniestramente al tomar la mano de ella.

—Así que eso es lo que quieres... —Su dedo índice acarició el de Evelyn, y el aire alrededor de ambos se volvió más frío—. Todo este engaño y el hecho de que hayas bajado la guardia ha sido para pedirme que deje que Alice se quede más tiempo, ¿no?

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Ahórratelo —la cortó Atticus antes de que pudiera seguir—. ¿«No me perderás nunca»?... No me dirías eso en la vida. Quizá hace algo más de un año que nos conocemos, pero te conozco mejor que tú misma. Sé cómo eres y que tu comportamiento hacia alguien al que odias, como yo, no cambiaría de una forma tan drástica de la noche a la mañana. Sobre todo, después de lo de Hansel.

—Atticus. —Evelyn abrió la boca para explicarse, pero él la interrumpió de nuevo.

—No te molestes en inventar ninguna excusa. Sabía lo que habías venido a pedirme, era consciente de que la única razón por la que te has acercado a hablar conmigo ha sido para que deje a Alice quedarse. ¿No es cierto?

—Sí. —Puesto que él había destapado su plan, Evelyn no vio razón alguna para seguir mintiendo.

—Bien, pues que se quede entonces. Alice es una invitada oficial del palacio y puede quedarse todo el tiempo que quiera.

—¿Así de fácil?... ¿Y Marcus?

—Ya me ocuparé yo de Marcus. Ha habido muchos rumores sobre revueltas y campañas antivampiros en varias zonas de la Nación en los últimos meses, y supongo que la fuente de toda esa resistencia tiene que ver con los rebeldes de Australia, los mismos que intentaron secuestrarte. —Atticus cerró el libro que tenía sobre el regazo y se levantó—. Enviaré a Marcus a Australia unos meses para que arregle la situación. Es un lugar peligroso, así que dudo que quiera que Alice lo acompañe. Podrás tener a tu prima como compañera de juegos hasta que

te canses.

Le dedicó una sonrisa torcida y empezó a alejarse, pero cuando estaba a unos pocos pasos de Evelyn, ella preguntó:

—¿Así, sin más? ¿Dejas que Alice se quede conmigo? ¿Sin que te dé nada a cambio? ¿Sin ningún trato?

—Sí, así, sin más —respondió él—. Ya te he pedido demasiado, soy consciente de ello. Por culpa de mis necesidades y mis deseos, te arranqué del lado de tu familia y de la gente a la que quieres. Los echas de menos, lo sé, y saber que soy la fuente de tu infelicidad no resulta muy agradable, por mucho que tú pienses lo contrario. Cuando le pedí a Alice que viniera a consolarte ya estuve pensando en varias formas de convencer a Marcus de que la dejara quedarse tanto como fuera posible.

—¿Dónde está la trampa? —preguntó Evelyn de forma automática.

Parecía demasiado bueno para ser verdad, y sabía que Atticus sólo hacía cosas por su propio beneficio. Nunca, que ella supiera, había llevado nada a cabo por compasión o bondad.

Y esta vez no podía ser diferente, pero no le importó lo que tuviera que hacer a cambio: fuera lo que fuera, accedería sin rechistar porque, en esta ocasión, estaba en juego algo más importante que su felicidad. Había otras vidas, no una, sino dos, además de la suya, involucradas, una de ellas completamente inocente y ajena al despiadado mundo de los vampiros. Incluso si no se veía capaz de satisfacer las necesidades de Atticus, debía hacerlo por el bebé de Alice.

—No hay ninguna trampa. Lo hago porque quiero, porque necesito ofrecerte algún tipo de felicidad a cambio de la que te he robado. Considéralo una especie de compensación por todo el dolor que te he hecho soportar —respondió él honestamente—. Te quiero, Evelyn, y deseo que seas feliz. Si encuentras en tu corazón el modo de corresponderme, sabes que te daré todo lo que me pidas. Mataría a cualquiera tan sólo por una sonrisa tuya. —Le dedicó una expresión inescrutable—. La próxima vez no intentes lisonjearme, sólo pídemelo lo que quieras; prometo no negarme a tus peticiones a no ser que vayan en contra del acuerdo que firmamos.

—Gracias —dijo ella, intentando que su voz pareciera sincera. Evelyn, de todas formas, no le creyó.

Ethan y Aaran estaban de pie, cada uno junto a un extremo de un gran plano del palacio real.

—Es la última vez que te lo pregunto: ¿estás seguro de que esto es lo que quieres hacer? Puede que Evelyn sea especial para ti, pero no deja de ser sólo una chica, y hay millones de chicas ahí fuera, muchas más bonitas y mejores, no veo por qué te empeñas en arriesgar tu vida por alguien a quien puede que ni quieras ya dentro de unos años...

—Aaran, no sigas. Eso no va a pasar. Quiero a Evelyn, la he querido desde que era pequeña, y sé que ella me quiere a mí. No voy a dejarla en este lugar perdido de la mano de Dios para que sufra. No me importa lo que me pase a mí, prefiero morir antes que irme de aquí sin al menos intentarlo, sin al menos saber si pude salvarla o no —dijo Ethan inquieto, mirando a su primo fijamente.

La luz de la vela titilaba por la suave brisa que recorría los túneles. Estaba oscuro, pero Ethan veía a Aaran claramente incluso en la oscuridad.

—Eres valiente y decidido, algo que no se puede decir de todo el mundo. Evelyn tiene suerte de tener a alguien como tú, dispuesto a arriesgar su vida por ella. —Aaran habló despacio, su voz profunda y amable, pero con un deje de preocupación—. No obstante, tu oponente no es cualquier vampiro, es Atticus Nocturne Lamia, poseedor de una fuerza sobrehumana. Piénsalo, Ethan, te lo suplico. Esto no es una misión de rescate, es una misión suicida. —Miró a Ethan fijamente, con ternura—. No tienes ninguna posibilidad. No quiero verte morir, y tus padres tampoco.

Él sonrió y volvió a prestar atención al plano que tenía delante con expresión confiada.

—Pero me vas a ayudar, ¿a que sí?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Si no fueras a hacerlo, con tu fuerza, tu poder y tu conocimiento, ya habrías encontrado la manera de enviarme a Australia contra mi voluntad. Pero no lo has hecho, al menos, no hasta ahora.

—Soy idiota por haberte dejado seguir aquí tanto tiempo; vivir casi una semana debajo de tu archienemigo no es el mejor plan. Pero el lugar más peligroso suele ser al mismo tiempo el más seguro y, además, debido a la historia que encierran estos túneles, estaba claro que Atticus no iba a buscarte aquí. —Aaran habló con autoridad y confianza. Estaba intentando intimidar a Ethan, pero no le funcionó.

—No me cuentes cuentos —sonrió él, animado pese a las circunstancias—. Si no pensabas ayudarme, ¿para qué ibas a mantenerme aquí tantos días? No te gusta

correr riesgos, ambos lo sabemos. Seguro que las órdenes de mi padre no decían nada de acampar bajo los aposentos de Atticus un par de semanas —observó a Aaran—. Dime, ¿por qué seguimos aquí?

—Pensé que podría hacerte cambiar de opinión y conseguir que te fueras conmigo de forma voluntaria. Te conozco, sé que eres terco como una mula, que sólo oyes lo que quieres oír, aunque no tenga nada que ver con la realidad. Para ti, todo son juegos y apuestas en los que siempre ganas, y eso te costará la vida algún día. —El hombre lobo gruñó y sus ojos azules brillaron con intensidad. Era la primera vez que se veía obligado a amenazar a Ethan con su fuerza animal.

—No, no pienso que ganaré. Sé mejor que nadie que las posibilidades de perder la vida antes siquiera de poder ver a Evelyn son mucho mayores que las de tener éxito en la misión. Pero eso no significa que prefiera abandonar. Quiero a Evelyn, y aunque no acabe pasando el resto de mi vida con ella, no deseo que la pase con un vampiro al que no ama. No permitiré que sufra. Tú mejor que nadie deberías saber cómo me siento. —Aaran se puso tenso y, como Ethan había esperado, se mantuvo en silencio—. No quiero cometer el mismo error que tú. Ambos sabemos lo mucho que te arrepientes de no haber luchado por ella.

Atticus había accedido a dejar que Alice se quedara en el palacio real.

Sin tratos.

Sin trampas.

Sin pedir nada a cambio.

Era la primera vez desde que Evelyn lo conocía que había hecho algo por ella sin exigir nada a cambio. No sólo podría disfrutar de la compañía de su prima, su mejor amiga, sino que con ello protegería al nuevo miembro de la familia Blackburn que estaba en camino.

La joven miró por la ventana en cuyo alféizar estaba sentada y vio a Alice dar su paseo diario por los jardines reales. Se dirigía hacia los rosales. Lo había hecho cada día desde que estaba allí: «Al bebé le gusta el olor a rosas», le había dicho. Todo iba como la seda. Marcus se había ido del Estado Americano de la Nación Vampírica rumbo a Australia, y Alice disfrutaba de su libertad. Evelyn era feliz, muy feliz; no sólo estaba contenta por ella, sino también por su prima. Al menos, eso era lo que se decía a sí misma. Aunque en realidad no había nada tan misterioso y complicado como la mente de una mujer.

«Considéralo una especie de compensación por todo el dolor que te he hecho soportar.» Suspiró al recordar las palabras de Atticus. Aunque hacía tres días del breve y embarazoso encuentro con él en el jardín, y no lo había visto desde entonces, la escena no paraba de reproducirse en su mente como si fuera un vídeo en bucle. No pasaba una hora sin que se repitiera.

Y la cara de Atticus cuando había pronunciado la frase... Puede que se hubiera mostrado frío, aburrido y falto de interés, pero, como siempre, había algo bajo esa fachada: detrás de la máscara, Evelyn había visto dolor y también irritación. Fuera lo que fuera, sabía que no podía traer nada bueno porque él no había hecho nada por verla en esos días.

Debía admitir que, sin el constante acoso y las exageradas muestras de afecto de Atticus, la vida en palacio era mucho más relajada y agradable. Se sentía como un ciervo que finalmente hubiera encontrado un prado sin la amenaza de depredadores, feliz y segura, sin una preocupación en el mundo. No había nada que le preocupara más allá de echar de menos a su familia y a Ethan. Ésas eran las únicas cosas que nublaban su mente. O, mejor dicho, las únicas que debían hacerlo.

Pero desde el encuentro con Atticus en los jardines, no podía dejar de sentirse además culpable por el dolor que le causaba. Él la quería, nunca dudaba en decírselo tan a menudo como podía, y aunque a ella le parecía que no era más que deseo y lujuria lo que sentía, a veces sus acciones le dejaban intuir que quizá se equivocaba y que había algo aparte de una mera atracción sexual. Atticus sufría una maldición, y una parte de ella lo compadecía.

—¿Es posible que quede algo de humanidad en él? —Evelyn hizo la pregunta en voz alta sin darse cuenta.

—¿En quién?

La inesperada voz alarmó a la chica e hizo que se le congelara la sangre.

En el extremo opuesto del palacio, dos vampiros estaban sentados uno junto a otro, en silencio, leyendo un informe militar. Uno bebía café, el otro whisky, ambos rodeados de miles de libros de diferentes épocas, algunos incunables, otros copias más tardías, algunos de valor incalculable, otros sin ningún tipo de valor. Pero todos formaban parte de la colección que Atticus había ido reuniendo a lo largo de sus siglos de vida, y no había un solo volumen que no hubiera leído. A veces, el conocimiento era una bendición. Otras, justo lo contrario.

—¿Has hablado ya con Evelyn? —dijo Hansel sosteniendo una taza de café sin levantar la vista.

—No. ¿Y tú? —preguntó Atticus a su vez.

—No creo que quiera hablar conmigo ahora mismo, sólo hace unos días de todo y no espero que me perdone tan rápido, si es que lo hace. No confío en que vuelva a dirigirme la palabra hasta pasadas las fiestas navideñas. A lo mejor hasta me desea feliz Navidad y todo, pero poco más —rio Hansel—. Y ¿qué pasa contigo? He oído que su prima está aquí, ¿no tendría que agradecértelo al menos? Pensaba que aprovecharías la situación para...

—¿Para qué? —lo interrumpió Atticus con una risa sarcástica—. Tienes razón, está agradecida por la presencia de Alice, pero eso no quiere decir que quiera hablar conmigo. A sus ojos siempre seré un monstruo despiadado. La semilla que causó dicha impresión ha echado raíces y no para de crecer. Desde que el mundo es mundo, ¿cuántos villanos han conseguido conquistar el corazón de la mujer a la que amaban?

—¿Ahora te ves como un villano? —Hansel frunció el ceño. Notó la ironía en la voz de su amigo y vio el dolor en sus ojos. Estaba molesto, dolido. Estaba a punto de romperse.

—Es lo que soy, ¿no? Un villano. He hecho todo lo que se esperaba de un villano, multiplicado por mil. Me sorprendería que Evelyn consiguiera verme

alguna vez como algo más que un monstruo, que un animal con apariencia humana.

—¿En quién?

La inesperada voz alarmó a Evelyn e hizo que se le congelara la sangre. Se volvió y descubrió a Scarlet en la puerta, con una bandeja de fruta en la mano.

—Scarlet, ¿nunca te han dicho que debes llamar en lugar de entrar sin permiso?

La pelirroja suspiró y luego añadió en tono irónico:

—¿Puedo pasar?

Evelyn apretó los labios, que formaron una línea recta y señalaron la irritación que sentía. De todos sus sirvientes, Scarlet era la peor educada y la menos cuidadosa. Se metía donde quería cuando quería y a menudo parecía que se comportaba como una niña. En momentos así, Evelyn se preguntaba qué demonios habría visto Atticus en ella para contratarla, o por qué le permitía quedarse en el palacio. Seguro que con esa actitud alguna vez se habría metido en algún lío.

Pero, pensándolo bien, y viendo el llamativo cabello rojo de la chica, sus labios carnosos y seductores y su piel radiante, se le ocurrían varios motivos por los que el rey la mantenía en su corte. Por la forma en que Scarlet hablaba de Atticus, a Evelyn se le había pasado por la cabeza que alguna vez se habían acostado juntos, pero nunca se había atrevido a preguntárselo a ninguno de los dos.

—Entra —dijo tras una breve pausa.

La doncella puso los ojos en blanco antes de echar a andar con beligerancia hasta donde se encontraba Evelyn y depositar la bandeja de frutas sobre su cama.

—Bree ha pensado que quizá lady Alice y tú tendrían hambre. La cena se servirá dentro de una hora más o menos. ¿Quieren cenar en el gran comedor o aquí?

—Aquí, por favor —respondió Evelyn sin dudar.

Scarlet chasqueó la lengua y replicó:

—No sé para qué pregunto, si siempre comes en tu cuarto.

—¿Qué se supone que ha sido eso? —saltó Evelyn. Los comentarios burlones de la pelirroja la molestaron—. Me gusta estar sola en mi habitación, ¿tienes algún problema con eso?

—No, a mí me da igual, pero siempre estás aquí. Seguro que no has visto ni la mitad del palacio. ¿Has conocido a algún otro vampiro de los que viven aquí, aparte de Atticus y Hansel?

—¿Hay más vampiros viviendo aquí?

—¡Claro que hay más vampiros viviendo aquí! Hay cientos de residentes en el palacio. Si Atticus fuera el único que viviera aquí, yo no estaría siempre tan

ocupada, ¿no?

—Pero...

—¿Cómo puede ser que sólo los hayas conocido a ellos dos? Nos ordenaron a todos que nos mantuviéramos alejados de ti. Atticus siente algo por ti, todo el mundo lo sabe; está enamorado. Quizá no le correspondas, pero tú le importas más de lo que podrías llegar a imaginar. Sabe que odias a su raza, por eso pidió a todos los vampiros de palacio que se mantuvieran al margen, a no ser que tú quisieras hablar con ellos. —Suspiró—. Qué pena malgastar su amor contigo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Evelyn furiosa.

—Lo que quiero decir es que no lo mereces. No sabes cuántas chicas matarían por estar en tu lugar, ¡incluso por contemplarlo por tan solo un momento! —susurró Scarlet—. Es como si tuvieras una imagen de él totalmente distinta de la que tenemos todos. Eres muy terca, ¿sabes? Atticus haría lo que fuera por ti si lo dejaras, ¿por qué no puedes aceptar su amor en vez de herirlo?

Evelyn se quedó petrificada y no supo qué decir. La forma en que la chica hablaba de Atticus no era la que utilizaría un sirviente cualquiera. Había pasión y frustración en su tono, estaba enojada y sentía celos de ella, de que el rey le prestara tanta atención.

—Estás enamorada de él... —dijo Evelyn al darse cuenta por fin de lo que sucedía.

Sin embargo, no le sorprendió lo más mínimo. En lugar de eso, pensó en lo tonta que había sido por no verlo antes. Era obvio por la forma en que Scarlet hablaba de Atticus y por cómo se dirigía a ella, con rabia.

—Me sorprende que hayas tardado tanto en darte cuenta —le espetó Scarlet en tono sarcástico—. Sí, estoy enamorada de Atticus, como la mayoría de las chicas de palacio, de la ciudad ¡y del mundo! Parece que todas las mujeres de este planeta están enamoradas de él, todas salvo tú. —Negó con la cabeza—. Muy pronto se dará cuenta de que no vale la pena que pierda más el tiempo contigo, de que eres totalmente inadecuada para él.

Evelyn tragó saliva. Sus palabras parecían más una amenaza que un aviso. Por fuera, Scarlet parecía una muchacha delicada, pero había algo en ella que daba miedo. Una especie de fulgor en su mirada, un aura tan brillante como su cabellera roja.

—Lo siento —dijo tras unos instantes de silencio—. No debería estar aquí; no merezco estar aquí. Siento haber sido una carga para ti y para todos para los que el rey significa algo. Si me estuviera permitido, me iría del palacio tan pronto como pudiera y no volvería, te lo aseguro. Haría lo que fuera por poder irme, pero no puedo.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Entonces deja de hacerte la dura —le espetó Scarlet—. Los hombres siempre quieren lo que no pueden conseguir, y la forma en la que tratas a Atticus es el único motivo por el que no puede dejar de perseguirte. Admítelo, te estás haciendo la dura, lo has planeado todo, ¿a que sí? ¡Debes de haberlo seducido de algún modo! ¡Confiésalo!

—Scarlet, yo no..., de verdad que yo no...

De pronto, se oyó una repentina explosión que hizo temblar el suelo. La vibración llegó hasta la cuarta planta del palacio. Luego empezaron a resonar

gritos por todas partes al producirse una nueva explosión, más fuerte que la anterior.

«Alice.» Ése fue el primer nombre que se le vino a Evelyn a la cabeza. «¡Oh, Dios mío, Alice...!» De inmediato, corrió hacia la ventana, el último lugar desde el que había visto a su prima, pero no había ni rastro de ella junto a los rosales.

«¡Alice!» Evelyn no se molestó en mirar los aviones que se acercaban y las nubes de humo en la distancia. Rayos y truenos golpeaban los muros de la Ciudadela Real, apenas visibles desde donde estaba ella aunque hubiera estado atenta.

—¿Qué ocurre? —gritó Scarlet, pero Evelyn no respondió. Primero, porque no lo sabía, y, segundo, porque tenía cosas más importantes en las que pensar, como Alice y su bebé.

Salió corriendo al pasillo intentando dar con la forma más rápida de llegar a los jardines, justo al otro lado del palacio.

Mientras tanto, Atticus y Hansel estaban tan tranquilos, de pie junto a los ventanales, observando la escena desde la distancia.

—Hacía tiempo que no intentaban rebelarse —dijo Hansel en tono monótono, casi aburrido.

El rey se echó a reír.

—¡Qué patéticos! Deberían estar agradecidos de que los deje mantener Australia como su hábitat natural en lugar de esclavizarlos a todos.

Dejó escapar un suspiro impaciente y subió volando la escalera que daba al piso superior de la biblioteca en forma de cilindro. Se apoyó en la barandilla de hierro y sonrió mirando hacia el lugar donde estaba su amigo, diez plantas por debajo.

—¿Vas a sacar los anillos?

—Pues podría, porque hace casi un siglo que no los uso. Si las brujas y los hombres lobo se creen que pueden derrotarme, se van a enterar de la que se les viene encima. Los usaré como último aviso antes de lanzar un ataque.

Hansel puso los ojos en blanco.

—Hazlo lo más rápido y silenciosamente posible, por favor. Quiero acabar de revisar este papeleo en paz.

Atticus soltó una carcajada.

—¡Claro, milord!

Sin más preámbulos, se dirigió a la estantería en la que había un libro titulado *Cómo preparar remedios con castaño de Indias*. Lo abrió y de su interior sacó una cajita dorada escondida entre las páginas.

—Alavir, Venecia, Maraji, Duncan, Lyla, Saphera —susurró.

Al instante, la caja se abrió para revelar cinco anillos, cada uno completamente diferente del resto. Lo único que tenían en común eran las piedras preciosas de color rojo que los decoraban. Tras vacilar un poco, Atticus tomó los cinco anillos y se los metió en el bolsillo.

—Vamos a jugar un rato, chicos.

—¿Estás preparado? —le preguntó Aaran a Ethan.

—Nací preparado.

—Sabes el riesgo que corres, ¿no? Esto no es como los juegos de guerra a los que jugábamos de niños: esto es real. Mucha gente morirá esta noche, y tú podrías ser uno de ellos.

—Es el momento perfecto para intentar rescatar a Evelyn. Mientras el palacio al completo está sumido en el caos, Atticus estará demasiado ocupado enfrentándose a las brujas, y el resto de chupasangres estarán luchando contra ustedes. No tendré otra oportunidad igual.

Aaran suspiró.

—Debes entender que este caos no es algo positivo. Mucha gente morirá por error, y los guardias estarán en alerta máxima. Existe el riesgo de que rescatar a Evelyn ahora sea incluso más peligroso que hacerlo en un día tranquilo.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Hay veces en las que hay que anteponer la vida de los demás a la nuestra, pero también hay otras en las que hay que ser egoísta y perseguir la propia felicidad en lugar de preocuparse de la del resto. A lo mejor ése era el problema de Evelyn.

Quizá debiera dejar de pensar en los demás, de sacrificarse por quienes tenía alrededor —ya fuera Ethan o su propia familia—, y perseguir su propia felicidad.

Siempre anteponeía la felicidad de los demás a la suya propia. Todo por lo que había pasado en el último año había sido para beneficio de otros. Había renunciado a Ethan para que no le ocurriera nada a su familia, y luego había renunciado a su familia y a su propia libertad por la libertad y la vida de Ethan y los suyos.

La gente suele decir que ser compasivo trae buen karma, pero ése no era el motivo por el que Evelyn había sido tan abnegada y había accedido a las exigencias iniciales de Atticus, y si el dicho era cierto, la chica tendría una gran cantidad de buen karma.

Desafortunadamente, la vida no funcionaba así.

Evelyn corrió tan deprisa como pudo, abriéndose paso por los caóticos pasillos y esquivando a los miembros de la corte y los sirvientes que deambulaban presos del pánico. Los gritos habían disminuido en intensidad, pero se habían fusionado para convertirse en un zumbido constante a su alrededor.

—¡Alice! —gritó a pleno pulmón justo cuando consiguió dejar atrás a la multitud y salir al frondoso jardín. Había gente por todas partes corriendo y chillando. Nadie sabía qué hacer, pero todos estaban ocupados con algo—. ¡Alice! —volvió a gritar, pero con todo el caos a su alrededor y el rugido de los aviones y las bombas, no conseguía oír la voz de su prima.

—Lady Evelyn, ¿qué hace aquí? ¡Debería estar dentro! —le dijo una chica joven vestida con uniforme de criada que no parecía tener más de quince años mientras la agarraba del brazo y la arrastraba de vuelta al palacio—. ¡El rey no querría que estuviera fuera en estos momentos! ¡Tengo que ponerla a salvo!

Pese a sus súplicas, Evelyn ignoró a la muchacha y siguió corriendo lo más rápido que pudo para adentrarse en los jardines. Pasó junto a mucha más gente, pero nadie aparte de la doncella le hizo ningún caso.

—¡Alice! ¿Dónde estás? —no paraba de gritar—. ¡Alice Blackburn! Alice, ¿dónde estás?

—¡Vamos, lady Evelyn! ¡Es muy peligroso estar aquí fuera! ¡Nos están

atacando! Puede que la barrera de magia resista ante las bombas y las explosiones, pero las brujas y los hombres lobo podrán penetrarla —continuó diciendo la chica, agarrando a Evelyn con más fuerza que antes—. ¡Tenemos que entrar!

—¡No! ¡No entraré sin Alice! ¡No iré a ningún sitio con nadie hasta que encuentre a mi prima!

Intentó deshacerse del agarre de la sirvienta, pero la chica tenía una fuerza sobrehumana para alguien tan pequeño y tan joven, o al menos alguien que lo parecía.

—Bien, ya me lo agradecerá más tarde —replicó la chica tras dudarle un momento.

Acto seguido, la agarró por los dos brazos y empezó a arrastrarla con fuerza hacia el interior del palacio.

—¡Suéltame! —gritó Evelyn luchando para librarse de la doncella, pero, pese a su tamaño diminuto, no pudo con ella—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! ¡Alice! ¿Dónde estás?

—¡Vamos, lady Evelyn, no tiene sentido buscar a nadie en este caos, sálvese usted primero y ya pediré a otros vampiros que busquen a la tal Alice!

—¡Debo encontrarla yo! ¡Suéltame de una vez! —La joven no dejaba de gritar y de patear, pero su captora no se inmutaba.

—¡Ha dicho que la sueltes! —dijo entonces una voz familiar.

Evelyn se quedó petrificada.

Hacia un año que no oía esa voz, y al oírla se dio cuenta de lo mucho que la había echado de menos, de cómo lo había echado de menos a él...

Al instante, se volvió y vio a Ethan corriendo a toda velocidad en su dirección.

Ethan.

Su querido Ethan.

Su caballero de brillante armadura, corriendo al rescate como cuando eran niños. Siempre que estaba en peligro, él era el primero en llegar para defenderla ante todo y ante todos.

Durante más de un año se había obligado a olvidarlo, a evitar cualquier cosa que le recordara a él, a borrarlo de su vida. Quería..., no, *necesitaba* olvidarse de él, olvidar su amor por él, y de tanto hacerlo había acabado por creer que podría vivir sin él, que su amor no era más que un romance adolescente, que nada duraba para siempre. Pero en ese instante, al verlo allí, en carne y hueso, la presa que había construido a su alrededor se derrumbó y el amor que sentía por él empezó a fluir de nuevo.

—É-Ethan... —Pronunció su nombre completamente aturdida ante el hecho de verlo, de que estuviera allí. No sabía si estaba soñando o no, pero le dio igual. Todo cuanto le importaba era saber que Ethan estaba allí, con ella.

—Póngase detrás de mí —siseó la doncella, y empujó a Evelyn para colocarla tras de sí. Tenía tanta fuerza que la joven perdió el equilibrio y cayó al suelo—. ¡No se mueva, va a hacer que nos maten a las dos!

Luego, como un rayo, se abalanzó sobre Ethan mostrando los colmillos, afilados como dos espadas en miniatura. Alargó los brazos hacia el cuello del muchacho para retorcérselo, pero cuando estaba a punto de llegar a él, Ethan simplemente sonrió, metió la mano en la parte de atrás de la chamarra de piel que llevaba y

agarró algo que tenía metido en el cinturón.

—Descansa en paz —murmuró antes de sacar un largo objeto de color granate y clavárselo en el pecho a la chica.

Ella lo miró con unos ojos como platos.

—¡Maldito...! —empezó a decir.

Sin embargo, no pudo terminar la frase, porque de inmediato la vida desapareció por completo de sus ojos. De repente, su piel se tornó gris y luego toda ella se precipitó al suelo en forma de polvo.

Ethan suspiró.

—Polvo... Ese polvo debe de tener más de trescientos años. Qué deshonra morir a manos de un don nadie como yo —murmuró como si lo apenara la muerte de su contrincante—. Supongo que habría preferido hacerlo a manos de un hombre lobo.

—¿Q-q-qué...? —tartamudeó Evelyn mirando el cadáver de la sirvienta, o más bien lo que quedaba de ella en forma de polvo, y luego a Ethan.

—Era un vampiro. Cuando los matas, algunos se convierten en cadáveres, otros en charcos de sangre y otros en polvo, como éste. —Ethan lo pateó para dispersarlo—. Nada de lo que preocuparse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Evelyn lanzándose a su cuello—. ¡Ethan —lloró —, pensaba que no volvería a verte!

—Yo también —repitió él besándole la cabeza y llorando también.

—Te he echado tanto de menos...

—Yo más, cariño, mucho más.

Ethan abrazó con fuerza el pequeño cuerpo de la chica y apoyó la cabeza contra la de ella, tomándose un momento para disfrutar del dulce y largamente esperado reencuentro.

Evelyn y Ethan estaban tan absortos el uno en el otro que no se dieron cuenta de que un par de ojos verdes los observaban fijamente desde el piso superior.

Hansel no pudo evitar sonreír al ver la expresión en el rostro de la chica, tan llena de amor, una expresión que nunca había mostrado estando cerca de Atticus o de él mismo, la sonrisa de una muchacha enamorada. En ese instante se dio cuenta de que la joven amaba a Ethan, siempre lo había amado y siempre lo amaría.

Más allá, vio al ejército de brujas y brujos acercándose con una nube negra sobre ellos. Sería una batalla cruenta, lo sabía. Los rebeldes nunca atacaban si no estaban seguros de poder ganar, pero ni las brujas ni los hombres lobo conocían los verdaderos poderes de la Nación Vampírica y de su rey, Atticus Nocturne Lamia.

Aun así, incluso utilizando los anillos, Atticus estaría demasiado ocupado defendiendo el palacio como para darse cuenta de la ausencia de Evelyn hasta que fuera demasiado tarde.

—Buena estrategia, Redfern —rio Hansel—. Distrae al dragón y salva a la princesa... Muy buena estrategia. Ahora llévate el botín y corre, corre tan lejos como puedas, sin mirar atrás, nunca dejes que te cacen. No tienes ni idea de la ira que se descargará sobre ti si Atticus te pone las manos encima. Corran, corderos, corran, y nunca vuelvan. Llévate a Evelyn lejos de este lugar, lejos de su miseria —le recomendó a Ethan como si éste pudiera oírlo.

Hansel debería haberse apartado de la ventana en el momento en que vio a Ethan correr hacia la chica, debería haberlo detenido cuando había matado a aquella sirvienta y, sobre todo, no debería haber dejado a los amantes que se abrazaran así. No sólo por Atticus, sino por él mismo: por mucho que intentara negarlo, sentía algo especial por Evelyn. E incluso si ella no lo correspondía, no era normal en un vampiro que se alegrara de que otro se quedara con la chica que le gustaba.

Pero Hansel no era un vampiro normal. Tenía valores, sentía compasión. Dejaría que Evelyn escapara con Ethan porque la quería. Y también lo haría para que los amantes consiguieran evitar caer en las garras de Atticus.

El corazón de Evelyn latía con fuerza en su pecho mientras contemplaba a Ethan. Le temblaban las manos y no conseguía dejar de llorar.

No podía creer que él estuviera allí, que estuviera allí de verdad, delante de ella, en carne y hueso.

Tras un año atormentada por Atticus, en el que había accedido a intercambiar su libertad por la de él, pensaba que jamás volvería a ver al amor de su vida, que Atticus los había separado para siempre, que no volverían a reunirse nunca.

—No puedo creer que estés aquí —murmuró, y acercó las manos temblorosas a la cara de él, con miedo a que se convirtiera en un puñado de polvo como el vampiro que acababa de matar.

Ethan sonrió y le tomó el rostro entre las manos.

—No tengas miedo, soy yo de verdad y estoy aquí, contigo, donde debo estar —dijo llorando de alegría.

—Y-y-yo...

—¿...no lo creo? —Ethan acabó la frase por ella—. Sé exactamente cómo te sientes, a mí me pasa lo mismo. No tienes ni idea de las veces que he soñado o fantaseado con verte de nuevo. Pese a todo el tiempo que ha pasado, pese a todas las torturas y el dolor, no he podido olvidarte. Mi amor por ti no ha disminuido lo más mínimo, y verte ahora hace que valga la pena haber soportado todo el martirio que he tenido que aguantar en el último año.

—¿Qué torturas? —preguntó Evelyn frunciendo el ceño—. ¿De qué martirio hablas? Pensaba que Atticus te había liberado en algún país europeo, lejos de aquí, después de que yo le cediera mi libertad a cambio de la tuya y la de tu familia...

La confusión de Evelyn no lo sorprendió. No le extrañó que Atticus le hubiera mentado para que ella creyera que era un tipo con un corazón de oro cuando en realidad era un monstruo sin alma que sólo se quería a sí mismo. Aun así, pese a que ya se lo había temido, no pudo evitar apretar la mandíbula de pura rabia al saber que el vampiro le había mentado a Evelyn y le había hecho creer que todos sus sacrificios eran en beneficio de la felicidad de Ethan, cuando en realidad lo tenía preso en las mazmorras reales para que lo golpearan y lo torturaran hasta casi morir para ser curado de nuevo con sangre vampírica.

—Evelyn, hay muchas cosas que Atticus no te ha contado —dijo—. Pero ahora no podemos perder el tiempo en eso. —Gesticuló para señalar el caos que los rodeaba.

Las bombas seguían cayendo en la distancia y el huracán de brujos y brujas cada

vez se acercaba más.

Aunque estaban lejos de los edificios y la mayoría de los habitantes del palacio habían corrido hacia el interior buscando refugio y temiendo por sus vidas, a Ethan no le cabía la menor duda de que muy pronto los jardines estarían inundados de guardias y soldados, listos para combatir en la batalla de su vida.

—Vamos, tenemos que ir a un lugar seguro. ¡No nos conviene quedarnos atrapados en una batalla entre Resistencia y vampiros! —Ethan la cobijó bajo su brazo—. Te lo explicaré todo tan pronto como estemos a salvo.

Atticus había luchado en infinidad de guerras durante los milenios que llevaba vivo, incluyendo algunas de las más importantes que el mundo había conocido. Había sido en su vida humana, antes de la maldición y de toda la conmoción de convertirse en vampiro, cuando era un hombre normal sin poderes especiales exceptuando su fuerza y su exhaustivo conocimiento militar, sus habilidades para la lucha y sus dotes para la estrategia.

Durante su vida humana había sido un guerrero, un soldado, alguien que había luchado por el honor de su país, la Atlántida. Llevaba la guerra en la sangre y jamás había perdido la oportunidad de participar en una batalla cuando se le había presentado la ocasión. Le encantaba la emoción de la lucha, el modo en que lo hacía sentirse. No había nada como estar en mitad de la batalla, rodeado de muerte y de peligro. Era lo único que lo hacía sentirse normal: le recordaba al pasado, a quien había sido, un joven atlante sin miedo a nada y dispuesto a dar su vida por su pueblo.

Atticus sonrió al recordar todo eso mientras estaba de pie en el tejado del palacio, escrutando con la mirada los frondosos jardines que se extendían ante él. Aunque era otoño, los jardines reales parecían llenos de vida y de color, mientras que el resto de la vegetación fuera de la Ciudadela Real ya sufría los estragos del frío y seguía el ciclo habitual de la naturaleza. Ese año no había salido más allá de los muros de la ciudad para examinar la Nación, pero sabía que por esa época todas las flores ya se habrían marchitado y la hierba se habría secado, convirtiéndose en cadáveres de la poco antes vibrante vegetación.

La batalla entre los guardias y la Resistencia no había empezado aún, pero los lobos ya merodeaban por el jardín, escondiéndose y camuflándose en el terreno, intentando acercarse a los edificios todo lo que podían antes de atacar. Sin embargo, sus movimientos no pasaban inadvertidos a la mirada del monarca.

Cuando por fin se inició la lucha, Atticus supo que sería sangrienta y que ambos bandos sufrirían la pérdida de valiosos guerreros, pero también que la mayoría de las bajas las padecería la Resistencia.

Sonriente, jugueteaba con los anillos: en la mano izquierda sostenía el suyo, y en la derecha, los que habían pertenecido a sus amigos Duncan y Alavir.

—Hacía mucho que no luchábamos juntos en ninguna batalla. Ya va siendo hora de recordar los viejos tiempos, ¿no creen? —dijo en voz baja hablando a los anillos como si fueran personas reales, aunque sin esperar una respuesta que nunca llegaría.

Atticus había menospreciado las fuerzas de la Resistencia. Habían enviado más

lobos de los que había previsto: había miles de ellos junto a las brujas, enseñando los colmillos y listos para saborear la sangre de su adversario. No obstante, eso no asustó al rey lo más mínimo. Lo que lo alarmó fue el hecho de que los lobos ya hubieran llegado a los muros del palacio.

Dichos muros estaban fuertemente custodiados. Ni una mosca podría franquearlos sin permiso. Debía de haber alguien ayudándolos desde dentro, dejándolos entrar de una u otra forma.

Atticus siguió jugueteando con los anillos, preparado para matar a todas y cada una de aquellas asquerosas criaturas, pero se detuvo al notar una presencia a su espalda. Su sonrisa se ensanchó al percatarse de quién era.

—Hacía mucho tiempo que no venías a verme por propia voluntad.

—Casi un milenio, si no recuerdo mal —respondió una voz femenina, y el rey sonrió todavía más.

—Has traído a toda la artillería hoy, ¿no? ¿No te asusta que todo esto acabe siendo de balde y envíes a la tumba a todos esos lobos?

—Claro que me asusta, y lamentaré la muerte de cada guerrero que pierda su vida esta noche, sean hombres lobo o vampiros —dijo ella con pesar—. Pero todo esto es absolutamente necesario. Siento que debamos ser enemigos. He hecho lo posible por postergar al máximo esta batalla, pero no puedo seguir permitiendo que corrompas el mundo de esta forma.

—¿Corromper el mundo? —rio Atticus—. ¿Cómo estoy corrompiendo el mundo? ¡Si lo estoy salvando! —De repente, todo atisbo de humor desapareció de su rostro, que adquirió una expresión siniestra—. ¿Es que has perdido el juicio junto con la vista? Venecia, ¡sabes cómo habría acabado el mundo si yo no hubiera intervenido para salvarlo! ¡Los humanos lo habrían destruido con su contaminación y sus armas nucleares!

—Sé lo que podría haber pasado —repitió ella vacilante—, y el futuro no pintaba nada bien, pero también pude ver más allá de la destrucción. Vi a los humanos aprendiendo la lección y empezando de nuevo. Las cosas habrían ido mucho mejor si... —Pero fue interrumpida antes de acabar.

—¿Si los humanos hubieran aprendido la lección y se hubieran dado cuenta de que debían valorar su planeta, fuente de toda vida y de la magia que canaliza gente como nosotros? Venecia, a veces tus visiones se equivocan, ¿y si las cosas no hubieran ido como predijiste? ¿Y si la humanidad no hubiera acabado cambiando, sino perpetuando sus errores? ¿Qué habría pasado? ¿Es que querías que me quedara de brazos cruzados viendo cómo destruían nuestro hogar de nuevo, igual que la última vez?

—Sí —dijo ella secamente—. ¿No recuerdas las consecuencias de nuestra rebeldía? ¿En qué nos convertimos?

—Nos bendijeron con poderes que van más allá de la imaginación —insistió Atticus, todavía dándole la espalda.

—¡No! ¡Nos maldijeron! Todos esos vampiros de ahí abajo, los que forman parte de tu guardia..., también ellos están malditos. Somos monstruos, Atticus, ¿por qué no lo ves? Pensaba que podría cambiarte, pensaba que podría cambiar el futuro, pero veo que es imposible ayudarte. Siento que las cosas tengan que acabar así. —Una pequeña bola de luz se formó en sus manos—. Lo siento mucho.

Atticus observó la luz cegadora que se había formado en las manos de Venecia. Su cara quedaba oculta por la gran capucha de la capa que llevaba, pero aun así pudo entrever los labios rosas apretados con firmeza, algo que hacía siempre que estaba asustada, nerviosa, o cuando se sentía insegura.

No sabía si esta vez temía herirlo solamente y hacerlo enojar más o si le preocupaba matarlo realmente. A lo largo de los siglos, muchos lo habían intentado, y a menudo los asesinos acababan siendo sacrificados antes de que pudiera sacarles ninguna clase de información acerca de quién los enviaba, pero el rey solía tener alguna idea al respecto. Siempre era alguien que creía tanto en su maldad que habría hecho cualquier cosa por intentar erradicarla.

Sonrió mientras veía a Venecia acumular más energía en sus manos. Estaba dispuesta a acabar con él, y Atticus lo sabía. La hechicera provenía de un antiguo linaje de brujas muy poderosas, y después de que ambos fueran maldecidos y convertidos en vampiros, sus poderes se magnificaron de algún modo, haciéndola prácticamente invencible. Si de verdad hubiera querido matarlo alguna vez, Atticus dudaba que hubiera podido resistirse a sus poderes y a su magia. La verdad era que Venecia no estaba preparada para verlo morir, y probablemente nunca lo estaría. Le faltaba la crueldad necesaria para arrebatar una vida, incluso la de alguien tan despiadado como el rey; ella lo sabía y él también.

Tal vez fue por eso por lo que Atticus se mostró tan relajado e impasible cuando Venecia le lanzó la gran bola de energía. En su rostro no apareció ni un atisbo de miedo, al contrario, seguía sonriendo como si debatirse entre la vida y la muerte fuera un juego. Venecia podía matarlo, pero no lo haría.

Observó la esfera mágica volar hacia él y, en menos de lo que un colibrí tardaría en batir sus alas, levantó la mano y, sin tocarla, cazó la bola utilizando su propia energía.

Acto seguido, Atticus chasqueó la lengua, sorprendido ante la ingenuidad de Venecia, y desintegró la esfera con una sonrisa. Despacio, creó a su vez otra bola más pequeña de energía oscura y la dirigió hacia la capucha de su contrincante para revelar el rostro que durante los últimos años sólo había visto en sueños.

Cabello plateado, puro y blanquecino como la nieve de la montaña, sujeto para apartarlo de su cara. No había cambiado nada desde la última vez que la había visto excepto sus ojos: aquella vez brillaban con la intensa luz de un cielo despejado, mientras que ahora eran dos globos de hielo, casi por completo desprovistos de color. En la distancia, parecerían prácticamente blancos, como

su cabello, de no haber sido por los pequeños destellos azules que se veían en los bordes.

—Parece que tu puntería desapareció con tu vista —dijo Atticus con un suspiro—. ¿Por qué no me lo contaste? Podría haberte ayudado.

—No necesito ayuda. La naturaleza necesita mantenerse en equilibrio, y no era justo que yo pudiera ver el pasado y el futuro, además del presente, así que tuve que renunciar al menos a uno de ellos. —Venecia habló despacio; su precioso rostro iluminado por una gran sonrisa.

En ese momento, Atticus recordó por qué la había amado tanto todos esos años antes: por su inocencia, su dulzura y su bondad. Ella siempre había sido la clase de chica que necesitaba protección, alguien que cuidara de ella. Incluso ahora, con todos sus poderes y su magia, seguía necesitándola.

—Deberías haber renunciado al pasado.

—Me han dicho eso muchas veces, pero justamente tú no deberías hacerlo. Mis recuerdos del pasado son lo único que hace que sigas con vida. Si hubiera renunciado a mi poder para recordar, me habría vuelto mucho más fría y tendría las agallas de matarte ahora mismo —le sonrió de vuelta. Sus palabras no intentaban ser una amenaza, pero Atticus sabía que eran ciertas.

Venecia tenía razón. Ella también era una de los Primigenios y, por tanto, no había nada que Atticus poseyera que ella no poseyese. Además, era capaz de utilizar una magia inmensamente poderosa, por lo que podría matarlo en cualquier momento. Pero lo mismo podía decirse de él: podría acabar con ella en un instante. Atticus jugueteó con los anillos que llevaba en los dedos.

—¿Hay algo que pueda hacer para que hagas la vista gorda y no me tengas en cuenta que me haya convertido en un monstruo? Te he echado de menos, Venecia. Los echo de menos a todos y cómo eran las cosas antes —admitió Atticus tras un instante de silencio.

Su melancolía era genuina. Quería volver a ser amigo de Venecia porque ella era la única que entendía de verdad la responsabilidad que conllevaba poseer el enorme poder que ambos poseían.

Para su sorpresa, Venecia sonrió y durante un momento pareció que fuera a acceder a su petición, o al menos a considerarla.

—Si hubieras prometido cambiar, definitivamente habría pasado por alto el monstruo que vi en mis predicciones, habría hecho lo posible por evitar que te convirtieras en él. Pero ya es demasiado tarde. ¿Es que no lo ves, Atticus? Ya eres ese monstruo. Sé lo que has estado haciendo en los últimos siglos, predije las muertes de tus amigos, y ahora sé la causa de ellas.

—Eso puedo explicarlo.

—Entonces, por favor, ¿puedes explicarme el motivo por el que masacraste a todos y cada uno de nuestros amigos? ¿Por qué están muertos?

—Daños colaterales para mayor beneficio del mundo.

Venecia rio.

—¿Mayor beneficio del mundo? ¿No querrás decir mayor beneficio de tu propio imperio? Atticus, no soy tonta, sé que los mataste para absorber sus poderes y para eliminar cualquier posible competencia a tu preciado trono. El poder será lo que al final te haga caer; el poder puede cambiar a cualquiera, ¿cuántas veces nos lo repitieron los Ancianos cuando éramos jóvenes? ¿No recuerdas sus

historias de reyes caídos por haber dejado que el poder se les subiera a la cabeza y por haber sacrificado innumerables vidas con sus estúpidas y egoístas decisiones? —Él no respondió, simplemente observó a Venecia con los ojos llenos de un ansia irrefrenable de venganza—. He visto lo que le has hecho a tu nuevo amor, las cosas despreciables por las que has hecho pasar a su novio... La pobre sólo está aquí por tu chantaje, ¿sabes? Y escapará a la primera ocasión. Atticus ignoró su comentario y cambió de tema.

—¿Qué te parece Evelyn?

—Creo que nos parecemos como dos gotas de agua, con la única diferencia de que su pelo es negro en lugar de blanco.

—Es igual que tú antes de la maldición.

—¿Es por eso por lo que la mantienes aquí cautiva? ¿Porque se parece a mí? ¿Porque quieres a tu lado a alguien que te recuerde a tu vida antes de todo este drama y toda esta Oscuridad?

—Fue por eso por lo que llamó mi atención, pero el motivo de la pasión que siento por ella es que me hace feliz. Es pura, inocente y completamente ajena a toda la maldad a su alrededor. Es la primera persona que ha conseguido hacerme feliz en mucho tiempo, por eso la amo.

—Veo que estás obsesionado con ella, pero recuerda que, cuanto más intentes poseerla a la fuerza, más ganas tendrá ella de dejarte. He visto tu futuro y, si continúas tratándola como ahora, nunca podrá aprender a amarte como esperas; en su lugar, te odiará más y más cada día.

—Eso es exactamente lo que me dijo Hansel. Dice que debo dejarle espacio, dejarla a su aire, y es lo que estoy haciendo.

Venecia sonrió.

—Te daré un consejo. Si realmente quieres que te ame, entonces debes dejar que haga lo que quiera hacer. Deja de intentar controlarla; deja de gobernarla. El amor no funciona así. —Acto seguido, se volvió como si fuera a mirar por la ventana a las brujas, los hombres lobo y los guardias a punto de enzarzarse en la batalla de su vida—. Ahora debo irme. Que gane el mejor.

—¡Espera! —gritó Atticus justo cuando ella estaba a punto de emprender el vuelo—. Si tu motivo para venir hoy no era matarme, entonces ¿qué haces aquí? ¿Por qué poner toda la carne en el asador?

—¿Quién ha dicho que no he venido a matarte? —respondió ella—. Que no lo haga yo no quiere decir que no pueda hacerlo otro. Además, si te lo cuento todo, será mucho menos divertido.

—¿Atticus ha estado torturándote durante todo un año? —gritó Evelyn mientras seguía a Ethan por los túneles secretos con los ojos abiertos como platos.

—Shhh, no hables tan alto, puede que los pasadizos estén insonorizados, pero los vampiros tienen un oído extraordinario —replicó él intentando calmarla.

—¡Ethan! ¿Cómo puedes no estar enojado por eso? ¡Me dijo que te había dejado ir, cuando en realidad seguía torturándote durante todo ese tiempo! ¡Cómo me gustaría golpearlo en estos momentos!

El muchacho sonrió.

—Estuve enojado al principio, pero ahora supongo que lo que siento por él es pena. La única razón por la que me torturaba era porque te quiere, todo era fruto de los celos. Quizá si la situación hubiera sido a la inversa yo habría hecho lo mismo. Además, ahora estás aquí conmigo, y eso es lo único que me importa.

—Yo... ¿soy el motivo por el que te has dejado torturar hasta casi morir? —preguntó Evelyn con la voz rota y notando las lágrimas asomarse—. Si mi amor por ti es la razón por la que debiste sufrir tanto, entonces preferiría... preferiría... De repente, Ethan se detuvo, se volvió y la besó en los labios sin avisar, tomándola desprevenida.

—Te quiero, Evelyn, y me da igual todo el dolor que haya tenido que soportar porque el hecho de que estemos juntos ahora hace que haya valido la pena, así que ni se te ocurra decir nunca que preferirías no quererme, ¿está bien? —dijo con delicadeza, apoyando la frente en la de ella—. No hay nada que no haría por ti.

—Tampoco hay nada que yo no haría por ti. —Evelyn lo besó.

—¿Siempre y para siempre?

—¡Siempre y para siempre!

—¿Interrumpo algo?

A Evelyn se le heló la sangre al oír la pregunta formulada por una voz desconocida. Toda clase de posibilidades terribles pasaron por su mente: ¿y si era uno de los guardias? ¿Y si habían descubierto su huida? ¿Matarían a Ethan? ¿Qué pasaría con Alice?

Tragó saliva, nerviosa, y besó al chico una última vez antes de separarse vacilante de él, consciente de que quizá sería la última vez que lo viera. Se dispuso a mirar al hombre que había hecho la pregunta.

Pelo rubio, piel blanca como la porcelana, ojos de un azul intenso y cejas que le recordaron a dos orugas albinas.

Agarró con fuerza la mano de Ethan y casi al instante lo empujó detrás de ella como si quisiera usar su cuerpo como escudo, en guardia por si el desconocido se decidía a atacar.

«No se atreverá a hacerme daño a mí —se dijo—. Atticus no permitiría que me hiera, preferiría que me capturara con vida.»

Al darse cuenta de las intenciones de Evelyn, el hombre rubio sonrió.

—Tenías razón con eso de que te quiere. —Y chasqueó la lengua jocosamente mirando a Ethan.

Éste hizo una mueca divertida ante lo protectora que se mostraba Evelyn. Lo llenaba de alegría saber que estaría dispuesta a ponerse en peligro para asegurarse de que a él no le pasaba nada. Pero también lo preocupaba y lo apenaba, porque el amor incondicional que sentía por él la había llevado a firmar aquel estúpido contrato con Atticus, y se odiaba a sí mismo por ello.

Que Evelyn se hubiera sacrificado para protegerlo... No quería seguir viviendo en esas circunstancias, escondiéndose detrás de su chica por culpa del otro hombre que estaba enamorado de ella. Quería ser él quien la protegiera, no Atticus.

Aun así, le plantó un beso en la mejilla.

—Relájate, cariño. Éste es Aaran, mi primo, no nos va a hacer daño.

—Y, si lo hace, no se lo perdonaré nunca —dijo otra voz, esta vez femenina. Una voz que hizo que a Evelyn le diera un vuelco el corazón.

—¿Alice?

Dejó escapar un grito ahogado al ver a su prima salir de detrás del robusto Aaran. Ethan y él se sonrieron.

—¡Pensaba que no volvería a verte! —exclamó Alice corriendo a abrazar a su prima.

—¡Ni yo! ¿Por qué huiste cuando viste que nos estaban atacando? Estás

esperando un bebé, deberías haber vuelto a mi habitación enseguida, ¡era muy peligroso quedarse ahí afuera!

—Ya lo sé, y siento haberte preocupado, pero tenía que arriesgarme. —Alice se apartó de ella y desvió su atención hacia el hombre que la miraba como si fuera la mujer más bella del mundo—. Corrí porque sabía que él estaría aquí, y no sólo lo hice por mí, sino también por mi hijo. Tengo que abandonar la Nación Vampírica, no puedo dejar que mi niño crezca en un lugar así, sin tener ningún poder sobre nuestro futuro, y ustedes tampoco pueden quedarse aquí. —Tomó la mano de Evelyn entre las suyas y le dio un ligero apretón—. Vengan a Australia con Aaran y conmigo, allí estaremos seguros.

—¿A-Australia? —tartamudeó Evelyn mientras todas las leyendas y las historias que Ethan le había contado de pequeña volvían a aparecer en su mente.

Australia, un lugar sin vampiros, donde los humanos controlaban sus propias vidas y podían vivir en paz con otras criaturas sobrenaturales. Un lugar en el que podría estar con Ethan. Un lugar sin Atticus...

De repente, se sintió dividida entre su amor por Ethan, su sed de libertad y un sentimiento de culpa.

Quería estar con Ethan y dejar atrás la Nación Vampírica más que cualquier otra cosa en el mundo, y haría lo que fuera por irse de allí, por librarse de las torturas del rey. Pero, por otro lado, y de forma inesperada, sintió pena por él.

Era por culpa de una maldición, no por su propia voluntad. Todavía le quedaba un resquicio de humanidad, lo que sucedía es que estaba enterrado bajo todo su odio y su ira. Y, por mucho que ella lo dudara, en realidad la quería con locura.

Le había demostrado lo bondadoso que podía llegar a ser, aunque muchas veces dichas muestras le costaban un alto precio, pero la había dejado salirse con la suya mucho más de lo que le habría permitido a cualquier otra persona. Evelyn estaba segura de que, si alguien lo hubiera provocado como ella lo había hecho, ya llevaría mucho tiempo muerto. Él la quería y ella creía en él cuando decía que lo ayudaba a sacar la luz que había en su interior, una luz que había perdido hacía siglos.

«No puedes dejarlo así como así. ¿No te imaginas lo que sucederá cuando se entere de que lo has abandonado? No lo provoques de ese modo, puede que dejara vivir a Ethan la última vez que los sorprendió juntos, en tu fiesta de cumpleaños, pero no volverá a hacerlo. Lo matará sin dudarlo un segundo —le susurraba una voz en su cabeza—. Si lo dejas, descargará toda su ira sobre la humanidad, pero sobre tu familia más que sobre ninguna otra; mucha gente inocente sufrirá, y acabará atacando Australia por tu culpa.»

Sin embargo, otra voz le susurraba justo lo contrario: «No, debes irte de la Nación Vampírica cuanto antes. Tienes suerte de tener la oportunidad de irte con tu honra aún intacta. Si no te vas ahora, tarde o temprano se le acabará la paciencia y te forzará para desvirgarte. Lo hará, Evelyn, y, una vez que empieza, ya no se detendrá. Te convertirá en uno de ellos para que vivas para siempre como propiedad suya. Si de verdad te quiere, no le hará daño a tu familia; si le queda algo de humanidad, no te hará eso. Sabe que lo odiarías para siempre. Pero no vayas a Australia. Hay muchas islas deshabitadas con granjas abandonadas. Ethan y tú podrían vivir en una de ellas, cultivar las tierras. ¡Ser felices! Por una vez, sé egoísta y piensa sólo en ti».

—Eve, ¿qué te pasa? —La voz reconfortante de Ethan interrumpió sus pensamientos y la sacó de su trance—. Tenemos que irnos ya, antes de que Atticus se dé cuenta de que nos hemos fugado.

Tomó la mano de la chica y una sonrisa familiar le cruzó la cara. La sonrisa que cuando eran niños solía hacerle sentir que todo iría bien. Incluso de adultos, seguía consiguiendo que se calmara, pero ella sabía que las cosas no iban a ir bien. Ahora todo era mucho más difícil, y, por mucho que intentara evitar pensar en ello, tenía un mal presentimiento acerca del plan.

—Ethan, esto no va a ser fácil. Aunque consigamos escapar, siempre estaremos a la fuga y nunca podremos volver a ver a nuestras familias. ¿De verdad quieres hacerlo? —le dijo, aunque en realidad la pregunta iba dirigida a sí misma.

—Sí, quiero hacerlo. Sé que, si estamos juntos, todo saldrá bien. —Él la besó en la frente antes de susurrarle al oído—: Además, mi familia está a punto de abandonar la Nación Vampírica y se va a llevar a tu familia consigo. Está a punto de estallar una guerra. El reino de Atticus se acaba.

—¡Dime dónde esconde los anillos!

Hansel no pudo evitar sonreír al ver cómo el hombre de más de dos metros en plena transición para convertirse en lobo le gritaba como un psicópata. Su cara en transformación empezaba a cubrirse de pelaje gris, y éste pronto le llegó a las manos, o más bien a las garras, que ya tenía extendidas para tomar al vampiro de pelo rizado por la camisa.

—No —dijo simplemente Hansel, lo que le valió otro golpe.

—¡Dímelo! —gruñó el lobo—. ¡Dímelo o te mataré!

La sonrisa de Hansel se ensanchó, divertido al pensar en la forma en que el lobo pretendía matarlo. Era enorme, de acuerdo, pero él era un luchador experimentado y disponía de un poder extraordinario. Hacía falta mucho más que un hombre lobo salvaje para acobardarlo.

—Relájate, Bryan —dijo una voz femenina mientras una figura cubierta por una capa entraba en la habitación. Bajo la gran capucha sobresalían unos mechones de cabello blanco.

A Hansel se le heló la sangre.

—No puede ser... —murmuró mientras ella se le acercaba, guiada por una criatura gigantesca.

Había oído muchas leyendas acerca de Venecia, la chica que había creado a toda la raza vampírica ella solita. Decían que su magia sólo estaba limitada por su imaginación, que no había nada que no pudiera conseguir.

—A juzgar por cómo se ha acelerado el latido de tu corazón, entiendo que ya sabes quién soy —dijo ella con voz dulce y melodiosa.

Hansel no pudo evitar sorprenderse ante la pequeña figura. Siempre que había pensado en la inmortal y todopoderosa Venecia se había imaginado a alguien... más alta y quizá de aspecto más amenazador, pero la muchacha que tenía ahora delante era joven y frágil, como una muñeca de porcelana.

Despacio, ella se quitó la capucha y descubrió un rostro casi idéntico al que lo perseguía en sueños.

—¿Evelyn? —Hansel retrocedió un poco, atónito ante el increíble parecido físico entre ambas.

—Nos parecemos, ¿verdad? —rio Venecia—. No me sorprende. Después de tantos siglos tenía que haber alguien que se pareciera a mí. —Se acarició el pelo blanco con delicadeza—. Atticus dijo que la única diferencia entre nosotras es el color del pelo, y quizá el de los ojos, ¿es así?

Entonces, por primera vez, Hansel se fijó en los ojos de Venecia y se dio cuenta de lo vacíos que parecían. El azul sin vida de los mismos le reveló que había perdido la visión.

La observó más de cerca y vio todas las cosas que tenía en común con Evelyn, pero, al mismo tiempo, lo diferentes que eran. Sus auras eran muy distintas. Venecia tenía un aire de grandeza y una gracia fuera de lo común, mientras que en Evelyn destacaba una luz que revelaba su compasión y su bondad.

Hansel miró a las dos criaturas que la acompañaban y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quiero la paz, que reine la felicidad y que la Tierra vuelva a recuperar su gloria pasada —murmuró ella mientras movía la cabeza en diferentes direcciones, como revisando la estancia aunque no pudiera verla—. Atticus se los ha llevado, ¿verdad?

Hansel no dijo nada.

—Supongo que he sido muy inocente al pensar que los dejaría desprotegidos para que yo los encontrara —rio ella. Su mirada invidente se dirigió hacia una ventana. Aunque no podía ver, sentía cómo la luz entraba por ella—. No seré capaz de desarmarlo. Es demasiado fuerte.

—Nunca conseguirás matar a Atticus, es muy poderoso. Mi creador no ha sobrevivido todos estos siglos gracias a la suerte. Además de ser omnipotente, siempre va diez pasos por delante de cualquiera.

Venecia se volvió hacia él sonriente.

—Aprecias mucho a Atticus, ¿estoy en lo cierto?

Hansel asintió.

—¿Valoras su vida y su felicidad por encima de todo?

—Así es.

—Bien. Entonces necesito tu ayuda.

Las botas empapadas se hundían pesadamente en el río antes de volver a levantarse para dar otro paso, salpicando agua a la orilla mientras Ethan y Evelyn lo vadeaban. Ese camino era mucho más lento y cansado que ir por tierra, pero sabían que así tendrían cierta ventaja sobre Atticus. Porque, sin esa ventaja, les quedaban unas horas a lo sumo.

Además, los vampiros eran mucho más rápidos que los humanos, y Evelyn y Ethan no podían arriesgarse a dejar ningún rastro. Usar el río para evitarlos y para enmascarar su olor no era un plan infalible, pero sí el mejor que tenían, y necesitaban aprovechar cualquier pequeña ventaja para conseguir dejar la Nación Vampírica cuanto antes.

Durante cinco horas seguidas, ambos se alejaron corriendo de la Ciudadela Real cruzando espesos bosques en dirección al sur, la ruta más inesperada. Tras discutirlo unos minutos, habían decidido que no podían arriesgarse a ir a Australia y que luego Atticus descargara su ira sobre el país, aunque una guerra estuviera a la vuelta de la esquina. No podrían soportar la culpa de haber puesto en peligro a tanta gente por sus necesidades egoístas. Así que ir hacia el oeste con Aaran y Alice era imposible. No podían ir hacia el otro lado tampoco porque sus familias vivían al este de la Ciudadela Real, así que les quedaba el norte y el sur. No había ningún motivo en particular para tal decisión, pero Evelyn deseaba que Atticus creyera que habían partido hacia Australia o que habían buscado refugio en casa de su familia para así tener más margen.

—¿Tienes hambre? —preguntó Ethan cuando decidieron por fin que era hora de descansar un poco. Era noche cerrada y el agua estaba demasiado fría para seguir.

—Estoy hambrienta —respondió ella. Los dientes le castañeteaban cuando Ethan la ayudó a salir del agua—. Y tengo mucho, mucho frío.

El muchacho rio.

—Iré a por algo de leña para hacer un fuego. Hay comida en una bolsa dentro de mi mochila. Ponte las botas si quieres.

—¿Literalmente o...? —bromeó ella.

Ethan puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar echarse a reír ante el chiste tan malo. Ésa era una de las cosas que había echado de menos: el extraño sentido del humor de Evelyn, que siempre lo hacía reír.

—Enseguida vuelvo —le dijo tras soltar su mochila a los pies de ella, y se dispuso a alejarse.

—¡Espera! —lo llamó ella antes de que hubiera dado más de diez pasos—. No

puedes ir así, con esa chamarra, ¡te vas a congelar! —Sacó otra más gruesa que Aaran y Alice le habían dado por si tenía frío—. Quítate la que está mojada y ponte ésta, te sentirás mejor.

—Gracias —respondió Ethan. Se cambió la chamarra mojada por la seca y luego besó a Evelyn en la cabeza—. No te alejes.

—No lo haré, ¡anda, ve! ¡Trae algo de leña, me estoy congelando! —bromeó ella alcanzando la mochila para tomar algo de comida.

Con Ethan fuera de su vista, se quedó sentada con las piernas acurrucadas debajo de la barbilla y se permitió bajar la guardia y pensar en lo que había tenido en la cabeza durante toda su huida.

Atticus.

«¿Cómo reaccionará cuando se entere de que me he escapado? ¿Qué hará? ¿Se culpará a sí mismo o me odiará a mí? ¿Enviará a gente a buscarme o me dejará ir esta vez?», se preguntaba mientras doblaba la ropa mojada.

Quería sentir pena por él, de verdad, pero no podía pensar en cómo se sentía; lo único que ocupaba sus pensamientos en ese instante era qué haría él cuando se enterara de que había huido.

Conocía a Atticus lo suficiente como para saber que las posibilidades de que pensara algo parecido a: «Bueno, será mejor que la deje ir, está visto que no me quiere» eran muy remotas. Enviaría a sus mejores guardias para rastrear todo el territorio hasta que dieran con ella, viva o muerta. Estaba segura.

En ese momento, Evelyn ya no podía negar la realidad, sabía que iban a suceder cosas terribles *cuando* la encontrara —y no *si* la encontraba—, porque estaba claro que lo haría. Y habría violencia al final de aquel túnel. No la dejaría ir sin castigarla, y el resultado de la fuga sería experimentar muchas más agresiones de las que había soportado hasta la fecha.

Le haría daño, le haría pagar por todo, y no sólo a ella, sino también a Ethan.

Pensar en Atticus poniéndole las manos encima a él le ponía los pelos de punta. No soportaba la idea de que ambos estuvieran a menos de un kilómetro el uno del otro; casi no soportaba que habitaran el mismo planeta. No tras descubrir lo que Atticus le había estado haciendo durante todo aquel año.

Involuntariamente, una lágrima descendió por su mejilla, y luego otra, y otra... Antes de darse cuenta, estaba llorando desconsolada por todo el dolor que vendría, por el miedo.

No era la primera vez en ese día que Evelyn lamentaba su decisión. «¿Qué pasará con Ethan cuando Atticus nos encuentre?», se preguntó. En su fuero interno conocía la respuesta, pero no se atrevía a aceptarla.

De forma gradual, se fue inclinando más y más hacia el suelo, con las rodillas todavía rodeadas por sus brazos bajo la barbilla, hasta que quedó tumbada sobre el barro.

—Tienes que ser fuerte, Evelyn. Ethan es buena persona, no le pasará nada malo. El karma le traerá buena suerte, el karma le traerá buena suerte... —murmuró.

Los párpados empezaron a pesarle cada vez más. Había sido un día muy largo y estaba exhausta.

Y, antes de darse cuenta, se había quedado dormida.

A la mañana siguiente, un movimiento inestable y el viento frío azotándole la cara la despertaron.

—¿Por fin despierta? —oyó la dulce voz de Ethan susurrarle al oído.

El movimiento la pilló tan desprevenida que casi perdió el equilibrio. No fue hasta que abrió los ojos que entendió lo que pasaba.

Iban sobre el lomo de un caballo negro, su brillante crin agitándose al viento mientras galopaban por el bosque tan deprisa que los árboles no eran más que borrones.

—¿Ethan? ¿Qué pasa? —gritó temiendo por su vida, agarrándose a la crin del corcel. No había riendas, pero procuró no hacerle daño al animal. Lo último que quería era asustarlo ahora que las vidas de ambos estaban en sus manos... O en sus herraduras.

—Nos dirigimos hacia el sur —respondió él divertido.

—Sí, ya, pero ¿cómo hemos acabado sobre un caballo?

Evelyn notó cómo él se agarraba más fuerte a su cintura mientras el animal galopaba ahora más deprisa.

—Lo encontré anoche mientras buscaba leña, o podría decirse que él me encontró a mí —sonrió Ethan—. Primero pensé que pertenecería a uno de los guardias de Atticus, y deberías haber visto el ataque de pánico que me entró. Pero luego vi la marca en su pata derecha y me di cuenta de que no pertenece al enemigo, sino a un amigo.

—¿Qué marca? —preguntó ella con curiosidad, intentando mirar hacia el costado del caballo buscándola, pero sus patas se movían demasiado rápido para que sus ojos humanos pudieran seguirlos.

En su lugar, vio el suelo pasar bajo sus pies a gran velocidad y notó cómo el estómago le daba un vuelco.

—Te la enseñaré cuando nos detengamos en el próximo pueblo. Necesito conseguir una silla y más comida para el viaje. ¡Este caballo va a hacer nuestra huida mucho más fácil!

—¿Has dicho que pertenece a un amigo? ¿De quién se trata? —quiso saber Evelyn.

La joven se preguntaba quién les habría enviado un caballo. No podía ser Aaran, pues debía de estar en mitad del océano a esas alturas. Tanto él como Alice tenían la misma prisa por escapar que ellos mismos.

—No pertenece a nadie, no es un caballo normal: es un espíritu de la naturaleza, y justamente ha adquirido forma de caballo porque era lo que necesitábamos. Nos lo ha enviado lady Venecia, la hechicera.

—¿Lady Venecia? —A Evelyn le sonó el nombre—. Creo que he oído ese nombre antes...

—Seguro, tiene más de dos milenios, alguien en el palacio real debe de conocerla. Se me ocurren unas cuantas personas.

—¿Cómo podría alguien vivir tanto? A no ser que...

—¿Que sea un vampiro? ¿Cómo podría lady Venecia ser un vampiro si es una bruja? No puede ser las dos cosas, ¿no? —Ethan terminó las preguntas por ella mientras Evelyn se quedaba inmersa en sus pensamientos, intentando dar con una teoría adecuada—. En cierto modo, tienes razón, no se puede ser a la vez bruja y vampiro, porque el equilibrio de la naturaleza nunca dejaría a una

criatura poseer tanto poder.

—Entonces ¿por qué lady Venecia sí que es las dos cosas? —preguntó ella confundida.

—Porque fue quien creó a los primeros vampiros, así que es una excepción.

—¿Qué quieres decir con que ella creó a los primeros vampiros? Si lo hizo, entonces ella debe de ser quien...

—Quien convirtió a Atticus en vampiro también —siguió Ethan—. Los Primigenios fueron convertidos, o empezaron el proceso de transformación a vampiros, por Venecia. Hace más de dos milenios, Venecia hechizó a seis de sus amigos más cercanos, y también a ella misma. Más tarde fueron bautizados como *los Siete*. Dicho hechizo convirtió a los Siete en seres más fuertes e inteligentes y les confirió poderes extraordinarios con la esperanza de proteger su ciudad contra los agresores que intentaban invadirla. Pero cuando los Ancianos se enteraron de lo que habían hecho, se enfurecieron y maldijeron a los Siete. La maldición entró en conflicto con el hechizo y muy pronto los Siete empezaron a transformarse en algo mucho más poderoso, algo que escapaba al poder de los Ancianos. No pasó mucho tiempo hasta que empezaron a quedar muy débiles. —Ethan hizo una pausa al notar que el caballo aminoraba la marcha. Vio que era porque tenían una aldea delante.

El animal dejó escapar un relincho, una señal de peligro.

—Sigue, por favor, quiero oír el resto de la historia —suplicó Evelyn, que se moría por saber lo que les había sucedido a los Siete.

—Ahora no puedo seguir —respondió él nervioso mientras se acercaban al pueblo. El caballo frenó en seco, aún a varios metros del mismo, negándose a continuar—. Acabaré de contártelo cuando consiga una silla y algo de comida, ¿vale?

Sin esperar la respuesta de Evelyn, él desmontó y sacó la sudadera de capucha de su mochila.

—Quédate aquí, parece que el pueblo no es seguro. Si alguien que no sea yo se te acerca, huye al galope.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí, si el peligro presente en el pueblo son los hombres de Atticus, entonces no querrán matarme hasta que te encuentren a ti. Me usarán para chantajearte. Pero, hagas lo que hagas, no vuelvas a intercambiar tu vida por la mía. Ya cometiste ese error una vez, no quiero que vuelvas a sufrir por mi culpa.

—No, ¡por favor! ¿No podemos encontrar otra aldea para conseguir comida? ¡No quiero que arriesgues tu vida! —suplicó Evelyn, incapaz de soportar perder a Ethan tan pronto después de haberse reunido de nuevo con él.

—No, no podemos arriesgarnos. Desconozco a cuánto está el próximo pueblo y necesitamos muchas provisiones si queremos sobrevivir a este viaje. La temperatura está bajando y necesitamos también una tienda para resguardarnos por la noche o nos congelaremos mientras dormimos. —Y, sin hacer caso de las protestas de ella, Ethan se alejó.

Evelyn quiso abrir la boca para pedirle que volviera, pero no podía arriesgarse a que alguien la oyera. Así que, en silencio, observó a su amado irse y las lágrimas empezaron a brotar de nuevo de sus ojos.

Ethan siempre había sido un privilegiado, desde el día en que nació. Se había criado entre algodones. Niñeras y criados atendían todas sus necesidades y desde bien pequeño había caminado con la cabeza bien alta, consciente de la buena suerte de haber nacido en el seno de una de las pocas familias humanas que todavía eran dueñas de sus propias vidas.

Le habían enseñado a sentirse orgulloso de sí mismo y de su linaje. «Nunca te arrodilles ante aquellos que nos aterrorizan —solía decirle su padre—. Camina con la cabeza bien alta: representamos la poca dignidad que le queda a la raza humana.» Ethan guiaba su vida según esas palabras, el lema de la familia Redfern. Con él pretendían demostrar a los vampiros que no porque fueran unas criaturas mucho más poderosas podrían subyugarlos a su antojo.

Pero mientras recorría las calles del pequeño y oscuro pueblo en el que se encontraba, el chico no pudo evitar hacer lo contrario: agachó la cabeza todo cuanto pudo, como un pobre muchacho atemorizado, para no llamar la atención hacia su persona. Esperaba que la capucha de la chamarra evitara que los vampiros del lugar reconocieran su cara.

No era propio de un Redfern aparecer cabizbajo ante nadie, y a Ethan se le hizo raro deambular entre criaturas sobrenaturales con la mirada fija en sus propios pies. A ojos de éstos, debía de parecer un joven perdido y asustado. Si hubiera viajado solo no habría actuado así: nunca había temido ni a los vampiros ni a nada. Pero Evelyn iba con él, y por su seguridad haría cualquier cosa, incluso comportarse como un cobarde.

Esperaba que Atticus no se hubiera dado cuenta todavía de que ella había desaparecido. Era posible que Venecia hubiera causado tanta destrucción en el palacio real que el rey tuviera otras cosas en la cabeza aparte de su enamorada humana, por extraño que resultara. No obstante, Ethan sabía que, tan pronto como el campo de batalla le diera un respiro, Atticus saldría en busca de la joven Blackburn.

Y no tardó en percatarse de que ese momento ya había llegado: al entrar en la pequeña tienda abierta en la plaza del pueblo, pudo ver en la televisión que la desaparición de Evelyn ya era noticia y que se le consideraba el artífice de todo.

En la pantalla plana situada detrás del mostrador, pudo ver su cara y la de Evelyn con un titular sobreimpreso en rojo y negrita: **BUSCADOS POR EL REY. RECOMPENSA DE 10 000 000 \$ Y EL TÍTULO DE LORD PARA QUIEN LOS ENCUENTRE.**

Casi se le escapó un silbido al ver la cantidad. Diez millones era mucho dinero. Ethan Redfern imaginó cuánto más apetitosa le resultaría dicha recompensa, lo que significaba que Evelyn debía tener mucho cuidado.

Sin embargo, una sonrisa asomó a su rostro. O bien Atticus valoraba mucho a Evelyn o le importaba demasiado que su ego se viera herido por haber sido traicionado. En cualquier caso, estaba claro que sentía algo por ella y que, por tanto, aunque los atraparan, no le haría daño. Su propia vida ya era algo muy distinto: dudaba que Atticus lo dejara escapar esta vez, pero no le importó. Mientras Evelyn sobreviviera, él moriría feliz. Todo lo que quería era que ella fuera feliz a su vez, pero Atticus nunca le permitiría serlo.

En silencio, recorrió la pequeña tienda tomando las provisiones que necesitaban: comida preparada, fruta, agua embotellada y dos mochilas. Puede que tardaran mucho en encontrar el siguiente pueblo y, cuando lo hicieran, quizá no podrían ni acceder a él por si los estaban buscando, así que tenía que hacer acopio de todo cuanto pudiera allí.

Unos minutos más tarde, Ethan estaba delante del tendero, cabizbajo, con dos carritos y media tienda en ellos. De su cartera sacó dos fajos de billetes de cien dólares.

—Cinco mil en cada uno, diez mil en total, ¿es suficiente para pagar por todo esto? —preguntó. No quería esperar a que el dependiente escaneara el código de cada artículo.

Se sintió agradecido hacia su primo por el dinero que le había dado antes de abandonar la Ciudadela Real. «Evelyn y tú lo necesitan más que yo», le había dicho Aaran. El dependiente de la tienda se había quedado atónito. Casi se le caía la baba al ver tanto dinero junto. Ethan sabía que lo que había comprado costaba mucho menos, pero necesitaba captar la atención del hombre para que no viera la televisión que tenía detrás. Si lo hacía, haría falta mucho más que diez mil dólares para comprar su libertad.

—Claro —respondió por fin el hombre con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Quiere que lo ayude a empaquetarlo todo?

—No hace falta. —Ethan le lanzó los fajos de billetes y él los cazó al vuelo. Casi pudo ver dos símbolos de dólar en los avariciosos ojos del hombre mientras metía a toda prisa los artículos en las dos mochilas—. Por cierto, no sabrá dónde puedo comprar una silla de montar por aquí, ¿verdad?

—¿Una silla de montar? Pues no, es un pueblo pequeño, apenas tenemos neumáticos para coches, mucho menos sillas de montar. ¿Va a llevar todo esto a caballo?

Ethan no respondió, no quería dar ninguna clase de información acerca del medio de transporte que Evelyn y él estaban utilizando.

—Gracias —dijo simplemente mientras salía por la puerta de la tienda con las dos mochilas, una en cada mano, llenas a rebosar.

Tan pronto como puso un pie en la calle, se le cayó el alma a los pies.

La plaza estaba llena de vampiros de uniforme de color rojo con el símbolo de la luna creciente y la estrella de cinco puntas, el emblema real. Llevaban carteles con la misma leyenda y la recompensa que había aparecido por televisión e iban repartiéndolos entre los transeúntes, interrogándolos al pasar.

El miedo invadió su cuerpo mientras caminaba deprisa hacia el callejón que

había junto a la tienda, mirando al suelo, intentando huir de la plaza infestada de vampiros.

Mochilas en mano, pronto llegó al arco que había visto al entrar al pueblo. Evelyn debía de estar a unos metros, escondida entre la maleza. Ya no lo separaba demasiada distancia de su amada. Por un momento, Ethan creyó que conseguiría escapar sin ser visto, pero entonces una mano firme y fría lo agarró por los hombros obligándolo a detenerse.

—Nadie saldrá de este pueblo hasta que acabemos de registrarlo —le siseó una voz enojada mientras lo forzaba a volverse. El vampiro levantó el cartel que llevaba en la mano—. ¿Has visto a alguno de estos humanos?

Ethan tragó saliva, nervioso, antes de echar un vistazo al cartel levantando un poco su capucha.

—No —dijo demasiado pronto.

El vampiro frunció el ceño, obviamente descontento ante la actitud de aquel humano. Le agarró la barbilla con fuerza y lo obligó a levantar la cabeza.

—Mírame a los ojos cuando te hablo, maldita escoria hu... —Pero dejó la frase incompleta al ver el rostro de Ethan y su mandíbula se abrió un palmo.

Al darse cuenta de que lo habían cazado y de que estaba rodeado de vampiros, Ethan no tuvo más opción que dejar caer las mochilas y echarse a correr lo más rápido que pudo. Le habría gustado plantarle cara al vampiro, enfrentarse a él como un hombre, pero no podía permitírselo. Podía defenderse frente a uno o dos, pero en la plaza había por lo menos cincuenta, y seguro que otros tantos merodeaban por el pueblo. No podía permitir que lo atraparan o lo mataran. Tenía que mantenerse con vida por Evelyn. Así pues, por segunda vez en ese mismo día, antepuso el amor que sentía por ella a su orgullo y a su honor.

Sin embargo, no consiguió llegar muy lejos. De hecho, no había corrido ni unos metros cuando el vampiro lo atrapó y le dijo en tono burlón:

—Vaya, vaya, ¡parece que me vas a hacer rico! —Y dejó escapar una risotada siniestra mientras Ethan luchaba por soltarse de sus manos—. ¡Lo encontré! ¡Tengo al pequeño bastardo!

El muchacho maldijo antes de intentar alcanzar la daga de madera que llevaba en la bota, dispuesto a luchar por su vida, pero justo entonces una mano detuvo a su captor.

—Éste no es Ethan Redfern —dijo alguien con acento británico y tono autoritario—. Sé la pinta que tiene, y este chico no se le parece en nada.

El intruso le arrebató a Ethan al soldado antes de pegarle un puñetazo.

—Lord Hansel, lo siento —dijo el soldado, quien se había arrodillado ante él.

—Pedazo de idiota, ¡mira bien el cartel antes de empezar a gritar que lo has cazado! ¡No levantes falsas esperanzas así como así! —ordenó el vampiro de pelo rizado con mirada amenazadora, ante lo que el militar dio un respingo.

Aquel vampiro no era como los demás, no llevaba el uniforme rojo. Iba vestido con *jeans* negros, una camiseta y un abrigo grueso de color azul marino. Si no hubiera sido por el anillo con el símbolo real que brillaba en uno de sus dedos y por el aura de poder que emanaba de él, Ethan lo habría confundido con cualquiera de los vampiros con los que uno se cruzaba por la calle.

—Vuelvan al trabajo, ¡quiero encontrar a esos dos antes de que lo haga Jonah!

—ordenó Hansel a los pocos soldados que se habían congregado ante la escena

cuando el vampiro que había cazado a Ethan se había puesto a gritar. Y, como obedientes cachorrillos, todos desaparecieron de inmediato sin dejar rastro. Ninguno quería quedarse y ser el objeto de la ira de Hansel.

Acto seguido, éste fue a recoger las mochilas del polvoriento suelo y se las tendió a Ethan.

—Vete —le susurró.

El chico así lo hizo, tan rápido como pudo, rezando a su ángel de la guarda para que su salvador no se diera cuenta del error que acababa de cometer. Sin embargo, no se percató de que alguien seguía sus pasos.

Tras su milagrosa huida, encontró a Evelyn justo donde la había dejado, escondida entre la espesura, de pie junto al caballo. En el instante en que se vieron, ambos corrieron a abrazarse.

—¡Pensaba que no ibas a volver! —lloriqueó ella, la voz débil mientras lo besaba con desespero—. La próxima vez iré contigo, no consentiré que me dejes atrás.

Él la besó a su vez, pero evitó responder a su súplica.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —contestó Evelyn—. He visto grupos de vampiros dirigiéndose hacia el pueblo hace un rato. ¡Pensé que te iba a perder!

Ethan sonrió.

—Y casi me pierdes. Uno de los soldados me ha cazado, me había reconocido.

—¿Qué? Y ¿cómo te has librado de él?

—¡Ha sido un milagro, Eve! Un lord me ha salvado. Ha dicho que conocía a Ethan Redfern y que yo no me parecía en nada a él, así que me ha dejado ir. Es la forma que tiene el universo de ayudarnos, ¡lo sé!

Evelyn se quedó petrificada.

—¿Un lord?

—Sí, un tal lord Hansel, por lo que parece.

—¡Oh, Dios mío, Ethan! ¡Tenemos que...! —Pero su frase se vio interrumpida por el ruido del motor de un coche.

Un deportivo negro apareció frente a ellos con un sonriente Hansel al volante.

Evelyn se echó a temblar al verlo salir del vehículo. Notó cada latido de su corazón, presa del pánico. La había encontrado, y la iba a llevar de vuelta al palacio para que se enfrentara a la ira de Atticus. Una sola lágrima descendió por su mejilla y se echó hacia atrás. Al notar su miedo, Ethan dio un paso al frente y se interpuso entre ella y el extraño.

—No somos las personas que está buscando —dijo intentando engañar a Hansel. No podía imaginar que el lord identificaría la cara de Evelyn entre un millón.

Evelyn, Ethan y Hansel.

Los tres se quedaron mudos unos instantes. Ella se aferró con más fuerza al brazo del chico. Le costaba respirar desde que había visto aparecer la cara del vampiro de pelo rizado frente a sí.

Hacía apenas tres días que lo había visto por última vez, pero habían pasado muchas cosas desde entonces. Ahora, Evelyn era una fugitiva, ¿y Hansel? Hansel era el mismo de siempre, o eso creía ella, porque, en realidad, el vampiro también había experimentado ciertos cambios.

Evelyn pensaba que la llevaría de vuelta con Atticus. Aterrada, cerró los ojos con fuerza para ahuyentar de su mente las imágenes que se le habían aparecido de todo lo que el rey le haría cuando volviera a tenerla consigo. Aunque lo peor era lo que le haría a Ethan.

—Puedes llevarme contigo —dijo la joven tras el breve silencio, dando un paso al frente y colocándose delante de Ethan, aunque éste era mucho más alto que ella—, pero debes dejarlo ir a él. Nada de esto es culpa suya. No se merece volver a ser castigado por Atticus. —Pronunció la última palabra con un tono casi de asco, a lo que Hansel frunció el ceño.

—No deberías haberle contado las cosas que te hizo Atticus, sólo has conseguido que ella lo odie aún más... Habían hecho algunos progresos, ¿sabes? Pequeños, pero progresos al fin y al cabo —declaró Hansel dirigiéndose a Ethan—. Deberías haber esperado a estar en un lugar seguro, fuera del alcance del rey. Deberían haberse ido a Australia.

—¿Y causar una guerra entre ambas naciones poniendo en jaque las vidas de cientos de personas por culpa de nuestro amor? —inquirió Ethan—. No, gracias. No queremos ser los nuevos Helena y Paris. El amor es algo puro y precioso, no debería causar muertes y guerras. Lady Venecia ha pasado la mayor parte de los últimos dos siglos construyendo Australia, creando conjuros y bendiciones para mantener al enemigo alejado de allí. No permitiremos que su duro trabajo se eche a perder por culpa de nuestro amor.

Hansel puso los ojos en blanco, como si el chico acabara de decir una estupidez.

—Ya sé que la gente dice que el amor es invencible, pero, por favor, no digas que tú te lo crees. Evelyn y tú están huyendo de Atticus, un vampiro que tiene en su poder un ejército de millones de criaturas sobrehumanas. Los encontrarán vayan donde vayan. Pueden correr, pero no esconderse para siempre. No de él. Australia era su única posibilidad.

—No esperamos tener que escondernos de él mucho tiempo. Pronto tendrá más

cosas de las que preocuparse que Evelyn.

—¿Te refieres a la guerra que Venecia planea declararle? —respondió Hansel en tono jocoso, como si le hablara a un niño ajeno a la realidad del mundo—. No seas estúpido, ¿de verdad crees que Venecia le declararía la guerra a Atticus, con toda su historia compartida y siendo él su amigo más antiguo? Crecieron juntos, fueron amigos, amantes, casi familia. Eso es lo que son. Tras varios milenios protegiéndose, Venecia nunca reunirá el coraje necesario para matarlo, por mucho que quiera o que deba hacerlo.

—¡Mientes! —gruñó Ethan. Le hervía la sangre tras oír las frías palabras del lord—. Lady Venecia lleva más de un año planeando el ataque a la Nación Vampírica, está decidida a liberar a los humanos de su esclavitud y lo conseguirá, derrocando a los tipos como tú de sus pedestales.

Hansel negó con la cabeza, riendo para sí.

—¿Es que no sabes el motivo real de dicho ataque?

Ethan no contestó.

—¿Podría decirme alguien qué es lo que pasa? —preguntó Evelyn desesperada, confundida ante la diatriba. Pero sus palabras cayeron en saco roto, ignoradas, irrelevantes.

—Te lo explico luego —le susurró Ethan al oído mientras acariciaba su brazo con la mano.

Hansel notó una punzada de celos al ver ese gesto. Ciertamente, había renunciado a ganarse el corazón de Evelyn porque sabía que no tenía ninguna opción de conseguirlo, pero aun así le dolía verla en brazos de otro.

—Venecia quiere los anillos que contienen las almas de los otros cinco miembros de los Siete —explicó—. Pese a su espectacular poder, ella no tiene nada que hacer contra Atticus si él tiene los anillos. Sólo le habría declarado la guerra al rey si estuviera en posesión de dichos anillos, pero no lo está. Pertenecen a Atticus, igual que Evelyn, así que sugiero que me la devuelvas antes de que te parta el cuello.

—Nunca —replicó Ethan sin dudar ni un instante—. Con guerra o sin ella, con anillos o sin ellos, nunca renunciaré a Evelyn. No mientras esté vivo.

Hansel sonrió.

—Bien —dijo. Luego rebuscó en el bolsillo de su chamarra y extrajo una llave—. Este coche es más rápido que *Viento*. Por favor, cuida de él. Le tengo mucho cariño a esta máquina. —Le lanzó a Ethan la llave del coche.

—¿*Viento*? —murmuró Evelyn confundida por sus palabras.

—Sí, *Viento* —dijo Hansel, y luego profirió un largo y agudo silbido que hizo que el caballo negro que los había llevado a él y a Evelyn respondiera de inmediato y se colocara al lado de Hansel—. No puedo creer que lo hayas montado toda la noche sin averiguar su nombre. —El lord le dio una palmadita afectuosa—. Sabía que serían tan tontos como para escapar sin ningún tipo de medio de transporte.

Evelyn soltó un grito ahogado.

—¿Tú nos enviaste el caballo?

—Claro, ¿quién, si no? —Hansel besó en el hocico a *Viento*.

—Pero ¡si tiene el símbolo de una flor de cinco pétalos en la pata! —repuso Ethan—. Este caballo es un espíritu de la naturaleza, ¡pertenece a las brujas!

Hansel chasqueó la lengua.

—Evelyn, de verdad, ¿qué le ves a este idiota? En vista de que tampoco es tan guapo, pensé que al menos tendría cerebro... ¡Los espíritus de la naturaleza no sólo pertenecen a las brujas, amigo mío! También los tenemos en la Nación Vampírica. Aunque nos cueste más domarlos, es posible que un vampiro acabe siendo dueño y señor de un espíritu de la naturaleza, y *Viento* es un claro ejemplo de ello.

—Pero ¿por qué nos ayudas? —quiso saber él receloso. No le gustaba el tono condescendiente que el lord empleaba con él.

—No *los* ayudo: la ayudo a ella —respondió Hansel señalando a Evelyn—. Quiero que sea feliz, y si tú eres quien puede brindarle felicidad verdadera, entonces estoy dispuesto a arriesgarlo todo para asegurarme de que es así.

Hansel caminó hacia la chica con el caballo siguiendo sus pasos. Pero, antes de que estuviera a un par de metros de ella, Ethan se interpuso entre ambos mirándolo con los ojos encendidos.

—¡Mantente alejado de ella!

—Relájate —soltó Hansel—. Sólo quiero cinco minutos a solas a cambio de mi coche y del uso de mi querido caballo. Creo que es un trato justo.

—¿Cómo sé que no le vas a hacer daño? —susurró el chico con la mano en la daga de madera que llevaba metida en el cinturón.

—Porque nunca sería capaz de hacérselo. Ethan, te he salvado la vida hace un rato, no lo olvides, y les ayudé a escapar. Si no hubiera sido por mí, los habrían cazado anoche, antes de irse incluso. No le haría daño aunque mi vida dependiera de ello.

—Tranquilo, Ethan. —Evelyn le apoyó la mano en el brazo e inmediatamente notó cómo sus músculos se relajaban y su respiración recuperaba su velocidad normal—. Tiene razón, ha hecho más por nosotros de lo que podremos agradecerle nunca. —Se puso de puntillas y lo besó en la barbilla—. Al menos deja que le conceda cinco minutos.

Ethan abrió la boca para protestar, pero cambió de idea cuando sus ojos se encontraron con los de Evelyn. Si quería unos momentos con Hansel, entonces se los concedería, pero si el vampiro intentaba hacerle algo, le clavaría una estaca en el corazón.

Reacio, asintió con la cabeza antes de alejarse para meter las mochilas en el coche.

—¿Damos un paseo? —Como el caballero que era, Hansel le ofreció a Evelyn su brazo, que ella tomó sin dudar.

—Gracias por dejarnos tu caballo, te estoy muy agradecida por tu ayuda, pero...

—dijo ella mientras se alejaban unos metros de Ethan.

—¿Pero...?

—Pero ¿por qué nos has ayudado? No nos debes nada ni a él ni a mí, y al ayudarnos has sido desleal a tu creador. No lo entiendo.

Hansel sonrió. Evelyn acababa de formularle la misma pregunta que él se había hecho en varias ocasiones, una pregunta cuya respuesta jamás osaría pronunciar en voz alta.

—Supongo que siento que te mereces una oportunidad de ser feliz. Tu presencia en palacio es una tortura tanto para Atticus como para ti. Te quiere, pero no sabe

cómo expresar su amor por culpa de la maldición, y seguramente nunca sabrá. Y, como eres tan testaruda, sabía que nunca aceptarías a Atticus mientras siguieras sintiendo algo por Ethan. No quiero ver sufrir a ninguno de los dos.

—¿Has traicionado a tu creador porque querías verme feliz?

—Sí —repuso Hansel—. Quería que fueras feliz más que cualquier otra cosa en el mundo. Si ha de ser con Ethan, adelante. —Volvió la cabeza para mirar a éste. Aunque sabía que Evelyn tenía claros cuáles eran sus sentimientos, se preguntó si sería consciente de que eran ingenuos—. Si echas de menos a Atticus, en cierto modo, o si te das cuenta de que Ethan no es la persona adecuada para ti, te apoyaré también.

—No seas absurdo.

—Decidas lo que decidas, te apoyaré —aseveró Hansel—. Pero piensa esto: el amor que tienen Ethan y tú puede que sea verdadero y puro, pero es joven. Aún les queda mucha vida por delante, y es posible que cambien y acaben siendo personas distintas. Si es así, si deseas volver, no tienes más que buscarme. —Hansel habló con tanta confianza que incluso él mismo se creyó sus palabras.

No obstante, se guardó para sí el principal motivo por el que la había ayudado: amaba a Evelyn y prefería verla feliz, aunque no fuera él la causa de su felicidad.

—¿Y si no quiero dejar a Ethan dentro de unos años? ¿Qué pasa si quiero estar con él para siempre?

—Entonces haré lo que esté en mi mano para mantenerlos a los dos a salvo y fuera del alcance de Atticus.

—Gracias —murmuró ella con lágrimas de alegría y agradecimiento rodándole por las mejillas. Se acercó a Hansel para besarlo en la mejilla, un beso de aprecio, nada más. Al menos, para ella. Pero, para él, ese beso significó mucho más de lo que debía: hizo que todo cuanto había hecho por ellos hubiera merecido la pena—. Eres el mejor amigo que he tenido nunca.

—Y yo quiero pedirte disculpas por haber fingido que era tu amigo. Atticus me lo ordenó, pero no fue algo forzado, quería serlo de todos modos... Te...

Pero la voz impaciente de Ethan los interrumpió.

—Vamos, tenemos que irnos —dijo en voz tan baja que Evelyn no lo oyó, pero Hansel sí.

El lord decidió no seguir con su confesión y, en lugar de hablar, le besó la mano a Evelyn.

—Haré lo que pueda para protegerte en el futuro, pero, por ahora, Ethan y tú están solos. No puedo permitirme que Atticus sospeche de mí. —Le puso un anillo en la mano—. Aun así, cuando necesites mi ayuda, o si alguna vez quieres volver a palacio, sostén este anillo y piensa en mí. Te ayudaré, pase lo que pase.

—Gracias —respondió ella. Empezó a colocarse el anillo en el dedo, pero él la detuvo.

—No, escóndelo. Este anillo es para ti, Ethan no debe verlo —le advirtió—. Y, por favor, no lo pierdas nunca.

—No lo haré, lo atesoraré con mi vida.

Evelyn miró a Hansel con una sonrisa mientras se metía el anillo en el bolsillo, un escondite temporal hasta que encontrara algo más adecuado.

—Hay una tarjeta bancaria dentro de una cajita negra en el maletero del coche, así como ropa y otras cosas que les he preparado. Buena suerte. Espero que

encuentren un lugar seguro en el que vivir, Evelyn.
Y la abrazó por última vez antes de salir disparado, dejándola allí de pie,
confundida y, por algún motivo, con un vacío en su interior.

Hileras infinitas de altos árboles de aspecto tenebroso emergían del suelo mohoso del bosque como si fueran esqueletos. Olía a humedad, y la fría brisa de la mañana azotaba el rostro de Evelyn mientras deambulaba sola entre la espesura buscando una salida.

—¡Ethan! —gritó desesperada porque alguien, quien fuera, la oyera—. ¡Ethan! El corazón le latía con fuerza en el pecho y el miedo recorría todo su cuerpo al gritar el nombre de su amado esperando recibir algún tipo de respuesta. Pero todo cuanto recibía a cambio era el sonido de sus pisadas sobre las hojas secas, el ruido del viento al mecer las ramas de los árboles y lo que parecía un extraño murmullo.

Evelyn no estaba sola en el bosque.

—¿Hola? —dijo como una tonta, pero nadie respondió—. ¿Hola? —insistió sin éxito.

No hacía falta ser muy listo para entender que una chica sola en un bosque oscuro, rodeada de árboles centenarios y perseguida por un extraño e insistente susurro, no podía acabar bien, así que echó a correr tan rápido como se lo permitieron sus piernas.

Su destino no estaba claro, únicamente sabía que debía intentar por todos los medios salir de ese bosque, escapar de quien fuera que la estuviera persiguiendo. Sin embargo, no importaba lo rápido que avanzara o cuántas veces cambiara de dirección: los susurros la seguían igualmente. De hecho, cuanto más corría, más alto se oían, hasta el punto de que por fin logró entender lo que decían.

«Has incumplido el contrato...», decía una voz, a lo que otra añadía: «Debes ser castigada...». «Serás el fin de la raza humana...». «Vuelve y enfréntate a las consecuencias de tus actos...». «Lo has traicionado...».

Evelyn corrió más deprisa todavía, con las piernas moviéndose a máxima potencia y las mejillas inundadas de lágrimas mientras un millón de voces resonaban en sus oídos, perforando su conciencia como la afilada hoja de una navaja.

—¡Basta, por favor! —suplicó—. ¡Basta!

«Prepárate para ser castigada...». «Despídete de todo cuanto amas...». «Nunca podrás librarte de él...». «Lo peor aún está por llegar...».

El pie de la chica resbaló sobre las hojas húmedas que cubrían el suelo del bosque. Cayó sobre el barro y una mano se le enredó en un rosal. Las espinas perforaron su piel y de la palma empezó a brotarle un fino hilo de sangre.

Una.

Dos.

Tres.

Tres gotas de sangre cayeron al suelo.

—¿Tanto me odias? —le susurró al oído una voz familiar, una voz que había oído cientos de veces, la misma que la perseguía en sus peores pesadillas.

—Atticus —pronunció su nombre y al alzar la vista vio su figura, de espaldas, ataviada con un traje granate y las manos en los bolsillos.

Aunque Evelyn no podía ver su cara, notaba un aura de belleza a su alrededor. Alto, moreno y guapo, el rey de la Nación Vampírica, el hombre por el que todas las mujeres matarían, todas menos ella.

—Me dejaste —dijo él con la voz rota, como el viento susurrando entre las hojas—. Me dejaste. Me prometiste que no me abandonarías, que te quedarías conmigo.

—Lo siento —se disculpó ella.

Las manos le temblaban cuando intentó levantarse, pero sus piernas flaquearon y volvió a caer. No podía dejar de mirar al vampiro psicótico que tenía mil y una razones para matarla.

—«Lo siento» no significa nada —susurró él.

Y, antes de que ella pudiera pestañear, ya lo tenía al lado, la mirada llena de odio y de furia, pero, sobre todo, de tristeza.

Todavía la quería.

—¡Deja que me vaya! —suplicó Evelyn retrocediendo—. ¡Deja que sea feliz, por favor!

—¿Por qué debería hacerlo? —gruñó él mientras daba vueltas a su alrededor como un depredador rodeando a su presa—. Yo podría hacerte feliz. Podría darte la juventud eterna, poder, belleza, una fortuna, ¡todo lo que quisieras! Te quiero, ¡te quiero tanto...! Pero no dejas de romperme el corazón una y otra vez. ¿Por qué debería dejarte ir para que corras a los brazos de un humano que no es ni la mitad de hombre que yo?

A continuación, él la agarró por los hombros con violencia y se subió encima de ella, de modo que su pelvis quedó sobre las caderas de Evelyn. Sus ojos recorrieron sus labios, su cara, sus ojos, su pelo... La deseaba, deseaba cada centímetro de su cuerpo. Y no se detendría hasta hacerla suya, ya fuera por voluntad propia o a la fuerza, le daba igual.

Todo cuanto sabía era que la próxima vez que se encontraran ella dejaría de ser virgen, dejaría de ser pura, y sería completamente suya. No permitiría que Ethan se la arrebatara.

La sostuvo por las muñecas y se inclinó para susurrarle algo al oído:

—Saborea tus últimas horas con Redfern; será la última vez que lo veas. —Selló la amenaza con un beso y, cuando ella intentó liberarse, la apretó contra el suelo y la besó con mayor fuerza. Con una mano continuó sosteniendo las suyas y con la otra empezó a acariciarle todo el cuerpo—. Serás mía por siempre —susurró antes de desvanecerse.

Evelyn dio un respingo cuando el coche deportivo que les había prestado Hansel hacía unos días intentó sortear uno de los muchos baches de la carretera.

—Lo siento, este camino es un poco accidentado, pero por aquí acortamos y

llegaremos antes al próximo pueblo —le dijo Ethan sin apartar la vista del frente. Vacilante, Evelyn colocó una mano temblorosa sobre la de él, agarrada con fuerza al volante. La aterraba que se desvaneciera de su lado en un instante tan pronto como las pieles de ambos entraran en contacto, pero no lo hizo.

—¿Una pesadilla? —le preguntó él chasqueando la lengua y levantando la mano del volante para sostener la suya.

—Ha sido horrible —respondió ella, todavía alterada por lo real que le había parecido todo lo soñado. Las manos de Atticus, sus labios, su aliento, incluso el peso de su cuerpo, todo parecía tan real...

—Probablemente tenga algo de culpa el largo viaje en coche; no has dormido en una cama desde que dejamos la Ciudadela Real —suspiró Ethan—. Hace casi una semana y no hay ni rastro de vampiros persiguiéndonos desde que vimos a Hansel. A lo mejor podríamos pasar la noche en un hotel cuando lleguemos al siguiente pueblo.

—Eso sería genial —dijo ella intentando convencerse de que su pesadilla no había sido más que un sueño—. Me vendría bien un baño caliente.

—¡Y a mí! Y la verdad es que no estaría nada mal dormir sobre un colchón.

Evelyn sonrió.

Unas horas más tarde llegaron a un pequeño pueblo al sur de Texas. Estaban cerca de la frontera con México, casi fuera de Estados Unidos, donde la autoridad de Atticus era más patente.

En los últimos días, ambos habían decidido dirigirse a Brasil para luego abordar un barco rumbo a África, donde el poder de la Nación Vampírica era mucho más débil en comparación con Norteamérica y la mayoría de los países europeos. Encontrarían una casa, o la construirían si hacía falta, en algún remoto lugar de Nigeria, donde vivirían rodeados de naturaleza.

Se abastecerían trabajando la tierra y llevarían una existencia pacífica alejados de todo, alejados de Atticus.

Eran ya las dos de la madrugada cuando entraron en el pueblo. Evelyn se sintió mejor ante la perspectiva de descansar unas horas. Seguro que dormir en una cama y tomar un baño caliente la ayudarían a deshacerse de la pesadilla del día anterior, que todavía tenía en mente mientras estacionaba el coche.

Ethan dormía ahora plácidamente en el asiento del pasajero. Evelyn sonrió al verlo. El pobre estaba exhausto de tanto conducir. Aunque ella se había ofrecido a turnarse con él, el chico no había querido. Sentía que era su responsabilidad cuidar de ella, y sólo le permitía ponerse al volante cuando no podía mantener los ojos abiertos.

—Despierta —susurró Evelyn, pero Ethan solía dormir profundamente y, teniendo en cuenta que llevaba treinta y ocho horas despierto, la joven pensó que podía concederle unos minutos más mientras ella entraba a preguntar si tenían habitaciones libres.

Cuando entró en la cochambrosa recepción del motel y vio el papel de la pared cayéndose a pedazos y el mostrador de madera astillada se dio cuenta de lo horripilante que era aquel sitio. Todo en él tenía un aire fantasmagórico, incluso

había un silencio sepulcral. Con el pulso acelerado, se dirigió al mostrador.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó un apuesto joven de ojos azules y cabello oscuro.

Llevaba una camisa y un traje muy elegantes, como si estuviera a punto de ir a una cena de gala o a un baile. Parecía fuera de lugar en ese contexto, pero Evelyn estaba demasiado cansada para preguntarse qué hacía alguien así en un motel como ése.

—¿Tienen alguna habitación libre?

—Claro que sí, señorita, ¿qué clase de habitación prefiere? Es bastante raro que una chica tan bonita como usted viaje sola por estas carreteras, ¿la acompaña algún *amante* por casualidad?

Evelyn se sonrojó.

—Sí, mi novio está en el coche.

—Ajá, entonces les daré mi mejor habitación, la suite «Luna de miel». ¡Es estupenda! Seguro que les encanta a usted y a su novio. —Sacó una llave de su bolsillo y la dejó sobre el mostrador—. Ethan y usted comprobarán que lo teníamos todo preparado para su llegada —dijo el joven con una sonrisa irónica. Pero, tras tantas horas de viaje por carretera y sin apenas dormir, a Evelyn no le sorprendió que el recepcionista conociera sus nombres.

—Gracias —dijo sonriendo. Era de agradecer toparse con gente tan agradable, pensó.

—De nada.

—Oh, casi se me olvida pagar... ¿Cuánto cuesta por noche?

El joven se quedó petrificado.

—Pues... ¿treinta dólares?

Evelyn buscó su monedero en diferentes bolsillos y se dio cuenta de que lo había dejado en el coche. Justo cuando iba a disculparse, avergonzada porque no llevaba dinero encima, una mano extendió un billete de cincuenta y lo depositó sobre el mostrador.

—Quédese el cambio.

Evelyn levantó la vista y vio a Ethan sonriéndole.

—¿Qué voy a hacer contigo? ¿Es que no sabes que nadie nos va a alojar gratis? Las habitaciones se pagan... —la provocó.

—Ya lo sé, es que dejé el dinero en el coche.

Él chasqueó la lengua y deslizó el dedo índice por la nariz de ella. Luego alargó la mano hacia el mostrador, en el que había un jarrón oxidado con una docena de rosas marchitas, tomó una, la más lozana, y se la ofreció.

—Da igual. Te quiero.

Se inclinó y la besó.

—Gracias. —Ella le devolvió el beso antes de mirar la rosa.

—Vamos, ¡necesito un baño!

Ethan la tomó de la mano y corrió hacia el pasillo.

—Le deseo una buena estancia, Evelyn —susurró el recepcionista al ver a ambos jóvenes salir disparados hacia la habitación.

Mientras caminaban por el pasillo, Evelyn no podía dejar de contemplar la preciosa rosa roja que sostenía. Acarició los pétalos y la giró en su mano. Al hacerlo, una espina le perforó la piel.

Una.

Dos.

Tres.

Tres gotas de sangre cayeron sobre su blusa blanca.

Dicen que cuando quieres a alguien ignoras sus defectos, y eso hace más difícil dejarlo. Cuando quieres a alguien, le crees sin dudarlo y piensas lo mejor de él. Cuando estás enamorado de alguien, ignoras todas las señales de peligro y sigues queriéndolo.

Y eso fue justo lo que le pasó a Evelyn.

Desde el momento en que había entrado en la recepción del motel, había algo diferente en Ethan. Su forma de hablar, el modo en que la había mirado, con una mezcla de amor y de peligrosidad, la manera de besarla cuando habían entrado en la habitación...

—Te quiero, Evelyn —murmuró mientras la apretaba contra la puerta, causando que ésta se cerrara de golpe—. No vuelvas a dejarme, por favor.

—No, nunca —respondió ella entre los violentos besos de él.

Sus manos la habían tocado con un hambre innecesaria, algo en absoluto propio de él. Normalmente la besaba con ternura y afecto. ¿Qué pasaba esta vez? Estaba siendo tan rudo que casi le hacía daño. Sus manos la aferraban con un extraño e inaudito afán de posesión.

Primera pista.

Y, en cierta forma, eso la asustó. No le gustó que su manera de comportarse le recordara a Atticus. Pero se trataba de Ethan, al fin y al cabo, y ella lo quería con todo su corazón. En el fondo, le gustaba esta nueva pasión.

—Eres mía —le susurró él al oído antes de plantarle una serie de besos en el cuello, lamiéndoselo.

Evelyn notó cómo se iba calentando a cada segundo que pasaba. Había echado de menos la oportunidad de mostrarse apasionada con Ethan desde que Atticus los había sorprendido besándose hacía más de un año. Esa noche casi se había entregado por completo a él antes de que el rey los interrumpiera.

Dejó escapar un gemido ronco mientras Ethan manoseaba la parte de atrás de sus *jeans* y empezó a notar un cosquilleo entre las piernas. Lo necesitaba. Necesitaba todo su cuerpo.

Y decidió que esa noche se entregaría a él hasta el final. Lo había pensado cuando el recepcionista les había dicho que les daría la suite nupcial.

Atticus no pararía de buscarlos hasta dar con ellos, por lo que siempre tendrían que vivir huyendo así que podía ser que no tuvieran otra oportunidad de pasar una noche en un lugar tan acogedor en mucho tiempo. Además, si esperaba mucho, puede que el rey finalmente los atrapara y no volvieran a verse nunca.

Ethan sería el primero, el primero y el único hombre al que ella se entregaría

voluntariamente. Sin dudarle, Evelyn empezó a desabotonar su camisa.

—Hazme el amor —le suplicó entre gemidos mientras la cadera de él chocaba con la suya. Notó lo duro que estaba bajo los *jeans*, y sólo de pensarlo se estremeció—. Por favor, por favor... Te necesito.

De repente, Ethan se detuvo y los besos y las caricias cesaron.

—¿Me quieres... a mí? —preguntó como si no hubiera esperado oírle decir eso.

—Sí, te quiero tanto, tanto... —Evelyn se apartó un poco para mirarlo a los ojos—. Eres el único hombre al que he amado.

Sus palabras hicieron que el rostro de él se iluminara como el de un niño la mañana de Navidad, como si ella fuera el regalo que llevaba esperando toda la eternidad, lo único que había deseado nunca.

—Yo también te quiero —dijo él derramando una lágrima—. Te quiero desde la primera vez que te vi... Desde ese momento supe que eras mi alma gemela, la persona con quien pasaría el resto de mis días. Aun así, pensé que sería imposible que un ángel como tú pudiera llegar a querer a un monstruo como yo. No tenía ninguna oportunidad, lo sabía. Pensaba que nunca sentirías lo mismo por mí, Evelyn.

Segunda pista.

—¡No digas eso! No lo digas nunca. Siempre te he querido, y siempre te querré.

¡Y claro que soy tu alma gemela!

Lo besó en los labios y después prosiguieron donde lo habían dejado un momento antes. Las caricias y los besos se volvieron más desesperados. Se besaban, se tocaban, gemían consumidos por el deseo mutuo.

A una velocidad inhumana, Ethan la llevó al otro lado de la habitación y la tumbó sobre la cama.

—Te quiero —murmuró sin dejar de besarla, y con un ágil movimiento de la muñeca le desabrochó la blusa y luego se despojó de su camiseta, revelando unos abdominales bien marcados. La piel de Ethan era de un tono dorado, el color perfecto.

Ella se desabrochó el *brasier* mientras él le quitaba los *jeans* y las pantaletas, dejándola desnuda y completamente expuesta. Él sintió cómo el corazón le daba un vuelco en el pecho. No era la primera vez que veía su cuerpo desnudo, pero sí la primera en que no tenía que esconderse entre las sombras, merodeando tras una pantalla de humo proyectada por uno de sus anillos.

Por primera vez la tenía como siempre había deseado. Quería pellizcarse para asegurarse de que no era un sueño, aunque, si lo era, prefería no despertar.

—Yo también te quiero, Ethan...

Y, justo en ese instante, la perfecta realidad se hizo añicos.

Él se apartó de ella con brusquedad. Desnuda y bajo las sábanas, lo único que protegía a Evelyn de su destino era el bóxer que él llevaba todavía puesto. De repente, él miró sus manos taciturno y con el corazón roto.

—Oh, claro —fue todo cuanto pudo decir antes de que las lágrimas empezaran a brotar—. Lo quieres a él...

—¿Ethan?

—No vuelvas a decir su nombre —susurró, y al instante su cara se transformó en la del hombre que poblaba las peores pesadillas de la chica. Su pelo y su piel se oscurecieron también.

—¿A-A-Atticus...? —tartamudeó Evelyn aterrada, y de inmediato sintió la necesidad de taparse más para resguardarse de su mirada lasciva y animal.

Previendo lo que ella iba a hacer, Atticus la agarró por las muñecas y se las sostuvo por encima de la cabeza con tan sólo una de sus grandes manos.

—No —le dijo—, me gustas más así. Estás mucho mejor sin toda esa ropa. No tienes por qué taparte.

—¡Aléjate de mí! —gritó ella luchando por liberarse.

El movimiento hacía que sus cremosos pechos se bambolearan para deleite de Atticus, que se excitó todavía más. El bulto de su entrepierna creció aún más. Se moría de deseo por ella.

—Qué curioso, hace un momento me suplicaste que te hiciera el amor —susurró en tono cruel.

—¡Me has engañado! ¡Pensaba que eras Ethan! ¡Nunca te desearé!

En un arranque de rabia, Atticus la abofeteó con su mano libre.

—¿Por qué no eres capaz de ver cuánto te quiero? ¡Soy el rey! ¡Él no es más que un humano, no te merece!

—¡Lo quiero!

Atticus sonrió.

—Mala suerte. Me perteneces a mí.

Evelyn comenzó a gritar cuando notó que empezaba a acariciarle el interior del muslo, desplazándose cada vez más y más arriba, peligrosamente cerca de su sexo.

Lo odiaba y lo despreciaba con cada célula de su cuerpo, pero su instinto animal la traicionó y su cuerpo reaccionó dejando escapar un gemido cuando él empezó a tocarla. Le acarició el interior de su sexo puro e inexplorado como había querido hacerlo desde el momento en que la vio por primera vez. Ahora que el contrato estaba roto, no tenía por qué parar.

La poseería allí y, entonces, la marcaría como su posesión, asaltaría su dulce cuerpo inocente y daría rienda suelta a sus pasiones carnales. Era suya, y nunca, nunca la dejaría escapar.

Sus labios besaron los de ella salvajemente al tiempo que sus manos envolvían sus pechos desnudos con brusquedad.

A lo largo de su vida como vampiro se había acostado con millones de mujeres. Sabía cómo reaccionaba su cuerpo ante el tacto de un hombre, y pensaba utilizar el cuerpo de la chica como su arma de seducción más poderosa. La haría gozar como nunca había imaginado, llegando él también al clímax.

Atticus mordisqueó la suave piel del cuello de Evelyn, aspirando su dulce aroma. Notó cómo la circulación de su sangre se aceleraba y quiso probarla. Ansiaba hacerle de todo. Quería llevar su cuerpo a un mundo maravilloso en el que jamás había estado y arruinar la posibilidad de que otro se atreviera a hacerlo después de él.

Deseaba llenar su cuerpo y su mente con los suyos. Grabar esa noche a fuego en su memoria. Quería hacer que se sintiera bien, notar su cuerpo estremecerse de placer, gimiendo y temblando debajo del suyo. Suspiraba porque se volviera loca gracias a sus manos, su lengua y su sexo.

Los pechos de Evelyn se endurecieron ante el continuado roce de las manos expertas de Atticus. Puede que mentalmente lo odiase en ese momento, pero su

cuerpo estaba excitado. Estaba mojada, su sexo absolutamente lubricado, listo para que la penetrara, y él no iba a dejar escapar la oportunidad.

Su erección era tal que casi le dolía. Atticus se imaginó entre sus piernas, el primer hombre en poseerla, en llevarla al éxtasis, en obtener placer de su glorioso cuerpo.

El vampiro gimió. Sólo pensar en estar dentro de ella lo excitó todavía más. No quería otra cosa. Haría que se viniera una y otra vez...

—Teníamos un trato y tú lo rompiste. Espero que recuerdes que una vez roto puedo hacer lo que quiera contigo —le susurró al oído quitándose el bóxer y mostrando así su erección en todo su esplendor—. Esta noche serás mía al fin.

Antes de que Evelyn pudiera protestar, lo notó dentro. La había penetrado de golpe y ella dejó escapar un grito ahogado. Su sexo era enorme y poderoso. El cuerpo de la chica tembló mientras él se abría paso con suavidad.

Cerró los ojos y contuvo un grito al sentirlo por completo en su interior, arrebatándole su inocencia. Bajó las manos a los costados y se agarró a las sábanas mientras él la acercaba hacia sí con un brazo, rodeándola por la cintura.

Evelyn casi gimió. Se odió a sí misma y a su cuerpo por traicionarla. No quería a Atticus, lo odiaba, pero su cuerpo no podía odiarlo.

—Por favor, no lo hagas... —suplicó sin éxito.

Atticus ya se había perdido en el acto, inmerso en el amor que sentía por ella, en el placer que su cuerpo le proporcionaba y en el sentimiento de poseerla.

Una pequeña parte de él sabía que estaba mal, pero su lado oscuro, que corría por sus venas como un virus altamente venenoso, había tomado las riendas y no iba a soltarlas tan fácilmente.

—No te haré daño en tu primera vez —le prometió, pero aceleró un poco el ritmo.

El olor de su sangre virgen lo hizo enloquecer aún más, si es que eso era posible. Atticus siguió penetrándola con firme delicadeza, besándola en los labios, en la barbilla, en las mejillas, en la nariz, en cada centímetro de su cuerpo que podía alcanzar. Sus manos continuaban acariciando sus pechos, tocando sus pezones con los pulgares de vez en cuando.

Evelyn empezó a llorar. No a causa del dolor del acto íntimo en sí, sino por la toma de conciencia de que dicho acto no tenía nada de íntimo para ella y de que no sería la última vez que él la utilizaría de ese modo. Cerró los ojos e intentó apagar sus emociones. Un único pensamiento le cruzó la mente: «Lo siento, Ethan».

De pronto, Evelyn notó algo acumularse y crecer allí... abajo.

Él sonrió y comenzó a acelerar el ritmo y a penetrarla con más fuerza. Ella era su paraíso, su luz, su todo, y esa noche era la primera de puro placer y felicidad que pasaba en cientos de años.

La presión de sus manos sobre los pechos de ella aumentó y la chica soltó un gemido. Todo el cuerpo de Evelyn empezó a temblar hasta que notó una explosión.

Atticus sonrió de nuevo y continuó hasta que él también alcanzó el orgasmo.

—No vuelvas a dejarme nunca más, por favor.

Milenios.

Atticus llevaba vivo más de dos mil años, y durante su más que longeva vida, había cometido errores, tomado malas decisiones y hecho cosas que no debería haber hecho, pero nunca se había arrepentido de nada..., hasta que conoció a Evelyn. Dicen que, para arrepentirte de tus acciones, debes sentir ciertos remordimientos o un vínculo emocional con la acción y sus consecuencias. Y Atticus sentía que tenía ese vínculo con Evelyn.

Su amor por Venecia había sido muy distinto del que sentía ahora por la joven. Atticus había amado a Venecia por quién era, lo deslumbraban su poder, sus habilidades, su sentido de la moral y su autocontrol, sobre todo después de que él perdiera todo control sobre sus propias emociones tras la maldición.

Pero allí, tumbado en la cama de matrimonio, con las sábanas de satén rojo cubriendo su cuerpo y el de Evelyn, la acercó hacia sí y el perfume de ella lo envolvió en una oleada de felicidad. No recordaba la última vez que había sentido tanta paz, tanta dicha; puede que Venecia hubiera sido capaz de aplacar su ira, pero Evelyn era la única que le había hecho tener un motivo por el que vivir después de todos esos siglos.

Con ternura, la besó en el hombro. La quería, la quería de veras. Ella se movió, dormida, al contacto de su piel con los labios de él, y apretó aún más el puño con el que agarraba firmemente la sábana. Una sola lágrima rodó por su mejilla.

Lo odiaría por lo que le había hecho la noche anterior y, evidentemente, Atticus se sentía culpable por ello; no debería haberse dejado llevar. Aunque la emoción, los celos y el odio lo habían cegado, seguía siendo responsable de lo que había hecho. Había sido culpa suya, y nunca se atrevería a negarlo.

Ahora, a ella le costaría mucho más confiar en él. No le gustaría, y mucho menos lo querría, y a Atticus no le quedaba otra más que aceptarlo.

No había palabras con las que pudiera expresar lo culpable que se sentía, lo mucho que se odiaba. Una vez más, la Oscuridad se había vuelto a deslizar, la fuerza del mal que lo poseyó cuando Venecia lo convirtió en vampiro.

Evelyn y él estaban condenados desde el principio. Porque a la Oscuridad le encantaba hacer daño a todo cuanto Atticus había amado.

Con el pulgar, resiguió los labios de Evelyn, carnosos y algo hinchados por sus besos.

Deseaba que las cosas fueran distintas entre ellos. En un mundo ideal, Ethan y Evelyn nunca se habrían conocido, ella no lo hubiera querido y Atticus la hubiera seducido con todo lo que tenía que ofrecer. La habría llevado a ver

mundo, la habría hecho feliz. Su primera vez habría sido preciosa, como en un cuento, le habría hecho el amor cuando ella hubiera querido. Se amarían y él no tendría que transformarse en el hombre que él más odiaba para saber qué se sentía al obtener su amor.

Atticus nunca se había arrepentido de nada hasta que la conoció, y ahora se arrepentía de no haberla conocido antes, de no haberse deshecho de Ethan desde un principio, y de no haberla tratado con cuidado. Él nunca había querido que ella viera su lado oscuro, y nunca había querido forzarla. Sólo quería amarla, darle todo lo que ella quería y necesitaba, amor y protección, y mostrarle lo que se suponía que era el amor, y que ella lo hubiera dejado.

Miró los anillos que llevaba en los dedos y el mismo pensamiento que había apartado hacía un rato volvió a aparecer en su mente.

Coacción.

Esa única palabra llenaba su cerebro. No era la primera vez que le venía a la cabeza, ni sería la última. Sería muy fácil coaccionarla para que lo quisiera, para que se olvidase de la existencia de Ethan... Al mirar a Evelyn a la cara deseó hacerlo.

Pero no conseguía decidirse. Porque, si lo hacía, entonces le estaría arrebatando su libre albedrío, y una parte de ella nunca volvería a ser la misma. Quería que ella lo amara a su manera, no se había rendido todavía. La amaba por su alma, por la sustancia debajo de su piel.

Como Hansel había sugerido, Atticus debería haberla dejado ir. Él no la merecía. Nunca la había merecido y nunca lo haría. La Oscuridad que lo poseía, que había vivido dentro de él tanto tiempo que ya era parte misma de él, destrozaría a Evelyn; la rompería. Ella no estaba a salvo cerca de él. Nunca lo había estado.

Atticus lo sabía... Pero incluso así, una parte egoísta de él no le permitía dejarla ir.

Evelyn notó el agua hirviendo caer sobre su piel desnuda y soportó la dolorosa caricia mientras ésta la abrasaba. Luego se frotó con una esponja rugosa cada centímetro, dejando marcas rojas a su paso. Le dolía todo el cuerpo.

Gimoteó.

Le temblaba el pulso a medida que las imágenes de la noche pasada acudían a su mente. Las manos de Atticus, sus besos, el sonido de su voz, sus jadeos, la forma en que la había forzado, y cómo había hecho que su cuerpo reaccionara, el control que tenía sobre ella...

—No —se dijo mientras seguía atormentando su delicada piel.

La esponja eliminaba capas y capas de epidermis en su intento desesperado por borrar los recuerdos, la suciedad.

Pero, por mucho que frotara, seguía sintiéndose sucia. Nunca podría eliminar ni el dolor ni los pecados que habían mancillado su cuerpo. Jamás volvería a ser pura.

Sentada en el suelo de la ducha, se quedó con la cabeza apoyada sobre las rodillas. Dejó que todas las emociones suprimidas salieran y se echó a llorar. Lloró como nunca. El agua caliente anesthesiaba su cuerpo, pero no podía anestesiar su corazón.

Su mente volvió a proyectar las veinticuatro horas anteriores.

Veinticuatro horas antes

El trayecto en coche desde el motel había tenido lugar en un completo e incómodo silencio.

Evelyn y Atticus iban sentados en la parte de atrás de un elegante Bentley color negro que circulaba a toda velocidad por la autopista. Un grueso vidrio polarizado los separaba del conductor. Había guardias motorizados delante del coche con luces rojas y negras en las motos que se abrían paso a la fuerza entre el tráfico.

Se había sentado tan lejos de él como había podido, quería olvidarse de que estaba allí. La ponía enferma compartir coche con Atticus y, gracias a Dios, él se lo había permitido. Aun así, seguía sosteniéndole la mano como para asegurarse de que no intentaría saltar por la ventanilla. Aunque ella tuvo la sensación de que le tendía la mano como habría hecho un dueño con su mascota, para señalar quién era el amo.

Cuando dejaron la habitación del motel, Evelyn había deseado que Hansel estuviera allí, con Atticus, para ofrecerle un hombro sobre el que llorar, pero no había ni rastro de él. La única cara familiar que reconoció entre el montón de guardias fue la de Jonah, alguien que hacía que el corazón de la joven se acelerara de miedo, con aquellos despiadados ojos marrones, casi negros. Estaba segura de que, si Hansel hubiera estado allí, todo se habría desarrollado de forma diferente. Él la habría salvado, habría sido su ángel de la guardia, su caballero de brillante armadura.

—¿Tienes hambre? —preguntó Atticus tras media hora de silencio en que lo único que se oía era el ruido del contacto de las llantas contra la superficie asfaltada—. No has desayunado nada... —Ella negó con la cabeza, manteniendo la mirada fija en la visión borrosa del otro lado de la ventanilla—. Tienes hambre —aseguró tras un silencio.

Evelyn casi rio. Enojada ni se acercaba para describir ese momento, lo que él había hecho. Tenía la mano libre apretada en un puño, y tembló de rabia al notar el calor del cuerpo de él cuando se acercó deslizándose sobre el asiento de cuero.

—No seas así —le susurró él al oído antes de pasarle la mano por la cintura—. En el fondo sientes algo por mí, ambos lo sabemos. Nunca te haría daño.

Sus palabras la hicieron reír. Eran las mismas que le había dicho incontables veces antes. Y, aun así, una tras otra, se desdecía de ellas y la hería. Se lo había arrebatado todo, todo cuanto había amado y todo lo que era importante para ella. Ahora no era más que el envoltorio tembloroso de lo que había sido antes. Jamás volvería a ser la chica que había conocido en su baile de cumpleaños.

El ángel había perdido las alas, y los cuernos del demonio crecían y crecían a cada segundo que pasaba.

—Te prometo que seré más delicado la próxima vez, cariño. No volveré a hacerte daño. —Le dio un beso en la mejilla, a lo que ella respondió con una mueca de asco.

Intentó empujarlo apoyando la mano en su pecho, pero ese gesto puso furioso a Atticus, que profirió una especie de gruñido y la agarró con más fuerza.

—¿Por qué te comportas de un modo tan diferente conmigo de cuando estás con ese estúpido humano? Si fuera Ethan, estarías encima de mí, ¡montándome como si fuera un caballo! —Le agarró la boca con brusquedad y la acercó hacia sí, acorralándola entre la puerta del coche y su pesado cuerpo.

—¡Escoria! —gritó ella antes de levantar la mano para abofetearlo con toda la energía de la que fue capaz, aunque él ni siquiera pestañeó.

Sin embargo, el fuego empezó a arder en su mirada cuando la palma de la mano de Evelyn entró en contacto con su piel.

—No vuelvas a hacer eso. Jamás —ordenó cuando su lado oscuro, cruel y sádico, se apoderó de él. A su lado, vio la sombra que antes sólo había visto de soslayo. La Oscuridad que cubría el rostro de Atticus. Su mirada vacía. Como si la estuviera mirando sin verla—. ¡Recuerda que estás hablando conmigo! ¡Debes tener cuidado con cómo te comportas cuando estás conmigo, Evelyn! Si quieres ser mala, entonces tendré que castigarte.

La agarró por los hombros y la forzó a descender para que su cuerpo quedara debajo del suyo y, de un manotazo, le separó las piernas.

—¡Déjame! —gritó ella agitando los puños.

—¿Te gustaría más si volviera a adoptar la apariencia de Ethan? —se burló Atticus, y en un instante sus facciones empezaron a transformarse, el color de su piel pasó de oscuro a pálido y a un bronceado dorado.

Evelyn dejó escapar un grito ahogado y apartó la vista.

Instantes después, allí estaba Ethan en todo su esplendor, delante de ella. Aunque no era el verdadero Ethan. Su sonrisa encantadora y traviesa había sido reemplazada por una mueca siniestra.

Era Atticus disfrazado de él.

—Pensaba que anoche lo había soñado... ¡Realmente te convertiste en Ethan! — exclamó ella en *shock* ante lo que sucedía frente a sus ojos—. ¿Cómo es posible?

—Evelyn, te lo he dicho mil veces: soy mucho más poderoso de lo que crees. Mi magia va mucho más allá de lo que puedas imaginar. No tiene ningún sentido que me rechaces. Aprende a quererme de una vez y te haré feliz. Te lo daré todo, cualquier cosa, a cambio de que me ames por propia voluntad. ¿Es que no lo ves?

—¿Qué sentido tiene que te quiera voluntariamente cuando ya me obligas a la fuerza a hacer todo lo que tú quieres? Chantajearme no hará que te ame, Atticus, no es la manera. En realidad, con todo lo que me has hecho hasta hoy, lo único que has conseguido es que te odie. Cada. Día.

El rostro de Atticus regresó a su aspecto habitual, y la expresión de ira se tornó en una mueca de dolor.

—¿De verdad no consigues entender lo mucho que te quiero ni eres capaz de ver que tú a mí también me quieres?

Evelyn chasqueó la lengua.

—No... te... quiero... —La joven pronunció esas tres palabras lentamente, como si estuviera dirigiéndose a un niño—. ¿Cuándo vas a entender tú que no albergo ninguna clase de sentimiento hacia ti? No te quiero y nunca lo haré. Puede que al principio sintiera pena por ti. Me gustabas, pero como amigo. Parecías solo y triste en un mundo del que te habías cansado, y quise alegrarte un poco el día que te conocí. Pero, ahora, incluso mi compasión se ha esfumado. No siento otra cosa más que odio hacia ti, Atticus.

La voz de Evelyn era ronca, débil, quebradiza, tal como se sentía ella en ese instante, y el hecho de que incluso en sus momentos más vulnerables fuera capaz de hablarle así volvía loco a Atticus, quien tuvo que contenerse apretando los puños para no arrancarle los *jeans* allí mismo.

Quería mantener al monstruo a raya. Él nunca había querido mostrarse violento con ella, pero no podía soportar que la única cosa que deseaba en el mundo no pudiera ser suya. ¡Evelyn lo había rechazado tantas veces! Su amor pertenecía a otro.

Había agotado todas sus oportunidades con ella.

Su necesidad de poseerla, de controlarla, de amarla había dado rienda suelta a la bestia que siempre había luchado por contener para mantenerse cuerdo. Ahora, por primera vez en su vida, el animal que tenía dentro por culpa de la maldición no paraba de rugir, y Atticus no podía evitar que lo poseyera por completo.

Con delicadeza, se inclinó de nuevo sobre el cuerpo de Evelyn, tumbada en el asiento, y le acarició con las manos los puños apretados.

—¿Quieres a Ethan? —le preguntó en voz baja, su voz toda ternura.

Ella relajó los puños al oír el nombre de su amado, y él sonrió, sabiendo que había dado con su punto débil.

Le besó el cuello apasionadamente, y ella lo dejó.

—Sí, lo quiero —respondió Evelyn en un susurro, temerosa de hacia adónde se dirigía la conversación.

—Pues lo maté anoche como castigo por escaparte con él.

—¿¿QUÉ?! ¡NO LO HAS...! —Pero antes de que pudiera acabar la frase, Atticus juntó su frente con la de ella y clavó sus ojos castaños en los suyos.

De repente, Evelyn entró en una especie de trance y su cuerpo quedó por completo a merced de la voluntad del vampiro.

—Abre las piernas —ordenó él.

Y su cuerpo, impotente, obedeció.

—No lo has matado —repitió ella, luchando por moverse, pero su cuerpo ya no le respondía.

Atticus la besó suavemente en los labios y la acarició por debajo de la ropa, abarcando cada centímetro de su piel, incluidos sus deliciosos pechos.

—Olvídate de Ethan —le ordenó esta vez—. Bésame como si me quisieras, tócame como si me desearas y fornicá conmigo como si me necesitaras.

A Evelyn le habría gustado decir que había roto su hechizo y le había desobedecido. Pero no podía.

Había acabado haciendo exactamente lo que él le pedía, y se odiaba por ello. Deseó haber sido más fuerte, más poderosa, para poder luchar contra su magia, pero sólo era humana.

Se había abierto de piernas, había dejado que él la penetrara, lo había tocado, había gemido por lo que le hacía, susurrado su nombre; le había suplicado que fuera más rápido, que la tomara entera. Por esa vez había sido suya y sólo suya. Y, por mucho que hubiera odiado cada momento, había terminado alcanzando el orgasmo gracias a sus habilidades sexuales, y eso era algo que hasta entonces él no había conseguido.

El agua de la ducha seguía cayendo, quemándole como el fuego. Había encendido a toda potencia el calentador último modelo de la habitación del hotel de lujo en la que se alojaban. Puede que Atticus se lo hubiera arrebatado todo, pero Evelyn no era tonta: todavía le quedaban algunos recursos.

Comenzó a oler el olor pegajoso de la carne quemada. Ya no sentía su cuerpo, tenía todos los miembros adormecidos. Incluso estaba empezando a perder la conciencia, poco a poco...

«Querida, no te des aún por vencida, no te dejes ir así —oyó entonces que decía una melodiosa voz femenina—. Nunca abandones, Evelyn, no dejes que él gane la partida. Puedes vencerlo. Por favor, si no quieres hacerlo por ti, hazlo por Ethan y por Dara, por tu Dara... Yo te ayudaré, lo prometo.»

«¿Quién eres? ¿Quién es Dara?», quiso decir Evelyn, pero ya no tenía fuerzas. Los latidos de su corazón eran cada vez más débiles, aunque, dentro de la agonía, encontró algo de paz.

No obstante, la vida no la iba a dejar ir tan fácilmente.

—¡Evelyn! —gritó una voz masculina, rompiendo su ensoñación y acallando la

dulce voz de mujer.

La joven ya no pudo sentir el contacto de su cuerpo con los fornidos brazos que la levantaron. Ni siquiera notó el aire frío cuando éstos la sacaron del baño, pero sí oyó un último susurro pronunciado por la misma voz femenina de antes: «Lo siento, pero le rompería el corazón saber que te has suicidado por él».

Cuando Evelyn se había metido a la tina, no esperaba salir de ella con vida. Quería morir, quería dejarlo todo atrás y encontrarse con Ethan en el más allá. Quería escapar, no tenía nada más a lo que aferrarse, y no podía soportar vivir el resto de su existencia como el juguete de Atticus. De lo único de lo que se arrepentía era de no haber podido despedirse de su familia ni haberle agradecido a Hansel todo lo que había hecho por ella.

Pero, de nuevo, la vida tenía otros planes. Parecía que no estaba dispuesta a concederle nada de lo que deseaba. En la mayoría de las historias, los obstáculos siempre se daban entre el héroe trágico y la vida, pero en la enrevesada historia de Evelyn Blackburn, los obstáculos eran todos entre ella y la muerte.

Por un momento, Evelyn pensó que su plan iba a dar resultado, que por una vez sus deseos se harían realidad. Quizá ésa fuera la razón de la sonrisa que iluminaba su rostro cuando despertó y vio un immaculado techo blanco sobre su cabeza.

—¿Estoy en el cielo? —preguntó en voz alta a nadie en particular, sólo a sí misma, pero muy pronto su fantasía chocó con la cruda realidad.

A medida que sus ojos enfocaban los objetos a su alrededor, pronto se dio cuenta de que el techo era el de la suite que Atticus había pedido en el hotel cuando habían hecho el *check-in* horas antes.

—No, me temo que no estás en el cielo, al menos no todavía —susurró una voz familiar.

Evelyn se volvió hacia el hombre que tenía al lado.

—¿Hansel? —preguntó sorprendida y encantada de verlo. Pero la alegría pronto se desvaneció al mirar de nuevo la habitación—. ¿No estoy muerta?

—No —respondió él apesadumbrado, colocando una mano con delicadeza sobre la de ella—. Lo siento.

—¿Me has vuelto a salvar?

Evelyn dejó escapar un grito ahogado al sentirse traicionada ante el hecho de que Hansel no la hubiera dejado cumplir su voluntad por segunda vez. Él la conocía y sabía lo mucho que ansiaba irse de allí, empezar de nuevo, ya fuera viva o muerta.

—La verdad es que no, pero lo habría hecho si te hubiera encontrado yo. —El vampiro de pelo rizado dejó escapar un largo suspiro—. Fue Atticus. Me llamó esta mañana para discutir un asunto sobre el chico lobo ese, pero a mitad de la conversación se detuvo en seco al notar que estabas en peligro y ha subido aquí corriendo como un loco. Evelyn, ¿por qué lo has hecho? Ya sé que no te gustaba

tu vida cuando te rescaté la vez que intentaste tirarte por aquel precipicio, pero pensaba que ya estaba superado. ¿Es que no sabes que tienes gente en la que pensar antes de hacer algo así?

—¿Gente? ¿Como quién? —La muchacha rio de forma siniestra—. Ethan está muerto, Alice está en Australia, no he visto a mis padres desde hace meses y, por mucho que los quiera, no estoy dispuesta a seguir viva si sé que no voy a volver a verlos jamás. Atticus no les hará daño si yo estoy muerta, no me culpará, así todo el mundo estará a salvo. Puede que me echen de menos, pero yo seré feliz de haberme ido a un lugar en el que él no tenga ningún poder sobre mí.

Hansel negó con la cabeza decepcionado.

—¿Te dije que Ethan está muerto? ¡Idiota! Escucha, Evelyn, Atticus estaba furioso porque lo hubieras dejado así, se sentía traicionado y no podía soportar lo que estaba pasando, pero, confía en mí, nunca mataría a Ethan sabiendo lo que sientes por él.

—¿Qué... quieres decir?

—¡Que Ethan sigue vivo! Qué inocente eres. Seguro que Atticus sólo te mintió para hacerte sufrir, y no lo culpo. Pese a que te ayudé en tu huida en pos de la libertad y la felicidad, sé que le rompiste el corazón. Pensaba que el hecho de que hubieras escapado lo haría reaccionar un poco, le haría ver que debía cambiar de estrategia, pero está visto que no fue así. Se volvió más violento que nunca al enterarse de que te habías largado con Ethan.

—¿Así que me ha mentido a propósito para herirme? —Evelyn quiso gritar, pero estaba todavía muy débil, y tan sólo le salió un hilo de voz.

Tenía todo el cuerpo entumecido y podía ver partes de sus brazos todavía quemadas y llenas de ampollas, aunque gracias a la sangre de vampiro estaban sanando a una velocidad inaudita. Pronto estaría como antes.

—Igual que tú lo hieres de forma deliberada —defendió Hansel a su creador sin dudarle un segundo.

Deseaba la felicidad de Evelyn, claro está, pero también era leal a Atticus. Parte de la razón por la que había dejado escapar a la chica de la Ciudadela Real y por la que los había ayudado a ella y a Ethan en aquel pueblo era porque sinceramente creía que perderla sería una epifanía para Atticus y le haría darse cuenta de que el amor no podía forzarse. Aun así, parecía que las cosas no habían salido como él creía.

Vio la chamarra de ella en el suelo y se apresuró a tomar el anillo que había en el bolsillo, el anillo que él mismo le había dado en el bosque unos días antes. Venecia le había pedido a Hansel que se lo entregara a Evelyn para protegerla. Pero, tal y como era ella, ni siquiera se había dado cuenta de los poderes mágicos del objeto que tenía en su poder.

Hansel había esperado que el anillo los mantuviera a ella y a Ethan en un punto ciego para Jonah y su batallón de rastreadores hasta que la pareja consiguiera salir de América, donde el poder de Atticus era mayor. Pero el rey era mucho más poderoso de lo que creía y había usado su magia para ver el futuro de Evelyn.

—¿Dónde está ese monstruo ahora? —preguntó ella.

—Atticus está en mi habitación. —Hansel se sentó en la cama, apoyó los codos sobre sus rodillas y la cabeza entre las manos—. Creo que no hay ninguna

palabra que pueda describir lo que siente en estos momentos. Se culpa por lo que has hecho. Nunca lo había visto así. Nunca.

—Lo dices como si hubiera hecho algo terrible, como si fuera todo culpa mía —replicó Evelyn dolida, negándose a cargar con las culpas por algo que supuestamente le había hecho a él. Al fin y al cabo, era su vida.

—No digo que sea culpa tuya, sólo intento que veas esto desde su punto de vista también. Está destrozado, en serio. ¡Estuviste a punto de morir! Tuvimos que darte de su sangre y de la mía para no perderte. ¡Has estado en coma un montón de horas! Parece que no te das cuenta de que tu vida no sólo te pertenece a ti. Si mueres, harás daño a mucha gente, no sólo a tu familia y a Ethan, sino también a Atticus y a mí. —El tono de voz de Hansel se había ido elevando sin que él se diera cuenta y casi pronunció las últimas palabras a voz en grito, con las lágrimas empezando a descender por sus mejillas.

—Lo siento..., me habría gustado despedirme de ti en persona, y lo lamento, pero... —Evelyn se interrumpió cuando recuerdos de todo lo que Atticus le había hecho en los últimos dos días empezaron a llenar su mente. Tuvo que esforzarse para contener el llanto—. Me ha hecho cosas horribles, Hansel... No puedo vivir siendo su juguete sexual, ¡no puedo! Ya sé que te preocupas por mí, pero no me arrepiento de haberlo intentado. Nada de nada. Volvería a hacerlo si pudiera.

—Si mueres, mataré a Ethan sin pensarlo dos veces. Lo sabes, ¿no? Y masacrará quién sabe a cuánta gente inocente. No seas así, Evelyn, ¡no puedes ser tan irresponsable!

—¿Qué? —preguntó ella alarmada al oír sus palabras—. ¿Es que no ves lo cansada que estoy de todo esto? No me queda energía para soportar todos estos dramas. Amo a Ethan y quiero estar con él, pero no puedo. No puedo hacer nada de lo que quiero hacer por culpa de Atticus. Me arrebató mi vida entera. Para él no soy más que un juguete. Dice que me ama, pero si de verdad le importara tanto me devolvería mi libertad y mi felicidad.

—Hay muchas formas de expresar amor, Evelyn.

—¿De verdad crees que me ama? ¿Después de todo lo que me ha hecho?

La joven no pudo contener las lágrimas por más tiempo. No quería entrar en detalle para que Hansel supiera de lo que hablaba, y de todos modos seguro que Atticus, arrepentido, se lo había contado todo entre sollozos mientras ella estaba en coma.

Al principio Hansel no dijo nada; no quería que pareciera que estaba del lado de Atticus, pero tenía que defender a su creador, no podía dejar que Evelyn lo odiara por cosas que no eran culpa suya.

—Evelyn, Atticus sufrió una maldición, lo sabes, y a veces...

—¡No te atrevas a decirme que no tiene control sobre sus actos! —saltó ella. La ira la invadió como nunca—. ¡Sabía perfectamente lo que hacía todo el tiempo, pero prefirió ignorar su buena conciencia y forzarme! No me quiere, Hansel, no quiere a nadie. Es un monstruo inmoral y desalmado.

—Tiene un pasado terrible y le da miedo perderte porque lo bueno nunca dura demasiado en su vida. Necesita controlarte porque es lo único que le da la seguridad de que no te irás —dijo Hansel, esperando no tener que defender a su creador, pero los lazos de lealtad eran fuertes—. Él tiene otra cara. Puede ser

cariñoso.

—Y no quiero verla. No pasaré por esto sólo para verla —espetó ella con frialdad—. Dice que quiere que me convierta en vampiro para ser como él, ¿no? Pues dile que eso no va a pasar. Prefiero perder la vida a pasarme la eternidad a su lado.

—Mira que eres terca...

—No soy terca. El amor no se puede forzar. —Evelyn rio con amargura—. Si tan arrepentido está, dile que venga a verme; me gustará oír cómo se disculpa ante mí de corazón.

—Por favor, Evelyn. Todavía tienes mucho por vivir. Él sabe que lo que te ha hecho está mal y está demasiado avergonzado como para dar la cara ahora mismo. —Hansel miró a Evelyn con una sonrisa tierna—. Quiere recompensarte.

—Dudo que haya algo que pueda recompensarme por sus actos, aunque tenga a todo el mundo a sus pies. Ni todos los diamantes y las joyas del mundo me harían perdonarlo.

—¿Ni una semana con tu familia?

—¿Qué? —Evelyn se quedó boquiabierta.

Ni en broma iba a permitirle Atticus pasar una semana entera con su familia. Debía de haberlo entendido mal.

—Atticus quiere que vayas a ver a tu familia y te quedes allí los próximos siete días. Evelyn, ¡vuelves a casa!

Atticus se agarró a la barandilla del balcón de la suite. Situada en la planta 103, desde allí se alcanzaba a ver hasta la costa de Carolina del Norte, con kilómetros y kilómetros de arena blanca extendiéndose frente al océano azul, a apenas unos metros de la puerta del hotel.

Pero la gloriosa vista no tuvo el más mínimo efecto sobre él: todo en cuanto podía pensar era en Evelyn. Como un halcón, la observó meterse despacio en el elegante Bentley de color negro estacionado en la puerta, con Hansel ayudándola. Estaba claro que todavía seguía dolida después del pequeño incidente acaecido cuarenta y ocho horas antes.

Atticus dejó escapar una carcajada siniestra.

Sólo había estado despierta unas horas después de haberse pasado un día entero inconsciente, pero en el momento en que Hansel le había dicho que podía irse a casa se había emocionado como una niña en Navidad.

Atticus agarró con más fuerza la barandilla que le estaba impidiendo caer en picada hacia el suelo, tan fuerte que dejó marcados los dedos en el metal para la posteridad.

—¿Tanto asco le doy? —preguntó en voz baja, pero su interlocutora no tuvo ningún problema en oírlo.

—Sólo te tiene miedo. Te desprecia con todo su corazón, eso sí, pero no siente repulsión hacia ti —respondió Venecia desde el interior de la suite, con la mirada perdida en ningún sitio. Tomó un sorbo de té de una elegante taza de porcelana.

—Y ¿cuál es la diferencia? Ninguna de las dos son emociones muy positivas que digamos, me rechaza de todos modos.

—Ése es tu problema, ¿sabes? Que lo clasificas todo como bueno o como malo sin ponerte a pensar en todos los matices que hay entre ambos. A lo mejor si hubieras reflexionado acerca de las posibilidades que tenías con Evelyn en vez de abalanzarte sobre ella por la fuerza para asegurarte de que no se iba de tu lado, a estas alturas ya te habrías ganado su afecto.

—¿Qué intentas decirme?

Venecia chasqueó la lengua y su rostro intemporal hizo una mueca divertida al volverse hacia el hombre al que había amado con todas sus fuerzas y cuyo amor había sido correspondido.

—Hace muchos años, cuando todavía éramos humanos, si no recuerdo mal, eras muy popular entre las féminas, así que entiendo que tus *habilidades* no han hecho más que mejorar en todo este tiempo. —Dejó escapar una risa casi triste—. Sin embargo, tu orgullo siempre fue tu punto débil. Puede que seas inmortal,

pero no eres la excepción a las reglas morales.

—Pensaba que después de todo este tiempo te habrías cansado ya de hablar como un filósofo, siempre diciendo cosas tan ambiguas. Ve al grano, por favor, Venecia.

—Creíste que podrías seducirla con dinero y poder, ¿verdad? Como hiciste con tantas otras antes que ella. Sé que usaste mi anillo para ver tu futuro con Evelyn, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —dijo él con frialdad.

—¿Qué viste?

Atticus se encogió de dolor al recordar las imágenes.

El coche en el que Evelyn iba acompañada de Hansel ya había partido. Lo observó alejarse con melancolía al pensar que dentro estaba lo único que le importaba en el mundo.

—No era un futuro muy prometedor, ¿verdad? —prosiguió Venecia tras unos instantes. La frase era más una afirmación que una pregunta, ya que ella misma había contemplado dicho porvenir y, aunque las imágenes no le habían revelado demasiado, sí había sentido un aura de fatalidad—. Yo vi a Evelyn gritar de dolor, llorando, y sangre por todas partes. Un jarrón roto y rosas en llamas...

Venecia se guardó para sí las visiones que había tenido de Dara durante aquella primera incursión en el futuro de Evelyn y Atticus.

—La vi besar a otro —admitió Atticus—, abrazando su cuerpo desnudo, dejando escapar tiernos gemidos de placer, apuntándome con un cuchillo, y luego ese cuchillo cubierto de sangre.

—Ninguna de las dos visiones augura un futuro brillante —suspiró ella—. A veces, lo que veo con los ojos se hace realidad, pero, otras, es lo que veo con el alma lo que acaba sucediendo. Nunca sabremos lo que sucederá realmente hasta que me permitas reunirme con mi alma.

Atticus sonrió con malicia mientras se alejaba del balcón. El Bentley en el que iba su amada ya no podía verse más abajo, en la calle.

—¿Es ésa tu forma de chantajearme para que te devuelva tu anillo?

Venecia negó con la cabeza.

—Llevo tanto viviendo sin alma que ya me acostumbré. Ya ni siquiera noto el dolor. Además, no tener alma es más práctico: las emociones adormiladas son mucho más soportables que un corazón compasivo. Supongo que no hay mal que por bien no venga y que es mejor no poder sentir ningún tipo de emoción genuina.

Atticus jugueteaba con el delicado anillo de plata que llevaba en el dedo meñique de la mano derecha; la pequeña piedra rojiza que lo coronaba brillaba al notar cerca a su verdadera dueña.

—Sí, tienes razón. Todavía no entiendo por qué me enojé tanto cuando los Ancianos me robaron la mía.

—Destruyeron tu alma porque sabían lo que harías para recuperarla, y cuando te diste cuenta de que no podrías hacerlo, nos castigaste al resto robándonos las nuestras, para que todos fuéramos iguales que tú. —Venecia puso la mano sobre la de él—. ¿Es por eso por lo que te aferras tanto a Evelyn?, ¿porque ella te hace volver a sentir?

Atticus no respondió al principio, pero pronto se dio cuenta de que no servía de

nada mentirle a Venecia. Ella era una de las pocas personas en todo el mundo que sabía cómo era él antes, que lo conocía de verdad.

—La quiero tanto... Ni siquiera recuerdo haber sentido esto por nadie ni por nada. Incluso antes de que los Ancianos destrozaran mi alma para castigarme, antes de la maldición, nunca había sentido nada igual, esta necesidad tan acuciante por alguien. Es como si no pudiera respirar cuando ella no está. La necesito a mi lado para sentirme vivo.

—Cuando ella no está, te parece que todo pierde intensidad, pero ¿cuando la tienes a tu lado todo reluce precioso y lleno de vida?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él curioso, maravillado ante la posibilidad de que Venecia hubiera sentido lo mismo alguna vez.

Ella negó con la cabeza.

—No, pero lo he visto en mis visiones. Es algo verdaderamente extraordinario, nunca se había dado otro caso igual. En teoría, un ser sin alma sólo puede sentir emociones muy simples, si es que puede sentir las. El amor no es algo que deberías ser capaz de sentir.

—Tal vez la maldición esté remitiendo... Cuando los Ancianos destruyeron mi alma, quizá quedó algo de ella... ¿A lo mejor Evelyn es descendiente de...?

—No. —Venecia negó la posibilidad de forma tajante. Notaba la desesperación en su voz y sabía que las falsas esperanzas no lo conducirían a ningún lado—. Evelyn es humana, nada más y nada menos. Su linaje se remonta a Inglaterra, no a la Atlántida. Y ya sabes cómo funcionan las almas. O están ahí, o no existen. No puedes destruir sólo una parte de ellas.

—Entonces ¿cómo explicas que sienta que es mi alma gemela? ¿Es por eso por lo que me hace sentir así? —preguntó Atticus con interés genuino, como un niño a su profesor en pos de respuestas a un tema de su interés.

—No lo sé. Nunca habían sucedido este tipo de cosas. Las almas gemelas no son más que leyendas, no puedes saber a ciencia cierta si alguien es tu alma gemela o no, es sólo un estado mental, puede que ni siquiera sea real.

—Pero ¿y si es mi alma gemela de verdad? —insistió Atticus, la mirada llena de esperanza—. A lo mejor estamos hechos para estar juntos y el universo nos ha unido porque tiene que ser así. ¿Y si no se da cuenta sólo por el vínculo que ha establecido con Ethan? ¿Y si...?

Ella lo frenó en seco antes de que siguiera especulando.

—Atticus, debes darte cuenta de que, si tenías cualquier opción con ella, a estas alturas ya la destruiste. No tiene sentido aferrarte a la esperanza. Nunca estarán juntos. Cuanto antes te des cuenta, más posibilidades tendrás de evitar que ese horrible futuro llegue a hacerse realidad.

—¿Me estás diciendo que es imposible evitar el destino? ¿Que está todo escrito y que no hay nada que podamos hacer para alterarlo? ¿Que el curso del universo es más poderoso que todos nosotros?

Venecia sonrió, los ojos clavados en él, sin verlo.

—¡El universo puede irse a la mierda! Los Ancianos me dijeron que el futuro no se puede cambiar, que no podemos alterar nuestro destino, pero nosotros cambiamos el futuro de la Atlántida, ¿no es así? Evolucionamos hasta convertirnos en esta especie más poderosa y evitamos que arrasaran nuestra ciudad...

—¡Y fuimos castigados por ello! —Atticus se echó a reír al recordar sus antiguas vidas humanas.

Todo lo que él y sus amigos, los Siete, habían querido en realidad era proteger su hogar, su ciudad. No habían buscado convertirse en héroes ni conseguir que sus nombres pasaran a formar parte de los anales de la historia. Únicamente habían perseguido la felicidad de su pueblo, y habían estado dispuestos a dar sus vidas por ella. Cuando Venecia vio el ataque de los griegos a su ciudad en una de sus visiones, se quedó petrificada: pensó que sería el fin de sus días. Entonces, los Siete lo sacrificaron todo para poder ir en contra de ese futuro, para convertirse en seres más poderosos, no para protegerse a sí mismos, sino para salvar a su ciudad, la Atlántida.

Atticus miró la piel joven que cubría sus huesos, tan antiguos en realidad.

—¿Cómo iban a saber que les iba a salir el tiro por la culata y su pequeño castigo acabaría convirtiéndonos en la mejor especie que poblaría la faz de la Tierra?

—¿«La mejor»? —rio Venecia—. La más cruel, quizá, pero definitivamente no somos lo mejor que le ha pasado a este planeta. Somos demonios con piel humana, ni más ni menos. Nuestra presencia aquí es una maldición: somos una abominación que va en contra del curso natural de la vida.

Sus delicadas manos rodearon la taza de té de porcelana. A veces pasaba las noches en vela, preguntándose si había valido la pena todo lo que había provocado para proteger su ciudad, a costa de la felicidad de sus amigos y del futuro del planeta.

Si no hubiera contradicho las órdenes de los Ancianos y no hubiera utilizado un hechizo para convertir a los Siete en las criaturas más poderosas de la historia, si no lo hubiera hecho, las cosas serían ahora muy distintas. Los vampiros nunca habrían existido y los humanos serían los únicos en reinar sobre la Tierra. Que la acabaran destruyendo con su polución y sus armas nucleares ya era problema suyo.

A veces, Venecia deseaba no haber hecho lo que hizo. La eternidad era un plazo demasiado largo para seguir sufriendo, infelices, y ella ya empezaba a estar cansada. Los Ancianos habían predicho el futuro de los Siete a la perfección. Desde el momento en que habían destruido el alma de Atticus, habían puesto en marcha la suya propia. Venecia agarró la taza con más fuerza, intentando alejar los recuerdos.

—La voy a echar de menos, ¿sabes? No sé si podré estar lejos de ella una semana entera —dijo Atticus tras unos momentos de silencio mientras ella seguía atrapada en sus recuerdos, luchando contra sus propios demonios.

—Es lo mejor. Si quieres que te tolere, al menos, debes darle espacio. Sobre todo, después de lo que le has hecho. Puede que no confíe en ti nunca más si no le ofreces algún tipo de compensación.

—Creo que no lo hará —admitió Atticus apenado, y se dirigió de nuevo hacia el balcón—. ¿Por qué la salvaste? Sabías que ella quería morir, y también que a mí me mataría ver que se había suicidado. ¿No era eso lo que querías, mi propia caída?

Venecia negó divertida con la cabeza.

—Atticus, tú y yo somos los únicos que quedamos de los Siete, sólo nos tenemos

el uno al otro; quiero que cambies, pero no que caigas. De lo contrario, no estarías vivo. Y es justo porque la muerte de Evelyn te destrozaría por lo que la salvé.

—Te agradezco que me informaras de lo que estaba pasando antes de que fuera demasiado tarde. No me imagino cómo sería perderla para siempre... —A Atticus se le humedecieron los ojos ante dicha posibilidad.

Nunca había sentido tanta pasión por nadie y, en el fondo, prefería que Evelyn siguiera viva y a salvo, aunque fuera a miles de kilómetros de él, en vez de que acabara muerta y enterrada.

—Quiero que seas feliz, y aunque mis visiones me han advertido de lo contrario, creo que ella es la única capaz de salvarte de la Oscuridad que lleva tiempo intentando tragarte. No quiero que te pierdas para siempre en esa Oscuridad.

—¿Crees que ella es lo único que puede evitar que me vuelva un loco sin corazón?

—Sé que es lo único que te impide darte por vencido y entregar tu propia vida. No quiero que acabes como los demás; no quiero que el vacío te vuelva loco.

—No lo hará. Tengo más razones por las que vivir, como la Nación Vampírica, además de Evelyn. No permitiré que la Oscuridad pueda conmigo —prometió él. Pero Venecia no estaba tan segura.

Porque sabía que Atticus ya se había rendido tantas veces ante la Oscuridad, ante su violencia, que la maldición iba ganando terreno día tras día, apoderándose de él y haciendo que se hundiera más y más. Evelyn era la única que podría salvarlo.

Venecia quería creer que la chica sería capaz de amarlo algún día como él la amaba a ella, pero también sabía que siempre sentiría miedo y odio hacia el hombre que le había destrozado la vida.

Dejó escapar un largo suspiro. El destino se presentaba aciago. No tenía ni idea de cuánto tardaría en llegar el futuro que había visto, pero sí que en él había una luz al final del túnel.

La historia de Atticus y de Evelyn podía tener un final feliz, aunque, si nada cambiaba, lo más probable era que su desenlace fuera sangriento y trágico.

—¡No puedo creer que vaya a ver a mi familia de nuevo! —exclamó Evelyn emocionada, mirando por la ventana. Las visiones borrosas de la autopista no se parecían en nada a las maravillosas vistas verdes de su escapada en coche con Ethan.

Se le hizo raro ver tantos vehículos alrededor, todos dirigiéndose a su propio destino, haciendo su propio viaje, cada persona dentro con su propia historia. Se fijó en una mujer que no debía de ser mucho mayor que ella, con un traje elegante, sin duda camino de alguna oficina a esa temprana hora de la mañana.

Por un momento, Evelyn se preguntó cómo debía de ser su vida, si tendría marido, amante o novio, si tendría hijos. ¿Qué clase de experiencias habría vivido? ¿Sería humana u otra criatura?

—Hace mucho que no los ves, ¿no? —Hansel le sonrió. Ella estaba ensimismada pensando en la mujer del traje del otro coche—. ¿A quién te hace más ilusión ver?

—¿Cómo? —preguntó distraída, todavía en su propio mundo, pero enseguida volvió a aterrizar—. Pues diría que a Nora. Aunque cuando me fui después de mi cumpleaños fue increíblemente fría conmigo, sigue siendo mi hermana, mi mejor amiga y la persona que mejor me conoce. No importa lo que ocurriera, o lo que ocurra a partir de ahora: yo siempre la querré.

—Me sorprende tu respuesta —dijo Hansel divertido—. No habría apostado por ella como la persona a la que más has echado de menos. Pensaba que sería tu padre.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Una corazonada, supongo. Me pareció que estaban muy unidos, o al menos eso era lo que había oído, Ali... —Hansel se detuvo a media frase, antes de que se le escapara el nombre de la prima de Evelyn. Por suerte, ella no se dio cuenta.

—Supongo. —Apartó la vista de la mujer del coche de al lado y se miró las manos con la sonrisa más feliz que él le había visto hasta la fecha—. Mi padre y yo nos parecemos mucho. Los dos somos fuertes y tercos, aunque Nora también lo es, claro. Pero lo que más admiro de él es lo mucho que está dispuesto a sacrificar por mí, por mi madre y por Nora; jamás se muestra débil en nuestra presencia, siempre nos da la sensación de que lo tiene todo bajo control. — Evelyn sonrió al pensar en algún recuerdo.

Hansel sonrió a su vez; le hacía feliz verla así, charlando animadamente sobre su familia, algo que no había podido hacer mucho en la Ciudadela Real por miedo a

echarlos de menos. Sus labios formaron una línea recta al venirle a la cabeza el secreto que él y Atticus le habían estado ocultando.

«Cuéntaselo con delicadeza; no quiero que eso eche a perder el tiempo que tiene para pasar con su familia. Pero tampoco tardes demasiado. Tiene que saber que todavía tengo un as bajo la manga», la voz del rey retumbaba en la mente de Hansel.

Al oírlo decir eso, Hansel había sentido odio hacia su creador por su crueldad manipuladora, y por hacer que Hansel no fuera sólo parte en ello, sino también el mensajero. Sería quien tuviera que contarle que Atticus había hecho prisioneros a Alice y a Aaran.

Negó con la cabeza al tiempo que Evelyn seguía contando cosas sobre su familia. «¿Cuándo te darás cuenta de que chantajearla nunca hará que te ame como tú deseas, Atticus?», se dijo para sus adentros.

—Ojalá pudiera cambiarlo —la dulce voz de Evelyn sacó a Hansel de su trance.

—¿Cambiar qué? —preguntó él. Se había perdido parte de su discurso, inmerso en sus propios pensamientos.

—Cambiar el mundo... ¿No crees que es una desgracia el modo en que tienen que vivir muchos humanos, en la calle, como mendigos, yendo de un lado a otro buscando trabajos precarios, vendiendo su sangre y su cuerpo para sobrevivir? Esta jerarquía me pone enferma. —Miró a Hansel con ojos llorosos, y él pudo ver la profundidad de sus sentimientos. Quería que el mundo cambiara, que todas las personas fueran libres, como en Australia.

—La gente que vive en la calle no es lo peor, ¿sabes? Hay personas que llevan una existencia mucho más desgraciada. Has oído hablar de las Ciudades Cautivas, ¿no? —preguntó él.

Aunque era un tema tabú, casi un secreto de Estado, dudaba que Ethan Redfern no le hubiera hablado de ello a la chica. Los Redfern, una de las familias humanas mejor consideradas en la Nación Vampírica, eran de las pocas que sabían de la existencia de tales ciudades, escondidas en parajes rurales, alejadas de la civilización.

—Sí, Ethan me habló de ellas. Allí es donde los vampiros crían humanos como si fueran animales, pero, en vez de comérselos, sólo les sacan la sangre —murmuró Evelyn, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al pensar que pudiera existir un lugar tan espantoso.

Era denigrante que Atticus hubiera mantenido ese tipo de sitios en funcionamiento. Aunque, pensándolo bien, seguramente había sido él mismo quien los había puesto en marcha.

Hansel asintió.

—Sería lo primero que cambiaría si gobernara el mundo. Los humanos que viven allí la pasan mucho peor que los mendigos que merodean por las calles, teniendo que aceptar trabajos muy duros para no salir nunca de la pobreza. Los pobladores de las Ciudades Cautivas no tienen nada de nada. Viven en casas abarrotadas llenas de sus propias heces, analfabetos, sin libertad ni ningún tipo de calidad de vida. —Hansel dejó escapar un suspiro y se apoyó en el respaldo del asiento negro de cuero.

—Es asqueroso que se obligue a la gente a vivir así —dijo Evelyn—. ¿Saben de la existencia del mundo exterior?

Él negó con la cabeza.

—La mayoría, no. Los mantienen allí generación tras generación y nunca han visto la luz del sol más allá de los muros que los rodean. Puede que los antepasados de algunos supieran que había vida fuera de la ciudad y que se lo contarán, pero dudo que después de trescientos años alguien se acuerde o crea que es algo más que una leyenda.

—¿Por qué insiste Atticus en mantener esas ciudades en funcionamiento? ¿Por qué no las cierra y deja que la gente se vaya? Es cruel. Es injusto que se vean privados de todos sus derechos desde el momento en que nacen. —Una lágrima rodó por la mejilla de Evelyn. El corazón de Hansel se encogió. El aire se hizo frío. El escalofrío azul del invierno helado.

—La sangre que se obtiene de esa gente se vende en las tiendas para el consumo de los vampiros. Es mejor poder comprar sangre así que tener que salir a la calle a cazar víctimas de quienes obtenerla. Al final, de este modo se salvan más vidas humanas.

Hansel miró a la joven, que parecía escandalizada por su explicación. Tenía en la mirada el odio que escondía en su corazón.

—¿Por qué no pueden los humanos y los vampiros ser iguales? —preguntó ella —. O, mejor, ¿por qué los vampiros no vuelven a la vida clandestina que llevaban antes de la guerra? —Los labios de Hansel se tensaron. Una sonrisa tentadora, roja como una manzana prohibida, se asomó divertida.

—Porque, si los vampiros nos escondemos y dejamos a los humanos a cargo del planeta de nuevo, lo destruirán —explicó Hansel—. ¿No has leído nada sobre las razones por las que entramos en guerra? Nosotros no éramos los malos de la película, Evelyn; fuimos los vampiros quienes salvamos la Tierra de ser destruida a manos humanas. Sin nosotros, el planeta no sería más que una tierra baldía. En realidad ya no existiría.

Ella frunció el ceño.

—Vamos, Hansel, no hagas que parezca que los de tu raza son los salvadores del mundo. Tu visión es completamente sesgada.

Hansel se echó a reír al oír las palabras escogidas.

—Mi querida Evelyn, ésa es la clase de cosas que esperaba que le dijeras a Atticus, no a mí. —Le dio un golpecito cariñoso en el hombro.

Era cierto. Hansel no se parecía en nada a su creador. Eran polos opuestos. Él no era engreído, y no usaba el hecho de ser un vampiro para conseguir todo lo que quisiera.

—¿En la escuela no has aprendido cómo mi gente salvó el mundo de su propia destrucción? —reflexionó Hansel.

Evelyn asintió a regañadientes.

—Sí, pero nunca presté demasiada atención.

—No lo creías.

—Sí lo creía, pero pienso que la historia es incompleta.

—¿Quieres que te dé una lección de historia alguien que estuvo allí? —preguntó Hansel. Cuando Evelyn no respondió, él prosiguió—: Entre la contaminación, la deforestación, los excesos de la minería y la destrucción de los ecosistemas, los humanos estaban haciendo un buen trabajo para asolar el planeta que todos

compartimos. Además del cambio climático, y de la amenaza de un desastre medioambiental, también estaba la amenaza de una guerra nuclear. ¿Has oído hablar de las bombas nucleares y de todo de lo que son capaces de hacer?

Una expresión de desconcierto cruzó la cara de Evelyn mientras intentaba recordar. Pensaba que Hansel había terminado, pero entonces él habló de nuevo:

—Mucha gente no conoce las bombas nucleares. Atticus las prohibió y las destruyó cuando ganó la guerra. Dudo que ni siquiera Ethan Redfern haya oído hablar de ellas. Eran unas armas con la capacidad de destruir enormes extensiones de tierra, contaminando todo a su paso, asesinando y mutando toda la vida con la que entraran en contacto —explicó Hansel—. En 2020, las relaciones diplomáticas en todo el mundo eran muy tensas. Todas las economías europeas se estaban hundiendo, excepto la alemana. Pero los otros países pasaban por una situación muy difícil debido a la competencia asiática. La economía china crecía a un ritmo imparable y pronto superaron a sus competidores en todo, incluyendo calidad y menor precio. El dinero es lo que mueve el mundo, como dicen. No hagas caso a quien quiera convencerte de lo contrario.

—Así que, ¿los países europeos perdían dinero por culpa de China? —preguntó Evelyn.

—Y Estados Unidos también —respondió Hansel—. En 2020, toda América estaba al límite de la bancarrota, Estados Unidos casi se había convertido en un país tercermundista debido a sus índices extremos de pobreza. El país entero era un caos, estaba fuera de control; cerraron miles de hospitales y escuelas y ese uno por ciento más rico controlaba el poder, pero al poco tiempo estallaron cientos de rebeliones para intentar derrocar al gobierno.

—Y ¿tuvieron éxito?

Hansel negó con la cabeza.

—No, ninguno. Puede que el país fuera un caos y estuviera arruinado, pero nunca escatimaron ni un centavo en su presupuesto de defensa. Los rebeldes no eran nada en comparación con el poderoso ejército norteamericano. En esa época, la moral estaba muy baja, la gente necesitaba esperanza, creer que estaban unidos en algo. Así que su gobierno hizo lo mismo que siempre había hecho cuando la gente empezaba a ponerlos en duda: le echaron la culpa a otro, un enemigo común que hizo que el pueblo se uniera. Y, como todos los países sentían celos de la bonanza económica de Alemania y de China, decidieron que uno de ellos sería el elegido. Como Alemania formaba parte de la Unión Europea, considerada aliada norteamericana, automáticamente China pasó a ser la víctima.

—Y ¿atacaron China? —preguntó Evelyn con genuino interés.

—¿Me vas a seguir interrumpiendo? —le recriminó Hansel divertido.

—Sí, todo el rato —respondió ella con una sonrisa, pero lo dejó seguir.

—Estados Unidos no atacó China. Sabían que el país se uniría ante una amenaza del país asiático, así que prepararon un bombardeo nuclear masivo en Florida. Murieron millones de personas. Y, de la noche a la mañana, China se convirtió en el enemigo número uno. Pero, en nombre de la paz, Estados Unidos decidió no atacar China, y sólo les advirtió que la próxima vez que atacaran una ciudad norteamericana responderían con violencia.

—Y ¿qué hicieron los chinos?

—¿Qué podían hacer? Intentaron explicar la verdad, pero los medios de comunicación estadounidenses los retrataron como un país despiadado, le lavaron el cerebro a todo el mundo. Y, así, la tensión entre ambas naciones se elevó hasta límites insospechados. —Hansel suspiró, reviviendo mentalmente aquel momento de su vida—. Todo el mundo estaba aterrado, y no sólo los humanos, los vampiros también. Puede que Estados Unidos no viviera su mejor época entonces, pero tenían poderosos aliados con los que mantenían tratos de ayuda mutua, muchos aliados que fueron obligados a firmar acuerdos para recibir ayuda. Y, al poco tiempo, todos pensaban que la tan temida Tercera Guerra Mundial al final sucedería.

—Y ¿llegó a estallar?

—No, gracias al cielo. Atticus había predicho el resultado de una guerra mundial: ambos países acabarían prácticamente aniquilados por completo al poco de iniciarse el conflicto. Y pronto se les unirían otros. Morirían millones de personas. Para el año 2033, más del 90 por ciento de la Tierra habría sido arrasada y el 80 por ciento de su población habría muerto. Los pocos niños que nacieran a partir de entonces lo harían con malformaciones y no vivirían muchos años. Los humanos acabarían por extinguirse, y a la falta de alimentos le sucederían los vampiros y los hombres lobo. Lo único que sobreviviría —al menos un tiempo— sería el mimbre, aunque seguramente no podría soportar la contaminación reinante en la Tierra. Lentamente, el mundo acabaría. Si crees que las cosas están mal ahora, el mundo según Atticus estaría vacío... —Evelyn dejó escapar un grito ahogado de terror—. Así que ésta es la razón por la que debemos estar agradecidos a Atticus. Él tomó el asunto en sus propias manos y se rebeló contra los hombres, y aquí seguimos, todavía intentando que el mundo sea un sitio mejor.

—¿Pero la guerra entre humanos y vampiros no empezó en el año 2020, o sí?

—Dije que América no quería enfrentarse a China. En las visiones de Atticus, la Tercera Guerra Mundial iba a empezar en 2025.

—Aun así, ¿por qué Atticus no se rebeló antes? ¿Si sabía que las armas nucleares destruirían el planeta, por qué no evitó el bombardeo de Florida? ¿Por qué no se enfrentó a China y Estados Unidos?

—Porque no quiso —respondió Hansel. Sus visiones no siempre se convierten en realidad. Él pensó que la historia todavía tenía tiempo de reconducirse sola, como tantas veces había ocurrido en el pasado. Sólo intervino cuando fue absolutamente necesario.

—No lo entiendo...

—Atticus nunca había querido ser rey ni gobernar ningún país. El poder nunca había llamado su atención. Si no hubiera sido el único capaz de organizar un poderoso ejército antes de que estallara la Tercera Guerra Mundial, habría dejado que otro se ocupara del asunto. Pero como él y Venecia eran los únicos dos vampiros del mundo que podían convertir a humanos en vampiros con un índice de éxito del ciento por ciento y la mayoría de la población vampírica del mundo lo secundaba a él, Atticus era el único que podía evitar otra guerra. Era el único suficientemente poderoso como para conducir a toda una raza a enfrentarse al poder humano.

—Bueno, ahora le gusta el poder... —dijo Evelyn. Atticus estaba dispuesto a usar su poder, y no le importaba mucho el dolor que eso pudiera causar. Hansel negó con la cabeza.

—En realidad, creo que si no hubiera ninguna contrapartida, él dimitiría. Seguramente entonces sería mucho más feliz. Pero no puede. Él es el único lo suficientemente poderoso como para evitar luchas internas entre los vampiros. Él es el único que puede mantener la paz porque es inmortal. Como es prácticamente imposible matarlo, nadie es tan estúpido como para rebelarse contra él.

O casi nadie.

Evelyn pensó que le resultaría extraño entrar en su casa después de haber pasado varios meses fuera, cautiva en la Ciudadela Real, pero no fue así. Tan pronto cruzó las puertas de roble, todo le pareció igual que siempre.

Desde el sonido de sus botas sobre el suelo de mármol hasta el olor avainillado en el ambiente. Asimismo, notó el delicioso aroma a pato asado proveniente de la cocina, situada en la parte de atrás de la casa, invadir sus fosas nasales.

Le parecía increíble estar de nuevo en el sitio al que pertenecía después de tantas noches sin dormir soñando con volver a estar en casa con su familia.

La primera en verla fue su hermana.

—¡Eve! —gritó Nora sorprendida mientras bajaba la escalera en espiral.

Vestía un pantalón de cuero y un suéter rojo de pelo. Estaba tan guapa como la joven la recordaba: la piel morena perfecta, el pelo oscuro y sedoso al tacto y los ojos enormes y azules, como los de Evelyn pero más bonitos.

Esta última se vio reflejada en el espejo situado al pie de la escalera y se horrorizó al contemplar el mal aspecto que tenía. Aunque no le extrañó del todo. Durante su estancia en la Ciudadela Real, no se había ocupado de sí misma lo más mínimo. La apariencia se había convertido en algo irrelevante. Si su belleza era lo único que atraía a Atticus, prefería no ser bella.

No recordaba la última vez que se había mirado al espejo; hacía tanto, que la muchacha frágil que le devolvía ahora la mirada le pareció otra persona. Si no hubiera sido por el reflejo de Hansel detrás de ella, protegiéndola, no habría creído que esa chica era Evelyn Blackburn.

Tenía la cara chupada, pálida como un fantasma, y su pelo había perdido todo el brillo. Con ayuda de las luces brillantes que colgaban del techo del gran vestíbulo, observó lo enferma que parecía. No era ni la sombra de la chica que había dejado aquella misma casa unos meses antes.

Desde entonces, había perdido mucho peso rebelándose contra el rey y por culpa del estrés mental y físico consecuencia de su estancia en palacio. Ahora mismo, Evelyn no era más que un saco de piel y huesos.

—¡Oh, Dios...! —La exclamación rompió el silencio que se había instalado entre Evelyn y Nora—. ¡Mi niña!

Era Lynette Blackburn, la madre de Evelyn, que, al contrario que su hermana, estaba encantada de volver a ver a su hija. El plato que había comprado en el anticuario esa misma mañana, con un jardín de manzanos estampado en él, se le cayó de entre las manos; la delicada pieza de porcelana se hizo añicos al estrellarse contra el suelo.

Pero Lynette ni siquiera se percató de ello. El plato no significaba nada en comparación con la frágil muchacha que tenía frente a sí. A grandes zancadas, cruzó el vestíbulo corriendo hacia su hija pequeña para abrazarla.

—¡No puedo creer que seas tú! —susurró aferrándose a ella—. Si es un sueño, ¡por favor, no quiero despertar!

Evelyn sonrió y apoyó la cabeza en el hueco entre el cuello y el hombro de su madre.

—Soy yo de verdad, mamá, he vuelto para visitarlos. —Rodeó la cintura de Lynette con los brazos y se dio cuenta de la cantidad de peso que su madre había perdido también. Ya no tenía la misma figura voluptuosa de siempre.

—¡Oh, mi pequeña! Deja que te vea. —La mujer se apartó para contemplar la cara de su hija—. Pero ¿es que esos vampiros no te dan de comer en la Ciudadela Real?

Con ternura, pasó la mano por la cara de Evelyn, que empezó a derramar lágrimas y más lágrimas al ver el amor reflejado en los ojos de Lynette.

—Mamá... —sollozó la chica.

No podía creer que su madre estuviera allí, delante de ella. Cuando había dejado la casa para irse al palacio real había pensado que no sobreviviría lo suficiente como para volver a casa y verla de nuevo.

—¿Evelyn?

El tierno abrazo entre madre e hija fue interrumpido por una voz más profunda proveniente de lo alto de la escalera.

Era Jonathan Blackburn.

—¿Papá? —Evelyn levantó la vista y observó la mirada atónita de su padre.

De repente, la comparación entre el voluptuoso cuerpo de siempre de su madre y su versión actual más delgada le pareció insignificante al ver al hombre que estaba en el piso de arriba. Cuando Evelyn se había ido de casa en septiembre de ese mismo año, Jonathan estaba fuerte y sano, daba incluso la impresión de ser joven para su edad. Pero ¿ahora? Ahora parecía otro. Había envejecido casi una década en apenas unos pocos meses. Tenía el pelo totalmente gris, la cara demacrada y había perdido más peso que su mujer y su hija juntas.

—¡No lo puedo creer! —gritó él al tiempo que las lágrimas inundaban sus ojos—. Pensaba que el rey estaba jugando con nosotros, nunca creí que...

Sin acabar la frase, bajó la escalera corriendo para reunirse con su hija menor, tan entusiasmado que estuvo a punto de tropezar con el último escalón, pero Nora pudo agarrarlo del brazo a tiempo antes de que se precipitara contra el suelo.

—Papá. —Evelyn caminó hacia él.

Jonathan llegó frente a su hija pequeña, los ojos llenos de júbilo. Al instante, su cara pareció perder algunos de los años que había ido acumulando esos meses.

—Pensé que no volvería a verte —susurró antes de abrazarla—. Mi pequeña. ¡No sabes lo preocupados que estábamos por ti tu madre y yo! —La besó en la frente—. No puedo creerlo.

Hansel contemplaba a la familia Blackburn reunida con una sonrisa. No recordaba la última vez que había visto a Evelyn tan feliz, aparte de cuando se encontró con Ethan. Por supuesto, eso cambiaría para ella.

Aun así, las noticias que tenía que darle seguían martirizándolo.

«Tampoco tardes demasiado», le había dicho Atticus.

Hansel sabía que debía decirle a Evelyn lo que les había sucedido a Alice y a Aaran, pero no quería echar a perder la bonita escena de la que estaba siendo testigo.

«Mañana —pensó—, se lo diré mañana. Necesita que hoy sea un día perfecto con su familia.»

Entonces, con el rabillo del ojo, divisó a la otra hermana Blackburn, todavía inmóvil al pie de la escalera. Estaba claro que ni la vuelta de Evelyn la había afectado demasiado ni había perdido ni la mitad de sueño que sus padres pensando en si su hermana estaría bien en el palacio real.

Por un segundo, Hansel vio envidia, ira y resquemor en el rostro de Nora. Él conocía a personas como Nora. Todos eran iguales, humanos o vampiros. Ansiaban ser el centro de atención, y no podían soportar que lo fuera otro. No entendía cómo Jonathan y Lynette habían podido criar a una hija tan adorable como Evelyn y a otra tan despiadada y cruel como ella. Recordaba a Evelyn diciéndole lo mucho que quería a su hermana y lo unidas que estaban las dos antes de que ocurriera lo de Atticus.

Era increíble lo mucho que los celos podían cambiar a una persona.

—¿Lord Hansel? —La voz grave de Jonathan Blackburn lo sacó de su ensimismamiento. Casi de inmediato, el padre de Evelyn se apartó de su mujer y su hija y centró su atención en el miembro de la realeza vampírica de pie en la puerta—. Milord, lo siento, no lo había visto.

Antes de que pudiera darse cuenta, Jonathan ya se había arrodillado, listo para dar la bienvenida a un vampiro de su estatus como se esperaba de cualquier humano, pero, por supuesto, a Hansel lo incomodaba que el padre de Evelyn se humillara ante él, sobre todo al ver lo frágil que estaba en esos momentos.

—Por favor, no hace falta, señor Blackburn. —Se apresuró hacia donde estaba Jonathan y lo ayudó a levantarse—. No soy muy amante de ese tipo de convenciones.

En su lugar, Hansel le tendió la mano en un gesto que dejó boquiabierto a Jonathan unos instantes, pero que pronto aceptó con una sonrisa.

—Es un placer tenerlo aquí con nosotros, milord.

—Por favor, llámeme sólo Hansel. Como le decía, no me gustan mucho las formalidades. —Miró el rostro radiante y sonriente de Evelyn mientras ésta contemplaba a su padre y a su madre—. Creo que es hora de que los deje a solas. Tendrán mucho que contarse. —Le dio un golpecito a Evelyn para llamar su atención—. Y tú, pórtate bien, peligro. No hagas nada raro hasta mañana por la mañana. Como te ocurra algo, Atticus me matará.

Ella frunció el ceño.

—¿Adónde vas?

Hansel se encogió de hombros.

—Marcus tiene una casa por aquí, ¿no? Como está en Australia, la usaré esta noche. No le importará.

—No, ¡espera! —insistió Evelyn—. Quédate, por favor, al menos un rato. —Lo tomó de la mano para evitar que se fuera.

Cuando Hansel sintió la mano de la chica entrar en contacto con la suya, notó una sensación extraña en su interior.

—Evelyn tiene razón. Sería muy descortés por nuestra parte no invitarlo a que se quedara a cenar. Todavía no le hemos dado las gracias formalmente por salvar la vida de Evelyn hace más de un año —ofreció Jonathan Blackburn, pero Hansel sabía que sólo lo decía por la hospitalidad que los humanos debían ofrecer siempre a los vampiros.

—Mañana, quizá. Evelyn se queda una semana. Ya tendrán tiempo de prepararme una buena cena otro día. Pero esta noche creo que es mejor que me vaya. Ésta es su primera noche en mucho tiempo como familia, no quiero molestar. —Hansel les lanzó una sonrisa amable, aunque una parte de él estaba tentada a quedarse.

Una parte traicionera quería darle la mano a Evelyn y no soltarla nunca más. Quería quedarse a su lado, protegerla. De todo y de todos.

Dio un paso atrás. Ésa era la familia de ella, se recordó. Ella merecía una noche libre y feliz con los suyos. Si se quedaba, sólo se estaría entrometiendo, y, como era un vampiro, el padre de Evelyn nunca se atrevería a pedirle que se fuera.

Hansel se dio la vuelta y les dedicó una amable sonrisa antes de dirigir su atención a la chica humana, que seguía tomándolo de la mano. Le dio un golpecito en la frente.

—Pórtate bien, peligro. Te veo mañana.

Y, con esas palabras, se fue.

Jonathan Blackburn sonrió ligeramente al verlo alejarse. Aunque no lo odiaba tanto como a Atticus, la idea de tener a un vampiro en su casa lo ponía nervioso. A sus ojos, todos ellos eran igual de crueles, despiadados e inhumanos.

Puede que Hansel fuera uno de los pocos que se preocuparan algo por la raza humana, pero seguía siendo un asesino y un monstruo chupasangre.

—Vamos, Eve. —Con una gran sonrisa adornándole la cara, Lynette pasó el brazo por la cintura de su hija pequeña y la condujo a la cocina—. Comamos algo. ¡Parece que no has comido nada en semanas!

Evelyn asintió feliz, abrazando a su madre también al tiempo que las dos se dirigían a la cocina, listas para una sesión de confesiones madre-hija, como antaño.

Mientras ellas se alejaban, Jonathan centró su atención en Nora, a quien todos habían olvidado por completo en esos últimos minutos. Distinguió su expresión amargada y eso hizo que dejara escapar un largo suspiro.

—Nora, no seas tan fría con tu hermana. Te quiere, y lo sabes. ¿Hasta cuándo vas a seguir comportándote así? —Se acercó a su hija mayor—. Sonríe, alégrate de que esté de vuelta en casa por unos días, atesora este tiempo con ella. No sabes cuándo volverás a verla después de que se vaya de nuevo.

—No me habías contado que venía —respondió ella, la voz gélida.

—No lo supe hasta anoche, muy tarde. El rey me dijo que había sido una decisión de última hora. Dijo que Evelyn necesitaba pasar un poco de tiempo con nosotros para mejorar su estado de ánimo. Y, a juzgar por su aspecto, no me cabe duda de que necesita algo de felicidad en su vida, ¿o es que no has visto lo delgada que está? No tiene buen aspecto.

Jonathan puso una mano sobre el hombro de Nora en un gesto cariñoso.

—¿Por qué todo el mundo habla por ella? —preguntó la chica, resentida—. Siempre ella, todo el mundo se preocupa por ella, ¡se desvive por ella! Papá,

¡vive en la Ciudadela Real! ¡El rey la mira como si fuera la cosa más importante del mundo! Dejen de fingir todos que es la víctima en esta historia, ¡porque no lo es!

Su padre suspiró. A veces deseaba que Evelyn y Nora pudieran intercambiar sus vidas. Si Nora fuera realmente feliz viviendo con el rey de los vampiros, él podría vivir con el hecho de que hubiera sido la elegida.

—Cierto, Atticus ve a tu hermana como si fuera la cosa más importante del mundo, pero ¿es que no sabes que los vampiros son feroces? Conoces a Eve tanto como yo, sabemos lo independiente y necia que puede llegar a ser. Para ella, no hay nada peor que verse obligada a quedarse en la Ciudadela Real como el juguete del rey. Puede que él sienta algo por ella, pero no dudo de que abuse de su poder.

Jonathan dio un respingo ante sus propias palabras. Mostraban una realidad que había preferido ignorar durante meses. Lo destrozaba pensar que alguien pudiera herir a su pequeña, pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo. En ese momento, nada le habría gustado más que poder enviar a Evelyn lejos, a un lugar en el que Atticus no pudiera encontrarla. Pero no podía hacerlo, porque ese lugar simplemente no existía. Si Evelyn llegaba a escapar, el rey no se detendría hasta dar con ella. Nunca podría salir de la palma de su mano.

—Seguro que está disfrutando de cada momento, siendo el centro de atención, con todo el mundo preocupándose por ella, contigo diciendo que el hecho de que el rey pierda el norte por ella es algo negativo. Apuesto a que es lo que quiso desde el principio. —La muchacha chasqueó la lengua—. ¡Pobrecita Evelyn!

—¡Nora! —gritó su padre—. No entiendo cómo puedes creer eso, pero, por favor, sólo estará aquí unos días, así que no la hagas sentir aún peor de lo que ya se siente. Espero que la trates como lo hacías antes de todo este asunto con el rey. Sólo en los próximos días. Te lo pido por favor.

—Lo que tú digas, papá.

Durante toda la cena, Nora había permanecido en silencio, observando con resentimiento cómo sus padres se desvivían por su hermana, la más joven y —según ella— afortunada de las dos hermanas Blackburn. Cegada por los celos y el orgullo, no veía a la chica frágil y rota que no se parecía en nada al alma joven llena de vida que había dejado la mansión familiar tan sólo unos meses antes.

Puede que la Evelyn Blackburn que estaba ahora sentada enfrente de ella a la pequeña mesa para tomar el té compartiera los mismos rasgos físicos con la que se había ido una fría mañana del pasado mes de septiembre, pero la chica que habitaba ese cuerpo no tenía nada que ver con la que había sido entonces.

En los últimos meses, Evelyn había crecido de golpe, madurando décadas enteras en apenas semanas, mientras que Nora seguía teniendo la misma mentalidad obtusa y se seguía aferrando a sus ambiciones y a su egoísmo casi infantiles.

Nadie sacó a colación el tiempo que Evelyn había pasado en la Ciudadela Real, ni lo que sucedía exactamente entre ella y el rey; nadie quería hablar del tema. Nadie, excepto Nora. Mientras Evelyn y sus padres platicaban sobre detalles irrelevantes de las vidas de familiares y amigos, Nora se moría por saber qué había realmente entre su hermana y Atticus, pero su padre le había advertido que ni se le ocurriera hablar de vampiros en su presencia.

Así pues, por respeto, Nora no pudo preguntarle a Evelyn nada que tuviera que ver con ellos. Al menos, no delante de sus padres. Siendo como era, a la joven no le preocupaba la salud mental o física de su hermana lo más mínimo. Todo cuanto deseaba era saber más acerca del rey y de su fascinante raza. Y cómo conseguir un vampiro poderoso también ella. Así que se le ocurrió el plan perfecto para fingir ante sus padres que era la hermana perfecta y, a la vez, poder sacarle información a Evelyn.

—Eve, ¿te gustaría dormir en mi habitación esta noche? —le preguntó amablemente, con una sonrisa angelical que hizo que el corazón de su hermana latiera con fuerza por la alegría, igual que el de su madre—. Estaría bien que tú y yo pasáramos un poco de tiempo juntas para hacer cosas de hermanas, ¿hace tanto que no te veo! Seguro que tienes un montón de cosas que contar.

Era un ofrecimiento que Evelyn no podía rechazar. Pese a que su hermana no se preocupara ni un poco por demostrarle su desagrado ante todo lo que hacía, la inocente Evelyn no podía acabar de creer que la antaño bonita relación fraternal que la unía a Nora hubiera cambiado para siempre. En su opinión, pasara lo que pasara, la familia era la familia, y la sangre que fluía por sus venas las uniría

para siempre. Pensaba que su hermana mayor acabaría por perdonarle lo que fuera que hubiera hecho para molestarla tanto.

La única persona preocupada por el repentino cambio de actitud de Nora era Jonathan. Vio a Evelyn acceder a la petición de su hermana entusiasmada, pero no dijo nada. Pese a que no acababa de fiarse de las intenciones de Nora, decidió concederle el beneficio de la duda. Al fin y al cabo, era su hija. Evelyn y ella habían crecido juntas, y seguía sin entender cómo una había salido tan compasiva y la otra tan despiadada.

No obstante, mientras la familia seguía sentada junto a la chimenea, contando anécdotas divertidas, recordando viejas historias y jugando a anticuados juegos de mesa, todas sus dudas se disiparon al ver a Nora comportarse afectuosamente con Evelyn. Todavía era posible que consiguieran encauzar su relación.

Si Jonathan hubiera sabido lo que Nora tenía en mente en realidad, no la habría dejado ni un minuto a solas con su hermana.

—¡Te he echado de menos, Nora! —exclamó Evelyn mientras seguía a su hermana por los pasillos poco iluminados que conducían a la habitación de ésta. Evelyn observó a su hermana con el corazón latiéndole acelerado.

Aunque la mansión de los Blackburn no era ni la mitad de lujosa o espaciosa ni albergaba tantos muebles exquisitos como el palacio real, a Evelyn le gustaba infinitamente más. En el palacio no había amor, nada era acogedor en él; en cambio, entre las paredes reconfortantes de su hogar, rodeada de la gente a la que quería, se sentía mucho mejor.

—Y yo —afirmó Nora en un tono poco convincente mientras se dirigían a la tercera y última planta de la casa, donde estaba su habitación. Era una de las más grandes de la mansión y tenía las mejores vistas del jardín y de todas las tierras que lo rodeaban.

De niña, Evelyn siempre había admirado esa habitación, con sus suelos de madera, sus altos techos, las grandes ventanas y la sensación de libertad que uno sentía allí al disponer de tanto espacio. Pero Nora siempre había sido bastante solitaria, así que Evelyn no había pasado mucho tiempo allí, y los recuerdos del cuarto eran mucho menos claros que los del suyo propio.

—¡Guau! —Evelyn dejó escapar una exclamación al ver la nueva decoración.

Aunque no conocía la habitación de su hermana de memoria, se acordaba más o menos del aspecto que tenía, y de cómo eran sus muebles, y sabía que su estado actual no tenía nada que ver con el que tenía cuando se había ido a la Ciudadela Real.

Era majestuosa, comparable a algunas estancias de palacio. Había muchas cosas que Evelyn no recordaba: una magnífica cama con dosel, un armario reluciente en una esquina con puertas corredizas de espejo, un televisor de pantalla plana colgado en una de las paredes, preciosos elementos decorativos por todas partes...

—¿La recuerdas? —preguntó con la mandíbula todavía medio colgando, maravillada ante su belleza.

—Eh... Sí —respondió Nora con voz monótona—. Después de que te fueras, Atticus siguió enviando regalos, y como mamá y papá no los querían, los vendí para cambiar la decoración. Espero que no te importe, Eve.

—No, claro que no —confirmó ella con sinceridad—. Si te hace feliz, entonces

me parece estupendo. De todos modos, tampoco me habría quedado los regalos.

—Bien. —Nora se acercó al armario y tomó una almohada—. Esta noche será divertida, aquí, las dos platicando como hacíamos antes de que te fueras a vivir la vida palaciega con el rey.

Evelyn notó el odio detrás de sus palabras. En algún sitio de su corazón, Nora odiaba a Evelyn. Por algo que Evelyn nunca había pedido.

—Ya sabes que no tuve otra opción..., ¡yo no quería irme! —explicó—. Si hubiera podido escoger, me habría quedado. Pero no podía, papá no podía desobedecer las órdenes del rey sin sufrir algún tipo de castigo, y Ethan... —Se le hizo un nudo en la garganta al mencionar el nombre del chico al que amaba y casi se quedó sin aire.

Recordó cómo Atticus la había chantajeado.

Ethan estaba siendo torturado, y ahora Evelyn ni sabía dónde se encontraba. Ni si seguía con vida.

Un escalofrío la recorrió al pensar eso, y negó con la cabeza, como si así pudiera ahuyentar el miedo.

Había hecho lo que había podido para evitar pensar en Ethan desde que se había levantado... Hansel le había dicho que Ethan estaba vivo y a salvo, y ella lo había creído; necesitaba seguir creyendo que continuaba con vida. Tenía que creerle. No sabía si en ese momento estaría enfrentándose a la ira de Atticus o si estaba en libertad. Esperaba que fuera lo último. Con suerte, esperaba que Atticus no le hiciera nada más a Ethan después de todo lo que le había hecho sufrir a ella.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—¡Oh, no me digas que todavía sientes algo por el chico de los Redfern! En serio... A ver, que Ethan es lindo, claro, y parecían hechos el uno para el otro, pero ahora que tienes al rey a tus pies no deberías seguir pensando en él. Ethan no es nada comparado con Atticus. No tiene ni tanto poder ni tanto dinero y, hablemos claro, no tiene ni punto de comparación en cuanto a atractivo tampoco. Evelyn no respondió, sino que simplemente se sentó en la cama de Nora y abrazó la almohada que ella le había dado.

—El amor no tiene nada que ver con las posesiones de alguien, con su poder o su dinero, ni siquiera con su aspecto —dijo al cabo de un rato—. Todo eso no significa nada cuando no amas a la persona. No eres la única que piensa que tendría que olvidarme de Ethan y arrojarme a los brazos de Atticus. Y puede que hubiera podido hacerlo si no hubiera querido a Ethan tanto tiempo.

Nora miró a su hermana unos segundos sin saber si creerle o no.

—Pero ¿por qué escoger a un simple humano como él por encima del rey? ¿Qué puede ofrecerte que Atticus no pueda?

Evelyn sonrió, pero era una sonrisa triste.

—Nora, todavía no lo entiendes, ¿verdad? Los vampiros no son como los pintan en los medios: son mucho más crueles y despiadados que todo eso.

Un recuerdo de la noche en el hotel con Atticus cruzó por su mente y la hizo estremecer. Aun así, no quiso contárselo a Nora; no quería decirle que podían ser mucho más violentos de lo que nunca había imaginado para no asustarla.

—No me mientas —le ordenó su hermana, la voz cortante y sin atisbo de la ternura que Nora usaba para dirigirse a ella—. Puedes jugar a hacerte la víctima

todo lo que quieras, pero yo no me lo trago y no voy a fingir que te tengo pena. Evelyn, ¡el rey se ha enamorado de ti! ¡Todas las chicas, yo incluida, soñamos con que nos pase eso mismo! He oído rumores del palacio: ¡te pondría en un pedestal y te veneraría como a una diosa! Deja ya de actuar como si no fueras feliz.

Por un momento, a Evelyn la tomó por sorpresa la agresividad latente en las palabras de Nora. Había dado un giro de ciento ochenta grados en comparación con la amantísima hermana que había aparentado ser un rato antes. Ahora, sus ojos azules estaban cargados de furia.

—¿Qué puedo hacer para que me creas cuando te digo que yo nunca quise nada de esto? No amo a Atticus, nunca lo he hecho, puede que durante un tiempo lo viera como a un amigo, o me diera pena que estuviera tan solo, pero ¡nunca lo he querido! Y especialmente no después de que me... —Evelyn no quiso acabar la frase.

—¿Después de que te qué? —la presionó Nora.

Pero la chica guardó silencio. No quería compartir aquella experiencia tan horrible con ella.

Nora era diferente, siempre lo había sido. Quería enamorarse de un vampiro y vivir eternamente, y Evelyn no deseaba asustarla contándole lo que Atticus le había hecho por si algún día alguno de ellos caía rendido a sus pies. A lo mejor cuando el rey se aburriera de ella se daría cuenta de que había escogido a la hermana equivocada y de que sería mucho más feliz con Nora.

—Eve, ¿qué te hizo Atticus? —insistió ella agitada ante la negativa de su hermana a contárselo.

Pero Evelyn siguió callada.

—Creo que prefiero dormir en mi habitación esta noche —dijo levantándose de la cama, los ojos ardiéndole por las lágrimas que trataba de contener.

—¡No! —gritó Nora agarrándola del brazo—. ¡No te vas a ir de aquí hasta que me cuentes lo que le hiciste a Atticus para que se enamorara de ti! ¡Confiesa!

—¡Nora, déjame ir! —suplicó ella intentando librarse de su agarre—. ¡Yo no hice nada!

—¡Tienes que haber hecho algo! —Nora gritaba a viva voz—. ¿Qué hiciste? ¿Fornicaste con él el día de su cumpleaños? ¿Se la chupaste en el balcón? ¿Dejaste que te lo hiciera a ti? ¿O fueron las tres cosas? ¡Dímelo, Ev...! —Nora no pudo acabar la frase porque el bofetón que le propinó su hermana la hizo callar de golpe.

A Evelyn le costó unos segundos asimilar lo que acababa de hacer.

—Dios, Nora, yo... lo siento, no sé... —Miró consternada la marca roja que sus dedos habían dejado en la cara de Nora—. Lo siento. No sé qué me pasó.

Entonces, con un agudo chillido, Nora le devolvió la bofetada con todas sus fuerzas. El ataque fue tan fuerte que hizo que su hermana pequeña perdiera el equilibrio y cayera contra el suelo de madera.

—¡Sal de mi cuarto, puta! —le advirtió—. Sólo piensas en ti misma. ¡No puedes ni ser honesta conmigo, sabiendo que mi felicidad y mi futuro dependen de ello! Seduciste al rey, y ahora juegas a hacerte la víctima. ¡Deberías avergonzarte de ti misma!

Evelyn no podía responder, simplemente se echó a llorar. Cada una de las

palabras de Nora eran como navajas que se clavaban en su ya suficientemente maltrecho corazón.

—Sal de aquí. —Su hermana la tomó entonces por el pelo con violencia y la arrastró hasta la puerta.

—¡Nora! —exclamó Evelyn mientras ella le cerraba la puerta en la cara, golpeándole así la mejilla—. Nora, ¿no es lo que crees! Yo no... Él me... Él... —dijo entre sollozos.

Cuando Evelyn había llegado a su casa, había imaginado que pasaría unas cuantas noches en su cama, abrazando los peluches favoritos de su infancia, aspirando el aroma de las velas que su madre le regalaba por sus cumpleaños y siendo feliz.

Sólo feliz.

Porque su casa había sido siempre el único lugar en el que podía imaginarse siendo feliz. Pero ya no lo era. Las palabras de Nora habían destrozado cualquier atisbo de felicidad que hubiera sentido unas horas antes.

En lugar de en su cama, rodeada de sus cosas favoritas, Evelyn estaba sola en un claro no muy lejos de su hogar, el que una vez había sido el cielo particular de ella y de Ethan, el paraíso terrenal en el que pasaban horas juntos disfrutando de la compañía del otro. Pero ya no lo era.

Desde que Atticus había aparecido en su vida, las cosas habían cambiado, y el claro, en vez de ser un sitio donde ser feliz, era el lugar adonde Evelyn iba a llorar. Incluso en mitad de la noche, y cuando el viento helado del invierno se cernía sobre ella, prefería estar allí que en casa.

Porque ése era el único sitio en el que podía estar sola, donde sus padres no le harían preguntas al verla llorar. No quería contarles lo que su hermana le había dicho en su habitación.

En primer lugar, no quería que Nora repitiera sus acusaciones delante de ellos, no quería que oyeran lo que su hermana creía que había hecho. Nada de ello era cierto, pero, aun así, Evelyn no quería que esas ideas entraran en la mente de sus padres y tampoco quería que le preguntaran si había mantenido relaciones con Atticus o no porque no podría mentirles y no deseaba que se enteraran de las cosas tan horribles que le había hecho.

Por otra parte, no quería que sus padres supieran lo que Nora había dicho porque no soportaría que la vieran como a una chica despiadada incluso con su propia hermana cuando era la única hija que les quedaba. Les gustara o no, después de esa semana, quién sabía cuándo volverían a verse, y desde su cautiverio entre los muros de la Ciudadela Real, Evelyn no podría ocuparse de sus padres ni formar parte de sus vidas, así que Nora era la única de quien podrían depender cuando se hicieran mayores.

Y, en último lugar, la chica se preguntaba si Nora no tendría razón en algunas cosas. ¿Y si había seducido a Atticus sin darse cuenta? ¿Y si todo era culpa suya? Esa primera noche, había querido mostrarle un poco de compasión y ternura para que se sintiera menos solo, recordarle que había motivos por los que

vivir, ¿y si le había dado pie a creer que sentía algo más por él y le había dado luz verde para seducirla?

—¿Y si tengo yo la culpa de todo? —dijo en un susurro apenas audible.

Con otro sollozo, se rodeó las piernas con los brazos con más fuerza y apoyó la cabeza sobre las rodillas.

—No es culpa tuya —contestó una voz familiar a apenas unos metros de distancia.

Una voz que hizo que el cuerpo de Evelyn se tensara por completo.

—Esa voz... He oído esa voz antes... En el hotel, cuando estaba a punto de morir...

Poco a poco, levantó la cabeza, la visión borrosa a causa de las lágrimas, pero cuando consiguió enfocar vio a una mujer de pelo blanco de pie a su lado, mirando en su dirección, pero no exactamente a ella.

—¿Q-q-quié eres? —preguntó Evelyn asustada ante la presencia de la extraña mujer. Aun así, su voz... era la misma que había oído a las puertas de la muerte y la había salvado.

—Mi nombre es Venecia —explicó alargándole la mano—. No te quedes sobre la hierba, está fría y húmeda. No quiero que te pongas enferma.

—Venecia... —Evelyn repitió el nombre en su cabeza.

Aunque nunca había visto a la mujer antes, pensó que no podía ser tan malo aceptar su mano. No tenía mucho que perder ya.

Al levantarse, pudo verla mejor.

De niña, Evelyn había soñado con tener una hermana gemela, una réplica suya, alguien a quien echar la culpa cuando hiciera alguna travesura, y la idea había permanecido siempre en su mente. En el instante en que vio la cara de Venecia creyó que estaba soñando con aquello.

—No tengas miedo. —La mujer de pelo blanco puso la otra mano sobre la de Evelyn—. No soy tu enemiga, te lo prometo.

—¿Q-q-quié eres? —tartamudeó ella. El corazón casi se le salía del pecho. Parecía todo tan irreal...

El parecido entre ella y Venecia era increíble; excepto en el color del cabello y el de los ojos, el resto de los rasgos eran casi idénticos. Ni siquiera Nora se le parecía tanto.

—No temas, cariño, soy amiga, no enemiga. —Venecia hablaba con dulzura, como si se dirigiera a una niña—. Pensé que Hansel o Ethan te habrían hablado de mí.

—¿Hansel? ¿Ethan? —Evelyn pronunció el nombre de dos de las personas más importantes de su vida y le costó un rato acordarse de que Ethan le había hablado de la líder de Australia—. ¿Eres lady Venecia?

La mujer asintió con una sonrisa amable, pero sus ojos no se encontraron con los de Evelyn; en su lugar, tenía la vista fija en lo que quedaba tras ella. Por un instante, la muchacha humana pensó que habría alguien detrás de ella y se volvió rápidamente a mirar para asegurarse de que estaban solas.

Al notar lo tensa que estaba, Venecia sonrió y puso una mano en la mejilla de la chica.

—No hay nadie detrás de ti, querida, estamos solas. Miro más allá porque no puedo ver tu cara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Evelyn frunciendo el ceño.

Entonces se dio cuenta de lo pálidos que eran los ojos de Venecia, como un par de glaciares sin nada de emoción, completamente vacíos, nublados por una especie de niebla.

—Sí, soy ciega. —La mujer respondió a la pregunta de Evelyn sin que ésta la hubiera formulado.

—Lo siento, ¿cómo...? —No estaba segura de qué preguntar en un caso así.

—No te preocupes. Mi vista fue el precio que tuve que pagar por lo que hice tantos años atrás en la Atlántida, por traer a las criaturas más malignas y peligrosas a este mundo. Tuve que pagar un elevado precio por mis acciones, todos tuvimos que hacerlo.

—¿Todos?

—Sí, los Siete, los Primigenios, los Originales, los Dioses... Nos han llamado de muchas formas a lo largo de los siglos, pero supongo que los Siete debe de ser la manera con la que estarás más familiarizada, al ser la más reciente de designarnos a mí y a mis amigos, ¿no?

Evelyn asintió e inmediatamente se sintió estúpida al acordarse de que Venecia no podía ver su gesto.

—Sí, lady Venecia; Ethan me contó cosas sobre los Siete. Fueron los primeros vampiros.

—¿Conoces toda la historia?

—No.

—Te la contaré algún día, pero no ahora. Ahora tenemos cosas más importantes de las que hablar, querida. —Apretó la mano de Evelyn para indicarle que dieran un paseo—. Caminemos para que tu cuerpo entre en calor. No me gusta estar parada.

—¿De qué quieres hablar, lady Venecia? —preguntó Evelyn.

Se sentía extraña en presencia de alguien tan importante e inmortal. Por lo que había oído, Venecia era uno de los seres más poderosos que habían existido en toda la historia junto con Atticus.

Al mismo tiempo, la intimidaba y la asustaba lo mucho que ambas se parecían.

—Por favor, llámame simplemente Venecia, nunca me ha gustado eso de *lady*, me hace sentir vieja. —Se echó a reír. Las dos eran de la misma estatura—. Hablaremos de cualquier cosa de la que quieras hablar tú. Supongo que tendrás muchas preguntas, ¿no? Sobre el pasado, sobre el futuro. Yo tengo la respuesta a la mayoría de ellas.

—¿El futuro? —preguntó Evelyn—. ¿Puedes ver el futuro?

Venecia asintió.

—Es uno de mis muchos poderes. Cuando mi vista desapareció, mis visiones sobre el futuro se tornaron más poderosas. Puedo vislumbrar el futuro de todos, incluido el tuyo.

Evelyn notó cómo se le aceleraba el corazón en el pecho. Todo ese tiempo había deseado encontrar respuestas. Necesitaba conocer su futuro, lo que el destino le depararía.

—¿Podrías contarme lo que me va a pasar? ¿Atticus me dejará ir algún día? ¿Me perdonará Nora? —La joven se detuvo al ver a Venecia negar enérgicamente con la cabeza.

—Por respeto a las leyes de la naturaleza, no puedo responder a esas preguntas.
—Venecia hablaba de tal modo que parecía una madre explicándole a su hijo por qué no podía comprarle un regalo que llevaba deseando todo el año.

Evelyn se derrumbó y tuvo que contener las lágrimas.

—De acuerdo, lo entiendo.

—Pero ¡soy conocida por no atenerme mucho a las reglas! —Venecia le propinó un codazo cariñoso—. Así que puedo contarte algunas cosas. Lo peor aún está por llegar, y llegará pronto. Todas tus creencias y tus prioridades serán puestas a prueba, todo parecerá ir peor, pero si consigues sobrevivir a esa tormenta, te esperan días más felices al final del túnel. Te lo prometo, Evelyn. Si te mantienes fuerte y sigues luchando, un día saborearás el dulce fruto de tu duro trabajo.

—¿Tendré un final feliz? —preguntó la chica entusiasmada; la consolaba la posibilidad de ser dichosa algún día.

—Sentirás felicidad en un futuro próximo, pero también habrá mucho trabajo duro que hacer. No todo será bueno, y deberás usar todas tus fuerzas para seguir adelante. —Venecia le apretó el brazo—. Pero hace tiempo que veo cómo vas madurando y sé que puedes hacerlo, Evelyn; podrás con todo.

—Gracias. —Ella apretó el brazo de Venecia a su vez—. Fue tu voz la que oí hace unos días en el hotel, ¿verdad?

Venecia asintió.

—Lamento tener que decírtelo, pero fue muy estúpido e inconsciente que pusieras en juego tu vida de esa manera. ¡Te pasaste casi una hora bajo el agua hirviendo! Para cuando me di cuenta de lo que ocurría, estabas prácticamente escaldada. Si llego a avisar a Atticus más tarde, estarías muerta.

—¿Lo avisaste tú? —preguntó Evelyn sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque no podía dejarte morir, ¡por eso! Tu muerte conllevaría muchas cosas, Evelyn. Y ninguna de ellas buena. —La mujer calló unos instantes—. Tendrías que haber visto el futuro del mundo que yo vi si eso sucediera. Si crees que es un monarca cruel ahora, tras tu muerte... —Venecia negó con la cabeza, llena de tristeza.

—A Atticus no le importa nadie ni nada aparte de sí mismo. Es insalvable —argumentó Evelyn en voz baja, temerosa de ofender a Venecia. Aun así, no pudo evitar pronunciar las palabras.

—Pero sería un tirano mucho peor sin ti, Evelyn. Muy pronto tendrás que decidir acerca de lo que debes y lo que quieres hacer. Por el bien del mundo, espero que tomes la decisión acertada. —Venecia suspiró y rodeó los hombros de la chica con las manos—. Siento que debas acarrear tanto peso sobre tus hombros en estos instantes, pero es lo que el destino tiene planeado para ti.

—¿Por qué me quiere? —preguntó Evelyn casi lloriqueando. Las lágrimas que no sabía que estaba conteniendo rodaron por fin mejillas abajo—. ¿Por qué yo? ¿Es mi destino pasar la eternidad con alguien a quien no amo?

Venecia suspiró hondo.

—Evelyn, eres tan joven y tan humana... Tu ética es a la vez una bendición y un estorbo. Yo era como tú de joven, dejaba que mis principios morales decidieran por mí. Escuchaba a mi mente en vez de a mi corazón. Ése fue el error más grande que he cometido en la vida. Lo que deberías querer y lo que quieres son cosas muy distintas, no las mezcles.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó ella confundida ante sus palabras, que eran como acertijos.

Estaba demasiado cansada como para adivinar nada, y Venecia era tan profunda... Parecía que todo lo que decía tenía un doble sentido y podía ser una pista o un aviso.

La mujer del pelo blanco ignoró la pregunta de Evelyn y cambió de tema.

—¿Sabes por qué nos parecemos tanto?

—No, no lo sé, ¿por qué?

Venecia sonrió.

—Veo el futuro, no el pasado... —repuso riendo—. Pero tengo algunas teorías al respecto, ¿te gustaría oírlas?

—Sí, claro.

—Bien, como sabes, cuando Atticus se convirtió en vampiro, le arrebataron el alma como castigo, haciéndolo incapaz de sentir nada y de distinguir el bien del mal, lo que explica por qué es como es. Como él perdió su alma, pensó que sería justo que el resto de los Siete también la perdiéramos, así que a lo largo de los siglos nos las fue robando para que pudiésemos sentir el mismo dolor que él... — Venecia negó con la cabeza—. Cuando Atticus tenía alma se parecía mucho a ti, era bueno y generoso.

—Pero ya no —suspiró Evelyn, deseando haber conocido la versión anterior del monarca en vez de la actual.

—Se han dado casos muy raros en los que un alma se ha reconstruido sola, que después de haber sido destruida, se haya reencarnado en la de otra persona. — Venecia hablaba despacio, esperando que Evelyn entendiera lo que iba a decirle. La joven se quedó callada un momento antes de preguntar:

—¿Me estás diciendo que yo soy el alma de Atticus?

Venecia se encogió de hombros.

—Sólo es una idea. Las almas son muy complicadas, pero si ése fuera el caso, entonces no *serías* su alma, sino que *tendrías* su alma.

Evelyn bostezó.

—¿Pero qué significa?

Venecia le soltó el brazo.

—Se está haciendo tarde para lecciones como ésta... Deberías irte a casa y descansar. Pero recuerda, no hagas caso de nada de lo que te diga tu hermana. Simplemente está celosa de ti.

Ella sonrió.

—Gracias.

La mujer la besó en la mejilla.

—Mantente firme. Saldrás de ésta. Te veré muy pronto.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí juntos? —preguntó Evelyn con delicadeza, mirando a un sonriente Hansel mientras ambos estaban sentados el uno al lado del otro el sexto día de la visita de la joven a sus padres.

Seis días habían obrado un milagro en ella. Le quedaban menos de veinticuatro horas antes de tener que volver a la Ciudadela Real. El miedo susurraba al fondo de su mente, pero Evelyn intentaba no pensar en eso hasta que fuera el momento.

—¿La última vez? —preguntó Hansel haciéndose el loco—. Creo que la última vez fue cuando te salvé de estrellarte contra el suelo cuando saltaste de este mismo peñasco hace más de un año, ¿no?

Evelyn asintió. ¡Hacía tanto tiempo! Recordaba ese día.

—Es irónico que estuviera a punto de perder la vida aquella mañana, ¿no? Si no me hubieras salvado, ahora no estaría viva y todo este drama no habría sucedido. Todo el mundo habría seguido con su vida como si nada.

Apoyó la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas al recordar el año anterior, desde que Atticus le había ordenado vivir en el palacio real hasta ese momento, sentada con Hansel viendo la puesta de sol desde el mismo peñasco en el que la había salvado de la muerte. Las cosas habían cambiado drásticamente, por decir poco. Y, sí, le habría gustado cambiar muchas de las cosas que habían pasado, pero no podía.

De nuevo se dio cuenta de que no tenía poder sobre su propia vida; parecía que ésta estaba fuera de control.

—Agradezco a las estrellas cada día que esa mañana escogiera esta ruta y te oyese llorar. No sé qué habría sido del mundo si no llego a aparecer —respondió Hansel apartando la cara de la luz del sol que lo cegaba.

«¿Cómo sería el mundo sin mí?», se preguntó Evelyn.

«Tendrías que haber visto el futuro del mundo que yo vi si eso sucediera. Si crees que es un monarca cruel ahora, tras tu muerte...». Las palabras de Venecia retumbaban en su cabeza, y la joven empezó a plantearse si finalmente ella sería tan importante como intentaban hacerle ver Venecia y Hansel.

Ella creía que no era más que una chica normal, miembro de una familia humana, no había nada especial en su sangre. Tenía mucha suerte de tener la vida que tenía, pero eso era todo. No tenía ningún talento especial. Se había preguntado a menudo qué era lo que Atticus veía en ella, pero ahora esa pregunta ya tenía respuesta.

Su alma.

—¿Has disfrutado de la estancia con tu familia? —le preguntó Hansel con una

sonrisa. Temeroso, le tomó la mano en un gesto cariñoso—. ¿Ha sido todo como esperabas?

Evelyn no respondió al principio.

Durante unos momentos, se quedó contemplando el sol que se ponía, con la mano en la de él, devolviéndole el gesto afectuoso.

—No lo sé. Llevaba tanto tiempo fuera que en lo único en lo que podía pensar era en mi casa, en mi familia. Los echaba de menos, y ha sido precioso verlos de nuevo, pero... —Bajó la vista—. Desearía que las cosas fueran como antes de que apareciera Atticus, antes de que los vampiros y las brujas formaran parte de mi vida. Eso era lo que echaba de menos en realidad.

Hansel asintió.

—Sólo quieres una vida normal, ¿verdad? Quieres a Ethan, quieres la vida con la que habías soñado, sin Atticus, sin mí.

—Sí, lo siento —asintió ella.

—¿Por qué lo sientes?

—Siento no haberle dado a Atticus ninguna oportunidad, no haber intentado quererlo aun sabiendo que debería y hacer las cosas más fáciles para todos. No puedo perdonarle todas las cosas horribles que ha hecho, no sólo a mí, sino también a mi familia, a Ethan, a los Redfern. No sé cómo podría querer a un hombre así —confesó Evelyn.

Los recuerdos de la noche de su cumpleaños, cuando ella y Ethan se encontraron en secreto e intercambiaron unos besos furtivos, antes de que Evelyn pensara que había llegado el final, que no tenía nada por lo que vivir. Esos recuerdos todavía la perseguían en lo más oscuro de la noche.

Rememoró la cara furiosa de Atticus, cómo éste había lanzado a Ethan por los aires como si fuera un muñeco de trapo. Su violencia, su necesidad de dominarlo todo y a todos, que siempre acababa siendo su ruina. Si hubiera sido amable, cariñoso, se hubiera tomado las cosas con calma y hubiera intentado ganársela, a lo mejor todo habría sido distinto.

—No es culpa tuya, Eve —dijo Hansel—. Nunca te disculpes por eso.

Ella no lo miraba a los ojos. La voz de él se había vuelto seria.

—Lo que hace Atticus no es culpa tuya. Él ha vivido milenios. He perdido la cuenta de las veces que le he dicho que se relaje y no permita que su furia lo controle, pero nunca funciona. Cuando quiere algo, o lo consigue o lo destruye. No dejes que ése sea tu caso —dijo Hansel.

Lo que no le dijo es que había pasado muchas horas, durante muchos años, culpándose él mismo, también, por las acciones de Atticus, todas las ocasiones en las que no había podido pararlo. Algunas veces todavía le pasaba, pero Hansel no quería que eso le ocurriera a Evelyn. Ella ya había sido despojada de su poder, no quería que además se culpara por ello.

Evelyn suspiró.

—Sólo desearía poder viajar atrás en el tiempo, a la época en que Nora me quería, cuando no tenía nada de lo que preocuparme aparte de intentar que mi hermana no toma siempre las peores decisiones posibles, o ayudar a mi padre con sus negocios para continuar con el legado de los Blackburn.

Hansel negó con la cabeza divertido.

—¿Por qué Nora? ¿Por qué su opinión es tan importante para ti? —Rodeó los

hombros de Evelyn y la acercó hacia sí—. Supongo que es por eso por lo que no has disfrutado tanto de esta visita como esperabas, ¿no?

La chica asintió.

—La he pasado bien estando con ellos, al volver a visitar el pueblo y ver a la gente que me vio crecer. Pero no sé... Nunca tuve muchos amigos, y Nora no sólo era mi hermana, sino también una especie de mejor amiga para mí. Pensaba que jamás me abandonaría, que nunca me daría la espalda. —Su voz se rompió y, antes de que pudiera darse cuenta, Evelyn estaba llorando.

«No», pensó ella, limpiándose las lágrimas. No podía dejar que el pasado la controlara. No podía dejar que esos momentos la derrumbaran.

—¿Sabes? No entiendo cómo tú eres tan amable y tan cariñosa cuando tu hermana es tan... despiadada —comentó Hansel secándole las lágrimas—. A veces me pregunto si Atticus y Nora no harían mejor pareja, ya que ambos son inconscientes e igual de antipáticos.

Evelyn casi se echó a reír al oírlo quitarle las palabras de la boca. En las últimas semanas había pensado lo mismo repetidas veces, había deseado que Atticus se hubiera fijado en su hermana y no en ella. Y era lo que Nora quería. Quizá si él amara a Nora y ella amara a Atticus, podrían ser felices juntos. Y Evelyn sería libre.

—El mundo sería perfecto entonces.

Hansel sonrió. El sol estaba desapareciendo en el horizonte. Sabían que había llegado el momento de irse.

—Supongo que los polos opuestos se atraen. Después de todo, tú eres todo lo que a él le falta: conciencia, corazón compasivo, alma. A lo mejor la razón por la que siente tantas emociones por ti es porque tienes más de dos mil años de todo ello almacenados en tu interior...

—¿Qué has dicho, Hansel? —Evelyn lo miró confundida, con los ojos llorosos.

—Nada... Creo que deberías acompañarme a un sitio, Evelyn. Venecia nos espera.

—Sólo quería decir que nunca podré agradecerte lo suficiente que me salvaras la vida —dijo Ethan—. No puedo ni imaginar lo que Atticus me habría hecho si no lo hubieras persuadido de que me dejara ir.

—No deberías darme las gracias a mí, joven Redfern. Deberías agradecerérselo a Evelyn. Ella es la razón de que tu vida sea tan importante para mí y para Hansel —respondió Venecia mirando más allá del muchacho.

Ambos estaban sentados en dos sillones frente a la chimenea de una acogedora cabaña de madera a unos pocos kilómetros del pueblo en el que Ethan y Evelyn habían crecido. No había electricidad, y la única luz provenía del fuego que crepitaba ante ellos.

El chico temblaba ligeramente a causa de la temperatura, cada vez más fría a medida que iba cayendo la noche. Se envolvió con su suéter de lana y miró a Venecia. Se preguntó qué debía hacer para no tener frío llevando aquel fino vestido blanco sin mangas que le caía hasta los tobillos.

—¿No tienes frío, lady Venecia? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza sonriendo.

—Soy mitad vampiro, ¿recuerdas? —Levantó la mano, la acercó al fuego y, de inmediato, las llamas se avivaron—. Pero te pido disculpas si tú lo tienes. Tras tantos siglos, a veces se me olvida lo sensibles que pueden llegar a ser los humanos.

Ethan sonrió.

—Gracias, lady Venecia. Si no te importa que te lo pregunte, ¿qué estoy haciendo aquí exactamente?

Echó un vistazo a la cabaña con curiosidad. No había nadie más, y Venecia llevaba sentada a su lado sin apenas decir nada más de media hora. Le daba la sensación de que estaban esperando a alguien, pero ¿a quién?

No se lo imaginaba.

—Hice un pacto con Atticus. Le prometí que yo no atacaría la Nación Vampírica si él no te mataba. ¿Sabes por qué?

—No.

—Te protejo a ti para proteger a Evelyn. Puede que todavía no te hayas dado cuenta, pero la vida de esa chica es muy valiosa.

—Estoy de acuerdo.

—Ethan, ¿sabes por qué me rebelo contra la Nación Vampírica? —preguntó Venecia.

—Porque quieres proteger a los humanos, defender nuestros derechos, así como

los de otras criaturas sobrenaturales.

—Eres muy inteligente, Ethan, ¿lo sabes? Es exactamente por eso por lo que Australia existe, porque es una especie de paraíso seguro para la raza humana y para otras razas que Atticus consideró que no merecían vivir en sus dominios.

—Y ¿crees que Evelyn podría cambiar eso?

—No lo sé, pero si le pasa algo malo, las cosas todavía podrían ponerse peor. Su vida es lo único que ahora mismo evita que Atticus sea engullido completamente por su lado oscuro. Es la única que puede salvarlo, aunque me temo que para hacerlo llegue a perder la vida.

—¿No podrías protegerla con algún hechizo? ¿Apartarla de Atticus y de todo esto y dejarla vivir en algún lugar en el que nadie la conozca, donde fuera feliz y no viviera constantemente aterrorizada por ese monstruo?

Venecia negó con la cabeza.

—Ethan, no lo entiendes... El único modo en que podría liberarse de Atticus sería enseñándole a que la deje ir.

—Pero eso no sucederá. —Ethan dejó escapar un suspiro antes de apoyar los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos—. Nunca aprenderá a dejarla ir. Evelyn no podrá escapar de su control. Haga lo que haga, jamás podré salvarla.

Venecia no dijo nada. Notó la tristeza de Ethan inundar el aire de la cabaña. Se dio cuenta de lo mucho que él la quería, de lo mucho que le preocupaba su bienestar, del dolor que sentía al no ser lo suficientemente fuerte como para salvar a Evelyn de las garras de Atticus.

«Pase lo que pase, espero que ambos consigáis sobrevivir a todas las adversidades», pensó.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

Instintivamente, Ethan se levantó de un salto, tomó uno de los maderos que había delante de la chimenea y se acercó a la puerta sin hacer ruido.

—No te muevas —le indicó a Venecia en un susurro.

Ella sonrió.

—Ethan, no hace falta que intentes protegerme como si fuera una muñequita frágil —replicó ella levantándose y tomando el bastón que había apoyado junto a su asiento—. ¡Hansel, puedes entrar, está abierto!

A continuación, la puerta se abrió despacio y entró un vampiro al que Ethan ya conocía. Pero éste no fue el único en llamar su atención.

Fue la chica que entró tras él la que hizo que su corazón diera un vuelco.

—¿Evelyn? —pronunció su nombre asombrado mientras ella cruzaba la cabaña desde la puerta con las mejillas rojas, aterida a causa del frío del exterior.

—¿Ethan? —preguntó ella a su vez. Antes de saber lo que estaba haciendo, corrió sobre el piso alfombrado y le saltó a los brazos—. ¡Dios mío, no puedo creer que seas tú! ¡Hansel me dijo la verdad, estás vivo!

—Eve —murmuró él, y enterró su cara en el cabello de ella a punto de llorar—. ¡Pensé que no volvería a verte jamás!

—¿Qué pasó en el motel? —Evelyn estaba llorando—. ¿Adónde fuiste? ¡Pensé que Atticus te había matado!

Las manos empezaron a temblarle al recordar aquella noche, la noche en la que Atticus la había forzado. Jamás olvidaría la violencia con que se había

abalanzado sobre ella, sus movimientos bruscos... De inmediato, negó con la cabeza con fuerza para alejar esos pensamientos.

—No recuerdo mucho, sólo que los guardias de Atticus se me llevaron y me metieron en la parte de atrás de una camioneta. No sabía lo que estaba pasando ni dónde estabas tú, Evelyn. Pensé que... Yo creí... —Ethan se detuvo, incapaz de verbalizar lo que había temido—. Soy tan feliz al ver que estás viva y a salvo...

—Ethan... —murmuró ella. Quería contarle lo que había pasado esa noche en el motel, pero no conseguía pronunciar palabra.

—Vamos, Venecia, creo que es hora de que demos algo de privacidad a este par.

—Hansel chasqueó la lengua tras dirigirse a Venecia y tomó su mano para ayudarla a salir de la cabaña.

—¡Esperen! —gritó Evelyn cuando ya estaban a punto de irse—. Gracias. Gracias por reunirnos de nuevo.

—No es nada —respondió Venecia con una sonrisa—. Siento no poder librarte del dolor que deberás soportar en el futuro. Y, recuerda, esto sólo durará una noche. No intentes irte antes de la mañana. Si valoras a Ethan y su vida, no intentes escapar. Porque, si lo haces, Atticus te atraparé.

—De acuerdo —respondió Evelyn.

Sin añadir nada más, Venecia y Hansel salieron de la cabaña, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Te he echado tanto de menos! —exclamó Ethan antes de besar a la chica apasionadamente y rodearle la cintura con el brazo para acercarla hacia él.

Ella había echado en falta el sabor de sus labios y sentir sus manos sobre su piel. Notó cómo la temperatura de su cuerpo iba subiendo más y más a medida que sus besos se volvían cada vez menos inocentes. Era como si el tacto de él fuera la llave que abría la puerta a sus más oscuros deseos.

—Ethan... —gimoteó mientras él metía la mano bajo su blusa para acariciar sus pechos.

De repente, un escalofrío le recorrió la espalda al recordar la noche del motel, y a Atticus.

Cómo él había empleado el truco de convertirse en Ethan para acostarse con ella. Cómo le había arrebatado la virginidad por la fuerza de todos modos cuando ella se había dado cuenta de quién era en realidad.

De inmediato, se detuvo y miró al chico con expresión alarmada.

Los ojos de él mostraron confusión.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Evelyn se apartó del hombre que tenía delante sin saber si era Ethan o Atticus fingiendo que era Ethan.

—¿Quién eres? —preguntó retrocediendo hasta la pared situada más atrás para establecer la mayor distancia posible entre ambos.

—Soy Ethan, ¿quién iba a ser, si no? —respondió él con inocencia antes de ir de nuevo junto a ella.

—¡No! —gritó Evelyn—. ¡Aléjate de mí! Si eres Ethan de verdad, ¡ demuéstrame!

—Evelyn, ¿qué sucede? —preguntó él, de repente consternado.

—¿Eres Ethan o Atticus?

—¡Soy Ethan! ¡Claro que soy Ethan! ¿Por qué no iba a serlo? —Casi se echó a

reír—. Si no fuera yo, ¿cómo iba a saber que hasta que tuviste doce años no quisiste llevar vestido porque pensabas que era muy de niña? ¿Que la primera vez que te dije que te quería fue bajo el cerezo que hay en la parte trasera de tu casa? ¿Que el día que cumpliste dieciséis años me pediste que no te hiciera ningún regalo pero que te escribiera una carta de amor al día durante un año? —Ethan siguió mencionando recuerdos de su pasado compartido, acercándose un poco más a ella con cada uno hasta que estuvo delante—. Si no fuera Ethan, ¿cómo iba a saber todo eso? —Le pasó el dedo índice por la nariz—. Te quiero. —La besó con ternura—. Ahora, dime qué ha pasado.

Evelyn se deslizó hasta el suelo y se echó a llorar desconsoladamente.

—Atticus, ¿no? —preguntó él tras mantenerse unos instantes en silencio, arrodillado a su lado—. ¿Qué te hizo?

—Él... él... —tartamudeó Evelyn—. Aquella noche, en el motel..., él...

Sin necesidad de que acabara la frase, la imaginación del joven completó el rompecabezas por su cuenta. Sin dudar, la tomó entre sus brazos.

—Lo siento —susurró—. Siento no haber estado allí para protegerte.

—Ethan, ¿me quieres todavía después de...?

—¡Pues claro, no seas tonta! —le aseguró él sin dejarla acabar—. Siempre te he querido y siempre lo haré. Eres el amor de mi vida, Evelyn.

—¿Incluso aunque haya tenido sexo con Atticus?

Él asintió.

—No es culpa tuya. Fue él quien te forzó.

—¿Me deseas igual después de todo esto? —preguntó Evelyn con manos temblorosas. Temía que Ethan ya no la quisiera al enterarse de lo ocurrido entre ella y Atticus.

—Pues claro que te deseo, siempre te desearé. Pero no hace falta que hagamos nada ahora si no quieres. Si te sientes incómoda por lo que pasó, entonces no te preocupes, esperaré a que estés lista.

Ella negó con la cabeza.

—No, Ethan, yo te deseo y puede que ésta sea la única oportunidad que tengamos de estar juntos. No quiero que se me escape de las manos.

Evelyn lo acercó hacia sí y empezó a besarlo apasionadamente y a desabotonarle la camisa. Notó cómo su entrepierna se endurecía.

—¿Segura que quieres hacer esto? —le preguntó de nuevo él, pero esta vez ella no le respondió con palabras.

En su lugar, le metió la lengua más adentro y empezó a desabrocharle el pantalón.

—Te quiero —le susurró.

Ethan sonrió y se quitó la camisa. El corazón de la joven casi se detuvo al ver su pecho desnudo. Él era todo lo que siempre había deseado y más. Aquellos abdominales firmes y tonificados, sus fuertes bíceps...

Él le desabrochó el brasier.

Los besos se volvieron cada vez más apasionados y los cuerpos de ambos reaccionaron a ellos. Ethan la apretó más contra sí y las caderas de ambos quedaron ancladas la una contra la otra.

Los muslos de la muchacha temblaron al rodear la cintura de él, y notó una agradable humedad invadir su sexo. Los dedos de Ethan desabotonaron los *jeans*

de Evelyn mientras ella le quitaba el pantalón a él. Después, se quitaron la ropa interior el uno al otro.

Los cuerpos desnudos de ambos quedaron uno encima del otro junto al fuego. Los fuertes brazos de Ethan la acercaron y ella tembló de excitación. Lo había deseado toda la vida, y hacía mucho tiempo que estaba lista para ofrecérselo. Desde aquella noche en la fiesta de su cumpleaños había querido hacer el amor con él, había querido que fuera el primero, pero...

Ethan jugueteó y lamió uno de sus pechos. Ella arqueó la espalda de puro placer y él le besó el cuello con furia. La mano de Evelyn descendió por su cuerpo y agarró su miembro, a la vez duro y suave. Él dejó escapar un gemido y ella notó cómo el pene crecía en su mano. Lo acarició con delicadeza mientras la boca de él le lamía los pezones.

La chica gimió. Su respiración se había acelerado tanto que jadeaba.

—¿Estás totalmente segura de esto? —preguntó Ethan una última vez para asegurarse de que estaban tomando la decisión acertada al seguir adelante.

—Sí, estoy segura —consiguió responder ella entre jadeos.

Despacio, pero sin perder ni un momento, él la penetró y el cuerpo de ella se vio invadido por un cosquilleo delicioso. Él siguió entrando y saliendo, llenándola por completo, despertando sus instintos más animales.

Evelyn lo acercó más hacia sí y sincronizó los movimientos de sus propias caderas con las de él.

—Te quiero —le susurró, y de inmediato él aceleró el ritmo, empujando con más fuerza y más rápido que antes. La fricción de su sexo dentro del suyo era algo indescriptible, de otro mundo.

En ese instante se dio cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Sus cuerpos encajaban a la perfección, como dos piezas de un rompecabezas.

Notó cómo la extensión del sexo de él llenaba por completo el suyo y echó la cabeza hacia atrás, perdiéndose en el placer. Agarró sus pechos y los acercó al cuerpo de Ethan, que se los lamía.

Cada vez la penetraba con más fuerza, con más furia, llegando más adentro y haciendo que el cuerpo de ella saltara al mismo ritmo.

Evelyn gimió.

—Yo también te quiero —dijo Ethan entre jadeos.

Y se abrazaron aún más fuerte mientras ambos alcanzaban el orgasmo a la vez.

—Cuídate mucho, Eve —le susurró Jonathan al oído a su hija antes de que Hansel le pusiera la mano en la espalda para indicarle que debían irse ya.

—Eve, debemos irnos, vamos —le dijo sonriendo educadamente a su padre y a su madre.

Nora no estaba allí para despedirse de su hermana pequeña en su segunda partida hacia la Ciudadela Real en un mismo año.

—Por favor, haz lo que hazas, no molestes al rey —le susurró Lynette a la muchacha—. Al fin y al cabo, vives bajo su techo. Me da miedo que un día tu necesidad acabe matándote.

Evelyn intentó sonreír. Durante su estancia con su familia, no les había contado nada acerca de la agresividad de Atticus por ese preciso motivo. No quería que su madre se preocupara aún más por ella.

Con el rabillo del ojo, vio a Hansel sonriendo para sí. Sabía que estaba pensando lo mismo que ella: ¿cuándo no hacía Evelyn enojar al rey?

—Lo prometo —respondió antes de besar a su madre en la mejilla y luego a su padre—. Los veré pronto. Mientras tanto, por favor, asegúrense de que Nora no se meta en ningún lío.

Su padre suspiró.

—Ojalá dejaras de preocuparte tanto por tu hermana. En toda esta semana, ¿cuándo se ha mostrado ella amable contigo?

—No importa cómo sea Nora conmigo, sigue siendo mi hermana y es mi deber preocuparme por ella —dijo Evelyn. Apretó la mano de Jonathan—. Por favor, asegúrate de que no se meta en problemas. Sé cómo es. Todavía sueña con enamorarse de un vampiro, y cada día temo que ese sueño se haga realidad. No quiero que conozca a otro Marcus o a otro Atticus. Esta familia ya ha sufrido demasiado por culpa de enredadas historias de amor con vampiros.

Él negó con la cabeza confundido.

—La que quiere un vampiro no lo consigue, y la que no lo quiere lo tiene... ¿A qué demonios juega el universo?

—A un juego oscuro y peligroso, a eso juega.

—Bien, ahora sí que tenemos que irnos, Evelyn —repitió Hansel mirando el cielo.

Estaba anocheciendo ya y le había prometido a Atticus que llevaría a Evelyn de vuelta a palacio antes de que se pusiera el sol. Ya llevaban bastante retraso.

—Los quiero.

La muchacha abrazó a sus padres una última vez antes de seguir a Hansel hasta

el coche que los esperaba.

—¿Les has contado algo de lo de anoche? —le preguntó él una vez hubieron dejado la mansión atrás.

Ella negó con la cabeza, secándose las lágrimas.

—No se lo he contado a nadie. Por lo que sé, los únicos que lo sabemos somos Venecia, Ethan, tú y yo.

Hansel le ofreció una débil sonrisa antes de tomar una revista del bolsillo del asiento de delante de él.

—Bien. Así es como debe ser.

Evelyn lo observó con mirada inquisitiva. Le vino una pregunta a la cabeza, una pregunta que había estado demasiado distraída para hacer la noche anterior a causa de la emoción de volver a ver a Ethan.

—Si quieres preguntarme algo, adelante —respondió Hansel sin levantar los ojos de la revista.

Ella lo dudó un segundo y pensó bien si debía preguntarlo antes de abrir la boca.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué he hecho qué? —Hansel cerró la revista despacio y la colocó de nuevo en su sitio.

Pulsó un botón situado en la puerta del coche y, al instante, una luna divisoria se elevó dentro del mismo, separándolos del conductor.

—¿Insonorizado?

Hansel asintió.

—¿Por qué ayudaste a organizar mi reencuentro de anoche con Ethan? Pensaba que, como Atticus es tu creador, debías serle leal por toda la eternidad. ¿Por qué me ayudas a mí? ¿No has traicionado a tu amo y señor al ayudarnos a Ethan y a mí a vernos en secreto? —se atrevió a preguntar Evelyn.

Él sonrió. Hacía tiempo que esperaba oír esa pregunta complicada.

—En cierta forma, lo he traicionado. Pero tampoco estoy haciendo nada en su contra.

—Pero si le eres tan leal, ¿por qué lo traicionas? —preguntó ella.

—Eve —dijo Hansel—. Estoy yendo más allá. Sé que sientes que Atticus te arrebató tu futuro. Cada día te preguntas cómo sería tu vida si él no se hubiera fijado en ti, si hubieras podido ser feliz con Ethan. Yo quería darte justamente eso al menos por una noche.

En un primer momento, Evelyn se sintió agradecida con Hansel, por que se hubiera arriesgado tanto para ofrecerle la noche que ella necesitaba tan desesperadamente. Pero después una duda se deslizó lentamente dentro de ella. Hansel le había pedido muchas veces que fuera amable con Atticus, que intentara no pensar en Ethan...

—¿Y crees que dejar que me acueste con Ethan me ayudará a superar mi amor por él? —En todo caso, tener sexo con Ethan por primera vez hacía que lo echase de menos y lo quisiera más todavía—. Nunca querré a Atticus.

—Ya lo sé —dijo Hansel.

Él sabía que Evelyn nunca amaría a Atticus, y sabía que ella nunca lo querría a él tampoco. Su corazón ya estaba ocupado. Pero eso fue lo mejor que pudo hacer por ella.

—Sólo quería ayudarte a responder la pregunta «¿Qué ocurriría si...?» —

argumentó él—. Si nunca hubieras tenido esta noche con Ethan siempre te habrías preguntado qué te habías perdido.

—Ahora ya lo sé —respondió Evelyn. No sabía si se trataba de un favor o de una maldición. Había tenido su noche, y había sido mejor de lo que ella había pensado. Estaba agradecida, sí. Pero...

Ahora ella quería ese futuro con Ethan incluso más de lo que lo quería antes. Y en el fondo de su mente sabía que si viviera en otro tiempo, en un mundo diferente, ella y Ethan podrían estar juntos. Los humanos no tendrían que vivir temiendo. Pero esos días ya habían terminado. Su época era otra. El presente. Su realidad.

—¿Por qué estaba Venecia contigo anoche? —preguntó a continuación, cambiando de tema—. Pensaba que ella y Atticus eran enemigos, ¿por qué te pusiste de su parte?

Hansel puso los ojos en blanco y le dio un codazo cariñoso.

—¿Es que nadie te ha contado la historia de los Siete? ¿De cómo Venecia convirtió a seis de sus amigos y a ella misma en los primeros vampiros, uno de los cuales era Atticus? Venecia y él no son enemigos. De hecho, hace mucho tiempo fueron amantes. Se querían tanto como Ethan y tú.

Evelyn abrió unos ojos como platos, aunque no debería haberse sorprendido tanto.

—¿Atticus y Venecia fueron amantes?

—Está claro que Ethan no te ha contado toda la historia.

Evelyn abrió la boca para defenderlo, porque en realidad no había tenido tiempo de acabar la historia, pero antes de poder decir ni una palabra, Hansel empezó a contarle la historia de todos modos.

—Hace mucho tiempo, Venecia y Atticus eran amantes. En esa época, eran otras personas. Ella era una poderosa y ambiciosa bruja, y él un guerrero legendario. La Atlántida, donde vivían entonces, era próspera, pero recibía muchas amenazas. Países como Grecia deseaban su riqueza y su avanzada tecnología. Y un soldado como Atticus no podía permitir que su país cayera frente a otro.

»Pero la Atlántida era una ciudad y no ganaría una guerra contra todo un pueblo como el de los griegos, así que Atticus tuvo una idea: decidió utilizar la magia para crear superguerreros que la protegieran. Tras mucho insistirle, Venecia accedió a seguir su plan, sin saber las consecuencias que su magia tendría para sus amigos. Pasó mucho tiempo elaborando varios hechizos y acumulando poderosos artefactos de toda la Atlántida de los que extraer poder. Probaba los hechizos con sus amigos, quienes se habían ofrecido voluntariamente por el bien de su ciudad.

»Venecia, Atticus y el resto de sus amigos hicieron todo esto a espaldas de los Ancianos, los sabios atlantes, quienes no se enteraron de lo que ocurría hasta que uno de los hechizos tuvo como resultado el nacimiento de los Siete. Acabaron siendo mucho más poderosos de lo que nadie había anticipado. Poseían una velocidad, una fuerza, una agilidad, un oído y una vista sobrehumanos. Además, Venecia les había otorgado a cada uno un poder especial. Uno podía controlar el fuego, otro podía teletransportarse, otro tenía la habilidad de cambiar de apariencia, otro la de estar presente en varios sitios a la vez, otro el poder de coaccionar. Atticus podía absorber energía y Venecia ver el futuro.

—¿Qué pasó con los otros cinco? ¿Conozco a alguno de los Siete, aparte de Venecia y Atticus? —preguntó Evelyn emocionada.

Hansel negó con la cabeza.

—Es imposible que los conozcas. El resto están muertos.

La chica notó un nudo en el estómago y sintió el terror bajándole por la espalda.

—¿Qué quieres decir con que están muertos? —preguntó, aunque en realidad ya sabía la respuesta a su pregunta. Venecia se lo había contado.

—Atticus los mató a lo largo de los siglos, uno a uno, hasta que él y Venecia fueron los únicos que quedaron —le explicó Hansel en tono compungido.

Evelyn no sabía si él estaría haciéndose la misma pregunta que ella: ¿cómo había podido matar Atticus a sus propios amigos?

Lo había visto hacer cosas espantosas, muchas de las cuales las había sufrido en carne propia. Pero siempre había visto a Atticus tratar bien a Marcus, a Jonah y a Hansel. Eran sus amigos, sus compañeros. ¿Cómo podía haberse deshecho de sus cinco amigos más antiguos? ¿Por qué los habría matado?

Pero en una parte oscura de ella, se preguntaba cómo los había matado. Porque si cinco de los Siete murieron, quizá Atticus no era tan inmortal como todo el mundo pensaba. Se retorció las manos mientras pensaba, desesperada por conocer la debilidad mortal de Atticus.

Hansel prosiguió, sin darse cuenta de lo que Evelyn pensaba.

—Verás, cuando los Ancianos se enteraron de lo que habían hecho los Siete, se pusieron furiosos. Vieron lo que había intentado ser un acto de apoyo a la Atlántida como algo que había destrozado el equilibrio de la naturaleza. Quisieron matar a los Siete, pero no pudieron. Cuando Venecia se enteró de que los Ancianos los querían muertos, ideó otro hechizo y convirtió a sus amigos en invencibles. Ningún humano ni ninguna bruja podría matar a ninguno de los Siete. Pero el hechizo no los protegía de los otros seis. Lo que significa que la única persona que podría matar a Atticus es Venecia; alguien que una vez lo amó.

Así pues, por mucho que lo intentaran, los Ancianos no podían matar a Atticus ni a ningún otro de los Siete, por lo que decidieron que en su lugar los maldecirían, y fue esa maldición la que dio origen a los vampiros.

—¿En qué consistía la maldición? —preguntó Evelyn con genuino interés.

—Los Ancianos fueron muy sutiles. Disfrazaron la maldición de bendición: como los Siete habían querido tener más poder para proteger la Atlántida, entonces ellos les concedieron más poder todavía como premio por su valentía. Y acabaron dándoles más poder del que pudieron soportar. Poco a poco, empezaron a debilitarse porque sus cuerpos no podían sobrellevar tanta energía. La única forma que encontraron para sobrevivir y resistir el dolor fue bebiendo sangre. Al cabo de un tiempo, la maldición empezó a interferir con los hechizos de Venecia. Y, finalmente, ésta fue el motivo de que los Siete se convirtieran en inmortales y no envejecieran.

—Pero ¿por qué mató Atticus a sus amigos?

—Porque, una vez los Ancianos vieron lo que habían hecho y lo que hacían los Siete para sobrevivir, entendieron que la única forma de acabar con ellos sería destruyendo su amistad para que se destrozaran los unos a los otros. Como Atticus era el líder del grupo, fue su primer objetivo. Le arrebataron su alma,

haciéndolo incapaz de querer o de ser feliz, magnificando su lado oscuro.

—Me dijo que así era como estaban las cosas. Los Ancianos no se dieron cuenta de que lo que hacían todavía empeoraba las cosas. Por eso es tan malvado, a causa de la maldición.

Hansel asintió.

—Durante siglos, Atticus ha hecho todo lo que ha podido por mantener su lado oscuro bajo control. Si crees que es malo ahora, no te gustaría saber cómo sería si la Oscuridad se apoderara de él. Si ese día acaba por llegar... —Afectuosamente, Hansel tocó la mejilla de Evelyn—. Sólo se perdió por completo en su lado oscuro una vez. Yo fui testigo de ello y, créeme, no querrías conocer al Atticus que yo conocí. Fue entonces cuando mató a los otros cinco. Les arrebató sus almas para que pudieran sentir el dolor que él sentía, antes de absorber sus poderes y luego matarlos.

—¿Se arrepiente de ello? —preguntó Evelyn con un hilo de voz.

Debería tenerle más miedo a Atticus ahora que sabía de lo que realmente era capaz, pero, por algún motivo, no era así. En su lugar, sintió pena por él. Debía de ser duro para Atticus vivir cada día de su vida enfrentándose a sí mismo, luchando por no caer en las garras de la Oscuridad.

—No lo sé —suspiró Hansel—. Nunca habla conmigo sobre aquellos días. Pero, Evelyn, ten cuidado cuando vuelvas a palacio, por favor. No importa cuánto te quiera: si se entera de lo que pasó ayer entre Ethan y tú, no será capaz de controlar su ira.

Desde la ventana de su despacho, Atticus vio el Bentley negro acercarse y cruzar las puertas de palacio. El corazón empezó a latirle con fuerza. Su entrepierna palpitaba ante la idea de volver a verla.

La última semana había sido la más dura de su vida. Nunca podría haber imaginado que fuera capaz de sufrir tanto dolor careciendo de alma, pero desde el mismo instante en que Evelyn se había ido, sintió que una parte de sí mismo se iba con ella.

Era todo en cuanto podía pensar. Cada segundo del día, era lo único que tenía en mente.

Sus labios embriagadores, su piel suave, sus delicados muslos y sus firmes pechos. Recordaba la increíble sensación de tener su cuerpo bajo el suyo propio y el torrente de placer cada vez que la penetraba, la sedosa carne que envolvía su miembro.

Durante la última semana no había deseado otra cosa más que volver a experimentar ese placer, sentirla debajo de él, tenerla en su cama. Satisfacer sus deseos carnales por completo con ella.

Atticus notó cómo se endurecía sólo de pensarlo.

—Alteza, aquí tiene su sangre. —Una voz femenina interrumpió sus pensamientos.

Una chica menuda, de pelo oscuro y ojos azules, entró por las dobles puertas de roble de su despacho. Llevaba un vaso alto con sangre del tipo AB+ sobre una bandeja de plata.

Los ojos lascivos de Atticus recorrieron el cuerpo de la humana. No era tan bella como Evelyn, pero su piel era del mismo tono que el de la chica que tanto deseaba.

Hizo una mueca de suficiencia antes de cruzar la habitación desde la ventana hasta donde estaba ella, junto a su mesa, depositando la bandeja. Se situó a su espalda y le colocó las manos en las caderas. El cuerpo de la muchacha quedó rígido y sus pulsaciones se aceleraron.

Poco a poco, Atticus metió una mano por debajo de su minifalda negra mientras la otra subía por su blusa de seda para acariciarle los pechos. Apretó su paquete contra su trasero erguido, forzándola a inclinarse sobre el escritorio de caoba. El cuerpo de la joven, obviamente asustada por lo que sucedía, temblaba, pero a Atticus le dio igual. Necesitaba desahogarse antes de ir a ver a Evelyn. Prefería satisfacer su apetito con aquella chica a volver a perder el control y abalanzarse a la fuerza sobre Evelyn de nuevo. Quería que fuera ella la que se acercara.

—Alteza... —se quejó ella cuando su mano le acarició el interior del muslo en sentido ascendente—. Por favor, no...

—¿Cómo que no? —dijo Atticus—. Pensaba que estabas aquí para servirme. Soy tu rey; negarme lo que quiero es traición, lo sabes, ¿no? —Posó sus labios en el tenso cuello de la chica.

Le acarició las medias y notó a través de la ropa interior que estaba húmeda; su cuerpo reaccionaba perfectamente al suyo.

—Tus labios dicen que no, pero tu cuerpo me dice que sí —añadió en tono lascivo mientras le levantaba la falda y dejaba el trasero al descubierto.

A continuación, se desabrochó el pantalón y se sacó el miembro.

—Alteza, por favor, tengo marido, ¿no puedo traicionarlo! —protestó ella mientras intentaba escapar de sus brazos, pero sus palabras hicieron enojar al rey. Todas las mujeres de su vida se le resistían.

En lugar de soltarla, la agarró del pelo y la forzó a doblarse aún más sobre la mesa, con la sangre hirviéndole ante la mención de su marido.

—Pero ¿es que todas las humanas me ven como un monigote? ¿Qué es un simple mortal en comparación conmigo? ¿Cómo te atreves a rechazarme? —rugió, la ira aumentando con cada pregunta.

Apoyó su miembro en la entrada de su sexo, a lo que la muchacha dio un respingo. Aunque sólo pudo sentir la punta, supo que el miembro viril del rey debía de ser enorme. Había oído historias de doncellas de palacio que habían tenido sexo con él. Después de todo, sólo eran humanas y no podían rechazarlo. Y muchas de ellas accedían encantadas de todos modos.

—¡Alteza! —gritó al darse cuenta de que él la penetraba a la fuerza. Notó una oleada de placer al sentirlo dentro, pero, aun así, no quería engañar a su marido—. Por favor, déjeme ir.

—Te dejaré ir, pero primero tendrás que satisfacer mis necesidades —susurró Atticus antes de penetrarla por completo con fuerza.

La chica dejó escapar un gemido ronco.

Su hendidura era estrecha, su cuerpo caliente y suave, pero no era Evelyn. Nadie podía compararse con ella. No obstante, no podía tener a Evelyn, así que se conformaría con otra.

Ella jadeó de placer mientras el monarca seguía penetrándola, sacaba su miembro y volvía a meterlo.

—¡Oh, alteza...! —gimió, y Atticus rio al notarla cada vez más húmeda, facilitándole la entrada—. ¡Sí! ¡Hágame suya, por favor!

Atticus no pudo evitar sentir cierto placer al verla rendirse tan pronto a sus encantos. Siguió penetrándola más y más rápido y más salvajemente.

—Dime, ¿te hace tu marido disfrutar así?

—No... —susurró ella entre jadeos.

Atticus no la besó. Ni la tocó. Sólo usó su cuerpo para satisfacer el deseo que sentía por Evelyn.

—No lo hagas enojar demasiado —le aconsejó Hansel a Evelyn mientras la ayudaba a llevar la maleta a su habitación—. Tiene muy mal genio. Y está más cerca de su lado oscuro de lo que lo había estado en mucho tiempo. Odio tener que decir esto, pero no quiero que sufras ningún daño. Más de lo que has sufrido

ya.

Ella chasqueó la lengua.

—Lo sé, lo sé. Debo tener cuidado con lo que le digo. No sólo por mi bien, sino por el del mundo. Si Atticus acaba por ceder a la Oscuridad, será difícil recuperarlo. El planeta entero sufrirá por mis actos. Prometo no poner en juego la vida de cada ser humano de la Tierra por culpa de mi orgullo.

Hansel suspiró hondo. Ella tenía razón. Había hecho bien en recordárselo a Evelyn, pero preferiría no haber tenido que hacerlo. No quería preocupar a Evelyn por ser ella misma, que ella no pudiera expresar sus pensamientos y su tristeza. No quería que ella tuviera que entregar nada que no quisiera. No quería que Atticus perdiera el control de su deseo por ella...

Hansel temía por Evelyn.

Temía por el mundo entero.

Se situó junto a la chica y apoyó una mano en su hombro.

—Además, recuerda que, si alguna vez necesitas hablar con alguien, yo estoy aquí. Sé que era a Nora a quien solías confesarle todas tus penas, pero como no está aquí, me ofrezco a asumir ese papel.

—Gracias, Hansel —respondió ella con una sonrisa—. Te agradezco tanto todo lo que has hecho por mí... No sé cómo habría sobrevivido aquí dentro de no ser por tu presencia.

—De nada. —Él la besó en la frente.

Evelyn tuvo un recuerdo de su noche de pasión con Ethan. Se coló en su mente y no pudo hacer nada más que sonreír por lo perfecto que fue, por lo perfecto que era él.

Deseaba que esa noche hubiera durado para siempre, y que ella y Ethan pudieran vivir la vida que siempre habían soñado. Pero eso era justo lo que eran. Sueños. Separados de la realidad. Aun así, Evelyn creía que Ethan era el único para ella. Quizá algún día sus vidas volvieran a cruzarse. Quizá algún día los sueños pudieran convertirse en realidad.

Antes de que Evelyn pudiera responder nada, la puerta se abrió y dio paso al hombre alto que había empeorado su vida.

—Atticus...

Evelyn dejó escapar un grito ahogado al verlo entrar con un traje negro. Estaba como ella esperaba. Guapísimo e implacable. La pesadilla encarnada. La muerte andante.

—Cuánto tiempo... —contestó él con voz grave y masculina mientras se acercaba a ella; aunque sus ojos denotaban felicidad, su expresión era fría.

—Supongo que es mejor que me vaya —añadió Hansel incómodo mientras salía de puntillas de la habitación para dejar solos a los no exactamente amantes.

—¿Q-q-qué tal tus vacaciones? ¿La pasaste bien? —preguntó Atticus. Evelyn notó el tartamudeo al inicio de la frase y se dio cuenta de lo nervioso que debía de estar.

No sabía si fingía estarlo o si realmente estaba nervioso de verla después de tantos días y por primera vez tras su intento de suicidio.

—Sí, muy bien —dijo la chica sin más—. No he tenido ocasión de agradecerte que me dejaras visitar a mi familia, así que gracias.

El rey esbozó una sonrisa y se acercó a la cama de ella indicándole que lo

siguiera, pero Evelyn rechazó su oferta y se quedó de pie en el centro de la habitación. Él pareció algo abatido, pero no dijo nada al respecto.

—Me alegro de que hayas disfrutado. Por cómo luce tu piel, veo que la semana en tu casa te sentó bien. Quizá debería dejarte visitar a tu familia más a menudo, teniendo en cuenta que no te había visto tan animada desde que viniste por primera vez aquí.

—¿En serio? —preguntó ella, contenta pero asustada a la vez. La oferta la hacía feliz, pero al mismo tiempo la aterrorizaba. No era la primera vez que la chantajeaba para conseguir sus propósitos.

Durante toda la semana había temido que la visita a su familia fuera otra de sus artimañas para manipularla. Le daba miedo que, a su regreso a palacio, Atticus le pidiera algo a cambio, algo que no estaba preparada para darle todavía.

—Sí, en serio. Supongo que he sido un poco egoísta contigo. Me daba tanto miedo perderte —dijo esto mirándose las manos, con el semblante triste—. Ya sé que no es ninguna excusa, pero no puedo permitirme no tenerte. De verdad que no puedo. No tienes ni idea de cuánto llevo viviendo sin vivir realmente. Durante siglos, nada me impresionaba lo más mínimo, nada me importaba... Hasta que llegaste tú. Ahora me doy cuenta de que tengo un motivo para seguir adelante.

—Atticus... —murmuró ella, tentada de dar un paso para acercarse.

Quería consolarlo. Por mucho que lo odiase, él había sido maldecido y convertido en lo que era. Quizá la ternura y el consuelo pudieran cambiarlo. No merecía redención, pero necesitaba ser redimido. Por el poder que encerraban sus manos. Por el mundo que tenía que cambiar.

Él era el filo sobre el que se balanceaba el mundo. Sin él, la sociedad caería en la anarquía. Se perderían vidas. Todo se derrumbaría.

«Y, quizá, eso no fuera algo tan malo», pensó una parte de Evelyn. A veces, en sus pesadillas, soñaba con un cuchillo. Un cuchillo que perforaría el corazón de Atticus y lo detendría. De una vez por todas.

«Él es quien ha hecho sufrir a los míos los últimos cuatrocientos años. Él es la razón por la cual los humanos no tenemos derechos en este mundo. Él es la razón por la cual vivimos como animales a los pies de sus dueños.»

La mano de Evelyn se crispó. Si existía ese cuchillo, lo quería. Lo necesitaba. Lo único que la detenía eran las vidas que se perderían. La gente que moriría en el caos generado por la muerte de Atticus.

—Evelyn, lo siento. Siento todo lo que ha pasado. Estoy tan acostumbrado a que todas las mujeres caigan rendidas a mis pies que, cuando me enteré de lo tuyo con Ethan..., algo dentro de mí hizo clic. Me enamoré de ti en el mismo momento en que te vi, y cuando supe que estabas enamorada de otro y que no podías quererme, fue como si una granada explotara en mi interior. Nunca había querido a nadie como te quiero a ti, y seguramente nunca volveré a hacerlo. Quizá sea por eso por lo que soy incapaz de dejarte ir, de darte la libertad que tanto deseas, de permitir que tomes tus propias decisiones. Porque sé que nunca me escogerías por voluntad propia.

Ella no respondió. Era verdad, si hubiera podido elegir, no habría escogido a Atticus, y seguramente tampoco lo haría ahora. Él le había mostrado el monstruo que podía llegar a ser. Conocía su lado oscuro y eso hacía que le temiera.

El vampiro que tenía delante en esos momentos le pareció tan inofensivo, tan roto, tan desesperado por obtener afecto y consuelo... Semejaba un chiquillo confundido que, pese a tener todo el dinero y el poder del mundo a su disposición, no sabía cómo usarlos para lograr ser feliz. Quizá podía cambiar. Quizá ella podía ayudarlo, y ayudar también al mundo. Ése era el camino noble. Quería tomar el camino noble, aunque una parte de ella también deseaba el cuchillo que dejaría que reinara el caos.

—No fue hasta que te encontré a las puertas de la muerte en aquella ducha la semana pasada que me di cuenta de lo que te hice —prosiguió Atticus—. Supe que había apagado tu maravillosa luz y me odié por ello. Te quiero tanto que estaba decidido a acabar con todo lo que pudiera apartarte de mí. El motivo por el que te había prohibido ver a tu familia era porque estaba asustado, asustado de que hicieran que me odiaras; pero no me di cuenta de que no necesitabas que te convencieran de ello, puesto que ya lo había conseguido yo solito.

Evelyn se quedó allí de pie, boquiabierta.

No sabía muy bien qué decir. Hansel le había advertido que fuera cauta y se comportara adecuadamente cuando estuviera en presencia de Atticus. No debía provocarlo. Pero lo que él había dicho era cierto.

Permaneció de pie en silencio, sin saber si debía contradecirlo o mentir para hacerle feliz. No obstante, sentía que debía serle sincera, y que en esos momentos lo que él quería era oír la verdad, aunque no estaba segura.

Ambos se quedaron mirándose hasta que Atticus rompió el silencio.

—¿Crees que alguna vez podrás llegar a perdonarme por lo que he hecho? —le preguntó con valentía, los ojos llenos de esperanza.

Evelyn no respondió, sino que se limitó a bajar la vista al suelo. Pero el vampiro no era tonto; su gesto era suficiente para adivinar cuál iba a ser la respuesta de ella, y le rompió el corazón saber que había acabado con toda posibilidad de estar a su lado por culpa de su egoísmo y de la maldición.

—Lo siento —susurró Evelyn tras otro silencio, aunque en realidad no lo sentía—. Ojalá pudiera quererte como tú me quieres a mí, pero no puedo. No, después de lo que me has hecho. Atticus, me has quitado tanto... Mi libertad, mi familia, a E... —Se detuvo antes de pronunciar el nombre de Ethan. La herida seguía abierta y no quería ahondar más en ella—. Lo siento.

Él sonrió cínicamente antes de cruzar la habitación hasta donde ella estaba. Su expresión era neutra, pero Evelyn notó el peligro escondido tras su semblante tranquilo.

Una vez estuvo a apenas unos centímetros, ella retrocedió para poner algo de distancia entre ambos. Pero él la sujetó por la cintura antes de que la joven pudiera apartarse. Con los ojos centelleando, ella no bajó la mirada.

—No me tengas miedo —susurró inclinándose para besarle la frente—. Por favor, no me tengas miedo. —Su tono era más bien de súplica, no tanto una orden—. Entiendo que Ethan te contó lo de las torturas que había sufrido mientras estuvo encerrado en las mazmorras, ¿no es así?

Un escalofrío recorrió la espalda de la chica. Se acordaba.

—Me contó... —empezó a decir—. Nunca pensé que te pediría esto, pero, por favor, dime que Ethan me mintió. Por favor, no destroces el último rayo de esperanza que me queda, necesito creer que tu redención todavía es posible.

—¿Crees que aún hay esperanza para salvarme? —rio Atticus sin molestarse en esconder su sorpresa. Temeroso, puso una mano en la mejilla de Evelyn y con el pulgar le acarició la piel suave y pálida—. Eres tan ingenua, ¿sabes? Habría que

ser tonto para pensar que todavía queda alguna esperanza de salvación para mí. Soy una causa perdida. Sólo es cuestión de tiempo que acabe cayendo en el pozo de la Oscuridad y la locura. Si todavía no soy un monstruo, pronto me convertiré en uno.

Agachó la cabeza para tocar su mejilla con la suya. Se resistió a abrazarla, estrecharla contra sí y besarla. No volvería a herirla, sabía que no lo haría, pero, al mismo tiempo, la Oscuridad que le había robado el alma y que se había instalado en su corazón como un dragón reclamando su guarida. Buscando como siempre dominarlo todo. No importaba cuán duro Atticus luchara, la Oscuridad siempre ganaba.

Ella hacía que quisiera cambiar, ser mejor y más noble como Hansel, o incluso Ethan. Hacía unos años se habría reído a carcajadas al oír algo así. ¿El rey Atticus Lamia queriendo parecerse a Ethan Redfern, un muchacho humano que ni siquiera merecía lamerle los zapatos?

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Evelyn buscando el contacto visual—. ¿Por qué le hiciste pasar por todo aquello? Yo ya estaba aquí, contigo. Nos habías separado ya. ¿Por qué encima te pareció necesario torturar a Ethan como si fuera una especie de juego para ti?

La ira invadía el cuerpo de la chica y, antes de poder reprimirse, empujó el pecho de Atticus con ambas manos. Con el factor sorpresa de su parte, milagrosamente pudo deshacerse de su abrazo.

Retrocedió con los ojos rebosantes de lágrimas, pero tratando de controlar sus emociones. Aunque Ethan no había entrado en detalles a la hora de contarle lo de las torturas que habían tenido lugar en las mazmorras, ella sabía que debía de haber sido algo atroz. Sabía que para él debía de haber sido un infierno.

—¿Me odias más por lo que hice? —preguntó Atticus con una calma sorprendente.

Evelyn asintió. ¿Cómo podía no odiarlo? ¿Cómo podía pretender que no lo odiaba? Esperaba que él diera un paso adelante para acortar la distancia entre ambos, pero no lo hizo.

—Lo siento, lo siento mucho. No tengo ningún control sobre mi temperamento, y ser el vampiro más poderoso que ha existido jamás no me ayuda mucho precisamente. Dicen que el poder corrompe, y nunca he dudado de la veracidad de esas palabras —admitió Atticus.

La joven lo miró anonadada: ese Atticus no tenía nada que ver con el que había dejado atrás hacía una semana. El que tenía ahora delante era tan crítico consigo mismo, estaba tan apenado, que parecía casi frágil. Le dio la impresión de que sería capaz de romperse tan sólo con tocarlo.

Pensó que en realidad debería estar disfrutando de la escena, sentir placer al verlo tan abatido, y en parte quiso considerar que era su karma por haber cometido actos tan horripilantes no sólo con ella, sino con toda su raza.

Pero no lo hizo.

Su dolor no le reportaba a Evelyn ninguna dicha.

En su lugar, se sintió culpable.

—Quise que Ethan pagara. Es humano, ya sabes, no puede compararse conmigo. No es poderoso ni rico, no tiene ningún tipo de poder especial, ni estatus. Ethan Redfern no es nada del otro mundo. Pero tenía algo que yo, el dueño y señor del

99 por ciento del planeta, quería y no podía tener —Atticus sonrió antes de proseguir—: tu amor y tu afecto. Y lo odiaba por ello.

—¿Fue por eso por lo que lo mantuviste en tus mazmorras, para ensañarte con él cuando te apeteciera?

El vampiro asintió.

—Desde que los Ancianos destrozaron mi alma, no he sido capaz de querer a nadie ni de preocuparme por alguien que no sean mis compañeros más cercanos. Antes de conocerte, Hansel, Marcus y Jonah eran los únicos por los que sentía algo, y ellos nunca me harían enojar, además de tener un vínculo por ser de mi propia raza, quiero decir. Es por eso por lo que era, y sigo siendo, tan despiadado. No puedo negar que me encantaba ser un monstruo sin corazón. Me encantaba no sentir nunca remordimientos por mis actos, no albergar sentimiento de culpa. A medida que iba pasando el tiempo, el amor me parecía más y más una leyenda, un mito. Hasta el día del baile de mi cumpleaños, cuando te conocí. Evelyn, tú no entiendes lo que significas para mí. Cada vez que te miro, es como si vislumbrara una luz brillante que ilumina mi camino. Tú sacas lo mejor de mí, ¡haces que quiera cambiar!

—Entonces ¿por qué no lo haces? —preguntó ella con lágrimas en los ojos. Su tono fue mucho más dulce de lo que había planeado—. Si querías cambiar para ser alguien mejor, ¿por qué encerraste a Ethan en una mazmorra durante más de un año?

Acto seguido, hizo algo que no sólo la sorprendió a ella misma, sino a Atticus también: dio un paso hacia él por voluntad propia. Quería alargar las manos para consolar al hombre roto que tenía delante.

«Todo el mundo merece una segunda oportunidad —le dijo su conciencia—. Él no tiene alma. ¿Y si Lady Venecia tuviera razón y el amor y la compasión pudieran curarlo?».

Su amor y su compasión. No podía amarlo, pero podía intentar perdonarlo.

—Creo que ambos conocemos la respuesta a esa pregunta —dijo él riendo sin ganas—. Soy incapaz de ser bueno. —A continuación, se dirigió a la puerta despacio—. Tengo que acabar de revisar unos papeles. ¿Por qué no te tomas un rato para deshacer la maleta y cenamos juntos dentro de un par de horas? Tengo aquí a alguien especial que quiero que veas.

—¿Un picnic? ¿En serio? —preguntó Alice sorprendida.

Cuando su guardia personal le dijo que podría salir de la habitación en la que Atticus la tenía recluida desde hacía semanas, pensó que sería porque Marcus había vuelto de Australia y estaba allí para pedir su ejecución..., pero se equivocaba.

En su lugar, se encontró con algo mucho peor: con Atticus en persona.

El rey de los vampiros estaba tumbado tranquilamente sobre una manta de cuadros escoceses, mirando al cielo del ocaso. Su mirada era indescifrable, como todo él.

—No te habría tomado por la clase de hombre que se aprovecharía de la mujer embarazada de su amigo —le dijo Alice.

No recordaba ni un solo instante en el que no hubiera odiado al rey, el hombre que había causado tanto daño en el mundo, con todas sus fuerzas.

Atticus no dijo nada, sino que se limitó a sonreír y a tomar un sorbo de su copa de champán.

—Bueno, el niño que esperas no es que sea de Marcus exactamente, ¿no? Tienes suerte de que tú y esa desgracia que llevas en el vientre sigan con vida. Cuando te dije que vinieras a palacio a hacerle compañía a Evelyn, no esperaba que la llevaras por mal camino y planearas una fuga con ese hombre lobo amigo tuyo.

—Yo no la llevé por mal camino. Evelyn no siente nada por ti, y, tras todas las cosas crueles que he oído que le hiciste después de capturarla, dudo que nunca lo sienta. Jamás amaría a un hombre que la ha usado y ha esclavizado a su raza. Si lo que querías era una chica obediente que te venerara como a un dios, te equivocaste de hermana Blackburn.

Atticus no dijo nada, simplemente miró al guardia que Alice tenía al lado. No hizo falta que el rey le indicara lo que quería que hiciera. Sin darle ninguna orden, la mano grande y firme del soldado impactó contra la mejilla de Alice. La muchacha habría caído a causa del golpe, pero el guardia la alcanzó por el brazo antes de que rodara colina abajo.

—Cuidado con lo que dices. No te conviene tenerme como enemigo. Créeme, sólo porque seas la prima de Evelyn no voy a permitir que me faltes al respeto —dijo Atticus con frialdad.

Sus ojos oscuros contemplaban el campo de un verde frondoso que tenía delante. Los jardines de palacio parecían no tener fin.

Unas pocas estrellas empezaban a vislumbrarse sobre su cabeza, brillando como

diamantes. El sol poniente había teñido el cielo de una mezcla de rosa, añil y violeta. La vista era tan perfecta como la de una postal.

Atticus había querido enseñarle a Evelyn la belleza de su palacio, como había planeado cuando llegó allí por primera vez. Pero la testarudez de la chica había impedido que eso sucediera.

—¿Por qué no te rindes de una vez y la dejas ir? Si lo que estás tratando es de impresionarla con maravillosas vistas y picnics en el jardín —dijo Alice señalando la manta, las velas que había encima, todavía por encender, y la cesta de madera llena de comida— no lo vas a conseguir. Es demasiado tarde para hacer que te quiera, Atticus. Si ella viera alguna oportunidad de volver a escapar, la aprovecharía sin dudarle. Cuanto antes te des cuenta, antes te librarás de tu autoengaño.

—¿De qué autoengaño me hablas, querida? —preguntó él con calma, su voz amable y suave como la seda y una sonrisa en los labios.

Alice tragó saliva, nerviosa. Si había algo que sabía sobre los vampiros como Atticus era que, cuanto más pacíficos se mostraban, más peligrosos podían ser. Pero sus hormonas estaban revolucionadas a causa del embarazo y no quiso callarse simplemente porque él fuera un bastardo engreído. Nada le habría gustado más que abofetearlo para quitarle esa sonrisa de la cara.

—Te autoengañas pensando que quizá algún día, de algún modo, Evelyn te querrá, cuando ambos sabemos que está enamorada de Ethan. Para ella nunca serás otra cosa más que el tirano que la tuvo como mascota. —La joven dio un paso hacia él—. Déjala ir, te lo suplico. Si quieres a alguien que te haga de princesa, amante, reina o lo que sea, escoge a Nora. De las dos Blackburn, ella es la hermana que haría todas tus fantasías realidad, no Evelyn.

Atticus dejó escapar una carcajada.

—Parece que todo el mundo asume que estoy jugando a algún tipo de juego con Evelyn. ¿Es que nadie se ha parado a pensar que la quiero y que no soy el monstruo por el que Ethan, Evelyn, tú, tu familia y Dios sabe quién más me toman? No puedo decidir querer a otra simplemente porque se ajuste más a mis necesidades. —Atticus se puso de pie—. Lo mismo podrías decirle a Evelyn. Si se olvidara de Ethan y me entregara su corazón, entonces yo podría hacer realidad todos sus sueños. ¿Es que nunca lo has pensado?

—Déjala ir —respondió simplemente Alice. Al lado de Atticus, con toda su envergadura, parecía poco más que una ninfa.

—No puedo, del mismo modo que Marcus no puede dejarte ir a ti. —Con ternura, el vampiro colocó una mano sobre la cabeza de Alice. Cuando la palma entró en contacto con su pelo, la muchacha dio un respingo—. Marcus te ama. Cuando se entere de lo que has hecho, se quedará destrozado —dijo señalando su abdomen.

—¿Quieres decir que todavía no se lo has contado?

—No —respondió él—. Aunque debería. Como amigo, debería contarle ese tipo de cosas inmediatamente. Incluso debería ocuparme de este asunto yo mismo y matar al asqueroso engendro que tienes ahí dentro. Y debería matarte a ti también por engañar a tu esposo y señor, pero no lo haré.

—¿Por Evelyn? —preguntó Alice. Levantó la vista y clavó los ojos en los de Atticus, que no mostraban ninguna emoción. No tenía ni idea de lo que debía de

pasarle por la mente.

—No, no sólo por eso —respondió él con sinceridad—. Es cierto que estoy siendo benevolente contigo al dejar que tú y tu hijo sigan vivos, al menos de momento, pero Evelyn no es el único motivo.

Alice lo vio suspirar y retroceder unos pasos. Su rostro pasó de ser totalmente expresivo a mostrar una mueca de dolor, pero no supo si era genuina o pura comedia. Los vampiros eran buenos comediantes, ella lo sabía. Los había visto engañar a los humanos toda su vida, haciendo ver que los trataban según los designios del universo y no según su propia voluntad. Haciéndose pasar por criaturas superiores, casi semidioses, comparados con los insignificantes humanos cuando, en realidad, mucho tiempo atrás ellos también fueron humanos.

La única diferencia entre las dos razas era la sangre que corría por sus venas y algunos poderes que poseían los vampiros, pero éstos no tenían ningún derecho sobre la raza humana.

Eran como las brujas y los hombres lobo, producto de unas cuantas mutaciones, accidentales o causadas por hechizos, daba igual. La mayor distinción entre unos y otros era que los hombres lobo y las brujas lo eran de nacimiento, no había forma de que los humanos se transformaran en ellos, al menos no que Alice supiera, pero sí podían convertirse en vampiros.

—¿Qué otro motivo tienes? —preguntó la joven tras una pausa.

«Si te atreves a decir que es por lo bondadoso que eres, juro que te clavaré una estaca aquí y ahora», se dijo, los puños apretados de rabia.

—Conozco a Marcus —la voz de Atticus era más dulce que la que había usado unos momentos antes, y Alice quiso reírse ante la apariencia de amigo preocupado que estaba adoptando—, y sé que no querría que te matara. Incluso aunque lo hayas traicionado. Tu marido es un buen hombre, Alice. Sé que ese amante lobo tuyo te habrá explicado un montón de historias sobre nuestra raza, y sobre mí, pero los vampiros como Marcus son un caso aparte. Tras siglos de tener el mundo a sus pies, sigue siendo un tipo leal y aferrándose a su humanidad como nadie a quien haya conocido antes. No lo traiciones, por favor.

—Lo dices como si fuera a aceptarme después de saber que llevo el hijo de otro —repuso Alice colocando una mano sobre su vientre.

El bebé había crecido y pronto sería imposible esconder su estado; tampoco es que tuviera que hacerlo, teniendo en cuenta que todo el mundo se había enterado ya.

—Si crees que no lo hará, estás menospreciando el amor que siente por ti. Siempre te querrá, haz lo que hazas. Su amor por ti nunca desaparecerá, pase lo que pase.

Alice dejó escapar una risita.

—Si me ama tanto, entonces ¿por qué no me deja ir? Si me amara de veras, querría que fuera feliz. Me liberaría y me dejaría vivir mi vida con Aaran, el hombre al que quiero.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima rodó por su mejilla, entró en contacto con sus labios y la joven notó el sabor salado.

Dejó escapar un grito ahogado cuando de repente vio la cara de Atticus justo delante de la suya. Su repentino y brusco movimiento la dejó en *shock*.

Inconscientemente, dio un paso atrás, pero él la detuvo colocando una mano firme en su codo.

—Eres igual que Evelyn, ¿sabes? Ambas son tercas como mulas y ninguna de las dos parece darse cuenta de que soy el hombre más poderoso que ha existido en este estúpido planeta —le susurró Atticus—. Puede que le permita a Evelyn hablarme así, pero tú no eres nadie para mí. Eres la pequeña furcia de la que mi amigo se ha enamorado tontamente. Si no fueras la prima de Evelyn y ella no te adorara como lo hace, no pongas en duda que la criatura de tu vientre estaría muerta.

A continuación, puso una mano sobre el vientre de ella. El contacto no fue brusco, pero tampoco suave. Era una amenaza, un aviso de que en cualquier momento podía arrebatarse la vida inocente que crecía en su interior, igual que la suya propia, la de Evelyn y la de toda su familia sin pensarlo dos veces.

—Si le haces daño a mi hijo, juro que convertiré tu vida en un infierno —lo amenazó Alice.

Con ambas manos, agarró con fuerza las muñecas del vampiro y lo apartó. Su amenaza iba en serio: si le causaba algún daño a su bebé, ella haría todo lo que estuviera en su mano por hacérselo pagar.

Pero Atticus ni se inmutó. Desde su punto de vista, Alice no era más que una simple humana. Jamás representaría una amenaza para él. A sus ojos, ella no era más que una idiota que creía que podía hacerle algo al hombre que tenía el mundo a sus pies. La dejó que lo empujara, pero le pasó por la mente arrancarle la cabeza allí mismo.

Atticus se echó a reír, y, al oírlo, a Alice se le revolvió el estómago.

La ponía enferma.

—¡Un pobre corderito amenazando al león que podría destrozarlo con un solo movimiento de su garra! —exclamó él riendo—. Cómo se nota que Evelyn y tú son familia. Las dos son igual de valientes, pero también igual de estúpidas.

Alice resopló.

—¿Por qué estoy aquí? Dudo que les pidieras a tus secuaces que me trajeran aquí para reírte en mi cara solamente, ¿no? ¿Qué demonios quieres?

—¿Es que siempre tengo que querer algo? ¿No puede ser que simplemente te haya dejado tomar un poco de aire fresco y mantener una alegre charla conmigo?

—No —dijo ella casi escupiendo la palabra, sin molestarse en esconder su odio hacia él.

Tras haber visto a Jonah arrancar a Aaran de su lado y torturarlo, tenía la sensación de que ya no le daba miedo nada. Jamás volverían a tener otra oportunidad de escapar. Lo único que le importaba ahora a Alice era su bebé, pero ni siquiera estaba segura de querer traer un alma inocente al despiadado mundo en el que le había tocado vivir. Fuera chico o chica, acabaría sufriendo de todos modos, estaba segura.

La risa de Atticus se fue apagando y volvió a plantarse al lado de la joven para mirarla a la cara. Sólo los separaban unos centímetros.

—Tienes razón. Quiero algo de ti.

—No —respondió ella antes de oír la pregunta—. Sea lo que sea lo que quieras que haga, me niego. No seré tu mensajera, no le contaré mentiras a Evelyn para que te odie menos; tampoco es que fuera a funcionar, de todos modos.

—¿Quién ha dicho que lo que quiero tiene algo que ver con Evelyn?

—Nadie, pero tengo razón, ¿no?

Él sonrió y asintió.

—A lo mejor no eres tan tonta como creía.

—No lo haré.

—Y ¿quién ha dicho que puedas escoger? —susurró el vampiro en tono amenazador.

—Tortúrame cuanto quieras, no estoy dispuesta a ayudarte. Intenta obligarme si lo deseas, pero llevo un niño en mi vientre y no puedes hacerle daño porque Evelyn te odiaría por ello.

Atticus puso los ojos en blanco y miró el abdomen de Alice. Sin duda, la chica era valiente, mucho.

—En realidad iba a ofrecerte un pequeño trato.

—No quiero nada de ti.

—¿Ni la libertad y la felicidad de tu hijo? —dijo Atticus con una voz tan dulce y seductora que captó el interés de la muchacha como un imán—. Si cooperas conmigo, permitiré que tu hijo y ese amante tuyo vivan. Si haces exactamente lo que te pido, dejaré que el perro lobo ese se lleve a tu bebé y vivan juntos una existencia de paz y felicidad.

Alice abrió unos ojos como platos, sin poder evitar que la sorpresa y la dicha la invadieran.

—¿Dejarás que Aaran se lleve el bebé a Australia?

Atticus asintió.

—También te permitiré ver a la criatura una vez al año. No físicamente, claro, pero te concederé el poder de verlo en un espejo. ¿Qué dices a eso?

—De acuerdo —respondió ella de inmediato, las lágrimas asomando de nuevo a sus ojos, pero esta vez de felicidad—. Sí, sí, sí. Haré lo que quieras si permites que mi hijo viva una vida feliz.

—Perfecto —sonrió Atticus—. En primer lugar, quiero que me comuniques cada movimiento de Evelyn y que me informes de cada secreto que te cuente, por pequeño que sea. Sigue mis instrucciones al pie de la letra y te prometo que tu hijo tendrá una vida de ensueño.

Paso a paso, Atticus fue observándola.

La piel pálida. Los ojos de un azul brillante. El cabello más oscuro que su propio ser.

El sol coloreó el cielo de un tono rojizo al empezar a ponerse en el horizonte. La luna ya podía verse, acariciando el paisaje con su tenue luz, que no era nada en comparación con la que emanaba de ella.

Tan pronto entraba en su campo de visión, el mundo de Atticus se iluminaba.

Para él, era el sol, la luna y las estrellas, todo a la vez.

Durante una larga semana había tenido que vivir sin su luz, tropezando cada día en la Oscuridad, cegado por el destello que su brillo había dejado tras de sí.

Llevaba un vestido rojo hasta los tobillos que se agitaba con el viento. No era sofisticado ni ceñido, sino muy sencillo. No revelaba tanto como a él le habría gustado, pero, aun así, era lo más bonito que había visto nunca.

La semana que había pasado alejada de él, alejada del palacio real, le había hecho bien a Evelyn. Atticus notó sus mejillas sonrosadas, su semblante mucho más alegre.

Notó crecer sus colmillos al verla llegar a la ladera de la pequeña colina, en lo alto de la cual él la esperaba. Su delicioso aroma inundaba el aire. Su olor corporal era algo magnífico e hipnótico. Como su cuerpo, todo en ella lo atrapaba como a una abeja la miel.

Era suyo.

Durante siglos, había vivido su vida sin un solo punto débil. Sin nadie ante quien responder, y sin nadie a quien amar. Pero el día de su cumpleaños, cuando ella entró por primera vez en su vida, todo cambió. Ella se había vuelto suya y su mundo ya nunca sería el mismo.

Los colores eran más pobres y sus sentidos se aletargaban cuando ella no estaba. Sin Evelyn, su mundo parecía vacío y sin interés. Temía el día en que la perdiera.

Por mucho que intentara convencerse de que algún día sería suya del todo, de que podría amarla y poseerla, no acababa de creérselo. Por mucho que intentara negarlo e ignorarlo, sabía que en realidad llegaría un día en que se le escaparía de las manos. No iba a ser suya para siempre. Ella sería su muerte.

La felicidad no era posible para él. Su historia estaba maldita. Destinada a ser una tragedia desde el momento en que perdió su alma. Maldecido a vivir con dolor. A sufrir. Como merecía.

Que un ángel como ella amara a un monstruo como él era imposible. Era un sueño que nunca se haría realidad, y lo destrozaba tener que admitirlo.

Un día tendría que dejarla ir, tendría que darle al ángel sus alas y permitirle volar como deseaba.

«Un día —pensó—. Un día. Pero ese día no tiene por qué ser hoy, ni mañana, ni la semana que viene, el próximo mes o el año que viene. Sólo un día. Un día muy lejano.» Un día que para él llegaría demasiado pronto, por mucho que tardara en llegar.

—Estás preciosa —le dijo cuando por fin llegó a lo alto de la colina.

El guardia que la había escoltado y el que estaba con Atticus antes de que ella llegara se retiraron sin hacer ruido, pero no se quedaron muy lejos para poder obedecer a cualquier orden del rey.

—Tú también estás muy guapo —respondió ella con timidez, y no era ninguna mentira.

Atticus estaba muy atractivo con su traje negro entallado y su camisa oscura de seda. Puede que fuera un tirano y un monstruo, pero Evelyn no podía negar lo bello que era ese demonio.

—He preparado un picnic. —Él gesticuló en dirección a la manta que había sobre la mullida hierba y la cesta de comida que había ordenado preparar a los chefs de palacio—. ¿Te apuntas?

—¿Acaso tengo opción?

—No —sonrió él. Le puso una mano en la espalda y la guio hacia la manta—. Siéntate —pidió.

Evelyn obedeció la orden sin cuestionársela. Atticus notó que estaba más dócil desde que había vuelto de visitar a su familia. Le seguía la corriente y dejaba que la gobernara como el rey que era, algo que nunca le había permitido con anterioridad.

Eso era algo que a la vez lo alegraba y lo asustaba. Una parte de él esperaba que por fin hubiera entrado en razón y se hubiera dado cuenta de que lo más lógico era quererlo y aceptarlo. Pero otra, la más sabia, sabía que no era propio de Evelyn doblegarse así ante él. Le daba la sensación de que simplemente lo estaba haciendo para ganárselo. Tenía el horrible presentimiento de que se comportaba como una chiquilla que hubiera hecho una travesura, que quería estar a la buena con él para que no se enojara al enterarse de lo que había hecho.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó—. ¿Vino, champán, whisky? —Levantó una ceja travieso, y ella se echó a reír.

—No, gracias, prefiero un vaso de jugo de naranja con mi cena, por favor.

—Muy bien. —Miró a los guardias y uno de ellos se apresuró a servir un poco de jugo para Evelyn.

—Bueno —empezó ella—. ¿Quién es esa persona invitada que mencionaste hace un rato? —Su voz era tranquila, pero podía notarse algo de miedo en ella.

Atticus escuchó los latidos del corazón de Evelyn y notó que se habían acelerado un poco al formular la pregunta. Le tenía miedo, y él seguía sin saber si eso era bueno o malo. No se decidía acerca de si quería que ella le temiera como todo el mundo o no.

El miedo hacía imposible que ella se le acercara, y eso suponía una barrera entre ambos. Pero su deseo era que la relación entre Evelyn y él fuera de amantes de verdad. Quería que ella fuera su reina, su amante, su mujer, su igual, pero como todo lo demás que había planeado para ambos, era imposible. Atticus sabía que

el miedo era el principal factor por el que Evelyn estaba allí, a su lado. Era la cadena que lo unía a él, que la esclavizaba a un hombre al que no amaba. Sin ese miedo y sin el poder que Atticus tenía sobre todas las personas que a ella le importaban, Evelyn no estaría allí. No sería suya, sino de Ethan.

—¿Quién te gustaría que fuera? —preguntó con cautela, los ojos fijos en ella, observando cada uno de sus movimientos, detectando cada emoción.

No podía leerle la mente, pero había vivido lo bastante como para saber intuir los pensamientos de una persona a través de sus expresiones faciales y sus movimientos corporales.

Ella se tensó un poco y sus pupilas se dilataron. Estaba asustada, el corazón le latía deprisa, y Atticus se percató de que su respiración se detenía un breve instante antes de responder.

—Hay mucha gente que me gustaría que fuera esa persona... Ya sabes a quién me gustaría ver más que a nadie en el mundo, pero me atrevo a predecir que ésa no va a ser la persona invitada.

El guardia se aproximó entonces a ellos con el jugo de naranja y sangre del grupo 0+ para Atticus, diluido para que pareciera vino; no quería asustar a la chica bebiendo sangre delante de ella.

El rey tomó los vasos de las manos del soldado y le tendió a Evelyn el de jugo.

—¿Te refieres a Ethan? —preguntó, la voz neutra y más serena de lo que ella había esperado.

Ella no respondió.

Atticus esbozó una sonrisa.

—Está vivo, si es eso lo que quieres saber. No lo he matado todavía. —Bebió un sorbo de sangre, aún caliente, que habían obtenido de la muñeca de uno de sus sirvientes—. Está a salvo, está vivo y te prometo que no lo he sometido al mismo tipo de tortura que antes de que escapara. Lo tengo en una celda fuera de la Ciudadela Real, con Aaran.

—Entonces... ¿atrapaste a Alice y a Aaran? —preguntó Evelyn evitando el tema de su amante humano.

—Sí, los sorprendí dos horas después de que se fueran. Alice tiene mucha suerte: Marcus es un buen hombre, no es tan agresivo ni tan celoso como yo. Pero ¿ese bebé suyo? No sé cómo se sentirá al saber que su mujer está embarazada de otro. Puede que Marcus sea más compasivo que cualquier otro vampiro, pero tiene su dignidad.

—¿Cómo sabes...? —tartamudeó ella, la boca abierta al oír a Atticus pronunciar la palabra *bebé*.

—Evelyn, soy el vampiro más antiguo que existe, mi poder es de otro nivel comparado con el de mis creaciones. No puedes ni imaginarlo siquiera. Hace mucho ya que al bebé de Alice empezó a latirle el corazón, lo oí desde el mismo momento en que ella cruzó las puertas de palacio.

—Y ¿por qué no dijiste nada? Si sabías que mi prima había traicionado a Marcus, ¿por qué no se lo contaste? —preguntó Evelyn mirando a Atticus con horror, miedo y confusión.

—¿Tú qué crees? —replicó él.

En el instante en que sus ojos oscuros entraron en contacto con los azules de ella, notó una oleada de felicidad y de paz; le pareció que sus demonios no existían.

La Oscuridad a la que se enfrentaba cada día desde que se había convertido en vampiro había desaparecido, podía relajarse.

«¿Por qué hago cosas que no me benefician o causan dolor a la gente? —se dijo—. ¿Por qué no maté a Ethan en el momento en que lo vi besarte bajo aquel cerezo? ¿Por qué lo dejé vivir después de que intentara robarme lo que más quiero en este mundo? ¿Por qué permito que Hansel se acerque a ti cuando conozco sus sentimientos por ti? ¿Por qué no te castigo si noto ahora mismo el olor de Ethan en tu piel? ¿Por qué no castigo a Hansel por lo que ha hecho a mis espaldas?...».

—Mi mente me dice que a lo mejor es porque me quieres —respondió Evelyn—, quizá porque no deseas que te odie más, o a lo mejor porque estás anteponiendo mi felicidad a la tuya.

—¿Qué quieres decir con que «a lo mejor» te quiero? —inquirió Atticus con una sonrisa—. ¿Todavía dudas de mis sentimientos por ti? Me decepcionas. Pensaba que a estas alturas ya habrías entendido que lo que siento por ti es genuino.

—Eres un hombre muy complicado —declaró ella—. A veces creo que me dices la verdad, pero otras no puedo evitar que todo me parezcan mentiras.

—Chiquilla estúpida —repuso él chasqueando la lengua y bebiendo otro sorbo de sangre. Apartó la vista de ella, incapaz de contener mucho más el deseo que se acumulaba en su corazón. Te quiero. Es así. No hay ningún «a lo mejor» que valga. Y juro que la próxima vez que dudes de mis sentimientos por ti no me hago responsable de mis actos.

—Sí, mi rey —dijo ella.

—Es por esas tres cosas, eliminando los «a lo mejor» y los «quizá». A menudo he actuado de determinadas maneras porque te quiero, porque quiero que me quieras y porque deseo que seas feliz. Y no hablarle a Marcus de la infidelidad de su mujer es una de ellas.

—Pero ¿por qué no se lo dijiste? Marcus es uno de tus protegidos, uno de tus consejeros y amigos más cercanos. Pensaba que, en el momento en que te enteraras, se lo contarías.

Atticus la miró con incredulidad. «Estoy enamorado de una completa idiota», pensó.

—¿Por qué iba a ensuciarme las manos con algo así? Si se lo digo a Marcus, se lanzará al cuello de Aaran, y a lo mejor también al de Alice, por muy bueno que sea. Y, si algo le pasa al bebé o a ella, tú querrás matarme con tus propias manos a mí.

Para su sorpresa, Evelyn se echó a reír.

—¿Me crees capaz de eso? —dijo apretando los puños y levantándolos, en broma.

Era posiblemente la primera vez que bromeaba con él. Al monarca también le extrañó que llevaran tanto tiempo hablando sin discutir.

Tragó saliva nervioso. Los ojos azules de Evelyn brillaban, y tuvo que contenerse para no besarla.

—No necesitas las manos para eso —respondió sin quitarle la vista de encima—. Con sólo una sonrisa tuya, moriría mil veces, por ti. —Eran palabras verdaderas, pronunciadas desde el corazón por el mismo demonio. Sin embargo, no conllevaban nada bueno.

En el instante en que salieron de sus labios, Evelyn se quedó helada y el aire se enrareció, pasando de la alegría al silencio. Si no hubiera apartado la vista de él tan rápido, seguro que la hubiera besado. Pero al romper el contacto visual, todo había cambiado.

—Te lo agradezco —susurró ella tras unos instantes de silencio—. Gracias por mantener a Alice y al bebé con vida.

—¿Por qué crees que envié a Marcus a Australia? —dijo Atticus—. Lo hice por ti. Alice es de tu familia, y sé lo mucho que significa para ti. Cada punzada de dolor que ella sienta la sientes tú también. Me prometí que haría lo posible para hacerte feliz, y no voy a romper esa promesa, no por Marcus. No por nadie más que yo mismo.

—Entonces, la invitada misteriosa... ¿es Alice?

Atticus asintió antes de mirar a los guardias. Les sonrió y uno de ellos salió disparado.

—Gracias —susurró Evelyn—. Gracias por todo.

—Piensa en las vidas de Alice y de su bebé como en una compensación por todo lo que te he arrebatado. Mantendré a Marcus en Australia, lejos de la Ciudadela Real, el tiempo necesario para que Alice dé a luz tranquila. Supongo que le quedan unos meses...

—Atticus, no sé qué decir —admitió ella con lágrimas en los ojos.

Se sentía agradecida. Como él había dicho, puede que Marcus fuera un buen hombre, pero todavía era víctima de su orgullo masculino... y un vampiro. Evelyn no podía imaginar lo que le sucedería a Alice si Marcus se enteraba de que estaba embarazada de otro hombre.

—No tienes que decir nada —le dijo él antes de levantarse con la copa en la mano—. Tu felicidad vale más que mil «gracias».

Le dedicó una sonrisa antes de alejarse.

—¿Atticus? —gritó ella—. ¿Adónde vas?

—Vuelvo a mi despacho, tengo mucho papeleo del que ocuparme... Además, seguro que Alice y tú tienen mucho que contarse. Necesitarán un poco de privacidad. Y hay unos gobernadores asiáticos que me piden ayuda para unas inversiones capitales de todos modos.

—Pero pensé que íbamos a cenar juntos... —Señaló la cesta de picnic que no habían tocado—. No hemos comido nada al final.

Él rio.

—Si quieres cenar conmigo, estoy disponible cuando tú quieras. Pero ahora mismo estoy seguro de que preferirás hablar con Alice y pensar juntas nombres para el bebé.

Las mazmorras del palacio real no eran un lugar apto para cardiacos. Era un sitio horrendo, oscuro, frío y caótico. No en vano, se parecía mucho a la mente de su creador, Atticus Lamia.

Estaban construidas cientos de metros bajo el nivel del suelo. Su tamaño era inconcebible, y sus miles de pasillos se doblaban y se retorcían como una serpiente, formando un intrincado laberinto.

Una luz tenue colgaba del techo cada doscientos metros, iluminando escasamente el espacio que quedaba debajo. Pese a sus capacidades sobrehumanas, incluso a los vampiros les costaba ver algo en ese lugar. Apenas si vislumbraban sus propias manos si las extendían delante de ellos.

Las paredes, los suelos y los techos eran completamente negros. No se distinguían las sombras del resto de los elementos sólidos. Pese a todo, las mazmorras estaban vigiladas a conciencia y contaban con multitud de alarmas y trampas. A no ser que se dispusiera de un plano o se conociera el lugar de memoria —algo muy improbable—, escapar de allí era imposible. De hecho, nadie nunca había escapado de las mazmorras, que eran el orgullo de Atticus. Nadie hasta que llegó Ethan Redfern.

El rey no sabía qué le daba más rabia, si el hecho de que Ethan fuera el único que poseía algo que él no podía poseer —el corazón de Evelyn—, o que hubiera sido el único en escapar de lo que el monarca consideraba su gran creación —aparte de su imperio—, y encima siendo tan sólo un mero humano.

Atticus se desplazaba por las mazmorras con agilidad. Aquel sitio era como su segunda casa. En el mismo instante en que el sonido de los gritos y los llantos, de los látigos golpeando la carne, inundó sus oídos, no pudo evitar sonreír. Para él era como música celestial, lo que más le gustaba oír en el mundo, dejando a un lado la voz de Evelyn.

Le encantaban las mazmorras. Si le hubieran pedido que elaborara una lista de las cosas que más valoraba, ese lugar habría estado entre las tres primeras, sólo por detrás de Evelyn y de la Nación Vampírica. Notó un tic en la mano, fruto del deseo de sentir el contacto del cuero rugoso del látigo contra su palma y el silbido del mismo en sus oídos.

Necesitaba saborear la venganza, infligir dolor sobre aquel que lo había traicionado, el dócil gatito que se había convertido a sus espaldas en un peligroso felino y se había atrevido a aliarse con Venecia, a conspirar contra él y hasta a desear a *su* Evelyn.

Atticus se detuvo frente a la puerta de una celda mucho mayor que el resto,

plagada de los instrumentos de tortura más sádicos jamás inventados, muchos contruidos con sus propias manos. Era la misma celda en la que había estado encerrado Ethan Redfern antes de conseguir escapar. Seguía sin entender cómo un humano había logrado burlar a los guardias; seguro que Venecia había tenido algo que ver en ello.

Despacio, abrió la puerta y entró con sigilo; el eco de sus pasos lentos retumbó en las paredes. A lo lejos pudo percibir una respiración calmada.

Había pasado algunas de las mejores noches de su vida en aquella celda, torturando a Ethan hasta las puertas de la muerte sólo para volver a traerlo después al mundo de los vivos. Recordar sus gritos de sufrimiento lo ponía de buen humor.

En momentos así desearía encerrar de nuevo a Ethan en las mazmorras, pero no podía arriesgarse a que Evelyn se enterara de que volvía a someter al amor de su vida a las peores torturas imaginables. No le había mentado cuando le había dicho que Ethan estaba preso en una celda fuera del perímetro de la Ciudadela Real. Y tampoco cuando le había dicho que no estaba teniendo que soportar las torturas que había soportado allí.

Pero, tras percibir el olor de Ethan en Evelyn, Atticus no estaba seguro de cuánto tiempo aguantaría sin ponerle la mano encima al maldito mocoso. Incluso en un arrebato se había planteado ordenar que lo trajeran de vuelta allí antes del amanecer. Pero no lo haría: no quería a ese humano cerca de su chica nunca más. Además, si necesitaba la dicha de ver a Ethan Redfern retorcerse de dolor, siempre podía ir a visitar la prisión donde se encontraba y aliviar su necesidad cuando quisiera.

El prisionero que estaba ahora en la celda que había ocupado Ethan no habría sido tan fácil de apresar en una simple cárcel diseñada para humanos.

—Me preguntaba cuándo aparecerías por aquí —susurró una voz familiar. Hansel estaba colgado, con el torso desnudo, de unas gruesas cadenas de metal sujetas al techo. Los dedos de sus pies rozaban el charco de su propia sangre que se había formado en el suelo oscuro—. Me sorprendía que hubieras delegado en tus lacayos torturarme —dijo riendo—, pensaba que preferirías hacerlo... —La frase quedó a medias cuando Atticus cruzó la habitación a velocidad supersónica, tomó el grueso látigo plateado que había junto a una mesa de piedra y descargó su cólera sobre el vampiro de pelo rizado—. Esto ya me parece más normal... —añadió Hansel en un susurro después de recibir el latigazo de su amo y señor.

Notó cómo la plata le abría la carne como un cuchillo cortando mantequilla. Percibió también la furia que hacía vibrar a su creador.

—¡Maldito traidor! —rugió Atticus—. ¿Es que crees que soy idiota?

Volvió a cebarse con Hansel, esta vez con más fuerza. El látigo de plata abrió un profundo tajo en la casi inmaculada piel de Hansel. Empezó a chorrearle sangre por la espalda, pero en ningún momento gritó.

En su lugar, se quedó allí, mudo, dejando que su creador abusara de él física y verbalmente una y otra vez.

—¡Traidor! ¡Traidor! —gritaba Atticus con los ojos sedientos de sangre. El rey había notado cómo se hundía más y más en el abismo de la Oscuridad desde que había percibido el olor de Ethan cuando Evelyn regresó de la visita a sus padres —. ¿Crees que te habrías ganado su amor dándole lo que quiere? ¿Dejaste que ese humano tocara a mi chica? ¡Evelyn es mía! —Otro latigazo—. ¡No dejaré que nadie la aparte de mi lado! ¡Me pertenece! ¡Es mía!

Atticus soltó el látigo con una sonrisa siniestra y admiró la obra de arte que había creado sobre la espalda de Hansel. Cada capa de piel había sido lacerada. La sangre corría por todas partes, y el olor a carne viva inundaba el aire.

Se colocó delante de su, antaño, amado protegido. Su puño colisionó con la mandíbula de Hansel y se oyó un crujido seco que reverberó en la celda.

—Te preocupas por ella, ¿verdad? Lo noto. La quieres para ti, ¿eh?—Atticus lo golpeó de nuevo.

—No, mi rey... —consiguió decir Hansel. Su espalda estaba empezando a sanar, pero muy lentamente. Sabía que era sólo el principio.

Atticus soltó una carcajada.

—¡No me mientas! Sé que la deseas. ¿No lo hacemos todos? Admito que esas mismas fantasías me han estado atormentando desde el día en que la conocí. Nunca había deseado a nadie tanto como a ella. Y no me importa que a ti te suceda lo mismo. Tampoco quieres matarte de tanto tocarte pensando en ella, amigo. Pero recuerda: es mía. Si en algún momento te atreves a intentar hacer esas fantasías realidad, te prometo que será lo último que hagas. Puede que Ethan sea el gran amor de Evelyn, y que no pueda matarlo porque ella no me lo perdonaría, pero te aseguro que a ti podría hacerte desaparecer sin dejar rastro con tan sólo chasquear los dedos.

—Atticus —protestó él—. No niego... que siento algo por Evelyn, pero créeme cuando digo que nunca te traicionaría ni intentaría reclamarla como mía. Eres mi creador, mi rey, mi señor. Te lo debo todo, y nunca te traicionaría de este modo.

—¿No crees que ya me has traicionado al dejar a ese humano tomar lo que es mío? —rugió Atticus—. Ethan se la cogió, ¿no? De algún modo, Venecia y tú lo sacaron de la prisión una noche y dejaron a los amantes juntos, ¿verdad? ¿Pensabas que no me daría cuenta de que mi prisionero favorito había desaparecido de su celda durante una noche entera? —Hansel no dijo nada—. Siempre fuiste mi favorito, ¿sabes? Entre todos, de todas mis creaciones, tú eras la mejor. ¿Recuerdas cuando te vi por primera vez, aquel chiquillo cubierto de suciedad en las calles de Londres, mendigando? Un alma perdida, condenada a muerte. Me acuerdo del momento en que me miraste con esos ojos verdes, suplicando comida. Noté algo que no era normal para mí, algo que supongo que debía de ser empatía. ¡Qué estúpido fui al rescatarte de la calle y criarte como a un hijo para que ahora acabes traicionándome e intentando robarme a la mujer que amo!

—¡Yo nunca te robaría a Evelyn! —exclamó Hansel—. Eres mi creador, por muy fuerte que fuera mi amor por ella, sé que nunca será mía.

Atticus lo abofeteó.

—¡Mentiras!

—Te digo la verdad, mi rey.

—Entonces ¿por qué dejaste que Ethan se acostara con ella? Y no me digas que

no lo hiciste porque sé que fue así. También sé que hiciste lo posible por facilitarles su huida. ¡Les prestaste tu coche, comida, ropa y dinero! —Las manos de Atticus rodearon el cuello de su antiguo amigo—. Dime, si no estabas intentando que ella pensara que eres un santo y sentir gratitud hacia ti, ¿a qué demonios jugabas? Me lo debes todo, ¿por qué ayudaste a mi amada a escapar de mí?

Hansel suspiró. Sus enormes ojos verdes miraron los oscuros ojos de Atticus. —El amor que sientes por ella es demasiado fuerte. Te está cegando. Cada día te hundes más y más en la Oscuridad y mi mayor esperanza es que ella pueda salvarte de ese vacío lleno de odio y dolor. Ella es tu luz, tu ancla con la humanidad. No puedes perderla.

—Y ¿por qué la ayudaste a dejarme? —rugió el rey apretando más el cuello de Hansel entre las manos. Deseaba con todas sus fuerzas asfixiar a su protegido.

—Porque si nadie hacía nada ibas a perderla —replicó Hansel, la voz ronca por la asfixia—. Sólo es humana, no va a vivir siempre como tú y como yo. Le robaste su libertad, la separaste de su familia y te la llevaste por la fuerza. Tarde o temprano ella iba a conseguir quitarse la vida, y nunca te lo perdonarías.

—La convertiré en un vampiro —replicó Atticus—. Vivirá para siempre si yo lo quiero.

—Éste es tu problema —gruñó Hansel—. ¡La estás ahogando! Necesita distanciarse de ti, ¡respirar! Tienes que ser amable y paciente con ella, y dejar que tome sus propias decisiones. Ésa es la única manera de alejarla de Ethan.

—¿Qué intentas decirme? —Atticus lo soltó y retrocedió unos pasos.

—Quiere a Ethan, ahora, pero ¿cuántos primeros amores duran? Ya casi ni se conocen el uno al otro. La única forma de lograr que te acepte es ayudándola a que se le pase lo de Ethan. Ayúdala a que vea que no sería feliz con Ethan. Deja que pase tiempo con él, la ayudará a darse cuenta de lo que se pierde, de que el muchacho no es tan genial, de que lo tiene idealizado. Y, al mismo tiempo, enséñale que te preocupas por ella y que respetas su libertad, que valoras las cosas por las que ella se preocupa... Puede que incluso te eche de menos. Tenemos que darle motivos para seguir viviendo. Si no tiene ninguna ilusión, calculo que no durará mucho.

—¡No necesito que me des lecciones! —susurró Atticus con los ojos inmersos en la Oscuridad—. Es mía en cuerpo y alma. Si todo lo demás falla, usaré la magia para que me ame. De una forma u otra, será mía. ¡El infierno se congelará antes de que la deje ir! Ganaré esta partida. Al final, estará a mi lado, como mi reina, por toda la eternidad.

Horrorizado, Hansel se quedó mudo. Usar magia para cambiar la mente de Evelyn todavía sería peor que la muerte. Ya no sería ella misma.

Atticus se dio la vuelta para irse.

—¡Espera! —gritó Hansel. Tenía que pensar en algo y rápido, algo que hiciera que su creador comprendiera que todo estaba mal.

Pero era demasiado tarde. El rey se había retirado ya.

—Te quiero —susurró contra su cuello—. Evelyn, te quiero.

—Atticus —gimoteó ella. La tenía atrapada sobre la fría seda de su cama. La besó salvajemente, con desesperación, como si, en caso de detenerse, fuera a morir—. Atticus —pronunció su nombre de nuevo, esta vez con mayor pasión.

La chica le rodeó el cuello con las manos y lo acercó hacia sí, cuerpo contra cuerpo. Sus dedos desabrocharon con rapidez e impaciencia los botones de la camisa de él. Notaba un fuego entre las piernas que la abrasaba, y cada pensamiento que cruzaba su mente tenía que ver con ambos desnudos haciendo cosas que podrían clasificarse como no aptas para menores.

En el mismo instante en que ella empezó a desvestirlo, la mano de Atticus rasgó con soltura y una fuerza sobrehumana su camisión de satén.

—Evelyn —volvió a susurrar su nombre mientras acariciaba sus cremosos pechos, lo que la hizo estremecer y jadear de placer bajo el calor y la presión de sus dedos.

Sus brazos musculosos la mantenían cerca. La tocaba con un afán de posesión que era casi peligroso. Había necesidad en sus ojos, una necesidad que sólo ella podía satisfacer.

—Ámame —le suplicó, aunque su tono de voz implicaba más bien una orden—. Ámame, Evelyn, ámame como yo te amo a ti, como amas a Ethan, por favor.

Ella lo besó con ganas y su corazón se aceleró. La lengua de él exploraba la de ella, el contacto sensual de sus labios le provocaba un deseo carnal que antes Evelyn sólo había sentido por el chico Redfern, pero ahora que tenía a Atticus acariciándola y lamiéndole cada centímetro de su cuerpo desnudo, no pudo evitar desearlo.

Él colocó su cadera sobre la de ella y Evelyn notó la dura erección contra su piel. El bulto de su pantalón era imposible de esconder, y el tejido sensible de su entrepierna reaccionó al saberse el objeto de su deseo. Ella era la causa de su excitación. Lo acercó aún más y le rodeó la cintura con las piernas.

Él se apartó un poco y sus ojos oscuros se encontraron con los azules de ella. La joven lo vio relamerse, su cara a pocos centímetros de la suya. Se fijó en sus facciones, en su piel lisa y tersa, en sus pestañas anormalmente largas y en el pequeño lunar del lado derecho de la nariz. Era guapísimo, perfecto. Demasiado incluso: una cara así era prácticamente un escándalo; nadie debería poseer tal cantidad de belleza.

—Evelyn —esta vez dijo su nombre con ternura—, hazme tuyo.

De repente, el rostro de Atticus se fue desdibujando hasta que se desvaneció en

la oscuridad que rodeaba a la muchacha.

—¡Atticus! —exclamó.

Intentó buscarlo con las manos, con la esperanza de conseguir hacerlo salir de las sombras, pero no logró atrapar nada más que aire...

Evelyn se despertó de su ensoñación con un grito ahogado y el corazón latiéndole a mil por hora y retumbándole en la sien. Tenía la piel y las sábanas bañadas en sudor. Su calor corporal contrastaba con el frío de la habitación.

Histérica, se desplazó por la estancia en busca de cualquier sombra que le indicara que lo que había soñado había sido obra del rey vampiro con el que estaba a punto de mantener relaciones sexuales hacía unos instantes.

Pero... nada. La habitación estaba en silencio. Lo único que podía percibir eran los latidos de su propio corazón. Estaba sola. Sus ojos humanos no eran capaces de vislumbrar rastro de ningún intruso.

—Otra vez no —se quejó, molesta y frustrada, mientras se apartaba el pelo de la cara.

Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama con la mirada perdida en algún punto de la colcha de seda blanca que la cubría. Hacía dos semanas desde que Atticus había permitido que ella y Alice se reunieran. En ese tiempo, Evelyn no había conseguido apartar al rey de su mente, y no entendía por qué. Estaba segura de que él estaba haciendo lo posible por evitarla. No lo había visto desde el día en que había vuelto de casa de sus padres, después de que las dejara a ella y a su prima solas para disfrutar de un picnic.

Evelyn no podía negar que se sentía rara al estar de regreso en palacio y no ver a Atticus por ningún lado. No tenía ni idea de si el rey seguía en la Ciudadela Real o no. Intentó preguntar a los criados por su paradero, pero todos se negaban a hablar con ella. Nadie se atrevía a mirarla a los ojos. Se había dado cuenta del modo en que todos la evitaban como si fuera la peste o cualquier otra enfermedad que nadie quisiera contraer.

A Hansel no se le veía tampoco por ninguna parte, y Alice también había estado un poco rara. Era como si estuviera intentando poner tanta distancia como le era posible entre ella y sus primos.

Evelyn suspiró con fuerza. La falta de comunicación con otros humanos la había dejado sola y confundida. Por su mente pasaban muchas emociones y pensamientos, pero no tenía nadie con quien compartirlos.

Pensó en algo que le había dicho Hansel, algo que había intentado olvidar:

«¿Estás segura de que no estás enamorada de Ethan porque él simboliza tu libertad? Eres tan joven y él es lo que no puedes tener. Es posible que si tuvieras la oportunidad de estar realmente con él, decidieras que en realidad no era ese sueño ideal.»

En ese momento, ella le había pedido a Hansel que nunca volviera a decirle algo tan estúpido. Pero las palabras no la abandonaban. A veces se preguntaba si él tenía razón. Ella e Ethan habían estado juntos de niños. Incluso si escapaba con él y se iban a Australia para empezar una nueva vida, ¿no le habían ocurrido a ella ya demasiadas cosas? ¿Y él? Nada volvería a ser tan sencillo como antes.

Y todos esos sueños sobre Atticus. Por un momento, se preguntó si había algo más entre ella y Atticus. ¿Y si...?

De pronto, y de forma inesperada, una imagen de la noche en el motel cruzó su

mente y Evelyn casi soltó un grito de lo horrible que era lo que vio. Por mucho que lo intentara y por mucho que quisiera olvidarla, no lograba deshacerse de aquella sensación. Los recuerdos la atormentaban constantemente; el horror de aquella noche no acababa de desaparecer de su cabeza. La noche en que Atticus le había arrebatado lo último que le pertenecía de veras.

«Es un monstruo, no lo olvides —le recordó su conciencia—. Un monstruo horrible.»

—Un monstruo que tiene mi vida y la de todos a los que quiero en la palma de la mano —dijo en voz alta—. Qué gracia pensar que hubo un tiempo en que los humanos creían que los vampiros eran un mito, criaturas inventadas que aparecían en estúpidos libros.

De forma automática, Evelyn se levantó de la cama y se dirigió al baño a darse su rutinaria ducha matinal. Cuando vives sin nadie con quien hablar, necesitas encontrar una forma de llenar las horas que van de la mañana a la noche.

—No me parece que estés haciendo muy bien tu trabajo, Alice —dijo Atticus.

Alice y él estaban sentados, solos, en la gran biblioteca del ala norte del palacio. Había té y delicados pasteles sobre la mesilla situada entre sus sillones mullidos de color granate.

La mano de la joven recorrió su abdomen en un gesto protector. Todavía estaba en los primeros estadios de gestación, de tres o cuatro meses, pero ya había construido un sólido vínculo con el bebé que crecía en su interior. Lo quería tanto que estaba dispuesta a traicionar a su adorada prima en pos de su felicidad. Quería a Evelyn con locura. De pequeñas, habían sido inseparables. Hubo un tiempo en el que habría estado dispuesta a dar su vida por la de ella, pero las cosas habían cambiado. Primero su hijo tenía que estar a salvo.

—Te has distanciado de Evelyn —afirmó Atticus.

—No, no lo he hecho.

—¡No me mientas, humana! —gritó el rey en un tono que helaba la sangre. Alice dio un respingo—. Puede que no dude en mostrarme compasivo ante Evelyn, pero te recuerdo que tú no eres ella. Me da igual qué tan importante seas para mi chica, para mí no eres nada más que una simple humana.

—Puede que sea humana, pero, aun así, soy... —La joven se detuvo a media frase.

—¿Qué es lo que eres? ¿La mujer de Marcus? ¿Crees que salvaría tu vida por no hacerle daño? —la interrumpió Atticus, su expresión transformándose de la calma de una balsa de aceite a la ira más absoluta en un abrir y cerrar de ojos—. Fornicar con un hombre lobo y cometer adulterio contra un vampiro, especialmente si se trata de un lord como Marcus, podrían ser considerados alta traición, lo sabes, ¿no?

Sus ojos oscuros se encontraron con la mirada verde de Alice. Aunque la muchacha quiso apartarla, no lo consiguió.

—S-sí... —murmuró.

—Bien, y también sabes que en cualquier momento podría llamar a Marcus para que vuelva y te vea embarazada de otro —añadió el vampiro con una risa

burlona—. Me gustas, Alice, y creo que la criatura de tu vientre es inocente, pero si Marcus quisiera castigarte, ¿quién soy yo para impedirselo?

—Lo sé.

—¿Recuerdas nuestro trato? Te garantizo un futuro feliz para tu bebé a cambio de tus servicios como espía. Yo estoy cumpliendo con mi parte al mantener a Marcus alejado, pero ¿y tú, querida Alice? ¿Has estado cumpliendo con la tuya?

—N-no... —dijo ella entre susurros, las lágrimas descendíendole por las mejillas y las manos temblando en su regazo—. Por favor, no hagas nada que pueda ser perjudicial para mi bebé. Lo siento, lo siento.

—Tus disculpas no significan nada, Alice. Ahora mismo, lo único que quiero saber son tus motivos para no cumplir con tu parte del trato. Así que, dime, ¿por qué has estado evitando a Evelyn a toda costa y no me has traído ninguna información que me fuera de utilidad en estas dos últimas semanas? Pensaba que ese niño era importante para ti y querías que tuviera un futuro feliz...

—Lo siento, yo...

—¡Respóndeme! —rugió Atticus, sus ojos como dos pozos negros—. ¡Dímelo ahora mismo o te juro que te encerraré de nuevo en las mazmorras y dejaré que te pudras allí hasta el fin de tus días!

—No pude...

—¿Que no pudiste qué?

—No pude traicionar la confianza de Evelyn. ¡Es de mi familia, la quiero, no puedo venderla por mis propias necesidades egoístas!

—¿Quién ha dicho que quiera que la vendas? Simplemente te pedí información, y que la convenzas poco a poco de que caiga en mis brazos. A estas alturas deberías saber que no le haría daño a algo que será mío. Además, nada de lo que me digas podrá compararse con lo mucho que ya sé de ella.

—Y ¿qué es lo que sabes?

—¿Acaso te he dado permiso para hacerme preguntas? —Atticus tomó un sorbo de su té—. Marcus es mi amigo, no quiero traicionarlo, pero aquí estoy, protegiéndolos a ti y a tu bebé... Qué irónico, ¿no?

—Atticus, ¿en qué te beneficiaría de todos modos? Por mucha información que yo pueda darte y lo bien que le hable a Evelyn de ti, seguirá sin amarte. Si quieres ganarte su afecto, debes hacerlo por tu cuenta. Ella no es como las demás chicas: el dinero y el poder no le impresionan. Si quieres que te quiera, como dices, tendrás que se amable con ella, dejar que ella tome sus propias decisiones y hacer algo que la motive.

Se hizo un momento de silencio. Alice contempló la cara inexpresiva del rey, nerviosa.

—Tu discurso se parece mucho al de alguien que yo sé —replicó Atticus—. Él también cree que debería concederle tiempo, que deje que se reponga de las heridas que le infligí hace unas semanas. ¿Evelyn no te contó lo que pasó cuando los encontré a ella y a Ethan?

Alice negó con la cabeza.

—No tuvo oportunidad.

—Quiero que se lo preguntes, quiero que averigües si ya me ha perdonado.

—Oí que habías dejado que Evelyn visitara a sus padres después de capturarla...

—Atticus asintió—. ¿Fue eso una forma de intentar reparar el daño causado?

¿Estabas intentando compensarla? —preguntó Alice curiosa.

—Y ¿qué pasa si lo hice?

—¿Es que la heriste de algún modo? —preguntó Alice con cautela.

—¿Quieres decir la noche en que volví a capturarla? —El rey rio sin gracia—. La quiero, y ella lo sabe. Le había demostrado compasión y perdonado la vida en más ocasiones de las que puedo contar, y aun así... me dejó. Se escapó de mi lado como una niña asustada con ese chico humano. ¿Sabes lo que se siente cuando te arrebatan lo único que quieres?

Alice sonrió con ironía, pensando en Aaran, en el bebé de su vientre, en su familia y en su propia libertad.

—Tengo una ligera idea.

—Hice algo que estuvo mal. No sé si fue por la furia o por el deseo que sentía, todo cuanto sé es que quería que pagase por lo que había hecho, quería que sintiera el mismo dolor que yo había sentido al saber que se había fugado. Pero ahora me arrepiento de mi decisión y de haberla herido tanto.

Alice no dijo nada. Miró su vientre y puso la mano de nuevo sobre él. Se preguntó si la criatura en su interior sería un chico o una chica.

«Qué irónico que un rey despiadado como Atticus sienta algo tan fuerte por Evelyn —pensó—. Él es el rey, y si quiere la convertirá en su reina algún día. Y si Evelyn se convierte en reina, entonces tendrá poder, poder para protegerte, mi bebé, poder para salvarte la vida si es necesario.»

—Ve a verla —sugirió Alice—. Llévala a dar un paseo y dile lo que acabas de decirme a mí. Confiésale que lo sientes y suplícale que te perdone.

—No querrá saber nada de mí.

—Aun así, debes ir a verla y pedirle disculpas. Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

No era ningún ángel.

No tenía valores morales.

Era un demonio con aspecto humano.

Y habría partido el mundo en dos sólo por ver sonreír a su chica.

Los zapatos de piel de Atticus no hacían ruido alguno mientras caminaba por los pasillos de suelos alfombrados. Contempló la rosa que llevaba en la mano con nerviosismo.

Inicialmente había planeado llevarle una docena, o incluso cien, si eso hubiera sido de su agrado. Si Evelyn hubiera querido, le habría dado todo un jardín de las rosas rojas más exóticas.

Pero Atticus sabía que, ya fuera con una o con cien, no se la ganaría sólo con rosas, con bellas palabras y una sonrisa arrebatadora.

Evelyn le tenía miedo. Él veía el terror en sus ojos cada vez que sus miradas se cruzaban. Esa expresión de horror cada vez que estaban solos era la prueba de que la aterraba su compañía. Y, aunque era precisamente ese miedo lo que la mantenía a su lado y evitaba que escapara, no era lo que Atticus deseaba.

No quería construir su relación sobre el miedo y el odio. Él quería amor. Quería que Evelyn lo abrazara por voluntad propia y le susurrara las dos palabras que necesitaba oír desesperadamente. Las dos palabras que sabía que le diría a Ethan sin pensarlo.

Había dos guardias apostados en la puerta de su habitación. En el momento en que Atticus se paró ante ellos, sin darles ninguna instrucción, desaparecieron a velocidad vampírica.

Los guardias del palacio llevaban suficiente tiempo allí como para intuir las órdenes del rey sin que tuviera siquiera que darlas en voz alta.

El monarca respiró hondo antes de llamar con delicadeza a la puerta. Oyó pasos al otro lado y, un momento después, ésta comenzó a abrirse.

—Hoy no tengo hambre —dijo Evelyn antes de abrir del todo—. ¿Podrías traerme solamente un jugo de naranja?...

Miró la rosa que Atticus sostenía en la mano.

—Supongo que podría haber traído jugo en vez de una rosa —repuso él.

Evelyn se quedó de piedra en el umbral. Sus ojos azules se posaron en los castaños de él.

—Pensé que serías Bree, o una de las doncellas, con mi desayuno.

—¿Por? ¿Tienes hambre?

—No —dijo ella sin más.

Atticus notó que estaba intentando mantener un tono neutro, pero percibió su miedo al oír los latidos acelerados de su corazón.

Por un instante, quiso acercársele y acariciarle la mejilla y decirle que no le haría daño como aquella noche del motel nunca más. No obstante, sería una promesa que no estaba seguro de poder cumplir.

En su lugar, simplemente sonrió y le dio la rosa.

—Una preciosa flor para una chica preciosa.

Evelyn la aceptó sin decir nada, teniendo cuidado de no rozar su mano.

La rosa era bonita, estaba a medio abrir, con los pétalos apenas separados para revelar el estigma. Atticus se había tomado la molestia de quitarle las espinas antes de dársela.

—Gracias —dijo finalmente ella—. Es muy bonita.

Se mostraba hostil hacia él, lo sabía. No es que Atticus esperara que ella fuera a saltarle a los brazos a la vista de una simple flor, pero había esperado algo más, una sonrisa al menos. Aunque su falta de emoción lo hirió, lo que vino a continuación le partió el corazón en dos.

—¿Qué quieres exactamente? —preguntó ella mientras se alejaba de la puerta. No en un gesto para invitarlo a entrar, sino para poner distancia entre ambos. Lo miraba con cautela, y algo en su semblante le recordó al vampiro a un ciervo asustado a punto de escapar.

—No quiero nada —respondió él entrando en la habitación—. Sólo verte. Te he echado de menos, Evelyn.

Ella siguió retrocediendo.

—¡Qué ironía! Y yo que pensaba que me estabas evitando...

—¿Me has echado de menos? —preguntó Atticus con demasiadas ganas; la esperanza en su voz era imposible de ignorar.

Echaba de menos a Hansel, siendo honesta. Echaba de menos sus conversaciones y sus chistes. Echaba de menos la manera como conseguía que al final acabara riéndose, incluso cuando ella se sentía fatal. Incluso echaba de menos la manera como intentaba que fuera amable con Atticus.

El rey seguía esperando una respuesta. Ella levantó la vista. Sus miradas se cruzaron unos segundos antes de que ella contestara:

—He echado de menos el simple placer de la interacción humana. Perdona si no disfruto del aislamiento que conlleva estar retenida en contra de mi voluntad.

—¿Tan duro sería para ti mentirme y decirme que te importo? ¿Que te importo algo al menos? —Atticus chasqueó la lengua decepcionado—. Tu afecto..., ¿es eso mucho pedir? Después de todo lo que he hecho por ti, ¿no crees que sería justo que al menos fingieras, ni que fuera una sola vez, que no me odias ni te doy asco?

—Me violaste —replicó ella con repulsión—. Eres violento, controlador, obsesivo y completamente aterrador, ¿cómo podría apreciarte si ni siquiera estoy segura de que pueda perdonarte por todo lo que me has hecho? —A medida que iban saliendo las palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Evelyn, ¡nunca te haría daño a propósito, lo sabes! —replicó él salvando la distancia entre ambos—. ¡Tú me traicionaste primero! ¡Rompiste nuestro pacto escapando de mí! Y, no lo olvidemos, fuiste tú la que me besaste.

—¡Torturaste a Ethan! ¡Tú fuiste el primero en incumplir el contrato! —chilló

ella erguida y desafiante, sosteniéndole la mirada. No dejaría que la asustara y la sometiera a su voluntad. Estaba dispuesta a reconquistar el poco poder que podía tener sobre él. Ya no tenía nada que perder. Malditos Hansel y sus consejos de no hacer enojar a Atticus. Las consecuencias ya no le importaban. No había nada que Atticus pudiera hacerle que no le hubiera hecho ya. No podía arrebatarle nada que no le hubiera arrebatado—. Y no te besé a ti, lo besé a él —añadió—. Me engañaste usando tu asquerosa magia para que creyera que eras él, ¡te aprovechaste de mí!

—¿Sabes? Me encanta ver cómo te enojas. Me gusta ver el fuego en tus ojos porque es lo más cercano a la pasión que veré nunca viniendo de ti. —Atticus sonrió con suficiencia y le acarició la mejilla—. Y, para que quede constancia, el contrato estipulaba que no debía matar a Ethan; en cambio, no decía nada acerca de la tortura.

Evelyn se alejó de él.

—¿Qué quieres? Dímelo y acabemos con esta desagradable discusión cuanto antes.

—A mí no me parece desagradable. Me parece adorable. Estamos teniendo la típica riña de enamorados.

—Te olvidas de que, para tener una riña de enamorados, hay que estar enamorados —rio ella—. Y nosotros no lo estamos.

Atticus chasqueó la lengua. Se estremeció y quiso apartarlo, pero no pudo. Su fuerza era increíblemente superior.

—Sigue luchando, Evelyn. —La chica notó su aliento en el cuello—. Cada vez se me pone más dura. Un par de insultos más y perderé el control, aquí y ahora, y cualquiera que pase podrá vernos. Y no seré amable contigo.

—Dijiste que no me harías daño —dejó de resistirse y permitió que la mano de Atticus recorriera su cuerpo—, que querías ganarte mi amor.

—Sí, pero a veces el deseo carnal toma el control y no puedo responder de mis actos —replicó él apartándose para mirarla a los ojos.

Evelyn vio la Oscuridad en los suyos, rodeada de una fina aura dorada.

El vampiro le mostró una sonrisa siniestra.

—¿Qué quieres?

—Te quiero a ti, siempre te he querido —susurró él—. Oh..., ¿te refieres a ahora mismo? Quiero llevarte a montar, ¿te gustan los caballos?

Evelyn lo empujó y él se lo permitió, dando unos pasos atrás.

—¿Qué pasa si te digo que no quiero ir?

—¿Qué pasa si te digo que no tienes opción?

—Siempre debería tener opción.

Él sonrió maliciosamente.

—Eres humana. Tu raza no es más que una fuente de alimentación para la mía. ¿De verdad crees que las necesidades de una humana cuentan más que las de un vampiro?

—Así que, ¿mi opinión no cuenta para ti?

—Al contrario, amor mío. Tu opinión cuenta para mí más que nada en el mundo. Sólo recuerda quién manda aquí. Puede que te quiera, pero sigo siendo el rey. Te gobierno.

«Puede que te quiera, pero sigo siendo el rey. Te gobierno.» Evelyn supo que algo iba mal en el mismo momento en que los labios de Atticus pronunciaron esas palabras. Había algo... primario y agresivo en sus ojos, en su tono y en el aire a su alrededor.

Sabía que estaba enojado con ella —intentaba esconderlo, pero lo había notado—, pero ¿por qué? Evelyn lo ignoraba.

Sin más órdenes o amenazas, Atticus procedió a salir de la habitación y se volvió para mirar a la muchacha humana que tenía detrás, de pie y muerta de miedo bajo la apariencia tranquila de su piel pálida y su preciosa cara. Quería que lo siguiera.

Ella consideró ignorar su orden silenciosa y cerrarle la puerta en las narices sólo por el placer de desobedecerlo y ver qué ocurría, pero finalmente decidió no hacerlo. Quizá Hansel seguía influyendo en ella desde allí donde lo hubiera mandado Atticus. Fuera lo que fuera lo que le sucedía a Atticus, debía de ser algo fuerte. No lo había visto así desde... desde que se había enterado por primera vez que estaba enamorada de otro. Y ése había sido un golpe muy duro para su ego.

«Ethan.» El nombre apareció en su mente un instante, y Evelyn tragó saliva nerviosa.

«¿Sabrá lo de...? —se preguntó cuando él desapareció por el pasillo—. No, no puede saberlo. Si lo supiera, Ethan estaría muerto, y Hansel y yo... No, no puede saberlo.» Las últimas palabras fueron una imposición de su conciencia: no acababa de creerlas, pero la ayudaron a calmarse un poco.

«¿Cómo ibas a saber de todos modos si Atticus ha matado a Ethan? Y ¿dónde está Hansel? No lo has visto desde que volvieron», susurró a continuación una vocecilla en su cabeza. Pero Evelyn simplemente se encogió de hombros y la ignoró por completo.

A lo mejor era porque sabía que había algo de verdad en sus palabras —al fin y al cabo, era la voz de su conciencia— y estaba demasiado asustada para enfrentarse a lo que ella e Ethan habían hecho. Especialmente, a lo que eso pudiera costarle a Hansel. Lo último que quería era que Atticus arrastrara a Hansel por el camino pantanoso que ella había ayudado a enlodar. Un vampiro traicionando a su creador, como Hansel había hecho, era algo muy grave. Y lo había hecho sólo por bondad.

Con una sonora exhalación, salió sin muchas ganas detrás del vampiro por el pasillo oscuro y lúgubre. No tardó en alcanzarlo: deliberadamente, había

aminorado la marcha para que ella pudiera seguirlo a su velocidad humana.

—Pensaba que tu lado más terco volvería a tomar el control sobre ti —dijo Atticus—. Me sorprende que hayas escogido la mejor opción por una vez. No sé ni cómo habría reaccionado si llegas a desobedecerme de nuevo.

—No eres mi dueño y señor: tengo mi propia voluntad, soy una persona. No te pertenezco. Las personas no pueden pertenecer a otro. Así que, cuando mis decisiones no te gusten, no digas que te he desobedecido. Simplemente quiere decir que tengo derecho a hacer lo que considere y que no voy a preguntarte «qué tan alto» cuando me digas que salte, como hacen tus lacayos.

Con el rabillo del ojo, lo vio sonreír con suficiencia.

—¿Sabes? Todavía no me decido acerca de si me gustan tus agallas o no —repuso él—. Al principio puedes resultar hasta linda y divertida cuando te pones así, soltando esas ridículas ideas, pero últimamente ya no les veo la gracia. Espero que entiendas que, si fueras cualquier otra persona, ya te habría cortado la lengua y habría pedido que me la sirvieran para cenar en una bandeja. —Mientras caminaban, se acercó un poco más a ella—. Sin embargo, por suerte para ti, tengo mejores usos en mente para esa lengua tuya.

Un escalofrío recorrió la espalda de Evelyn, lo que contribuyó a que la sonrisa de suficiencia de Atticus se ensanchase aún más.

Los recuerdos de la noche en el motel seguían frescos en la memoria de la chica, igual que la crudeza de la pasión en el sueño húmedo que había tenido sobre él. Aun así, estando despierta, sólo pensar en mantener cualquier tipo de actividad sexual con Atticus le daba náuseas. La idea de que la tocara la hacía querer gritar, y no de placer precisamente.

—Pensaba que ibas a... compensarme. Ser amable y ganarte mi corazón comportándote como un caballero, ¿recuerdas?

—Bueno, Evelyn, me temo que tarde o temprano te darás cuenta de que no soy ningún caballero. Y no me gusta compartir lo que es mío. Cuando quiero algo, lo consigo, y lo mantengo sólo para mí. —De repente, le rodeó la cintura con el brazo—. La fidelidad y la honestidad son muy importantes en este mundo en el que vivimos... —Chasqueó la lengua sin acabar la frase—. Ojo por ojo, diente por diente, recuérdalo.

Al oírlo terminar de decir lo que pretendía, Evelyn esperó que apartara el brazo de su cintura, pero, en vez de ello, la agarró con más fuerza, como si fuera una boa constrictor rodeando a un indefenso cordero hasta el punto en el que podría quitarle la vida con un último impulso.

En la mente de la joven, ella era el cordero y Atticus la boa enroscándose sobre su cuerpo hasta sofocarla. Pero, para su desgracia, no era solamente su propia vida la que estaba en manos de Atticus, sino también la de todo aquel a quien apreciaba y quería. Por mucho que intentara negarlo, él estaba en lo cierto cuando decía que ella le pertenecía. Era verdad: Atticus tenía el mundo en la palma de su mano y ella no era más que uno de los seres que lo poblaban, sobreviviendo gracias a su misericordia.

—He hecho que los chefs nos preparen algo, ¿tienes hambre?

Ella asintió levemente.

Caminaban en un silencio incómodo y los guardias se iban apartando a su paso como el mar Rojo se abrió ante Moisés. Evelyn se percató de que todo el mundo

se aseguraba de guardar unos buenos tres metros de distancia con el rey. Igual que ella, los sirvientes le temían.

Sin necesidad de decirles nada, los dos vampiros apostados junto a las puertas de cristal que daban a los jardines saludaron al monarca y le abrieron paso. Ninguno se atrevió a mirarlo a los ojos. Evelyn recordó todas las veces que había intentado salir de palacio para tomar aire fresco y notar el sol en su piel y aquellos mismos guardias se lo habían impedido.

Por supuesto, éstos ni siquiera se percataron de la presencia de la pequeña e insignificante muchacha, caminando unos metros por detrás del rey.

—Gracias —dijo en voz baja cuando ella y Atticus salieron y pisaron la mullida hierba; un espacio abierto y aire libre, dos de las necesidades humanas básicas de las que se había visto privada demasiado tiempo.

La agradable brisa le acarició la cara, y el corazón de la joven se aceleró de emoción al saborear un poco de libertad desde hacía mucho. Inspiró con avidez los aromas de la naturaleza y dejó que llenaran sus pulmones, exhalando y repitiendo el proceso varias veces.

—¿Cómo te manejas con los caballos? —preguntó Atticus de pronto, tomando a la deleitada muchacha por sorpresa.

—Nora y yo tomamos algunas clases de equitación cuando éramos pequeñas —respondió—. Y a veces salía a montar con E... —Se detuvo antes de pronunciar el nombre de su amado y enemigo número uno de Atticus.

Suponía que una letra había bastado para que Atticus supiera a quién se refería, pero si lo había hecho, no dijo nada.

—Haré que te ensillen a *Daisy*. Es una de las yeguas más tranquilas de mis establos. Estarás segura montándola. Te dejaría montar un caballo de las razas más nuevas y salvajes importadas de Italia, pero dudo que fueras capaz de manejar un híbrido entre caballo y vampiro. Será mejor que domines primero al vampiro y luego al caballo. —Atticus rio ante la referencia sexual, visiblemente divertido.

«¿Así que es así como flirtean los vampiros centenarios?», se preguntó Evelyn. Pero se sintió agradecida de que él se hubiera tomado la escena con humor, porque, si no, habría resultado demasiado amenazadora para ella.

Aunque el hombre que tenía al lado la aterrorizaba, había momentos en los que la parte más humana de Atticus salía a la superficie y le hacía creer que todavía había alguna esperanza de que acabaran al menos siendo amigos.

Notó cómo él le pasaba el pulgar con delicadeza por la espalda de su camiseta de algodón azul oscuro con una tira de encaje en el cuello.

Le daba miedo lo rápido que cambiaba de humor y pasaba de loco maniaco a hombre considerado y dulce, dispuesto a todo por ella. Mientras cruzaban los enormes jardines reales, su mente regresó a la noche en la que él le habló de la maldición, sobre el lado oscuro hecho realidad después de que los Ancianos los maldijeran a él y al resto de los Siete. Todavía debía oír el final de aquella historia.

Ethan había estado a punto de contársela cuando llegaron al pueblo en el que habían estado a punto de atraparlos. El pueblo ocupado por los guardias de Atticus, que habrían matado a Ethan y capturado a Evelyn de no haber sido por Hansel, que arriesgó su propia vida para salvarlos.

Asumiendo que se le hubiera pasado el enojo y que fuera seguro conversar sin poner en peligro su propia vida y la de sus seres queridos, Evelyn se dirigió a él: —¿Atticus? —dijo con cautela. La cara de él se iluminó de inmediato al oír la pronunciación de su nombre. Por un instante, Evelyn se sintió culpable al ver la alegría que le causaba algo tan simple—. Háblame de los Siete y de cómo te convertiste en vampiro.

—¿Qué quieres saber? Te lo contaré todo. ¿Cuánto sabes exactamente?

—Que tú y el resto de los Siete deseaban salvar la Atlántida de los griegos, quisieron ser más poderosos y eso los acabó llevando a convertirlos en vampiros. Atticus sonrió.

—¿Por qué no te cuento la historia desde el principio, mejor? Empecemos por el principio, el año 791 antes de Cristo.

»La Atlántida era una nación pacífica e independiente. Intentaba mantenerse fuera del alcance de los griegos, quienes estaban construyendo un poderoso imperio y soñaban con conquistar el mundo entero. Aunque la Atlántida no era muy grande, lo que no teníamos en cuanto a dimensión lo compensábamos con tecnología y un elemento que iba más allá de la época.

»La magia, igual que otros elementos como la tierra, el fuego o el agua, ha existido desde el principio de los tiempos. Aunque a medida que fueron pasando los años, a la gente empezó a asustarle más y más porque los que dominaban la magia acababan siempre obsesionados con el poder y con destruir a aquellos que no la dominaban. La raza humana es despreciable; los celos y la envidia corren por nuestras venas, destruiríamos cualquier cosa que deseáramos y no pudiéramos obtener.

»En aquella época, la magia no era un elemento temible, sino algo admirado y venerado. Nadie podía utilizarla excepto las grandes hechiceras atlantes. Y la más poderosa de esas brujas era alguien a quien ya has conocido en persona: Venecia. Su madre y su padre provenían de dos de las familias más poderosas de la Atlántida, ambas estirpes de grandes magos. Nuestros padres eran amigos y, por lo tanto, crecimos juntos. Siempre fuimos inseparables, nos cuidábamos el uno al otro. En un punto hasta pensamos que estábamos hechos el uno para el otro, pero en realidad nuestro amor era más bien platónico.

»Yo era un muchacho muy patriótico y me uní al ejército de atlantes a los quince años. Fueron los mejores años de mi vida. Nada me llenaba más que luchar en grandes batallas; la adrenalina era indescriptible. Desde que me volví inmortal, esa adrenalina era algo que no había vuelto a experimentar..., hasta que te conocí a ti, Evelyn.

»Aunque le había pedido en repetidas ocasiones que no lo hiciera, sabía que Venecia utilizaba hechizos para protegerme e impedir que muriera en el campo de batalla. Sus bendiciones me hacían más fuerte, más rápido y más ágil que los demás soldados. Gracias a ellas, me convertí en el general más joven de la historia de la Atlántida. Sólo tenía veintiún años cuando empecé a dirigir mi propio ejército.

»Aunque la Atlántida nunca había querido involucrarse en las guerras de poder de imperios como el griego, era inevitable que la nación más próspera de la época se fijara en nosotros. Los griegos no eran poderosos por sus soldados, sino por sus armas secretas: los hombres lobo.

»Entonces yo no era más que un chiquillo inocente. Era un buen soldado y un buen líder, nunca había perdido una batalla frente a los griegos hasta que aparecieron aquellos malditos lobos. Fueron los primeros en derrotarme en el campo de batalla, y yo sólo conseguí librarme de ellos por muy poco y por los hechizos de Venecia. Sin ella, seguro que esas fieras me habrían matado y devorado allí mismo.

»Cuando regresé a la Atlántida, supliqué a los Ancianos que usaran la magia para convertir a nuestros soldados en poderosas bestias, pero, siendo los cobardes que eran, se negaron. Dijeron algo así como que lo que los griegos hicieran con su magia no debería afectar nuestras acciones. Los griegos habían alterado el equilibrio natural y muy pronto pagarían el precio por la creación de aquellas criaturas inhumanas. Pero yo era joven y terco, igual que tú ahora, y no aceptaba un no por respuesta. Así que tomé la iniciativa y recluté a otros para que me ayudaran.

»Los Siete los formábamos Venecia y yo, además de dos de mis compañeros del ejército, y mejores amigos, que habían conseguido escapar de los lobos: Duncan y Alavir (este último, además, era primo mío); Saphera, la mujer de Duncan; Maraji, un buen hombre que creció con Venecia y conmigo, y Lyla, posiblemente una de las brujas más poderosas con las que me he encontrado en la vida.

»Volviendo la vista atrás, desearía que hubiésemos sido un poco más selectivos a la hora de llevar a cabo nuestros experimentos. A lo mejor si hubiésemos tenido más cuidado, las cosas no habrían acabado como lo hicieron.

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

Habían llegado casi a los establos, que quedaban a apenas cien metros.

—El karma, Evelyn, eso es lo que pasó —suspiró Atticus—. ¿Por qué no te quedas aquí? Iré a por los caballos y luego seguiré contándote la historia. Hace tiempo que quería hablarte de mi vida antes de convertirme en rey y me alegra que me hayas preguntado por los Siete.

La besó en la mejilla antes de correr a velocidad sobrehumana por los caballos.

La joven se quedó allí de pie un momento. El modo en que recordaba sus días como soldado..., ¡parecía tan dichoso! Mientras le contaba la historia de su vida no podía, no pudo mantener la vista apartada de él. La había fascinado su expresión de felicidad absoluta al hablar de la Atlántida.

Ethan solía decirle cuando eran niños que cada acción tiene una reacción igual y opuesta. Y eso la había llevado a pensar que quizá el comportamiento de Atticus, su personalidad y sus constantes cambios de humor no fueran sino reacciones a cosas que había experimentado cuando era mucho más joven.

«Tiene cientos y cientos de años, ¡eso es mucho tiempo! Quién sabe por todo lo que habrá tenido que pasar. Los desengaños, el dolor, las penurias..., cada emoción conocida por el hombre..., debe de haberlo vivido todo en repetidas ocasiones», pensó.

«Aun así, sus experiencias pasadas no son excusa para justificar sus acciones contra ti y la gente a la que amas», oyó que decía entonces la voz de su conciencia. Fuera cual fuera la tragedia que había sufrido, no tenía derecho a imponerla a los demás.

Despacio, los ojos azul claro de Evelyn observaron el cielo despejado. Era un hermoso día y se preguntaba dónde estaría Hansel, y si él también estaría contemplando el cielo, viendo la misma bóveda celeste que ella.

Permaneció a solas con sus pensamientos unos breves momentos, porque al poco de haber salido Atticus por los caballos ya volvía a estar cerca de ella a lomos de un ejemplar negro enorme, con una yegua majestuosa de color blanco trotando unos metros por detrás.

De inmediato, Evelyn distinguió que el corcel negro pertenecía a la raza híbrida que le había mencionado Atticus. Era mucho más alto que la yegua, de patas más largas y musculosas, e incluso en la distancia notó la arrogancia que emanaba del animal. Decir que era bello era quedarse corto. Sin embargo, como sucedía con Atticus, había algo oscuro y peligroso en su belleza.

Temerosa, sus ojos pasaron del imponente caballo a su todavía más imponente jinete. La joven se quedó casi sin aliento unos segundos al verlo trotar hacia ella. Si había algo en lo que no era capaz de encontrar ninguna objeción era en su atractivo. Nunca en la vida había conocido a nadie tan imponente.

No obstante, el amor verdadero no podía construirse solamente sobre la apariencia física. Por muy bello que fuera, no podría ganarse el corazón de Evelyn dedicándole una caída de ojos con sus largas pestañas. Atticus le había hecho demasiadas cosas horribles. Le había arrebatado demasiado y la había degradado de persona independiente a mero objeto, existiendo únicamente a su merced, para su placer y su entretenimiento. Y eso no era lo que Evelyn quería ser en la vida.

Se negaba a que él le mandara, la controlara y la dominara. Rechazaba ser su juguete. No quería renunciar a sus derechos.

Por atractivo que fuera, y por mucho que todo se debiera a una maldición, jamás podría querer al monstruo que tenía ante sí. Parte de ella deseaba lograr sentirse atraída por Atticus, al menos para hacerse la vida más fácil. Era como un cordero preso en una jaula de acero con un tigre hambriento. No importaba lo mucho que el tigre amara al cordero: llegaría un momento en que sucumbiría al hambre y lo devoraría. La noche del motel se repetiría, Evelyn estaba segura de ello. Era su destino. Un destino al que no escaparía fácilmente.

—Ésta es *Daisy* —dijo Atticus mostrándole la preciosa yegua blanca con destellos dorados.

—Hola, *Daisy*. —La chica alargó la mano temerosa para acariciar la crin del animal. Para su sorpresa, la yegua apretó con delicadeza el hocico contra su

palma—. ¿*Daisy* también es un híbrido?

Atticus negó con la cabeza.

—No, *Daisy* es un caballo normal. Pocos pueden convertirse en vampiros. A menudo, los genes vampíricos son demasiado fuertes como para soportarlos, y pocos sobreviven a la transición. —Desmontó del caballo negro—. *Sombra* es uno de los pocos que lo han conseguido, y no me sorprende. Lo encontré en la selva amazónica en el siglo XIX, una de las criaturas más salvajes con las que me he topado, todo un enigma. Fuerte, salvaje, terco como una mula e indomable.

Evelyn echó un vistazo al caballo y por primera vez se percató de los colores brillantes de sus ojos. Dejó escapar un grito ahogado. Eran preciosos.

—*Sombra* me recuerda un poco a ti, ¿sabes? —rio Atticus mientras daba una palmadita al caballo—. Me costó unos cinco años domarlo. Perdí la cuenta de las veces que me tiró de su lomo. Nunca había conocido a una criatura tan brava, sin contarte a ti, claro.

—No soy tan brava como me pintas —dijo ella.

—Lo eres, Evelyn. En este mundo no pasa nada sin que yo me entere y, créeme, tú eres muy valiente. Un poco demasiado, si me lo permites. Tal vez un día tu coraje sea tu ruina —añadió Atticus despacio.

La chica no sabía si estaba siendo paranoica, pero le daba la impresión de que sus palabras eran un arma de doble filo, si escondían una velada y siniestra amenaza.

Notó un escalofrío. No, él no podía saberlo.

—¿Los ojos de *Sombra* eran antes de este color? —preguntó desviando la atención de su propia persona.

—No, es un efecto de los genes vampíricos —contestó.

—A un kilómetro de aquí más o menos hay una cascada y un lago. Son preciosos a la luz del sol. ¿Quieres que hagamos un picnic allí? —preguntó Atticus—. El agua siempre está caliente, a lo mejor podríamos nadar y todo, ¿qué te parece, Eve?

Desde el lomo de *Sombra*, se acercó a ella para tocarla, pero la joven se apartó de forma instintiva antes de que su mano entrara en contacto con la suya.

Evelyn tenía la mirada fija en las suyas propias, asidas con firmeza a las riendas de la yegua, los nudillos blancos por la presión. Tenía lágrimas en los ojos.

Atticus la miró como un águila miraría una presa. Vio el dolor tras su gesto inexpresivo y su mirada vacía. Notó una punzada de dolor él también, y en ese momento nada deseó más que abrazarla y consolarla, pero sabía que su piel era lo último que ella querría tocar después de lo que había pasado.

Así pues, guardó las distancias y se limitó a trotar a su lado, manteniendo la mirada apartada de ella para permitirle un poco de intimidad.

No obstante, seguía observándola con el rabillo del ojo, no podía evitarlo. Odiaba verla soportar aquel dolor y saber que él era el causante. Quería hacerla feliz, darle alegría, pero la Oscuridad que tenía dentro era indomable.

Ella era su luz, y la parte oscura y solitaria de su ser la necesitaba como el aire. Había intentado por todos los medios mantener la distancia, pero no lo soportaba. Para él era mucho más que una chica, era su tabla de salvación.

En cientos de años de soledad, nunca había conocido a nadie que lo hiciera sentir como Evelyn, y saber que estaba enamorada de otro hombre hacía que le hirviera la sangre. Cuando pensaba que Ethan había tenido su cuerpo a sus espaldas, le entraban ganas de matar a la primera criatura que se cruzara en su camino.

Odiaba la idea de que otro hombre tocara a Evelyn, a su Evelyn. Quería estrecharla entre sus brazos, con todas sus fuerzas, y asegurarse de que nunca más escaparía de su lado. La deseaba a su lado como su amante, su reina, su todo. No permitiría que Ethan ganara la partida. Ella era suya, y, si era necesario, haría que el mundo se arrodillara para conseguirla. Después de todo, ¿para qué servía tener todo el poder del mundo si no podía conseguir lo que quería? Y lo que quería era a Evelyn.

—¿Quieres oír el resto de la historia? —preguntó Atticus tras un largo silencio.

Ella no dijo nada. Se negaba a mirarlo a los ojos. Intentaba rasgar el cuero de las riendas con los pulgares. A Atticus le pareció que, en lugar de las riendas, lo que la joven tenía entre manos era su corazón, y que estaba buscando mil maneras diferentes de matarlo, si es que pudiera morir.

—¿Dónde me había quedado? Ah, sí, tendría que haber sido más selectivo, pero

regresaremos a eso después. No me di cuenta del error que había cometido al escoger a mis compañeros hasta mucho más tarde, pasados varios siglos. Venecia y Lyla crearon un hechizo y nos lo aplicaron. El hechizo funcionó mucho mejor de lo que nadie se hubiera podido imaginar. De repente, teníamos tanto poder que era increíble lo que podíamos llegar a hacer. Puede que hubiera otras cosas que acabaran enfrentándonos a Venecia, a Lyla y a mí, pero nunca negaré el buen trabajo que hicieron no sólo conmigo, sino con el resto de los Siete. Sin ellas, la raza vampírica no habría existido.

»Por supuesto, adaptarse a aquellos nuevos superpoderes no era cosa de un día, pero a las pocas semanas nos acostumbramos a nuestra velocidad, fuerza y agilidad sobrehumanas, y a todo el resto de las características que venían con ellas. A medida que pasaban los días, además, fuimos desarrollando nuevas capacidades. Maraji aprendió a cambiar de forma, Alavir a manipular los elementos, Duncan a usar la telequinesis, y Saphera recibió el difícil don de controlar el poder de la compulsión. Los poderes de Venecia y de Lyla aumentaron más allá de nuestra imaginación. Cada uno desarrollamos poderes diferentes debido a nuestra propia configuración genética. Parecía que cada vez éramos más y más todopoderosos, hasta que llegó un punto en el que nuestro poder era casi incontrolable, pero pensamos que con el tiempo nos acostumbraríamos a él.

Atticus hizo una pausa para mirar a Evelyn, que seguía negándose a mirarlo, pero cuando dejó de hablar notó un ligero movimiento de su cabeza que indicaba que se había percatado de su silencio: lo estaba escuchando.

El sonrió.

—Fue un poco infantil por nuestra parte pensar que podríamos engañar a la diosa de la magia así como así. Verás, la magia era, y sigue siéndolo, un elemento tan poderoso como inestable. Venecia solía decir que la diosa de la magia valoraba el equilibrio por encima de todo y creía que todo en este mundo tenía que tener algún punto débil. Todo menos ella, claro. Qué hipócrita... —Atticus dijo esto último en voz baja, su tono lleno de odio y los ojos de ira—. Ya sé que no viene a cuento, pero ¿crees en los dioses? —le preguntó a Evelyn, que seguía haciendo lo posible por ignorarlo.

Atticus sintió la Oscuridad de su interior agitarse en su jaula, muriéndose de ganas de salir y abalanzarse sobre ella, obligándola a mirarlo y a usar la fuerza para que se diera cuenta de quién era realmente quien mandaba, quién tenía el control.

Sin embargo, finalmente asió las riendas con más fuerza para suprimir la urgencia. Quería tocarla y tenerla cerca... Segundo a segundo, notaba la Oscuridad apoderándose de él, tomando el control de su propio cuerpo.

—No, no creo en los dioses —respondió Evelyn tras una larga pausa, sacando a Atticus de su trance.

—¿Y eso? —preguntó él con ganas de oír su voz de nuevo.

—Simplemente, no creo en ellos. Parecen algo utópico, algo que las antiguas civilizaciones utilizaban para protegerse de la dura realidad del mundo. Querían creer que eran los dioses quienes hacían que a la gente les pasaran cosas, y que, si eran buenos, los dioses los recompensarían con una vida feliz en el más allá o algo así.

—Es una forma un poco burda de explicarlo —repuso él—. Yo sí creo en los dioses, pero no en el tipo de dioses que la gente venera. Creo en un poder supremo, un ser o seres más poderosos que nosotros, y sé por experiencia que los dioses existen. En mi larga vida he experimentado muchas cosas que apoyarían mi creencia de que hay una raza más poderosa que yo, que Venecia o que Lyla. Pero esos dioses no nos quieren, al menos, no todos. Como pasa con todas las criaturas, creo que hay dioses buenos y dioses malos. Algunos se apiadan de nosotros y quieren ayudarnos, pero otros prefieren jugar con nuestras vidas para divertirse y provocarnos colocando frente a nosotros todo aquello que hemos deseado toda la vida sólo para arrebatárnoslo después. Creo que les encanta torturarnos.

—Nada causa más dolor que vislumbrar la felicidad, tener un futuro planeado, para que llegue luego un tornado y lo destruya todo en un momento —dijo Evelyn en voz baja.

Atticus sonrió ante la ironía de sus palabras.

—Nunca había creído en las tonterías que decía Venecia, siempre hablando de los dioses, hasta que los Ancianos nos descubrieron una vez practicando nuestros nuevos poderes. No hace falta que diga que se pusieron furiosos. Todavía puedo escuchar sus acusaciones y sus insultos. Nos llamaron monstruos, sanguijuelas, destructores. A sus ojos, éramos la perdición de la raza humana. En ese momento pensé que estaban locos.

»Les argumenté que seguíamos siendo humanos, humanos con poderes mágicos, pero no me escucharon. Los Ancianos eran muy poderosos, fuertes e influyentes. En la Atlántida, sus palabras eran consideradas leyes, hechos consumados. Venecia solía llamarlos los *Protectores de la Justicia*, y era su deber proteger a la raza humana de cualquier amenaza para mantener el equilibrio natural.

»No me parece que se les diera muy bien, la verdad. Creamos a las criaturas más mortíferas frente a sus narices y no se enteraron hasta que pasaron semanas. Pero supongo que en cierta manera todo lo que nos llamaron era cierto.

»Éramos monstruos, sanguijuelas, destructores. Bueno, no lo éramos todavía cuando los Ancianos nos acusaron de ello, seguíamos siendo muy humanos y conservábamos nuestra compasión, nuestra luz, nuestra humanidad. Volviendo la vista atrás, y poniéndolo todo en contexto, analizándolo en la distancia, no puedo evitar pensar que los Ancianos hicieron más mal que bien cuando nos maldijeron.

»En la Atlántida había leyes estrictas que prohibían la pena de muerte dentro de nuestro territorio, así que los Ancianos no estaban autorizados a acabar con nosotros. Por eso buscaron otra solución: nos lanzaron un poderoso hechizo, y éste actuó como un virus, afectando nuestros cuerpos, debilitándonos, arrebatándonos la vida. Cuando estábamos en nuestro momento más bajo, nos expulsaron de la ciudad y nos hicieron prometer que jamás regresaríamos.

»Yo sabía que estábamos destinados a morir, y que todo ello no era más que un juego para los dioses. Nos habían dejado saborear los poderes, ver cómo podría haber sido nuestra vida, pero justo cuando empezábamos a sentir esa sensación de superioridad nos hicieron caer. Pasamos de la cima a lo más profundo, listos para morir.

—¿Por qué no murieron? —preguntó Evelyn con más interés del que debería.

Atticus sabía que la idea de su muerte la atraía. Dicho pensamiento actuó como una navaja y dejó una nueva marca en su ya maltrecho corazón.

—Gracias a Venecia y a sus poderes. Ella fue capaz de salvarnos utilizando un hechizo muy antiguo, tanto como la vida misma, pero también muy oscuro. Era un hechizo prohibido, algo que una bruja normal como ella no debería haber conocido, pero Venecia era Venecia, lo sabía todo. Y, gracias al hechizo, nos salvó la vida creando la raza vampírica.

»Ese tipo de hechizos oscuros estaban prohibidos por un buen motivo. Superó y canceló la maldición que los Ancianos nos habían lanzado concediéndonos algo tan precioso, tan especial y tan poderoso que sólo debería pertenecer a los dioses: la inmortalidad. Pero ella conllevaba un precio y, créeme, el precio era muy alto.

»Si pudiera escoger ahora entre morir y el precio que conlleva la inmortalidad, no estoy seguro de lo que haría. Hace tanto de aquello... En esa época pensé que sólo había una opción lógica posible, pero eso fue antes de que me enterara de que la inmortalidad, el mayor deseo, era la peor maldición de todas.

—¿Cuál era el precio que debían pagar por ella? —preguntó Evelyn sin mirarlo.

—La sangre. Teníamos que beber sangre para ser inmortales. Y, además, debíamos dejar que la Oscuridad invadiera nuestros corazones.

—Y, así, sin saberlo y sin haber tenido intención de hacerlo, los Ancianos ayudaron a crear las criaturas más mortíferas de la historia. Increíble, ¿no? Durante toda mi vida y la de los otros miembros de los Siete, siempre habíamos oído a los grandes y poderosos Ancianos predicar el respeto por la naturaleza. Decían que había que evitar abusar de la magia y los elementos sagrados para no cambiar el curso del destino porque, en ocasiones, una reacción en cadena podía conllevar más cosas negativas que positivas. Qué ironía... Ellos mismos ignoraron la teoría que predicaban.

»Si no nos hubieran maldecido, si no hubieran intentado apagar el fuego con fuego y nos hubieran dejado que nos quedáramos en el estado que habíamos adquirido, todo habría sido muy distinto. A lo mejor yo no estaría aquí, a lo mejor la raza vampírica tal como la conocemos no existiría. Por supuesto, si ése hubiera sido el caso, a lo mejor el mundo habría acabado a manos de la raza humana hace mucho. Ustedes, los hombres, con sus armas nucleares, con su insaciable deseo de obtener más poder y más dinero, con su sobreexplotación de los recursos de la Tierra, un planeta que comparten con multitud de otras especies... Este planeta sería una gran tierra baldía si no hubiera intervenido cuando lo hice.

Atticus dejó de hablar y miró a Evelyn para ver su reacción. Esperaba que le hiciera algún comentario, que se quejara al oírlo hablar así de su civilización y lo insultara a su vez por la clase de monstruos que había ayudado a crear. Pero no dijo nada.

Eso lo entristeció. Habría preferido sus típicos comentarios insolentes antes que aquel silencio, el vacío y el odio intangible que lo acompañaban.

Parte de él quería abrazarla y pedirle disculpas por su vulgar comportamiento, pero otra parte sabía que no había ninguna palabra en los veinte idiomas que hablaba con fluidez que pudiera compensarla por lo que había hecho. Se odiaba por haber perdido el control de nuevo y haber dejado que la Oscuridad invadiera su cuerpo y se apoderara del de Evelyn.

La quería tanto... Quizá incluso demasiado. Las emociones que sentía cuando la tenía cerca eran indescriptibles.

En el fondo, sabía que su amor por ella no era sano. Era demasiado oscuro, demasiado peligroso, casi rayano en la obsesión.

Nada lo torturaba más que saber que ella lo odiaba, y que las oportunidades de que ella lo quisiera, si es que las había tenido alguna vez, se habían desvanecido. Con el corazón en un puño, Atticus prosiguió con su historia.

—Al principio, Venecia creyó que sería posible controlar la Oscuridad y la maldad que habían penetrado nuestros cuerpos al convertirnos en inmortales. Y durante largo tiempo lo hicimos. Después de que los Ancianos nos expulsaran, decidimos que no valía la pena salvar la Atlántida si sus habitantes no querían ser salvados.

»Así que los Siete decidimos viajar por el mundo y dejar el destino de la Atlántida en sus propias manos. No te voy a mentir: mis primeros años como vampiro fueron de los mejores de mi vida. Cuando ahora los recuerdo, una parte de mí duda de si existieron de verdad o si mi mejor parte los ha inventado, como una especie de ancla con la realidad. Siempre que noto la Oscuridad invadir mi conciencia como una niebla invisible pero mortífera, pienso en aquellos días felices. Son como un vínculo con la mejor parte de mí, un Atticus que todavía se aferraba a su compasión y a su humanidad, un Atticus que se lamentaba por las vidas de cada víctima que mataba de manera accidental.

»Ese Atticus te habría gustado, ese hombre que yo solía ser. Si estuviera aquí ahora, no sería capaz de hacerte daño, te amaría con todas sus fuerzas. Y puede que tú lo amaras a él.

Atticus observó a Evelyn como un águila a su presa, intentando leer alguna expresión en su cara impasible.

En la distancia ya se oía la cascada. El amable discurrir del agua tenía un efecto positivo en él. Lo relajaba, y esperaba que a Evelyn le pasara lo mismo.

Pero ella seguía con gesto inexpresivo, aferrándose a las riendas de la yegua.

«Nunca podría querer a un hombre violento y cruel como tú —pensaba Evelyn—. El infierno se congelará antes de que me enamore de alguien así.»

—Te quiero —susurró Atticus—. Te quiero y lo siento. Estaba fuera de mí hace un rato, yo...

Pero ella lo interrumpió antes de que pudiera seguir:

—¡Tu maldición no es ninguna excusa para que me violes! Atticus, ¡no soy tu mascota! Si me quisieras tanto como dices, no me castigarías cuando hago algo que desapuebas. No usarías la fuerza sólo porque estoy asustada. Si me quisieras de verdad, desearías que yo te quisiera, y eso nunca se consigue ni con violencia ni con chantaje. —Para sorpresa de Evelyn, su propia voz sonó alta y firme en todo el discurso y no se rompió ni una vez, como habría imaginado. Parecía segura de sí misma, decidida, lo contrario de cómo se sentía.

Por dentro estaba deshecha. Sentía asco, se sentía sucia, utilizada, sin ningún valor, sin esperanza. Si Atticus perdía el control y decidía matarla, no haría nada por impedirselo, porque, al menos, si moría tendría que encontrar a otra persona a quien torturar. Evelyn sabía que hasta que la hubiera destrozado por completo tanto física como mentalmente no se daría por vencido.

—Te quiero —repitió Atticus.

—Lo que sientes no es amor —prosiguió—. Tú no sabes nada del amor. Amar a alguien es anteponer su felicidad a la tuya y sacrificarte por ella. No me quieres a mí, te quieres a ti mismo.

—Llevaría a mis más queridos amigos y compañeros al corredor de la muerte si tú quisieras. Marcus es uno de mis amigos más antiguos y cercanos, pero lo he enviado a Australia para mantener el embarazo de Alice en secreto, para protegerlos a ella y a su bebé, y todo por ti. Evelyn, haría cualquier cosa por ti, y

lo sabes.

—Entonces déjame ir. Libérame, devuélveme mi vida y mi libertad. —La joven habló con firmeza, pero con los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, no volvamos a lo mismo otra vez. Sabes que no puedo hacer eso...

—¡Sí puedes! —lo interrumpió ella de nuevo—. ¡Puedes, pero no quieres! Hablas de amor en cada frase y no dejas de repetirme lo mucho que te importo y lo mucho que te importa mi felicidad, y que harías cualquier cosa para ganarte mi afecto. Pero no sabes mantener tu palabra. Has abusado de mí, me has atormentado tanto emocional como físicamente. Dime, ¿es eso amor para ti? ¿En qué universo podría considerarse eso amor? Únicamente te importa tu propio placer, ¡yo no soy más que tu juguete sexual! —vociferó.

Tras pronunciar la última sílaba, notó la adrenalina recorrer su cuerpo y el corazón latirle a toda velocidad.

Despacio, apartó la vista de Atticus y posó los ojos en el lustroso verde de la hierba bajo sus pies, que parecía desplazarse a medida que *Daisy* y *Sombra* trotaban hacia la cascada, ajenos a la tensa discusión de los jinetes que los montaban.

Le temblaba todo el cuerpo y le castañeteaban los dientes. Se hizo un largo silencio en el que esperó que Atticus le saltara encima para castigarla de nuevo. Pero, por fortuna para ella, no fue así. En su lugar, él alargó la mano entre el estrecho espacio entre los dos caballos y agarró la suya. Evelyn dio un respingo al notar el contacto con su piel. Intentó apartarse, pero él la tenía agarrada con firmeza, aunque no tanta como para hacerle daño.

—No —lloriqueó. Se le rompió la voz.

—No voy a hacerte daño —le aseguró él—. Ya has sufrido bastante trauma por hoy. No volveré a forzarte así, lo prometo.

Aunque parecía sincero, la chica dudó del valor de su promesa. Pero al menos consiguió relajar un poco el cuerpo al creer que él no iba a volver a forzarla, al menos no de momento. Poco a poco, consiguió deshacerse de su mano.

Al principio, él no quiso soltarla, pero al final cedió al darse cuenta de que ella necesitaba espacio y que en esos momentos su mano era lo más insoportable que podía imaginar. Suspiró, odiándose por haber vuelto a perder el control, mientras se decía: «Me va a costar mucho más que un picnic arreglar esto».

Desvió su atención a la cascada a la que se aproximaban. Los alrededores eran silenciosos, había ordenado a los sirvientes del palacio real y a los residentes de las cercanías que se abstuvieran de visitar la cascada ese día. Quería pasar tiempo a solas con Evelyn..

—Éste es uno de mis lugares favoritos —comentó bajando del caballo.

En un instante estuvo al lado de ella, listo para ayudarla a desmontar de su yegua, pero Evelyn ya había bajado por el lado opuesto al que se encontraba Atticus. Tropezó ligeramente al hacerlo, y eso hizo sonreír al rey. Evelyn era muy terca y no se sometería fácilmente a sus deseos. Parte de él odiaba esa manera de ser de ella, pero otra admiraba su valentía y su independencia.

No había mucha gente que se atreviera a enfrentarse a él, y de algún modo le gustaba que ella tuviera su propia voluntad y no se comportara como cualquiera de sus secuaces.

Atticus sacó una pequeña cesta con comida que había en una de las alforjas del

caballo y señaló la cascada y el pequeño lago que tenían frente a ellos. Le ofreció la mano a Evelyn, pero ella fingió no percatarse.

El paisaje que tenía delante era espectacular, precioso; por mucho que le costara admitirlo, no podía negarlo.

Estaban cerca de los límites del palacio. Había altos acantilados cubiertos de musgo alrededor del valle, y un riachuelo salía de la masa de agua amontonada bajo la cascada. Parecía que había una pequeña cueva tras la cortina de agua, y, de haber estado allí con cualquier otra persona, a Evelyn le habría gustado ir a explorarla. Pero la idea de estar en un lugar cerrado y oscuro con Atticus no la atraía lo más mínimo.

Miró nerviosa las montañas que los rodeaban. Si él volvía a intentar aprovecharse de ella, su única vía de escape sería el sendero de hierba por el que habían llegado hasta allí. No obstante, nunca podría ser más rápida que él.

—No voy a hacerte nada —prometió Atticus de nuevo al darse cuenta de la incomodidad de ella. La joven no respondió. Agarró con fuerza las riendas de *Daisy*, que caminaba a su lado mientras se acercaban al estanque—. Y, sobre lo que dijiste antes de que no tengo ni idea de lo que es el amor..., te equivocas. Sé mucho sobre el tema. En el pasado yo también estuve enamorado. Hace mucho tiempo de aquello, pero sé que fue amor.

—Pensaba que habías dicho que lo que compartiste con Venecia había sido platónico.

—Sí, tienes razón. No quiero a Venecia más de lo que un hermano quiere a su hermana. Pero llevo muchos años en este mundo, Evelyn, ¿no crearás de verdad que no me he enamorado alguna vez, incluso varias?

—No creo que alguien tan malvado como tú sea capaz de amar. Me dan pena esas pobres chicas —añadió ella con frialdad.

Atticus sonrió con suficiencia.

—No digas «chicas», en plural. Fue una sola. Sólo hubo una antes que tú. Y, a diferencia de ti, ella sí me correspondió. Me quería mucho, muchísimo.

—Entonces ¿por qué no estás con ella ahora? ¿Por qué me molestas a mí? Si ella te ama, eso es mucho más de lo que yo podré ofrecerte nunca.

La sonrisa desapareció de los labios del vampiro.

Atticus extendió una manta de cuadros escoceses en la orilla del lago, asegurándose de que mantenía suficiente distancia entre ellos y la cascada para que la comida no se mojara. Colocó encima algunos sándwiches, un recipiente con fruta, algunos *cupcakes*, una bolsa de papas fritas, una botella de vino tinto y otra de blanco. También sacó platos de papel y vasos y tenedores de plástico. Se sentó y señaló el espacio que tenía al lado para que Evelyn se acomodara junto a él.

Ella dudó. Había pocas cosas que quisiera menos en esos momentos que compartir un picnic con Atticus, pero, como siempre, no podía elegir. Conocía su genio y sabía lo que podía llegar a hacer si volvía a desobedecerle por segunda vez ese día. Miró las altas colinas a cada lado del lago. Había un camino de entrada al valle y otro de salida. Evelyn dudaba de que en ningún caso fuera capaz de superar a Atticus en velocidad, necesitaría un milagro. Ya había puesto a prueba sus límites cuando había rechazado su ayuda para desmontar del caballo antes. «Será mejor que hagas lo que quiere por ahora», le dijo la voz de su conciencia. Deseaba que Hansel estuviera allí para darle consejos sensatos a Atticus, o sólo para romper la tensión del momento. Si los tres hubieran hecho el picnic juntos, Atticus probablemente se habría comportado mejor. O quizá no.

Vacilante, se agachó y se sentó sobre la manta, pero asegurándose de mantener una buena distancia entre su cuerpo y el de él.

Con parsimonia, él sirvió vino blanco en un vaso y se lo ofreció. La joven lo tomó resignada, aunque no tenía intención de beber. Acto seguido, vio a Atticus cómo echaba vino tinto y se percató de la textura demasiado espesa del líquido. Su estómago dio un vuelco al darse cuenta de lo que era.

—Mejor beber sangre de otros que la tuya propia —declaró él.

—Eso no justifica que mantengas a gente inocente en granjas para obtenerla —replicó ella en tono tranquilo.

Le pasó por la cabeza la imagen de las granjas de humanos que había por toda la Nación Vampírica y se imaginó a una muchacha de su edad siendo acosada por los guardias, enjaulada y teniendo que ofrecer su sangre a la fuerza cada pocos días. Sintió un escalofrío.

—En realidad, la mayor parte es vino, adulterado con un poco de sangre humana, nada más. No le he chupado toda la sangre a ninguna criatura inocente

—contestó él también con tranquilidad, excusándose.

—Eso no cambia nada —murmuró ella.

Alargó la mano para tomar un cuarto de sándwich de un recipiente. Todavía no

había desayunado y necesitaba comida o se desmayaría del hambre. En el momento en que el delicioso bocadillo entró en contacto con sus papilas gustativas, tuvo que contenerse para no mencionar el sabor exquisito del relleno de pato y la textura perfecta del pan, tierno y firme a la vez.

Él la miró, los ojos llenos de ternura, disfrutando de su presencia. Notó un deseo irrefrenable de acercarse y besarle los suaves labios, pero se resistió. Sabía que su afecto no le sería devuelto y no quería asustarla de nuevo con sus actos irracionales.

—Aunque las separan siglos de distancia, a veces me recuerdas mucho a ella — dijo Atticus.

—Cuando dices «ella», ¿te refieres a tu primer amor?

Atticus asintió.

—Hacía mucho que no pensaba en ella, en esos recuerdos... Me atormentan siempre que bajo la guardia. Quiero olvidarme de ella con todas mis fuerzas, pero del mismo modo que no puedo dejar de quererte, tampoco puedo olvidarla.

—Háblame de tu primer amor. ¿Cómo era? —preguntó Evelyn; la curiosidad se había apoderado de ella sin quererlo. Se preguntaba qué clase de mujer podría haber amado a un monstruo como Atticus, un hombre más allá de la redención.

Justo entonces, la voz de su conciencia la regañó: «Quizá él fuera diferente entonces, quizá sin la Oscuridad controlándolo hubiera sido alguien decente».

Él sonrió al empezar a rememorar el pasado.

—No recuerdo la fecha exacta, ni siquiera el año, pero sé que debió de ser más o menos trescientos o cuatrocientos años después de que el resto de los Siete y yo sufriéramos la metamorfosis que nos llevó a dejar de ser humanos para convertirnos en las criaturas que somos ahora... Muchas cosas han pasado desde entonces, muchísimas. Como te dije, desearía haber sido más selectivo al escoger a la gente a quien Venecia y Lyla acabaron hechizando. —La expresión de Atticus se ensombreció al recordar algunos pasajes que le hicieron rememorar una de las épocas más oscuras de su vida—. Al principio teníamos que haber sido sólo cinco los que pusiéramos a prueba el hechizo de Venecia: ella, Maraji, Duncan, Alavir y yo. Pero los cinco se convirtieron en seis cuando Venecia se dio cuenta de que necesitaría a otra sacerdotisa que le ayudara. Y los seis pasaron a ser siete cuando Duncan se negó a participar en el experimento sin Saphera, su nada encantadora esposa.

»Al principio me negué rotundamente a incluir a esta última en el experimento, pero Duncan la quería tanto... Sabía que las posibilidades de que acabáramos convirtiéndonos en seres superiores eran muy altas, y no podía soportar pensar en transformarse él y dejarla a ella atrás, débil y humana. Supongo que se podría decir que Duncan era un buen hombre, pero una parte de mí siempre dudó de si la idea había salido realmente de él o había sido cosa de Saphera. Esa mujer era un demonio. Deseaba el poder tanto como yo te deseo a ti. Nunca supe si realmente amaba a Duncan o si sólo lo utilizó.

»Intenté avisar a mi amigo de que ella no le convenía, pero no quiso escucharme. De ningún modo quería seguir con el plan sin él, así que tuve que aceptar su condición y permitir que Saphera se uniera al grupo. El resto tampoco estaban muy contentos, pero Duncan era mi amigo, y ¿quién era yo para hacerle elegir

entre emprender ese arriesgado viaje conmigo y estando con su mujer? De todos, Saphera era la que le ponía más dramatismo a todo lo relacionado con la maldición y con lo de tener que beber sangre tras convertirnos en inmortales. Durante largo tiempo, quise estrangularla para que se callara y dejara de quejarse.

»De los demás, creo que nadie odiaba a Saphera tanto como Lyla y como yo. Venecia era amable y tenía en cuenta sus opiniones, incluso la trataba como a una hermana, pero Lyla no era ni la mitad de considerada que ella. Lyla también había accedido a formar parte del experimento para obtener poder. Siempre había sido una descastada, temida por sus poderes. En esa época, los Ancianos de la Atlántida creían que había dos clases de magia: blanca y oscura. Y, como podrás adivinar, los magos blancos eran venerados y respetados, mientras que los magos oscuros no lo eran. Jonah y Marcus creían que Lyla era la causa de la Oscuridad que anidaba en mí, que su magia se había apoderado de mí cuando ella y Venecia nos habían hechizado para convertirnos en inmortales, y puede que fuera cierto. Si fue algo intencionado o no, no tengo ni idea. Nunca acabé de entender a aquella chica.

»En cualquier caso, Saphera era insoportable, y encima había recibido el poder más potente de todos: el de la compulsión. Para una persona con tan poca capacidad para controlar su temperamento, era el peor regalo que podría haber recibido, porque no tenía ni idea de cómo dominarlo. La compulsión jugaba con su mente, la volvía loca haciéndola ver todo tipo de alucinaciones, tanto que al final no sabía distinguir la realidad de la imaginación. Muy pronto, fue víctima de su propio poder. Sin darse cuenta, empezó a sufrir su poder en carne propia y comenzó a creer cosas que no eran ciertas. Por eso odió usar su poder, porque juega con mi mente y confunde mi conciencia.

Atticus levantó la vista hacia Evelyn y se dio cuenta de que había dejado de comer y miraba hacia otro lado. Recordó aquella noche en el Bentley, la noche antes de que ella intentara quitarse la vida de nuevo, y cuánto le había disgustado a ella su coacción, afectándola hasta un punto en el que sintió que su propia existencia ya no le importaba. En el fondo sabía que la joven debía de estar pensando en esa noche también, o quizá en la del motel.

Temeroso, acercó su mano a la de ella en un gesto de consuelo, pero en el momento en que la tocó, Evelyn apartó la suya y lo miró con los ojos llenos de miedo y de tristeza.

Los ojos son el espejo del alma. Atticus nunca había caído en la cuenta de lo verdadera que era esa frase hasta que se asomó a los azules ojos de Evelyn en ese momento y vio el pavor que él le provocaba. Comparó a la chica que tenía delante con la que había conocido al principio y se dio cuenta de lo mucho que la había destrozado. Día a día, un acto condenado tras otro, arrebatándole su luz poco a poco. Era un crimen que odiaría haber cometido hasta el fin de sus días.

—Sé en lo que estás pensando —susurró Atticus—, y te prometo que nunca volveré a hacerte eso. Juro por la tumba de Mira que jamás utilizaré la compulsión contigo.

Evelyn lo observó sin que su mirada expresara ningún tipo de emoción, preguntándose cuánto tardaría en romper esa promesa. En vez de hacer ningún comentario, intentó cambiar de tema.

—¿Se llamaba Mira?
Él asintió.

—En realidad se llamaba Minerva, el nombre romano de la diosa griega Atenea, señora de la sabiduría. —Atticus dirigió la mirada al estanque y una leve sonrisa afloró a su rostro—. Hacia el año 500 o 400 antes de Cristo, Saphera perdió la cabeza. Estaba tan ofuscada creyéndose sus propias realidades que ya no sabía qué era cierto y qué no. Fue la primera de nosotros consumida por la Oscuridad. Empezó a creer que Venecia, quien siempre la había ayudado, tenía una aventura con Duncan, y se convenció de que un día ella acabaría por destruir la Tierra y matarnos a todos... A menos que ella la matara. ¡Qué equivocada estaba! Tuvimos que escoger entre las dos, y aunque a veces el poder de Saphera era de utilidad, sabíamos que, si no quedaba opción, la vida de Venecia era mucho más valiosa.

»Pero también sabíamos que Duncan jamás permitiría que le hiciéramos nada a su esposa y que lucharía con uñas y dientes por ella. Así que, sin consultarlo, le robamos el alma a Saphera. Al enterarse de que su mujer ya no era la misma, a Duncan se le rompió el corazón. Los Siete ya no éramos los Siete. Y, en el siguiente siglo más o menos, decidimos separarnos. Fue la última vez que Maraji, Duncan, Venecia, Lyla, Alavir y yo estuvimos todos juntos en el mismo sitio y en el mismo lugar. Aunque nos prometimos reunirnos más adelante, nunca lo hicimos.

»Después de que Lyla, Venecia (que se quedó conmigo hasta el final) y yo nos separásemos, sentí el poder de la Oscuridad intentando adueñarse de mi alma. La soledad empezaba a hacer mella en mí y se me llenaba la cabeza de pensamientos y creencias que sabía que estaban mal. La mayoría de los años que pasaron entre la separación de los Siete y la época en que conocí a Mira los tengo borrosos. Me pasaba los días y las noches en burdeles y bares, ahogando las penas en alcohol.

Atticus tomó un sorbo de su copa. Por un momento, Evelyn casi sintió pena por él. Casi.

—Para serte sincero, si no hubiera llegado a conocer a Mira, no tengo ni idea del hombre que habría acabado siendo. Era tan preciosa, tan apasionada, tan compasiva y tan inteligente... Me salvó de la Oscuridad, trajo la luz de vuelta a mi vida. Se parecía mucho a ti, pero a la vez son muy diferentes. —Atticus dejó escapar un doloroso suspiro, y Evelyn creyó ver una lágrima rodando por su mejilla.

Lo odiaba. Lo odiaba con cada célula de su cuerpo por lo que le había hecho. Y ese odio nunca desaparecería, era eterno; nunca lo perdonaría, estaba segura. Pero, por algún motivo, ver al todopoderoso rey Atticus Lamia, amo y señor de la Nación Vampírica, llorar así derribó por un momento todas las defensas de la chica. En ese instante, notó cómo a ella misma se le empezaban a agolpar las lágrimas.

Lo despreciaba. Era un monstruo, era el mismo demonio. Pero, al verlo hundido, vulnerable, no pudo evitar rodearlo por los hombros y acercarlo para estrecharlo entre sus brazos. Lo mataría a la primera oportunidad que tuviera, pero Evelyn Blackburn era Evelyn Blackburn, y su corazón compasivo y su luz eran tanto una bendición como una maldición. Sabía que tendría que haberlo visto sufrir

con una sonrisa en la cara, pero no era capaz. Parte de ella quería hacerlo, pero no estaba en su naturaleza.

—No tienes por qué contármelo si no quieres —le dijo ella.

—Quiero hacerlo —susurró él—. Quiero que oigas la historia. Mira no era exactamente una damisela en apuros. Siempre pensé que era irónico que se llamase Minerva, porque su profesión y su estilo de vida no tenían nada que ver con los de la pura Minerva, o Atenea, como la llamaban los griegos. —Atticus bajó la vista hacia la manta—. Conocí a Mira en un burdel, en Roma. Eran los inicios del imperio, pero, aun así, la ciudad ya era preciosa, igual que ella. Al principio no le presté atención. Tenía un aura de inocencia que parecía extraño en una chica como ella, que trabajaba como prostituta en uno de los burdeles más concurridos de Roma. Aunque a mí no me entró por la vista en un primer momento, era una de las cortesanas más demandadas en la ciudad.

»Una vez vi a uno de los senadores romanos requerir sus servicios. Recuerdo verla temblar bajo la mano de él. Siempre que la utilizaban parecía que sufría. Odiaba su trabajo, y yo lo sabía. Pero no fue hasta que vi a un hombre de unos cincuenta años con un solo diente y cubierto de suciedad y sangre intentando poseerla en mitad del bar que vi a Mira derramar una lágrima. Esa noche no pude dejar de pensar en ella. Era como una lila, una criatura inocente y pura creciendo entre el fango de la dura realidad de la vida.

»A la noche siguiente, requerí su presencia en mi cuarto. No mentiré: en el momento en que vi su pequeña figura entrar en la habitación, me excitó su inocencia. Era la primera vez que la miraba con detenimiento. Tenía la piel dorada, el cabello castaño y los ojos verdes más bonitos que había visto nunca. En ese preciso instante me enamoré de ella. Y, desde esa noche, le di al dueño del burdel una desorbitada cantidad de dinero para asegurarme de que nadie más le ponía la mano encima, para que me la reservara sólo a mí. Supongo que siempre he sido igual de posesivo con todas mis mujeres... —añadió Atticus mirando a Evelyn.

Ella no dijo nada.

—Tras dos noches con ella, supe que no había escogido su profesión. Si hubiera podido escoger, nunca habría puesto un pie en un burdel. Pero, como siempre, al tener que enfrentarse a la realidad de la vida, no había tenido más opción. Su madre había muerto unos meses después de dar a luz a su hermano pequeño y a su padre lo habían matado en una pelea de borrachos después de beber demasiado una noche, destrozado por la muerte de su mujer. Su familia nunca había tenido dinero, pero después de que su padre gastara sus pocos ahorros en alcohol, los dos hermanos se quedaron huérfanos, sin nada y con muchas deudas a las que hacer frente. Mira sólo tenía dieciséis años cuando su padre murió, y su hermanito era un bebé. ¿Cómo iba una chica de dieciséis años a criar un niño y pagar una absurda cantidad de dinero al mismo tiempo?

Evelyn miraba a Atticus con cara de espanto.

—Se vendió a sí misma al burdel y empezó a acostarse con varios hombres cada noche para poder pagar la deuda y poner un techo sobre su cabeza y la de su hermano. Tras aquella segunda noche, la compré al burdel. No sólo me había contado su historia en ese tiempo, sino que yo también le había abierto mi corazón y contado la mía. Y había sido la primera vez que le había confiado mi

secreto a alguien. Me llevé a Mira y a su hermanito de allí, lejos de Roma. Compré una casa en un pueblo más pequeño a las afueras de la ciudad. Aunque el tiempo que pasé con ella no fue muy largo, puedo asegurarte que fue el más feliz de mi vida.

—¿Qué le pasó a Mira?

—Murió —dijo Atticus atragantándose, su voz dando paso a un sollozo.

—¿Cómo? —preguntó Evelyn.

—Yo... yo la maté. Yo maté a mi Mira...

Arrepentimiento.

Es curioso, pero la mayoría de las veces no nos arrepentimos de nuestras acciones, sino de lo que no hicimos y podríamos haber hecho.

¿Alguna vez las infinitas opciones que has tenido te han mantenido en vilo toda la noche? ¿Te has preguntado cómo de distinta sería tu vida si te hubieras atrevido a dar la cara, a hablarle a aquella persona tan especial, a correr el riesgo?

La peor forma de arrepentimiento es la que sentimos por aquello que podríamos haber hecho, por las opciones que habrían llevado a que nuestra vida tomara otro rumbo completamente diferente. Opciones que habríamos escogido de saber lo que sabemos ahora.

«Yo maté a Mira.»

Esas palabras hicieron que los pulmones de Evelyn se quedaran sin aire. Permaneció en silencio unos instantes, viendo las lágrimas rodar por las mejillas de piel morena y perfecta de Atticus.

Su pequeño corazón humano latía a una velocidad que parecía enviarle a su cuerpo señales de que debía o bien luchar o escapar tan pronto como pudiera, estableciendo la mayor distancia posible entre ella y el vampiro.

«La mató él —pensó horrorizada—. Mató a Mira, ¡mató a su primer amor! ¿Cómo pudo matar a la mujer a la que amaba?».

Pero su conciencia respondió de inmediato a la pregunta: «Es Atticus. Por supuesto que la mató. No pudo controlarse. La Oscuridad que habita en él, la que sustituyó a su alma, lo hizo capaz de cualquier cosa. ¡De matar a cualquiera!».

Incluso la vida de Evelyn era como una cuerda casi rota en la palma de su mano. En el fondo, sabía que ella no era ninguna excepción a su crueldad y a su violencia sádica. Había habido veces en las que había estado segura de estar a punto de morir en sus manos.

Al oír lo que él acababa de contarle se dio cuenta de que no estaba nada sorprendida ante el hecho de que Atticus hubiera matado a su primer amor, porque en algún lugar de su mente sabía que era posible que algún día ella corriera también la misma suerte y muriera en sus manos.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Atticus con la voz rota tras un breve silencio.

Recordar a Mira había derribado todas sus barreras de defensa habituales. Al mirar a Evelyn a los ojos, ella pudo ver todo lo que él sentía, sin filtro: dolor, pena, odio hacia sí mismo, amor, deseo, ira, desesperación... Todo. A Evelyn le pareció haber visto su alma. Excepto que él no tenía.

—Siempre te he tenido miedo —respondió—. Me has hecho responsable de las vidas de la gente a la que quiero y me tienes prisionera en tu palacio, ¿cómo podría no tenerle miedo a alguien como tú?

Atticus casi se echó a reír y le tendió la mano. Por instinto, ella se apartó, pero él no estaba en posición de soportar un rechazo y le tomó la suya a la fuerza de todos modos.

—Quería a Mira como te quiero a ti, pero, a diferencia de ti, ella me entregaba su cuerpo por propia voluntad —prosiguió—. Hoy en día, no sé aún si me quería por quien era o porque la salvé no sólo a ella, sino también a su hermano. Una parte de mí quiere creer que me amaba por mí mismo, pero, francamente, a la mayor parte de mí no le importaba lo más mínimo. El amor es el amor, y las razones dan lo mismo. Aunque la vida de Mira fue corta, mi amor por ella no tuvo límites. Me salvó de la influencia de la Oscuridad y me demostró que la vida podía ser mucho más; que mis poderes eran un don, no una desgracia. Me enseñó que algún día podría utilizarlos para cambiar el mundo para bien, que podría ser el mayor héroe que la historia había conocido. Sin Mira, nunca habría creado mi pequeño círculo de vampiros, reclutando tan sólo a los humanos más poderosos y talentosos. Nunca podría haber derrocado la democracia humana y haber creado el mayor imperio de la historia. —Con el pulgar, le acarició el dorso de la mano—. Fue muy triste que nuestra historia no durara. Dos meses después de comprarla al dueño del burdel, me dio una noticia que no esperaba, la peor, y esa información hizo que nuestra vida cambiara.

—¿Qué te dijo?

—Mira estaba embarazada —declaró Atticus chasqueando la lengua—. Pero supongo que eso era lo que merecía por enamorarme de una mujer de su profesión.

La manera como lo dijo sacó a Evelyn de la historia. ¿Cómo podía decir que la amaba y hablar de ella de ese modo? Él siguió diciendo que no fue culpa de ella, o su elección, trabajar en un burdel.

—Entonces yo era joven, era uno de los primeros vampiros, y en esa primera época no sabíamos lo que podíamos hacer y lo que no, lo que quedaba dentro o fuera de nuestros poderes. Pero ya había estado con bastantes mujeres en los cientos de años que llevaba vivo, y Mira era la primera que se había quedado embarazada. Me puse furioso, pensaba que me había engañado y se había acostado con otro hombre. Recuerdo cuando me lo dijo, tan inocente como era, pensando que el bebé era mío y dándome la noticia con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía tan feliz, tan encantada de poder vivir la maternidad... ¿Y yo? Como el monstruo que soy, descargué mi Oscuridad sobre ella por primera vez aquella noche. La estrangulé, la golpeé, la pateé... Ella no paraba de gritar y de suplicarme que parara, si no por ella, por el niño que llevaba en su vientre. Pero no lo hice. Seguí atacándola y disfrutando cada vez que oía romperse uno de sus huesos, sus gritos desesperados. A veces la dejaba que me pegara, le daba la oportunidad de protegerse, le daba esperanzas de salvarse sólo para contraatacar de nuevo con toda mi fuerza, pero con más potencia todavía. Yo... —Atticus se detuvo antes de continuar con la frase, saliendo de su ensoñación y volviendo a la realidad.

Miró a Evelyn.

Ella luchaba por deshacerse de su mano con una expresión llena de miedo, asombro y asco, todo mezclado.

Atacó a una mujer embarazada. A una mujer a la que decía amar. Le hervía la sangre, le entraron náuseas al pensar en Atticus atacando a Mira, una mujer que no había hecho otra cosa más que amarlo, que había hecho lo posible por redimirlo y había disfrutado haciéndolo. Era una bestia repugnante e inhumana.

—...Continué atacándola hasta que perdió el conocimiento —prosiguió relatando él—. Cuando por fin volvió en sí, habían pasado cinco días. Para mi sorpresa, no sólo había sobrevivido ella, sino que el bebé también. Como ya he dicho, era muy joven y no conocía bien las habilidades curativas de mi sangre y lo que podían hacerles a los humanos, así que la cuidé a la vieja usanza: llamando a un médico. Mira ya no volvió a ser la misma conmigo después de aquello. Seguía manteniendo que el niño era mío e insistía en que nunca se había acostado con nadie más después de mí, y yo acabé por creer en su fidelidad. Aun así, hoy en día sigo sin estar seguro de si decía la verdad respecto del bebé. Era una prostituta, después de todo. La quería mucho y la idea de que me abandonara me resultaba insoportable. Entonces no sabía si los vampiros eran capaces o no de concebir, así que decidí darle el beneficio de la duda. Le había dicho que, si el bebé era mío, por supuesto que lo aceptaría, pero, si no lo era, lo mataría antes de que respirara la primera bocanada de aire. A él y a su padre. Pasaron los días y me di cuenta de que pensar que alguien había puesto la mano encima a mi chica alimentaba a la bestia negra de mi interior como ninguna otra cosa. Así que, entre la noche que Mira me dijo que estaba embarazada y la noche en que murió, maté a todos los hombres que habían visitado el burdel en el que ella trabajaba, y a algunos inocentes también, pero éstos sólo fueron daños colaterales.

»Cuando ella murió, yo habría querido quemar Roma hasta que no quedaran ni los cimientos. Perdí la cuenta de las vidas que cobré esa noche. Ella era mía y quería que todos los hombres que habían obtenido placer de su cuerpo murieran también.

—¿Cómo murió finalmente? —preguntó Evelyn con cautela, temerosa de saber la respuesta.

—Fue por mi culpa. Después de mi ataque, su cuerpo no volvió a recuperarse. Y ya no tenía ganas de vivir, sólo lo hacía por la criatura que llevaba en el vientre. Al final, su cuerpo no pudo protegerlos a ambos, y el médico me pidió que tomara una decisión: matar al bebé o dejar morir a Mira. Yo, por supuesto, escogí la primera opción. Pero ella no estaba dispuesta a dejar morir a su hijo. Escogí por ella: fui a la ciudad y compré todo tipo de hierbas de las que se rumoreaba que podían matar a un nonato. Se las di mientras estaba dormida, y el feto no sobrevivió a aquella noche.

»Cuando Mira se enteró de que había matado a su hijo, se volvió loca y utilizó todo tipo de provocaciones para hacerme enojar, para herirme como yo la había herido. Y la verdad es que algunas de las cosas que dijo consiguieron tocarme el alma, pero, por alguna extraña razón, esa noche fui capaz de controlarme. Cuando vi que ella ya no razonaba, la dejé sola, esperando que una noche de sueño la calmaría. Pero me equivoqué. Mira murió esa noche. Se estranguló con su propio collar, el collar que yo le había regalado la noche que la rescaté del

burdel. —La voz de Atticus se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Entonces pensé que no podría haber hecho nada para salvarla. No conocía el poder curativo de mi sangre, no sabía que podría haber conseguido que volviera dándole de beber de mi sangre, que podría haberla convertido en vampiro, aunque hubiera tenido un tiempo limitado para ello.

De nuevo, verlo llorar así hizo que una pequeña parte de Evelyn se emocionara, e, inmediatamente, quiso abrazarlo y consolarlo. No obstante, otra parte de ella estaba asqueada al saber lo que había hecho. La forma en que había abusado de Mira le recordó lo que le había hecho a ella, y necesitó todas sus fuerzas para mantener a raya los recuerdos de la noche del motel y los de esa misma mañana.

—Quise a Mira con locura, y después de su muerte pensé que nunca podría volver a querer a nadie. Pensé que sería imposible que nadie me importara como me había importado ella. Hasta que llegaste tú, claro. Evelyn, la noche que te conocí, sentí como si hubiera despertado de un largo sueño. Tú curaste mi corazón roto, me aportaste calidez, me hiciste amar de nuevo. ¿Recuerdas tu decimonoveno cumpleaños, la noche que te sorprendí a punto de entregarle tu virtud a Ethan detrás de aquel cerezo...?

A la chica se le heló la sangre ante la mención de aquel día. Todavía hoy, casi dos años después, los acontecimientos de aquella noche atormentaban sus sueños. Había sido la primera vez que había experimentado la violencia de Atticus de cerca y había sabido de lo que era capaz.

—Esa noche quise desgarrarle la garganta a Ethan, matarlo con mis propias manos. Todavía pienso que ojalá lo hubiera matado. A veces, la Oscuridad me susurra al oído y me muestra imágenes y sonidos... Te había imaginado muchas veces jadeando debajo del patético cuerpo de Ethan, y a la Oscuridad le gusta volver a mostrarme esas imágenes en sueños para tratar de controlar mi cuerpo. Te desea tanto como yo, si no más. Y haría lo que fuera por obtener placer de tu cuerpo, lo quieras o no.

Evelyn tembló y dirigió la vista hacia el estanque. No quería pensar en la Oscuridad como un ser consciente que la quería a ella.

Tampoco quería oír que la amaba a ella como había amado a Mira; la mujer que se quedó embarazada y a la que le pegó salvajemente, la mujer a la que dejó que se arrebatara la vida después de haber matado a su hijo.

—En fin, creo que ya te he contado suficientes historias por hoy. Deberíamos volver al palacio. —Atticus chasqueó la lengua y le rodeó con fuerza la cintura. Observó el paisaje.

—Atticus..., quiero irme —replicó ella mientras intentaba soltarse de su mano.

Él siguió sujetándola con fuerza, aunque no la suficiente como para dejarle ninguna marca. Esa vez.

—Si fuera otra persona, ¿accederías? —preguntó con frialdad. Y, antes de que Evelyn supiera lo que ocurría, notó la mano libre de él en la base de su mandíbula, agarrándola con el índice y el pulgar—. Si fuera Ethan, ¿te arrodillarías voluntariamente y me tomarías en tu boca con el mismo deseo en los ojos que ves en los míos? Si fuera Ethan, ¿te quitarías la ropa ahora mismo y me dejarías que te fornicara hasta perder la conciencia?

—¡No, si me tratara así! —gritó ella, e intentó librarse de sus manos, pero no había forma humana posible.

—Evelyn, ¿sabes por qué dejé que Mira se quedara con el bebé el tiempo que lo hizo? —susurró él en su oído—. Porque creí que no había sido concebido mientras ella estaba conmigo y, por lo tanto, me había sido fiel. Mi dulce, dulce, Evelyn, ¿hay algo que quieras contarme? ¿Algo que te gustaría confesar? Si lo confiesas por voluntad propia, puede que te deje ir libre... En ese caso, a lo mejor no te castigo.

—¡Suéltame! —gritó ella luchando con todas sus fuerzas, pero no eran nada comparadas con las de él. Todo su cuerpo temblaba de puro terror al percatarse de que Atticus sabía lo que había hecho con Ethan.

—Iba a dejar que el bebé de Mira viviera, pero eso no quiere decir que dejaría que tu bastardo viviera también. Si me enterara de que estás embarazada, tenlo muy claro, no sólo lo mataría a él, sino también a la alimaña de su padre y a todo el mundo que hubiera ayudado a que estuvieran juntos. ¡Eres mía! ¡Mi mujer! Me perteneces, igual que todo en este planeta me pertenece. Y ¿de qué me sirve tener todo el poder del mundo si no puedo conseguir lo que quiero? Ahora dime..., ¿qué pasó durante tu visita a casa de tus padres?

—Yo... —empezó a decir Evelyn. Se debatía entre decir la verdad y mentir, inventarse una historia, pero sabía que sólo conseguiría cavar su propia tumba. Había sido muy inconsciente por su parte suponer que podría esconderle algo así a Atticus—. Me acosté con Ethan.

Sin previo aviso, él la empujó y la espalda de Evelyn chocó con fuerza contra el suelo rocoso.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó ella incorporándose, el cuerpo de él sobre el suyo, amenazador.

Vio la Oscuridad en sus ojos, el tic nervioso de las manos... En silencio, cerró los párpados y se preparó para que la atacase. Pero, para su sorpresa, esta vez no la tocó.

—Te prometí que no volvería a forzarte. No sé cuánto tiempo seré capaz de mantener mi promesa. Quizá hasta mañana, quizá hasta el final de mis días... No lo sé. Puede que la rompa antes de que estemos de vuelta en palacio, puede que decida poseerte sobre el lomo de *Sombra*, o sobre la hierba, pero no lo haré ahora mismo. No mientras tenga a Mira fresca en el recuerdo y Ethan siga dominando el tuyo.

Evelyn tragó saliva, nerviosa y, al mirar hacia arriba, notó que el cuerpo de él le hacía sombra.

«Lo sabía, Atticus sabía lo que hicimos Ethan y yo, sabía que nos habíamos acostado...», pensó. De pronto, al ser consciente de lo que eso significaba, entendió por qué no había visto a Hansel desde que había regresado de casa de sus padres.

—H-Hansel... —fue lo único que pudo pronunciar al ver la mirada oscura y asesina de Atticus.

Él le dedicó una sonrisa siniestra.

El paseo a caballo de vuelta al palacio fue en cierto modo tranquilo. Pese a las reticentes pero continuas preguntas y súplicas de Evelyn, Atticus se mostró impasible. Ni un sonido salió de sus carnosos labios; mantenía la mirada fija en el camino ante sí, negándose a mirar a la joven o a dirigirle la palabra.

—¡Sólo dime si sigue vivo! —le pidió ella llorando y clavando las uñas en las riendas de la yegua a causa del miedo por lo que podría haberle pasado a Hansel—. Por favor, sólo dime...

Él no respondió. Mantenía la cabeza alta y el rostro inexpresivo mientras acariciaba la oscura y espesa crin de *Sombra* con una sonrisa.

Evelyn se secó las lágrimas al darse cuenta de que Atticus tenía todas las cartas y que ella se había visto forzada a jugar a un juego del que ni siquiera conocía las reglas.

—No lo mates... —murmuró con pesar—. Te lo suplico. Ignórame cuanto quieras. En realidad, haz lo que deseas conmigo, pero, por el amor de Dios, no le hagas daño a Hansel. Es inocente, no tiene nada que ver con todo esto. No ha hecho nada malo. No castigues a alguien inocente, ¡por favor! ¡Es tu amigo!

De improviso, Atticus empezó a reírse a carcajadas. Echó la cabeza atrás e incluso comenzó a llorar a causa de la risa. Había algo increíblemente malvado, hasta perturbador, en la escena, y su repentino cambio de humor hizo que a Evelyn se le helara la sangre. Lo observó con los ojos abiertos como platos, muerta de miedo.

Esperó hasta que las carcajadas se calmaron por fin. Pero el eco de su risa seguía resonando en sus oídos. Había visto tantas caras de su personalidad que ya no sabía a qué atenerse, pero era ahora, a lomos de *Sombra* y de *Daisy*, con el palacio a la vista, que por primera vez fue testigo de su lado más sádico. Era un hombre sin principios morales, que no se arrepentía de nada. En su pecho latía un corazón frío, muerto, lleno de Oscuridad y fantasías horribles.

Miró al suelo y decidió que se enteraría tarde o temprano, de una forma u otra. Incluso aunque le costara la vida, rescataría a Hansel de donde fuera que lo tuviera cautivo. Le pagaría toda la bondad que le había mostrado. Ella sería la amiga que él había sido para ella.

El rey decidió entrar cabalgando por la puerta principal del palacio en lugar de dirigirse a los establos y dejar descansar a *Sombra* y a *Daisy*. No lo consultó con Evelyn, por supuesto, simplemente guio a los caballos hacia la entrada principal del castillo y ella no pudo hacer otra cosa más que seguirlo como un cachorro obediente. Sabía que, si decidía ir por otro camino, a él no le sentaría nada bien,

y, a juzgar por el silencio con el que la estaba tratando, desobedecerle justo ahora para reafirmarse en su propia independencia podía ser un suicidio en toda regla.

Y no podía morir hasta que hubiera rescatado a Hansel.

Cuando llegaron a los altos arcos de piedra de la entrada, dos de entre la docena de guardias se colocaron de inmediato a ambos lados de ellos, tomando las riendas de los caballos cuando desmontaron. Sin mirarla siquiera, Atticus salió corriendo escaleras arriba, pero Evelyn notó por la tensión en sus hombros que seguía muy enojado. Habían quedado temas por resolver entre ambos, pero la joven supuso que esta vez era él quien necesitaba tiempo.

—¡Atticus! —gritó entonces una voz masculina—. ¡Atticus! ¿Dónde demonios has estado? ¡Llevo buscándote desde hace varias horas!

Un hombre de pelo oscuro corrió hacia el rey.

—Jonah... —dijo Atticus—, ¿qué pasa?

Éste fue a responder, pero se detuvo cuando sus ojos oscuros se toparon con los de la joven. Su expresión pasó de la leve molestia a la ira.

—Así que, mientras yo corría arriba y abajo por todo el palacio, buscándote..., ¿estabas con ella?

Evelyn habría mentido si hubiera dicho que no notó el veneno y el odio que encerraba la voz de Jonah al referirse a ella. El vampiro la escaneó de arriba abajo y torció el gesto. Ella también hubiera preferido no haber estado con el rey.

—¿Qué pasa? —repitió Atticus.

Jonah puso los ojos en blanco, se le acercó y le susurró algo al oído. A Evelyn casi le hizo gracia el gesto. Miró a su alrededor y contó unos veinte guardias armados en el vestíbulo. Todos vampiros, sin duda, por tanto, ella era la única sin un oído sobrehumano. Casi la hizo sentir especial que un lord como Jonah se tomara la molestia de esconderle las cosas únicamente a ella.

Entonces, de pronto, notó un nudo en el estómago. Sus ojos volvieron a contemplar a Jonah, que seguía hablándole al oído a Atticus. Evelyn se echó a temblar al pensar que algo malo podría haberle ocurrido a Hansel.

Fuera lo que fuera lo que el vampiro estuviera diciendo, Evelyn sabía que era importante. Por un momento vio una expresión de alarma cruzar el rostro de Atticus, pero sólo duró una fracción de segundo antes de convertirse en una sonrisa arrogante.

—Bueno, si son idiotas, son idiotas —rio—. ¿Cuándo aprenderán que no pueden hacer nada contra mí? —Sus ojos se posaron en un grupo de hombres trajeados con gesto alarmado, ansiosos por hablar con el rey, antes de volver la vista hacia la asustada muchacha humana que tenía detrás—. Tengo algunos asuntos de los que ocuparme, nada malo —dijo dirigiéndose a ella—. Jonah, acompaña a Evelyn a su habitación. Y asegúrate de que no vuelve a escaparse.

Había una amenaza velada en la orden. Jonah puso cara de asco, aún más fastidiado ante la petición que Evelyn.

—No es en serio, ¿verdad, Atticus? ¡Yo no voy a mover un dedo por esta niña! Búscate a otro. Mae siempre está por ahí sin hacer nada, le diré que se ocupe de tu... —Jonah se interrumpió al ver a Atticus dirigirle una mirada asesina.

—Escolta a Evelyn hasta su habitación —ordenó el rey, pero esta vez con más autoridad—. Y espero que no cometas el mismo error que Hansel.

El otro suspiró.

—Por encima de mi cadáver.

—¿Así que él va a ser mi nueva niñera? —preguntó Evelyn con amargura—. No te ofendas, pero prefiero a Hansel.

Jonah le dedicó una mirada llena de odio, enarcando una ceja.

—Como me hagas ocuparme de ella, dimíto.

Atticus se echó a reír.

—Acompáñala a su habitación.

—¡Espera! —gritó Evelyn—. ¿No vas a responder a mis preguntas?

Atticus se detuvo un instante y se volvió para echar un último vistazo a la cara llorosa de la chica. Ella vio muchas emociones diferentes recorrer la de él.

Sus miradas se cruzaron.

—Por favor, Atticus —gimoteó—. Sólo dime que está vivo. Hansel es tu amigo..., ¡siempre te ha sido leal! ¡Lo que pasó no fue culpa suya!

—Siempre me había sido leal a mí, pero después encontró un nuevo amo y señor —replicó él. Parecía que iba a decir algo más, pero se contuvo.

En silencio, se volvió y se alejó.

«Había sido leal.» ¿Significaba eso que estaba muerto? No, no estaba preparada para eso. Él era un vampiro y Atticus no se tomaría una traición a la ligera. Seguro que no lo había matado... Todavía.

—Vamos —gruñó Jonah sin molestarse en esconder el odio que sentía hacia aquella chica humana—. A tu habitación, que tengo cosas más importantes que hacer.

—Ya sé ir sola —respondió ella con un hilo de voz—. No necesito que me acompañes, no soy inválida.

Jonah la miró con cara de asco y señaló el pasillo. Siempre había sentido desprecio hacia ella.

—Sígueme —gruñó.

Vio cómo los sirvientes se apartaban al verlos, igual que hacían cuando pasaba Atticus. Pero con Jonah, Evelyn notó que algunos incluso temblaban de miedo y hacían lo posible por desviar sus trayectorias. ¿Podía ser que él fuera más cruel todavía que el rey? Si no, ¿por qué iba todo el mundo a temerle así?

Acababan de doblar una esquina en dirección a las muchas escaleras del palacio cuando la chica por fin reunió el coraje necesario para preguntarle a él lo que Atticus se había negado a responder.

—¿Jonah? —dijo.

Pero él no contestó.

—¿Jonah? —probó de nuevo—. ¿S-sabes dónde está Hansel o qué le ha pasado?

El vampiro soltó una risotada siniestra, un sonido demasiado familiar a sus oídos. Observándolo por detrás, no pudo evitar fijarse en lo mucho que su forma de andar se parecía a la de Atticus.

—Si de verdad te importa Hansel, entonces, cuanto menos preguntes, mejor —la avisó—. Atticus es un tipo muy celoso. Cuanto más le muestres que te preocupas por él, peor le irá al pobre chico, ¿lo entiendes?

—Y-yo... —tartamudeó ella, intentando interpretar las palabras de Jonah.

Con toda seguridad, esto significaba que ella tenía razón. Que Hansel seguía con vida, pero que todavía no lo habían soltado como a Marcus. Quizá estuviera siendo castigado, o torturado. Necesitaba saber más. Tenía que seguir hablando.

—Yo... Atticus... Atticus fue quien obligó a Hansel a que se hiciera amigo mío. Él quería que Hansel me gustara para que pudiera espiarme y contarle lo que pensaba. ¿Por qué iba a ponerse celoso de él ahora?

—¡Qué tonta eres —soltó Jonah—. Hansel fue un idiota al fijarse en ti. Debe de estar loco para haber decidido que era buena idea ir detrás de la chica de Atticus. Además, ¿para qué gastar tiempo y energía en algo como tú? Una cara bonita, eso es todo lo que eres, no entiendo lo que Hansel ni Atticus vieron en ti, la verdad.

La boca de Evelyn se abrió mucho al oír tales insultos de boca de Jonah. Estaba debilitada física y mentalmente por todo lo que había pasado ese día. Desde el abuso de Atticus a tomar conciencia de que la desaparición de Hansel, su único amigo allí, significaba probablemente que estaba siendo torturado por Atticus como un criminal, o, peor, que estaba muerto. Una cosa había ido sucediendo a la otra, haciendo que todo fuera cada vez más difícil de soportar. Ira, frustración, miedo, pena..., todo tipo de emociones iban concentrándose en su interior.

Se sintió como una pieza de madera a la que cada mala noticia del día había ido arrebatándole una capa hasta ser nada más que una astilla. Y Jonah había sido la roca que había acabado por machacar esa última astilla.

Sin dudarle, adelantó unos pasos y levantó el brazo.

No supo lo que hacía hasta que la palma de su mano ya había golpeado la mejilla de Jonah. La bofetada resonó en el pasillo.

El ataque tomó al vampiro por sorpresa. Miró a Evelyn como si estuviera a punto de asesinarla. La joven vio cómo el músculo debajo de su ojo se contraía de furia. Su pecho ascendía y descendía a causa de la respiración acelerada.

Despacio, Evelyn retrocedió, preparada para correr si hacía falta, pero, para su sorpresa, Jonah no le devolvió el ataque. En lugar de ello, empezó a reírse. Era una risa grave y maligna que provocó un mayor miedo en Evelyn que sus puños.

Involuntariamente, con la otra mano se cubrió la mano que había golpeado a Jonah. No deseaba mostrar lo mucho que le había dolido en comparación con lo poco que parecía haberle afectado a él.

—A ver, chiquilla, ¿sabes lo fácil que sería para mí matarte y acabar con todo este drama ahora mismo? —preguntó él con los ojos oscureciéndosele de ira.

—Pero no lo harás, porque Atticus te matará a ti si me pones la mano encima —dijo ella con la cabeza bien alta, fingiendo que su amenaza no le había afectado. No obstante, por dentro temblaba como una hoja por el viento otoñal.

—A juzgar por el humor de Atticus, supongo que ya lo sabes todo de todas formas —rió Jonah—. Así que, si sabes lo de Hansel, también debes de saber que está al corriente.

Evelyn asintió.

—¡Atticus te dio su corazón y tú no dejas de hacerlo pedazos como si no te importara! Te concedió el lujo de ir a ver a tu familia, de saborear esa libertad que tanto deseas, y ¿cómo se lo pagas tú? ¡A sus espaldas, vas y te acuestas con ese asqueroso humano! ¿Cómo te atreves a traicionarlo así?

En un impulso totalmente irracional, Evelyn volvió a levantarle la mano, deseosa de plantarle otro bofetón y dejarle los dedos marcados en la piel. Pero la primera vez sólo lo había conseguido gracias al factor sorpresa.

Ésta, en cambio, no tuvo tanta suerte.

Jonah le detuvo la mano en el aire antes de que pudiera acercársele siquiera.

—Dime, si mostrara un poco de interés por ti e hiciera ver que me importa tu libertad, ¿también abrirías esas piernas flacuchas para mí? —susurró en tono provocador mientras la miraba fijamente, cada palabra llena de veneno y de odio.

El sonido de su voz la hizo temblar. Evelyn no creía posible que nadie tuviera una presencia más siniestra que Atticus, pero, al mirar a los ojos despiadados de Jonah, se dio cuenta de que el vampiro que tenía delante debía de ser uno de los pocos que podían superar en crueldad al rey.

—¡Amo a Ethan! —respondió—. ¡Siempre lo he amado y siempre lo amaré! Es bueno, amable y compasivo. Me acosté con él porque quise, no como con Atticus: ¡él me forzó! Eso no es traición. ¡Nunca he estado comprometida con Atticus! ¡Me violó! ¡Abusó de mí, me aterrorizó, me utilizó! ¡Es un monstruo!

—Eres suya. Siempre lo has sido. Desde que naciste, le pertenecías. Te guste o no, eres de su propiedad. Le perteneces como todo el mundo. Si crees que alguna vez podrás escapar de él, entonces es que eres aún más estúpida de lo que creía.

—¡Me mantiene aquí a la fuerza! ¡Me chantajea con las vidas de todos aquellos a los que quiero! ¡No sabes todas las cosas terribles que me ha hecho!

De repente, escenas de esa mañana le cruzaron la mente y Evelyn empezó a temblar.

—Es tu deber obedecerle. Eres suya. Le perteneces. —Jonah chasqueó la lengua—. ¿Sabes?, a veces me pregunto qué debieron de hacer tus ancestros para que tu familia goce de una posición tan privilegiada. ¿Es que todas tus antepasadas dejaron que todos los soldados de Atticus se acostaran con ellas alguna vez?

—¿De qué hablas?

—No tienes ni idea de nada, ¿verdad? ¿Es que tus padres te han mantenido en una burbuja toda la vida? ¿Por eso no sabes la suerte que tienes de que Atticus se haya enamorado de ti? Todas las familias humanas con títulos y recursos hicieron algo por los vampiros cuando estalló la guerra. Su recompensa fue una vida acomodada y alejada de los barrios bajos. ¿Quién sabe? Puede que tu familia esté donde esté porque tu trastatarabuela se la chupó a Atticus. A lo mejor yo me la cogí también algunas veces.

—¡Me das asco! —chilló Evelyn—. Mi familia nunca habría ayudado en nada a los asquerosos vampiros. El modo en que tratan a los humanos... ¡está mal! ¡Es degradante!

—Ahí es donde te equivocas, dulce Evelyn. —Jonah la miró con una sonrisa torcida—. Los vampiros somos seres superiores y podemos tomar lo que queremos de ustedes, escoria. El poder y el dinero lo son todo, cariño, y si no fueras la chica de Atticus y te pudiera coger aquí y ahora, lo haría te gustara o no. Es su deber como humanos venerarnos, y supongo que tus antepasados fueron suficientemente listos para darse cuenta, no como tú.

—Eres un loco, un enfermo y un arrogante —murmuró ella mientras Jonah se alejaba—. No puedo creer que ustedes, bastardos, nos gobiernen. No es así como debería funcionar el mundo. ¡No es justo!

—La vida es un matadero, bonita, y cuanto antes te des cuenta, mejor para ti.

Jonah casi podía oír el enojo y la reticencia en sus pasos.

—De verdad que no entiendo por qué quieres tanto a ese humano tuyo. Se estaba convirtiendo en alguien grande antes de que te metieras en su camino, estaba siguiendo los pasos de sus antepasados.

Evelyn se quedó pasmada. ¿De quién estaría hablando?

—Su trastatarabuelo fue un hombre insigne —suspiró Jonah—. Lo apreciaba mucho, la verdad, luchó a mi lado en aquellos años gloriosos...

Guio a Evelyn hasta un pequeño vestíbulo con una escalera ancha y curva que emergía del muro. Él dirigía, y todo cuanto podía hacer ella era seguirlo.

—¿Qué quieres decir?

—Jackson Redfern era muy inteligente; no uno de esos listillos que lo han leído todo en los libros, sino inteligente de veras. Su cerebro era realmente impresionante, y yo no soy alguien muy impresionable. Fue uno de los mejores hackers y genios deductivos con los que me he topado en la vida. ¡Sabía lo que los enemigos pensarían antes de que lo pensarán! —Jonah rio siniestramente—. Atticus le ofreció la inmortalidad, ¿sabes? Pero la rechazó. En eso fue tonto...

—¿Un antepasado de Ethan luchó en la guerra? —preguntó Evelyn con cautela, la boca abierta de sorpresa ante la noticia—. ¿Con los vampiros?

—Todos los miembros de la familia Redfern han hecho algo para nosotros en algún momento. Incluso Ethan. —Jonah hizo un gesto de burla hacia Evelyn—. ¿Qué pasa? ¿Tu príncipe azul ya no te parece tan immaculado? Los ancestros de tu amiguito lucharon por una buena causa, sabían que los humanos no eran de fiar cuando estaban en juego el poder y la autoridad. Ahora Ethan Redfern está encerrado, siendo golpeado y torturado hasta las puertas de la muerte sólo para ser curado con sangre vampírica y volver a empezar. Sólo porque cayó bajo el embrujo de una prostituta.

Evelyn notó un escalofrío. Recordó lo que Ethan le había contado, las cosas que Atticus le había hecho la primera vez que había caído preso a manos del despiadado monarca. Una parte de ella quiso llorar, y se odió por ello. No por lo que le pasaba a Ethan solamente, sino porque Hansel debía de estar sufriendo la misma suerte. ¿No era esta traición incluso peor que la de Ethan?

Recordó la noche en que Venecia y Hansel sacaron a Ethan de su cautiverio para que ambos pudieran pasar la noche juntos. Se preguntaba por qué lo habrían devuelto de nuevo a su celda... Si eran capaces de sacarlo de allí, ¿por qué hacerle volver? ¿Qué sentido tenía? No lo entendía.

Venecia había dicho algo así como que era necesario, y que era lo que el destino

había querido, pero Evelyn no veía cómo tener a Ethan encerrado en prisión podía servir para ayudar a nadie.

—Vaya, ¿te he tocado el alma? —la provocó Jonah con una sonrisa de superioridad casi idéntica a la de Atticus, que hizo que Evelyn se pusiera muy nerviosa—. Se te hace duro pensar que hasta tu amiguito pueda tener un pasado oscuro, ¿eh?

—Quizá su familia se vio forzada a ayudarlos. No sería la primera vez que los vampiros fuerzan a los humanos a hacer lo que quieren.

Jonah gruñó y empezó a subir la escalera a velocidad humana, volviéndose para lanzarle a la chica una mirada de odio.

—¿También le hablas así a Atticus? —Era una pregunta retórica—. Si de mí dependiera, haría que te asesinaran en el mismo momento en que volvieras a faltarle al respeto al rey. Atticus es el mejor hombre que he conocido y merece tu obediencia. Todo el mundo le pertenece, y, si tú, una mera humana, crees que eres diferente del resto, entonces te equivocas. Todo el mundo se arrodilla a sus pies, y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Me matarías porque tengo agallas y me niego a que me oprima y me cosifique? —preguntó ella, los labios fruncidos en una mueca de asco—. ¡Tengo derecho a pensar lo que me dé la gana, y no tengo por qué arrodillarme ante nadie! ¡El modo en que los de tu raza tratan a los de la mía es repugnante! — Palabra a palabra, su tono de voz se elevó hasta convertirse en un grito—. Y no es cierto que todo el mundo se arrodille ante él. La gente de Australia no lo hace, ¡los hombres lobo y las brujas no le rinden pleitesía!

—¿Australia? ¿Te atreves a hablar de esa tierra de imbéciles y alimañas? Los hombres lobo y las brujas son asquerosos, gente de poca monta que deberían haber sido exterminados, si quieres que te dé mi opinión. ¡Todos ellos! Si no fuera por Venecia, Atticus los habría matado a todos hace ya tiempo. Pero no, todavía cree que le debe la vida y su poder a Venecia, y no soportaría matar a la mujer que se lo dio todo. Pensó que sería justo concederle un pequeño continente para que jugara a ser la diosa que siempre había soñado ser y apadrinar a gente vomitiva como tú. Ése es el mayor error que Atticus ha cometido en la vida. Además de querer a alguien tan insignificante como tú, claro. Pero incluso los dioses cometen errores. Y él salvó a este condenado mundo.

El vampiro miró a Evelyn con impaciencia. Había un brillo agresivo en sus ojos. Parecía peligroso, como un depredador a punto para cazar a su presa. En cualquier otra ocasión, ella se habría asustado, pero tras todo lo que había sucedido ese día con Atticus, el acto reflejo del miedo ya no se le disparaba instintivamente.

—No es ningún dios —lo contradijo sin pensar—. ¡No importa lo poderoso que sea, eso no lo convierte en un dios, y no debería tener el poder que tiene sobre mi gente, los hombres lobo o las brujas! ¿Crees que no sé lo de las granjas de humanos? ¡No salvó al mundo: lo conquistó y lo gobierna como un tirano! ¡Mantiene a hombres, mujeres y niños como yo viviendo rodeados de sus propias heces, en jaulas, como si fueran animales! ¿Crees que podría querer a un hombre que es capaz de hacerles eso a millones y millones de personas? Todos ellos viviendo hacinados, sin aprender a comunicarse, sin ver la luz del sol... — Evelyn ahogó el llanto—. No está bien.

Jonah se encogió de hombros con gesto burlón.

—Como ya te he dicho, la vida es un matadero.

Estaba tan enojada que cerró los puños tan fuerte que se hizo daño en las palmas de las manos. Y de repente se acordó de Hansel.

«—No olvides por qué Atticus te hizo venir al palacio.

—Para ser su asesora de derechos humanos, para ser la portavoz de la raza humana —murmuró ella en respuesta—. Pero no me ha dado opción a serlo. No está en absoluto interesado en los derechos de los humanos, sólo le interesa... —Apretó la mandíbula al notar otra oleada de odio invadiendo su cuerpo.

—A lo mejor tú podrías hacer que se interese por ello. Si eres amable con él. Si él piensa que tratar bien a tu gente hará que te preocupes por él.»

Después ella debió de parecer inquieta porque Hansel se retractó y le aseguró que no quería decir que ella tuviera que rendirse ante Atticus, sólo que no le pegara.

Acordarse de ello le dio fuerza.

—¿Dónde está Hansel? —preguntó otra vez.

—¿Sabes por qué ha torturado a cualquier hombre que te mirara con deseo?

—¿Es por eso por lo que está torturando a Hansel? —lo interrumpió ella, los ojos abiertos como platos tanto de sorpresa como de miedo—, ¿porque lo ve como una amenaza? ¿Se ha engañado pensando que Hansel me desea?

Jonah levantó la vista al techo.

—Ya te he dicho que, cuanto menos hables de Hansel, mejor para él. Atticus no es sólo una criatura posesiva y celosa. Él lleva esos atributos a otro nivel...

—¿Cómo puedo hablar menos de él? Hansel me salvó la vida, es mi mejor amigo..., de hecho, ¡puede que sea mi amigo!

Evelyn se tragó el nudo que notaba en la garganta. Se sintió como un árbol solitario, arrancado del bosque por un río furioso. Aislada y sola. Una isla ella sola, rodeada por el poder avasallador de Atticus, a su merced. Esperando que el agua subiera y la ahogara.

—¡Pues hazte amiga de Atticus! —replicó Jonah—. Es a él a quien deberías tener en mente, no a Hansel. Atticus te quiere más de lo que querrá nunca nada en la vida, y es el mejor hombre que ha pisado este estúpido lugar que llamamos Tierra. Deberías estar orgullosa de que considere siquiera la posibilidad de acostarse contigo. —Volvió a mirarla de reojo cuando llegaron al piso en el que se encontraba su habitación—. Evelyn Blackburn, eres la mujer más poderosa de este planeta y no te has dado ni cuenta —murmuró en un tono de voz tan bajo que las ondas sonoras no llegaron a los oídos humanos de la chica, a unos metros por detrás de él.

—¡Dime qué le está haciendo a Hansel, por favor! —le suplicó ella mientras aceleraba el paso para ponerse a su altura—. Tú debes de estar al corriente de ello... Por favor, no volveré a mencionarlo delante de Atticus, sólo dime si Hansel está bien..., yo...

Jonah la regañó como una madre haría con su hija.

—¡Chiquilla estúpida! —refunfuñó—. ¿Qué cambiaría que te informara acerca de su estado actual? Incluso si te dijera dónde está, no cambiaría una mierda. Y ¿sabes por qué? ¡Porque no es a mí a quien deberías preguntárselo!

Evelyn se mordió la lengua para refrenarse y no proferir unos cuantos insultos en

respuesta.

—Por favor, Jonah, ¡por favor! —le suplicó—. Ya sé que me odias, pero, por favor, necesito saber si Hansel está bien. Él no es ninguna amenaza para Atticus, te lo prometo. ¿Hansel y yo? Sólo nos vemos como amigos, ¡te lo prometo!

—¿Sabes? Si Atticus me lo permitiera, te metería de cabeza en una de esas granjas para humanos. Las humanas tan pesadas y aburridas como tú no deberían tener derecho a respirar siquiera. —Jonah dejó escapar una risotada siniestra—. ¿Que sólo se ven como amigos? ¿Estás loca? ¡Él nunca te ha visto como a una amiga! ¿De verdad eres tan tonta como para no saber lo que Hansel siente por ti? ¡Te quiere! —rugió Jonah con los puños apretados a los costados sin dejar de caminar, ahora más deprisa.

Evelyn se paró, pasmada. ¿Él pensaba que Hansel la amaba? Eso era ridículo. Desde el primer momento había sido su amigo sólo porque Atticus le había pedido que se acercara a ella. Y tenía buen corazón. Pero él no la quería.

Sabía que, si se detenía, no podría resistir la tentación de estrangular a Evelyn. Quería verla muerta, su cuello retorciéndose entre sus manos, ver la vida desaparecer de sus ojos.

—¡Los dos han perdido la cabeza! Hansel te quiere tanto que estuvo dispuesto a arriesgar su vida para que pasaras una noche de amor con tu estúpido, patético y desgraciado amante humano. ¡Sabía que Atticus se enteraría, pero aun así te ayudó! —Ahora Jonah estaba gritando, con los ojos completamente oscuros y enseñando los colmillos.

Siguió mirando hacia delante. Se negaba a mirar a la chica humana que tenía detrás. Y, aunque Evelyn no podía verle la cara, el sonido de su voz era suficiente para saber lo enojado que estaba. Había algo en su forma de andar, en cómo gritaba, en cómo apretaba los puños... que le recordaba a Atticus. Ambos poseían esa presencia terrorífica que haría a la mayoría de los humanos temblar de terror.

Sin embargo, la muchacha era capaz de encararse a él, impasible ante sus gritos y las promesas de violencia que sus palabras encerraban. Respiró hondo para mantener sus emociones bajo control. No quería provocar más a Jonah. Ya había cometido esa equivocación demasiadas veces con Atticus. Eso era un malentendido. Esos vampiros pensaban que lo sabían todo, pero habían juzgado mal a Hansel. Evelyn tenía que hacer algo. No podía dejar que Hansel sufriera por su culpa. Él era el único que había sido amable con ella.

—Está bien, no sé por qué nos ayudó a Ethan y a mí —dijo en tono neutro—, pero sé a ciencia cierta que no es porque me quiera. Él cree que aceptaré mejor mi vida después de tener una noche con Ethan, que si tengo una noche con él no me quedaré para siempre preguntándome cómo hubiera sido. Él lo hizo por Atticus.

—¡Nada de eso! —saltó Jonah—. Te ayudó porque es débil, y porque no podía soportar ver cómo sufrías. ¿Cómo se atrevió a traicionar a...? —Jonah dejó escapar un hondo suspiro—. Te quiere y daría su vida por ti sin esperar nada a cambio. Fue tan idiota como para creer que tenía alguna posibilidad contigo. Atticus lo habría matado en el momento en que te hubiera besado siquiera, ¿lo sabes? Y si hubieras estado quietecita en lugar de ponerte a seducir a hombres inocentes, entonces Hansel seguiría siendo uno de los compañeros más fieles de

Atticus e Ethan Redfern viviría una vida libre y tranquila, siguiendo la tradición de su familia, trabajando con vampiros y aumentando la riqueza de los Redfern. La boca de Evelyn se abrió de par en par. Estaba en estado de *shock* y no era capaz de asimilar la información que Jonah acababa de darle. En parte, quería abofetearlo de nuevo por lo que había dicho. Quería defenderse y decirle que ella nunca había seducido a nadie. Amaba a Ethan mucho antes de que Atticus entrara en su vida y la apartara de cuanto quería. Pero esa parte se vio superada por una sección mayor de su cerebro que se había quedado pasmada.

Tragó saliva, nerviosa.

«¿Hansel siente algo por mí?», se preguntó.

Por supuesto, no le gustaba verla infeliz y sufriendo. Era su amigo, pero eso no significaba...

Si hubiera sabido que Atticus lo torturaría, que incluso podría matarle, ¿cómo podría Hansel haberla ayudado? Si la amaba, ¿no le habría dolido ver cómo ella era arrancada de un hombre y caía en manos de otro?

Aunque ¿no era eso lo que se suponía que era el amor? ¿No era eso lo que ella le había dicho a Atticus? Que si de verdad la quería, la dejara estar con Ethan.

Fue Hansel quien lo hizo posible. Pero ¿significaba eso que Hansel la quería?

No sabía qué pensar acerca del hecho de que le gustara, de que la quisiera incluso... Sobre todo, porque le daba miedo sentir nada. No deseaba sentir nada más que sorpresa, pero, de algún modo, en la boca del estómago, una parte de ella hervía con un sentimiento desconocido.

Hansel, el hombre que le había salvado la vida, como un ángel caído del cielo.

Hansel, el hombre que siempre había estado ahí para ella desde el momento en que la había llevado de vuelta. El que siempre había estado a su lado y la había protegido de Atticus durante tanto tiempo.

«Hansel —pensó. Y luego negó con la cabeza con violencia—. ¡Todo lo que toco lo destruyo!», se gritó mentalmente.

No sabía si las palabras de Jonah calaban en su consciencia, pero se encontró parafraseando lo que él había dicho: «¡Si besaras a Hansel, Atticus le mataría! Ya has arruinado la vida de Ethan, no arruines también la de Hansel... Aléjate de él».

Jonah se volvió para mirarla y se dio cuenta de que se había quedado parada en mitad del pasillo. De algún modo, había tropezado hasta llegar a la pared y estaba apoyada contra ella para no caer. Tenía la mirada fija en el suelo bajo sus pies, los ojos enormes y llorosos. Parecía traumatizada, en estado de *shock*.

Su expresión hizo que Jonah sonriera.

—No te olvides de que eres propiedad de Atticus. Si quieres que esos dos idiotas que te quieren con tanta desesperación sigan con vida, empieza a comportarte como debes. Atticus es quien tiene todos los ases en la manga. Tú no tienes nada que ofrecerle aparte de tu cuerpo. ¿Quién sabe? A lo mejor si se la haces pasar bien y le demuestras que eres suya, quizá deje libre a Hansel. Incluso puede que libere a Ethan y lo deje exiliarse en Australia con su familia de lobos —puso cara de asco—, esas alimañas. Supongo que preferiría vivir entre esos perros que en las mazmorras de Atticus.

Dio un paso hacia Evelyn, que seguía apoyada en la pared. Por la expresión de su rostro, supo que le pasaban muchas cosas por la cabeza en esos momentos;

parecía más derrotada y exhausta aún que cuando había vuelto del picnic con Atticus hacía un rato.

Estaba contento. No podía hacerle daño físicamente, pero estaba contento de que sus palabras hubieran hecho el trabajo.

—Usar la fuerza para luchar contra el rey es como intentar combatir un tornado con un huracán: no sirve de nada. Cuanto antes te enteres de que no puedes ni huir ni esconderte de él, mejor para todos.

Jonah vio acercarse por el pasillo a una chica vestida con el uniforme blanco y negro de los sirvientes, la mirada fija en el suelo como si tuviera miedo de encontrarse con sus ojos. Se percató de que daba un respingo al notar que él la miraba. En un abrir y cerrar de ojos, se plantó justo al lado de la chica, la agarró con fuerza por la cintura y regresó al lugar donde había estado hacía menos de un segundo. Le sonrió a Evelyn.

—No tienes ni idea de las consecuencias que tu comportamiento rebelde ha causado a doncellas tan guapas como ésta... —prosiguió.

—¡Por favor, milord! —gritó la pobre chica—. ¡Yo no he hecho nada!

Despacio, Evelyn levantó la vista del suelo para mirar a la joven y atractiva mujer. Dejó escapar un grito ahogado al ver que Jonah le estaba rasgando la ropa.

—¿Qué haces? —chilló antes de apartar la mirada. No quería que la experiencia resultara todavía más degradante para la chica—. ¡Deja de desnudarla en este mismo instante! ¡Déjala ir!

—¡No seas tan puritana! —La provocó él—. Mira, mira qué tetitas tan ricas, ¡y ¿qué me dices de este culo tan firme?! Oh, y mira estos moretones, marcas de colmillos...

Evelyn volvió a mirar a la chica medio desnuda, sólo con la ropa interior, y se quedó sin respiración. Sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

La muchacha que tenía delante presentaba incontables marcas azules, lilas, verdes y amarillas por todo el cuerpo, tanto recientes como más antiguas. También había marcas de mordiscos, decenas de ellas, por todas partes: en el pecho, en el cuello, entre las piernas (sobre todo ahí). Parecía haber más bajo su ropa interior, y Evelyn no necesitó verlas para imaginar por lo que había pasado la chica.

Al contrario de lo que creía Jonah, ella no era tonta. Sabía lo que le había sucedido a la muchacha...

—Será mejor, para todos... —repitió Jonah para enfatizar lo que había querido decir.

Evelyn no dijo nada.

Sus manos empezaron a temblar, y en su mente apareció una imagen de ella clavándole a Atticus una larga y afilada daga.

Evelyn cerró los ojos intentando no llorar. Sentimientos de culpa, lástima y autodesprecio se arremolinaban en torno a ella como un tornado. Sus pulmones se quedaron sin oxígeno. Notó náuseas en la boca del estómago.

—¿Él... él le hizo eso? —murmuró bajando la vista al suelo. Era incapaz de seguir mirando a la chica o a Jonah—. ¿Por mi culpa?

Jonah rio antes de empujar con brusquedad a la doncella y tirarla al suelo de madera. Ella dejó escapar un gemido al chocar con el suelo, y el sonido fue como un cuchillo que penetrara en el corazón de Evelyn. De inmediato, se arrodilló para ayudar a la chica a levantarse, pero ella se apartó como si tuviera una enfermedad contagiosa. Luego retrocedió y se acercó a Jonah. El miedo se reflejaba en sus ojos. Miró a Jonah en silencio, pidiéndole permiso para irse.

—Puedes irte —declaró él, y ella se apresuró a desaparecer casi a la carrera.

—Yo... yo no sabía... —dijo Evelyn con un hilo de voz—. No sabía que estaba haciendo daño a... —respiró hondo—. ¿Es la única o hay...?

—Atticus tiene a todas las mujeres de palacio a su disposición, ¿crees que una única humana flacucha sería capaz de satisfacerlo? —preguntó él en tono burlón—. ¡Claro que no fue la única! Desde que te escapaste con Ethan, Atticus seguramente ha forzado a cada una de las chicas humanas que viven aquí, y también a muchas de las que viven en la ciudad. Cuando decidiste escapar, algo hizo clic en su cabeza. ¡Le rompiste el corazón! ¿Cómo te atreviste a humillarlo y a traicionarlo de esa forma?

—¡Yo no lo traicioné! —gritó Evelyn mientras se incorporaba, las manos temblándole de furia—. Para traicionarlo, debería tener algún tipo de vínculo con él, ¡y no lo tengo! ¿Que rompí su corazón? ¡Me arrebató la virginidad, me violó, abusó de mí y me ha robado todo cuanto he querido en la vida! Me ha degradado completamente de ser humano a mero objeto de su posesión. ¡Nadie debería vivir así! ¡Esto no está bien! Está loco, es un monstruo y...

La mano de Jonah la agarró del cuello en una fracción de segundo. Sus ojos se habían oscurecido y su expresión era más amenazadora aún.

—Cómo me gustaría matarte —susurró—. Atticus me salvó la vida. Se lo debo todo. ¡Ha salvado cientos y cientos de vidas! Le debo la mía, Hansel le debe la suya, Marcus también. Todos los miembros de la realeza le debemos la vida. La Tierra no sería más que un páramo nuclear si no hubiera sido por él. ¡Lo salvó todo! Es el rey. Te gobierna a ti, eres suya. ¡Pero todo cuanto quiere es tu amor!

Evelyn luchaba por liberarse. Pataleó e incluso golpeó a Jonah, pero él permanecía impassible.

—El am-m-mor n-n-o se p-puede forzar... —intentaba decir.

Él chasqueó la lengua.

—Pues será mejor que te inventes un modo de hacerlo, porque si vuelves a hacerle daño de nuevo, juro que mataré a todo el mundo que te haya importado en la vida. Empezando por ese amante humano tuyo.

La soltó y Evelyn cayó al suelo. Se notaba mareada y con la visión algo borrosa a causa de la falta de oxígeno.

—Estábamos prometidos —explicó con pesar—. Lo he querido desde que era una niña y siempre tendrá un lugar en mi corazón. El amor verdadero no muere jamás, ¿sabes?

—Pero ahora puedes querer a otro, y esta vez, lo querrás con mayor pasión —le dijo Jonah—. He oído que tienes una hermana, ¿no es así?

Evelyn no contestó, sino que se limitó a mirarlo con terror.

—¡Ni se te ocurra ponerle la mano encima a mi hermana!

—No puedo prometerte nada... Sé que Atticus quiere mantener a tu familia con vida por ti, pero yo podría hacerles daño sin acabar de matarlos —se burló—. Odiarías que algo le pasara a tu hermana, ¿verdad?

—Te clavaré una estaca en el corazón con mis propias manos si le tocas un pelo —bufó Evelyn.

Quería incorporarse y pegarle de nuevo, pero seguía mareada, y dudaba de poder estar de pie sin apoyarse en la pared. Notó un moretón formándose en el lugar de su cuello en el que había estado la mano de Jonah.

Odiaba esa sensación.

Odiaba sentirse débil e incapaz de defenderse.

Estaba harta y cansada de permanecer aislada y asustada. Quería ser fuerte y contraatacar.

Jonah ojeó a la chica del suelo, la muchacha humana que había roto el corazón de su creador tantas veces y había cavado la tumba de uno de sus mejores amigos con sus propias manos. No sentía nada más que odio hacia ella. Pero ver las marcas de sus dedos en el cuello de la chica hizo que se sintiera culpable. Sí, odiaba a Evelyn: le parecía estúpida, insensata, malcriada..., pero seguía siendo objeto del amor de su amo y señor.

La culpa no la causaba el dolor de Evelyn, a Jonah no podía importarle menos su bienestar, pero se arrepentía de haber herido a la chica que tanto apreciaba su creador. Atticus la quería de verdad, y él veneraba a Atticus; como muchos otros, moriría por él sin dudarlo ni un segundo. Y sabía que no era el único. Mucha otra gente en todo el mundo daría la vida por el rey. A sus ojos, era una especie de semidiós que había traído una era de prosperidad para las criaturas sobrenaturales. Aunque, para éstas, los humanos no eran más que comida. Animales fáciles de criar, desprovistos de alma.

—Deja que te bese —le sugirió Jonah tras unos momentos de silencio—. O al menos deja que te abrace. Deja de resistirte y finge que sientes algún tipo de emoción positiva hacia él. Nunca lo había visto tan destrozado, y no sólo me duele a mí, sino a toda la realeza. Es nuestro creador. Su dolor es también el nuestro.

Evelyn apartó la vista. La simpatía de Jonah por Atticus provocó que, muy en el fondo, se despertara la suya propia. Había mucho de Atticus en él, y, sacando de

contexto el resto de las cosas que había dicho, le resultaba familiar.

Ella sentiría lo mismo si estuviera en el lugar de Jonah y Nora fuera Atticus. Desearía que el chico al que Nora quería la quisiera a ella. Pero Atticus le había hecho demasiadas cosas de una crueldad inimaginable. Su necesidad de controlar y poseer era desmedida.

Lo que sentía por ella no era amor, sino una obsesión. Una obsesión demente, oscura y peligrosa que aterrorizaba a Evelyn.

«¿Podría llegar a amarlo? —se preguntó—, ¿podría importarme?, ¿llegar a perdonarlo?»

»No.

»Pero ¿podría intentarlo? ¿Podría intentar amarlo, cuidarlo y perdonarlo? ¿Si eso significa proteger a los que quiero?».

—Tiene mucho por lo que compensarme —respondió finalmente.

—Lo siento —dijo él sin ganas, rascándose la nuca—. Es que no me gusta cuando la gente dice cosas malas de él.

—Tranquilo, no es lo peor que me ha hecho un vampiro —rio ella con sarcasmo. Acercó las rodillas a su pecho de forma que quedó sentada en posición fetal—. Odio este lugar. Odio estar aquí. Me gustaría volver atrás en el tiempo y asegurarme de que nunca se cruzara en mi camino.

Los labios de Jonah se curvaron para formar una mueca de desaprobación.

—Puedo hablar en nombre de Atticus porque tenemos el mismo genio. Y te diré que sé que odia cuando dices que no quieres estar aquí. Es como una bala atravesándole el corazón, ¿sabes?

Evelyn frunció el ceño sin fiarse de su repentina amabilidad.

—Hace un minuto me estabas estrangulando..., me has llamado puta..., ¿por qué de repente eres amable conmigo?

Jonah gruñó.

—Atticus se enojará cuando se entere de que te he hecho daño. Llámalo cargo de conciencia o como quieras...

—¿Tanto te preocupas por él? —preguntó ella en un susurro, levantándose con el apoyo del muro que tenía detrás. Notaba el cuello rígido y le dolía mucho, pero parecía que Jonah no había dañado ningún músculo o nervio—. ¿Estás...?

—No —respondió simplemente—. Mi amor por él se basa sólo en la admiración y la gratitud. No he mentido al decir que le debo la vida. Para mí es natural dar prioridad a su felicidad, y tú lo has herido muchas veces, por lo que te has ganado un lugar en mi lista negra.

—Él también me ha hecho daño a mí... —suspiró Evelyn—. ¿Ha herido a mucha gente por mi culpa?

Jonah asintió.

—¿Por qué?

—¡Ya sabes por qué! Es Atticus. Convierte el dolor en furia, la ira en agresión, y esa agresión tiene como víctimas a esas chicas, porque cada vez que te hace daño se odia más a sí mismo. Cuando coge con esas chicas, desearía que fueras tú.

Evelyn notó un escalofrío.

—¿Le tienes miedo? —preguntó él.

—Decir eso es quedarse corto —rio ella, no por nada de lo que ella o Jonah

habían dicho, sino por lo irónico que era todo—. Ojalá pudiera intercambiar mi cuerpo con el de mi hermana. Ella mataría por estar aquí, ¿sabes?

—No es sólo tu cuerpo lo que él quiere. Quiere cada parte de ti: cuerpo y mente.

—Es tan controlador, tan obsesivo...

Evelyn echó a andar hacia su habitación y él la siguió.

En ese momento, todo cuanto quería era meterse en la cama y dormir. Había sido un día muy largo y estaba física y emocionalmente exhausta por todos los sucesos y las revelaciones.

En un día, la habían asaltado y amenazado varias veces, había oído la historia de cómo Atticus se había transformado en vampiro, la historia de su primer amor y de su corazón roto. Se había enterado de que Hansel estaba en peligro, de que Atticus había sabido desde el principio que ella se había acostado con Ethan, de que había estado utilizando a las sirvientas para paliar su ira, asaltándolas imaginando que eran ella... Comenzó a temblar al pensar esto último.

Pero también se había enterado de que Hansel, su salvador, sentía algo por ella. No sabía cómo sentirse al respecto, prefería no sentir nada. Sólo quería salvarlo, rescatarlo para siempre de donde fuera que Atticus lo tuviera retenido. Quería a Hansel sano y salvo. Le daba igual si no volvía a verlo, siempre que fuera feliz y estuviera vivo, al menos, tan vivo como se puede ser siendo un no muerto. Entonces, ella también sería feliz.

Sentía lo mismo en relación con Ethan. Sólo quería que estuviera sano y salvo. Estaba cansada de resistirse, de aferrarse a sus emociones y a su propia felicidad. «A lo mejor Jonah está en lo cierto. A lo mejor soy idiota. ¿Cómo he podido no darme cuenta? ¿Por qué me he permitido vivir en la ignorancia tanto tiempo? ¿Cómo no vi que Hansel sentía algo por mí?», se preguntaba.

Había luchado y luchado contra Atticus. Le había chillado y discutido con él, intentando hacerle entender que no sentía nada por él y que la forma en que la trataba no estaba bien. Había huido con Ethan con la idea de escapar de Atticus y encontrar la felicidad, pero había fracasado estrepitosamente.

No había vuelto a saber nada de Ethan desde que había regresado de casa de sus padres y no estaba segura de si estaba vivo o muerto, aunque creía que debía de seguir con vida. Atticus no lo mataría todavía: aún necesitaba a alguien con quien poder chantajearla. Sin embargo, había más gente a la que podía utilizar.

«A lo mejor ha llegado la hora de darme por vencida. A lo mejor debería rendirme. Quizá podría... no quererlo, pero ¿aprender a perdonarlo? ¿Olvidarlo todo e intentar ser su amiga? No tengo ningún sitio al que escapar, ni dónde esconderme. No puedo volver a poner en peligro las vidas de aquellos a quienes quiero. Será mejor que los deje ir. Será como intercambiar mi felicidad por la suya. A lo mejor podría utilizar las mismas argucias que Atticus contra él y chantajearlo para que deje ir a Ethan y a Hansel, a Aaran y a Alice. Si la gente a la que quiero puede vivir una larga vida llena de felicidad, entonces valdría la pena, ¿no?», se preguntó.

El resto del camino hasta su habitación se hizo en silencio. Evelyn maldijo mentalmente el tamaño del palacio. ¿Por qué tenía que ser tan mastodóntico? ¿No podía vivir en un castillo de tamaño normal, y no en uno que se tardara una semana en recorrer de punta a punta?

No se molestó en decir adiós al entrar en su habitación, y no esperó que Jonah la detuviera cuando ella intentó cerrarle la puerta en las narices.

Todo cuanto deseaba era librarse de todos los vampiros, darse un baño caliente y escapar de la realidad por unas horas gracias al sueño.

Pero él se apoyó en el marco como si nada, la cara inexpresiva mientras mantenía la puerta abierta con una mano. Evelyn no lo miró a los ojos cuando le preguntó:

—¿Qué quieres? Pensaba que no se te antojaba ser mi niñera...

Jonah la ignoró y, en cambio, le propuso:

—Puedo ofrecerte un trato...

—No estoy interesada en ningún trato. Como has dicho, sólo hay un hombre que puede darme lo que quiero. Aunque jamás me dará lo que quiero en realidad.

El sonrió ligeramente.

—Hansel es mi amigo, ya sabes. Quieres verle libre, ¿verdad?

—Y a Ethan —añadió Evelyn.

—Bien, y a Ethan. ¿Quieres que los dos queden libres y no sean torturados?

Evelyn asintió.

—Y a Aaran —añadió.

—¿Quién demonios es Aaran? ¿El lobo?

—Es el... amigo de Alice.

Jonah puso los ojos en blanco.

—Otra humana estúpida e infiel —murmuró entre dientes, pero Evelyn no dijo nada. Estaba demasiado cansada para discutir—. ¿Y si te digo que tengo un plan para liberar a Ethan y a Hansel? Y puede que al lobo ese también, aunque en realidad no me interesa mucho dejar libre a esa cosa...

—¿No quieres ayudar a Aaran pero sí a Ethan?

—¡Cállate ya! —saltó Jonah, molesto porque le hiciera tantas preguntas—.

¿Quieres oír mi plan o no?

Ella asintió sin muchas ganas.

—¿Por qué no eres un poco más tolerante con Atticus? Dedícale tiempo. Míralo desde otro ángulo y déjate querer.

—¿Quieres decir que me acueste con él? —dijo Evelyn sin pizca de humor y bajó la vista al suelo de madera—. ¿Sexo a cambio de la vida de Ethan y de Hansel?

Jonah le dirigió la misma mirada de antes, como si fuera tonta.

—Si quieres decirlo así, sí, es eso, pero yo pensaba más bien en que aprendieras a quererlo, en que le perdonaras lo pasado y empezaras un nuevo capítulo con él. Creo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que nunca escaparás de él a no ser que él te deje. Cómo manejes la situación es cosa tuya, pero si haces ver que te importa, aunque sea un poco, yo puedo conseguir que valga la pena.

—¿Hansel e Ethan siguen vivos? Y ¿puedes salvarlos si hago lo que me pides?

Jonah asintió.

—Si aceptas mi plan, puedo convencer a Atticus de que los libre a los dos de su miseria. En cambio, si no lo aceptas..., entonces tendré que convencer a Atticus de que los mate a los dos.

La joven dejó escapar un grito ahogado.

—¡No, por favor, no!

—Depende de ti...

Evelyn no dejó que acabara la frase.

—Lo haré —se apresuró a decir—. Lo haré, pero quiero asegurarme de que están vivos y a salvo.

Jonah sonrió.

—A lo mejor no eres tan tonta como pareces. Buena chica.

Ella se sintió insultada por sus palabras, pero lo cierto es que ya le daba igual. En ese momento, todo cuanto le importaba eran las vidas de Ethan y de Hansel. Haría lo que fuera por salvarlos, y si eso quería decir entregarse a Atticus, que así fuera. ¿Una vida a cambio de dos? Estaba dispuesta a aceptar el trato.

—Bueno —rio Atticus, siniestro—. El dinero no es problema. Sea cual sea la cantidad que sugiera, ofrécele más. No creo que el idiota del ermitaño ése no se inmute cuando le ofrezcas el doble del precio real del diamante.

Era el final de un largo día lleno de sucesos. La cálida luz del sol se había ido desplazando al otro lado de la Tierra y, en su lugar, ahora lucía una luna clara y creciente.

El despacho del rey Atticus Lamia era una especie de fantasía ideada por un fan del medievo y el famoso «palacio mental» de Sherlock Holmes. Por supuesto, no era comparable a la enorme biblioteca real que había al otro lado del recinto, pero, aun así, la habitación de dos pisos era del tamaño de dos casas humanas normales juntas.

Atticus estaba sentado a una mesa de escritorio creada con una aleación de varios metales. Se había calculado con precisión cada curva y cada borde. No en vano había sido diseñada por el mismísimo Leonardo da Vinci, quien había decidido regalársela a su creador hacía muchos años.

Siendo el maniaco controlador que era, Atticus había colocado a propósito su precioso escritorio frente a una alta pared de paneles de vidrios ligeramente polarizados que ocupaba casi por completo uno de los muros. Iluminaba su silueta y la proyectaba sobre el suelo de madera. Todo lo que hubiera necesitado habría sido un gato ronroneando en su regazo y una sonrisa diabólica para encarnar a alguno de los villanos más famosos de la historia del entretenimiento. Y, en el fondo, una parte de él quería convertirse en el cliché de esa imagen maligna.

La mayor parte de las paredes del despacho quedaban escondidas tras los montones de libros colocados en elegantes estanterías de cristal que Atticus había importado de Suiza hacía unos meses. Había varias escaleras de platino sobre éstas, para facilitar el acceso a los libros colocados más arriba. Y, aunque la verdad es que Atticus no las necesitaba, le parecía que quedaban bien.

El rey estaba sentado cómodamente en su silla de oficina de piel, girando sobre sus ruedas a un lado y a otro despacio, haciendo peticiones y sugiriendo ofertas a uno de sus protegidos, Alejandro, que estaba al otro lado de la línea, al otro lado del mundo.

Alejandro Magno, el segundo vampiro convertido del mundo, el segundo convertido por Atticus Lamia, y el primero convertido en vampiro de forma intencionada.

Jonah se hallaba sentado al otro lado de la ordenada mesa del monarca, leyendo

un informe militar en una tableta sobre unas revueltas en Filipinas demandando derechos civiles. No pudo evitar reírse de aquellos pobres humanos que creían que tenían algo que hacer contra los vampiros. En su mente, unos pocos humanos pertrechados con armas caseras no podrían hacer gran cosa contra el ejército vampírico y su arsenal de armas y explosivos.

—¿Confinamos a los activistas por los derechos humanos en las granjas? —preguntó Jonah mostrándole a Atticus la tableta para que diera su aprobación. El rey asintió—. Deberíamos planear algún tipo de venta de sangre humana en Filipinas y en algunas regiones de África. Las plantaciones están infestadas de humanos, hay de sobra. Deberíamos vaciar a algunos por completo y vender su sangre.

Atticus sonrió divertido.

—Pero eso afectaría el equilibrio mundial de oferta y demanda. ¿Por qué no me dejas a mí los temas económicos y tú te centras en los informes militares? —Alejandro dijo algo desde el otro lado de la línea y Atticus se echó a reír—. Alejandro te saluda, por cierto.

Jonah adoptó una mueca de desprecio y siguió leyendo su informe.

—Supongo que sabes que eres el hombre más importante de la historia cuando tienes a Alejandro Magno de *personal shopper*... En serio, ¿lo has enviado a Italia sólo para que te busque un condenado diamante?

—No lo llaman Alejandro *Magno* porque sí. Si es capaz de seducir a una monja, entonces seguro que podrá conseguirme ese diamante —le dijo Atticus antes de volver a centrar su atención en el hombre que tenía al otro lado de la línea—. Si sigue negándose a venderte el diamante, recuérdale que no le interesa tenerme como enemigo. Podría acabar con su vida en un abrir y cerrar de ojos, quitarle la maldita piedra y ahorrarme todo el dinero. Estoy siendo muy amable con él al ofrecerle pagar por el diamante en lugar de asesinarlo y tomarlo por la fuerza.

—Pobre cachorrillo enamorado... —murmuró Jonah en voz baja, pero no tanto como para que el oído sobrehumano de Atticus no lo detectara.

El comentario le valió un pescozón y una mirada ofendida del rey.

—Vamos —dijo Atticus al teléfono—. Si no quiere hacerlo por las buenas, entonces tendrá que ser por las malas, pero, sea como sea, tráeme ese diamante.

El rey y su protegido intercambiaron saludos antes de colgar. Atticus se centró entonces en el montón de sobres que tenía sobre la mesa y que le habían sido entregados esa misma noche.

Con un abrecartas de plata en una mano, empezó a abrirlos y a leer su contenido. Tras unos minutos de agradable silencio, miró a Jonah con el rabillo del ojo.

—¿La pasaste bien hablando con Evelyn de camino a su cuarto?

—Sí, superbién, vamos... —gruñó él.

Se acomodó en la silla de cuero y puso las piernas sobre la esquina de la mesa.

A Atticus lo horrorizó su desfachatez, pero no dijo nada.

—Así que, ¿no quieres sustituir a Hansel como su cuidador? —lo provocó.

El vampiro más joven puso cara de asco.

—Preferiría ser célibe durante un siglo a ser la niñera de esa chica. ¿Cómo soportas esas piernecillas humanas? ¡Anda *taaan* despacio! Después de acompañarla hoy, ya sé cómo debe de ser sacar a pasear una tortuga. Y la pobre está hecha un lío emocionalmente, Atticus, ¡la has vuelto loca! Tiene las

hormonas revolucionadas. No había visto una mujer así desde que dejaste a aquella chica rubia de hace siglos emba... —Jonah se calló antes de acabar la frase y meterse en un buen lío.

Atticus se puso de mal humor. Sabía a lo que se refería su amigo. Aun así, dejó escapar una risa.

Ninguno de los dos hizo ningún comentario más mientras proseguían con las tareas que debían llevar a cabo: el rey, revisar sus cartas, y Jonah, sus informes militares.

Este último deseaba comentar lo aburrido y silencioso que resultaba trabajar sin Hansel y sin Marcus, pero no quiso abusar de su suerte y hacer enojar aún más a su creador.

El ambiente transcurría tranquilo y relajado hasta que Atticus abrió un sobre liso de color beige con su nombre escrito en una elegante caligrafía. Reconoció la letra. El contenido de la carta decía:

No sabía muy bien cómo hacer esto. ¿Quizá debería haberle dicho a algún sirviente que te diera el mensaje o hacerte yo la pregunta directamente? La mayoría de los criados parecen tenerme miedo, y no quería que el mensajero pagara el precio. Tampoco sabía dónde encontrarte en este enorme palacio... Así que pensé que una carta era la mejor forma de hacerte llegar mi petición. Atticus, ¿te gustaría cenar conmigo mañana por la noche, a las siete?

Evelyn

Se quedó con la boca abierta.

—Jonah, ¿de qué hablaron exactamente Evelyn y tú hoy? —preguntó con voz fría; su tono escondía una amenaza.

Él levantó la vista de la tableta que tenía en la mano y miró a su viejo amigo, cuyo rostro había adoptado una expresión sombría.

—Pues, nosotros... —murmuró.

—¡No me mientas! —rugió Atticus con los ojos negros, aferrándose al escritorio con ambas manos.

Jonah suspiró y le contó todo lo sucedido, incluyendo que Evelyn conocía la existencia de las granjas de humanos y que él lo había chantajeado para que fuera más permisiva con Atticus. Sin embargo, no mencionó que había estado a punto de estrangularla... No porque se arrepintiera de lo que había hecho, sino porque se sentía culpable de haber atacado a la chica de la que su creador estaba enamorado. Por eso, y porque Atticus tenía cara de querer asesinar a alguien y en ese momento no habría dudado en matar a Jonah por herir a su amada.

—Así que, ¿esto tiene que ver contigo? —Atticus le pasó la carta para que la leyera—. ¿Le prometiste a Evelyn la libertad de Hansel y de Ethan a cambio de que se portara bien conmigo? —gruñó, la ira permeando cada palabra—. ¿Cuánto llevas a mi lado, Jonah?

—Más de dos milenios —respondió el vampiro más joven. La arrogancia que había exhibido al hablar con Evelyn se había desvanecido en presencia de su señor, pero no se mostraba asustado—. No pasa un día sin que sienta gratitud hacia ti por salvarme de aquel oscuro agujero de Roma. Me salvaste de la cruel

vida del gladiador, me diste comida, cobijo y un nombre, me otorgaste la inmortalidad y vivo mi vida para servirte. No sólo eres mi amigo, sino también mi señor y mi salvador.

Jonah puso la carta sobre la mesa y levantó la vista, sin miedo a mirar a Atticus a los ojos. Realmente creía que al monarca le gustaría ver un cambio de actitud en Evelyn, seguro que lo apreciaría. Él mismo estaba harto del comportamiento rebelde de la chica y de su negativa a prendarse de Atticus. Y no había nada que Jonah quisiera más que ver feliz a su rey.

—Llevas a mi lado más de dos malditos milenios, y ¿no has aprendido nada sobre mí en todo este tiempo? —rugió Atticus levantándose de la silla con los ojos oscuros como la noche—. ¿Qué te ha hecho creer que podrías convencerme de liberar a esos dos traidores? Esa clase de promesas vacías lo único que harán será hundir aún más en la miseria a Evelyn. Me da igual si ella no te gusta, ¡sigue siendo la mujer que amo! ¡Y merezco que la trates con respeto y honestidad!

—¡Lo he hecho! —rugió Jonah en respuesta, los ojos tan oscuros como los de él.
—¡Te he dicho que no me mientas!

Sin previo aviso, Atticus le rodeó la garganta con una mano. Le golpeó la cabeza contra la mesa con tanta fuerza que, en el instante en que colisionó con el metal, apareció en su frente una gran herida.

Jonah ni siquiera chistó. Notó la fuerza sobrehumana de Atticus apretar su garganta hasta tal punto que le era imposible respirar y la sangre no le llegaba al cerebro. Podría haber gritado y peleado para defenderse, pero no lo hizo.

Su creador estaba muy enojado, y Jonah estaba contento de poder ser su saco de boxeo.

—Le has dado esperanzas al decirle que tenías un plan. Tus falsas promesas empeorarán aún más la ya maltrecha relación entre Evelyn y yo. ¿Qué crees que hará cuando se entere de que no estoy dispuesto a soltar a ese par de ratas traicioneras? ¡Que me ahorquen si estoy dispuesto a hacerlo alguna vez! Convertiré las vidas de Ethan Redfern y Hansel Alexander en un infierno. Me aseguraré de que se arrepientan del día en que posaron los ojos en algo que es mío y sólo mío. ¡Evelyn Blackburn me pertenece y mataré a cualquiera que intente arrebatármela!

Atticus apretó más aún la mano alrededor del cuello de Jonah, y por un segundo el cuerpo de éste se puso tenso. Vio la Oscuridad en los ojos de su señor y su cara de psicópata, disfrutando del daño que le estaba causando.

Con la otra mano, el monarca empujó el hombro de Jonah hacia abajo mientras con la primera estiraba el cuello hacia arriba, intentando decapitarlo.

Llegado a ese punto, a Jonah no le quedó más remedio que tratar de defenderse de su agresor. Sujetó un bote con bolígrafos que tenía a su izquierda y lo lanzó contra la cabeza de Atticus. El objetivo de tal acción no era herirlo, sino distraerlo para tener la oportunidad de escapar.

Como Jonah había previsto, Atticus usó una mano para cazar el bote al vuelo. Sus reflejos funcionaban a una velocidad que ni siquiera Jonah, uno de los vampiros más viejos del mundo, podía captar.

Justo en ese momento, al salir de su trance, el rey se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Miró a Jonah con cara de horror y le ordenó:

—¡Sal de aquí! —Retrocedió unos pasos para apartarse de su protegido—. Lo siento..., he perdido el control. Por favor, déjame solo. No quería hacerte daño. Pese a sus palabras, Jonah no se fue. En su lugar, movió la cabeza, aflojó los hombros un poco y luego se dirigió a la pequeña nevera llena de sangre embotellada que tenía Atticus y sujetó una botella en la que podía leerse «B+». Se sentó en la silla de piel mientras Atticus seguía petrificado donde estaba, con la mirada perdida. Tenía la cara inexpresiva, pero su mente trabajaba a cien por hora.

Jonah dijo algo acerca de la sangre fría y la sangre caliente, y a Atticus le pareció que, de alguna manera, su protegido lo había insultado, pero tenía la cabeza en otro sitio y no tenía tiempo para chistes ni comentarios sarcásticos.

Se miró las manos. No sabía si estaba enojado consigo mismo, con Jonah, con Ethan y Hansel o por el hecho de que Evelyn estuviera dispuesta a verlo por ellos dos y no por propia voluntad.

Notó un dolor agudo en el pecho. No sabía lo que quería de ella. Todo cuanto sabía era que la quería a ella. Su cuerpo, su mente y su alma. Quería levantarse junto a aquella mujer cada mañana, ver su preciosa cara sonriendo de dicha, una cara que sólo él contemplaría. Quería besarla, abrazarla, tenerla en sus brazos, saborearla y hacerle todo tipo de cosas mucho más subidas de tono.

Quería que Evelyn lo mirara como si él fuera todo su mundo, igual que él la miraba a ella como si ella fuera el mundo para él.

Quería ser el único en su compasivo corazón, que no cupiera nadie más, sólo él. Quería romperle el corazón en pedazos, tirar los trozos que correspondían a Ethan y a Hansel y repararle el resto para que sólo le pertenecieran a él.

—Atticus, pareces un poco tenso, ¿quieres que te compre una de esas pelotitas antiestrés? He oído que hacen maravillas... —bromeó Jonah.

El rey soltó un gruñido y agarró el bote con el que su amigo había querido atacarlo. Con un movimiento grácil, los extravagantes y carísimos bolígrafos que había en su interior se precipitaron hacia Jonah como si de dardos se tratara. Algunos aterrizaron a su alrededor, otros chocaron con el cristal de detrás y algunos incluso se clavaron en la silla de piel, a centímetros de la carne de Jonah.

—Sal de aquí —repitió Atticus.

—Estás molesto —dijo Jonah con una sonrisa condescendiente.

—Lárgate.

—¿Qué dirías si te dijera que tengo un plan? ¿Un plan para vengarte de la gente que te ha hecho más daño, la gente que ha jugado contigo como si fueras un juguete, que te ha roto el corazón una y otra vez, mi rey?

Atticus frunció el ceño, pero las palabras de su amigo habían despertado su curiosidad. Asintió para que siguiera hablando.

—Existe una razón por la que afirmé que conseguiría sacar a Hansel y a Ethan de sus solitarios encierros —rio Jonah—. ¿Por qué no los traemos aquí, de vuelta al palacio? A mí me iría bien tener un par de guardias más. —Sus ojos brillaron con malicia.

Atticus sabía que Jonah era cualquier cosa excepto un tipo compasivo. Cuando se había enterado de que le había propuesto a Evelyn rescatar a Ethan y a Hansel debería haber supuesto que detrás de su promesa había un plan de despiadadas

intenciones.

Evelyn observaba a los criados corriendo de un lado para otro de la habitación, colocando velas perfumadas, un mantel elegante y todo tipo de piezas extravagantes de vajilla y cubiertos sobre la larga mesa rectangular de madera que habían situado en el centro de la estancia.

Se preguntó si alguien se daría cuenta si se le ocurriera afilar una de las gruesas patas de madera para utilizarla como estaca. Aun así, decidió que no valía la pena ni intentarlo; se suponía que tenía que mostrarse amable con mister Oscuro y Peligroso.

Un intento de asesinato no iba a sumarle muchos puntos en cuanto a popularidad, y, además, no estaba claro si a Atticus se le podía matar con una estaca. Había leído leyendas en las que era así como se podía acabar con los vampiros, pero él no era un vampiro normal. Era uno de los Siete, uno de los Primigenios... Seguro que haría falta algo más que un afilado trozo de madera para acabar con él.

«¡Alto! —se ordenó a sí misma mentalmente—. Se supone que tienes que llevarte bien con él, no planear su asesinato. ¡Quítate todos esos sangrientos planes de la cabeza y, en su lugar, piensa en cómo salvar a Hansel y a Ethan!».

Se sentó en el borde de la cama. Se la acababan de tender y le habían puesto sábanas nuevas, colchas y fundas de almohada; había toallas limpias en el cuarto de baño y rosas y hortensias frescas de todos los colores repartidas por la habitación.

Notó a su alrededor el aroma de la naturaleza y no pudo esconder lo feliz que la hacían las flores. Olían divinamente y le recordaban a su casa.

Era la primera vez que había pedido algo desde que estaba en el palacio. Hasta entonces se había negado a aprovecharse de los lujos que Atticus le ofrecía, por orgullo, convencida de que así le demostraba que no le pertenecía y se aseguraba de no deberle nada al rey. Sin embargo, ahora se había dado cuenta de que estaba jugando una partida de ajedrez que tenía perdida de antemano. Aunque el premio era tan tentador como inalcanzable, las consecuencias eran mayores.

A Atticus se le estaba empezando a acabar la paciencia y sabía que la violencia que le había mostrado el día anterior era tan sólo el principio de lo que podía hacerle. Era capaz de hacer cosas mucho peores. Al fin había sucumbido a la Oscuridad, por su culpa. Ella era el peón favorito de dicha Oscuridad.

Sus desafíos y su bravuconería creaban todo tipo de emociones negras en el interior del rey, y, tarde o temprano, acabaría por perder el control. Los actos de violencia sexual irían en aumento a partir de ahí. Muy pronto, sus deseos harían

que Atticus quisiera cada vez más de ella, y Evelyn había entendido por fin que concederle lo que deseaba no era una muestra de debilidad o cobardía, sino simplemente que estaba guardando fuerzas y sacrificándose por un bien mayor.

«Eres su luz, la única cosa que puede salvarlo de la Oscuridad. Si lo salvas, puede que la vida mejore tanto para ti como para esos patéticos humanos que tanto te importan; pero ¿si no intentas siquiera salvarlo de sus demonios? Entonces prepárate para conocer el infierno... A mí me da lo mismo —le había dicho Jonah. Recordó su sonrisa cínica al pronunciar esas palabras—. Siempre he encontrado muy placentero asesinar y torturar a los de tu raza. Si Atticus decide saciar su ira con ustedes, a mí me agrada. Estaré muy feliz de ayudarlo.»

Evelyn miró sus pálidas manos y se preguntó cómo ella, una simple muchacha humana, podría salvar a alguien como Atticus, un famoso vampiro con todo el poder y la riqueza del mundo a su disposición, alguien que podría tener a quien quisiera a sus pies con tan sólo chasquear los dedos, incluida ella. ¿Qué podía hacer ella por alguien así?

¿Era tan sencillo como amarlo para salvar su alma? Y, si lo era, ¿podría forzarse a querer a alguien que la había herido, humillado, atormentado, violado, amenazado y chantajeado? Era agresivo, y déspota, y, lo admitiera o no, todo lo que le había hecho era inaceptable. El amor no era excusa para todo por cuanto la había hecho pasar.

Sucediera lo que sucediera, Evelyn siempre albergaría odio hacia él en su corazón. No obstante, por el momento necesitaba interceptar ese odio y al menos intentar abrirse a él.

Una parte de ella siempre querría a Ethan. «Y a Hansel», añadió su conciencia, y casi se abofeteó por pensar algo así.

«Si pudiste aceptar y hacerte amiga de Hansel, serías perfectamente capaz de amarlo —se dijo mirando la cama—. Amarlo ya sea física o mentalmente.» Una imagen de los cuerpos de ambos desnudos y entrelazados en la cama, entre jadeos, le vino a la mente. Imaginó el tonificado cuerpo de él sobre el suyo, su piel morena sobre su piel pálida, los labios de él recorriéndole el cuerpo, su miembro llenándola por completo... Carne contra carne, sus piernas alrededor de la cintura de él, las caderas de ambos encontrándose..., como había hecho cuando se acostó con Ethan.

«Cierra el paso a todo tu odio, intenta verlo como a otra persona —se dijo—. Si no por ti, ni por Ethan, ni por Hansel, al menos hazlo por todos los humanos encerrados en granjas que jamás ven la luz del día, que no tienen la oportunidad de tomar decisiones sobre sus vidas, que nunca han experimentado la libertad, el amor... Hazlo por ellos. Si Jonah tiene razón y Atticus te quiere tanto como dice, entonces puedes cambiar las cosas, puedes rescatar a esa gente de sus miserables vidas.»

«¿De verdad crees que te dejará influir en la forma en que gobierna su Nación y este planeta? —oyó decir a una vocecilla en su cabeza—. No seas estúpida, muchacha.»

Se colocó bien la bata mientras la asaltaban la incertidumbre y la duda, pero se negó a mantener una discusión consigo misma.

—Señorita Blackburn. —Una alegre voz de mujer la sacó de su ensoñación. Levantó la vista—. Ya hemos acabado de preparar la habitación. Habrá guardias

en la puerta por si necesitara cualquier otra cosa. Cuando su majestad y usted decidan qué quieren comer, simplemente avisen al guardia y él llevará el mensaje al personal de cocina.

—Gracias —asintió Evelyn.

—¿Necesita ayuda para vestirse o bañarse...?

—No, gracias.

Se había frotado de la cabeza a los pies múltiples veces la noche anterior, hasta que se había dejado la piel roja y dolorida. Intentaba eliminar cualquier rastro de las manos de Atticus de su cuerpo.

Sintió náuseas. Se había sentido mal todo el día, no sabía por qué, pero echó la culpa a los nervios. La anticipación y el miedo a estar bajo el mismo techo que Atticus, su intención de dejar de luchar y someterse a él en su lugar... La idea la aterrorizaba.

Miró el gran reloj victoriano que colgaba de una de las altas y amenazadoras paredes.

Las 17:16 horas.

Con un leve suspiro, se levantó de la cama y se dirigió al baño. Se duchó de nuevo rápido, se aclaró el cuerpo con agua casi hirviendo, se cepilló los dientes y eliminó todo vello innecesario de su cuerpo. Era la primera vez que se depilaba para él y no sabía cómo reaccionaría al verla.

Por supuesto, siempre se había mostrado aseada ante él; las doncellas que le habían sido asignadas se aseguraban de tenerla siempre presentable. La idea le pareció divertida. Ella ni siquiera se habría molestado.

No obstante, esa noche quería complacerlo, satisfacerlo y hacer cuanto le pidiera, lo que fuera necesario para rescatar a Ethan y a Hansel. Hacerle creer que en el fondo sentía algo por él.

La ansiedad que no dejaba de acumularse en el estómago le recordó aquella primera noche en palacio: la noche en que la llevó al jardín, donde había organizado una cena romántica para los dos.

«Vaya desastre de cena que acabó siendo», pensó Evelyn.

Después de bañarse, se secó y se puso la bata de seda antes de comenzar a explorar el enorme vestidor lleno de ropa y joyas espectaculares. Debía de ser la primera vez que miraba con atención todas aquellas prendas lujosas que Atticus había puesto a sus pies.

Dinero. El mundo giraba en torno al dinero. Y allí, en ese vestidor, había suficientes bienes materiales extravagantes como para mantener a toda una familia durante generaciones.

Y, aun así, no significaban nada para Evelyn.

Finalmente se decidió por un vestido largo en color blanco estilo peplum, que, aunque ceñido, no mostraba demasiada piel.

Para cuando dieron las siete, la ansiedad había desaparecido. Había hecho el esfuerzo de maquillarse y se había rizado un poco el pelo. Al hacerlo, tuvo la sensación de que estaba poniéndose una armadura, lista para enfrentarse a su mayor enemigo. Se preguntó si podría ganar la guerra en su primera batalla y conquistar a Atticus para rescatar a Hansel y a Ethan.

Estaba sentada a la mesa con una copa de vino en la mano. Había pedido a los sirvientes que le trajeran algo de beber mientras se preparaba. A ella nunca le

había gustado mucho el alcohol, pero esa noche le pareció que le sentaría bien tomarse algo.

Le dio la impresión de que el vino estaba asqueroso, pero aun así decidió acabarse la copa. Necesitaba adormecer un poco sus sentidos para soportar la noche con mayor facilidad y llevar a cabo su plan.

Acababa de tragarse la última gota cuando una voz profunda, fría y aterradora llegó a sus oídos.

—Estás... divina. —Su aliento frío le acarició la suave piel del cuello. Había entrado en la habitación por una de las ventanas que tenía detrás. Sus manos bronceadas tocaron los desnudos brazos de Evelyn—. Todos los colores te sientan bien, pero debo decir que el blanco es el que más me gusta. Hace que parezcas tan... pura e inocente... Como la noche en que nos conocimos.

Le apartó el pelo del cuello para besarla. El tacto de su lengua contra su piel le pareció agradable a Evelyn, pero la idea de que la lengua fuera suya le resultó repulsiva.

«Hazlo por Ethan, por Hansel, por todas las almas inocentes que están siendo atormentadas en estos momentos», se dijo apartando su odio hacia Atticus al fondo de su mente, enterrándolo bajo el resto de los pensamientos que su cerebro había generado durante toda su vida. Intentó pensar que él era otra persona. Que estaba con Ethan, por ejemplo.

Pero cuando él le dio un mordisco en un punto especialmente sensible de su oreja notó todo su cuerpo excitarse, y fueron el rostro angelical y el pelo rizado de Hansel los que le vinieron a la memoria. Evelyn gimió.

—Deberíamos pedir algo de comer —murmuró ella.

Miró la botella que había en la mesa, deseosa de alcanzarla para beber algo más de su venenoso y desagradable contenido. Todavía no sabía que Atticus había vertido un poco de su propia sangre en su interior.

—Nada de lo que puedan preparar los chefs será tan delicioso como tú —susurró él contra su piel mientras sus labios seguían asaltando su cuello, dejando marcas oscuras, mordiscos de amor furiosos sobre su piel delicada y pálida—. Quiero comerte entera, Evelyn. Quiero llevarte al éxtasis como tú hiciste conmigo ayer. Quiero hacerte mía y oírte gritar.

Ella percibió el hambre en su voz, el hambre y la lujuria..., y se forzó a sonreír.

—No puedes estar tan excitado ya, tan rápido.

—Tan sólo tu olor me pone así —lo oyó decir contra su cuello.

Pero justo en ese momento él decidió dar un paso atrás para resistirse a la tentación y colocó el asiento que había al otro lado de la mesa rectangular junto al de ella, para estar tan cerca como para poder tocarla.

Sus ojos brillaban traviosos, y Evelyn no sabía si eso la asustaba o la excitaba. Pero se sintió poderosa. De momento, su plan iba viento en popa.

Había esperado que Atticus apareciera hecho una furia como la última vez que había intentado tentarlo con su cuerpo a cambio de algo que ella quería. En cambio, esta vez las cosas parecían ir mucho mejor.

—Comeré algo de sushi —dijo él—. Y ella tomará ostras... ¿Quieres algo más?

A Evelyn le llevó unos momentos darse cuenta de que estaba comunicándose con el guardia de la puerta gracias a su oído sobrehumano.

«Las ostras son afrodisiacas», le dijo su cerebro. «Bueno, necesitaré excitarme

un poco para contrarrestar el asco que me da —le respondió mentalmente a su propio cerebro mientras se encogía de hombros—. Las ostras no están mal.» Atticus sonrió.

—Y un poco de vino.

Otra vez fingió estar con otra persona. Con Hansel. Su atractiva e irresistible sonrisa siempre hacía que a ella le resultara imposible no sonreírle a su vez.

—A lo mejor tendría que emborracharme un poco cada vez que te tengo cerca.

—Puede... —murmuró él.

Justo cuando Evelyn se disponía a servirse y a servirle a Atticus lo que quedaba de vino en la botella, notó algo frío subiendo por la pierna que le provocó un escalofrío.

Con la mano, él le subió el vestido hasta la mitad del muslo y empezó a acariciarla. «Hansel —se dijo—. Piensa que es Hansel, que siempre ha sido tan amable.» Sentir sus dedos sobre su piel le hizo notar un cosquilleo por todo el cuerpo y empezar a humedecerse.

—Si me dejaras, podría llevarte al cielo. Podría enseñarte todos los placeres conocidos... —Atticus se le acercó más, los ojos tan llenos de lujuria como siempre que estaba con ella.

Con la otra mano, sirvió lo que quedaba de vino en la copa de ella y se la acercó a los labios. Sus ojos oscuros miraron los suyos. Admiró su belleza, sus mejillas sonrojadas, el brillo que mostraba una mezcla de emociones diferentes en sus pupilas, sus labios carnosos y entreabiertos que quería atacar con los suyos. Notó la excitación de ella en el aire. Su aura le hacía algo que era completamente inexplicable.

Su mera presencia le proporcionaba ya un placer enorme, pero ¿verla excitada? Era algo que iba más allá. Por un momento, cerró los ojos, saboreando la maravillosa sensación que recorría su cuerpo. Todo en ella era completa y absolutamente adictivo. Necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no penetrarla allí mismo, en la silla, y apoderarse de su cuerpo. Necesitaba que Evelyn supiera que él era el único que podía cogérsela, tocarla, hacerle el amor.

Era suya, en vida o muerte. Para siempre. Haría todo lo que pudiera, sin importar qué, para mantenerla a su lado. Mataría a quien tuviera que matar para seguir siendo su dueño.

Evelyn dejó escapar un sonido que era entre un grito ahogado y un gemido cuando él subió la mano hasta su sexo para tocar su clítoris con el pulgar, acariciándolo y excitándolo lentamente.

Ella cerró los ojos para dejarse llevar por el placer. Dejaba escapar pequeños gemidos al ritmo en el que Atticus jugueteaba con ella y la tocaba justo donde debía. Se agarró a la silla con ambas manos, intentando contener la placentera sensación que notaba entre las piernas y la creciente necesidad de que la tocara más adentro.

Atticus sonrió y acercó más su silla a la de ella. Le dio de beber más vino hasta que la copa estuvo vacía y sus sentidos estuvieron embotados por el alcohol.

—He querido hacer esto desde el primer momento en que te puse los ojos encima. —Sin interrumpir sus lentas y sensuales caricias, se arrodilló. Despojándose de su habitual orgullo, se agachó a los pies de Evelyn, algo que no

había hecho ante nadie—. No bromeaba cuando te dije que quería comerte — declaró en un tono ronco y sexi antes de meter la cabeza entre las piernas de ella. Apretó la nariz contra su sexo depilado, inhalando su aroma.

—¿Te depilaste?

Evelyn intentó responder, pero todo lo que salía de su boca eran balbuceos sin sentido. Casi soltó un grito al notar su lengua tocándola ahí abajo. Su respiración se aceleró y el corazón empezó a latirle con fuerza. Sus hormonas se dispararon.

—No tienes por qué depilarte —susurró él—. No tienes por qué hacer nada por mí. Mi amor por ti no tiene que ver con estos pequeños detalles —dijo antes de lamerle los labios internos, tocando todos los puntos sensibles.

Cuando lo hizo, Evelyn notó cómo su excitación iba en aumento. Hacía algo con la lengua que era casi... sobrenatural. Lograba que quisiera gritar, pero ¿cómo lo hacía? No lo entendía. Sin darse cuenta, empezó a adelantar la pelvis mientras él movía la lengua más deprisa, ejerciendo más presión sobre su sexo.

Antes de que la chica pudiera darse cuenta de lo que ocurría, su cuerpo empezó a temblar vigorosamente hasta que experimentó entre las piernas una sensación parecida a una explosión.

Su cuerpo se detuvo, tembloroso, pero Atticus no se detuvo. Continuó lamiéndola, pero esta vez con mayor fuerza. Era como si la primera vez no hubiera sido más que una prueba, un juego, y ahora venía la de verdad.

Le agarró las piernas para evitar que se moviera. Le pasó la otra mano por la cintura para acercarla más hacia sí, ocupado en jugar con ella.

La escena parecía casi irreal. El rey de reyes, Atticus Lamia, estaba arrodillado a los pies de una mujer, algo que no había hecho desde la muerte de Mira, y se derretía al ver a Evelyn retorcerse de placer. Notó cómo necesitaba su cuerpo más que nunca.

—Me perteneces —susurró casi para sus adentros, como para autoconvencerse—. Es a mí a quien quieres, yo te pertenezco a ti...

Con rapidez, se desabrochó el cinturón y se deshizo del pantalón y de la ropa interior. Se quedó de pie en todo su esplendor.

Luego la tomó en brazos y la levantó de la silla para colocarla sobre la mesa. Su pene rozó la entrada de su sexo, pero se contuvo para no penetrarla todavía. En vez de eso, jugueteeó con ella e hizo que Evelyn gimiera de deseo y necesidad.

—¡Dilo! —le susurró al oído en tono agresivo—. ¡Di que me quieres, di que quieres esto!

Ella intentó apartarse un momento, pero él no la dejó. El miedo cruzó los ojos de la chica: quería correr, escapar de aquel demonio que estaba a punto de forzarla... Pero justo entonces recordó por qué había decidido complacerlo, dejar que la penetrara, entregarle su cuerpo y su alma.

Aunque dubitativa, finalmente asintió.

Atticus le dirigió una sonrisa de triunfo.

—Dilo, di que quieres que te posea.

—Qui-quiero... —tartamudeó ella—, quiero que me poseas.

A él sus palabras le sonaron a música celestial.

Sin necesidad de que se lo dijera dos veces, Atticus la penetró, y su miembro, duro como una piedra, chocó contra su piel de terciopelo. Evelyn dejó escapar un grito, sin poder evitarlo, al notar su enorme tamaño. Su pene le pareció

incluso más grande que la última vez. A su cuerpo menudo le estaba costando hacerle sitio, pero, de todas formas, intentó no pensar en el dolor y la reticencia y los relegó al fondo de su mente, olvidándolo todo para poder perderse en el momento.

Como si realmente fuera un acto de amor, como si el hombre que estaba encima de ella fuera alguien que pudiera dar su vida por la felicidad de ella, lo quisiera o no lo quisiera.

Evelyn notó de nuevo la misma sensación placentera acumulándose entre sus piernas, aunque esta vez mucho más fuerte. Le rodeó el torso desnudo con los brazos y movió la cadera al ritmo que él marcaba. No podía dejar de gemir de placer.

Oyó ruido de platos que se rompían a su alrededor, pero no le importó. Atticus la recolocó en la mesa para tener mejor acceso a ella. Él le sujetó los brazos y se los sostuvo por encima de la cabeza.

La observó cerrar los ojos y perderse en el placer que le estaba proporcionando. Nada lo excitaba más que esa imagen. Los leves gemidos de Evelyn y su expresión de puro placer en esos momentos serían durante toda su vida un ancla hacia la luz.

La quería más de lo que era posible describir con palabras.

Esperó y esperó hasta que la oyó gritar de éxtasis y se dejó ir para venirse él también.

Mientras, el mesero y el guardia esperaban al otro lado de la puerta a que el rey acabara.

Atticus sonrió y sus ojos volvieron a posarse en Evelyn, observando fascinado su corazón latiendo rápidamente contra su pecho, bajo el vestido.

En el transcurso de su larga vida, prolongada más de lo normal, Atticus Lamia había perdido la cuenta de las mujeres con las que se había acostado. ¿Más de dos milenios siendo un casanova? La cifra era elevada, sin duda, incluso suficiente como para llenar la gran sala de baile de su magnífico palacio. Sin embargo, de entre todas aquellas incontables mujeres, sólo había querido realmente a tres de ellas.

A Mira, su primer amor verdadero, la mujer que siempre lo atormentaría en sueños, a la que podría haber salvado... Era su mayor remordimiento. Irónicamente, entre los muchos poderes que poseía, no estaba el de poder viajar atrás en el tiempo para cambiar el pasado. ¡Cuánto había deseado haber podido hacerlo y pasar ni que fuera un día más, una hora o un minuto con ella! La echaba mucho de menos, siempre lo haría. Había causado un impacto tremendo en él. Ella había sido quien lo había salvado de la Oscuridad por primera vez.

A Venecia, su otro gran amor, y a quien había amado durante más tiempo, aunque ahora fueran archienemigos, rivales desde extremos opuestos del mundo y con opiniones totalmente contrarias acerca de cómo debía gobernarse dicho mundo. Ella creía que los humanos merecían ser libres e iguales que las criaturas sobrenaturales, y así era como reinaba sobre Australia. En cambio, Atticus creía que la mejor forma de dirigir a los humanos era controlando cada uno de sus movimientos y oprimiéndolos hasta el punto de que no tuvieran derechos, nada que decir acerca de cómo debía ser el mundo o cómo debían vivir su vida. Ella había sido su primer amor, aunque el suyo había sido un sentimiento puro, y no un amor romántico como el que había sentido por Mira.

Y a Evelyn, su tercer y mayor amor. Ella era la mujer que ahora yacía durmiendo pacíficamente a su lado, mientras él la observaba con fascinación. Atticus contaba cada pequeño movimiento de su cuerpo, causado por su respiración, las leves inspiraciones y exhalaciones. Escuchaba con atención el sonido de sus órganos a pleno rendimiento.

Fruunció el ceño un instante, preocupado, pero enseguida se deshizo de sus sospechas y volvió a centrar su atención en la forma en que el sol iluminaba su piel pálida e inmaculada.

Atticus Lamia no era la clase de hombre que consideraba agradable despertarse junto a la presa de la que había abusado la noche anterior. Su naturaleza dominante y controladora lo había convertido en un hombre al que le disgustaba compartir, y eso incluía tanto a sus mujeres como su cama.

No, lo suyo no era la generosidad. Sin embargo, esa mañana, al amanecer

Atticus no pudo sino sentirse terriblemente dichoso al contemplar a Evelyn a su lado. La visión de su cuerpo desnudo bajo los vibrantes rayos del sol le llegó al corazón.

Era la escena más bonita que había visto nunca. Deseó ser capaz de congelar el tiempo y quedarse en ese momento con ella por el resto de la eternidad. Parecía tan en paz, tan feliz, y se veía tan, tan hermosa mientras dormía...

Indeciso, alargó la mano para tocarla, pero se detuvo momentos antes de hacerlo. Le dio miedo que su imagen se desvaneciera bajo sus dedos. Le dio miedo que ese momento no fuera más que otro de sus sueños y que la noche de pasión que habían compartido sólo estuviera en su cabeza, una mera fantasía, y que en realidad ella nunca se le hubiera ofrecido voluntariamente.

Le daba miedo tocarla en ese momento tan precioso. Era todo cuanto había querido. Sintió mayor felicidad de la que había sentido en sus cientos de años de vida. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz. No notaba las garras de la Oscuridad tratando de apoderarse de él, reclamando el control de su cuerpo. No oía aquella voz en su cabeza que lo animaba a cometer acciones despiadadas e imperdonables.

Su mirada pasó de la admiración a la pena. Por mucho que intentara convencerse de que ella lo deseaba tanto como él a ella, no pudo evitar que la realidad destrozara ese momento. Sabía por qué se había entregado a él la noche anterior, y sabía que en sus ojos él siempre sería el monstruo cruel y frío que la había separado de todo cuanto había deseado.

El monstruo que había abusado de ella, el que seguiría controlando su vida con mano férrea; el monstruo que preferiría verla muerta antes que en los brazos de otro.

Él era ese monstruo.

En la vida y en la muerte, ella era suya.

La mataría con sus propias manos antes de dejarla ir. Su amor por ella era oscuro y peligroso, y Atticus estaba dispuesto a hacer cosas terribles para mantenerla a su lado.

Con delicadeza, rodeó su torso con un brazo y la acercó hacia sí para darle un tierno beso en el hombro. El amor en sus ojos al mirarla era incomparable. Ella había devuelto algo de luz a su vida oscura y sombría. Su mera presencia le proporcionaba la mayor de las dichas.

Evelyn se movió en sueños y su pulso se aceleró. Atticus supo de inmediato que se había despertado.

—Buenos días —le dijo, y siguió plantándole besos por todo el brazo.

Incluso el más leve contacto con su piel le proporcionaba placer. Imaginó una vida en la que pudiera besarla cuando quisiera, como quisiera y donde quisiera. Una vida en la que ella lo querría como él a ella.

—¿Ethan? —susurró Evelyn todavía atrapada entre el mundo de los sueños y la conciencia.

Los besos de Atticus pararon de golpe y su abrazo alrededor del cuerpo de ella se hizo más fuerte. Casi se le escapó una risa siniestra, pero la contuvo a tiempo. Moviéndola la mano hasta sus senos y empezó a acariciárselos.

—Eres mía —dijo en voz baja antes de olvidar el incidente.

Cuando por fin ella abrió los ojos, su mirada azul se encontró con los ojos

oscuros de él. Evelyn se quedó sin aliento a causa del miedo. Tardó unos instantes en recordar lo que había sucedido la noche anterior, y al hacerlo su cuerpo se quedó rígido en brazos de Atticus.

Le sonrió forzosamente antes de apartar la vista de él mientras notaba que se sonrojaba. Por mucho que quisiera, no conseguía borrar los recuerdos de su noche de pasión con él. Aunque el alcohol la había ayudado a olvidarse de parte de ellos, no había olvidado el dolor que notaba entre las piernas ni los salvajes momentos de éxtasis que él le había proporcionado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él abrazándola más fuerte todavía.

La desnudez de ambos no parecía intimidarlo lo más mínimo. La besó con ternura en la mandíbula, sorprendido al ver cómo su respiración se detenía un momento y sus ojos se entornaban. Había encontrado un punto débil.

—Si te notas un poco cansada o dolorida, no te preocupes, es normal. Los de mi raza somos conocidos por nuestro vigor.

Evelyn ya lo sabía, y aunque no dijo nada recordaba sus manos por todo su cuerpo, su negativa a dejarla tranquila. Había tomado su cuerpo varias veces durante la noche, y cada una había sido más brusca y ansiosa que la anterior. La había tocado de la manera más amable y también de la más agresiva.

Ahora, le acariciaba el cuello con delicadeza con la mirada llena de felicidad, buscando sus ojos. Se preguntó si quedaría alguna esperanza de redención para él después de todo. ¿Era su salvación imposible o podría ella salvarlo, cambiar su forma de ver el mundo y de tratar a los humanos? A lo mejor ella podría ayudar a que se produjera el cambio que le gustaría ver. A lo mejor, quizá, la dejara libre.

Cuando era niña, su padre le contaba leyendas sobre el Destino, y cómo éste era un ser benévolo que surcaba la galaxia para hacerla un lugar mejor. «A veces, el Destino le depara a la gente buena una vida llena de dificultades. Puede que los haga sufrir, pero ese sufrimiento es en beneficio de la mayoría, del mundo. Su dolor tiene un propósito», solía decirle.

Se preguntó para sus adentros si el propósito de su dolor sería salvar lo que quedara de bondad en Atticus. Hansel le había contado en multitud de ocasiones lo importante que ella era para el rey. La había llamado «la luz de Atticus». Y Jonah le había dicho que era la mujer más poderosa del mundo y que el monarca lo daría todo por verla sonreír. No había sido hasta la noche anterior, cuando Atticus se había arrodillado ante ella, que se había dado cuenta de lo verdaderas que eran todas esas afirmaciones.

—¿En qué piensas? —le preguntó él al ver su mirada absorta.

—En nada —murmuró Evelyn.

—Dímelo —la presionó él, la voz tan fría de repente que hizo que a ella se le pusieran los pelos de punta—, y no me mientas.

A la muchacha se le aceleró el corazón al notar la amenaza que encerraban sus palabras. Los ojos del vampiro se oscurecieron y a ella le entró miedo.

—Pensaba en... en... —tartamudeó, y se sonrojó porque no quería hablar de lo sucedido, pero su mirada obstinada le indicó que no le quedaba otra opción más que decirle lo que le pasaba por la mente—. Pensaba en lo que pasó anoche. Cuando..., ya sabes...

Bajó la vista, pero se relajó de inmediato al ver con el rabillo del ojo aflorar una

sonrisa en los labios de él.

—¿Cuando... —Atticus se acercó para hablarle al oído— te lamí y te gustó?

Evelyn dio un respingo al oír el tono depredador de su voz, su cuerpo y su mente enviándole señales para que se echara a correr. Notó su abultada excitación contra su muslo.

Se apartó de él incómoda. Todavía la asustaba demasiado. Una noche de pasión no cambiaba su naturaleza cruel y su forma despiadada de negociar. No sólo era el rey del mundo, de los vampiros, sino también el rey de las negociaciones y del chantaje.

Sabía que, si quería, podía obligarla a volver a hacerle lo que ya le había hecho junto a los establos, quisiera ella o no, chantajeándola para conseguir su objetivo. Se le revolvió un poco el estómago al recordar aquel momento tan horrible. Quería levantarse de la cama y apartarse de él tanto como la dejara, lo que seguramente no sería demasiado lejos.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó tras unos momentos de silencio.

Le habría gustado ignorar la curiosidad que sentía, olvidarlo todo y fingir que él no había hecho nada fuera de lo común, pero no pudo. Sí, él había usado su boca, la había forzado más bien, algo por lo que nunca lo perdonaría, pero Evelyn no había esperado que él le devolviera el favor.

—Hice lo que hice porque quise —respondió él con sinceridad—. Te quiero. Mis acciones pasadas te han llevado a creer lo contrario, lo sé, pero no deseo ser un monstruo que sólo obtiene placer de ti; quiero darte placer y felicidad a mi vez. Sé que puedo ser muy egoísta cuando se trata de ti. Te lo he robado todo, y no voy a mentirte, no me siento culpable por ello. Nunca me arrepentiré de haberte sacado de tu casa, lejos de tu familia y de Ethan Redfern. Si tenerte a mi lado implica violencia, dolor y muerte, que así sea. Pero eso no significa que no desee tu felicidad.

La besó en los labios, pero ella no le devolvió el beso.

Atticus le pasó el pulgar por los labios. Su cuerpo seguía apartándose con asco y terror cada vez que sus cuerpos entraban en contacto, pero había una pequeña parte de ella que se estaba acostumbrando a ello. La noche anterior no había sido tan horrible como esperaba. Él no había sido brusco con ella. No le había hecho daño.

—Lo disfrutaste —dijo él tras unos instantes de silencio—. Era agradable, ¿verdad?

Evelyn apartó la mirada, negándose a sostenerle la suya cargada de lujuria. Él esperaba una respuesta, pero ella no dijo nada. Sus labios estaban sellados. No quería admitir lo que ambos sabían. Que le había gustado. Que la había hecho sentir bien.

—No tienes por qué contestar, ya sé que lo disfrutaste. Puede que tus labios puedan mentir, pero tu cuerpo no. —Chasqueó la lengua siniestramente. Evelyn se lo tomó como un insulto—. ¿Qué sientes ahora que has descubierto que tú también tienes un lado oscuro, que el demonio tiene poder sobre tu cuerpo y es capaz de hacerte temblar de placer?

Despacio y con delicadeza, apoyó los hombros de Evelyn contra la cama y se colocó encima de ella. Sus dientes mordisquearon la piel de su cuello, sin llegar a perforarla.

Ella reprimió su deseo de gemir y de frotar su cuerpo contra el de él. Era cierto: era el mismísimo demonio. Atticus la rodeó con los brazos, posesivo y acaparador. Quería tomarla, oírle gritar, gemir y temblar de placer al volver a llegar al orgasmo. Quería quedarse en la cama con ella y hacerla suya por toda la eternidad.

Quería cogérsela sin parar para que su cerebro se olvidara de pensar en Ethan o en Hansel. Se negaba a perder al amor de su vida a beneficio de un humano que no valía nada o del protegido que lo había traicionado. No, estaba decidido a ser el primero en la lista de Evelyn, se aseguraría de ser él quien la poseyera al final. —Ahora mismo se me ocurren cosas muy malas que me gustaría hacerte, Evelyn —le susurró al oído—. Lo de anoche fue sólo una muestra del increíble placer que puedo proporcionarte. No importa quién sea el dueño de tu corazón ahora mismo, Evelyn Blackburn, yo seré quien pase el resto de la eternidad contigo, lo prometo.

La joven quiso rebelarse desesperadamente contra sus caricias, contra él, pero no lo hizo. «Por Hansel y por Ethan —pensó—, tienes que hacerle creer que sientes algo por él.»

—Estoy listo para una segunda ronda. —Su aliento helado acarició el cuello de ella, enviando un escalofrío a todo su cuerpo—. Me encantaría volver a sentir tu boca a mi alrededor de nuevo, ver el entusiasmo en tus ojos, tomándome muerta de ganas de complacerme...

Los ojos de Evelyn se abrieron como platos y rápidamente le puso las manos en el pecho, empujándolo para que se apartara. Estaba aterrada. Su primera experiencia de sexo oral con él la había dejado traumatizada, y no estaba preparada para dejar que la historia se repitiera. Era demasiado pronto.

El rio con suficiencia ante su reacción antes de levantarse de la cama.

—¿Por qué no te bañas y te vistes? Pasemos el día en la ciudad, tengo ganas de llevarte de paseo.

Más que a propuesta, las palabras de Atticus sonaron como una orden. Los deseos de Evelyn no tenían cabida en su mente: lo quisiera o no, tendría que obedecer al rey.

Aunque, a decir verdad, la idea de visitar Utopía y ver la cuna de la riqueza y el poder mundial la atraía y la asustaba a partes iguales. Pensar en adentrarse en la ciudad más importante de la historia de la humanidad con Atticus hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Y no de excitación, precisamente. De forma instintiva, oyó alarmas en su cabeza que la avisaban de que iba a suceder algún desastre muy pronto.

«Algo va a pasar.»

El corazón le latió desbocado durante todo el trayecto en coche del palacio a la ciudad. Las manos de Atticus se negaban a detener sus continuas caricias, sus labios estaban permanentemente sobre su piel, besándola, lamiéndola y mordisqueándola. La hizo ir sentada en sus piernas durante todo el viaje, y Evelyn pensó que debía de parecer el muñeco de un ventrilocuo. Se sentía como un juguete, un mero objeto en sus manos.

La falda que se había puesto no era corta, le caía sobre las rodillas. No había pensado en un *look* que fuera erótico o provocativo, pero aun así era muy difícil mantenerlo apartado de ella; Atticus necesitaba oír la gemir y verla retorcerse de placer cada vez que él la tocaba en algún punto estratégico.

No sabía lo que le hacía, pero, fuera lo que fuera, la aterrorizaba. La manera que tenía de hacer que su cuerpo reaccionara era indescriptible, la hacía temblar de la cabeza a los pies. Se le secaba la boca y se le humedecían otras zonas... La ponía fuera de control.

Incluso cuando ella no quería que su tacto la afectara. Pero lo hacía. Era como si su cuerpo la traicionara.

Se sentía como una niña que hubiera probado por primera vez una golosina adictiva y deliciosa, algo irresistible que la tentaba desde el mismo infierno sin que pudiera resistirse a ella.

Él era la manzana y ella era Eva.

Él era la granada y ella Perséfone.

—Te deseo —le susurró Atticus al tiempo que volvía a hacer que se viniera.

La chica se preguntó cómo había sido capaz de resistirse a penetrarla en ese mismo momento, dentro del coche, al ver la inconmensurable lujuria en sus ojos, una expresión que la atormentaría en sus pesadillas.

Le pareció que todos los preliminares eran en su propio beneficio, y que él no

sacaba nada a cambio de todo su duro trabajo. No acababa de entender la psique de su sádico amante.

Con sus más de dos mil años, Atticus podía encontrar placer en muchas otras cosas. Ver el cuerpo de Evelyn traicionar su mente, verla traicionarse a sí misma, pese a que lo hiciera por Ethan y por Hansel, daba igual, era para él una delicia inexplicable. Su expresión atormentada en medio del éxtasis le proporcionaba mayor alegría al vampiro que la adrenalina más fabulosa. Aunque también necesitaba desesperadamente notar la suave piel de su boca alrededor de su miembro, cobijándolo con lascivia, exprimiéndolo hasta que él se viniera también.

Aun así, decidió esperar.

Quería el cuerpo de Evelyn despierto e inconscientemente desesperado porque un hombre como él lo llenara; había estado tentado de forzarla a soportar todas aquellas provocaciones, todo aquel placer, para luego no proporcionarle la dulce resolución final y que las terminaciones nerviosas de su cuerpo se preguntaran expectantes qué sucedía. Quería que Evelyn experimentara la misma sed que él sentía por ella, pero no pudo. La tentación de hacerla gritar era demasiado grande.

Cuando llegaron a la ciudad, primero se detuvieron en una calle peatonal muy larga pavimentada con adoquines, llena de tiendas exóticas y únicas. Lo que vendía cada una de ellas era demasiado caro no sólo para los humanos, sino para la mayoría de los vampiros también; eran objetos y prendas destinados exclusivamente a la realeza. La primera tienda a la que entraron tenía los techos altos y las paredes blancas decoradas con grandes ventanales. Parecía más normal que las que había al lado: a la izquierda, había una boutique que se asemejaba a una especie de tienda de campaña gigante, y a la derecha, otra había sido diseñada para parecer una enorme pecera.

Lo primero que Evelyn notó en el elegante establecimiento cuyo nombre no se había molestado siquiera en intentar pronunciar fue el chorro de aire frío que la recibió al entrar. Todo el interior estaba profusamente decorado en blanco y negro. Estaba claro que, quienquiera que fuera el dueño de la tienda, no había reparado en gastos en ella.

En el probador, y con la ayuda de dos vendedoras vampiras increíblemente preciosas, Evelyn se enfundó en un vestido largo y ligero de seda que le quedaba muy bien. Ella misma se quedó sin aliento al ver la caída de la prenda, a capas y algo abullonada. El suntuoso material le bajaba hasta los pies y ocupaba parte del suelo del probador.

—Es precioso, señora Lamia —dijo una de las chicas mientras le colocaba bien las capas del vestido.

El tejido llevaba miles de cristales diminutos bordados; era una recreación de la luz del cielo nocturno. Los cristales eran como estrellas que relucían contra un vacío enorme y oscuro.

Evelyn se miró en el espejo y no pudo evitar sentirse alienada ante la imagen de la chica que le devolvía. Nunca había sido vanidosa, pero había vivido bastantes años dentro de su cuerpo y había visto su cara suficientes veces como para tener cada centímetro de su apariencia grabado en el cerebro. Y la chica que la miraba desde el espejo, con su piel tersa y blanca, parecía a años luz de la muchacha

enfermiza y marchita que había sido la noche anterior mientras se acicalaba para su cena con el rey.

La chica saludable y vibrante que tenía delante era absolutamente fabulosa, incluso era mucho más bella que la Evelyn que Atticus había conocido hacía más de un año.

«¿Qué me sucedió?», se preguntó. Sin pensarlo, alargó la mano como para tocar el espejo, que estaba a cierta distancia, sin hacerlo. Parecía una persona totalmente distinta, rotunda, resplandeciente.

Evelyn seguía boquiabierta cuando de repente se fijó en su escote. Vio algunos moretones a punto de desaparecer en la parte superior. Las manos ásperas de Atticus habían manoseado sus pechos la noche anterior y se daba cuenta de lo rápido que las marcas moradas y rojas se habían amarilleado por los bordes. Sus ojos se dirigieron de inmediato a las puertas del probador.

Incluso tras los vidrios polarizados, Evelyn podía notar sus ojos fijos en ella, mirándola como un león a una gacela. Sintió un escalofrío y se le puso la carne de gallina.

«¿Qué me hizo? Por muy bueno que sea en la cama, esta capacidad sobrenatural de curación no proviene de acostarse con un vampiro... —Con una mano, se tocó los moretones del pecho—. Hansel, ¿dónde estás? ¡Te necesito!».

Sintió la necesidad de llorar por la ausencia de su amigo, pero sabía que, si permitía que las lágrimas afloraran, acabaría mostrándose débil y frágil ante Atticus, suplicándole que liberara a Hansel, y eso sería su perdición, y también la del vampiro de pelo rizado.

Quería mantener sus vínculos emocionales en secreto; no podría soportar darle a Atticus otra pista sobre a quién usar como cebo para chantajearla. Cada vez que él le ofrecía uno de sus tratos, Evelyn sentía la necesidad de clavarle una estaca en el corazón. No disfrutaba de la sensación de ser totalmente vulnerable: Evelyn Blackburn moriría antes que convertirse en el objeto sexual de Atticus por propia voluntad y permitir que él la dominara por completo.

Una mujer no debería sentirse nunca débil e indefensa.

Los derechos y el poder de una mujer deberían ser iguales que los de un hombre.

Errores.

Todo el mundo los comete.

Son parte de lo que nos hace humanos.

Nos hacen imperfectos y, a la vez, son parte de la belleza de la vida.

Algunos errores son importantes. Si nunca cometiéramos errores, nunca aprenderíamos, nunca creceríamos.

Pero algunos errores tienen consecuencias inimaginables. Algunos errores son para bien, pero otros son tabú.

El hotel Shangri-La estaba situado en Utopía. Evelyn se sintió algo confundida al ver que el coche tomaba un camino desconocido, pero no se atrevió a compartir sus miedos en voz alta. Se quedó en silencio y se dejó llevar.

No dijo nada cuando Atticus la condujo hasta la suite del ático, y no dijo nada cuando la estilista, que la había estado esperando, le dio la bienvenida.

El rey la besó en la frente.

—Ponte algo precioso —le dijo—. Yo volveré dentro de una hora más o menos. He planeado una cita muy especial para los dos esta noche.

Sus palabras provocaron tanto miedo como esperanza en Evelyn.

—Tienes un pelo muy bonito —le dijo la estilista cuando estaba ya acabando el que parecía un inacabable proceso para colocar la mitad del negro y rizado cabello de la chica en un elegante chongo, dejando la otra mitad de su melena libre y suelta.

La estilista vampira ya había aplicado una capa de base de maquillaje a la cara de Evelyn, así como un montón de productos que mejoraban su apariencia mucho más allá de su aspecto natural.

—Gracias —le dijo ella con timidez, sin saber cómo tomarse el cumplido.

Aunque la verdad es que no pudo evitar estar de acuerdo. Ella misma se sorprendía de lo sana que se veía, y su mente le devolvió de nuevo la imagen en el espejo de la elegante tienda a la que Atticus la había llevado justo al llegar a Utopía, la primera de las muchas visitadas ese día.

De repente recordó que, al seducirla la noche anterior, él le había dado de beber su sangre. Pensó de nuevo en cómo al tocarla había notado cosquilleos y chispas por todo el cuerpo, cómo el cuerpo de él había despertado en ella sus deseos carnales más primarios y había reprimido la parte más pura de su conciencia. El sabor exótico y fascinante de su sangre seguía en su boca.

Su cerebro recordó el momento en que Hansel había intentado explicarle el proceso mediante el cual un humano era convertido en vampiro cuando la había

acompañado hasta el palacio real la primera vez. Pero no había podido concluir la historia a causa del ataque de los rebeldes que habían sufrido. Se acordaba de que él había dicho que implicaba ingerir sangre de vampiro...

«¿Soy ahora un vampiro porque Atticus me ha dado de beber su sangre?», se preguntó. Sin embargo, la idea le sonó tan ridícula que no pudo evitar dejar escapar una risita. «Si la sangre de vampiro fuera lo único necesario para convertir a un humano, entonces me habría convertido en uno la primera vez que Hansel me dio de la suya.»

Su corazón aleteó al pensar en él. Lo echaba mucho de menos. Mientras la estilista peinaba los mechones rizados y sedosos del cabello de Evelyn, ella notaba el dolor que le provocaba tener lejos al vampiro que siempre había sido bueno con ella, siempre había tenido en cuenta sus opiniones y había mostrado respeto hacia ella, un respeto que Evelyn le había devuelto.

Se preguntó cómo serían las cosas si Hansel fuera el rey en lugar de Atticus. ¿Habría sido todo muy diferente? ¿Habría aprendido a amar a Hansel si la hubieran forzado a estar con él? Le pareció que sí.

No habría sido la vida que había pensado con Ethan, pero amar a Hansel le resultaría fácil y natural, y, además, él nunca le haría temer por su vida, por lo que pudiera pasarle a su cuerpo o a la gente que quería. Sabía que, si Hansel fuera el rey, todo sería distinto. Si Hansel fuera rey no la forzaría a acostarse con él.

Poco a poco, su mente empezó a imaginar una vida en la que ella y Hansel fueran felices juntos. Un futuro diferente a todo lo que ella siempre había imaginado, pero lleno de amor con un hombre que la protegería, que daría su vida por la de ella. Una vida en la que no tuviera que temer a Atticus, una vida en la que todo fuera perfecto. Él la amaría tanto como ella a él, y ninguno tendría que preocuparse de las infidelidades del otro.

Sin darse cuenta, sonrió.

Pero, antes de poder ahuyentar esa fantasía de su mente, un pensamiento oscuro la obligó a volver a la realidad.

«¿Cómo te atreves?», oyó decir a una voz aterradora y familiar. Todo su cuerpo se puso rígido.

«No puede ser...», pensó, y suspiró hondo. Quería agitar la cabeza con violencia para eliminar ese pensamiento, pero sabía que, si lo hacía, la vampira que llevaba peinándola más de media hora no se pondría muy contenta.

«Estoy paranoica», se dijo finalmente.

—Bien, ya casi he acabado con tu pelo. ¿Por qué no escoges qué quieres ponerte?

Evelyn asintió en silencio antes de desaparecer para dirigirse al dormitorio principal de la suite. Atticus había pedido que le llevaran allí todo lo que habían comprado ese día.

Había una gran cantidad de lujosas bolsas y paquetes a los pies de la cama, y un montón de portatrajes de diferentes colores en perchas. Evelyn alargó el brazo automáticamente hasta el que tenía más cerca, y reconoció en la etiqueta el nombre de la primera boutique que habían visitado: Tsejhandro Saphira.

Se limitó a abrir el cierre y a tocar el tejido oscuro y sedoso que asomaba por la bolsa. Era el primer vestido que se había probado, el negro que le había

recordado el cielo nocturno; era precioso y muy elegante. No tenía ni idea de lo que Atticus tenía planeado para esa noche, pero como había insistido en comprarle un montón de vestidos de gala, supuso que debía de tratarse de algo extravagante.

Además, a juzgar por cómo la había mirado a través de las puertas del probador, Evelyn supuso que debía de gustarle cómo le quedaba el vestido. Se enfundó en la sedosa tela. Por una parte, no quería provocarlo, tentar al demonio con el pecado, pero otra parte de ella sabía que tenía que hacer lo que fuera para complacerlo.

Se acordó del trato con Jonah, de cómo debía mostrarse más dulce con Atticus y hacerle creer que había cambiado de opinión con respecto a él y estaba lista para entregarle su corazón.

No le quedaba otra. Por Hansel y por Ethan. Sabía que tendría que sacrificar su propia libertad si deseaba salvarlos a ambos. Dar su vida a cambio de las de los dos hombres a los que amaba, a cambio de dos vidas con más posibilidades que ella misma de conquistar su libertad.

Un trato justo...

Mientras rebuscaba entre las docenas de cajas algo de joyería y unos zapatos que ponerse con el vestido, su mente volvió a lo acontecido aquel mismo día. Al despertarse, Atticus estaba tumbado a su lado, y en ese momento vio en él una inusual mirada llena de ternura y compasión.

Era la primera vez que había notado algo así de genuino en él. La primera vez que había percibido que podía albergar sentimientos por ella más allá de la lujuria y el deseo sexual. La primera, pese a la insistencia de él, que había creído que él podía quererla realmente. A su manera, al menos.

En ese instante había visto esperanza, posibilidades de, quizá, enamorarse de él o de sentir hacia él lo más cercano a ello que podría sentir jamás.

Pero ese precioso momento no había durado. Muy pronto, su mente se había desplazado a otro recuerdo: a cómo él la había forzado, cómo ella había mencionado a Ethan y a Hansel... Se preguntaba si Atticus sospechaba lo que tenía en mente en realidad.

«Pues claro que lo sabe, es Atticus —se dijo—. Nunca he podido hacer nada sin que él se entere».

Se echó a temblar de repente y se preguntó si él no habría estado aprovechándose de su objetivo de rescatar a Ethan y a Hansel a cambio de placeres sexuales.

«¿A ti qué te parece?».

Era en instantes como éstos cuando volvía a sentir todo el resentimiento que tenía acumulado hacia él. En momentos así se daba cuenta de que cualquier posibilidad de aprender a querer a Atticus había sido destrozada. Nunca había podido superar el miedo que le tenía. La noche del motel seguía atormentándola, y seguramente seguiría apareciendo durante mucho tiempo en sus peores pesadillas.

«¿Qué sientes ahora que has descubierto que tú también tienes un lado oscuro, que el demonio tiene poder sobre tu cuerpo y es capaz de hacerte temblar de placer?», las palabras de Atticus retumbaban en su cabeza y todo su cuerpo temblaba de miedo.

Quería salvarlo de la Oscuridad, de todos los demonios que había ido acumulando en su larga vida. Pero su deseo carnal, su necesidad de dominar y de obtener placer sexual constantemente eran fronteras demasiado sólidas, demasiado tangibles, entre ambos.

Simplemente, Atticus era un personaje demasiado complicado para que ella lo entendiera del todo. Su forma de pensar y sus procesos mentales eran algo que se le escapaba. Y dudaba de ser capaz de querer a un hombre al que no podría entender nunca, pero al menos lo intentaría.

No importaba si él sabía lo de su plan para salvar a Hansel y a Ethan; no importaba si al tocarla ella sentía chispas de placer o escalofríos de miedo. Lo intentaría. Pondría todo su empeño en salvar lo que quedara de su alma rota, oscura, enferma y retorcida.

Lo ayudaría a reencontrar su humanidad.

Conseguiría que cambiara.

Rescataría a su propia raza de las garras destructoras de Atticus.

Tanto si le gustaba como si lo odiaba, eso era lo que haría, lo que tenía que hacer. Su felicidad ya no era lo más importante. Debía mostrarse abnegada. Sus expectativas para consigo misma eran altas, y sus objetivos casi inalcanzables, pero, aun así, estaba dispuesta a intentarlo, a disparar a ciegas y esperar dar en el blanco.

El objetivo de él era conseguir que ella lo quisiera.

El objetivo de ella era conseguir quererlo.

¿Tan duro resultaría cuando en realidad ambos deseaban lo mismo?

Evelyn encontró un par de zapatos de color negro entre el montón de prendas lujosas, un collar de diamantes y unos aretes que le recordaron a dos sartas de gotas de lluvia, congeladas y convertidas en una espiral eterna.

Se dirigió a la puerta del dormitorio principal. Al hacerlo, se preguntó si Jonah sería realmente de fiar, o si, por el contrario, ella no sería más que un indefenso corderito que acababa de sellar su terrible destino entrando en un horno precalentado, con la lana trasquilada y untada en aceite y hierbas aromáticas.

Se echó a reír.

«Seguro que me costaría menos convencer a Atticus de que fuera célibe durante un par de milenios...».

—Guau —oyó entonces que decía alguien.

Levantó la vista y cruzó la mirada con un par de ojos castaños que la observaban. Lo que vio hizo que sus pulmones se quedaran casi sin aire.

En el centro de la habitación, de la que de pronto habían desaparecido todos los instrumentos de belleza y la estilista, estaba Atticus Lamia, con un traje entallado que le sentaba increíblemente bien.

En su mano, una preciosa rosa roja.

—Estás deslumbrante.

—Tú también —dijo ella con sinceridad. Estaba increíblemente guapo.

Evelyn caminó hacia él con cuidado de no tropezar con los tacones tan altos que llevaba. Habría sido demasiado típico que hubiera dado un traspié y caído accidentalmente en sus brazos.

Una vez a su lado, él le dio la bienvenida con una sonrisa genuina. Sus ojos

asimilaron las delicadas curvas del cuerpo de Evelyn y su belleza de otro mundo. Le ofreció su mano y ella la tomó animada.

La chica también observó la apariencia de su compañero esa noche. Vio lo increíblemente apuesto que estaba con ese traje y con el pelo peinado hacia atrás; los pómulos marcados y los ojos intimidantes quedaban perfectos con el estilo desafiante del traje: era la viva imagen del poder.

Evelyn estaba segura de que, si buscaba la palabra *poderoso* en el diccionario, saldría su foto, o al menos sería usado como ejemplo.

Su mano fría le acarició la mejilla.

—¿Estás lista para nuestra cita?

Ella asintió, feliz de verlos a los dos ataviados de gala. Eso quería decir que, fuera lo que fuera lo que tenía pensado, tendría más de evento romántico que de cadenas y grilletas y sesiones inacabables de sexo.

—Sí.

—Bien.

Con su mano en la de él, la guio hacia el exterior de la habitación.

Era una escena que bien podía ser interpretada como romántica, y el comportamiento de él descrito como caballeroso. Y, sin duda, era algo raro: el rey de reyes escoltando a la chica humana a la que había herido en múltiples ocasiones.

Atticus no estaba seguro de si quería destrozar completamente a Evelyn. Destrozar su mundo por completo. Romperle el corazón una y otra vez. Eliminar todo y a todos los que le importaban, menos él mismo, claro. Destrozarla para poder curarla de nuevo, cuidarla hasta que volviera a sanar. Y, al mismo tiempo, reparar su corazón de forma que pudiera dominarla por completo.

O bien...

Continuar cortejándola y ganarse su amor y su afecto con gestos románticos y palabras sentimentales.

Una vez que ambos salieron de la suite del ático, Evelyn se dio cuenta de que era sólo para ella: él tenía otra habitación aparte.

Atticus le pasó el brazo por la cintura en un gesto protector. Se sintió segura en sus brazos, pero al mismo tiempo le pareció algo forzado, un recordatorio por parte de él de que ella le pertenecía.

En silencio, se preguntó cómo se desarrollaría la noche, y si bajo ese cielo estrellado vivirían su primera velada romántica sin que ninguno de los dos la destrozara por culpa del deseo o el orgullo.

Quiso creer que él la respetaba y la apreciaba lo suficiente como para dejarle pasar la noche sin volver a forzarla a que se arrodillara. Comenzaba a creer que Atticus confundía lo que sentía por ella con amor cuando, en realidad, no era más que deseo.

A través de las ventanas situadas al norte del Shangri-La y desde las áreas cercanas a éstas podía verse la belleza de la Ciudadela Real, con sus imponentes rascacielos, que parecían los dedos extendidos de un gigante que intentara tocar las nubes.

Evelyn recordó lo que le había contado su padre sobre Utopía, acerca de cómo había sido construida sobre las ruinas de lo que había sido una gran ciudad llamada Manhattan. Pero eso había sido antes de la guerra, antes del fin del reino

de la humanidad sobre la Tierra.

La Ciudadela Real se erguía sobre los restos de una antigua y poderosa urbe. Y, tras cuatro siglos, había superado el legado de su predecesora y se había convertido en el lugar más bonito, sostenible y deseado del mundo, y puede también que de la historia.

Evelyn había esperado que Atticus la dirigiera hacia el elevador, y luego hacia el vestíbulo de la planta principal, donde había visto varios coches muy elegantes. Quizá por primera vez él mismo se pusiera al volante de un coche deportivo para llevarla al destino al que debieran dirigirse.

Pero no lo hizo.

Al entrar en el elevador, Atticus no apretó el botón que los habría llevado al piso de abajo, sino que le apretó otro que había arriba del todo, marcado con la letra «A».

La chica frunció el ceño.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A la azotea —respondió él.

Entretanto, en las mazmorras del palacio real.

Ethan y Aaran Redfern estaban de pie delante de Jonah con las manos atadas a la espalda, pero las cabezas bien altas. El orgullo y el respeto por sí mismos brillaba en sus ojos mientras el antiguo vampiro los observaba.

—Tienen suerte de estar vivos —les dijo.

—Eso he oído —repuso Ethan—. Eso debe de estar volviendo loco a Atticus. Me he acostado con la mujer a la que ama, y sabe que la mujer a la que ama me quiere a mí y yo la quiero a ella. A mí también me sorprende seguir con vida. — Sus ojos azules miraban intensamente los de Jonah. No había ni un atisbo de miedo en él—. Puede que tu señor no sea tan despiadado como dice ser.

De su mirada emanaba poder y desafío. En las últimas semanas, Ethan había dejado de ser un chiquillo y se había convertido en un hombre. Ya no era aquel cachorro enamorado y desesperado por salvar a su chica. Seguía queriendo a Evelyn, por supuesto, pero en las últimas semanas se había dado cuenta de que intentar vencer a Atticus era una misión imposible.

Asimismo, también sabía que, pese a todas las patrañas que contaban los patéticos cuentos de hadas, el amor no lo podía todo.

El amor no podía conquistar el poder de un hombre que tenía el mundo entero a sus pies. El único hombre suficientemente poderoso como para gobernar la Tierra sin objetores ni amenazas a su poder. La gente creía que Venecia era una amenaza para él y que era lo suficientemente poderosa como para oponerse al rey.

Pero, en realidad, su existencia y la de Australia se debían a que Atticus no podía soportar la idea de eliminar a la mujer que le había dado todo cuanto tenía. Sin ella, nunca podría haber llegado a convertirse en la criatura que estaba destinado a ser.

Sin ella, los vampiros nunca habrían existido.

Además, para Atticus era como una hermana.

Sí, su amor por ella era platónico, pero aun así quería mucho a Venecia, con locura. Y prefería morir él mismo antes que hacer algo tan inimaginable e indescriptible como matarla.

Además, Venecia nunca se enfrentaría a Atticus, al menos, no directamente.

Los depredadores ojos de Jonah pasaban de Ethan a Aaran.

—A mí no me importaría matarlos a los dos, sobre todo a ti —dijo señalando a Ethan—. Te has atrevido a desafiar a Atticus, mi rey, dueño de Evelyn. Y tú —añadió refiriéndose a Aaran—, sabe que Marcus es uno de mis más viejos amigos y el hombre más bueno que he conocido en la vida. ¿Cómo te atreves a cometer una infidelidad con su mujer? —Los labios de Jonah formaron una mueca de asco—. No sólo debería matarte a ti, sino también a esa perra infiel y a su hijo...

—Y ¿por qué no lo haces? —inquirió él.

Su estado era mucho peor que el de Ethan, y además estaba mucho más atado que él: mientras que Ethan Redfern sólo llevaba unas esposas, Aaran estaba prácticamente rodeado de cadenas y grilletes.

Era irónico, porque era a Ethan a quien debían temer.

Ambos estaban cubiertos de cortadas, moretones y sangre seca, pero estaban sanando.

—Si tienes tantas ganas de matarnos, ¿por qué no lo haces? —lo retó Ethan—. A mí me encantaría enfrentarme a ti.

Jonah sonrió con suficiencia.

—No eres más que un humano, puedo matarte con un ligero golpe de muñeca. No te mereces mi tiempo. Además, si alguien tiene que matarte, será Atticus. —Suspiró y miró a los guardias que había en la sala—. He pedido que me trajeran a tres prisioneros, ¿dónde está el otro?

El hombre de su izquierda le susurró algo.

—Lord Hansel está inconsciente en estos momentos. No ha sido alimentado desde que lo trajeron aquí. Estamos intentando revivirlo.

«¿Hansel? —pensó Ethan con curiosidad al oír la conversación—. ¿Hansel, el amigo de Evelyn y perro faldero de Atticus?».

Jonah puso los ojos en blanco.

—¿Cuántas veces tengo que decirles que ese traidor ya no es un lord? —rugió—. ¡Tráiganlo aquí! ¡Consciente o inconsciente, lo quiero aquí ya!

Ethan echó un vistazo a la estancia, que reconoció como uno de los cuarteles de los guardias.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó con calma.

Jonah sonrió.

—Oh, voy a hacer que sientan el mismo dolor que ustedes les hicieron sentir a Atticus y a Marcus, sólo que peor.

«¿A la azotea?», pensó Evelyn arqueando una ceja llena de curiosidad.

El elevador empezó a moverse y su cuerpo notó el sutil cambio de velocidad. La pesada caja de metal se desplazó con fluidez, parecía que apenas si se movía, hasta la última planta del maravilloso hotel.

Estaba muy emocionada al saber que podría ver la preciosa ciudad de Utopía desde el punto más alto del famoso hotel Shangri-La. Donde se conocieron. Pero, al mismo tiempo, le preocupaba que Atticus hubiera decidido precisamente llevarla allí.

«¿Me matará empujándome para que caiga a la calle?», se preguntó mirándolo de pie a su lado, en silencio, una sonrisa de alegría adornando su cara. Su brazo seguía rodeando la cintura de Evelyn, pero no ya en señal de posesión, sino de aprecio.

Sus cuerpos estaban muy cerca el uno del otro, tanto que Evelyn se dio cuenta de algunas cosas en las que no había reparado hasta entonces. De cómo su cabello negro brillaba bajo la suave luz; de un pequeño punto en el centro de su oreja que le hizo pensar que quizá fuera el vestigio de un antiguo *piercing*. Se preguntó cómo debía de ser durante sus días como humano, y cuántas cosas habría experimentado después, a lo largo de tantos años.

Sentía curiosidad por cómo debía de ser vivir en tantas épocas distintas, conocer a tanta gente, la mayoría de la cual ya había muerto, y ser testigo de tantos acontecimientos históricos. Se obligó a pensar en todo su sufrimiento y su dolor, en todo lo que debía de haber perdido en ese tiempo.

«Es como para tenerle lástima. Casi tres mil años son suficientes para que alguien experimente cada dolor imaginable —se dijo—. Quizá todos esos años llenos de dolor no justifiquen sus actos, pero siento pena por él.»

Respiró hondo cuando la puerta del elevador se abrió tras un sonoro timbrado. Salieron a una habitación rectangular de cristal, casi invisible bajo el brillo de la luna y las estrellas.

La estancia estaba iluminada con cientos de velas de todos los tamaños, formas y colores. Las había por todas partes: en el suelo, unas sobre las otras, creando extraños ornamentos colgados del techo y en pequeñas cestas.

Sus vibrantes llamas contrastaban con la noche oscura del exterior del cielo de cristal. Evelyn mentiría si dijera que la vista no quitaba el aliento y no estaba impresionada por el tiempo y el esfuerzo que debía de haber costado decorar la estancia.

La escena era muy romántica, y era de momento el intento más certero de

Atticus por conquistarla. Todos sus lujosos regalos y sus promesas de poner el mundo a sus pies no eran nada comparados con la belleza de lo que ahora tenía ante sí. Posiblemente fuera lo único que Atticus había hecho bien desde que la conoció.

Se quedó mirando las velas del techo anonadada. Todo estaba lleno de ellas, brillantes y cálidas a su alrededor. Había varios respiraderos que permitían que el aire fresco del exterior entrara a la habitación rectangular para renovar el del interior y evitar así que el ambiente resultara demasiado asfixiante.

Mientras daba vueltas sobre sí misma mirándolo todo, deseando absorber con la mirada cuanto pudiera retener de aquel maravilloso lugar, vio que los muros de piedra que protegían el elevador también estaban profusamente decorados y rodeados de velas.

Tuvo cuidado de mantenerse a unos pasos del camino que éstas formaban en el suelo para guardar las distancias con los bellos pero también altamente inflamables objetos.

«Si tropiezo y me caigo aquí, podría armar un lío bastante considerable», pensó casi riendo para sí. Se preguntó si Atticus podría salvarla también del fuego, y pronto se dio cuenta de lo estúpida que era su duda.

Claro que podría: era Atticus Lamia.

Atticus Lamia, el rey de los vampiros.

Su sangre contenía la esencia misma de la vida, había pocas cosas que no pudiera hacer.

Y ese pensamiento le recordó que debía preguntarle acerca del proceso por el que un humano se convertía en vampiro.

—¿Te gusta? —preguntó él con curiosidad y algo de preocupación. Había una especie de atractivo añorado en su mirada en ese momento.

Parecía tan bello e inofensivo... Pero las apariencias a veces engañan.

—Me encanta —admitió Evelyn—. Este lugar es increíble. Y me sorprende, además. No me parece tu estilo habitual... No sabía que pudieras ser tan detallista y tan romántico.

—¿Te parece romántico? —Ella asintió y él sonrió victorioso—. ¿Recuerdas la primera noche que pasaste en el palacio y el picnic que preparé para los dos? —preguntó, los labios formando una sonrisa burlona—. Eso también fue romántico, ¿no?

La sonrisa de Evelyn se desvaneció un poco, pero asintió para darle la razón. Sí, había sido romántico, en parte. Aunque el recuerdo de la forma en que terminó aquella velada seguía asustándola. De hecho, le parecía que aquella vez todo había sido lo contrario de romántico: había sido una pesadilla, algo completamente aterrador. Todavía tenía frescas en la mente sus maneras bruscas y agresivas. Esperaba que la noche que tenían por delante no acabara de igual modo.

Como si se hubiera dado cuenta de que estaba incómoda, Atticus le puso ambas manos alrededor de la cintura y la guio entre las grandes rocas que decoraban la caja del elevador. Parecía una chimenea. Desde allí, la condujo a una pequeña mesa con velas en la que había planeado que cenaran. También había velas alrededor de la mesa, a un metro de ellos.

Para Evelyn, las velas perdieron muy pronto su efecto romántico y se

convirtieron de pronto en posibles fuentes de peligro. «Será mejor que esta noche no acabe como la primera que pasé en el palacio —se dijo—, porque, si Atticus y yo terminamos enzarzados en una discusión y se nos va de las manos, con todas estas velas alrededor quién sabe lo que podría pasar...».

Había un carrito con comida en el centro de la habitación, apartado de las velas. En cada uno de sus pisos había dos cubreplatos de plata que protegían los alimentos preparados de debajo.

—No ha sido fácil construir una estructura sólida así en unos pocos días, ¿sabes? —le explicó Atticus con paciencia mientras guiaba a Evelyn hacia la mesa.

—¿Qué? —preguntó ella dejando escapar un grito ahogado—. ¿Quieres decir que has construido toda esta habitación de cristal de la nada? ¿No estaba aquí antes?

Él negó con la cabeza y apartó su silla indicándole que se sentara.

—Una persona normal habría tardado semanas o incluso meses en construir algo tan grande, asegurándose de que fuera lo suficientemente estable y robusto como para soportar el fuerte viento de aquí arriba.

Era verdad, el viento azotaba la estructura con furia, como si estuviera molesto porque habían alterado su paz. Como si el rascacielos gigante que albergaba el hotel y la nueva habitación de cristal fueran un par de engendros y el viento quisiera atacar a Atticus por construir algo tan monstruoso. De alguna forma, con ellos había molestado a la naturaleza.

Pero abusar del planeta había sido algo habitual a lo largo de la historia, al menos durante los últimos cientos de años. Ése había sido uno de los principales factores que habían llevado a la humanidad al camino de la destrucción: no respetar el único lugar que podían llamar hogar era una equivocación que la gente llevaba cometiendo decenios. Un error causado por la avaricia y el egoísmo, pecados que Atticus no quería cometer, pero que al final no había podido evitar.

Los ojos de Evelyn recorrían la colosal construcción de cristal, aturridos ante sus dimensiones.

—¿Cuánto te ha llevado construir algo tan impresionante? —le preguntó curiosa. Atticus acababa de sentarse en la silla que quedaba justo frente a la suya.

—Dos días —respondió él con arrogancia. Sus ojos denotaban emociones que Evelyn no supo interpretar—. Cuando estás por encima de cualquier jerarquía de lo posible, no oyes muy a menudo la palabra *imposible*.

«No es que *imposible* y *no* sean palabras que no oigas, es que no permites que te las digan. No te importan las opiniones de los demás, sólo las tuyas», pensó ella. Entonces él levantó la vista de golpe y la miró a los ojos. La mirada que le dirigió fue tan asesina que Evelyn notó una oleada de terror recorrerla de pies a cabeza. Incluso se le cortó la respiración por un instante. Su expresión de miedo provocó una sonrisa sádica en él.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que piensa ese precioso cerebritito tuyo, Eve —la avisó Atticus.

«No... Por favor, no... No puede ser que me lea el pensamiento, no es posible...».

Había un oscuro brillo en los ojos del vampiro, un brillo familiar.

El corazón de Evelyn latía con fuerza y empezaron a temblarle las manos.

Atticus apartó la vista de ella para posarla en los grandes cubreplatos de plata del

carrito de la comida. Como si a ella no le faltara ya el aire, lo que vio a continuación estuvo a punto de eliminar cada partícula de oxígeno de sus pulmones.

Poco a poco, los platos y las campanas de plata que los cubrían se levantaron en el aire y empezaron a flotar hacia la mesa a la que estaban sentados antes de posarse sobre ella.

Evelyn se quedó hechizada ante el fenómeno sobrenatural que estaba teniendo lugar delante de sus ojos, hasta que recordó que Atticus no era un vampiro cualquiera, sino que tenía poderes sin parangón y era capaz de todo tipo de cosas milagrosas.

Sus ojos se dirigieron hacia las manos de él, en las que vio un gran anillo de plata decorando uno de sus pulgares.

—¿Cómo funcionan? —preguntó con cautela mirando el anillo—. Recuerdo que me dijiste que podían otorgarte poderes, pero...

—¡Qué bien que te intereses por mí! —dijo él con una sonrisa satisfecha—. El anillo funciona del mismo modo en que los aviones vuelan y el fuego quema, con partículas de energía. La magia es tan sólo una forma de ciencia que no entendemos, recuérdalo.

—Así que, ¿los anillos te otorgan la capacidad de controlar mejor tu cuerpo y tu cerebro?

—Eso mismo —sonrió orgulloso—. Estoy impresionado, señorita Blackburn. Pensaba que todo el mundo se había dado cuenta de que no tenía sentido educar a los humanos, pero veo que no es así.

Ella resistió las ganas de abofetearlo. Sus comentarios denigrantes y sus prejuicios hacia su raza la hacían ponerse a la defensiva y hacían aflorar en ella su lado más amargo, cuya existencia ignoraba hasta que lo conoció a él.

—La educación debería ser algo a lo que todo el mundo pudiera tener acceso. No es justo que limites a los humanos a lo más básico. Es como si no quisieras que aprendiéramos nada ni adquiriésemos habilidades para crecer y desarrollarnos —casi escupió, tal era el infierno de ira que consumía su interior. Pero él simplemente rio divertido ante su lado apasionado, que hacía tiempo que no afloraba. Por mucho que quisiera una Evelyn que lo obedeciera y satisficiera cada deseo, le encantaba que le discutiera las cosas y lo retara intelectualmente. Cuando sus conversaciones versaban sobre temas políticos y sociales, las cosas se ponían interesantes, y ver a Evelyn discutirle algo por lo que sentía verdadera pasión lo excitaba enormemente.

—Los humanos realizan todos los trabajos más básicos, los más sencillos y poco valorados, mientras que los más estimulantes y apreciados los llevan a cabo mis vampiros; ha sido así desde que accedí al trono. Hay algunas excepciones aquí y allá, como en el caso de los Redfern, por ejemplo, una familia humana con riqueza y poder heredados de sus ancestros. Aunque no todas las familias de tu raza son tan afortunadas y tan inteligentes, claro, siempre habrá una fina línea que separe a humanos y vampiros. ¿Sabías que tu padre tiene problemas económicos? Por mucho que te quiera, está muy claro que los humanos no son tan inteligentes como los vampiros. Somos una raza superior, nuestro cerebro trabaja más rápido, por eso es mejor que nosotros recibamos una mejor educación y realicemos los mejores trabajos en vez de ustedes.

—Deberías dejar que los de mi raza decidamos por nosotros mismos. Hay humanos que son excepcionalmente inteligentes, igual que hay vampiros más inteligentes que el resto. No es justo que nos mantengas limitados.

—Permito a los más aptos que se transformen de humanos a vampiros, ¿no? Y también hay restricciones con mi propia raza; ten en cuenta que sólo el 30 por ciento de los vampiros pueden soportar la luz del sol. Así que soy totalmente parcial en cuanto a mis reglas.

—El 90 por ciento, o puede que más, de mis iguales humanos viven en la pobreza —dijo Evelyn alto y claro.

Se percató de que se estaba envalentonando. Su conciencia le avisó de que sería mejor que se detuviera y retrocediera. Atticus tenía las vidas de la gente que amaba en la palma de la mano y sería capaz de matarlos si ella iba demasiado lejos.

Ethan y Hansel encabezaban esa lista, a punto de ser ejecutados en cualquier momento. Si es que Atticus no los había ajusticiado ya.

Se echó a temblar.

«No, no puede ser. No los mataría, a ninguno de los dos.»

—El 90 por ciento de los humanos son criaturas inútiles, basura. Sólo permito su existencia porque mi raza necesita de su sangre para sobrevivir. Si no, los masacraría a todos —replicó él con frialdad.

A continuación, por medio de la telequinesis, levantó los cubreplatos para dejar la cena a la vista: dos boles de sopa humeante colocados sobre platos de porcelana azules y blancos.

—Sopa de pescado mediterránea —anunció tomando una cuchara de entre los cubiertos ya colocados en la mesa. Sonrió y añadió—: Ah, y no me subestimes o subestimes el lugar que ocupas en mi corazón. Puede que te ame, que para mí seas un tesoro, pero no toleraré que te lances a los brazos de otros hombres cuando no estoy junto a tí. Eres mía, supongo que ya te lo he dejado claro. Y, créeme, no soy incapaz de segar vidas cuando tengo que hacerlo. He mantenido a Ethan y a Hansel vivos porque me son de mayor utilidad que muertos. —Tomó un sorbo de sopa—: Son unos magníficos accesorios para la tortura y el chantaje. —¡No te atrevas a tocarlos! —gritó Evelyn por instinto, los ojos llenos de furia.

Las palabras habían abandonado su boca antes de que su cerebro hubiera tenido tiempo de procesarlas. Antes de darse cuenta de que él acababa de confirmar que podía leerle la mente. Antes de que sus palabras le recordaran que su crueldad y su maldad no tenían límites. Antes de que ella se diera cuenta de lo mucho que le gustaría verlo muerto. Antes de que se diera cuenta de lo mucho que su salida de tono afectaría su plan para salvar a Hansel y a Ethan. Había intentado por todos los medios mantenerlos alejados de su mente y hacer creer a Atticus que estaba cambiando, que finalmente estaba empezando a enamorarse de él.

Atticus sujetó el cuchillo de plata que tenía a su derecha, lo colocó verticalmente y empezó a girarlo, volteándolo sobre la mesa como si de una elegante bailarina se tratara.

—Ya no temo hacerte daño —admitió—. Te quiero, claro, y no quiero herirte a propósito. Pero recuerda que no me da miedo usar la violencia contra ti. No me da miedo cortarte o golpearte, descargar mi agresividad sobre tu pequeño y frágil cuerpo. Recuerda que soy Atticus Lamia. Soy el rey. Tengo el mundo a mis pies.

Todo en este planeta me pertenece, y eso te incluye a ti.

«No puedes ser dueño de un ser vivo que respira», pensó ella con amargura.

Él sonrió.

—Supongo que te estarás preguntando por qué oigo todo lo que piensas, ¿no? — Evelyn miró el anillo—. Oh, no, los anillos no me proporcionan la habilidad de leer la mente. Y, aunque lo hicieran, estos anillos consumen mucha energía. Sería muy costoso tener una especie de micro en tu cabeza todo el día y escuchar cada cosa que pensaras, todos tus planes para conspirar contra mí.

Evelyn tragó saliva nerviosa. Había un mensaje implícito en sus palabras: «Sé lo que estás tramando».

—Así que, ¿siempre has sido capaz de leer mi mente?

Él negó con la cabeza.

—Sólo puedo hacerlo cuando tienes mi sangre en tu cuerpo. No puedo captar cada pensamiento, pero tus emociones se vuelven más vivas y oigo fragmentos, los noto. —Tomó otro sorbo de sopa—. Mi sangre es algo espectacular, ¿sabes? Contiene propiedades tan avanzadas que incluso los científicos más brillantes son incapaces de descifrarlas. Puede hacer muchas cosas.

—¿Como alterar mis hormonas para que mi cuerpo reaccione cuando lo tocas?

—preguntó ella dándole vueltas a lo que acababa de oír.

Él rio con suficiencia y se inclinó hacia Evelyn por encima de la mesa.

—Mi sangre es un gran afrodisiaco, pero no estaba trabajando a pleno rendimiento. Si intentas echarle la culpa a mi sangre, te equivocas. Puede que te intoxicara un poco, pero ¿todas esas chispas y fuegos artificiales que sentiste? Eso fue cosa tuya. Acéptalo, Evelyn, en el fondo, bajo toda esa luz y esa compasión, tú también te sientes atraída hacia la Oscuridad. Además, todo lo que sentiste ayer en tu habitación provenía de tu interior. Simplemente, yo puedo satisfacerte de un modo en que ni Ethan ni Hansel pueden hacerlo. Por mucho que quieras negarlo, me deseas. Quieres cambiarme y ayudarme a encontrar el camino hacia la redención. En esta lucha por obtener tu amor, yo también soy un contrincante —suspiró, pero la sonrisa de suficiencia seguía en sus labios—. Puede que vaya un poco por detrás y que no tenga muchos puntos para esa parte de ti que desea la luz del sol y el arcoíris, todo lo que sí tienen Ethan y Hansel, pero sigo siendo un contrincante más. Y si hay algo que he aprendido sobre mí a lo largo de estos milenios es que siempre consigo lo que quiero. Y lo que quiero eres tú.

—Mi corazón pertenece a Ethan. Ha sido así desde que éramos niños. Nos hemos querido toda la vida. Si no fuera por ti, seguramente a estas alturas ya estaríamos casados.

Los ojos de la chica se encontraron con los de él, y en sus iris azules Atticus pudo ver que seguía brillando un fuego. No estaba seguro de lo que quería hacer con ese fuego: si enterrarlo por completo en su Oscuridad, o abrazar y cuidar a Evelyn para que desapareciera. No lo sabía.

—Podrías estar casada, sí, pero no lo estás, ¿verdad? Podrías estar con tu anterior amante humano ahora mismo, pero no lo estás. ¡Estás conmigo! —susurró saboreando cada oleada de miedo y de adrenalina en el cuerpo de ella. Le gustaba notar el poder que tenía sobre ella—. Te guste o no, yo tengo el control sobre tu cuerpo. Puede que ames a Ethan, y que sientas algo muy fuerte

por Hansel, pero yo tengo todos los ases en la manga. Soy quien tiene el poder, y puedo hacer lo que me dé la gana con él.

—Estás loco —dijo ella temblando.

—Si la locura es lo que hace falta para conseguirte, entonces seré feliz de entregarme a ella. Pero la locura tendría que trabajar un poco más duro por mí. La Oscuridad no para de avanzar posiciones día tras día, y te quiere a ti tanto como a mí.

Atticus la agarró de la muñeca a una velocidad a la que era imposible que los reflejos humanos reaccionaran. Se la llevó cerca de la cara, acercando los labios a sus venas, y disfrutó de la aceleración de su pulso, de cada latido que enviaba sangre a sus venas. Su esencia lo hizo salivar.

—A veces me pregunto si me quieres o sólo me deseas —confesó ella cuando su boca besó la cara interna de su muñeca—. Me pregunto si me amas o si únicamente estás obsesionado conmigo.

—A lo mejor no hay ninguna diferencia entre amor y obsesión. El amor obsesivo es la forma más elevada de amor. Cuando la pasión y el enamoramiento son tan grandes que el amor que sientes por alguien se torna en obsesión pura, imposible de ignorar... ¿Cómo puedes culparme por amarte tanto?

—Así no es como funciona el amor —protestó Evelyn.

Le temblaba el brazo a causa del miedo, pero no osó apartarlo. Sería como intentar quitarle un hueso a un perro hambriento: tendría consecuencias funestas. Él ignoró sus palabras.

—¿Sabes qué creo que estamos haciendo mal? —dijo—. No nos comunicamos lo suficiente. No nos conocemos bien. Entre tus reticencias a aceptarme y mi miedo a herirte físicamente, mi poco autocontrol y el enorme deseo que siento por ti, no hemos podido pasar mucho tiempo juntos y, así, poder conocerte mejor.

—¿No me conoces pero crees que estás enamorado de mí?

—He hecho mis indagaciones —admitió él—. Y sé muchas cosas sobre tu vida. Seguro que sé más cosas de ti que tú misma. Pero también hay aspectos de ti que sólo tú podrías enseñarme.

—¿Por qué no me haces una pregunta, y luego te haré yo otra a ti?

Él asintió.

—De acuerdo, empiezo yo. Aparte de mí, ¿qué es lo que te causa mayor dolor emocional en estos momentos?

Eso la tomó desprevenida.

—Pues... —murmuró sin saber si quería mentir o decirle la verdad.

Por una parte, no quería revelar sus debilidades, pero por otra sabía que sería en su propio beneficio abrirse más a él, ganarse su confianza, para que él a cambio le revelara más de sí mismo.

Hubo una larga pausa hasta que Evelyn respondió.

—La soledad —declaró, y era la pura verdad—. Me siento sola.

Palacio real

—¡Eres un idiota! —gritó Jonah agitado a causa de la rabia y la frustración que sentía.

Hansel estaba sentado en una silla colocada contra la pared, a unos pasos de él. Sujetaba una taza roja en la mano y un popote entre los labios.

En otras circunstancias, la escena podría haber resultado casi cómica, pero el antiguo lord se veía débil y marchito frente a su colega. Tenía la piel pálida y su expresión era sombría mientras permanecía totalmente inmóvil excepto por los pequeños sorbos que daba con el popote. Jonah se había molestado en conseguir para Hansel su tipo de sangre favorito: AB+.

Pese a lo sucedido, que Hansel se hubiera enamorado de Evelyn, su amistad de siglos no se había visto afectada. A los ojos de Jonah, Hansel seguía siendo uno de los hombres más amables que había conocido, y odiaba ver a un compañero caer en el hechizo del amor. Ahora, Hansel lo había perdido todo por algo acerca de lo que no tenía ningún control.

Su amor por Evelyn le había hecho perder su título y su fortuna. Atticus se había mostrado implacable encerrándolo en la celda más profunda y oscura de las mazmorras. Había sido torturado día y noche y no le habían dado de comer nada desde el momento en que regresó a palacio con Evelyn.

A Jonah le habría gustado partirle el cuello a la chica por arruinar la sólida amistad entre Atticus y Hansel. Quería echarle las manos al cuello y estrujárselo hasta oír quebrarse cada hueso bajo sus dedos. Deseaba hacerla sufrir por lo que había hecho y mucho más aún.

—No fue culpa suya —dijo Hansel casi sin aliento. Tenía todo el cuerpo hinchado y le costaba mantener los ojos abiertos, pero se estaba recuperando poco a poco—. Evelyn nunca me sedujo, me enamoré de ella por mi cuenta. La quiero. La quiero, y todo lo que he hecho por ella ha sido totalmente necesario. Para ella, para Atticus y para el futuro del mundo.

Jonah gruñó. Ahora el cuello que le habría gustado partir era el de Hansel.

—¡Eres un jodido idiota! —le dijo poniendo los ojos en blanco mientras vertía más valioso líquido rojo de una jarra en su taza—. Eres como un bebé, he estado a punto de echarte esto en un biberón.

Hansel sonrió.

—No puedo estresar a mi cuerpo bebiendo demasiado de golpe, podría causarme

problemas respiratorios.

Jonah suspiró.

—¿Sabes? Quizá si le pidieras disculpas a Atticus y te quitaras de la cabeza a esa estúpida chica humana, te perdonaría. Has pasado muchos siglos a su lado. Tú, Marcus y yo somos sus compañeros favoritos. Te quiere como a un hijo... Te perdonará, siempre que te disculpes, claro.

—No tengo nada de lo que disculparme —se defendió Hansel, y continuó dando sorbos con su popote. Estuvo tentado de beberse toda la sangre de golpe, pero tenía mucha fuerza de voluntad—. No debería tener que disculparme por amar. Y Evelyn tampoco tendría que ser castigada por amar a Ethan.

—¿En serio defiendes al cabrón que les robó la chica a ti y a Atticus? ¡Hansel! ¿Qué mosco te picó? ¿Qué te hizo esa maldita humana? Tú no eres así, no deberías ser así. Somos vampiros, depredadores. ¡Asesinos a sangre fría! ¿Cuandote volviste tan débil? ¡Te comportas como una mujer! —rugió Jonah.

—Tienes un problema de actitud, amigo. Tanto Atticus como tú lo tienen.

—¡A mí no me metas en esto, Hansel! ¡Estamos hablando de ti, mocoso arrogante!

—Te he echado tanto de menos... A ti y a tus arrebatos.

Los ojos de Jonah recorrieron la habitación en busca de algo afilado y contundente con que golpear el brazo o la pierna de su amigo, pero decidió que era mejor no hacerlo.

—Todo lo que digo es que, cuando te pongas el uniforme de la guardia real y vuelvas a trabajar en el palacio, será mejor que te mantengas lo más alejado posible de ella. Mientras te quedes lejos y hagas lo que te diga, creo que podrás volver a obtener la gracia de Atticus.

Hansel miró el uniforme doblado sobre la mesa que tenía junto a él. Se le quedó contemplando con el ceño fruncido, confuso.

—¿Estás loco? Y Atticus, ¿ha perdido el norte por completo? ¿Me van a meter en palacio como guardia? Pensaba que me quería lejos de Evelyn. Debe saber que, si vuelve a meterme ahí, iré en su busca y la encontraré.

—¡No! —exclamó Jonah—. No lo harás. Si quieres mantener esa maldita cabeza unida a tu cuello y tu corazón latiendo, entonces no lo harás. Te lo repito: no te acerques a esa puta manipuladora y patética. Te quedarás en tu puesto, ya me aseguraré de que sea uno bien alejado de ella. Si quieres vivir, claro.

—Deberías ir al psiquiatra a que te examinen. Creo que esa mente diabólica tuya se te está yendo de las manos.

—¡Hansel! No es momento para bromas. ¡Te hablo en serio, pedazo de idiota! Mantente alejado de ella. Si las cosas salen como he planeado, te devolveré donde te corresponde, junto a Atticus, Ethan Redfern morirá y Evelyn por fin caerá en los brazos del rey; si es por voluntad propia o a la fuerza, me importa una mierda.

Los ojos de Hansel se iluminaron como si lo acabaran de electrocutar.

—Jonah, ¿qué demonios planeaste? ¿Dónde está Evelyn? ¿Está bien? ¿Qué le ha hecho Atticus? ¡No puedes dejar que siga haciéndole daño! Él la está torturando, no sabe amar, sólo sabe poseer. Por favor, no dejes que la hiera. Jonah, protégela, por favor, ¡te lo suplico!

—¡Tienes suerte de que no la haya matado yo mismo! Y ¿encima esperas que la

proteja? —preguntó Jonah, la voz envenenada—. Si mi plan sale como está previsto, Ethan Redfern saboreará por fin todo el dolor que Atticus ha estado sintiendo por su culpa. Y Evelyn será castigada por lo que le ha hecho a tu amistad con Atticus.

—¡Si no ha hecho nada! —quiso gritar Hansel, pero la voz le salió ahogada y rota—. Ella nunca pidió nada de esto. ¡Es inocente! ¡La acabará matando, Jonah! ¡Tarde o temprano, la matará con su amor! Tuve mis razones para ayudar a Venecia... Por favor, Jonah, debes creerme. ¡Tienes que ayudarme!

Ethan podía oír la conversación entre los dos vampiros dos pisos por debajo de donde se encontraba, mientras uno de los guardias encargados le leía una lista de instrucciones.

Estaba maravillado ante la velocidad a la que su cuerpo se estaba adaptando a sus nuevas habilidades y por lo rápidamente que estaba aprendiendo a controlarlas. No recordaba demasiado de la noche en que Venecia y Hansel lo habían sacado de la prisión. No lo conseguía. Cada vez que trataba de hacerlo, le entraba un terrible dolor de cabeza. Lo único que sabía era que debía proteger a Evelyn. Tenía que salvarla del mal. Quería usar sus nuevos poderes para escapar y encontrarla, pero no podía. No podía usar fuego con fuego para combatir contra Atticus. Puede que ahora fuera más fuerte, pero seguía sin poder compararse con el rey.

Tenía que usar la estrategia, anteponer a Evelyn por encima de todo, si quería salvarla del monstruo que amenazaba su vida. En parte se sentía amenazado por el gran aprecio que Hansel sentía por el amor de su vida, pero no le pasó por la cabeza en ningún momento odiar al lord.

Era fácil querer a Evelyn, pero la chica también era muy frágil, y Atticus era como un niño que no hubiera aprendido a cuidar sus juguetes. Acabaría por romperla en mil pedazos si seguía ahogándola con su supuesto amor por ella.

Ethan tenía que ponerle fin a todo eso. Tenía que salvar a su Evelyn. Cerró los ojos y en silencio dio gracias a Venecia por todo lo que había hecho por él. Por concederle aquella única noche con Evelyn y por los poderes que le había otorgado justo antes.

«Gracias.»

Utopía, azotea del hotel Shangri-La

—La soledad —declaró Evelyn, y era la pura verdad—. Me siento sola.

Siendo honesto, Atticus debía confesar que su respuesta lo había sorprendido, pero a la vez se correspondía con lo que había predicho.

Al principio se sintió confuso. Quiso preguntarle por qué, cómo era que se sentía sola teniéndolo a él, cuando él estaba allí dispuesto a ofrecerle un hombro en el que llorar en cualquier momento, por lo que fuera.

Pero entonces cayó en la cuenta de que la había apartado de todo y de todos a los que conocía. Se lo había robado todo. Atticus la tenía en su palacio como a una

prisionera, como si fuera una especie de animal exótico. La forma en que la trataba era denigrante, no estaba bien.

—Lo siento —susurró tras un largo silencio.

Del ojo izquierdo de Evelyn cayó una lágrima.

Al vampiro le rompió el corazón verla así. Verla sufrir, herida... Eso no era lo que había planeado.

Quería protegerla, quererla, darle el mundo entero. Pero, de algún modo, su orgullo y su deseo siempre encontraban el modo de interponerse entre ambos. Tenía tantas ganas de que Evelyn fuera suya que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por tenerla entre sus brazos, por poseer cada parte de ella: su cerebro, su cuerpo y su alma.

En su mente retorcida y oscura, era suya, le pertenecía. Y quería quedarse allí, en la Oscuridad. Quería seguir viviendo en ella, dejar que los demonios hicieran realidad sus más oscuras fantasías. Quería seguir permitiendo que la Oscuridad lo controlara para poder tener a Evelyn, para poder hacer ver que era suya.

—Te quiero de veras... —dijo sin mirarla a los ojos. El sentimiento de culpa jugueteaba con su corazón.

—No tengo a nadie con quien hablar —repuso ella—. Estoy sola. Sola en ese enorme palacio. Estoy rodeada de gente, pero estoy más sola que nunca. ¿Sabes lo duro que es eso? No tener a nadie con quien hablar, nadie en quien confiar...

—dijo—. Antes tenía a Hansel, pero te lo llevaste. Alice está en palacio, pero me evita a toda costa, supongo que eso tiene algo que ver contigo, ¿no?

Atticus alargó el brazo para tocarle la mano, y ella lo dejó.

—No quiero compartirme, Evelyn. No tienes ni idea de cómo me siento cuando estás cerca. Me haces tan feliz.

—Pero tu felicidad es a costa de mi desgracia.

Él suspiró; lo mataba verla tan dolida por sus acciones. Supuso que, como había sido él quien le había propuesto que se conocieran mejor, era justo que le contara algún secreto.

—No le he dicho a Alice que se mantenga alejada de ti. Le dije que, a cambio del bienestar de su hijo, debía espiarte y darme cualquier información valiosa que consiguiera de ti. Ella accedió, pero no había previsto que sería tan osada como para evitarte y así no tener nada que contarme.

A la joven se le desencajó la mandíbula al oírlo. Ya debería estar acostumbrada a sus argucias manipuladoras y controladoras, pero la aterró pensar en que había chantajeado a Alice con el bienestar de su bebé. En ese momento se planteó si Atticus tendría algún límite, si habría algo que no haría. Seguramente no.

—¿Usaste el bebé como moneda de cambio? —Se atragantó al pronunciar las repulsivas palabras.

—Tú te acostaste con Ethan —le recordó él—. Necesitaba saber qué te pasaba por la mente. No sabía si sería capaz de controlarme si me acercaba a ti durante esas semanas. Todavía no sé cómo me siento al saber que estuviste con otro.

«Al menos, él no me violó», pensó Evelyn con amargura.

—Te quiero.

«El amor no es ninguna excusa.»

—No me mires así. Tienes mucha suerte de que siga en palacio. No puedo ni imaginarme lo que Marcus le haría si se enterara, o lo que le hará cuando se

entere, vaya. La estoy manteniendo a salvo. Si no, yo mismo la mataría con gusto por su infidelidad.

«Te odio.»

—Recuerda que mi sangre sigue fluyendo por tus venas, Evelyn —añadió él con voz severa—. Oigo cualquier cosa que te pasa por la mente. No estropees esta noche.

«Me has hecho daño de todas las maneras posibles. Me has destrozado. Ya no soy la chica que fui. Ya no sé ni quién soy. ¡Te odio, Atticus, te odio por lo que me has hecho! Tú no me quieres, si lo hicieras, no me herirías a propósito una y otra vez. Chantajear a Alice ha sido una bajeza.»

Él apretó los labios frustrado.

—Te quiero, ¡no oses poner en duda lo mucho que te quiero, lo mucho que me importas! Lo eres todo para mí. Te quiero con cada parte de mi ser. Siento que no puedas corresponderme, pero eso no es culpa mía. —Respiró hondo intentando no perder la calma, reprimiendo la Oscuridad que empezaba a dominar sus manos, queriendo tocarla, abrazarla y poseerla—. No deberías sentirte sola. Me tienes a mí. Siempre estoy ahí para ti. Sea lo que sea lo que quieras contarme, puedes confiar en mí. Lo prometo.

Evelyn controló su mente para no dedicarle más palabras desagradables y, en su lugar, dijo:

—Hansel no es ninguna amenaza, ¿sabes?

—Lo sé. No me da ningún miedo. Sé que si se le ocurriera pensar en tocarte siquiera lo mataría antes de que pudiera pestañear.

—¿Por qué siempre tienes que decir ese tipo de cosas? ¿Tanto te gusta asesinar que no puede pasar ni un minuto sin que hagas referencia a ello? —exclamó ella—. Hansel es mi amigo. Ha sido el único con el que he podido hablar durante toda esta experiencia contigo. Me ha ayudado a mantenerme en mis cabales. Si no, no sé cómo podría haberte soportado a ti y tu afán de control.

—No me gusta que hables de él así, como si tuviera un lugar en tu corazón, cuando yo no lo tengo —le advirtió.

La mano que sostenía la de Evelyn aumentó la presión que ejercía. Quería recordarle que era suya y de nadie más.

—Sólo necesito a alguien con quien hablar. Atticus, no sabes lo que es estar así de aislada. Me encuentro tan sola que el otro día hasta me puse a hablar con Jonah, ¡y él es siempre superantipático conmigo!

Él rio, pero a Evelyn se le escaparon unas lágrimas.

—La verdad es que te odia bastante.

La joven se obligó a calmarse. Sabía que, si quería conseguir su propósito, debía ser más sibilina. No podía enfrentarse a Atticus por la fuerza y esperar ganarle.

—Por favor, aunque no quieras que Hansel vuelva al palacio, al menos dime si está bien. Me contento con tener a Alice allí, pero necesito saber que está vivo y a salvo —suplicó.

El plan de Jonah resonó en la mente de Atticus. Suspiró.

—¿Ves ese edificio alto de allí? ¿El que tiene luces de color púrpura en la parte de arriba? —Señaló el rascacielos que había en el horizonte, situado en el corazón de Utopía. Ella asintió—. Hansel está ahí. Tiene un apartamento en ese edificio y lo tengo retenido ahí por el momento para que reflexione acerca de lo

que hizo. Está vivo, Evelyn, no le he tocado ni un pelo.

—¿Me lo prometes? —preguntó ella con los ojos azules como los de un cervatillo mientras miraba expectante los ojos oscuros de él.

Saber que Hansel estaba bien le había provocado un subidón de alegría. Estaba encantada.

—Incluso yo tengo mis límites, Evelyn. Nunca le haría daño a un viejo amigo como Hansel, ¿no crees? En cuanto a Ethan, sí, lo torturaré hasta que se encuentre al borde de la muerte, pero a Hansel no, es mi amigo. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. Tienes que confiar en mí. No soy un monstruo. Sé que mi amor por ti es demasiado intenso, pero tienes que entender que ya perdí al amor de mi vida una vez. No podría soportar perderte a ti también.

—Si no puedo hablar con Hansel, entonces déjame hablar con Alice. Necesito a alguien, por favor, Atticus. Tengo la sensación de que quieres cortar cualquier tipo de conexión social que tenga, aislarme por completo para ser tú el único con quien pueda hablar.

La maldad en su interior sonrió.

—Claro que no. No es eso, es sólo que... No sé, quería asegurarme de que nadie podría apartarte de mí. Ni la vida, ni la muerte, ni el destino ni ningún organismo vivo pueden separarte de mí. De lo que más me arrepiento en la vida es de no haber sabido cómo convertir a los humanos en vampiros un poco antes y ni haber podido convertir a Mira antes de que muriera. No quiero perderte a ti también. No sé cómo podría sobrevivir habiendo perdido a dos amores en la misma vida.

Bajó la vista y, aunque Evelyn quiso resistirse, no pudo evitar sentir lástima por él. Era imposible no compadecerse de un hombre que había perdido tanto.

—Lo siento, de verdad. Pero no deberías culparte por su muerte —mintió. En realidad, sabía que lo que la había matado había sido su insoportable amor y su afán de posesión.

Atticus le dedicó una sonrisa arrebatadora que derrochaba bondad. Sabía cómo sacar todo el partido posible a su belleza.

—¿Hay algo que quieras preguntarme tú a mí? —dijo en voz baja.

Ella asintió.

—En realidad, sí. Me gustaría saber cómo se convierte alguien en vampiro.

Atticus chasqueó la lengua.

—Realmente tendría que impartirte un par de lecciones de anatomía e historia vampírica —suspiró—. Hay dos maneras de conseguir que un humano se transforme en vampiro. La primera es dándole sangre de vampiro justo antes de morir. Cuando el humano muere, las células de su cuerpo mueren también y las de vampiro ocupan su lugar, se regeneran y cambian la estructura celular del humano, convirtiéndolo en vampiro. Sin embargo, el éxito del proceso depende de la cantidad de magia presente en la sangre y en la antigüedad de la misma. Si no, si todo el mundo que bebiera sangre de vampiro se convirtiera en uno, la población vampírica sería mucho mayor. Muchos de los humanos que lo hacen mueren. Como todos los vampiros descienden de uno de los Siete, cuanto más cercana es su conexión con nosotros, más poderosa es su sangre. Lo mismo pasa con lo de la luz del sol. Sólo aquellos que tienen una gran concentración de nuestra sangre en su estructura celular pueden caminar a la luz del día.

—¿Y la otra forma?

—La segunda consiste en dar gran cantidad de sangre de vampiro a una persona ya muerta. Pero esto es mucho más peligroso, primero porque la persona está muerta y sus neuronas también, por lo que la persona que volviera a vivir como vampiro podría ser diferente de como había sido. Es una manera mucho menos frecuente de hacerlo y requiere mucha sangre, que además tiene que ser muy poderosa. Cuanto más cercano el vampiro en el linaje a uno de los Siete, más posibilidades de éxito.

—Entonces ¿tú podrías convertir a cualquier persona muerta en vampiro?

—No a cualquiera... Sólo si han muerto en las últimas veinticuatro horas o menos. Si es más, entonces me temo que ni siquiera mi propia sangre serviría. Ambos métodos dependen de la cantidad de sangre, de la edad del vampiro y de su linaje.

—Fascinante —murmuró Evelyn.

—Me toca —declaró él con los ojos fijos en ella como si fuera un halcón, asegurándose de notar cualquier expresión que cruzara su rostro ante su siguiente pregunta—: ¿Amas a Hansel?

Amor.

¿Qué es el amor? Una pregunta que se han hecho innumerables especies de todo el universo, una pregunta casi tan vieja como el tiempo en sí.

Uno de los elementos más perseguidos, aunque también descuidados, de los sentimientos más apreciados, aunque también ignorados, de la vida.

¿Existe el amor?

Y, si existe, ¿cómo sabemos si es de verdad?

Amor...

¿Qué hay que hacer para querer a alguien?

¿Cómo se quiere a alguien?

¿Hay que hacer algo en particular?

Amor.

¿Cómo sabe uno si está enamorado?

—¿Lo quieres?

Atticus repitió su pregunta mirando a Evelyn con una intensidad que ella conocía.

La joven pudo ver los celos, la ira, el odio y puede que hasta algo de miedo y desdicha tras aquellos ojos oscuros y aterradores. Se estaba mostrando vulnerable ante ella. Tenía la guardia baja, y Evelyn era capaz de leer su expresión con facilidad. Tragó saliva. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Incluso con los cientos de velas en la habitación, notó frío. Un escalofrío le recorrió la espalda. El fuerte viento seguía azotando las paredes de cristal y el ruido de la ciudad se oía amortiguado en la distancia.

—Quiero la verdad —dijo él.

La voz del todopoderoso rey vaciló una imperceptible décima de segundo, pero en ese breve instante, Evelyn casi creyó que vería a Atticus Lamia soltar una lágrima y revelar el alma atormentada y rota que escondía tras su fría y despiadada fachada.

—¿Quieres la verdad? —preguntó ella con cautela.

Tuvo la sensación de estar caminando sobre una capa de hielo muy fina. En cualquier momento, ésta se rompería y ella encontraría la muerte al sumergirse en las aguas profundas y heladas. Casi pudo ver a la vieja parca con su guadaña acercándosele, esperándola. Lista para reclamar una vida cuando ella diera un paso en falso.

Lo que Evelyn no sabía era si esa vida sería la de Hansel, la de Ethan, la de otra gente que había ocupado un lugar especial en su corazón o la suya propia.

Atticus había apretado la mandíbula... ¿por la ira?, ¿la frustración?, ¿la ansiedad?, ¿o era por otra cosa?

Tampoco lo sabía.

—¿Qué quieres oírme decir? —preguntó ella.

—Quiero que me digas que Hansel no te importa lo más mínimo. Que nadie aparte de mí te importa lo más mínimo y que me quieres con todo tu ser y toda tu alma, y nunca, nunca me traicionarías. —Se movió en la silla de manera que pudiera sostener las dos manos de ella entre las suyas. Por sus ojos oscuros pasaban todo tipo de emociones—. Pero, aunque eso es lo que me gustaría oír de tu boca, una pequeña parte de mí también quiere saber la verdad. Saber lo que sientes en realidad.

Evelyn no sabía qué pensar, qué hacer. ¿Mentir o no mentir? Ésa era la cuestión. «¿Quiere que mienta o que le diga la verdad? Y ¿cuál es esa verdad? ¿Sé yo misma si lo que siento por Hansel es amor? Y, si lo es, ¿es simplemente platónico o algo más?».

Atticus le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

Ella tragó saliva, nerviosa.

—Dime la verdad, quiero que seas sincera. ¿Lo quieres, Evelyn? —volvió a preguntarle—. ¿Quieres a Hansel?

—Yo... —empezó a decir ella, de repente sin habla. Casi parecía que no recordara cómo formular una frase—. Yo... yo...

«¿Lo quiero? ¿Quiero a Hansel?», se preguntaba, desesperada por encontrar una respuesta.

Pero no la obtuvo.

No sabía si era porque le daba miedo contestar a la pregunta o porque sabía que Atticus podía oír sus pensamientos de todos modos. ¿Era posible que no tuviera ni idea de si lo quería o no?

Cuando pensaba en el amor, su mente siempre salía disparada al encuentro de Ethan.

Su dulce sonrisa.

Sus tiernas caricias.

Sus ojos llenos de bondad.

Su naturaleza cariñosa.

Su alma compasiva.

Su valentía.

Su inteligencia.

El amor que sentía por ella.

Su capacidad para anteponerla a ella frente a todo lo demás y luchar contra aquel monstruo que los separaba.

Pero ahora, cuando se mencionaba la palabra *amor*, Ethan no era el único hombre en su mente.

Hansel también estaba allí.

Recordó el día que la salvó de morir en aquel precipicio.

Él también era amable, cariñoso, compasivo, valiente, inteligente, y la protegía sin ningún miedo.

Evelyn quería protegerlo también.

«¿Lo quiero?», volvió a hacerse la misma pregunta que Atticus le había hecho.

—Yo... no lo sé —murmuró—. Si digo que sí, ¿lo matarás? Si digo que no, ¿pondrás en duda mi sinceridad?

—Quiero la pura verdad.

—No sé si lo quiero... No de la forma a la que te refieres, en cualquier caso. Ha sido un apoyo para mí; en mis horas más oscuras, siempre estuvo ahí. Aunque no siempre se ponía de mi parte en las discusiones que mantenía contigo, él siempre entendió que al menos había dos puntos de vista posibles, el tuyo y el mío. Era el único en el palacio que no me miraba como si fuera estúpida o la chica más desagradecida del mundo al confesar lo que siento por ti —añadió con rapidez.

Al hablar, no se atrevió a mirar a Atticus a los ojos, sino que mantuvo la vista fija en la sopa, que ni siquiera había tocado. Ya no humeaba, por lo que debía de estar casi fría. Parecía apetitosa, pero la comida era la última cosa en su mente en esos momentos.

Atticus suspiró y también bajó la vista.

—Si tuvieras que elegir entre él y yo, ¿a quién escogerías?

—¡Ya me hiciste una pregunta! —protestó Evelyn.

No porque le importara que le hubiera hecho dos preguntas una detrás de otra, sino porque no quería responder a la segunda. Se había escapado de la primera por muy poco. Si él la forzaba a escoger entre Hansel y él, Evelyn ya podía ver un baño de sangre en el horizonte. Por desgracia, era una pregunta a la que podría responder sin pensar.

—Me preguntaba cómo debe de ser capaz de lidiar Venecia con la Oscurid...

Pero su frase se vio interrumpida cuando Atticus la agarró de las dos muñecas, haciendo que su cuerpo se levantara y chocara contra el borde de la mesa.

—¡Te hice una pregunta! ¡Y exijo una respuesta! —rugió.

De él emanó una ola invisible y poderosa que hizo temblar al unísono todas las llamas de las velas que los rodeaban. La estancia se quedó a oscuras una fracción de segundo.

Cuando la luz volvió a iluminarlos, era visiblemente más oscura que antes, lo que confería a la expresión facial de Atticus un aire tan terrorífico que Evelyn estuvo a punto de chillar.

Sus colmillos habían aparecido y sus ojos se habían vuelto mucho más oscuros. Había una clara presencia de maldad a su alrededor. Los grandes ojos azules de la chica lo contemplaban con pavor, el corazón latiéndole desbocado.

—Atticus —susurró su nombre y resistió las ganas de quitar las manos de debajo de las de él. Le hacía daño. Notaba su piel amoratándose debido a la firmeza con que la agarraba.

Al oír su nombre, al vampiro lo invadió una ola de lujuria, pero se resistió a la tentación de tomarla. Se había prometido antes que esa noche no le haría daño, se abstendría de poseerla. Quería demostrarle que era capaz de sobrevivir una noche sin devorarla, y que había algo más entre ellos que lujuria, deseo carnal y necesidad de posesión.

—¡Dímelo! —siseó. Su tono de voz era amenazador.

Evelyn luchó por soltarse, pero él incrementó la fuerza alrededor de sus manos hasta que ella gritó de dolor. No obstante, eso sólo hizo que Atticus la apretara más contra el borde de la mesa. Aunque se clavaba el filo y resultaba doloroso, la joven se alegró de que una mesa los separara. No se imaginaba lo que le haría

de no estar ese mueble ahí.

Sin embargo, llegó a esa conclusión demasiado pronto. En un abrir y cerrar de ojos, Atticus se levantó de la silla y se plantó a su lado, levantando una corriente de aire y apagando unas cuantas velas.

Evelyn tragó saliva nerviosa cuando él giró su silla con un movimiento rápido y le colocó las manos sobre los hombros. Incluso con la poca luz que había, ella vio su inmaculada y aun así aterradora cara con claridad.

Daba escalofríos.

—Dímelo. —La voz rota del vampiro contrastaba con su actitud desafiante—. ¿Escogerías a Hansel o a mí?

—¿No podríamos tener una cena normal, por favor? —suplicó ella—. Dijiste que querías que lo nuestro funcionara, pero no dejas de volver a lo mismo y hacerme preguntas cuyas respuestas ya sabes que no te gustan.

Los ojos de la chica recorrieron la habitación con nerviosismo.

«¿Por qué no habrá planeado una cena en la playa o algo así? Morir ahogada es mucho más placentero que quemada en una habitación llena de velas. ¿Acaso perdió la cabeza? El fuego y nosotros dos juntos es demasiado fuego...», pensó.

De pronto, todas las llamas se apagaron de nuevo, dejándolos en la más completa oscuridad. La única fuente de luz eran la luna casi llena sobre sus cabezas y las estrellas, que los observaban expectantes.

—¡Respóndeme! —volvió a rugir Atticus; pero, esta vez, en un tono mucho más alto.

Alargó la mano y agarró el cuello de Evelyn, haciendo que se sentara de golpe en la silla. Ella no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que saboreó las lágrimas saladas que habían llegado a sus labios.

—S-sí... —dijo con un hilo de voz.

Evelyn no sabía por qué no había mentido. A lo mejor era porque, de todos modos, él podía leerle la mente y no tendría sentido mentir cuando quería la verdad. O quizá a causa del pánico había dicho lo primero que le había pasado por la cabeza sin tener en cuenta las consecuencias. O puede que, en el fondo, creyera que él merecía saber la verdad, que era necesario que oyera la cruel pero sana verdad, para que intentara aprender de sus errores y rectificar.

—Lo siento —consiguió añadir.

De repente, todas las lámparas que colgaban del techo se encendieron de golpe. Su luz era de un blanco demasiado intenso, y la habitación de cristal brillaba como una estrella contra el cielo nocturno.

Evelyn pestañeó después de que sus ojos se cerraran instintivamente para protegerse del repentino destello. Le costó un rato acomodar la vista a la intensa luminosidad y, unos instantes más tarde, abrir los ojos.

Le daba miedo encontrarse con la mirada oscura de Atticus.

«Aunque ya hace unos segundos que he hablado y sigo viva... Eso es positivo, ¿no?», se dijo con sarcasmo.

Intentaba usar el humor para calmar su corazón desbocado. Poco a poco, fue abriendo los párpados. Esperaba encontrarse con la cara de Atticus roja y desencajada por la furia. Pero en lugar de ello vio algo que sólo había contemplado una o dos veces antes.

La primera vez había sido la noche en que Atticus le había revelado el secreto de

sus demonios, de la Oscuridad, del mal que residía en su interior y lo atormentaba. Había sido la primera noche en que le había abierto su corazón y se había mostrado ante ella tal como era en realidad.

La segunda, el día que había regresado de casa de sus padres, al volver a verse después de la infame noche en el motel y su intento de suicidio en el baño.

Aun así, ninguna de las dos le pareció tan abatido como esa noche, en la habitación de cristal. El crudo desengaño le bajaba por las mejillas en forma de líquido salado. Pero, pese a las lágrimas, Atticus Lamia seguía teniendo el mismo aspecto imponente y mortífero de siempre. Y sus ojos no mostraban solamente tristeza, sino también un torbellino de ira y Oscuridad.

Tenía la boca entreabierta y su pecho se movía arriba y abajo con rapidez a causa de la respiración agitada. Apretaba los puños a los costados del cuerpo.

Miró a Evelyn. El cerebro de la joven empezó a enviarle señales de peligro y a inyectar adrenalina en sus músculos, impeliéndola a salir corriendo, a que escapara de aquel rey desequilibrado.

Él era el incontestable amo y señor del mundo entero, y ella nada más que una pobre humana, una pobre criatura que él podría asesinar con un leve movimiento de muñeca.

Evelyn era la luz brillante que despertaba su deseo de felicidad, de compañía, de amor..., pero también era la chica que había despertado sus demonios, la antigua Oscuridad que lo había atrapado entre sus garras hacía milenios.

Con lujuria, Atticus recorrió con la vista cada centímetro de su dulce cuerpo. Sus pechos, elevados gracias al precioso y entallado vestido; sus labios carnosos, que le habían parecido el mismísimo cielo... Quería obligarla a que se arrodillara para él.

Quería que fuera suya, tomarla en sus brazos y probar cada parte de su cuerpo. Quería tumbarla encima de la mesa y tenerla para él.

Quería oírla gritar, hacerla llorar, apagar ese fuego interior suyo. Quería notar su cuerpo temblar de placer.

Quería morderla, besarla, poseerla de todas las formas posibles.

Y, si ella se atrevía a desobedecerlo, entonces mataría a todos cuantos le importaran y le hubieran importado en la vida. Lo haría delante de sus ojos y la obligaría a mirar mientras torturaba a sus seres queridos.

Quería hacer todo esto con Ethan y Hansel como testigos.

Quería que esos dos hombres, quienes poseían la única cosa que él deseaba pero no podía tener, sintieran el dolor que él sentía día tras día sabiendo que la mujer que amaba no sólo lo odiaba, sino que quería a otro, o quizá a dos.

Bajó la vista para mirar el movimiento arriba y abajo de sus seductores pechos. Se moría por tocar, por pellizcar, succionar y mordisquear sus curvas femeninas. Sintió una sacudida dentro de su pantalón. La quería. Quería cogérsela allí y en ese momento.

Sus demonios le daban palmaditas en la espalda, animándolo a tomarla con o sin su consentimiento; querían que le demostrara quién mandaba, quién tenía el control y el poder.

Era tan tentador...

Pero no lo hizo.

Sus miradas se cruzaron por un instante y los ojos azules de la chica le

recordaron la primera vez que la vio, cómo brillaban entonces, llenos de vida y alegría. Esos ojos azules tan preciosos y seductores lo habían enamorado. Su belleza lo había cautivado y había hecho que bajara la guardia hasta el punto de tenerlo de rodillas frente a ella.

Todo pasó en el primer segundo que la vio.

La quería.

Era una forma de amor oscura y peligrosa.

Un amor tan intenso y mortífero que lo había hecho caer en el abismo de la obsesión.

Evelyn estaba temblando en su silla. Se dio cuenta al mirarla de lo mucho que había destrozado su vida, de lo mucho que le había arrebatado, de lo mucho que seguiría haciéndolo..., pero no podía detenerse.

Si ella se negaba a darle su corazón, entonces él seguiría haciendo que se retorciera de dolor hasta que se lo diera.

Estaba decidido a conseguirla, tarde o temprano. Y sólo había dos formas de lograrlo.

Una era por la fuerza bruta, algo que resultaría en dolor para ella y placer para él. Y, la otra, a través del cambio, para lo cual Atticus debería vencer a todos y cada uno de sus demonios por la felicidad de Evelyn. Tendría que escarbar y rebuscar hasta el fondo algo de bondad en su propio interior, fuera bondad convencional o su particular y enrevesada versión.

El camino a la redención era una especie de tira y afloja. No podía dejar que Evelyn hiciera todo el trabajo. Él también tenía que querer recorrerlo. Tenía que quererla lo suficiente para hacerlo. Tenía que desear convertirse en un hombre mejor... para ella.

Siguió mirando fijamente sus ojos azules. Puede que Evelyn intentara esconderlo, que intentara negarlo, pero él sabía que la había destrozado.

Unos pocos golpes más y todo habría acabado. Atticus sabía exactamente lo que tenía que hacer para asestarle el golpe de gracia. Una parte de él quería verla sufrir, pero otra quería ayudarla a que recuperara su antiguo brillo, igual que ella quería salvarlo a él de la Oscuridad.

Atticus estaba justo en medio, dividido entre lo que él quería y lo que la Oscuridad demandaba.

Despacio, se agachó y le pasó un brazo por la cintura. Ella se encogió de miedo, pero él no se detuvo. La levantó y la abrazó con fuerza.

—Te quiero —dijo en un susurro.

Seguía llorando. Era como si las compuertas de su tristeza se hubieran abierto y ahora no pudiera detener las lágrimas. Ni siquiera el gran Atticus Lamia podía hacer nada por detenerlas.

—No se suponía que sería así. Quería que fuéramos felices, como una de esas parejas ñoñas que dan tanta rabia de lo enamorados que están. Quería... quería darte el final feliz que te mereces.

Su aliento era frío contra el cuello de ella.

«Concédele el beneficio de la duda...», se dijo nuevamente Evelyn, notando cada sollozo y cada temblor de su musculoso cuerpo contra el suyo. Sus brazos la rodeaban con tanta fuerza que habría sido imposible no percibir sus movimientos. Sentía hasta su pecho contra el suyo, agitándose al ritmo de su

respiración. La besó en el cuello.

—Todavía puedes dármelo —le sugirió.

No estaba segura de creer sus propias palabras, pero quizá fuera posible que Atticus cambiara y la hiciera feliz. Con cuidado, colocó una mano en la espalda de él y lo abrazó con torpeza.

—Todo había empezado tan bien... Podría haberte seducido y haberte hecho olvidar a Ethan, habría sido paciente desde el principio. No debería haber dejado que los celos y mi sed de control destrozaran lo que podría haber sido... —La besó en el cuello de nuevo—. Lo siento...

—No ha sido sólo culpa tuya. Los dos somos muy orgullosos y, cuando chocamos, es como hielo contra fuego —dijo ella. Eran palabras sinceras, directas de su corazón, y aunque le dolía decirle a un monstruo desalmado que él no era la única razón de su fracaso, sabía que, por pequeña que fuera, ella también tenía su parte de culpa—. Para hacer que esto funcione, ambos tenemos que hacer un esfuerzo. Y, como parece que no voy a ir a ninguna parte, supongo que lo mejor sería intentar quererte, de algún modo.

Atticus apartó los labios de la suave piel de su cuello, que empezaba a amarorarse debido a sus lujuriosas succiones. Acto seguido, la miró con unos ojos como platos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

Parecía un hombre ciego que por algún tipo de magia hubiera conseguido ver el sol por primera vez. El asombro en su mirada era indescriptible. Sus ojos castaños derrochaban esperanza. Parecía que fuera a echarse a llorar de nuevo. Pero, esta vez, de alegría.

—Eso es lo que he estado intentando hacer en los últimos días.

La sonrisa de él se torció ligeramente, pero no desapareció del todo.

—Sólo has estado intentándolo porque querías salvar a Ethan y a Hansel.

Evelyn se quedó helada.

—¿Lo sabías?

—¡Pues claro que lo sabía! Yo lo sé todo. —Bajó la vista apesadumbrado—. Sé cosas de ti que tú no sabes todavía...

—¿Estás enojado? —preguntó ella nerviosa.

Él negó con la cabeza.

—Lo estaba. Quería castigarte por pensar que podías jugar conmigo y quise aprovecharme de ti por ello. —Evelyn se puso a temblar, recordando cada acto sexual que le había forzado a llevar a cabo en las últimas cuarenta y ocho horas—. Lo siento. Tienes que entender que hay veces en que pierdo el control, y sé que no es excusa para cometer tales actos de violencia, pero es que a menudo dejo que la Oscuridad me posea porque se lleva el dolor que me provocan tus rechazos. Una parte de mí quiere verte sufrir. Es la parte que no soporta el dolor. Pero hay otra parte de mí que quiere hacerte feliz, darte todo lo que te he prometido y trabajar duro para conseguir tu amor, no forzarte a hacer lo que yo quiera. Ésa es la parte de mí que te quiere de verdad, profunda y locamente —confesó—. Son como dos ejércitos inmortales enfrentándose en una lucha por ti, y mi mente y mi cuerpo son los campos de batalla.

—Y ¿qué parte va ganando?

—La oscura... Pero quiero hacer que eso cambie, Evelyn. Estoy listo para

cambiar. Quiero ser mejor para ti. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para convertirme en alguien merecedor de tu amor, y esta vez lo digo de veras. —Le acarició la mejilla afectuosamente.

La quería tanto..., y le dolía tanto como a ella cada vez que la hacía sufrir. En esos momentos de lucidez, Atticus estaba decidido a cumplir sus promesas y hacerla dichosa. Pero no podía librarse de sus demonios. La Oscuridad seguía habitando en su interior.

—¿Puedo besarte? —le preguntó al cabo de un rato, y era una pregunta de verdad, para la que esperaba una respuesta que respetaría.

Evelyn pareció quedarse en estado de *shock* por un momento... Atticus nunca pedía permiso.

Con cautela, asintió.

Él sonrió, se inclinó y sus labios se unieron con los de ella con delicadeza.

Fue un beso breve pero dulce.

—Prosigamos con nuestra cita —dijo al cabo.

«Su humor es tan cambiante como el tiempo...».

Al sentarse frente a Evelyn, el desalmado rey la miró con una expresión que era casi amable.

Era raro verlo tan... calmado, incluso algo vulnerable. O al menos tan cercano a lo vulnerable como podía llegar a ser. El Atticus que tenía frente a sí contrastaba con el que había conocido en el tiempo que habían pasado juntos.

Ahora se parecía más al triste pero también curioso hombre que había visto por primera vez en la fiesta de su cumpleaños, hacía poco más de un año. Aquella noche tenía un aspecto como el de ahora, el de un hombre poderoso con un corazón desdichado.

Parecía que hacía tanto tiempo, y sus vidas eran tan diferentes entonces, de aquel momento en el balcón de piedra en el que el destino los había reunido a ambos donde tenían que encontrarse...

Su encuentro era necesario.

Era algo que tenía que suceder.

Era la primera ola de un tsunami que no sólo cambiaría su mundo, sino también otro cuya existencia ni siquiera conocía Atticus.

La Tierra iba camino de la revolución, y, muy pronto, las primeras olas de dicha revuelta empezarían a levantarse.

Desde el otro lado de la mesa, le sonrió a Evelyn y señaló el plato de sopa que tenía delante.

—Come —le dijo—. He hecho importar algunos ingredientes desde Asia especialmente para ti. Quiero que estés lo más sana posible.

—Gracias —murmuró Evelyn casi sin aliento, todavía intentando acomodarse a su repentino cambio de humor.

La veía a la vez sorprendida y también seducida ante aquella versión atenta, comprensiva y paciente del rey. Verlo comportarse así la enternecía. Cada vez que él le había preguntado si prefería a Hansel, ella había visto los granos del reloj de arena que marcaban el tiempo que le quedaba desaparecer indefectiblemente: había creído, dos veces, que la mataría allí mismo.

Los cientos de velas que los rodeaban habían convertido la idea en algo plausible y aterrador, porque sabía por experiencias pasadas que la ira de Atticus no tenía límites, y que él era capaz de todo tipo de actos sádicos de tortura.

Incluso cuando declaraba que la quería, que era la luz de su vida, la razón de que su corazón siguiera latiendo, la había herido tanto física como mentalmente. Cada vez que ella le había desobedecido, cada vez que le había recordado que su cuerpo y su corazón no le pertenecían, él le había mostrado su cara más cruel.

Pero, de un modo retorcido, aquellos momentos horribles habían supuesto para ella dulces victorias y habían hecho que ver ahora esa otra cara amable fuera aún más especial.

Lo intentaría.

Después de todo, era su destino ayudar a aquel rey tirano volver a encontrar su humanidad. Pero que consiguiera tener éxito en su misión ya era otra cosa. Había demasiadas complicaciones, demasiados demonios escondidos ante sus ojos.

Evelyn tomó un sorbo de sopa despacio, dejando que el líquido todavía caliente sirviera de bálsamo a sus secas papilas gustativas.

Atticus la miró cortés, y sonrió cuando ella dijo:

—Está muy buena.

—Me alegra que te guste. El aceite de hígado de bacalao es un gran suplemento alimenticio.

Él siguió comiendo tranquilo mientras veía a Evelyn acabarse toda la sopa, hambrienta de pronto.

Cuando acabó, se levantó y tomó su plato y el de ella. No utilizó sus poderes de telequinesis para devolverlos al carrito y tomar a su vez el segundo plato. También sujetó la botella de champán que había olvidado abrir de la estantería de más abajo, la de los postres.

—¿Te vas a acabar tu sopa? —le preguntó Evelyn, molesta porque la obligara a comer a ella pero desperdiciara su propia comida.

—No tengo tanta hambre —admitió—. Además, prefiero guardarme un poco de espacio para esto —colocó un gran plato de sushi delante de ella—, y para el postre.

—¿Qué te sucede hoy con el pescado? —le preguntó Evelyn con curiosidad, tocando con los cubiertos los diminutos pero maravillosamente elaborados rollitos de sushi y los cinco trozos de pescado rosa crudo.

Sólo de verlos sintió náuseas.

—Es tiburón —dijo él—. Una exquisitez, y muy difícil de encontrar después de que los humanos los cazaran hasta casi su total extinción en el siglo XXI, justo antes de que estallara la guerra. Pruébalo, estoy seguro de que te va a encantar.

Evelyn había oído hablar de los tiburones con anterioridad, pero nunca había visto ninguno y le pareció desagradable pensar que iba a comerse a un animal en peligro de extinción.

—Preferiría no hacerlo... —dijo empujando el plato hacia delante. Tenía una extraña sensación.

Las señales de alarma volvieron a invadir su cerebro.

Él se sentó de nuevo y clavó su cuchillo en el pedazo de carne rosa. Se lo metió en la boca y empezó a masticarlo poco a poco.

—Es delicioso, ¿sabes? —le guiñó un ojo—. No es venenoso. Prueba un poco, por favor.

Ella lo miró, asustada por la referencia que acababa de hacer al veneno. «Esto es tan propio de él... Mostrarse tan educado, tan pacífico...».

Sus inocentes ojos azules lo miraron de arriba abajo, preguntándose el cómo y el porqué de su repentino cambio. Le habría gustado preguntarle, pero se mordió la lengua antes de hacer algo que pudiera estropear el momento. Era tan agradable

verlo así que Evelyn no estaba dispuesta a echar a perder la noche por su curiosidad.

Después de todo, ambos acababan de declarar que querían dejar a un lado su orgullo y hacer lo posible por que lo suyo funcionara, así que tampoco tenía más opción.

Bajo la presión de cumplir con su parte del trato, tomó un pedazo de tiburón con el tenedor y se lo llevó a la boca. Para su sorpresa, su sabor era refrescante y delicioso. Él le sonrió desde el otro lado de la mesa y le sirvió una copa de champán.

—Por la esperanza, y por intentarlo —dijo levantando la suya para brindar.

—Por la esperanza, y por intentarlo —repitió ella.

Sus copas chocaron. Atticus se bebió el contenido de un trago, y ella tomó únicamente un sorbo. Le gustaba esa cara del rey. El Atticus que tenía delante era alguien a quien podría querer, de algún modo. Le pareció que tenía cualidades que podrían convertirlo en alguien mejor, más amable y compasivo.

El Atticus que tenía delante tenía, por pequeña que fuera, una oportunidad de redimir sus actos pasados, y puede que incluso ganarse parte de su corazón.

Por supuesto, le costaría mucho que ella olvidara las cosas terribles e innumbrables que le había hecho. Pero poco a poco se iba haciendo a la idea de tener que sacrificar su propia felicidad, su orgullo y su libertad y pasar la eternidad a su lado como su faro, para guiarlo en su camino a la salvación.

Renunciaría a sí misma y a todo lo que tenía por el bien de la humanidad. Llevaría a cabo un acto de fe por su raza. Su plan bien podía acabar en un baño de sangre; puede que ella acabara dando demasiado y que su plan fuera demasiado inocente y naíf, no en vano, Atticus se había mostrado hasta la fecha más allá de la redención.

Aun así, estaba dispuesta a concederle una oportunidad. Y el hombre amable que tenía delante le daba esperanzas.

Aunque no podía evitar preguntarse si no sería todo una pantomima...

—Respondiendo a tu pregunta de hace un rato —dijo él tomando un rollo de sushi con los dedos y jugueteando con él—. Venecia no tiene los mismos demonios que yo. Verás, la Oscuridad te controla a través de emociones poderosas como la avaricia, los celos, la amargura, el odio e incluso el amor, en su forma más corrupta, claro. No las crea, pero las magnifica y las utiliza contra ti mismo. Venecia fue siempre un alma caritativa, dulce y gentil. Se resiste a la Oscuridad y la mantiene a raya porque apenas tiene demonios interiores que ésta pueda utilizar en su contra.

A Evelyn le costó un momento darse cuenta de que estaba respondiendo a la pregunta que ella le había hecho para intentar evitar responder a si le importaba más Hansel que él.

—¿Es la Oscuridad algo tangible, real?

Atticus negó con la cabeza.

—No es algo que puedas tocar, pero sí sentir, sentir por todo tu ser en algunos momentos. En ese sentido, es real. Tiene su propia conciencia y le encanta crear el caos y causar dolor; Venecia solía decir que se alimenta de ellos. La Oscuridad es esa oleada de inconsciencia que sientes cuando te enojas. La mano que te guía para tomar decisiones egoístas. La voz que te dice que hieras a gente que quieres

y a gente que odias. Es el antiguo mal que vive en todos nosotros. Y, con los años, la Oscuridad ha hundido sus garras en mi interior, hasta tal punto que forma parte de mí mismo: sin prisa pero sin pausa, se ha convertido en parte de lo que soy.

—Es como el diablo.

Él asintió.

—Ése es uno de sus nombres. Pero en la época en la que yo era humano la llamábamos Oscuridad.

Evelyn dio un bocado a un rollito de sushi.

—Conozco ese impulso, esa sensación —señaló—. Es lo mismo que siento cuando discutimos, cuando mi orgullo y mi terquedad se interponen en mi camino.

—Como te decía, está presente en todos nosotros. Ni las almas más puras son ninguna excepción para la presencia de Oscuridad. —Con cuidado, Atticus acarició con el índice el dorso de la mano que Evelyn tenía sobre la mesa—. Pero es posible vencerla. Venecia solía decirme que ése era el secreto de la felicidad: vencer a la Oscuridad y rendirse al dolor. Nunca entendí el significado de sus palabras hasta que te conocí.

—¿Qué quieres decir?

—Dejamos que las emociones nos controlen y nos manipulen, llevándonos a hacer cosas de las que un día nos arrepentiremos porque buscamos que la venganza y otras compensaciones y alegrías temporales nos distraigan del dolor que sentimos. Te seré sincero. Ha habido veces en las que he querido hacerte daño, hacerte sentir un dolor que te traumatizara de por vida. Y quería hacerlo para vengar mi orgullo herido y compensar mi dolor con tu dolor. —La miró a los ojos—. Todavía quiero hacerte sufrir; incluso hoy, en este mismo momento, sigo queriendo hacerte cosas horribles.

—Pero estás intentando no caer en la tentación. —Evelyn movió la mano de modo que ahora tenía la de él en la suya—. Te estás resistiendo..., eso ya es algo, ¿no?

Atticus no respondió. Notó la culpa acumulársele en la boca del estómago.

Se sintió como el mismísimo demonio al mirar los pedazos de carne de tiburón en el plato de la chica. «Lo siento.»

—Acábate la comida, tomaremos el postre fuera —dispuso—. Quiero que contemples la belleza de la ciudad desde el exterior de esta habitación resguardada del viento.

Mientras tomaban el segundo plato mantuvieron una conversación agradable. Él le habló de su pasado y ella a él de su infancia, evitando cualquier referencia a Ethan, evidentemente.

Para cuando los platos de ambos estuvieron vacíos, Evelyn ya se había enterado de que Atticus había participado en casi todas las guerras más importantes y conocido a algunos de los personajes más célebres de la historia.

Había luchado junto a Alejandro Magno y le había concedido al gran conquistador la inmortalidad tras comprobar su valentía y sus admirables cualidades naturales para el liderazgo.

Había trabajado junto a Leonardo da Vinci, a quien también había hecho inmortal al ver que su talento era demasiado valioso como para que la humanidad lo perdiera.

Incluso había conocido a Helena de Troya, pero en esa época no sabía todavía cómo convertir a los humanos en vampiros, por eso no la había dotado de la cualidad de inmortal y, de todos modos, afirmaba que era una mujer insoportable, en todos los aspectos.

Atticus había aprendido que, debido al estatus especial de su familia entre el resto de los miembros de la raza humana, Evelyn había crecido apartada de los demás niños. Su madre siempre había tenido prejuicios para con la gente que no era tan afortunada como ellos. Por tanto, había tenido muy pocos amigos y nunca había compartido con ninguno de ellos la clase de amistad eterna idealizada por la sociedad.

Desde siempre, había visto a su prima Alice como a su compañera más cercana, ambas habían sido inseparables. Mientras que su hermana Nora era del parecer de su madre, Alice y ella creían firmemente, como Jonathan Blackburn, en la igualdad por encima de todo. Atticus quiso hacer un comentario al respecto de lo similares que eran ella y Alice en cuanto a su naturaleza compasiva, su luz interior y su incapacidad para controlar sus instintos más primarios y sus bellezas cautivadoras, pero se contuvo.

Aunque Evelyn había decidido revelarle partes de su pasado, también notó que le estaba ocultando otras, como si deseara protegerse, como si no estuviera lista para confesarle sus puntos débiles. Asimismo, tenía la sensación de que mucho de lo que se guardaba para sí eran cosas que ella sabía que a él no le gustaría oír. Seguía temiendo su ira, pero con su actitud lo único que había conseguido era que a él le picara más aún la curiosidad. Quería saberlo todo acerca de ella. Quería entenderla completa y absolutamente, hasta el más mínimo detalle.

Poseer la habilidad de entender la mente, las reacciones y las acciones de otro era ser capaz de controlar su vida. Si pudiera hacerlo, ella sería una marioneta que podría controlar a su antojo.

Después de terminarse el plato principal, Atticus usó de nuevo la telequinesis para hacer que los postres —vasos de helado de chocolate para él y de fresa para ella— volaran por el aire hasta la mesa. A continuación, se levantó y empujó ligeramente una puerta que había a un lado de la habitación, una puerta que Evelyn no había visto hasta ese momento, camuflada como estaba en los paneles de cristal. El viento entró y recorrió la habitación furioso. Evelyn miró su vestido:

—¿Estás seguro de esto? ¡Hará mucho frío ahí fuera! —rio nerviosa, con el vaso de helado entre las manos—. ¿Vamos a tomar el helado en la azotea?

Atticus le guiñó un ojo.

—Confía en mí, cariño.

De pie, con su vaso de helado de chocolate en una mano, le ofreció a la chica la otra. Ella la sujetó sin muchas ganas.

—Me voy a resfriar.

—La vista vale la pena —respondió él, pero igualmente le ofreció su saco.

—¿No tienes frío? —dijo ella.

—Soy un vampiro: el frío nunca me ha afectado. —Le pasó un brazo por la cintura, protector, y la guio hacia la puerta—. Quédate cerca de mí, ¿de acuerdo? No quiero que te caigas.

—¿Quiere eso decir que no me vas a empujar? —dijo ella en un intento por provocarlo en broma.

—No te prometo nada.

Al salir de la cálida y cómoda estancia de cristal, lo primero que notó fue la fuerza brutal del viento a esa altura. Estuvo a punto de caer de vuelta dentro de la habitación en el momento en que la puerta se abrió, y estaba segura de que, de no ser porque Atticus estaba allí para sujetarla, así habría sido. Casi se había derramado el helado sobre el vestido.

Lo segundo que notó fue la temperatura gélida del exterior. Y lo tercero, el rumor sordo de la ciudad en la distancia y el flujo constante del tráfico y de la gente que deambulaba cerca del hotel.

Luego divisó la increíble vista de la fabulosa ciudad de Utopía. Había algo distinto en ver la ciudad desde el interior de una especie de urna de cristal y contemplarla sin ninguna barrera, rodeada tan sólo por los elementos naturales.

La belleza de la metrópoli cortaba el aliento.

Vio la majestuosa torre rodeada de un halo púrpura brillar como un faro en la inmensidad del mar.

Hansel estaba allí.

Su corazón se aceleró al pensarlo.

Le pareció que podía estirar el brazo, desafiando las leyes espaciales, y tocarlo desde donde se hallaba.

—Es la mayor ciudad del mundo —gritó Atticus para que lo oyera a pesar del rugido del viento—. Todo en ella funciona gracias a energías reciclables oceánicas y aeroquinéticas. Tras el Apocalipsis de 2020, Manhattan quedó completamente devastada, y fue reconstruida a partir de sus ruinas con materiales ecológicos y reciclados, como la mayor parte del mundo. También fue la primera ciudad en ser cubierta por asfalto electromagnético, capaz de generar energía para el funcionamiento de los coches eléctricos. Es algo que introduce en

el año 2300. —Sonaba como un padre orgulloso hablando de sus vástagos. Evelyn sonrió. Nunca había sido ningún secreto que los vampiros habían querido proteger la Tierra, y Hansel le había contado que una de las muchas razones por las que Atticus había declarado la guerra había sido por el modo en que los humanos estaban destruyendo el planeta. Los vampiros no eran como los humanos, eran inmortales, y por tanto necesitaban que su hogar fuera un lugar sostenible para ellos y para los habitantes que nacerían en los siguientes milenios.

Había oído leyendas sobre hombres que se habían reído de los vampiros por preocuparse tanto del medio ambiente cuando se mostraron por primera vez ante el mundo; pensaban que estos últimos eran estúpidos. Pero Evelyn los admiraba por valorar el planeta que todos compartían.

La Tierra era especial; sólo había una, y el hecho de que los humanos hubieran abusado de ella cuando tendrían que haberla respetado y amado, cuando sabían que sin ella no podrían subsistir, la entristecía y disgustaba.

Su forma de tratar aquel maravilloso planeta era un acto de crueldad.

La relación de los humanos con la Tierra antes del Apocalipsis le recordaba a Evelyn a la relación que ella y Atticus mantenían: una de las partes era la que dominaba a la otra y tenía muy pocos miramientos hacia ella.

Casi pudo oír el ruido del cristal haciéndose añicos contra el asfalto y, una fracción de segundo más tarde, notó la fuerza de los brazos de Atticus tomarla por la cintura desde atrás, sus labios acariciándole el cuello.

—Siempre he querido hacer esto —susurró él al tiempo que la empujaba hacia delante despacio, hasta el borde del edificio.

—¿Hacer qué? —preguntó ella asustada mientras él seguía acercándola hacia el borde. Caminó unos pasos por propia voluntad hasta que el pánico apareció e intentó detenerse. Estaban peligrosamente cerca del vacío—. Hasta aquí ya es suficiente, ¿no crees? —bromeó intentando esconder su miedo con humor.

A Evelyn nunca le habían dado miedo las alturas, pero de algún modo, estando allí en lo alto de un edificio con Atticus se le hizo un nudo en el estómago.

Quería creer en su bondad, pero el peligro de que su lado sádico apareciera siempre iba a estar ahí. Y sus sospechas se hicieron realidad cuando él continuó empujándola aún más hacia el borde.

—¡Atticus, detente! —le suplicó, debatiéndose entre sus brazos. Pero no había nada que hacer.

Él no dijo nada. Mientras la inmensa caída desde donde estaban hasta el asfalto de la calle de debajo se iba acercando, a Evelyn se le cayó el vaso de helado. Le resbaló por todo el vestido y pronto tuvo manchas rojas mezclándose con el precioso tejido hasta que cayó al vacío.

Pero ella ni siquiera notó el contacto con el helado o el frío recipiente que acababa de soltar. Su cerebro estaba demasiado absorto en las manos de Atticus rodeando su cintura y empujándola cada vez más hacia el filo del edificio.

«Oh, Dios...».

Todo tipo de pensamientos cruzaron su mente, buenos y malos, la fe y la toma de conciencia; molestia y gratitud aparecían y desaparecían como los fogonazos rápidos y cegadores de una luz estroboscópica.

Pensó en contraatacar, en luchar por liberarse de sus brazos y correr lejos de él,

pero incluso si fuera capaz de hacerlo, por algún tipo de milagro divino, no tendría dónde esconderse.

Atticus le había dejado claro que el mundo era su ostra y que todo cuanto había en su interior le pertenecía.

La Tierra era suya.

Y, mientras ella habitara ese planeta, nunca podría escapar de él.

Ella era suya también.

Sus órdenes debían seguirse, y, si quería matarla, no sobreviviría a aquella noche.

—Estás asustada —susurró él contra la suave piel de su cuello, con la voz ronca y el aliento helado, haciendo que se le pusiera la carne de gallina—. Puedo oler el miedo emanando de ti. Es un aroma embriagador.

«Él no me mataría —pensó Evelyn—. Nunca lo haría, no me mataría, dijo que quería intentar que las cosas funcionaran...».

Pero, por mucho que tratara de convencerse, no acababa de creer sus propias palabras.

—¿Qué haces, Atticus? —chilló—. ¡No tiene gracia! ¡Déjame ir! ¿Te has vuelto loco?

No hubo respuesta. Pero, detrás de ella, Atticus sonrió.

Evelyn se sentía estúpida por haber creído que él podría comportarse de forma tan racional después de haber sabido la cruda y agonizante verdad de los sentimientos que ella albergaba hacia Hansel.

«Claro que no ha cambiado en tan sólo cuestión de horas. Sigue siendo el monstruo despiadado que siempre ha sido.»

Quiso abofetearse por haber bajado la guardia.

Poco a poco, se acercaron al filo del edificio. Evelyn miró hacia abajo, pero deseó no haberlo hecho. Había elegantes huéspedes saliendo de coches de lujo y entrando en el hotel, con empleados del mismo haciéndoles reverencias para dar la bienvenida a los aristócratas que podían permitirse pagar la ridícula y astronómica cifra que costaba pasar una noche en el Shangri-La.

Parecían tan pequeños e insignificantes desde donde estaba Evelyn: desde las alturas todos parecían iguales. Su posición hizo que en su interior emergiera un miedo atávico a las alturas, algo que no había sentido nunca pero que estaba codificado en la genética de todo ser humano desde antes del nacimiento.

Atticus acercó su cuerpo al borde. La altura sin duda la mataría.

El viento se arremolinaba en torno a ellos, estropeando el pelo perfecto de ambos.

Las manos de Atticus agarraron con más fuerza su cintura cuando las puntas de sus pies estaban a meros centímetros de su inevitable destino aciago.

«Me va a matar... Me va a matar porque no lo quiero...». El cerebro de Evelyn la bombardeaba con pensamientos horribles.

Su cuerpo y su mente se estaban volviendo locos.

No quedaba más suelo que protegerla de la visión del asfalto a cientos de metros bajo sus pies.

«Si esto es lo que quiere, no tengo ningún poder para oponerme a sus deseos — se dijo entonces—. A lo mejor no soy más que un juguete después de todo, el juguete del rey loco.»

Evelyn inspiró hondo y se preparó para enfrentarse a su propia muerte. Pero, en lugar de empujarla, Atticus la giró con un movimiento tan ágil y elegante que por un momento pensó que estaba flotando. El movimiento había sido demasiado rápido para sus facultades humanas. Le daba vueltas la cabeza y había estado a punto de perder el equilibrio. No obstante, aunque lo hubiera hecho, Atticus la habría sostenido.

Sus ojos se cruzaron cuando ella consiguió tenerse en pie.

—¿Qué haces? —gimoteó, pero se resistió al impulso de separarse de sus brazos

—. ¿Vas a matarme, Atticus?

Él no contestó.

La tela que cubría su pecho tocó la camisa de él. Sus cuerpos estaban unidos casi por completo, y notaron un cosquilleo que los recorría de arriba abajo. Las situaciones a vida o muerte podían provocar muchas cosas en las personas, como distorsionar su mente y hacer que lo irracional pareciera racional.

Atticus se limitó a sonreír y acercó su cuerpo un poco más al suyo. La expresión de su cara era indescriptible: la mezcla de arrogancia y júbilo era enfermiza. La estaba provocando y tomándole el pelo con su muerte.

«Pensaba que querías cambiar por mí, convertirte en alguien mejor, Atticus. ¿Eran todas falsas promesas y mentiras? ¡Pensaba que me querías!».

Sintió un dolor en el pecho. Odiaba cómo un minuto antes habían estado sonriendo y bromeando y, al siguiente, se encontraba a las puertas de la muerte.

Él le estaba recordando su poder, de lo que era capaz, y de lo que le haría si lo traicionaba.

Era una declaración de fuerza.

El corazón de Evelyn latía desbocado, y su mente era un embrollo gigante de emociones, cálculos y predicciones enfrentadas.

Los labios de él se juntaron con los de ella por un breve instante.

—¿Confías en mí? —le preguntó en un susurro, pero a un volumen tan bajo y con el viento rugiendo a su alrededor Evelyn no supo si lo había oído o bien imaginado.

A continuación, Atticus dio un paso más hacia el borde del edificio y, de pronto, las suelas de los zapatos de Evelyn dejaron de tocar el suelo de piedra y se vieron suspendidas sobre partículas de oxígeno incapaces de sostener su peso.

La chica hizo lo que habría hecho cualquiera en su misma situación: chilló y se aferró con los brazos a la única cosa que podía salvarla: él. Aunque él fuera también quien la estuviera poniendo en peligro.

Su cuerpo temblaba con violencia y le faltaba la respiración.

«Atticus..., por favor..., no...».

No notó que estaba llorando hasta que él se inclinó y le lamió una lágrima que le había llegado a los labios.

—¿Confías en mí? —le preguntó de nuevo, pero ahora su voz era mucho más firme y resonó por encima del rugido del viento.

—Yo... yo...

La besó de nuevo, pero con menos delicadeza. Esta vez, con una fuerza brutal, devorando cada dulce y sensual placer que sus labios podían ofrecerle. Una de sus manos, que tenía en su cintura, bajó unos centímetros hasta que aferró su trasero.

«Por favor, no...».

El vampiro atrajo su cadera hacia la suya. Evelyn lo notó duro y excitado, y por instinto se apartó un poco. Se dio cuenta de lo mucho que necesitaba Atticus tener el control de la situación. Le encantaba forzar a la gente por caminos estrechos sin posibilidad de escape, caminos que sólo él controlaba, que él mismo había pavimentado para llevarlos hasta donde quería que fueran. Pero no sabía si esta necesidad provenía de la Oscuridad o de él mismo.

Se percató de que probablemente su desesperación, su miedo y su ansiedad lo excitaban. ¿Estaba dispuesto a hacerla sufrir para compensar el dolor que ella le había causado? No estaba segura.

De pronto, su mente estaba ocupada elaborando toda clase de teorías y calculando todo tipo de posibilidades. Intentaba entenderlo, igual que él intentaba entenderla a ella. Aunque el motivo de Atticus era obtener más control sobre ella, el de Evelyn era simplemente sobrevivir y conseguir algo con lo que poder protegerse.

—Eres tan atractiva... Me resulta tan difícil controlarme cuando te tengo cerca...

—le susurró al oído, pero la mente de la chica estaba demasiado distraída para oírlo—. ¿Confías en mí?

No obstante, antes de que ella pudiera responder, perdió el confort del sólido suelo bajo sus pies.

Atticus la había empujado.

El cuerpo de Evelyn se desplomó por el borde del edificio y cortó las partículas de oxígeno como un cuchillo al caer.

Notó una corriente de aire envolviéndola como un capullo y la mortal fuerza de la gravedad jalándola hacia abajo.

Su cuerpo y su mente entraron en modo pánico al ver la siniestra sonrisa de Atticus desaparecer ante sus ojos y, en su lugar, contemplar del revés el *skyline* de la ciudad de Utopía.

La torre rodeada de luz púrpura brillaba en la distancia. Hansel estaba allí.

Todo iba en cámara lenta.

Notó cómo la sangre se le subía a la cabeza y los latidos de su corazón resonaban como truenos.

El suelo la esperaba al final del trayecto.

«¿Es esto el fin? ¿El fin del círculo de la vida, completo pero sin sentido?», pensó Evelyn.

De forma involuntaria, su mente viajó hasta el día del precipicio, el día en que ella y Hansel se conocieron, el día que él la salvó.

«Hansel.»

[Acerca del autor](#)

MOLLY NIGHT nació en la ciudad de Harbin, China, y aprendió inglés a los doce años viendo la televisión, siguiendo series, escuchando música y leyendo la saga *Crepúsculo*. Pasa los días bebiendo demasiadas tazas de café para mantenerse despierta y cuidando su eterno resfriado. Vive en Inglaterra y empezó a escribir su novela en Wattpad a los quince años.

[Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España](#)

Título original: *Dark and Dangerous Love*

Diseño de portada: © CoverKitchen
Fotografía del autor: © Jenna Been

© 2018, Molly Night
© 2018, Traducción: Patricia Valero

© 2018, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: marzo de 2018
ISBN: 978-84-08-18240-5

Primera edición impresa en México: abril de 2018
ISBN: 978-607-07-4815-8

Primera edición en formato epub: abril de 2018
ISBN: 978-607-07-4798-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

NO TE PIERDAS EL FINAL DE LA HISTORIA...



JUNIO 2018

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE